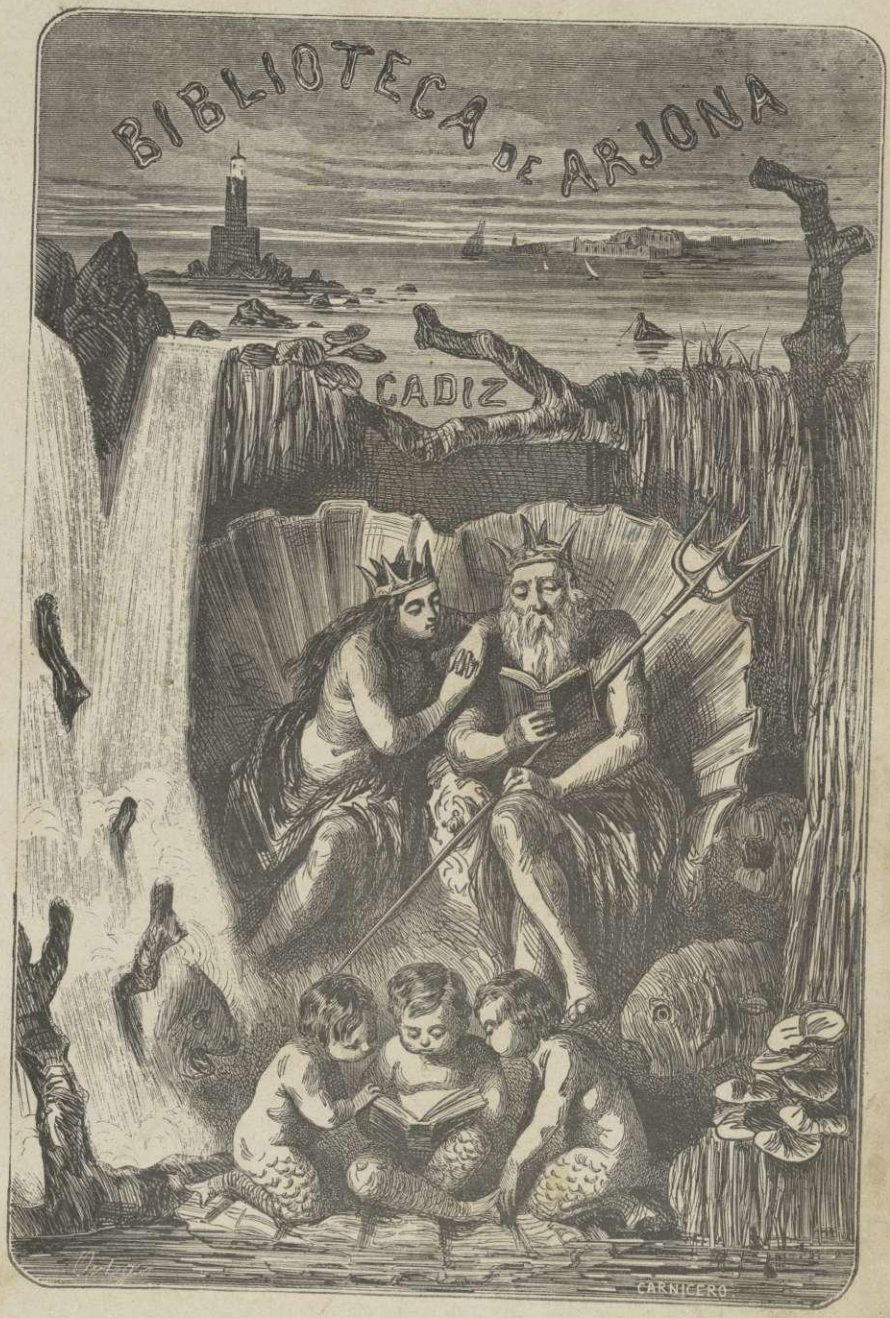
EL CASTILLO

DE AGUILA NEGRA

1862. X



XIX-8770 R.52137

BIBLIOTECA DE ARJONA.

EL CASTILLO

DEL

AGUILA NEGRA.

NOVELA ORIGINAL

POR D. GABRIEL SANCHEZ DE CASTILLA.

Segunda edicion, ilustrada.

CADIZ.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE ARJONA,

calle de la Torre, núm. 27.

1862.

Es propiedad del Editor.

PRIMERA ÉPOCA.

I.

Introduccion.

Dos hombres se paseaban por las márgenes del apacible y caudaloso Ems, hácia la parte occidental de Hannover, entre Osnabruk y el obispado de Munster. Ambos llevaban capas largas. El uno de ellos cubria su cabeza con una elegante gorra de terciopelo azul, guarnecida de un cintillo de piedras, donde iba prendida una hermosa pluma blanca con la punta roja, la cual se inclinaba airosamente sobre el hombro del caballero. Su capa era de escarlata con cordones de oro, cubriendo el interior de su traje, que correspondia perfectamente con la esterioridad de él.

El otro llevaba un vestido mas humilde, pero decente tambien. Al parecer, segun la sumision y respeto con que le hablaba al caballero, indicaba ser algun súbdito ó dependiente suyo.

El personaje no demostraba hallarse complacido con las respuestas de su compañero.

—Vuelve á repetir, le dijo con acritud, lo que me has dicho.

—Monseñor, contestó con humildad, siento que esta vez mis palabras no sean muy satisfactorias para vos.

—No malgastes el tiempo en disculpas y frivolidades... No te pido mas, sino que repitas lo que has visto y oido.

—Entonces no he visto nada.

—Cómo nada! Pues no me acabas de decir que el príncipe de Marck?...

—Está siempre en repetidas y ocultas conferencias con el gran duque, el consejero Biling y el mariscal Otocaro.

—El mariscal Otocaro!! Esclamó colérico el personaje. Ese molinero despreciable y soez de Lingen! Ensalzarlo á gefe mayor del gran ducado por un premio mal concedido... Por un galardon torpemente dispensado!... Mariscal!!... Favoritos de pandilla, que no son otra cosa que polilla de la corte, mengua de la grandeza y vampiros que chupan la sangre del estado... Oh! yo les aseguro...

—Monseñor, yo creo que os incomodais sin razon. El mariscal Otocaro, segun me han informado, no merece el desden con que le tratais. Ha hecho su carrera en Italia con el emperador Maximiliano primero. Es cierto que es hijo del pueblo, pero su valor y hazañas en el Milanesado, combatiendo contra la Francia en los ejércitos alemanes, le hicieron acreedor á la distincion del emperador, y á la honra que le dispensa ahora el gran duque.

—Basta... no necesito que me hagas su apología. Es un hombre que aborrezco en estremo, por su carácter brusco, su estilo insociable, su genio altanero y sus maneras de bandido.

Le detesto lo mismo que á todos los de su bando... y á los que piensan como él. Su Dios es la guerra, su pasion favorita combatir, su remedio universal la espada.

Hombre salido del cieno de la plebe, de esa canalla, digna solo de obedecer y humillarse ante la superioridad de la ilustre aristocracia, como se vé elevado á una altura para la que no nació, ni jamás pudo comprender, aparece en el brillante círculo de la córte, como una mancha, un lunar de esa escogida y radiante nobleza, que, circundando la sublime y elegante belleza de nuestra incomparable duquesa, forma su mas hermoso ornato.

El mariscal Otocaro con su antipática figura y su chavacano aspecto, escita la mofa, el escarnio, la irrision.

Es en fin la mengua de la córte, y hay que acatarlo, respetarlo, asociarse con él, porque el gran duque y el príncipe de Marck le distinguen y se complacen en su amistad.

Esto ha engreido la audacia del bestial molinero, en términos, que, amante del pueblo de donde procede, es uno de sus principales abogados.

Ha levantado, dándole impulso y aumento, á esa fraccion nominada *los conservadores*, que naciendo en Ravensberg, se ha estendido por Wesfalia, empieza á reproducirse en Brunswik y Sajonia y acabará por dominar todo el imperio.

Fanático y celoso propagador de ese partido que tiene por divisa la defensa de los derechos y prerrogativas del pueblo, es uno de sus mas decididos caudillos, presidiendo sus reuniones secretas, sus determinaciones y acuerdos.

Y no es lo peor que el mariscal siga esa bandera, sino que el príncipe de Marck, el consejero Biling, el gran duque mismo, que al principio los combatia con tan fuerte encarnizamiento, no solo se inclina á tolerarlos, sino que parece dispuesto á abrazar sus doctrinas.

Los demás príncipes de Wesfalia, á vista de esto, manifiestan secundar sus miras, y el mas infatigable es Ernesto de Zell, duque de Brunswik y Hannover. Concibes tú esto, Mastropetro?...

—Es muy fácil, monseñor. Ernesto se vá haciendo popular por sus miras particulares. La política de ciertos príncipes parece incomprensible á primera vista... y sin

embargo, no hay cosa mas clara para el que es algo perspicaz.

—Con que tú creès que el duque de Brunswick?...

—Obra por su interés?... Está claro. Habeis visto muchos soberanos que lo hagan en contradiccion de sus principios? Solo por el bien de sus súbditos? Fíngen separarse de su camino, aparentan que sus actos los impulsa un objeto laudable, pero en su dia aparecen el desengaño y el egoismo. Ernesto teme el poder de Federico de Sajonia, porque la proteccion disimulada que este príncipe concede á Lutero, lo colocará á los ojos del imperio y aun á los de Europa, en una elevacion que ha de dar cuidado á sus contemporáneos... Porque, creedme, monseñor, Lutero trastornará tanto con sus doctrinas los asuntos de Alemania, que alcanzarán aun mucho mas allá del imperio las chispas que despidan los escritos de ese atrevido fraile.

—Lo considero así.

—Esa es la razon de que Ernesto se arroje decidido en brazos de los conservadores, porque necesita un punto de apoyo, un puntal para sostener su trono... Porque Lutero arruinará, quizá, algun trono del imperio, monseñor.

Pero si es cierto que los conservadores son suficientes á decidir hoy la suerte de un estado, siendo ya un partido poderoso, pronto á lidiar con ceguedad y buena fé, puede llegar tambien un tiempo en que á ese coloso se le dé en los piés, y derribándolo, se destroce él mismo en su caida, con la violenta fuerza de su propio poder.

—Mas entretanto, es mengua para un soberano reconocerlo por su protector. Ernesto, estoy seguro, que le odia en secreto, y que tratará de combatirlo disimuladamente.

—Pero no ahora. Ernesto es el príncipe mas político del imperio. Así como Federico de Sajonia es el mas sábio, enérgico y decisivo.

—Dejemos esto ya.

—Como gusteis, monseñor.

—La gran duquesa, te ha preguntado por mí?

—Dos dias hace que no la hablo.

—No sé en qué piensa esa muger!... Bien que tengo un recelo... Vienes de palacio?

—Sí, monseñor.

—Y el gran duque, estaba en él?

—No: habia salido á caballo acompañado del mariscal Otocaro.

—Siempre con él! Cuanto mas lo reflexiono mas me admira la conducta del gran duque!... Ver á Othon de Ravensberg acompañado de uno de los gefes mas fanáticos de ese partido, enemigo de su soberania.

—Estais en un error. Los conservadores aman al gran duque, y eso está demostrado con que el príncipe de Marck se inclina á favor de ellos. Este aprecia demasiado al mariscal y así lo ha introducido en la privanza del soberano.

—Ya haremos por derribarlo.

—Os hace sombra, monseñor?

—A mí?... no... Yo en esto llevo un interés muy diferente... No es el mio propio.

—Lo creo!

—Volver por las prerrogativas de la corona... el fuero de la nobleza... Y mas que todo, satisfacer las miras de la gran duquesa hácia su esposo...

Porque tú sabes muy bien que está resentida de la indiferencia del duque. Se lamenta de su frialdad, de su despego... Ha llegado á verter espresiones...

—Que vos habeis cogido, y que por ellas os apresurais á obrar en combinacion y utilidad recíproca, no es eso? Lo adivino, y aplaudo el objeto que os guia... En una palabra, imajinais que las quejas de la gran duquesa están basadas sobre negocios de la córte... Bien!... mas vale así...

Pensais que los conservadores son rivales de la hermosa Ludomilia de Ravensberg... Perfectamente!... Sois muy ladino y perspicaz, monseñor!... A propósito para ministro de estado y consejero!... Os vaticino desde luego que hareis progresos en palacio.

—Pues qué, me equivoco? Podré abrigar un error ridículo y perjudicial á mis miras?... Habla... tú sabes algo, Mastropetro... Cuéntame lo que sepas .. Mira que no concibes lo que puede importarnos á todos tus informes.

—Es tarde, monseñor.

—Por qué?

—No veis un hombre á caballo que se dirige hácia aquí, desde el castillo del Aguila negra?

—Sin duda... y en toda la orilla del rio se observa á ninguno mas que á él.

—Pues ese hombre nos conoce á los dos... y si nos vé juntos puede sospechar.

—Entonces, retírate... Separémonos... Espérame entre aquellos árboles... Si no nos volvemos á ver, hasta la noche, Mastropetro: creo infructuoso encargarte nada.

—Descuidad, monseñor, le contestó con una ligera sonrisa y se marchó.

Demos una lijera idea del personaje que ha quedado.

Este era el baron de Colemberg, pobre hidalgo de aldea, sin otros bienes ni patrimonio que un título triste, heredado, y de una importancia débil entre la alta y poderosa nobleza alemana.

Dotado de un egoismo consumado, de una ambicion ilimitada, un orgullo necio, sin méritos de ninguna clase, ni aun virtudes que le pudiesen adquirir una reputacion, cual la deseaba, exausto además de valor y antecedentes apreciables, todo lo que podia presentar por timbres que le favoreciesen, era haber llegado al grado de capitan, á fuerza de intrigas y amaños serviles.

Hacía algun tiempo que se habia fijado en Ravensberg, esperando una ocasion oportuna de medrar, estando en contínuo acecho de accidentes políticos que le fuesen favorables.

Confiaba mucho en las circunstancias que á cada paso ofrece la corte, y estaba decido á servir de instrumento y venderse á aquel que lo necesitase, sin mirar el principio, la causa ni la esencia del negocio... sino satisfacer su deseo mezquino y degradante.

Pretendió pertenecer á la asociacion política de los conservadores, pero estos lo repelieron ignominiosamente, en el momento que se enteraron de los antecedentes del nuevo asociado.

Por lo dicho se conocerá que este hombre despreciable, no podia tener ni opinion, ni creencias, ni sentimiento, fuera de su interés particular.

Así era fuerza que detestase, mirándolo como rival suyo, á todo el que hubiese adquirido una posicion honorífica por su verdadero mérito.

De estos era el mariscal Otocaro, uno de los blancos mas odiosos del recomendable palaciego.

. . . . . .

La persona que habia salido del castillo se hallaba ya cerca del baron. El desconocido venia en un hermoso caballo de Mecklemburgo, raza privilegiada en Alemania y de los cuales se servia el gran duque de Ravensberg, y toda su guardia de honor.

Este era un capitan de dicha guardia.

—Hola, baron! dijo el ginete deteniéndo el caballo y apeándose. De paseo y de este modo á dos millas largas de Ravensberg? Os han mandado los médicos estos ejercicios campestres para la salud?

—No, capitan. Es que sin saber cómo me he alejado de la ciudad. Ya veis, añadió con marcada socarroneria, este Ems es tan delicioso y encantador, que convida á gozar de sus riberas, y embelesa y distrae la imajinacion, sin que se eche de ver el camino que se ha andado.

—Por mi vida, le contestó risueño el capitan, que podíais iros así hasta Emden que ya es obra! Estareis enamorado por ventura, baron, ó habeis dado en la incurable mania de ser poeta tal vez?

—Hola! Bromitas así, caballero Luitzpoldo? Cuidado conmigo! Yo no estoy enfermo del cuerpo ni de la cabeza, pero veo como Argos... y sé un poco mas que Satanás.

—Esa es una zancadilla, amigo baron; pero no, no me hareis caer.

—Jamás he acostumbrado á usarlas, mucho menos en casos semejantes. Y seria un necio si pretendiese violentaros en cosas que nada tienen de particular... y que ignorais quizá.

—Esplicaos.

—La otra noche en la tertulia de madama Sofia de Korvei, se habló de los oficiales buenos mozos de la guardia del gran duque. Pues bien, sabed que se puso en primera línea al caballero Luitzpoldo Vith.

—Vaya! vaya!

—Oh! hablo con toda formalidad. Solo que hubo su poco de resentimiento en ciertas personas... No... resentimiento no. Cómo lo llamaré?

Una leve muestra de desagrado en las nobles y bellas damas que se hallaban presentes, porque todas en general confesaron ignorar á quién podia dirigir sus obsequios tan bizarro oficial.

—Vaya una preferencia importante para que pudiesen ocuparse de ella!

—Y sin embargo es muy cierto. Ello fuera queja, deseo ó curiosidad, es seguro que hablaron de vos. Las mujeres... y mucho mas mujeres de la córte, son tan egoistas, tan vanidosas, tan exijentes, que todo el que pise las losas de palacio ha de rendirlas adoracion.

—Es muy fundado ese egoismo. La cortesania debe ser prenda preferente en todo caballero.

—Sí, pero no me negareis que es fastidioso. Cuando menos, para cumplir con las enfadosas leyes de la etiqueta, necesita uno tener su ídolo.

—Tambien es justo.

—Para los jóvenes como vos, no lo niego. En fin, madama Sofia reia de verlas, y animaba, impulsaba la conversacion con aquella natural y hechicera perspicacia que posee.

No podeis imajinar lo que ella gozaba en el disgusto de sus amigas... Así es que para esta noche se puso á discusion el asunto... que será chistoso por mi honor.

Por supuesto, que la tal conversacion, sin omitir ni

una sílaba, se la contaria madama Sofia á la gran duquesa.

—A la gran duquesa?

Preguntó Luitzpoldo con marcado interés.

—Hola!... hola!... Parece, capitan, que ese nombre mágico os ha animado.

Peregrino descubrimiento, querido mio.

No sabeis el placer que me habeis causado! Mis sospechas no carecian de fundamento.

—Vuestras sospechas?...

—Sin duda!... Ese interés, que sin querer, habeis dejado escapar, al enteraros que la gran duquesa sabria la conversacion de sus camaristas...

—No tiene nada de estraño...

—Vamos, sed franco, y abridme vuestro corazon. Os parece que yo estraño nada de los afectos impetuosos de un jóven de veinte y dos años?

—Pero baron, este es un ataque en forma!...

—Y bien mirado, es delito admirar lo hermoso? Amar lo bello? El amor es una pasion noble y puede concebirse sin repugnancia ni rubor.

Es un afecto que no estando sometido á reglas ni preceptos, impera con mas ó menos influencia en nuestra alma, segun la impresion del objeto que lo inspira.

—Es verdad... mas...

—Bravo! Bravo! Ese asentimiento vale por una confesion, y esa confesion revela lo que hay en vuestro corazon... Digo, para que yo me engañara!...

Acabad de decir francamente que la gran duquesa es la diosa de vuestro pensamiento, la creacion de vuestros dorados sueños... el móvil de vuestros tiernos suspiros.

—Tanto como eso no... pero, me agrada... Porque, decid, baron... No es digna de ser querida?... Yo la... amo... como se ama... á Dios... con respeto y veneracion.

—Sublime!... magnífico! esclamó gozoso el baron.

Con que en resúmen, mi querido Luitzpoldo, la gran duquesa no os es indiferente?

—Como á cualquiera...

—Un poco mas, amiguito! No, no os pese, porque esa muestra de galanteria es un augurio feliz para vos.

En una corte brillante... quizá en la que luce mas la brillante aristocracia de los príncipes soberanos de Westfalia, poseeis todo lo necesario para ocupar una posicion brillante algun dia... Capitan de la guardia de honor!

Sabeis caro Luitzpoldo que os vaticino una fortuna colosal? Jóven, de bello rostro, figura arrogante, un estilo no comun, modales escogidos...

Es verdad que vuestro nacimiento, y dicho sea sin ofenderos, no es de lo mas á propósito para el caso, pero sin embargo, dónde hay compensacion mas visible y halagüeña?... En fin, yo trocaria mi fortuna por la que podeis obtener.

—Oh! dejad esas bromas, baron. Yo no pienso ni pensaré en otra cosa que en hacerme acreedor á la estimacion del duque obteniendo su proteccion. Otras pretensiones en mí, serian absurdas y necias.

El que, como vos decís, tiene que lamentar la severidad de la suerte al nacer, y ha de granjearse con su brazo y espada un porvenir decoroso y digno, no puede... ni debe aspirar á mas.

—Ya, es vuestro sistema. Sistema que apesta de puro usado y que no adoptan mas que dos clases; ó los novicios, ó los ineptos.

Se conoce que habeis visto poco, y que por lo tanto os asustan los fenómenos.

No hay un terreno mejor para los jóvenes que poseen las bellas dotes personales que os adornan, que la córte.

Es un manantial fecundo de esperanzas lisonjeras, de bienes inmensos... de fortunas inmejorables.

Y si se encuentran... que nunca faltan en ella, amigos que protejan y den la mano, que proporcionen ocasiones favorables... de esas que se presentan como improvisadas y casuales, y son, sin embargo, anexas al sistema cortesano, á la práctica diplomática... no digo nada! Y con una duquesa como la que poseemos! Hermosa, decidida, enérgica, seductora, y orgullosa hasta lo sumo.

—Pues esta última cualidad me parece estremadamente fatal!...

—Al contrario, es una de las mejores que posee. En hiriendo su susceptibilidad, que sobrará ocasion de hacerlo, el orgullo es un recurso inmejorable para el que sabe aprovecharse de él.

Menos años, menos años, capitan, quisiera yo, y la esperiencia adquirida!... De seguro, como sepais manejaros, habeis dado con vuestra piedra filosofal.

—No os entiendo.

—Ya lo creo!... no estais todavía en estado de comprenderme. Qué mas pudiérais desear!...

Abreviemos razones, y vamos á lo esencial.

Vos, como jóven, tendreis indispensablemente ambicion, ansiareis elevaros... pero el cómo es lo que ignorais y yo tambien.

Si no, decidme: qué giro pensais dar á vuestros negocios?... Esto es, si quereis fiaros de mí... Si imajinais que puedo hacer algo en vuestro obsequio...

—Veo que estais esta tarde de broma, baron, y que os mofais de mí completamente.

—Oh! no por cierto. Nunca he hablado con mas formalidad. Puedo ser merecedor de lo que encerrais en vuestro corazon?

—Me parece que muy claro os lo he dicho ya. Anhelo ascender en mi carrera... mejorar de clase.

—Ya!... en la de las armas... No os lo aconsejaré... y tanto mas cuando advierto en vuestra fisonomía rasgos positivos, ciertos, que deben haceros mudar de plan.

La vida militar es buena para el que no posee otros recursos... otros elementos en su favor.

Es fácil subir, llegar á ser, como el mariscal Otocaro, pero se necesita suerte, despues de correr mil riesgos y pasar por innumerables inconvenientes.

En lugar que aquí en palacio, sabiendo conducirse... y con una poca de audacia... En una palabra, quereis entregaros á mí?

—A vos?

—Si.

—Pero en qué términos?

—Como se entrega un hombre á otro en esos casos... A vida ó á muerte.

—Es que... si el honor puede resentirse...

—Señor Luitzpoldo, si sois escrupuloso, confesadlo sin rebozo, y que la suerte os ayude.

Seguid entonces en vuestras pretensiones por vos solo... y de seguro muy pocos ó ningunos os darán favor.

Cavilosidades, temores, recelos!... Vive Dios que si continuais de ese modo adelantareis mucho!

—Y qué quereis? Demasiado convencido estoy de mis cortas facultades para negociar nada, y todo lo preferiré á hacer un papel ridículo, no solo en la córte, pero en parte alguna.

La menor idea del sarcasmo, me estremece!... Sería lo suficiente para.. qué sé yo!... para que cometiese un disparate.

—Vaya, sois un niño, y como tal es necesario conducirse con vos.

Me intereso sobremanera por vuestra felicidad, y deseo guiaros, conduciros...

Pero esto no puedo hacerlo sin que me otorgueis plenos poderes. Es decir, que os sometais á mi dictámen sin titubear, ni oposicion.

—Veo que haceis un loco divertido, baron. Vamos á cuentas, y hablemos con juicio. Aquí advierto dos estremos: ó vuestro cérebro no está en su completo acuerdo, ó repito que tratais de divertiros conmigo.

—Sabeis que estais ya harto importuno, Luitzpoldo? Aseguro que no he conocido un jóven que os iguale. Yo seré un loco, pero lo que es vos... no me atreveré á calificaros.

Solamente sospecho que de dos cosas hay en vos una. O sois un tonto que no sabe lo que se pesca, ó muy ladino que pretendeis deslumbrarme con el disimulo y la hipocresía.

—No, por mi honor. Os hablo con el corazon. Sino

que ese porvenir tan halagüeño y fácil de obtener, esa perspectiva pomposa que me augurais, ni la veo, ni la alcanza mi entendimiento.

—Esa no es culpa mia, caballerito. Si anhelais avanzar, y no advertís mas que una senda árida y estrecha, habiendo otra fácil y hermosa, á quién os quejais?...

—Pero quereis esplicaros, baron?

—No lo haré jamás sino me dais un voto de confianza.

—Lo teneis... y acabad.

—Entonces os aseguro mi proteccion... y sereis feliz con ella, sometiéndoos á mi dictámen..

—Bravo!... Mas permitidme que os haga una pregunta.

—Hacedla.

—No os ofendereis?

—No.

—Ya que estais persuadido de alcanzarme una fortuna tan colosal, cómo es que conociendo la córte y estando en ella antes que yo, no habeis podido obtener para vos lo que me asegurais á mí?

—Qué mentecato sois, Luitzpoldo!

—Ese es un sofisma que no admito. Vos sois un triste baron, sin otras rentas que un título vano y miserable.

Pobre hidalgo de una aldea de Cleves, os fijásteis en Ravensberg, donde solo habeis llegado á capitan de arcabuceros, con pretensiones de cortesano, humos de palaciego, ínfulas de gran señor... y nada por conclusion, fuera de capitan y baron.

Ahora bien, cómo he de creer que podais hacer mi fortuna, si á pesar de tantos afanes, cruzar antesalas, cámaras y salones, conocer y hablar con todas las camaristas y grandes de palacio... de ser admitido aun en la tertulia de la gran duquesa y madama Sofia, esta última, luz, norte, guia y fanal para conseguir lo que se desea, á pesar de todo, repito, os encontrais sin salvar esa valla insuperable donde quedais detenido?

Vos sois elegante, comedido, teneis conversacion

agradable, modales estudiados, despejo natural... qué os falta pues?

—Una buena cara como la vuestra... una presencia airosa, un cuerpo gallardo, los años que teneis, y pasar como vos, por el mejor mozo de la guardia del gran duque...

Pero basta de majaderias: dejémonos de frases inútiles y atengámonos á los hechos.

Seguid vuestro camino hácia palacio. Esta noche nos veremos en la antecámara de reunion.

El baron tomó la direccion hácia donde Mastropetro oculto, esperaba el fin de la conversacion.

Luitzpoldo desapareció á los pocos momentos.

II.

Qué será?

Un tiro de cañon que sonó en las murallas del Aguila negra, anunció á los habitantes de la fortaleza, la llegada del primer personaje del gran ducado de Ravensberg.

No solamente lo anunció á los moradores mencionados, sino á los de las inmediaciones y de la parte opuesta del Ems, sobre cuya ribera estaba fundado aquel formidable fuerte.

Varios palafreneros esperaban en el patio del castillo la llegada de los recienvenidos.

Eran dos caballeros.

Ambos demostraban en su fisonomia una melancolía profunda que causaba diferente sensacion.

En el que por su trage, apesar de ser el de ambos bien sencillo, indicaba mas elevada categoria, su aspecto era triste pero interesante... el del otro, sombrio y aterrador.

Los palafreneros cogieron los caballos de las bridas, para que se apearan los señores.

Los dos, sin proferir una palabra, se dirigieron en seguida á una especie de átrio, en cuyo fondo se advertia, en el centro, una ancha y magnífica escalera de jaspe, con pasamano y balaustrada.

En la meseta del primer tramo, sobre un soberbio pedestal, se veia la estátua de Enrique de Walpot, primer gran maestre del órden Teutónico, perfectamente trabajada en mármol de Carraca, por el célebre escultor florentino, *Angiolotto*.

Algunos empleados del castillo, que encontraron en la escalera, cumplian, al dejarlos pasar, con la cortesania que les prescribia su deber.

Llegaron á la primera antesala, y otros, de la servidumbre tambien, se inclinaban respetuosamente, en particular ante uno de los dos caballeros que iba vestido de negro.

Entran en otra sala, y este se dirige á una de las puertas que habia. El ugier colocado en ella, levanta prontamente el tapiz que la cubre, indicándole el paso.

El otro personage iba á seguir á su compañero, pero el ugier le dice, deteniéndolo:

—Perdonad, monseñor, no podeis pasar de aquí.

—Por qué causa?

—Solo al gran duque y á dos personas mas, le está permitido entrar por esta puerta.

—Me parece que te equivocas, le contestó con tono algo áspero el personage. Sin duda ignoras quien soy... cual es mi clase.

—No lo ignoro... si considerais que conozco á quien acompañais.

—Entónces, por qué me impides el paso?

—Yo cumplo con los deberes que me están confiados.

—Pero esto no se entenderá conmigo, sino con esos palaciegos de oficio... mezquinos y torpes aduladores, que rodean al príncipe *como un enjambre de tábanos*... zumbando á su alrededor. Pero yo... yo que me honro con su

aprecio, porque le amo de todo corazon... y él lo sabe, eso sí... yo, repito, no tengo que ver con esa prohibicion.

El ugier no contestó.

—Hola! parece, continuó el caballero, que *caes de tu asno!* Bien lo esperaba yo.

Y se adelantó hácia la puerta.

—Atrás, monseñor... le repitió el ugier, secamente.

—Con que te empeñas en ello, eh? Vamos... aseguro que no me conoces, por mas que aparentas lo contrario... Quién soy? dímelo.

—El mariscal Otocaro. General muy estimado del emperador Maximiliano primero, y ahora amigo íntimo del gran duque, Othon de Ravensberg.

—Lo celebro, contestó con satisfaccion Otocaro. Y hizo otra demostracion para entrar.

—Atrás, mariscal, le repuso el ugier, en el tono anterior.

—Es original! me conoces, me ves acompañando al príncipe, sabes que soy estimado de él, y no me dejas seguirle, cuando no me ha insinuado siquiera...

—Esa es obligacion mia; y como no sois el gran duque, debeis reflexionar que hay sitios en palacio, sagrados... y prohibidos para cierta clase de personas.

—Este lo és?...

—Sí, monseñor.

—Ah! entónces callo y me resigno.

El mariscal se puso á dar paseos por la sala, con la cabeza baja y los brazos cruzados, reflexionando sobre lo que acababa de oir.

El gran duque tenia secretos!... Y en el castillo del Aguila negra, que gozaba en el pais de una fama poco lisongera, pues se contaban de aquella fortaleza fábulas y anécdotas tradicionales, que hacian á los habitantes de las cercanias mirarla con horror.

Se acordó tambien, que la opinion que el vulgo daba al castillo, habia sido mucho antes de que el gran duque reinante naciera.

Ahora, si era aquel misterio hereditario en la fa-

milia de Ravensberg, eso el mariscal no lo podia adivinar.

Pero tal arcano no lo poseia sólo el gran duque. El ugier le acababa de decir, que otras dos personas penetraban por aquella puerta.

El mariscal, desde que entró en la sala, ocupado primero con el ugier, y despues en sus confusas y varias conjeturas, no habia levantado los ojos para examinar aun la estancia donde se hallaba.

Un impulso involuntario le movió á hacerlo. Mas su admiracion fué completa cuando se vió en una habitacion circular, toda de jaspe oscuro, y sobre la puerta por donde entró el duque, una gran águila de la misma piedra, que con sus formidables alas estendidas, y sus garras y pico abierto, parecia querer arrojarse sobre todo el que pretendiera entrar por donde ella se hallaba suspendida.

El mariscal clavó sus ojos sobre tan imponente escultura con cierta mezcla de asombro y terror.

Aunque su alma estaba dotada de un esfuerzo no comun, no pudo esta resistir á la vista de aquel objeto aterrador.

Cuando su imaginacion estaba mas ocupada en analizar las frases del ugier, se presentó repentinamente á sus ojos el águila terrible, como saliéndole al paso para distraerlo de sus meditaciones, y ratificando en parte el carácter misterioso que el vulgo ingorante daba á aquella fortaleza.

Todo se reunia para aumentar sus recelos é inquietudes. Con una rápida mirada recorrió el espacio que le rodeaba, y sobre ninguna puerta ni ventana se notaba aquel signo análogo, de sorpresa y admiracion.

El ugier mudo y silencioso seguia con la vista los movimientos de Otocaro, comprendiendo sobradamente lo que pasaba en el corazon de este.

Algo mas tranquilo el mariscal, y despues de reflecsionar un momento, hizo al ugier estas preguntas:

—Con que dices que dos personas, además del gran

duque, entran por esa puerta tambien?

—Sí, monseñor.

—Quiénes son?

—No las conozco.

—Truhan! Con que los dejas entrar y no sabes quién son?

—Entran y no lo sé.

—Viven en este castillo?

—Lo ignoro.

—Y cuándo entran?

—Qué sé yo.

—Pero entran con frecuencia?

—Sí, monseñor.

—Y á qué?

—No me lo han dicho.

—No has oido hablar algo que indique?...

—Soy sordo.

—Habrás visto...

—Soy ciego.

—Pero habrás comprendido...

—Soy idiota.

—Pues tú sabes algo.

—Nada.

—Lo que tú eres es un bribon taimado.

—Monseñor, no soy ni lo uno ni lo otro.

—Pues qué eres?

—Fiel.

—A quién.

—A quien sirvo.

—Y quién es ese?

—El gran duque.

—Hola! con que esta reserva te la prescribe él.

—No sé.

—Cómo te llamas?

—Pedro.

—Pedro de qué?

—Pedro.

—De dónde eres natural?

—Basta, contestó el ugier con sequedad, y frunciendo las cejas.

—Pedro!... Pedro!... repetia el mariscal para sí, como si esperase encontrar en este nombre la aclaracion de alguna duda que le atormentaba.

Súbitamente palideció, en términos, que, retrocediendo hasta uno de los escaños que habia en el salon, tuvo que sentarse, porque sus piernas vacilaron.

Un sudor frio corria por la frente de aquel valiente y denodado guerrero. Sus ojos, bien á su pesar, dejaron escapar algunas lágrimas que resbalaron por sus megillas, en presencia de aquel hombre, que acababa de destrozar su alma con mencionarle simplemente su nombre.

Porque este nombre era un agudo puñal que habia herido su sensibilidad, recordándole la página mas amarga de su vida.

El ugier no apartaba un punto sus ojos de Otocaro.

Este, mas sereno, se levantó y dirigiéndose á su interlocutor le dice de nuevo con dulzura:

—Respóndeme, amigo mio, donde has pasado los primeros años de tu vida?

Pedro miró con atencion al mariscal, como queriendo adivinar en su fisonomia el móvil de la pregunta.

Un silencio profundo fué la repuesta del ugier.

—Te lo suplico, le repuso con mas afabilidad Otocaro. No es una curiosidad indiscreta y vana lo que me hace preguntártelo: dónde pasaste tu infancia?

—En las campiñas de Lingen, contestó el ugier, despues de titubear un instante.

—En las campiñas de Lingen! Y el nombre de tus padres?... dímelo... Díme el nombre de tus padres...

Nuevo y profundo silencio en el ugier.

—Habla... habla... añadió con ansiedad el mariscal... Tu silencio me mata y tu voz puede darme la vida... Tus padres!... cómo se llaman tus padres?...

—Mis padres!! no los he conocido.

Una lágrima de dolor que vertió el ugier, fué precursora de una melancolía mortal que cubrió su sombrio rostro.

—Conque no quieres satisfacerme á una pregunta tan importante para mí, le añadió con alguna impaciencia Otocaro. Sin duda te has propuesto esta tarde apurar mi sufrimiento.

Pero el ugier, sumergido en su tétrico abandono se mostraba indiferente á todo lo que no fuese la idea devoradora que le laceraba el alma. Parecia un objeto inanimado... Una estátua sin accion, sin vida, sin movimiento.

—No me contestas? repuso el mariscal ya colérico, y sacudiéndolo por un brazo fuertemente.

—Considerad, monseñor, articuló apenas levantando la vista que volvió á inclinar en el suelo al momento, que cuando no respondo á vuestra pregunta, es porque no podré hacerlo.

—No te comprendo.

—Mas claro lo quereis aun? Ignorais que hay arcanos respetables, así como existen sitios sagrados y reservados en palacio? Basta que os haya dicho mi nombre, que ese sí no lo oculto á nadie.

—Vamos á otra cosa. Y de dónde erés natural?

Aquí el ugier dejó asomar en sus lábios una sonrisa amarga.

—Veo mariscal, añadió, que de dos cosas, existe una en vos; ó una curiosidad poderosa, ó un interés incomprensible por saber quien soy.

Este interrogatorio tiene todo el carácter de una completa informacion. Por vuestra vida!... Me quereis alistar en algunos de vuestros regimientos?

—Te advierto que no estoy de broma, le repuso Otocaro con severidad; y debiera bastarte á responderme con sinceridad, si no mi clase y categoria, al menos el haber notado la profunda y dolorosa impresion que me ha hecho tu nombre.

Bien has visto desaparecer ante tí, sin humillacion

ni avergonzarse, al mariscal del imperio, al guerrero fuerte é imperturbable, para manifestarse el hombre sensible y conmovido.

Pero he conocido que tienes mal corazon; que tu alma avezada á los padecimientos, tiene por nada la aflicion y quebranto de tus semejantes.

En una palabra, que eres un ser empedernido y bárbaro que te deleitas y gozas en mi quebranto.

El ugier á estas espresiones pronunciadas con la energia y carácter que poseia el mariscal, volvió á clavar en este profundamente su vista. Otocaro advirtió, con sentimiento, la injusticia con que lo habia calificado, pues notó en el semblante de aquel hombre impasible estampados, la ternura y el sentimiento mas profundo.

—Mariscal!! esclamó con violencia... Tenia otra idea de vuestro corazon... Me infamais injustamente... pero os perdono... porque no me conoceis!! Yo sí que puedo decir con razon que no sabeis con el hombre que estais hablando!!

En seguida inclinó su cabeza sobre el pecho, y un silencio sepulcral reinó entre los dos.

El mariscal por un impulso involuntario, le tomó una mano y la estrechó con afecto. El ugier la llevó hácia su corazon, como para demostrarle que las palabras de Otocaro no habian disminuido la estimacion que le conservaba.

Esta escena no se sabe el fin que hubiera tenido, si el ruido que hizo una puerta interior, y el rumor de unos pasos que se aproximaban, no hiciesen al ugier volver de su estado, preparándose á recibir al que se acercaba.

—El gran duque!

Fué lo único que dijo, mas para prevenir al mariscal de alguna frase imprudente que pudiera verter su ignorancia, que por despegar sus lábios.

Porque su faz conservó aquella severidad melancólica y dolorosa que poco antes manifestara.

—Ya nos entenderemos algun dia, le añadió el

mariscal con voz baja y tornando á apretarle la mano. Me mereces estimacion é interés... porque he conocido que eres un hombre infeliz y misterioso. Espero de tí mas de lo que puedes pensar... Volveré aquí á buscarte.

—Es que tal vez no podais llegar hasta mí, le respondió sin mirarle.

—Por qué?

—Porque eso depende de la persona que se acerca.

El gran duque se presentó, y el diálogo tocó su término.

El rostro del príncipe, risueño y placentero ya, habia abandonado el sombrio velo que lo cubria al entrar por aquella puerta.

El mariscal lo observó, y se convenció de que allí exístia un objeto harto interesante para Othon.

El ugier volvió á saludar al duque al pasar. Este le tendió la mano, que cogió y besó con respeto el súbdito.

—Por mi nombre, querido Otocaro, le dijo el duque con desembarazo y afabilidad, que ya habia mucho tiempo que no sufrias un platon semejante... Esta ha sido una inadvertencia mia, que siento en el alma.

—Señor!

—Oh! no; yo no estoy autorizado por mi calidad de duque soberano, á ser descortés é imprudente con uno de mis súbditos mas dignos de aprecio. Ha estado una broma demasiado pesada para tí, mariscal.

—Jamás la calificaré de tal, monseñor. A mí no me toca mas que acatar vuestras mas leves disposiciones.

—No, nunca me lo perdonaré. Porque al menos debí escusarte, advirtiéndotelo, el disgusto que te habrá ocasionado el imprevisto desaire hecho por el hombre que acabamos de ver colocado en la puerta del águila.

—Efectivamente, y ya que vuestra alteza real me lo recuerda... Pero es, que no creais que es ya resentimiento ni disgusto lo que me ocupa, monseñor. Es una admiracion, una curiosidad tan vehemente por ese desconocido que ya graduo empeño de honor el satisfacerlos.

El duque se sonrió, con amable ironia.

—No lo estraño en tí, mariscal: porque conozco y aprecio, ese carácter enérgico y honrado que posees. Ahora siento doblemente la aventura que te acaba de pasar.

—Señor, si he incurrido tal vez en alguna imprudencia...

—Oh! no, amigo mio. Otro soberano te reprenderia con adustez y severidad, culpándote de una falta que en realidad ha cometido por inadvertencia.

Yo debí mirar que eres un caballero, un guerrero benemérito, que si bien tiene todas las virtudes esenciales, é inmejorables, como hombre y soldado, si eres un dechado de valor y bizarria; en la práctica cortesana estás muy atrasado.

Y no creas que esto lo digo por ofenderte, ni porque me arrepienta de que seas tú el que me haya acompañado hasta esa puerta misteriosa... y á la que no debiste nunca llegar, no; que en la alternativa de ser otro, te prefiero por tu franqueza y honradez.

Pero te repito, querido Otocaro, que hay en la córte arcanos incomprensibles, misterios impenetrables, *secretos que matan al que los sorprende*... y este es uno de esos secretos.

Hé ahí la razon porque tus rivales te motejan y critican en palacio. Censuran tu educacion diplomática, tus maneras bruscas... solo que yo al escucharlos no los atiendo, porque sé lo que vale en tí esa franca rustiquez que les choca, y que forma efectivamente un contraste estraordinario con su estilo elegante y afectado.

En ellos, bajo aquel brillante y dorado esterior, existe la intriga, la falsedad y mala fé, en vez que en tu pecho, mariscal, hay heroismo, lealtad, honradez y pureza.

Pero como estas virtudes que posees hacen resaltar mas los vicios y debilidades de tus enemigos, pretenden, denigrando las tuyas, encubrir los suyos... mas yo, que observo con imparcialidad y sangre fria á unos y otros,

hago la justicia que se merece á cada cual.

—Gracias, Señor, contestó el mariscal con orgullo.

—Volviendo al acontecimiento de que nos ocupámos antes, te repito que lejos de sentirlo, me alegro de que haya recaido en tí.

Otro de mis cortesanos hubiera, como tú, llegado hasta ese hombre, y notado que lo desairaban, habria depositado en su pecho la ofensa, la curiosidad y el deseo, asomando la sonrisa de la indiferencia en sus lábios, mientras devoraban la impaciencia y el orgullo su corazon.

Cubierto siempre con la máscara fascinadora de un falso disimulo, me hubiera manifestado, no queja, sino hallarse completamente satisfecho de mi comportamiento con él, y despues, en secreto, trataria con intrigas y amaños, valiéndose de sus prosélitos y agentes, sondear profundizar el asunto hasta enterarse y esclarecerlo, procurando seducir á los súbditos que hay en este castillo, á la servidumbre, á todo el que creyese con alguna influencia, por leve que fuera, en el negocio, y llevaria á cabo su obra, haciéndolo la fábula de mi corte, sin que se pudiese justificar que fuese él el delator, porque se valdria de medios que asegurasen su impunidad y la culpabilidad de otro inocente.

Pero tambien es fácil que se equivocase en su cálculo, porque yo, conociendo la importancia del secreto que guarda este castillo y dicidido á toda costa á conservarlo, á otro que no fuese el mariscal Otocaro, enviaria ahora mismo á uno de los calabozos mas profundos de este castillo, haciéndolo desaparecer en secreto de la corte; y cuando mas, tendria el consuelo de revelar lo que habia visto á su confesor, entre los densos y sordos muros de su prision pocos momentos antes de morir en ella.

—Señor!! Esclamó el mariscal, conmovido en estremo.

—No, no creas, Otocaro, que aludo á tí. Te juro por mi corona que me hallo muy distante de ello.

Bien lo debes conocer en la preferencia justa que te dispenso.

Recuerda las palabras con que he revelado la justicia que hago á tus virtudes.

En tí veo otro ser diferente, de los que componen esa corte que me rodea.

Fiel observador de las leyes del honor, sabes tambien por esperiencia que en la vida del hombre hay sucesos que, inherentes á la naturaleza humana, son calificados injustamente de crímenes y que despues ya no puede uno despegarlos de sí y los tiene sobre el corazon contínuamente como un ascua ardiendo que la aviva sin cesar, despierto, en sueños, en todas partes, que existe aquella mortal memoria que le destroza y consume.

La posicion y categoria que ocupamos, agrava con mas ó menos importancia las consecuencias de aquel desliz que cometimos, y de aquí los resultados que produce una combinacion mas exacta ó indiscreta para sobrellevarlo á los ojos de esa sociedad exijente y tiránica que nos oprime y subyuga con sus leyes y caprichos.

—Es cierto, monseñor.

—Sí, Otocaro, el arcano que existe dentro de estos muros, es de suma importancia para que ninguno pueda ser tan osado que pretenda penetrarlo, fuera de aquellos que por necesidad están al alcance de él.

Aun la menor indiscrecion de estos, antes del tiempo opartuno para descubrirlo, le costaria la vida.

Mi distraccion y descuido de esta tarde no es disculpable, pues tú eres el primero de los que me han acompañado que ha llegado hasta la sala negra... porque ese es un sitio tan sagrado, que aun yo mismo lo venero... y tú mismo, si supieras la alta importancia de su valor, lo venerarias tambien... por lo que despues de lo que me has oido, juzgo que comprenderás harto lo que he querido decirte.

—Señor, consideradme sordo y mudo desde este momento.

—Gracias, mariscal; gracias por tí... y por mí tambien.

El príncipe le cojió la mano, y Otocaro llevó la de este á sus lábios con espresion y respeto.

Efectivamente, el mariscal recordó que el gran duque, aunque entró en la sala negra delante de él, se habia quitado el sombrero desde el punto que puso el pié en ella, con cierto respeto y dolor, dirijiendo sus miradas hácia una puerta cerrada que estaba á la izquierda de la del águila. Demostracion que no advirtió entónces en su distraccion.

—Algun dia... sí, no lo dudo; continuó el gran duque despues de un momento de reflexion, espero que seas partícipe de lo que ha escitado tanto tu curiosidad.

—No lo deseo, monseñor, si no he de ser en ello útil á vuestra alteza real.

—Veremos; contestó secamente el duque.

En esta conversacion llegaron á la plaza de armas.

—Llevad los caballos por el puente, dijo el príncipe á los palafreneros. Nosotros atravesaremos el rio en la barca; sígueme, mariscal.

III.

El mariscal Otocaro.

Las palabras del gran duque hicieron una sensacion estraordinaria en el ánimo del mariscal.

No porque el temor de abusar de la leve confianza que habia hecho de él el duque le intimidase, sino que la conducta estraña, y mas que todo las frases del ugier, despertaron en él recuerdos á cual mas desagradables.

Pero ese hombre al parecer incomprensible y enigmático se habia posesionado de su mente de un modo tal, que no podia desecharlo.

La fisonomia de Pedro disponia poco en su favor, pero para Otocaro tenia un poder, un interés que no le era fácil contrastar.

Además, sus palabras, su enternecimiento á la memoria de sus padres, revelaban claramente que el corazon del ugier estaba destrozado por un recuerdo funesto, por

un sentimiento de aquellos que, llegando á dominarnos, se hacen inherentes á nuestra existencia y siempre constantes en nuestro corazon nos acompañan al sepulcro.

Todo esto no podia menos de escitar en Otocaro una sensacion tal, cual la que hacia mucho tiempo no esperimentaba.

Una causa poderosa y secreta tenia para ello.

Estaba basado su fundamento en su conducta pasada. Los primeros años de la vida del mariscal fueron borrascosos y terribles.

Dotado de un genio fuerte é indómito, en su juventud no hubo freno que contuviese sus menores caprichos.

Demasiado esclavo de aquellas impresiones fuertes que los jóvenes conciben y que la inesperiencia apoya y hace crecer rápidamente, desarrollándose con mas ó menos fuerza segun el génio y la educacion del que las posee, Otocaro era pronto para concebir y mas enérgico y rápido para ejecutar.

Así llegó el caso de atropellar hasta la autoridad paternal por satisfacer estas exigencias.

Su educacion, cual la de un hombre de la plebe, habia coadyuvado tambien á aumentar el fuego devorador de sus pasiones, y sus maneras rústicas, sus modales groseros, siendo otro poderoso auxiliar á su favor, le arrastraron á estravios que despues lloró mas de una vez en secreto.

No por eso su corazon se prostituyó jamás, descendiendo á la bajeza y al crímen.

En medio de sus violentos estremos, era generoso y compasivo, á par que denodado é impertubable en su propósito.

Dotado de un fondo de honradez y probidad no comun, con la misma rigidez con que complacia sus ideas particulares, practicaba las acciones recomendables que le dictaban su beneficencia y amor á sus semejantes.

Los respetaba y amaba cuanto mas infelices los consideraba, porque decia que el desgraciado era una planta enjuta y abandonada en medio del árido y seco cam-

po de la vida, donde todos, en vez de concederle el riego necesario para volverle su lozania y su vida, no procuraban mas que agostarla y marchitarla á su placer. (1)

Cuando ejercia el oficio de molinero, jamás cometió ninguna accion que estuviese en contradiccion con los bellos sentimientos que abrigaba.

Ya hombre maduro, militar acreditado y mariscal por sus altos servicios, era tan esacto en sus procederes, como fiel á su honor y su deber. A lo valiente y terrible en campaña, unia lo franco, generoso y compasivo.

Su hermoso corazon se abria con facilidad á la sensibilidad y la ternura, así como se empedernia y cerraba al aspecto de la maldad, la cobardia y la bajeza. Jamás transigia con ninguno de estos estremos detestables.

Desde que entró á servir en los ejércitos imperiales, se distinguió por su valor y arrojo.

Poseyendo una estatura elevada, una complexion robusta y vigorosa, estas, ayudadas del gran corazon que latia en su pecho, le hacia acometer con denuedo las empresas mas peligrosas y difíciles. De todas salió salvo y con honor.

Así su carrera militar fué tan rápida, como grandes los hechos con que la distinguiera.

Desnudo de favor y proteccion denigrantes, y sin otro patrimonio ni recomendacion que su brazo y espada, sus ascensos los obtuvo en el campo mismo de batalla, salpicado con la sangre de sus contrarios que acababa de

---

(1) Estos bellos sentimientos del mariscal, lo confesamos con dolor, deploramos que sean tan comunes en los hijos del pueblo, en los descendientes de «la plebe» como le llaman los aristócratas, y que se note comunmente, el que por una anomalia fatal, incomprensible, sean tan raros en las clases mejor acomodadas de la sociedad, en aquellos que con mas facilidad pueden y deben socorrer los infortunios de sus hermanos. Pero por mas que cada cual de nosotros, segun sus mas ó menos fuerza y energia en espresarlo, nos desvivamos por recomendar y dar importancia á esta màxima tan filosófica como santa, nada por desgracia alcanzaremos, y nuestras voces son escuchadas como un eco monótono y cansado. Lo hemos dicho y lo repetimos siempre: La infelicidad para comprenderla es necesario haberla esperimentado... y aun en algunos casos no basta esto tampoco, pues se olvidan con facilidad de lo que fueron.

combatir, y no vendadas aun sus nobles heridas. *Era lo que se llama un valiente y benemérito militar, sin mezcla de artificio ni desdoro.*

Muy jóven aun, se alistó en las tropas del imperio para hacer la campaña en Suiza.

Sus primeros ensayos militares fueron tan terribles, como desgraciada y funesta aquella espedicion para Maximiliano.

La pérdida de ocho batallas seguidas hizo á este emperador desear la paz, y el mariscal con constancia y sufrimiento, arrostró los azares de semejante campaña.

En ella alcanzó el grado de capitan, y el emperador mas de una vez, se dignó recibirlo en su tienda y mostrarle á sus generales como un modelo de valor y heroismo.

Concluida aquella guerra se estableció en Viena, hasta acompañar despues al emperador en el sitio de Terouana, alistándose tambien, como él, de soldado raso en los ejércitos ingleses.

Por último, cuando el emperador invadió el milanesado, asistió constante á su lado, y en la fuga que este tuvo que hacer por haberle abandonado los suizos que tenia á sueldo, Otocaro sostuvo con muy pocas tropas la retirada, conteniendo á los franceses y salvando la vida al emperador, el que á su llegada á la corte premió tanto heroismo ascendiéndolo á mariscal.

Acaecida la muerte de Maximiliano en Wels, se fué á Ravensberg cubierto de honores y gloria.

Su suelo natal le interesaba demasiado para que él pudiese estar mas tiempo sin visitar los lares de su infancia: y al molinero rústico y grosero, lo volvieron á ver transformado en uno de los mariscales mas estimados del imperio.

Mas Otocaro no halló en Ravensberg la recompensa ansiada á su carrera, á los afanes por crearse la posicion que ocupaba... Lo que con mas estímulo le conducia al lugar de su nacimiento, era abrazar á sus padres y hermanos.

Su familia habia desaparecido del pais, se ignoraba su paradero, y los laureles del mariscal, mústios y marchi-

tos por esta noticia, no fueron sino un recuerdo mortal para atormentarlo sin cesar.

Entonces se consideró en medio de su elevacion y honores, mas infeliz y miserable que cuando ejercia su oficio de molinero.

Entonces vió patentemente que para ser venturoso se necesitaba satisfacer las poderosas y dulces exigencias del corazon... aquellos afectos recíprocos y entusiastas producidos por el amor, la fraternidad y la correspondencia del objeto que nos interesa.

El gran duque, informado de los antecedentes de Otocaro, de su carácter y los pormenores de su familia, deseó tenerlo á su lado, para lo cual lo hizo acercarse á él.

Othon se propuso observar y estudiar el carácter de aquel hijo de la nada, ensalzado á una distincion tan relevante, y con efecto advirtió en el mariscal dotes sobradas para tal merecimiento.

Vió claramente que al través de aquella rústica corteza, no estinguida totalmente, habia en él rasgos sublimes y positivos, y mas que todo un corazon puro y sin mancilla.

Admiró su caracter firme y decidido, aquel valor, franqueza y sinceridad, prendas tan escasas y caras en las córtes, y notó, en fin, en Otocaro, un mérito tan singular que lo consideró una joya tan estimable, que se propuso apropiársela, no separándolo ya jamás de su lado.

Sin embargo, el gran duque queria antes de concederle su total confianza, esperimentarlo de mil modos.

El acontecimiento pasado en la sala de jaspe negro, ó mejor dicho, el descuido de Othon en dejar penetrar hasta allí al mariscal sin advertirle nada, fué ejecutado á intento, para despues, como lo hizo, examinarlo, y ver cómo calificaba aquella aventura y las palabras de Pedro, pues estaba convencido que el ugier le impediria el paso, porque era cierto que solo tres personas podian entrar por la puerta del Aguila.

El duque conoció que la sensacion causada al mariscal por semejante lance habia escedido á su cálculo.

Es decir, que le causó á este una impresion tan profunda, que ni él podia adivinar el motivo... ni Otocaro confesaria su fundamento aunque se lo mandase el mismo Othon.

De modo que el duque empezó á entrar en cuidado á estas observaciones, solo que por entonces se limitó á disimular, dejando al tiempo la aclaracion de un recelo que era para él de mas importancia que lo que parecia á primera vista.

Dos eran entonces los cuidados de Othon: el primero saber si la impresion recibida por el mariscal á las palabras y la vista del ugier, tenia alguna conexion con el arcano de la sala del Aguila negra, y el segundo observar claramente atormentado al mariscal de un pesar, ocasionado por su causa, y bajo el sencillo carácter de una prueba.

El gran duque poseia unos bellísimos sentimientos tambien, por lo cual era el príncipe mas estimado de Wesfalia, y acaso el mejor del imperio.

Razon porque simpatizó tanto con el mariscal que llegó á cobrarle un afecto entrañable, viendo constantemente en sus labios para con él, aun en los casos mas árduos, despues de su mérito, esa hermosa y hechicera verdad, esa verdad pura, brillante y divina, que sin saber por qué (1) alejan casi siempre del oido de los soberanos, disfrazándola con matices y colores á cual mas perniciosos y repugnantes.

Othon, que careciendo de este bien tan supremo como esencial para un príncipe, lo hallaba en la boca del mariscal siempre que lo buscaba, graduó con satisfaccion á este de una de las columnas mas firmes de su trono, de un propugnáculo fuerte para sus planes en lo sucesivo.

Mas esta deferencia, esta privanza, hacerlo su compañero en los paseos diarios que daba todas las tardes por las orillas del Ems, si bien en Otocaro no engendraron orgullo ni presuncion, en la córte se hicieron el objeto

(1) Yo lo sé y algunos conmigo tambien. Pero escribimos una novela nada mas. Basta con lo dicho.

preferente de las hablillas y sarcasmos.

Los mas altos nobles del gran ducado no podian mirar con ojos indiferentes, que un *hombre del pueblo, un reptil de la plebe*, un simple molinero, les disputase tan de cerca y descaradamente la privanza del príncipe, su estimacion, y como decian, *su mas íntima confianza*, porque ya no dudaban que Othon tenia en el castillo del Aguila negra un objeto tan secreto como preferente, que llamaba contínuamente su atencion, y que el mariscal habia llegado á obtener una distincion tal, cual era acompañarlo hasta allí, participando de un secreto que se lo ocultaba hasta á la gran duquesa, á la misma Ludomilia.

Solo tres personas de palacio aparentaban manifestarse estrañas á este fuego lento en que se abrasaba toda la córte de Ravensberg, y cuya voraz llama no podia tardar en levantarse, al soplo de la envidia y el resentimiento.

Estas eran madama Sofia de Korvei, el consegero Biling, y el príncipe de Marck. De este último nos ocuparemos mas adelante y haremos ver que por engañar á todos, aun se engañaba á sí mismo.

En cuanto á Sofia y el consegero, estos como partícipes del secreto del castillo del Aguila negra, observaban y advertian al gran duque de los rumores que circulaban en la córte, solo que Othon demasiado confiado en su poder y rectos procederes, tenia en muy poco hasta las quejas de la gran duquesa su esposa.

Por lo cual se conocerá ya demasiado que las dos personas que además del gran duque, dijo el ugier al mariscal que penetraban por la puerta del Aguila, eran madama Sofia de Korvei y el anciano consejero Biling.

Poderosa era necesario que fuese la influencia de estos dos personajes, para obtener una preferencia que era negada á todo el mundo... aun á la misma Ludomilia, duquesa soberana de Ravensberg.

Pero mas adelante aclararemos esto. Lo prometemos á nuestros lectores. Tambien los haremos penetrar por aquella puerta misteriosa.

VI.

Recelos y dudas.

Los motivos de Othon para conducirse con tanta reserva y secreto en el castillo del Aguila negra, eran de la mas alta importancia para él.

En cuanto á los escrúpulos, rumores y hablillas de palacio, hemos dicho que se cuidaba muy poco de ellos porque á su entender bastaba él por sí solo á desvanecerlos con una sola palabra.

Mas el gran duque se engañaba; demasiado confiado, no preveia que los funestos efectos de la intriga y el resentimiento palaciego alcanzan aun á los mismos soberanos.

. . . . . .

Su alteza real y el mariscal llegaron á la muralla del castillo, cuyo muro bañaba el caudaloso Ems.

Un fuerte rastrillo abierto en el mismo muro, les dejó paso, y bajando una rampa se encontraron en una especie de embarcadero.

Una barca, cuyos remeros se distinguian con la librea del gran duque, los admitió á su bordo, y con una velocidad estraordinaria los trasladó á la parte opuesta del rio.

El gefe de la tripulacion, despues que saltaron en tierra, el duque y el mariscal, preguntó al primero:

—Esperamos aquí á vuestra alteza real?

—No, volverse al castillo cuando lleguen los palafreneros. Yo pasaré el rio por el puente á caballo.

El gefe se inclinó y la barca desapareció á su tiempo, segun la órden del duque.

Los caballos y los palafreneros tardaron aun, porque el puente se hallaba á tres millas del castillo

—Me parece mariscal, dijo el duque mirándolo atentamente, que estoy leyendo lo que pasa por tí en este momento.

—Ignoro el motivo, monseñor.

—Tú estarás diciendo, este Othon, es raro y caprichoso. Pasar el rio en una barca, dar que hacer á los pobres remeros, y mandar entretanto los caballos por el puente pudiendo él pasar por el rio es mania singular.

—Sin duda... á no ser que vuestra alteza real tenga motivos secretos para hacerlo así.

—Pues eso es... no te engañas. Dos fundamentos imperiosos existen en mí para ello.

Uno es, que en esta barca pasaba el rio en época mas dichosa y donde me esperaba la ventura al desembarcar, cuya memoria, á par que dolorosa, quiero conservar, y el otro, que en ella llego mas pronto á esta orilla, la que desde aquí hasta Lingen tiene para mi alma recuerdos queridos y difíciles de poder desechar.

Ves esos molinos sobre el rio, ese caserio, aquella quinta á la entrada del bosque de Roden?... Ah! Esa quinta!! Si tú supieras, querido mariscal, lo que me recuerda esa quinta!... En ese sitio hallé por primera vez de mi vida la felicidad... la única que he gozado... y que no volveré á disfrutar ya!...

—Y por qué? le interrumpió Otocaro con admiracion.

Vos, el poderoso señor de Ravensberg!...

Príncipe tan querido de sus súbditos.!... Duque soberano! Reverenciado de sus pueblos por amor y no por temor .. Con una esposa bellísima y encantadora...

A estas últimas palabras, Othon fijó en el mariscal una mirada triste y espresiva.

Otocaro comprendió perfectamente que sus frases habian herido el corazon del duque.

Este, acudiendo á desvanecer prontamente la indiscrecion que habia cometido, dijo con marcado pesar.

—Duque soberano, es verdad, pero tambien hombre muy desgraciado!

Todavia no has conocido, mariscal, que la grandeza y los honores no bastan para adquirir la felicidad en este mundo?

—Oh! sí monseñor... Demasiado esperimento los efectos de esa amarga verdad!

—Entonces estarás harto convencido que el fausto y la grandeza no son otra cosa que un vano y despreciable adorno cuando el alma sufre y padece, y que lejos de adquirir con ellos la paz y los goces que necesita el corazon, nos abruman con sus impertinentes é insufribles exigencias porque... es verdad, Otocaro? Al través de ese deslumbrante esplendor, de ese esterior seductor y egoista, están la amargura y el dolor para el desgraciado.

Es un vacio mortal é insoportable que nada basta á cubrir ni llenar... á adquirir la ansiada felicidad... aquel bien que le falta.

Ves este pecho, donde se ostenta este emblema supremo de distincion y grandeza? pues aquí tienen su morada los sentimientos mas acervos... Un sufrir eterno y prolijo... los remordimientos en fin!

—Los remordimientos!! esclamó el mariscal asombrado. Vos remordimientos? Vos, el soberano mas justo, mas amable y compasivo?... Othon de Ravensberg remordimientos! Oh! no es posible, monseñor.

Vos no podeis haber dado entrada en vuestro corazon al crímen... Eso no es esacto...

Sois demasiado bueno para que hayais incurrido en una falta tan grave. .

Ahora, un error inocente... un estravio de la razon... un desliz de la inesperiencia...

—Lo crees así, amigo mio! le dijo el duque con marcado pesar y cojiéndole una mano... y sin embargo te engañas!

El príncipe calló en seguida, cubriendo su rostro de una melancolia profunda y apoyado en el brazo de su compañero, se dirigia insensiblemente hácia la quinta que le indicó antes á este.

Solo unos ahogados suspiros salian de su pecho.

Othon sufria en aquel momento una pena atroz.

El mariscal no se atrevia á interrumpir un silencio que respetaba y sentia al mismo tiempo.

Solo miraba al soslayo al duque que con la cabeza baja y aspecto reflexivo, seguia maquinalmente su paseo.

Al cabo de algunos momentos, Othon con acento mas animado:

—Conozco que eres un verdadero amigo, mariscal, dijo. Sin poseer un estilo estudiado y cortesano, una elocuencia afectada y halagadora, sabes suavizar los dolores del corazon.

La pureza y la verdad tienen en estos casos, una fuerza tan mágica y superior que bastan á consolar por sí solas, porque su persuacion es altamente apreciable.

Espresar lo que se siente y no lo que creemos... lo que dictan los sentimientos del alma, y no la concepcion de la lisonjera adulacion!...

Sí, sí, eres un verdadero amigo mio... lo conozco con satisfaccion.

El duque volvió á caer en el mismo silencio, como para meditar sobre lo que acababa de decir al mariscal.

—Ahora bien, añadió despues: te he elegido por mi compañero en estos paseos diarios, porque te considero digno de tal preferencia, y porque tú, mejor que otro, podrás satisfacer las preguntas que se me ocurran hacerte sobre estos parajes.

Y no vayas á creer que esto lleva la intencion siniestra de recordarte tu procedencia humilde, no... que esa para mi encierra tambien su mérito y estimacion.

Cuando llegue el dia en que sepas lo grato que me es visitar y hablar de estos sitios, comprenderás la sinceridad con que me espreso, y apreciarás en su verdadero valor mis palabras.

—Basta, señor; os vuelvo á decir que mi deber es acatar vuestros mas leves deseos sin calificarlos.

—No es tu sumision lo que anhelo, mariscal, sino tu estimacion y el afecto que inspira una verdadera amistad. Desde hoy te llamarás, no el súbdito, sino el amigo de Othon de Ravensbegr.

—Gracias, monseñor.

Procuraré no desmentir tan honorífica como satisfactoria preferencia.

—Ahora bien, volviendo á mi anterior deseo, dime: en cuál de estos molinos que descubre nuestra vista en esta vasta campiña, bien sobre el Ems ó en sus afluyentes nacistes?

—Señor, al llegar á Ravensberg, mi alma impulsada de una sensacion imperiosa y lisongera para un hijo, me condujo á visitar, sin detenerme en nada, estos sitios donde se hallaba el hogar de mis abuelos, pero ví con dolor que este habia desaparecido.

—Y tu familia?

—Tambien.

Al oir esto el duque quedó un instante pensativo.

—Coincidencia estraña, prorrumpió al cabo.

Y no has podido adquirir noticias de ella?

—Sí, pero vagas y confusas... Es verdad que en tan dilatado tiempo como hace que falto de mi casa, mi familia debe haber sufrido muchas alteraciones.

—Es cierto. Y cómo se llamaba tu padre?

—Pedro... tartamudeó el mariscal.

—Tu apellido?

—Rantz...

—Pedro Rantz!... repitió el duque como si tratase de

recordar alguna circunstancia interesante. Y tenias algun otro hermano?

—Si, señor, uno con pocos años menos que yo, y dos hermanas, niñas aun.

—Y cuánto hace que faltas de tu casa?

—Sobre veinte años.

—Veinte años!!...

Esta última frase la vertió el duque como dejándola escapar inadvertidamente.

—Y dime, continuó, oistes nombrar en tu juventud acaso, á cierta familia .. llamada la de Martelo?... Una bien acomodada en el pais.

La fisonomia del mariscal sufrió una ligera variacion que, aunque pretendió disimular prontamente, no se le ocultó al duque.

—Creo que el nombre de esa familia te ha hecho alguna sensacion, mariscal. Por ventura influye algo en tu vida pasada?

—Y tanto, monseñor. Me recuerda acontecimientos harto infaustos para mí.

—Entonces siento habértela nombrado... Es fatalidad cruel que esta tarde no he de causarte mas que disgustos.

—Monseñor, olvidad eso.

—Oh! no, de ningun modo. Pero ya que este recuerdo te es gravoso, y la casualidad lo ha presentado á tu imaginacion mas profundamente por mi labio, exijo de tí sino tienes alguna causa grave y secreta que lo impida, que me confies la relacion que tuvo esa familia con los sucesos funestos que me has insinuado.

—Considerad, señor, que un duelo que tuve con el hijo mayor de ella, ocasionó que yo abandonase la casa de mis padres.

—Con el hijo mayor de Martelo? Y en efecto... creo recordar que ese jóven daba serios disgustos á sus padres... No se llamaba?...

—Joaquin.

—Esactamente... el mismo. Era un mancebo arro-

jado é imprudente en demasia... Su padre, cuando vivia, me tenia una deferencia ilimitada.

—Pues qué, el padre de Joaquin ha muerto!!

—Se ignora; pero para el caso es igual porque no se sabe su destino... Pues como decia, cuando este anciano vivia aquí, frecuenté muchas veces su casa en mis paseos campestres; y en mis partidas de caza en el bosque de Roden, al regresar de ellas, siempre descansaba en su morada, porque era un labriego digno de suerte mas elevada y feliz.

Y tengo muy presente que en sus conversaciones con la familia, se quejaba amargamente de su hijo Joaquin, acusándolo de todas sus desventuras.

—Lo creo... Es preciso que haya sido muy desgraciado el padre de ese jóven.

El mariscal deseando dar otro giro á la conversacion, llamó la atencion del duque diciéndole:

—Ya tenemos cerca los caballos, señor. Así vuestra alteza real no andará mas á pié, porque conceptuo que ya deberá estar cansado.

—No, no lo estoy aun...

—Pues el espacio que hemos transitado no es corto por cierto. Mirad donde nos hallamos ya.

—Sí, cerca de mi quinta del *Recuerdo*. Ves? Ahí era donde ese Martelo tenia su granja. Cuando la abandonó esa familia, no presentándose despues ningun propietario ni heredero de ella, la hice transformar en una magnífica quinta.

Si algun dia apareciese alguno de sus legítimos poseedores, se la devolveré con las tierras que la pertenecen, y la parte de rio que baña sus piés.

Es todo el beneficio que puedo hacerles á unos súbditos apreciables y antiguos moradores de esta campiña, por haber dispuesto á mi placer del hogar de sus abuelos.

—Señor, sois justo y benéfico; le contestó conmovido el mariscal.

—Además, estoy practicando las diligencias mas activas por saber de Martelo...

—El cielo satisfaga vuestros deseos, monseñor.

—Sé que ese anciano vive, y conjeturo que no debe pasarlo bien.

Es un recuerdo que me atormenta sin cesar, mariscal.

Saber que existe un desventurado que me inspira interés y no poder socorrerlo y consolarle, es para mí una idea insoportable.

Y así como tanta veneracion y respeto le tengo al padre, mayor es aun mi cólera contra su hijo Joaquin; pido al destino que jamás ese miserable se me ponga delante.

Es la iniquidad mayor, el crímen mas inaudito, haber abandonado á sus padres... á su familia.

El ha sido causa de la muerte de su desdichada madre... y de otros infortunios que por la pérdida de esta sobrevinieron á estos infortunados.

Quizá no los hubieran esperimentado si él, como debia, hubíese estado á su lado.

—Sin duda... Pero Joaquin, si vive... si llega por ventura á saber la suerte de los suyos, no considerais que el pesar y los remordimientos amargarán constantemente su vida, monseñor?

Qué, no será desdichado tambien? Es imposible lo contrario.

En medio de su caracter indómito y duro poseia un corazon sensible y amante de sus semejantes.

Sino que en la juventud, bien lo sabrá vuestra alteza real, monseñor, se cometen deslices, se perpetran errores de muy perdurable duelo y tardío é inútil arrepentimiento.

El duque á estas palabras arrugó el ceño y dejando caer la cabeza sobre el pecho, quedó mudo y reflexivo.

Otocaro, que conoció habian producido fruto sus palabras, continuó:

—Sí, monseñor, si en nuestros primeros años meditáramos, reflexionáramos y obráramos como en la edad madura, si el conocimiento adquirido ya nos pudiese suministrar sus sabios y saludables consejos, cuando jóvenes sin tino ni acierto, nos arrojamos á cometer infinitos des-

aciertos, si la venda del error no cegase entonces nuestros ojos, no ofuscase nuestra imaginacion revistiéndonos la apariencia de una realidad seductora, y la verdad de un aspecto fastidioso é insufrible; si tuviéramos en fin ante nuestra vista esa luz vivificante, divina y esplendorosa de la esperiencia, que iluminando nuestra mente nos guia y conduce por el camino del acierto y la razon... entonces cuán diferente comprenderíamos el mundo, sus goces y sus penas, sus adversidades y prosperidades, sus deleites y dolores!...

Entonces se llenarian y satisfarian con mas solidez y constancia, los impulsos del corazon, las sensaciones del alma, las ideas de nuestra imaginacion, y el placer seria mas permanente y estable, duraria mas su dulce estímulo, su hechicera embriaguez, porque ayudados del raciocinio podríamos profundizarlo y entregarnos mas á sus gratos efectos.

El dolor y el pesar, no cebarian su desgarradora garra en nuestra pecho, y el remordimiento, este triste, abrumador y último medio que nos queda, esa memoria inhumana... ese recuerdo insufrible de lo que fué, por nuestro mal, no vendria á dominarnos, á enseñorearse de nuestro corazon..

A emponzoñar eternamente una existencia que debia haber sido feliz, y que entonces no ansia ya, no anhela mas por único y consolador recurso, que la soledad y el abandono del sepulcro.

El duque alzó la cará para mirar al mariscal.

Jamás le habia parecido este tan digno de su aprecio.

Admiraba estasiado, en aquel hombre rústico, el idioma de una verdad tan poderosa como cierta.

—Tienes razon... le contestó con amargura; despues de un momento de estarlo contemplando atentamente.

Tú hablas al corazon, Otocaro... Tu lenguage es sencillo; pero sobradamente inteligible. Eso no se aprende, amigo mio.

Esa es una persuacion tan natural como sincera... tan poderosa, como merecedora de mi eterno aprecio.

—Monseñor, no sé adular ni mentir... Solo sé espresar lo que siento y guerrear con entusiasmo y valor.

—Lo sé... me consta, y me colma de satisfaccion al mismo tiempo.

Aunque la educacion del mariscal, como hemos dicho, habia sido harto limitada, sin embargo, poseia aquel talento natural, casi siempre inseparable del genio, de esa segunda existencia del hombre, que lo impele y arroja en medio de la sociedad, y las mas veces desde el oscuro rincon del olvido y el abandono, lo coloca en primer término de ella, lo hace visible, con admiracion y respeto del que lo contempla.

Otocaro habia adquirido con la edad y la esperiencia un profundo y esacto conocimiento del corazon humano; y sus campañas, los trabajos que esperimentó en ellas, crearon en él una nueva educacion, que aunque no bastaba á borrar su primitiva procedencia, unida á las buenas cualidades que poseia cuando jóven, formaron un conjunto apreciable, y un hombre digno por todos conceptos de la veneracion y cariño, del que lo mirase sin esa prevencion siniestra con que lo hace cierta parte imprudente y necia de la sociedad, con todo el que se eleva á un grado mas superior del que nació, por su genio y noble osadia.

Esta valla insuperable para ciertos hombres, este derecho conque se creen para denigrar y humillar al que no nació en la alta esfera que ellos... esta exigencia estúpida, absurda, imprudente y hasta sacrílega, debe tambien considerarse como un crímen despreciable, que se rinde en homenage al orgullo y la fatuidad.

Se insulta á la naturaleza descaradamente, y se ofende á la divinidad con impunidad y osadia.

Apreciar al hombre por su procedencia y no por lo que él se ha grangeado; estimarlo y acatarlo por su nacimiento y no por sus méritos... por lo que debió ser y no por lo que verdaderamente es... es el colmo de la ignorancia y del error...

Es dar á entender claramente, que Dios y la naturaleza erraron su cálculo al darle el ser á aquella criatura,

y que los dotes apreciables que le concedió, no son nada, nada valen... su importancia es sumamente débil, cuando no lo hizo nacer, para que halagase los necios caprichos de la sociedad, en una esfera mas alta.

En una palabra, dar á entender que el Hacedor no supo lo que se hizo con aquella creacion, y que debió consultar, pedir parecer á esos hombres menguados y degradantes que juzgan y califican así los actos de la divinidad, al colocar la procedencia de aquel ser á quien le place adornar con las virtudes y méritos que negó tal vez á los que lo censuran y desprecian.

De modo que para ciertos hombres las leyes de la sociedad son mas respetables y sagradas que los preceptos del Omnipotente, y que los arcanos de su sabia providencia, depositados en esa admirable y poderosa naturaleza reina del universo...

Muy bien! deben estar satisfechos y orgullosos con su dictámen, tan científicos, censores de las decisiones de la divinidad.

El hombre para ser algun dia, debe haber nacido siendo... Si nació sin ser aun, aunque despues sea, nunca es nada.

Máxima religiosa, moral y filosófica, de fácil aplicacion para sus autores, pero que será calificada por el hombre sensato y pensador de un barbarismo craso.

. . . . . .

. . . . . .

—Por lo que respecta á Joaquin Martelo, monseñor, continuó el mariscal despues de un momento, no se le debe culpar del todo.

La constante y tenaz rivalidad de mi familia con él, el querer su padre que transigiese con sus rivales hasta enlazarlo con mi hermana mayor cuando él amaba á otra, todo originó una encarnizada lucha doméstica, que no teniendo Joaquin la prudencia necesaria para sostenerla, le hizo en un rapto de desesperacion abandonar la casa paterna...

En esto casi hay una disculpa, monseñor... y Joaquin

no es tan criminal como aparece, en los infortunios ocurridos á los suyos.

—Siendo así... Es cierto que su padre jamás me refirió esos pormenores.

—Yo lo sé demasiado... y en medio de ser Joaquin enemigo de mi familia, no puedo menos de disculparlo.

Harto lamento esta desgracia, pues por lo que veo, la enemistad de las dos casas siguió en aumento, hasta haberse estinguido del pais las dos familias como lo han hecho.

A esta observacion Othon no respondió una palabra.

—Pero conozco, monseñor, que estos recuerdos os son molestos... Teneis razon, porque á mí me abruman tambien.

Hay males que mas vale olvidarlos que sentirlos, y aunque esto es difícil desterrarlo de nuestra memoria, cuanto mas procuremos no ocuparnos de ello, tanto mas grato nos será el paseo de esta tarde.

—Ciertamente... pensemos en otra cosa... aunque lo veo difícil, porque todos los objetos que se ofrezcan á nuestra vista, nos han de recordar lo que procuramos en vano olvidar.

Pero seguiremos adelante nuestro paseo si te parece.

—Como guesteis, señor. Quizá hallemos en él quien nos distraiga de nuestros tristes recuerdos.

V.

La aldeanita.

Orillas del Ems, hácia la parte oriental de él, se elevaba un magnífico edificio de vasta estension y elegante fábrica.

Desde luego la vista esterior que presentaba, denotaba que el gusto de aquella época, unido á la riqueza y la profusion, habian apurado todos sus recursos en semejante obra.

Por entre un enverjado, sobre un muro de una altura regular, se dejaban ver los árboles y las flores de un hermoso jardin, el que, á pesar de la distancia que se hallaba del edificio el mariscal, le daba claro á entender que era uno de los mejores que habia visto, tanto en Alemania como en Italia.

Otocaro, aunque desde léjos, miraba con tanta atencion la posesion, que el duque le dijo:

—Hola! parece que te ocupas demasiado de mi bella quinta del *Recuerdo*. No te he dicho que es digna de vi-

sitarla. Otro dia lo haremos.

Esta tarde no me complaceria penetrar en ella despues de la conversacion que hemos tenido.

Ahora seguiremos nuestro paseo hácia la entrada de la selva de Roden, que es aquella que está á la derecha y se estiende hasta las cordilleras del Harz...

Bien, que soy un majadero. Te estoy esplicando parajes que habrás frecuentado mil veces... y que conocerás mejor que yo.

—Es evidente, monseñor. Tengo cortada mucha leña en ese bosque cuando era muchacho, para el molino donde trabajaba.

Lo confieso sin rubor. Lo mismo era entonces para mí empuñar la acerada hacha, que ahora la espada de mariscal... No, no era lo mismo. Conozco con sentimiento que entonces era mas feliz!

—Por qué?

—Porque tenia padres, familia... y ahora me encuentro solo en el mundo.

—Desecha esas ideas lúgubres.

El hombre de valor, el hombre de mérito nunca está solo.

Le acompañan sus virtudes, y la estimacion de sus amigos. Yo lo soy tuyo, Otocaro.

El paseo de esta tarde ha engendrado en mi alma hácia tí, un interés incomprensible y poderoso... un afecto que conozco no podrá estinguirse ya.

No te complace tener un amigo con quien departir de tus penas, á quien demandar consuelo y de quien recibir las sinceras muestras de una recíproca y dulce correspondencia?

—Monseñor! Monseñor! esclamó el mariscal, casi saltándosele las lágrimas... Mi sola familia, mis deberes, mis atenciones se encuentran solamente ya en vuestra alteza real. El dia que os sacrifique mi vida en prueba de estas palabras, seré completamente feliz

—No lo quiera Dios!... le contestó Othon conmovido tambien.

Vive para mi amistad, para mi consuelo... y quién sabe si algun dia... Pero basta: no mas por ahora.

Algunas frases se ahogaron en la garganta del gran duque; Otocaro le cogió la mano y apretándola fuertemente, la estrechó contra su corazon besándola despues con entusiasmo.

El duque la sintió humedecida con las lágrimas de aquel guerrero feroz, que hacia temblar á sus contrarios en el campo de batalla.

—Toma, dijo Othon, quitándose un rico anillo que llevaba. Está cubierto con tus lágrimas...

Yo lo coloco en tu dedo y te pido que lo conserves como memoria de mi afecto y de lo que me has hecho esperimentar esta tarde.

Por esta señal de distincion podrás llegar hasta mí cuando quieras.

Te concedo esta gracia, hombre sigular y apreciable, porque te conceptúo harto digno de ella.

El mariscal volvió á besar la mano del duque, sin proferir ni una palabra.

Los caballos llegaron, y el duque y el mariscal montaron en seguida.

Los palafreneros se volvieron en la barca, y los dos personages se dirigieron hácia la selva de Roden.

Los dos, mudos y sumergidos en sus reflexiones, dejaron libremente la direccion del camino á los caballos, así cuando el mariscal lo advirtió, se encontraron en medio del bosque, en un sitio todo poblado de arbustos y acacias, donde los árboles estaban tan espesos que con dificultad penetraban los rayos del sol.

—Por cierto, mariscal, que nos hemos descuidado demasiado, dijo el duque. Mira donde estamos... Sin embargo, eso no impide que nos apeemos y descansemos al lado de ese hermoso arroyo.

El mariscal lo hizo primero y despues el duque. Otocaro ató las riendas de los caballos á un arbol, y los dos se sentaron en una roca que habia próxima á el arroyo.

—Qué te parece este escaño, mariscal? le preguntó sonriéndose Othon.

El que viera ahora al gran duque de Ravensber sentado sobre esta tosca piedra y lo contemplase luego en donde recibe su corte, rodeado de sus magnates y consegeros, no podria menos de reirse ó creer que su alteza real padecia algun acceso de locura. Oh!... pero yo me guardaria muy bien de ejercitar estos actos tan sencillos é inocentes si fuese otro el que me acompañase.

Porque en tí, como resplandece la naturalidad y la verdad, no las criticarás ni te mofarás de ellas.

Tú eres un soldado ilustre, un héroe, y á pesar de adornarte un valor no comun, ves al mortal, sin escandalizarte, como es ante Dios, no ante los hombres.

Veneras la naturaleza, porque en sus preceptos existe esa realidad que practicas en tus menores actos.

En sus obras acatas las muestras de su poder supremo, y en su curso la infalibilidad maravillosa y esacta, que el hombre debiera estudiar, para reverenciarla mas y tener mas presente tambien, midiendo por ella sus acciones.

—Señor... os contemplo un soberano digno de una corona mayor.

—No la deseo, querido Otocaro.

La que la Providencia ha colocado sobre mis sienes, aunque pequeña, me pesa demasiado.

Reinar! Sabes tú lo que es reinar, si el soberano ha de llenar cumplidamente la sagrada y estrecha mision que Dios le confiara?

Ah! Cuán pocos, por desgracia, se encuentran con los dones necesarios para tan alta dignidad.

Regir un reino!... Ser el primer personage de él!...

Tener en su mano la balanza fiel de la justicia, sin inclinarla por influjo del interés, la maledicencia ó la intriga.

Tener, para apretarlo ó aflojarlo á su placer, el gran resorte del bien, la dicha y la prosperidad de millares de súbditos!...

Contemplar desde el alto y elevado asiento del tro-

no, aquel apiñado enjambre de criaturas puestas bajo la salvaguardia de un brazo paternal, ó bajo la garra de un tigre pronto á devorarlos con encarnizamiento y tirania.

Abrir ó cerrar las fuentes inagotables de la ventura, para sustituirlas con la desolacion, el llanto, la orfandad y hacer correr á torrentes la sangre del inocente pueblo! Ah!... Qué perspectiva, mariscal!...

Y todo esto se encuentra puesto al arbitrio de un hombre solo... de un miserable mortal, flaco y débil como el último de sus súbditos... que por lisonjear, por satisfacer, la mas leve de sus pasiones, su capricho mas mezquino, su necio antojo, puede destruir, envolver, aniquilar máquina tan interesante y apreciada...

Reinar, mariscal! Reinar!!

Saben la mitad de los soberanos toda la estensa gravedad de este cargo, la importante responsabilidad que es para con Dios y los hombres?

—Es cierto, monseñor.

—Cuánto mas feliz seria yo sin ella, y pudiendo entregarme libremente á los goces de la vida privada!...

Sin arrastrar esta brillante y dorada cadena, que cada cual de sus eslabones es un diamante que ciega y deslumbra, pero que al mismo tiempo no hay poder en el que la ciñe para romperla y separarla de su cuello, sin unas consecuencias de gravísima trascendencias para él.

—Y por qué, monseñor? Ese es un error en vuestra alteza real... Un escrúpulo que no debeis abrigar.

Vuestros súbditos son felices, y cada dia rinden nuevas gracias á la mano protectora que os colocó en el sólio de Ravensberg.

Vuestras acciones son irreprensibles, vuestro gobierno justo y benéfico.

Que seríais mas feliz, decís, en la vida privada! y porqué? No sois amado de todos, y reverenciado sin artificio ni dolo?

Y estos pueblos que la Providencia ha puesto á vuestro cuidado, no forman una gran familia cuyo gefe sois vos?...

Y cuanta mas sea vuestra bondad y virtudes, no es mayor la felicidad que el cielo derrama sobre ellos?

Un soberano cual vos, es una muestra del favor que la Omnipotencia divina concede á los pueblos que rige.

Uno despótico, tirano y egoista, es la cólera de Dios, simbolizada en aquel ser de reprobacion, hácia los infelices que tengan que sufrir su dominacion.

Vos, señor, no teneis de qué quejaros á la Providencia por haber nacido para reinar.

—Ojalá fuera así!... El convencimiento en que estoy de la estimacion de mis vasallos, es lo que me hace resignarme y sacrificar á mis deberes mis mas caros afectos...

El duque contuvo repentinamente la conversacion porque le pareció escuchar un rumor sordo, á corta distancia de ellos.

Los dos estaban colocados próximos al arroyo y de espaldas á un corpulento abeto, cuyo grueso tronco bastaba á ocultarlos perfectamente, de modo que no era fácil notarlos sin aproximarse demasiado.

El duque se levantó, y volviendo el rostro vió un objeto que le sorprendió.

Este era una jóven, como de unos doce años, que se ocupaba en llenar un vaso del agua del arroyo.

Othon, sin atreverse á respirar por no asustarla, la miraba con atencion esperando el fin de aquella escena.

El mariscal desde su asiento, seguia con la vista los movimientos del duque.

Pero la sorpresa de la niña fué inevitable, pues al levantarse, para retirarse con el agua, vió al duque, y dando un grito, dejó caer el vaso sobre la arena.

La inocente palideció y tembló á la vista de aquellos dos hombres.

La fisonomia del duque era noble é interesante, pero la del mariscal, ya se ha insinuado, feroz y por lo tanto antipática en demasia.

—No os asusteis; hermosa, le dijo el duque con amabilidad estremada, dando algunos pasos y cogiéndola por

la mano. Nada teneis que recelar de nosotros. Abandonad todo temor y estad segura y tranquila.

Othon la condujo cerca del mariscal, y este pudo contemplar las encantadoras facciones de tan preciosa criatura.

Vestia el trage de una de las aldeanas de aquella campiña.

Un corpiño negro ceñia su delicado talle y su torneada cintura.

La blancura de su tez, sus ojos rasgados y azules, sus rizos que salian por debajo de un sencillo y gracioso sombrerillo, sus largas y rubias trenzas que se dilataban por su espalda, todo la daba un aspecto inocente y candoroso, que interesó al duque y conmovió al mariscal.

—Hija mia, le dice Otocaro, por qué temblais así? Somos vuestros amigos.

Venid aquí... mas cerca de nosotros... á nuestro lado, y os convencereis de que no queremos haceros mal: todo lo contrario.

El mariscal la acercó, y arrimando su negro y poblado bigote al albo rostro de la niña, estampó en él un beso de ternura y amor.

Aquella muestra de caricia y afecto, la infundió alguna confianza.

—Aproxímate tambien á mí, niña hermosa, añadió el duque, colocándola entre sus rodillas.

Yo quiero ser tu amigo, y deseo que te convenzas de mi afecto hácia tí.

Cómo te llamas?

—Yo?... Gacela... respondió tímidamente.

—Gacela! Estraño nombre por cierto, prorrumpió el duque, sonriéndose y mirando al mariscal.

Este no puede ser sino apodo... y verdaderamente es bonito y adecuado á su edad... Será demasiado vivaracha y la denominarán así... Tienes madre?

—No, señor.

—Y padre?

—Si... pero muy viejecito.

—Y en qué se ocupa, hija mia?

—En qué?... En llorar la mayor parte del dia, contestó tristemente.

—En llorar?

—Sí, señor.

—Y qué lo motiva?

—No sé... solo veo que llora.

—Y dónde vives?

—Oh! eso no lo puedo decir.

—Y quién te lo prohibe?

—Él.

—Tan severo es?

—Qué!... no señor... muy cariñoso.

—Entonces por qué te priva decir tu casa?

—Lo ignoro.

—No le visita nadie?

—No, señor.

—Y cómo se llama tu padre?

—Gerónimo.

—Y su apellido?

—Tampoco me lo ha dicho.

—Pero tu casa estará por estas inmediaciones cuando tú te hallas aquí.

La niña calló á esto y bajó los ojos.

—Vamos, ya lo comprendo, dijo el duque al mariscal. El padre de esta jóven será alguno de los muchos misántropos que existen en el mundo.

La situacion en que esta niña dice se encuentra, es la de aquellos seres desgraciados, víctimas de algun infortunio grave ó de haber esperimentado una série de desventuras tales, que amargan el último periodo de la vida.

Hé aquí, amigo mio, uno de los deberes mas sagrados para un soberano, y ahora me alegro mas del paseo de esta tarde, porque quizá me proporcionará llenar uno de los mas gratos deberes para mi corazon.

Con que, hija, es fuerza que me digas donde está tu casa, ó que me guies á ella.

—Oh! nunca! esclamó la jóven afligida en estremo...

Mi pobrecito padre lo sentiria mucho, mucho!

—Escucha y no te acongojes.

Yo aprecio mucho á todos los que son así... desgraciados como tu padre... y viejecitos... y están continuamente llorando.

Soy además muy rico, y poseo tesoros para hacer su felicidad.

A tí te compraré muchos vestidos, sombreros preciosos... sortijas... pendientes... y te pondré mas bonita que estás aun.

A tu pobre padre lo consolaré y haré que deje de llorar... porque yo, hermosa, puedo hacer cesar su llanto, y tornar la alegria á su corazon.

Tú tendrás todo lo que gustes y desees... porque tú desearás algo, es verdad?...

—Sí, sí, dijo la niña dirigiendo al duque una mirada de confianza... deseo...

—El qué? dímelo.

—El que mi padre no llore tanto... que se ria alguna vez.

—Esta niña es un angel, mariscal.

Estos sentimientos á tal edad, revelan una pureza y sensibilidad, esquisitas y admirables.

El mariscal, absorto y silencioso, se embriagaba en un éstasis de ternura fraternal, contemplando en la jóven un conjunto tan admirable y precioso.

—Bueno, continuó el duque. Siendo ese tu mayor deseo, debes con mas motivo llevarme á tu casa.

Si no conozco á tu padre ni sé donde vive, cómo lo he de consolar?

La niña guardó silencio otra vez.

Sus bellos ojos estaban fijos en la rica cadena que llevaba el duque al cuello, y de la cual pendia el escudo de la órden de S. Jorge.

Othon, viendo que aquel objeto había llamado su atencion, se propuso aprovecharse de tal circunstancia, y esperar en un momento de distraccion sorprenderla, arrancándola lo que con tanto cuidado ocultaba.

—Te gusta esta joya? le preguntó.

—Oh? sí... es muy bonita.

—Pues esta y muchas mas podré yo darte.

—Sí?

—Seguramente. Y qué preciosa estarás tú con ellas!... Tú que eres tan linda! Con esa cara tan bonita!... Y cuando te pongas tu zagalejo de brocado matizado de colores... Tu justillo tambien de color... De qué color será el justillo?

—Color de naranja con vivos y cordones negros; dijo ella sonriéndose.

—Bien, naranja con vivos y cordones negros... Precioso! magnífico! Y tu sombrerillo fino y gracioso... mejor que este que traes... con lazos... Cómo serán los lazos?

—Celestes.

—Muy bien... Y la guirnalda para adornarlo?

—De tulipanes carmesí con boton amarillo.

—Escelente pensamiento! Y los mezclaremos con algunas rositas pequeñas... Eh?

—No, no, señor. Con trinitarias y siempre vivas de color de fuego.

—Algo monótono es eso... Tulipanes carmesí, trinitarias y siempre vivas de color de fuego, son dos colores que dicen casi lo mismo... Los salpicaremos... Con qué?

—Con jazmines blancos.

—Soberbio!... Qué galana y bella estará, mariscal! Ya me parece que la veo triscar y correr por estas campiñas, con su saya de brocado, su justillo de naranja con cabos negros, y su sombrerito de paja con lazos celestes, y tulipanes, trinitarias, siempre vivas y jazmines...

Cómo vá á causar la envidia de todas las doncellas que la miren!... Qué pena les vá á dar á las otras de no tener un vestido así... como el que voy á regalarla!...

Pues señor, no hay remedio... Mañana mismo le mandaremos todo eso á su casa, ó sino tú se lo llevarás eh? porque vive en...

El duque se detuvo repentinamente como esperando

que la aldeanita concluyese la frase; pero esta, aunque se hallaba ocupada inocentemente de la perspectiva halagadora que la referia Othon, á sus últimas palabras clavó en él los ojos con una severidad estraña en su edad, y en seguida los volvió á bajar soltando la cadena y la joya que el duque llevaba al cuello, y con la que habia seguido jugueteando hasta entonces.

Aquella mirada dió á entender demasiado al duque y al mariscal, que nada podian hacerle declarar sobre el lugar de su morada

Otra mirada significativa de estos los convenció mútuamente de tal evidencia.

Apesar de todo, Othon, disimulando lo posible, continuó, dirigiéndose al mariscal:

—O si no, mejor será que mañana, en este mismo sitio, se lo demos á ella, no es cierto, hija mia?

—No... no, señor... no quiero ya nada.

—Y por qué, inocente? Tambien tu padre puede venir contigo.

—Mi padre!! Imposible! imposible!

—Sí, te puede acompañar, yo le hablaré y todo se arreglará felizmente.

—No, señor, no vendrá... de seguro.

—No importa, puedes decírselo. Cuéntale todo lo que te he dicho... mis deseos por consolarle... por hacer su felicidad... y tal vez, tomando en cuenta la sinceridad de mis sentimientos, anhele conocerme y yo pueda cumplir lo que ansia mi alma... ser útil á los desgraciados.

Entretanto, para darte una prueba de mi verdadero afecto por tí y por él, toma, esto dará una idea á tu padre de quien puedo ser yo y cual es mi poder... ó al menos, por esta prenda, no faltará quien se lo diga.

Y quitándose la cadena con el escudo de la órden de S. Jorge, los colocó en el cuello de la niña.

—Oh! no, señor... yo no puedo admitirlo... mi padre me regañaria.

—Hija mia, cuando tu padre sepa quién te dá esto, no te reñirá; pues sabe que mis determinaciones son

leyes irrevocables... y que no estoy acostumbrado á ser desobedecido.

La aldeanita miró repentinamente al rostro de Othon, y la severidad que notó en él la hizo resignarse con la voluntad del duque.

Aun no habia acabado este de ponerle la cadena, cuando entre la maleza se escuchó una voz, algo lejana, que con acento desesperado esclamó:

—Brunon! Brunon! Esa niña!

En seguida se presentó súbitamente por entre los abetos, un hombre de fisonomia tosca é imponente, de estatura elevada, vestido con el trage de uno de los campesinos de aquellas cercanias, y llegándose mudamente hasta el duque, cogió con ímpetu de la mano á la aldeanita, y desapareció velozmente con ella por entre los árboles.

—Atrevido! prorrumpió el mariscal levantándose, y en ademan de seguirle.

—Déjalo; contestó el duque con dignidad, y deteniendo á Otocaro.

—Tolerais, monseñor?...

—El qué?...

Que ese hombre haya obedecido á quien debe quizá? No, no es una ofensa á mi persona, porque él, de seguro, no sabe quien soy.

Y aun cuando así fuera, mi autoridad no alcanza á tanto como querer arrancar por fuerza un secreto á la desgracia.

Como hombre y como soberano debo respetarla, así como para aliviarla y socorrerla debo tambien ser infatigable...

Volvámonos á Ravensberg.

—Y qué, Vamos á dejar de este modo una aveutura, que mas que curiosidad ofrece un interés digno de vuestra munificencia, monseñor?

—Otocaro. Soy yo, ó eres tú el que desea saber la procedencia de esa niña? le preguntó sonriéndose el gran duque.

—Señor, francamente: por vos y por mí... lo deseo...

Sabeis que no oculto jamás lo que siente mi corazon. Esa aldeanita me ha interesado vivamente.

—Tranquilízate, que dia llegará en que sepamos quien es.

En seguida montaron en los caballos y salieron de la selva.

VI.

La targeta.—El incognito.

s digo que madama Sofia no está aun visible, señor baron de Ecbersten... Está en conferencia secreta con un hombre... un desconocido que acaba de pasarle una targeta de aviso, tan estraña como su porte... y al punto que la vió lo ha recibido en su cámara.

—Sola? preguntó admirado el baron.

—Sí, señor, contestó el page.

—Pero tú no sabes quién es ese hombre?

—No os he dicho ya que es un desconocido? Es la primera vez que le he visto.

—Ni leiste su nombre en la targeta?

—Leer! Tenia esta acaso nombre alguno?

—Pues qué tenia?

—Unas letras, que ellos las entenderán, porque lo que es yo... Y colocadas de una manera particular.

El page levantó el tapiz que cubria la puerta.

—En qué forma?

—Eso es lo que no me acuerdo.

—Confúndate el cielo, mastuerzo... Nada comprendeis... nada veis... nada escuchais... Estos pages de antecámara y en esta corte, son idiotas... tontos... unas momias vestidas y engalanadas... Parece que están traidos de encargo... *Sutileza, perspicacia, malicia, comprension, memoria, curiosidad...* Estas son las cualidades que debeis tener... la pauta que debeis seguir ciegamente.

—Pero, monseñor, os acalorais sin motivo. Suponed que yo me acordase de las letras y su colocacion en la targeta... y qué sabríamos?

—Sabríamos... sabríamos algo...

—Pero no lo que deseais...

—Y qué es lo que yo deseo, hablador?

—Qué sé yo!... Pero vos deseais algo.

—Vete al infierno!

El baron se puso á pasear con precipitacion por la antecámara.

El page le miraba y se sonreia maliciosamente.

—Singular es que la marquesa de Korvei, murmuraba Ecbersten por lo bajo, ande en inteligencias ocultas con tal gente!...

Bien, que no sabemos... Vendria disfrazado regularmente... Dime, continuó dirigiéndos al page. El aspecto de ese hombre es?...

—Así, así... Como venia embozado en una capa, y el sombrero lo traia hasta las cejas... Por mas cierto que el muy záfio ni aun se lo quitó para entrar á hablar á la marquesa... Silencio, siento pasos. Sí, creo que vuelve el desconocido...

El page levantó el tapiz que cubria la puerta, y...

—El es... dijo en voz baja.

Con efecto, un hombre embozado en una capa, con el embozo hasta los ojos, y el sombrero, como dijo el page, calado hasta las cejas, salió apresuradamente, no dejando ver de su fisonomia mas que dos ojos feroces por encima del embozo, los cuales, fijándolos rápidamente en el ba-

ron, le impusieron respeto!

Su calzado eran unas botas, y las espuelas que llevaba en ellas, denotaban que habia venido á caballo.

—Gracioso es esto! esclamó el baron.

Si tratará la marquesa de inteligencias diplomáticas con algun príncipe del imperio?

O le pedirá acaso su favor Lutero, que es la cuestion de importancia hoy dia?

—Esperad, monseñor, dijo el page, viendo sobre la alfombra un objeto que llamó su atencion... Ella es, no hay duda... Al incógnito se le ha caido la targeta que me dió para entrar á ver á madama Sofia... Esta es.

—Sublime! Esclamó Ecbersten.

Ya podremos saber algo, aunque el caballero misterioso suba el embozo hasta la cabeza.

Y aproximándose prontamente á uno de los candelabros que estaban sobre una mesa en el estremo del salon, se puso á la luz de sus bugias á examinarla, prorrumpiendo gozoso:

—Ya tenemos materia para la tertulia de esta noche.

Pero al fijar su vista en la targeta, se quedó confuso contemplándola.

—Diablo! dijo al cabo. Esto es incomprensible!

—Qué tal, monseñor? le preguntó el page. Sacais algo de provecho?

—Es raro!... dijo sin quitar los ojos de ella.

—Son caracteres griegos acaso? Aquí teneis á monseñor, el marqués de Hasbourg, ó á monseñor conde de Bevern, que puede os saquen del atolladero.

Los nombrados, que iban entrando, se acercaron á Ecbersten, y enterados por este de lo ocurrido, soltaron una estrepitosa carcajada.

—Confieso, señores, añadió Ecbersten entre risueño y colérico, que estoy corrido.

—Y por qué? le preguntó Hasbourg. No seas necio. Qué te importan á tí la targeta ni su dueño? Por cierto que es un empeño estravagante... y algo ridículo.

—Sin duda, continuó Bevern... Y casi degenera en crueldad. Separar esos momentos de su imaginacion á la reina de ella... á la incomparable Carlota Rezat... para ocuparte de un desconocido... de un pobre diablo quizá... Es chistoso por mi vida!...

—Sí... sí... añadió Hasbourg.

—Confieso, señores, que os sobra la razon, dijo Ecbersten. He sido un necio... un loco... Toma, toma, page, y si vuelve ese hombre por su targeta, dásela, no le hagamos mala obra.

—A quién? preguntó el baron de Colemberg, presentándose en el salon acompañado de Erardo de Gotinga, condestable del gran ducado.

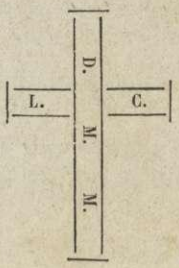
Al momento fué satisfecho Colemberg de lo ocurrido.

—Oh! pues no le falta razon á Erbersten, señores, dijo el baron. Esta es una ocurrencia que, mirada así superficialmente, no presenta nada de estraño, pero analizándola con detencion, ofrece materia para distraerse. Y Ecbersten apesar de su genio voluble y pronto, le ha sobrado motivo para dar alguna importancia al negocio.

—Mira, no me fastidies, le contestó Ecbersten, y esplícanos si puedes esto.

Y le entregó la targeta, cogiéndola de las manos del page.

Colemberg la tomó, y vió que solamente contenia una cruz con cinco letras, colocadas de este modo.



—Chistoso es por mi vida! prorrumpió. Cinco letras en una cruz... Y quién descifra esto?... Nadie segura-

mente, mas que aquellas personas que tengan conocimiento de tan misteriosa señal...

Y decís que al sugeto que entregó esto no le habeis podido ver la cara?... Bien!... Sin embargo, estos son lances que no deben tomarse con empeño porque nada se adelantaria, pero tampoco, en mi concepto, se deben desatender.

Y sacando su libro de memorias, copió exactamente en una hoja de él, lo que contenia la targeta.

—Toma, dijo al page en seguida; si ese hombre vuelve como es probable, cuando la eche de menos, colócala en el suelo en el mismo sitio donde se encontró, no sea una inteligencia el haberla dejado caer y no un descuido.

No se habrán olvidado los lectores de que el baron de Colemberg, andaba siempre á caza de aventuras en palacio, y que la presente ofrecia á su deseo un motivo justo para sus intrigas cortesanas.

Además, estaba mezclada en este acontecimiento madama Sofia, persona á quien él observaba hacia tiempo por su talento diplomático, por su conducta enigmática, y por el alto favor que disfrutaba, tanto de Othon como de la gran duquesa.

Este descubrimiento de la targeta era un cabo que acababa de asir, y que se proponia no soltar tan fácilmente.

Aun no habia acabado el baron de dar al page sus instrucciones, cuando el desconocido, sin reparar, ni ocuparse de las personas que estaban en la antecámara, entró en ella.

El page que le conoció al punto, arrojó al suelo con disimulo la targeta.

—Pagecillo: preguntó el incógnito con adustez. Sabrás decirme si has visto una targeta que se me cayó al salir?...

—No... no la he visto...

—Bribon!... añadió el embozado. Esa respuesta me indica claramente que la habeis cogido y visto... y echó una mirada feroz sobre los cortesanos.

Sin duda por ella esperais conocer quien soy!... Solemne chasco os llevais, señores, Sabeis mucho, pero yo sé mas que vosotros todos.

—Oid, buen hombre, le respondió Ecbersten. Aquí no se necesita saber quién sois... aunque casi dais lugar á ello presentándoos en un lugar como este, con misterio y reserva tan estraños y sospechosos.

Pero si se nos antojase lisonjear una curiosidad caprichosa... porque otro nombre no debe dársele, nos sobran medios á los que estamos aquí, para satisfacerla

Es por cierto singular, que dentro del palacio del gran duque, á los ojos de la nobleza de Ravensberg, se toleren abusos tan escandalosos.

—Faltando á la cortesania; continuó Bevern.

—Insultando á la nobleza, esclamó Hasbourg.

—Y tratándonos á la moda, señores, añadió el baron de Colemberg con marcada socarroneria. Qué quereis? En una córte donde las principales atenciones se las lleva un hombre salido de la nada, donde es el amigo, el privado, el confidente, el ídolo del gran duque, una oruga de la plebe, que con sus doradas alas de mariposa se ha atrevido á elevar su vuelo hasta acercarse tanto al sólio de Ravensberg, qué estraño es que á nosotros, que formamos el esplendor, la brillantez, el mejor adorno de ese sólio, á nosotros los nobles, repito, un desconocido, un estraño, un advenedizo, un hombre cualquiera, nos trate con desprecio y vilipendio.

Qué esperais de una córte donde el primer personage de ella, despues del soberano, es un despreciable molinero?

El desconocido apesar de llevar la mayor parte de su cara cubierta con el embozo, en sus miradas centelleantes hácia el baron, se advertia la impresion que le estaban causando sus palabras.

Al cabo, sin poder contenerse mas, prorrumpió secamente.

—Ese molinero que se ha colocado á la altura que vosotros, por sus relevantes prendas, se ha ennoblecido co-

mo vosotros por sus heróicos hechos... y su nobleza es mejor que la vuestra porque no la ha heredado por un capricho de la suerte, sino la ha adquirido con su brazo, y sellado con su sangre en el campo de batalla.

—Miserable! prorrumpieron todos menos Colemberg.

—Dejadle, señores, dijo este con una sonrisa de desprecio. Ya está aclarado el enigma. En su defensa hácia el mariscal, no conoceis que es un agente ó caudillo tal vez de los *conservadores?*

Ya veis, ante tan gran personage del pueblo, nosotros, cómo podemos aparecer mas que como pequeños insectos?... Es verdad, amigo mio? continuó dirigiéndose al embozado. Sois zapatero por ventura, querido, tendero, ó curtidor de pieles?

—Soy mas que vosotros... le contestó el incógnito con energia... y sin embargo no hago alarde de ello. Os ha ofendido lo que he dicho... pues señores mios, no hay sino tener paciencia. Jamás acostumbro á retractarme de lo que hablo.

—Pues yo os haré ver, interrumpió Erardo de Gotinga, el respeto que debeis á este lugar, y á las personas que se encuentran en él. En nombre del gran duque mando que os descubrais al punto. Sois un hombre sospechoso.

—En nombre del gran duque!... contestó el embozado con ironia... El gran duque no es tan necio como sus nobles. Demasiado conoceria Othon que el hombre que cual yo, penetra de este modo hasta donde lo he hecho, es porque podria efectuarlo sin esposicion ni responsabilidad... Pero basta de discusiones infructuosas y de satisfacciones inútiles por mi parte.

Y cogiendo prontamente del suelo la targeta, se disponia á salir.

—Esperad os digo, añadió Erardo, ocupando la puerta de salida y adelantándose al incógnito. Os mando que os deis á conocer.

—Eso no lo lograreis jamás. Contestó el embozado con decision.

—Entonces no os respondo de las consecuencias, repuso Erardo.

Hola! prosiguió desde la puerta y haciendo entrar dos guardias de las situadas en los tránsitos interiores de palacio. Yo, el condestable del gran ducado, os mando prender á ese hombre, ó que se descubra y diga quién es.

—Repito que es en valde, señor condestable, dijo con calma el incógnito, sacando la mano por debajo del embozo, la cual empuñaba una aguda daga. El primero de vosotros, añadió dirigiéndose á los guardias, que sea osado á tocarme, que demande favor al cielo.

Los nobles se sorprendieron al notar la audacia de un hombre, que al parecer denotaba ser una persona comun.

El condestable irritado por el desacato de verlo hacer armas en el mismo palacio, iba á arrojarse sobre él, pero el baron de Colemberg, que miraba lo que estaba pasando con los brazos cruzados y ademán reflexivo:

—Qué haceis, Erardo?... dijo al condestable. No conoceis que ese hombre, para cometer accion tan grave, estará apoyado en un poder que vos ni ninguo de nosotros podremos contrastrar.

—Sin embargo, es mi deber..

Y reincidió en lanzarse hácia el embozado y arrancarle la daga.

Pero este poniéndose de espaldas á la pared:

—Atrás, señor condestable, dijo imperiosamente, atrás, ó no respondo tampoco de vos.

—Infame! gritó furioso Erardo... Guardias, acabad con ese hombre.

Aquello hubiera tenido un término desagradable, si el gran duque, seguido de Otocaro, no se hubiese presentado en la puerta del salon de vuelta de su paseo.

—Qué pasa aquí, caballeros? preguntó Othon.

—Ese hombre, contestó el condestable...

No pudo acabar, porque el gran duque al mirar al embozado se fué hácia él prontamente, y cogiéndolo de la mano se lo llevó á un estremo de la antecámara, sepa-

rándolo de los cortesanos que habia en alla.

—Tú aquí?... Ha ocurrido algo? le preguntó en voz baja

—Nada, señor, contestó quitándose el sombrero.

—Pues á qué has venido?

—A hablar á Sofia.

—Sobre qué?

—Sobre una idea que he concebido.

—Acerca de quién?

—De una persona que está presente.

—De importancia?

—Y mucha.

—Necesito saberlo.

—Aquí, monseñor?

—Necesito saberlo... lo exijo.

—Y sí os fuese desagradable?

—No importa, sígueme.

—Ved, señor, que...

—Basta; sígueme.

Y sin saludar aun á los nobles, se entró el duque en la cámara de donde salió el embozado, seguido se este.

Los nobles quedaron estupefactos al notar esta escena tan rápida como sorprendente, entre un hombre tan misterioso y el gran duque.

El mariscal por su parte, apesar de que el embozo no le dejó conocer al que departió con Othon, sin embargo, su estatura y porte no le fueron enteramente desconocidos.

Mas ocupado en las ideas que le habian hecho concebir lo ocurrido aquella tarde, se puso á pasear á lo largo del salon pensativo y cabizbajo.

Los demás nobles se agruparon en el hueco de una ventana, á murmurar sordamente sobre lo que acababa de pasar.

El mariscal como era mirado por los cortesanos como se ha dicho, participaba hácia ellos del desden que estos le manifestaban.

Solamente el príncipe de Mark y el consegero Biling eran los únicos que se dignaban asociarse con él,

aunque ambos con distinto objeto.

Entre las damas de palacio, madama Sofia de Korvei era la sola que solia recibirlo en su cámara algunas veces, con distincion y aprecio.

Otocaro que veia como era tratado por los nobles, les correspondia con un marcado desprecio.

Solo que ninguno se le atrevia, porque si bien procuraban mudamente hacerle conocer su desagrado, le respetaban y temian como á un valiente.

Así se puso á pasear, sin cuidarse de los que estaban presentes, porque harto tenia en que pensar que mereciese mas su atencion.

El ugier del castillo del Águila negra, habia despertado en él recuerdos dolorosos, pero la aldeanita de Roden alarmó su sensibilidad de un modo estraño y prodigioso.

—Hechicera criatura! decia para sí... Con qué placer la haria disfrutar de los bienes que he adquirido!... Cuán dichoso seria pudiendo cuidar de su juventud, desvelarme en su felicidad, y que me amase como á un padre... Es tan dulce el cariño y los cuidados de una inocente! Son tan puros sus goces!... Ellos solamente me harian olvidar algo los amargos recuerdos de mi juventud.

Siquiera no viviria solo, porque tendria un objeto á quien amar y por quien desvelarme...

Oh! Es tan triste vivir como yo, sumido en esta soledad y abandono!

De qué me han servido mis afanes, los laureles, la gloria que he adquirido, sino tengo á quien amar en la tierra?

De este modo se entregaba aquel hermoso corazon á los recuerdos de un entusiasmo tan fraternal y recomendable.

—Gacela! continuaba enternecido. Qué peregrino nombre, y qué bien le cuadra á su vivacidad é inocencia!

Pero en medio de todo será tan desgraciada!... Sin madre!... Su padre anciano y abatido por el dolor y el

infortunio... y ella tan preciosa y recomendable, una joya de tanta estimacion, habitando en la sombria morada de un bosque sin otra proteccion que la de la Providencia.

Oh!... no: yo la buscaré... yo encontraré su casa... hablaré á su padre... Sí, porque esa niña debe ser dichosa... y á mi me anuncia el corazon que voy á hacer su felicidad.

El ugier del castillo del Águila negra, proseguia, es un hombre oscuro y reservado, mas deseo tener con él una esplicacion.

No sé qué motivo oculto y secreto, qué atraccion poderosa me arrastra hácia él, que á pesar de su adustez y severidad, me inclino á amarle y no puedo apartarle un punto de mí.

Sí, sí, le hablaré tambien... Esta duda atroz me lacera el alma, y es fuerza acabar de una vez.

Cuando mas ocupado se hallaba Otocaro en sus pensamientos, el desconocido salió de la cámara de madama Sofia, donde entró con el duque.

El mariscal se encontró frente de él al salir, y lo reconoció, porque un movimiento involuntario le bajó el embozo de la capa.

—El es!!... esclamó Otocaro para sí.

—No hay duda, señores, dijo Ecbersten al ver salir al embozado. Esto es mas serio de lo que presumíamos. Es una aventura singular y la cual envuelve un arcano de importancia.

Ya os convencereis algun dia. Digo bien Hasbourg?

—Y tanto. Como que ese hombre es algun agente diplomático... Sugeto de alto rango, contestó el marqués. Y vos, qué pensais condestable?

—Opino lo mismo, señores... pero voy mas léjos aun que vosotros. Este es un propagador de la nueva reforma... Un secuaz de Lutero.

—Eh! no digas disparates, condestable, repuso el conde de Bevern. Demasiado saben los partidarios de la nueva reforma que sus doctrinas no pueden encontrar eco en la corte de Ravensberg.

—Y por qué? preguntó el condestable.

—Es muy sencillo, respondió el conde. Donde reina una Médicis sobrina de Leon X, habian de atreverse hasta pisar las alfombras de su palacio, esos fanáticos religiosos?

—Muy poco conoceis su audacia, añadió Ecbersten. Además de que Othon, gran duque de Ravensberg, no es Médicis, ni sobrino del papa mas que político... y si al gran duque le conviene abrazar la reforma...

—Lo hará, está claro, prorrumpió Hasbourg.

—Por Dios, por Dios; esclamó abrumado el baron de Colemberg. No divaguemos tan tontamente.

Tenemos el fuego en casa, y mirais el que está lejos sin advertir que nos abrasamos.

Vive Dios, que pareceis unos páparos, no nobles cortesanos.

Conque os estais devanando la cabeza y no acertais quien es ese hombre?

—Vamos, dilo tú, prorrumpieron todos en tono mas alto, sin acordarse con el interés de la conversacion, que estaba allí el mariscal.

—Ese hombre estraño, soez y audaz, ha demostrado con sus modales y conducta lo que yo propio le dige antes. Es uno de los caudillos de los *conservadores*. Ningun otro hubiera sido osado á entrar aquí del modo que él lo ha hecho... ni á insultarnos con tanto descaro y altaneria.

—Sí, y por eso, dijo Ecbersten en tono irónico, habló con madama Sofia de Korvei!... Seguramente la marquesa tendrá un interés grandísimo en recibir privadamente á un gefe de los *conservadores*... Esta vez, mi querido Colemberg, tu suprema inteligencia palaciega se la llevó la trampa!

—Cien florines te apuesto, dijo picado Colemberg, á que ese hombre es uno de los *conservadores*.

—Pues no os lo aconsejo, caro baron, respondió con calma el mariscal, que se hallaba por casualidad cerca del corro de los nobles.

—Por qué?

—Porque los perdereis indudablemente.

—Oh! Si vos me lo asegurais... añadió Colemberg sarcásticamente.

—Y tanto, le contestó lo mismo Otocaro. Porque el hombre que acaba de salir por esa puerta, es un ugier del castillo del Águila negra.

—Del Águila negra!! esclamaron todos con admiracion, menos Colemberg.

—Y qué, dijo este, un ugier, un subalterno del castillo goza de tanta intimidad con el gran duque, y posee además tan alto favor, que se atreva hasta á hacer armas en palacio contra el gran condestable y nosotros?

—Os he dicho que ese hombre es un ugier del castillo del Águila negra, y no sé mas.

—Pues mariscal, añadió el condestable, con un hombre de esta clase no es posible que departiera el duque con tanta confianza y reserva.

—Oh! por supuesto, afirmó Ecbersten, eso no admite duda.

—Sí, sí... añadieron Bevern y Hasbourg.

—En muy poco os parais, señores diplomáticos... Hay misterios y secretos que sin igualar ni hacer descender las clases, ponen al potentado en contacto con el hombre de la plebe...

Porque el potentado, segun vosotros, puede sin desdeñarse alternar con un ciudadano honrado... con un virtuoso hijo del pueblo.

Y cuando Othon de Ravensberg se aproxima así á uno de sus ugieres, tendrá motivos... que no nos toca inquirir, ni tampoco procurar profundizar, antes al contrario, respetarlos como de quien provienen.

—Con mucho calor tomais á vuestro cargo la defensa, querido mariscal, le dijo Colemberg con risa irónica.

—Con el mismo que vos formais empeño en otras cosas que os importan mucho menos, mi sabio baron, y os dais al diablo por escudriñarlas y saberlas.

La verdad, que con su acostumbrada franqueza, aca-

baba de decir Otocaro á Colemberg, hizo reir á los demás.

—Con efecto, contestó este algo corrido y procurando disimular su enojo. Cuando vos me asegurais que ese hombre es un ugier del castillo del Águila negra...

—No solo lo aseguro, sino que le he hablado esta misma tarde.

—Ah! ignoraba esa circunstancia, añadió Colemberg. Y por esta vez he sido torpe en demasia, pues ha pasado desapercibida por mí la gran privanza que gozais, y por la cual estais al alcance de graves y profundos secretos de estado...

Perdonad, mariscal, perdonad que haya incurrido en una falta tan imperdonable.

—Nada tengo de qué perdonaros ni absolveros, querido, le contestó Otocaro, conociendo la doblez que encerraban las frases del baron.

Solo he querido rectificar un error... de mala intencion, porque todo se lo colgais vosotros á los *conservadores*.

No sé como no les atribuís tambien las revueltas ocasionadas por ese perverso fraile... ese Lutero.

Los *conservadores!!* Los *conservadores* son buenos y fieles vasallos del gran duque, amantes de su patria y verdaderos hijos de ella, que no desean otra cosa que la prosperidad y el bien de sus compatriotas.

Detestan todo lo que es arbitrariedad y despotismo, porque de estos dos estremos perversos, nacen todos los males que abruman á un pais, sea cual sea la denominacion del gobierno que lo rija.

Aborrecen los fueros y privilegios, porque los bienes, las inmunidades del pueblo, se resienten de esa polilla destructura que lo corroe, mina y desploma.

Odian los abusos bajo la máscara ó disfraz que se encubran, porque son la decadencia, la muerte del estado.

Se preparan, y están prontos á combatir y desterrar estos males, porque están animados de laudable fin, y son hombres decididos y valientes para defender la santa causa que proclaman: *Conservar los derechos del pueblo, que*

dá su sangre, sus bienes y su vida para tener un gefe ilustre que lo rija y defienda, no un amo tiránico y cruel, que lo oprima, vege y arruine.

Estos son los *conservadores* y esto proclaman.

Esta es su divisa, y arde en sus pechos espíritu de nacionalidad pura, no el egoismo, el dolo y el olvido de los mas santos deberes.

Los cortesanos no se atrevieron á contestar al mariscal.

—Así, mi estimado baron, continuó Otocaro, cuando pretendais apostar, ved como lo haceis: pues seria sumamente triste perder la apuesta... Pero basta de conversacion, que ya he hablado con vosotros mas que debia.

El mariscal volvió la espalda y tornó á sus paseos.

Los demás aconsejaron á Colemberg no contestar mas á Otocaro, sino queria al cabo recibir, además de sus palabras, una estocada en el parque de Glustard.

Los cortesanos continuaron su conversacion, sobre los comentarios que todos hacian del castillo del Águila negra, y cuyo recuerdo habia renovado el mariscal.

Colemberg, bien por rivalidad hácia este, orgullo ó curiosidad, se propuso no levantar mano hasta averiguar de cierto qué misterio se encerraba en los muros de aquella fortaleza; misterio que en vano habian procurado penetrar los mas perspicaces y atrevidos.

Mas para el efecto contaba él con la cooperacion de otra persona, alarmando su amor propio resentido, su dignidad, y poniendo en juego aquellos afectos imperiosos que no los contienen cuando se desencadenan, la razon, el talento y las mayores consideraciones.

Esperaba sacar partido á su favor, de aquella circunstancia.

La murmuracion de los nobles fué interrumpida por el page anterior, que mandó al moriscal de órden de su alteza real el gran duque, pasar á la presencia de este.

—Me ratifico en mi propósito, esclamó el baron de Colemberg, viendo entrar al mariscal en la cámara de madama Sofia. Qué tal? Se despide uno y entra otro.

Ya vereis como al cabo me salgo con la mia.

—Con qué? preguntó el condestable.

—Con que aquí se prepara un golpe de estado ruidoso... colosal... y yo no quiero que me coja desprevenido.

La gran duquesa lo ignora seguramente, aunque lo sospecha.

El príncipe de Mark lo aguarda, sino sabe cual es, pero yo, que no soy ni el príncipe ni la duquesa, espero profundizar mas en el asunto.

—Cómo? le interrogaron todos.

—Señores, le respondió con una sonrisa de satisfaccion... Eso es querer saber tanto como yo. Sometámonos al tiempo que él lo aclarará todo.

—Muy grande es tu esperanza, añadió Ecbersten. Tendrás motivos fundados y poderosos para salir airoso en tu empeño.

—Contará con el alto favor de algun personage de la córte, repuso Hasbourg.

—Con el patrocinio de alguna dama hermosa.

—Caballeros, os cansais en vano, contestó Colemberg con calma. Es necesario que os convenzais que nada conseguireis ahora de mí. Mas adelante... mas adelante...

Entretanto vámonos á la tertulia de madama Sofia, y allí veremos.

Todos se dirigieron á la cámara de la marquesa de Korvei.

VII.

Leonelo.

En una magnífica cámara del palacio ducal de Ravensberg, adornada de esquisitos tapices orientales, ricos escaños y soberbios muebles de la época, se hallaba sentada una muger en un elegante sillon colocado junto á una mesa.

Sobre esta ardia una hermosa lámpara de oro cincelada, obra del célebre Juan Fausat.

Una preciosa pantalla; imitando la cola abierta de un ave, apartaba los rayos de la luz del rostro de la beldad.

Sobre la mesa habia tambien un libro con broches de oro.

Sino nos equivocamos eran, ó las poesias de Allighieri Dante, ó de Francisco Petrarca, sus autores favoritos; el primero por su sublime ingenio entusiasta y creador, y el segundo por sus tiernas y sentidísimas canciones á su imponderable Laura.

La dama á que nos referimos, no era de aquellas bellezas que arrebatan y hacen enloquecer al que las vé, pero sí de las que agradan é interesan y se van posesionando del corazon insensiblemente, cuanto mas se las trata y contempla, porque poseen una fisonomia revestida de una grata severidad, unos ojos espresivos que hablan al alma, y se hacen entender cuando les conviene ó les place, con una sola y rápida ojeada, acompañándola las mas veces con una sonrisa hechicera y tan imperiosa, que el corazon mas insensible no puede menos de conmoverse á tan seductores como espresivos estímulos.

La estatura de la bella era airosa, su conversacion apreciable, su voz conmovia, y su estilo complacia tanto, que se deseaba al separarse de ella el momento de volver á verla y hablarla.

Esta era Ludomilia de Médicis, gran duquesa de Ravensberg.

La hermosa tenia el codo del brazo derecho colocado en la mesa, y su cabeza descansaba sobre el dorso de la mano, en ademan reflexivo y algo triste.

Uno de sus pages le anunció la llegada del señor Mastropetro.

A este nombre la duquesa salió de aquella especie de éstasis; ordenando que entrase al punto el referido.

—Os saludo, señora, dijo risueño Mastropetro desde la puerta, y sin pasar de ella.

—Acércate... acércate... añadió Ludomilia con afabilidad. Estoy sola... siéntate.

—De cuando acá, señora? le preguntó él sin dejar la sonrisa. Esta es una verdadera sorpresa... Desde que estoy en Ravensberg jamás os habeis dignado concederme una entrevista á solas... siempre con testigos... Y no sé por qué... *Nos conocemos hace tanto tiempo... y tan de cerca!...*

—Conque estrañas el que yo te llame, Leonelo?...

—Tambien me nombrais por mi verdadero nombre? Estas son finezas duplicadas... y que no esperaba yo merecer hoy... Bien dicen que los arcanos del destino son in-

comprensibles!... Estoy á vuestras órdenes, señora.

—Te equivocas si crees que te he hecho venir á mi cámara para hablarte como duquesa soberana.

—Tampoco esperaba encontrarme con tal dicha. Esta noche todo es para mí sorpresa y favores

—Te voy á hablar como Ludomilia de Médicis.

—Pero Ludomilia de Médicis en Ravensberg ó en Ferrara?

—En Ferrara.

—Bien; entonces ya te escucho, Ludomilia.

Y tomando un escaño, se sentó á los piés de la duquesa, colocando un brazo sobre las rodillas de ella sin respeto ni ceremonia.

—Hola!... le dijo esta con rostro risueño... parece que no te has olvidado de Ferrara!...

—Hay momentos que no se borran jamás de nuestra mente, Ludomilia... Y en este, aunque pasagero, quiero reproducir los que pasabamos entonces.

—Siendo así te trataré como á Leonelo.

—Pero ten cuidado no tengamos ante de concluir la conversacion, que olvidarnos de lo que fuimos, para acordarnos de lo que somos.

—No... no lo espero.

—Difícil lo considero... Habla ya.

—Leonelo, tengo celos de Othon de Ravensberg.

—Y por qué no dices de tu marido?

—Ah! no me recuerdes esa palabra... Solo te digo que tengo celos.

—Me alegro en el alma.

—Eso me contestas?

—Y qué otra cosa puedes esperar de mí?

—Es verdad, dijo con amargura. Soy demasiado necia en demandar consuelo de un hombre, cuya alma empedernida y feroz, se complace hace tiempo en mis penas, se deleita en mis padecimientos.

Agena á todo sentimiento de sensibilidad y ternura, parece como que anhela verme atormentada, para reir y halagar sus ocultos é injustos resentimientos...

Pero te engañas, si imajinas que pueda durarte mucho esa tiránica dominacion que ejerces sobre mi suerte, y que engriendo cada dia mas tu altaneria, te vá hasta haciendo descender á ser grosero con una dama de mi categoria, olvidando tus principios y las particularidades que median entre nosotros.

Y presumes tú que yo... una muger agraviada, una muger que te tiene que tolerar sarcasmos indirectos, delante de las personas que los profieres, pero que me llegan á el alma, porque los comprendo y sé su fundamento; que esta muger en fin, ha de olvidarse tanto como crees de su nacimiento, su posicion, y los tormentos que sufre?

Que no ha de procurar combinar los medios de satisfacer su resentimiento y hacerte ver que aun le quedan recursos para que no desatiendas la clase en que se encuentra cuando menos? Pues sí.

Bien Ludomilia, bien duquesa soberana de Ravensberg, Leonelo, no olvides jamás que soy una mujer injustamente ofendida por tí, y que si me ostigas podré hacerte sufrir los efectos de mi resentimiento.

—Ya hace tiempo que te estoy escuchando eso mismo... le contestó Leonelo con calma... Desde que vine á Ravensberg.

—Ah! conque no crees que eso suceda? No esperas segun eso que llegue ese caso?

—Si... pero tengo combinadas muy bien mis medidas.

—Para qué?

—Quieres que me tome el trabajo de referírtelo, Ludomilia? O es que deseas informarte para prepararte contra mis determinaciones? En ese caso te desengañaré, porque todo tus esfuerzos serán vanos para conmigo.

—Por qué?

—Porque te conozco. Antes te insinué que ya hacia tiempo de esto... y no debes desatender tal circunstancia. Apesar de todo, tú te quejas de mí, y no sé por qué.

Las palabras con que me has demostrado tu ofensa,

carecen de un fundamento justo, y esa hiel de amargos sinsabores que está bebiendo tu corazon, antes la depositastes tú en el mio.

Pero como muger, te viste halagada, obsequiada, pretendida, y no escuchastes otro acento que el del orgullo y la vanidad, ahogando los sentimientos mas dignos y respetables... los afectos mas hermosos para todo ser sensible... Dime que no es esto verdad, Ludomilia!...

—Ay! no es verdad, no: tú estás preocupado, Leonelo.

—Ludomilia, desapareció aquel tiempo en que el sencillo y tímido Leonelo se sometía á tus menores insinuaciones... en que creia tus mas leves palabras, y se le figuraba oir el precepto de Dios en tus labios.

Entonces, bien lo sabes, sacrificó á tus caprichos falaces todo lo que hay de mas respetable para un jóven noble y entusiasta... sus esperanzas, su porvenir, su fortuna.

El brillante esplendor de un merecimiento casi cierto, ese meteoro seductor que lisonjea al mancebo, alienta al hombre pensador y estudioso, y fanatiza aun al anciano.

Ser mas!... la gloria!... Ese *mas allá* que se divisa aun en la fortuna mas elevada, en la posicion mas brillante, cuando la suerte sonrie al hombre, mas benévola y decidida á su favor.

Y apesar de todo, este hombre que la fatalidad puso en él su blanco... este hombre entregado por tí á Satanás, que se ha olvidado de sí mismo, de su patria, de su familia, del mundo entero; errante, y borrado su nombre por el silencio y el abandono del blason de su ilustre casa, te está aun sometido, sino por deber y reconocimiento, porque te ha jurado ser fiel á una prenda sagrada... á una prenda que...

—Calla!... calla!... No la nombres!... No la nombres, por piedad!... me desgarra el alma su recuerdo... y no la puedo apartar jamás de mi corazon...

—Bien! Estas últimas palabras me someten mas á tí, porque veo que conservas aun sentimientos de sensibi-

lidad y ternura. Ludomilia, mientras des cabida en tu pecho á ese recuerdo laudable, existirá Leonelo para tí. Pero si no, verás á tu lado, en tu trono, en la soledad, en tus alegrias, en tus pesares, en tus sueños, á Mastropetro, iracundo, inexorable, vengativo y feroz, pronto á denunciarte, á denigrarte, á envilecerte á los ojos de Ravensberg, de Ferrara, de Florencia, de Roma, del imperio... del universo entero.

—Miserable! murmuró la duquesa para sí. Y harias tú todo eso conmigo, Leonelo? le preguntó con tan seductor acento, que Leonelo sintió desarmarse toda su cólera... Con aquella Ludomilia que tanto amastes?... Que te amó con loca ilusion... con un entusiasmo idólatra y ciego?

—Pero no me amas aun...

—Eso es lo que tú no sabes, hombre cruel!... esclamó la duquesa con falsa ternura, conociendo que vacilaba la energia de Leonelo. Mas tus palabras me anonadan y estremecen en términos que no me dejas lugar mas que para sentir y padecer la crueldad conque me tratas!

Leonelo, sino por nuestro anterior cariño, al menos por quien soy, compadece á una infeliz muger á quien su primer desliz la ha ido conduciendo á su pesar, al borde de la sima espantosa donde se vé asomada, y á quien la mano del destino la impele hácia su fondo, por mas que ella con sus débiles fuerzas procura apartarse de él.

Si supieras cuántas lágrimas, cuántos dias de amargura me ha costado mi estancia en Ferrara!

Ah! maldigo mil veces la suerte fatal que me condujo allí!... Inocente y tranquila, mis dias pasaban en la calma de una pureza envidiable, y que no supe apreciar en su verdadero valor, porque no lo conocia.

Despues, qué han sustituido á aquellas gratas y lisonjeras horas de tranquilidad y placer?... Recuerdos sombrios y aterradores!... momentos azarosos!... lágrimas ocultas!... afliccion disimulada, teniendo que reir con el alma destrozada; mostrar la faz leda, cuando se me despedazaba el corazon.

Y aun en este momento... aquí tengo que escucharte, sufrirte, tolerar tus palabras... y por qué? Porque no sabes comprender mi situacion.

Y á quién tengo que oir agravarla? Al hombre inconsiderado, inseparable compañero de mi infortunio... cómplice de mi debilidad!... Mas aun; al móvil, al autor de ella... Y se olvida ahora de mi sacrificio, hasta el estremo de negarme su compasion.

Ludomilia al decir esto, dejó escapar algunas lágrimas de sus negros y seductores ojos.

El llanto de la duquesa engañaba aun á Leonelo...

Lloraba, no de ternura, sí de resentimiento... de deseos de vengarse de él.

Leonelo comprendiéndolo de diverso modo, y esperando resucitar en el corazon de Ludomilia sentimientos estinguidos ya, pretendia con sus razones apurarla y estrecharla mas.

—Compasion! la dijo. Y la has tenido tú de mí, muger infiel y egoista?

Compasion de tí, despues que he quedado reducido por tu causa á un estado mísero y degradante... á ser poco menos que un esclavo?

Qué ventura, qué galardon me ha proporcionado nuestro conocimiento en Ferrara? Reflexiónalo, y compara tu estado con el mio.

Tú, rica, opulenta, soberana de un pueblo; yo, pobre, mísero, abatido, y hasta humilde siervo del menor noble de tu corte, teniendo que someterme y desnudar mi cabeza ante unos palaciegos que en nada me esceden, transformado, por disimular, en agente y casi espia de esos necios que esperan subir y engrandecerse por el influjo y la intriga... Y todo lo tolero por tí... sí... porque... te amo aun, Ludomilia.

—Calla!... calla!... no profieras tan fuerte esa palabra en palacio! Ella seria tu muerte... y mi eterna perdicion.

En el rostro de la duquesa brilló la siniestra satisfaccion que sentia, al oir que Leonelo la amaba aun.

No porque este amor lisonjease su amor propio, sino

porque así lo tenia mas á su disposicion.

—Pues bien, continuó Ludomilia; suponiendo que este amor no se ha estinguido en tí, y que yo te conservo aun la estimacion que los lazos que nos ligan deben engendrar, si bien por mi estado y posicion no puedo corresponder ostensiblemente á él, te elevaré á la altura que por tu nacimiento eres digno.

Leonelo, ya es fuerza que no olvides que estoy unida á un hombre que es duque soberano de Ravensberg.

—Sí: pero ese duque soberano me ha arrebatado tu corazon... ese corazon que era mio, y que quiero volver á recuperar.

—Bien sabes que eso no es esacto, Leonelo. Al darle mi mano á Othon, obró la razon de estado, no el cariño.

Yo no amo á mi marido.

—Y sin embargo tienes celos de él.

—Los tengo por orgullo, por resentimiento, por vanidad.

Muchas veces se disfrazan en nuestra alta categoria, con las exigencias puras del corazon, los estímulos odiosos y r probados del vicio, ú otros afectos tan mezquino y detestables: y á los ojos del mundo aparece una verdad recomendable y querida, que no existe en nuestros lábios ni en nuestras acciones, porque la sociedad con sus imperiosas leyes, nos obliga á un disimulo criminal, á par que esas mismas leyes nos marcan la pauta de ese disimulo tambien, y el cual nos vemos obligados á ejercer tan contínuamente.

—Y bien... qué quieres decirme con eso?...

—Que el amor, la correspondencia que te concedí en Ferrara; no puedo ofrecértela en Ravensberg, pero sí darte títulos y honores que demuestren la preferencia con que deseo distinguirte.

—Honores!... Me sobran con los que heredé! Títulos! El conde de Polesino, ilustre vastago de los duques de Ferrara, no tiene que envidiarlos á nadie.

Cortesano del palacio de Ravensberg y preferido por

tí me haria sospechoso, Ludomilia.

Mastropetro, simple escudero agregado á tu servidumbre, puedo á todas horas entrar en tu cámara á recibir tus órdenes... y á dictarte las mias tambien... recordándote tu proceder conmigo, y haciéndote ver mi justo resentimiento... cuando no quieras escuchar las palabras de mi amor.

Como noble me creo ofendido y no me vengo aun... Como hombre celoso sabré hacerlo si me pones en semejante caso.

—No lo esperes de mí.

Yo sé respetar los deberes que un error hizo estensivos á nosotros dos.

La mano de la Providencia lo dispuso así... lo mismo que ordenó hacerme soberana de Ravensberg.

—En eso se fundan para disculpar sus actos indebidos los que obran como tú.

Acusan á la Providencia, haciéndola cómplice y parte de sus malas acciones, como si la Providencia pudiese coadyuvar al crímen, que la prostitucion de los sentimientos ó los estímulos de la sangre nos hacen cometer.

Tus acciones son tan marcadas y patentes, Ludomilia, que á mí no me puedes ocultar ni disfrazar su fundamento.

Acusas á la Providencia!! Fué ella la que te dictó en Ravensberg olvidar los sagrados deberes que dejastes en Ferrara?

Y aun si mañana cometes otro delito mayor á que te conduzca el orgullo, el resentimiento ó la venganza, será la Providencia la que impulse tus deseos y los medios de satisfacerlos quizá?

Pues guárdate no sea la Providencia la que te muestre alguna vez su ceño severo é inexorable tambien.

—Me conformaré con sus decretos. Pero terminaremos la referencia de unos hechos tan desagradables para ambos.

Bien deberás conocer que ya no podemos pensar como en aquella época de entusiasmo y de ilusiones.

Aquellos afectos es necesario que los sustituyamos con los de fraternidad y conveniencia mútua.

Ser amantes indiscretos no es prudente ni acertado ya, pero amigos inseparables sí.

Yo, convencida, no de tu amor, pues tal nombre no debe dársele, sino de tu aprecio, y tú de mi sincera correspondencia á esa voluntad, debemos unirnos y obrar de consuno, para contrastrar las adversidades é infortunios conque el destino se empeñe aun en oprimirnos.

A tí puede serte de mucho valor el poder de mi soberania, y del cual tienes casi un derecho á disponer.

A mí, tus auxilios y consejos en esta penosa y árida carrera que estoy surcando.

Ambos nos debemos sostener ya en el mundo, supuesto que la suerte ó la fatalidad, ha dado otro giro á nuestro primer amor.

Ah! te lo juro, Leonelo. Si no hubiera sido por complacer á un padre destronado y proscripto. Con qué placer hubiera yo reservado para tí una mano que debió ser tuya, y viviria ahora para tu amor, libre de las importunas y odiosas exigencias de la córte, y al lado de un hombre que no puedo amar... porque conozco que él no me ama tampoco.

Pero ahora, ya sometida á unos deberes tan poderosos, nutrido el corazon con el esplendor mágico de una grandeza, que, aunque conozcamos su insufrible peso, lisonjea y enorgullece, parece como que lo pone árido y enjuto á otro sentimiento que no sea el que nos domina, y si el corazon destila alguna vez un afecto, es tan nocivo para el que lo concibe, como frio y desnudo de interés para el que esperimenta sus efectos.

En la córte todo es falso, supuesto y engañador.

Aquí la verdad es infructuosa y la ficcion de una utilidad necesaria y recomendable.

Aquí, en fin, se venden y enagenan los sentimientos mas puros; al egoismo, las combinaciones, el interés y la ambicion.

Considera, Leonelo, si necesitaré de un hombre co-

mo tú, de una ayuda para defenderme.

—Y sin embargo, quisiste ser duquesa soberana!... Esclavizar tu alvedrío y tus afectos á tan detestables tiranos!...

Para esto destrozastes el corazon del hombre que te amaba, y proscribistes de su pecho aquella dulce y plácida satisfaccion que engendra una correspondencia sincera y pura.

Ludomilia, mucho mal me has hecho, pero te aseguro que no trocaria mi suerte por la tuya.

—Lo creo... Mi vida siempre sembrada de azares y peligros... participé desde niña de la infausta suerte de mi padre Pedro de Médicis.

Ya sabes su destronamiento, su proscripcion y los infortunios que esta le acarreara.

Incendiado, saqueado nuestro palacio en Florencia, se vió en la necesidad de mendigar para él y sus hijos un asilo en las córtes estrangeras.

Aquí en Ravensberg, el padre de Othon le concedió una hospitalidad digna de aprecio, y el mio agradecido á su generosidad, y por otro lado mirando el porvenir que podia dejar á sus hijos, aceptó el himeneo de Othon conmigo, propuesto por el duque su padre.

Qué habia yo de hacer en aquellas circunstancias? Agravar con mi repulsa la fortuna tan adversa de un padre que adoraba?

Revelarle mi flaqueza contigo para verlo morir de dolor y sentimiento?

Ser ingrata por él á los beneficios que el padre de Othon nos habia dispensado?

Ay! Leonelo, cuán injustamente me culpas, y qué poco merezco los cargos odiosos que me haces.

—Bien. Conozco efectivamente que entonces te sacrificastes á un deber sagrado, y yo te lo perdonaria si despues no hubieses prostituido tu corazon... pero, Ludomilia, este no es el mismo que cuando nos vimos por primera vez en Ferrara.

—Y cómo es posible, Leonelo?

Presenta este mundo ingrato y engañador mas que ejemplos de falsia y fingimiento?

Dónde está la sinceridad, el candor, y aquella fé hermosa y santa que engendrada por la rígida observancia de los puros afectos, es el áncora de la vida... el consuelo celestial que debiéramos tener?

Quieres que yo me abandone ciega é incautamente y en medio de una córte, guarecida solo con la verdad y los sentimientos de un corazon inocente, para que este sea despreciado, zaherido, y destrozado en fin por el dolo y el vicio?...

No es posible.

Ya no me es fácil retroceder en la senda que la sociedad me ha dictado seguir, y para transitar por ella con mas seguridad y confianza, te he elegido á tí... á tí, íntimo depositario de los secretos de mi vida, y á quien me unen los únicos lazos que deben ser respetados en la tierra.

—Esos mismos lazos me impiden aceptar lo que me propones.

Ese falso papel que tú quieres obligarme á hacer á los ojos de tu córte, me envilece y degrada...

El que estoy representando ahora es mas digno y estimable para mí... porque está unido á mis sentimientos... es casi inherente á mi inolvidable resentimiento.

Alto dignatario en la córte de Ravensberg, colmado por tí y tu esposo de distinciones y honores que no necesito, porque las heredé en mi patria al nacer, tendria que ser para tí, como otros tantos, adulador, falso, impostor, ahogando las quejas y la voz de mi corazon...

Porque vendido al favor que me dispensaras no podria ni aun insinuártelas: en vez que así, cubierto con este humilde disfraz, soy mas, me conceptúo mas poderoso, porque conservo la independencia plena que sobre tí me dá un derecho adquirido á costa de mis innumerables finezas y sacrificios... y jactarme con que con una sola palabra puedo poner á mis pies á la duquesa soberana de Ravensberg.

Este poder, esta autoridad, esta fuerza, á que en va-

no resistirás, es lo único que he podido salvar de la pérdida que tu ingratitud conmigo me ocasionara; y bien tan inestimable para un hombre, joya de tanto valor para un corazon lacerado y herido por la ofensa, no la enagenaré ni venderé jamás por todos los tesoros y dignidades del mundo.

—Conque te decides á permanecer?...

—Siendo Mastropetro el escudero.

—Y si yo publicara que eres Leonelo, conde de Polesino, para obligrarte á recibir de mi esposo y de mi córte los homenages que á tal persona se le deben?

—Me obligarias tambien á manifestar la causa del incógnito que he guardado.

—Y harias tú eso, Leonelo?

—Y por qué no?...

—Pero qué pruebas podrias presentar?

—Pruebas dices? Muy olvidadiza eres, Ludomilia. La principal existe en mi poder.

—Donde? le preguntó asombrada.

—Aquí... en Ravensberg...

—En Ravensberg!!

—Sí...

—Es falso... me engañas... Mi hermano Lorenzo de Médicis que la poseia no puede habértela entregado.

—Yo busqué medios de obligarle... y Lorenzo me la entregó gustoso. Hizo mas, aprobó mi determinacion.

—Dios mio! Dios mio!... esclamó la duquesa, cubriéndose el rostro con las manos.

—Vamos, Ludomilia, no te acongojes, pues ya ves que yo no puedo tratarte con mas claridad y confianza... y esto siempre vale algo.

—Leonelo, por compasion! que yo sepa donde mora.

—Eso jamás!

—Y me privarás de verla?

—Conforme las circunstancias se presenten...

—Mañana!... mañana mismo!...

—Mañana?... No, es muy pronto.

—Ten lástima de mí...

—No puedo...

—Por piedad... mira mi llanto, Leonelo.

—Lo siento, pero no puedo enjugarlo.

—De rodillas te lo suplico.

—Qué haces, Ludomilia?...

La duquesa soberana á los piés de un humilde escudero!... Si te vieran... Levanta y no llores mas...

—Pero accedes á mi súplica?

—No, me es imposible ahora.

—Descortés, mal caballero, corazon de fiera... que no se conmueve á las lágrimas de una muger... que no atiende á sus acervos dolores... que es inflexible á sus padecimientos!...

—Ella ha endurecido mi corazon.

—Pues bien, no miraré nada... lo atropellaré todo... Te mandaré prender, dar tormento... te arrancaré tu secreto, y revelaré á mi esposo todo, todo, aunque arrostre su cólera y su rigor.

—Delirios de tu imajinacion!...

Harto persuadido estoy que no lo harás...

En fin, dejemos esto, y ten esperanzas, Ludomilia.

Yo te comprometo mi palabra de que quedarás satisfecha... pero no ahora.

La duquesa quedó un momento pensativa.

Al cabo de algunos instantes prorrumpió, con un despejo y disimulo que sorprendió á Leonelo:

—Bien, si me empeñas tu palabra de caballero de que me complacerás, me conformo.

—La empeño, siempre que tú no uses de ningun estremo que me haga retractar de ella.

—Lo ofrezco. Y en pago te daré mi confianza.

—A medias?... Porque yo sé que la has depositado en otra persona.

—En cuál?

—En madama Sofia de Korvei... Parece que la amas con idolatria.

—No... la aprecio nada mas...

Mi corazon ya no puede amar á ningun estraño.

—Por qué?

—Porque sus ilusiones mas gratas se han estinguido.

—No lo creo...

El orgullo, la grandeza, el interés la engendran muy poderosas...

Pero volvamos á madama Sofia... decias que la apreciabas?

—Sí, de todo corazon. Es la única persona de la córte que me debe mas deferencia.

Su alma no se ha emponzoñado aun con ninguna pasion mezquina.

—Lo creo... porque es quizá la sola que ha simpatizado tambien sinceramente conmigo.

La considero generosa, compasiva, amable y franca.

Conoce el fingimiento y no lo practica, advierte la adulacion y la desprecia; los vicios de la córte no han podido someterla á su yugo, y ella por el contrario, domina á todos conservando una independencia tan estimada como admirable.

—Ah! no sabes tú cuanto vale esa dulce amiga, que el cielo me ha deparado aquí.

Sin ella los momentos de mi aislamiento fueran mas insoportables... porque... en medio de esa turba servil que me rodea... estoy sola, Leonelo... no tengo sin ella un corazon que me comprenda y consuele.

—Ojalá que nunca te falte su amistad...

Dichosa tú si al estimarla así no tienes algun dia que pasar por la amargura de que te sea infiel.

—No lo espero.

Su corazon no se ha formado para abrigar la astucia ni el dolo.

—Tambien yo confiaba en tí, Ludomilia, y me he equivocado.

La duquesa á estas palabras, solo contestó con un profundo y ahogado suspiro.

—Conque tienes celos de tu marido, añadió Leonelo procurando con este recuerdo distraer á la duquesa de la anterior conversacion, y para ratificar una idea que con-

cibió en aquel momento.

Ya yo lo presumia.

Y no es lo peor que los abrigues, sino que ya en palacio se hace referencia de ellos.

—Y quién?

—El baron de Colemberg.

—Ah! sí...

—Te has confiado á él?...

—No. Es un celoso defensor mio, y lamenta el olvido y abandono que me concede Othon, graduándolos de poco amor y cortesania.

—Sin duda... Colemberg es un cortesano muy apreciable por mil títulos... Puedes fiarte de él; y tiene dos defectos recomendables para tí; que es bastante orgulloso y sobradamente pobre.

Lo primero te es útil: lo segundo haciéndolo tú desaparecer con tus favores, lo convertirás en ciego instrumento de tus miras.

Porque en palacio, y en semejantes casos, un hombre así, de no muy aventajados antecedentes y escasa fortuna, es un tesoro: un autómata utilísimo, pronto á obrar á la menor indicacion de quien le favorezca, siempre que pueda sacar provecho de ello.

—Es verdad.

—Pero, en medio de todo... quién ocasiona tus celos con el duque?

—No lo sé... Su despego, su indiferencia es lo que me abruma mas.

El objeto de ellos creo existe en el castillo del Águila negra.

—Esa fortaleza es fatal á todos!

Ese es un receptáculo de terror, asombro y disgustos para los habitantes de Ravensberg y sus cercanias.

Hablan de ese castillo con espanto y horror, y todavia no ha habido uno tan osado que se haya atrevido á aclarar ese misterio...

Por el alma de mi padre, que existen en la córte de Ravensberg caballeros osados y valientes!

—Uno hay solo que pudiera acometer tal empresa... pero está sometido al gran duque.

—Sí, el mariscal Otocaro... Hombre honrado: militar decidido y valeroso...

Me agrada su carácter... Othon ha sabido escoger amigo y confidente en él... No le será infiel al duque, yo lo aseguro.

—Y sin embargo yo deseo, ansio aclarar ese arcano. Es mi contínua y perpétua pesadilla.

—Difícil es mientras viva tu esposo.

—Con harto pesar lo conozco.

—Si quieres valerte de aquel cofrecito que te regaló mi primo Alfonso I de Ferrara, y que yo poseo aun...

Bien sabes que los Borgias tienen antídotos admirables para toda clase de males.

—Conservas aun ese cofrecito?

—Sí, es una prenda utilísima, y por lo tanto no lo he abandonado.

Precioso además... de marfil y oro... Contiene dos objetos de mucho valor para que yo lo desprecie.

Sus cartas á mí, y tres pomitos que forman una alegoria, incomprensible á todos, pero que yo comprendo.

—Puedo saberla?

—Sí... Que el que llegue algun dia á revelar, no siendo yo, lo que aquellas cartas contienen, tendrá que habérselas con uno de aquellos pomos... Te parece mal?

—No.

—Conque si quieres obsequiar á Othon con una copa de vino de Chipre ó Siracusa...

—No estamos aun en este caso.

—Cuidado que no es Leonelo el que te lo ofrece, es Mastropetro... pronto á obedecer á su señora.

—No, repito.

Solo quiero saber lo que existe en el castillo del Águila negra... En esa fortaleza maravillosa y aterradora.

—En ese caso tú obrarás como gustes... Me retiro ya.

—Conque... como hasta aquí, Leonelo?

—Mastropetro siempre, mi señora duquesa.

—Sí?... le preguntó Ludomilia con marcada intencion.

—Sí, mi señora...

—Entonces... Adios, Mastropetro... adios.

—El cielo os guarde.

Leonelo se retiró, y Ludomilia le siguió con la vista hasta que desapareció.

—Dios mio!! esclamó dirigiéndose hácia una habitacion interior.

Qué, este hombre ha de dominar así mi destino?

Pero le juro que será por poco, por poco.

Y cerró la puerta tras sí.

Un momento despues de apartarse de allí Ludomilia, se movió uno de los grandes cuadros que adornaban la estancia, dejando paso á una muger, la que sin duda habia escuchado la conversacion anterior.

—Es el Dante, dijo acercándose á la mesa y hojeando el libro que habia sobre ella. Su leyenda favorita.

Tiene celos y temores!... Esto vendrá á parar en lo mismo que me temo!...

La conozco demasiado... y mi deber es inutilizar sus miras.

Una venganza! Y venganza de una muger poderosa!... Me estremezco al recordarlo!...

Dios mio! por qué habrán de ser así las mugeres?

Por qué habrán de sobreponer á sus deberes las exigencias de su orgullo ofendido!

No es mas fácil llorar y sentir entre el silencio y la resignacion?

Y sin embargo á engañado á Othon! A ese corazon magnánimo y generoso!

Y le acusa y se queja de indiferencia y desvio!

Todavia le exije amor, estímulo, vehemencia, cuando le vende vilmente, cuando confiesa aquí mismo á otro hombre que no ama á su marido!...

Por qué la muger ha de rendir un culto ciego á la

falsedad y al engaño siendo tan bella y encantadora la verdad?

Ah! sí, la que tiene el corazon corrompido miente y seduce... la que no lo ha prostituido aun, ama y padece con resignacion y constancia...

Acrisola su fé, y esta siempre aparecerá como una aureola brillante y hermosa.

Ludomilia ha perdido ya todo lo que puede tener de mas recomendable y hermoso la muger... Un corazon puro y sincero.

Solo vive para el fingimiento y la astucia...

Ella será infeliz!...

Tarde llorará un arrepentimiento infructuoso quizá.

Se oyeron pasos en la habitacion de la duquesa, y la dama desapareció por el hueco del cuadro.

Como no la habrá conocido el lector, le diremos que era madama Sofia, marquesa de Korvei.

Ludomilia pensó decir á esta que no podia asistir á la tertulia de aquella noche, por hallarse con una ligera indisposicion, y que lo apoyase con las damas y caballeros que concurrian á ella, trasladándola para la noche siguiente, dando ese pesar al baron de Colemberg, que pensaba sacar partido del asunto de la targeta, y de Luitzpoldo Vith, que esperaba ser por aquel presentado en la tertulia de la gran duquesa.

VIII.

La casa rústica.

La selva de Roden se estendia por lo parte de Ravensberg hácia las fuentes de Ocker y tenia su término en la falda de la dilatada cordillera del Harz.

La selva era espesísima, y casi impenetrable por el parage que vamos á referir.

Pocos eran los que transitaban por él; primero, porque no habia allí objeto que mereciese el arrostrar las incomodidades de un camino tan penoso, y segundo, porque al estremo del bosquecillo hallaba el caminante por premio de un afan ímprobo, las ásperas rocas del Harz, que ofrecian mayores dificultades que las malezas del bosque.

Serian las siete.

Dos hombres habian penetrado en esta selva, sin guia ni práctico que los condujese, ni direccion cierta hácia lo que solicitaba uno de ellos.

Este buscaba un objeto, que ansiaba encontrar, con aquella vehemencia y deseo que el corazon encierra, cuando no late ni respira sino para satisfacer uno de aquellos afectos irresistibles que por mas que procuramos ahogar, fermentan y se dilatan con mas fuerza, brotando al fin en nuestro pecho como el cráter de un volcan!... Cual una llama activa y voraz que se inflama con ímpetu y velocidad.

Parece infructuoso decir, que no sabiendo donde dirigirse, los caballos caminaban á su placer segun lo permitian los árboles y el follage de la selva.

—Señor, le dice uno de ellos al que parecia su superior, y en mal pronunciado aleman... la noche se nos vá á echar encima, y esta selva he oido decir que está muy poblada de animales feroces.

—No tienes espada y valor?... Y sobre todo, no vengo contigo?...

—Pero si las fieras nos acometiesen en número considerable...

—Y qué? Hay alguna diferencia en perecer por la mano de un hombre en el campo de batalla, á morir para satisfacer la necesidad de una fiera en un bosque? Todo es morir, Thuin. El hombre mata las mas veces, por halagar sus pasiones... La fiera para satisfacer su hambre.

—Es cierto: pero...

—Dirás que aquí podremos morir sin venganza y sin gloria. Yo por mí no tengo motivos para desear la primera, y la segunda me es ya indiferente.

Si temes, vuélvete... Yo recorreré el bosque acompañado solamente de mi esperanza y mi anhelo.

—Abandonaros?... Jamás... Con vos la vida ó la muerte. Os lo prometí en Basilea. Os debo mas que la vida... y soy reconocido.

—No... no lo menciones mas.

—Eternamente, señor. Esa memoria formará la ilusion mas grata de mi ser.

—Bien... basta... Adelante.

Los dos guiaron los caballos hácia una senda que se

les presentó, por entre unas hayas, y desaparecieron al punto.

Los desconocidos habian transitado la mayor parte de la selva, sin que se ofreciese á su vista, no solo nada que calmase el deseo del que mas interés mostraba en recorrerla, pero que ni aun le diese una leve señal de lo que buscaba.

. . . . . .

Conduciremos al lector á otro parage del bosque, entretanto que los dos viageros mencionados se ocupaban en sus pesquisas.

En un sitio oculto, cerrado de espesos pinos; por entre el verde ramage de estos, se notaba con dificultad, á no aproximarse mucho, las paredes esteriores de un edificio.

Se apoyaba la parte posterior de él en unas altas y parduzcas rocas del Harz, como el pigmeo que se guarece de la corpulenta estatura de un gigante para que lo defienda, temeroso y poco confiado de sí mismo.

La vista que presentaba la casa era salvage y participaba del aspecto de su defensor, pues el muro esterior fabricado de las mismas rocas de la sierra, parecia un aborto de esta mas bien que un objeto artificial.

Por consiguiente, presentando este edificio un carácter tal, que se congeturaba que sus moradores, si los tenia, se contentaban con muy poco en el mundo, y que les era mas apreciable semejante aislamiento, que las brillantes y seductoras comodidades de la sociedad.

Leñadores no podian ser, ni aldeanos, ni otra clase de personas cuyo destino fuese peculiar á aquellos sitios, ni le obligase á vivir desterrados de tal modo.

Al contrario, todo indicaba que la casa estaba inhabitada, pues las puertas y ventanas se hallaban cerradas; ó cuando menos los que vivian en ella se encontraban entonces ausentes.

Todo era soledad en aquel lugar.

El silencio que reinaba lo interrumpia levemente el ruido de las hojas de los árboles agitadas por una suave

brisa, el canto de las aves, y el rumor lejano de un torrente que, precipitándose desde las altas rocas del Harz, pasaba á corta distancia de la casa, y seguia su curso hácia lo mas espeso de la selva.

La noche se aproximaba y los objetos de aquel sitio iban tomando un aspecto aterrador.

El Harz era el que mas se manifestaba, á par que la luz del dia iba desapareciendo, imponente y grave.

Semejante á un coloso silencioso y amenazante, parecia ostentarse como rey de aquel espacio, infundiendo pavor al que osase mirarlo, y pronto á desplomarse sobre todo lo que tenia ante él, alterando la calma respetable que se advertia en su contorno.

La vista de la casa iba desapareciendo entre el lóbrego aspecto del monte, igual á un niño que se acurruca y cobija en el regazo de su madre.

Los árboles y las ramas podrian graduarse como sumisos admiradores de la soberbia y altiva cerviz del monte, colocados humildes á sus pies, y reconociendo su poder.

La naturaleza comunicaba á estas creaciones una resignacion muda, si bien digna de admiracion, respeto y veneracion.

Pero esta calma fué alterada prontamente por el ruido de varias personas que parecian dirigirse á la casa.

Los que eran se aproximaban cada vez mas.

El astro de la noche iba rompiendo el tupido velo que unas nubes formaban á su alrededor, y su disco refulgente, dando de improviso sobre todos los objetos, parecia darles nueva animacion, tornando su triste oscuridad en plácida y riente existencia.

Así fué como por entre unos arbustos, entrelazados con los pinos, hizo ver á los objetos que vamos á citar.

El primero era un anciano como de sesenta años.

Su cabeza y barba eran blancas, como los carámbanos del Harz. La primera la cubria un sombrero de ala tendida. Vestia un gaban oscuro de paño burdo, ceñido con un cinto de correa, y unos botines iguales al gaban.

El anciano sacando una llave se la entregó.

Llevaba una muleta en la mano, la que le servia para apoyar sus pasos, cuando estos vacilaban á cada instante, ya por las ramas que encontraba en su tránsito, ó por la desigualdad del terreno que pisaba.

Detrás de él, á corta distancia, caminaban otro hombre y una niña.

La niña la conocemos, y al hombre tambien, aunque de paso.

—Cuidado con Gacela, Brunon, decia el anciano á su compañero sin volver la cabeza ni pararse. Es necesario ya tener con esa bribona mucho cuidado... Ha pretendido escarriarse ayer tarde!... Ya... ya la ataré yo corto!...

Basta con lo dicho para adivinar quienes son.

La niña suspiraba ahogadamente, sin atreverse á dar á sus suspiros toda la estension que su corazon necesitaba.

Solo alguna que otra vez, se contentaba con apretar la mano con que le llevaba asida su conductor, como en señal de afecto, y suplicándole intersecion por lo que le escuchaba al anciano.

Brunon, á quien nombraremos ya así, le devolvia la señal como prueba de su asentimiento.

La niña fiada en esto le decia en voz baja:

—Si vieras... Eran tan cariñosos... tan compasivos! Y uno sobre todo, qué galante y benéfico!

—Silencio, señorita; le contestaba Brunon con acento bronco, pero amable.

Los tres llegaron á la casa y el anciano sacando una llave se la entregó á Brunon, diciéndole secamente:

—Abre.

Y se sentó en seguida en un poyo ó banco de piedra que estaba al lado de la puerta.

—No entrais ahora, señor? le preguntó el criado.

—No: quiero gozar de esta dulce tranquilidad que me circunda.

Enciende luz en mi cuarto y vuélvete.

Dí á la pobre Catalina que estamos ya aquí, y que si quiere salga á respirar libre del encierro que ha sufrido

mientras hemos estado fuera.

Brunon obedeció ciegamente, y sin proferir una palabra.

El anciano quedó un momento con sus manos apoyadas sobre la muleta y la vista fija en el suelo.

La niña en pié, y sin atreverse á acercarse, lo miraba con temor y ternura, á alguna distancia.

—Dos caballeros!... tartamudeaba el anciano imperceptiblemente... Y uno de ellos de una órden distinguida... No conozco la importancia de ella, pero debe ser elevada...

Tal vez la seduccion! El engaño!... Sí, sí!...

Aunque es niña pensarán ya arrebatármela, robármela!... Dejarme sumido en la soledad y el abandono mas inaudito y mortal... Oh! no, no... Sabré guardarla, sabré defenderla á costa de toda mi sangre!... Vivir sin mi único consuelo!... Dios mio!... Vivir sin ella!... Gacela!... Gacela!... Hija mia, acércate, acércate... No, no te arrancarán de mis brazos! De mi corazon! Sabré morir primero!

Y estrechándola convulsivamente, sollozaba en el seno de la jóven.

—Padre!... Otra vez volveis á llorar?...

—Ah!... tú no comprendes este llanto, hija mia!... No puedes conocer su importancia ni su fundamento. Ojalá nunca lo sepas tampoco, azucena pura y sin mancha. Angel inmaculado de inocencia y candor! Gacela encantadora!... Consérvamela, Dios mio, guárdala con tu soberano poder, y no me prives de este bien, el solo que me ha quedado en mis últimos dias.

El desconsolado anciano seguia estrechando á la niña, con un entusiasmo tan tierno y apasionado, que movia á compasion. Despues la hizo sentar sobre sus rodillas y la cubria de puros y paternales besos.

Aquella escena interesante é inocente, fué interrumpida por dos hombres á caballo que se presentaron repentinamente delante del anciano, sin que este notase el paso de los caballos, hasta que los tuvo cerca.

Al momento se levantó y colocando á la jóven detrás de él, hizo frente á los recien llegados.

—Espero, señores, les dijo, que os digneis participarme en qué puedo seros útil, al mismo tiempo que me causa estrañeza veros en este sitio.

—Buen anciano, le contestó el mariscal apeándose; venimos buscando... Pero calla, esta es la niña de ayer tarde... Gacela! La misma... Bendigo á la suerte que despues de tres horas de afan, me ha concedido al fin lo que deseaba.

—Cómo, caballero?... le repuso sobresaltado el anciano.

—Sí, la buscaba, porque desde que la he visto no he podido borrarla un punto de mi imajinacion...

La buscaba, porque la considero como un ser sumamente interesante á mi existencia...

La buscaba, en fin, porque la creo un ángel consolador de mi vida... porque sé que es desgraciada... y yo puedo hacer su felicidad.

El viejo al escuchar las palabras del mariscal, quedó suspenso sin acertar á hablar.

La niña miraba atentamente á su padre, lo que interrumpia solamente para dirigir al soslayo sus ojos hácia Otocaro.

Al cabo de un momento prorrumpió el anciano:

—Brunon... Brunon...

Este se presentó en la puerta de la casa.

—Llévate esa niña adentro, continuó con severidad... Llévatela y no os presenteis aquí...

El criado iba á coger á Gacela de la mano para conducirla, pero interponiéndose el mariscal...

—Deteneos, dijo. Así me quereis privar de su vista cuando por hallarla hubiera ido al cabo del mundo?...

—Caballero!... le contestó el anciano, con una energia que impuso respeto al mariscal á pesar de su carácter fuerte... Soy su padre!... Lo entendeis?... Su padre... y estoy en mi derecho... Llévatela... añadió al criado.

Brunon obedeció. La niña dirigió al mariscal una

mirada de ternura al marchar.

El mariscal no acertaba á proferir una palabra.

Thuin, á corta distancia, con las bridas de los caballos en la mano, no podia comprender el fundamento de lo que estaba pasando.

—Tened la bondad, dijo el viejo á Otocaro, de sentaros, y que vuestro criado, ó lo que sea, se retire á distancia que no pueda escuchar lo que vamos á hablar.

—Thuin, llévate los caballos y guárdalos al pie de aquellos álamos, añadió el mariscal.

Thuin hizo una señal de asentimiento con la cabeza y se marchó.

El viejo y el mariscal tomaron asiento en el banco de piedra ya dicho, y que estaba debajo de un emparrado, el cual daba sombra en la puerta de la casa, de modo que, á pesar de la luna, ni Otocaro ni el anciano podian uno á otro distinguirse las facciones.

—Por cierto, caballero, prorrumpió el viejo despues que tomaron asiento, que desde ayer tarde acá han sucedido cosas estraordinarias.

No me he entrado en mi casa, y encerrado en ella sin escucharos, porque al oir el tono de vuestra voz, he sentido en mí renacer una sumision ya estinguida por los infortunios y la desgracia.

No os he brindado con que penetreis en mi morada, porque esa hace catorce años que está cerrada para todo el mundo, y me he violentado á hablaros aquí, porque deseo, necesito una esplicacion de lo ocurrido... y mas que todo, de las palabras que acabais de proferir.

—Os la daré al punto. Nunca he ocultado lo que pasa en mi corazon. La verdad es mi ídolo, la franqueza mi divisa.

Ageno á toda ficcion, estraño á ese fingimiento falaz tan comun en los hombres para espresar lo que no sienten y engañar aun á aquellos que mas veneracion y sinceridad le merecen, mis acciones y palabras las dictan y rigen los sentimientos de mi alma; y mi brazo y espada sustentan y defienden lo que profiere mi boca.

Dios formó la verdad porque es todo verdad... los hombres practican el engaño y la impostura... porque efectivamente todo en ellos es impostura y engaños...

Su creacion es débil... mísera!... Dios es todo... los hombres nada... Yo tomo por norma y modelo á Dios, y desprecio al hombre porque no imita á Dios.

El anciano se quedó mirando de hito al mariscal, como dudando hubiesen salido de su boca semejantes palabras.

—Así, continuó Otocaro, os esplicaré sin rodeos ni ficcion, mi nombre y calidad. Me llaman Cárlos Otocaro, y soy gran mariscal del imperio. Me conoceis ahora?

—No... no os conozco... Contestó el anciano algo pensativo. Otocaro!... Mariscal!...

Es verdad que yo, habitante triste de esta soledad ha tantos años, no tengo ninguna idea del mundo ni de lo que pasa en él... No os conozco en efecto... No os he oido nombrar nunca.

—Lo siento, porque eso os convenceria de la sinceridad con que os he hablado. Sin embargo, nos entenderemos mejor aun. Y vos cómo os llamais? Esto es, si vos quereis decirme vuestro nombre.

—Conrado...

—Tampoco sé quien sois... y cuenta que de vuestra edad hay pocos que yo no conozca en Ravensberg y sus contornos.

—Sois de aquí?

—Nacido en las campiñas de Lingen.

—En Lingen!!

—Sí... Parece que os ha conmovido ese nombre.

—Son recuerdos de la juventud... Pero nos distraemos del objeto principal de nuestra conversacion.

—Volvamos á ella.

—Ese estímulo que habeis manifestado por mi hija...

—Es tan hermoso y bello como el alma de esa inocente.

—Bien... pero cuál carácter es el que tiene?

—Una ternura filial, entrañable... Santa en su

esencia, sincera en su orígen... y pura en sus fines.

—Solo la amais filialmente?

—Y de qué otro modo pudiera yo mirar á esa paloma inmaculada?...

—Y decidme, mariscal, dijo el anciano conmovido, qué os ha interesado así?

—Su desgracia.

—Qué os ha impulsado?

—Su inocencia.

—Pero esa aficion...

—Es nacida del corazon... Es aquella atraccion simpática que nos arrastra, seduce y somete á un objeto. Es el afecto que la virtud, el infortunio y los mas santos deberes despiertan en un pecho compasivo...

Es por último, haber obedecido á una voz secreta é imperiosa que se alzó en mi alma á su vista, y la cual me decia... «Amala, ámala... porque lo merece y es un deber...»

«Esa niña hermosa te pertenece... su padre es anciano y desgraciado... le faltará algun dia... y Dios te señala á tí para entonces por su padre y protector en la tierra.»

Obedecí ciegamente á tan divino precepto, y aquí me teneis.

No es un pueril capricho, una rareza, una locura...

Hácia vuestra hija me inclina una fuerza desconocida... y esta no puede ser mas que el brazo de Dios, disfrazado en esa naturaleza sábia y omnipotente, á quien en vano el hombre quiere ahogar y desconocer las mas veces.

—Esos sentimientos son muy laudables; esas ideas dignas del mayor aprecio... Pero aun siendo así, mariscal, nadie siente hácia otro, por muy infeliz que lo considere, un interés tan vehemente, tan acendrado, como el que tan súbitamente os ha ocasionado una niña tierna, sin mas atractivo que su sencillez y sin otro mérito que su inocente ignorancia.

Una esperiencia, por mi mal harto funesta, me ha enseñado á conocer que los estímulos del corazon nacen de causas graves, bien sea impulsadas por las pasiones, ó por

las exijencias del vicio.

Yo concedo á esa generosa y desinteresada sensacion todo el mérito de que es digna, pero no me negareis que existe en vos una causa muy poderosa... la cual me habeis ocultado.

—Sí, es cierto que existe, pero en callarla no creais que me impulsa otro motivo que el convencimiento en que estoy de que no serán creidas por vos mis palabras.

Yo he visto estampados en el rostro de esa inocente, rasgos que me han recordado personas muy estimadas para mí, y aunque esto sea un sueño, una ilusion... un enagenamiento, yo quiero gozar de él, porque despues del árido y penoso camino que he surcado en este mundo, se ha presentado esa imágen á mí, cual la de un ángel consolador que me brinda con sus halagos, con dar al corazon aquella paz tan perdida como estimable.

Y cuando uno ha recorrido rápida y azarosamente este curso transitorio de la vida, con una agitacion perpétua en el alma, con el vacio que deja en el corazon la memoria acerva de los acontecimientos, cuyo recuerdo pasa lenta y pausadamente sobre la conciencia, abrumándola sin cesar, decidme. Podrá uno ser indiferente é impasible ante un objeto que se considera cual un ser benéfico que puede endulzar la amarga copa cuyas heces estamos bebiendo sin cesar?

Porque no lo dudeis; el Omnipotente me mostró el camino para encontrar á vuestra hija.

Y mis pasos fueron guiados ayer tarde, por ese poder inefable que todo lo vé, prevee y alcanza.

Y mi obediencia tuvo su fundamento en ese principio, y se sometió resignada y ciega, ignorante del bien que se le iba á presentar.

Y es que la Providencia mas sabia que el hombre, pone el bien al lado del mal, solo que el mortal ignorante lo trueca á su antojo y toma siempre lo peor.

En el mundo, todo tiene compensacion... Así detrás del pesar está la alegria... y al través de la ventura la fatalidad.

Luego si la fatalidad me ha perseguido por espacio de veinte años, en medio de un bosque, al cabo de ese tiempo, una niña bella y pura, me ha hecho ver que aun puedo en la virtud y la inocencia, hallar consuelo en la tierra.

Esto me ha inducido á buscarla, y á vos que sois su padre hacerle partícipe de mis sentimientos.

Y por lo cual no debereis desconocer que el hombre no ha de contrastar lo que Dios dispone, cuando su Omnipotencia suma rige las causas y prepara los acontecimientos.

Os convencereis ahora de que yo obro por un impulso superior... si bien es cierto que el objeto que me guia es sincero?...

—Sí, pero... qué quereis que yo haga?

—Abrirme vuesto corazon, confiarme las penas que lo oprimen, y depues aceptar los consuelos que yo pueda daros por mi influencia y mis bienes, haciendo partícipe de ellos á esa criatura celestial.

—Mariscal... lo que pedís es imposible.

—Por qué, Conrado?

—Porque lo que deposito en mi alma, se encerrará conmigo en el sepulcro. Ni aun mi hija lo sabrá hasta despues de mi muerte... Y eso se opone poderosamente á vuestra fineza.

—Tan desgraciado habeis sido?

—En estremo.

—Y tampoco confiais en Dios... En su infinita bondad, que no conocereis que él me dirige aquí para vuestro consuelo?

—Que si no confio en él decís?... Acaso ese firmamento sembrado de estrellas, ese espacio inmenso que corona nuestras cabezas y donde los astros giran, estos árboles, esas plantas, esas fuentes, no son una prueba de la bondad que decís?

Sin esta persuacion, sin este convencimiento, cómo hubiera yo vivido tanto tiempo?... Cómo hubiera soportado una vida tan infeliz?

Vivo y espero en Dios, si no el consuelo que debie-

ra, porque no es fácil, al menos una muerte menos amarga en los brazos de esa hija desventurada.

—Ah! padre mio, le interrumpió Otocaro cogiéndole una mano que besó con respeto, vuestras palabras penetran en mi pecho y llegan al corazon hasta herirlo mortalmente.

Yo tambien como os he dicho, he sido infeliz... debiendo ser dichoso.

Tuve una familia que he perdido, y sino en medio de un bosque como vos, me encuentro en la sociedad, á pesar de la clase que ocupo, solo, aislado, sin tener á quien volver la vista, porque todo me falta.

Lo mas esencial al hombre, un pecho donde depositar lo que siente, un corazon que comprenda lo que padece el mio, un regazo donde llorar... y un rostro donde mirarme para reir.

La vista de estos campos, de este bosque tantas veces transitados por mí; el Ems, sus riberas, sus molinos, todo, todo me abruma y destroza el alma, al considerar que se halla perdido para mí, y que hasta mi padre si existe, me habrá lanzado su maldicion para agravar mi infelicidad.

—Cómo se llamaba vuestro padre?

—Permitidme que no lo nombre... os lo suplico.

—Qué ejercicio tenia?

—Molinero.

—Molinero!...

—Sí.

—Tampoco podeis decir la causa por qué lo perdiérais?

—Tambien es parte de mi secreto.

—Lo respeto porque quiero que sea respetado el mio. Si ha sido morador de las campiñas de Lingen debo haberle conocido, y en tal caso pudiera quizá daros noticia de él...

Pero dejemos ya una conversacion importuna para ambos, porque los recuerdos que escita no son nada lisonjeros.

No es á nosotros á quien pertenece adelantar ni violentar los acontecimientos.

Eso está reservado á otro poder mas superior, así como él pondrá término á nuestros padecimientos.

En cuanto á vuestra pretension, mariscal, yo os la agradezco por dos motivos. Primero, por el interés generoso que os anima en ella, y segundo, porque yo nada puedo ni quiero admitir de los hombres.

Siento que os hayais molestado para recibir un desengaño, que... creedme, no está en mi mano evitar.

Aquí en esta soledad, en tan oculto retiro, poseo lo suficiente para no carecer de las cosas mas indispensables á la vida.

Tengo un huerto cuyos árboles y plantas me brindan con sus frutos: un pequeño rebaño que me proporciona carne y leche para mi familia... Una casa que aunque rústica, nada le falta, y sobre todo esto, esta fé en Dios, padre universal y creador de esa hermosa y sábia naturaleza que proporciona al hombre todo lo necesario á la existencia, cuando este sabe beber en la fuente inagotable de sus inmensos dones.

Por lo demás, mi aislamiento es tan esacto y severo, que nada en este mundo lo podrá alterar.

Yo sentiré en el alma que valiéndoos del poder y favor que gozais en la córte, bien ostigado por vuestro deseo, ó de un punto de temeridad infructuoso, os empeñeis en romperle... porque os aseguro que no conseguireis otra cosa que agravar mi estado, y el de esa niña infeliz, que, es verdad participa de mi desgracia; pero es porque no hay otro remedio.

En el momento que por vos sea sabida mi oculta morada, y pretendais incomodarme en ella, desapareceré de estos sitios, y os aseguro que aunque errante, ninguno dará con el parage donde me oculte.

Bien debereis conocer en esto, que el motivo que me asiste es de suma gravedad é importancia... cuando hago partícipe de él á esa desgraciada que en nada lo merece, y á quien adoro con mas vehemencia que el avaro su tesoro.

Mi casa ni mi corazon pueden abrirse á nadie... por eso os he recibido aquí.

Solo de un modo penetraríais en ella... Viniendo fugitivo, y para salvar vuestra vida.

Entonces el deber sacrosanto de la hospitalidad borraria en mí todos los recuerdos que me hacen cerrárosla ahora... porque me acordaria solamente de que Dios me prescribe caridad y compasion con mis hermanos... porque él es todo bondad y misericordia tambien.

El anciano calló, mirando al mariscal en seguida. Este no sabia qué responderle.

Al fin rompió el silencio diciéndole:

—Me habeis aflijido en estremo, señor. Habeis destruido, no solo mis esperanzas anteriores, sino la dulce satisfaccion que concebí al veros y hablaros... porque vuestra voz ha conmovido mi alma...

El contacto de esta descarnada mano que vuelvo á besar con ternura, el aspecto de esas venerables canas... todo ha ocasionado en mí un afecto desconocido hasta ahora... y me ha trocado en un ser, sumiso á vustra decision.

Yo me someto á ella, porque me parece escuchar el acento de un padre adorado, que tanto lloro, y que me prescribe resignacion y obediencia en sus mandatos.

Y el mariscal del imperio cubierto de condecoraciones y honores, el militar feroz y aguerrido, el hombre avezado á la sangre, al horror y la matanza... lo teneis aquí trémulo, abatido, anonadado... tímido como un niño inocente, al escuchar el acento de un mísero y pobre anciano, que le resiste y se opone á uno de sus mas vehementes deseos; aniquilando la esperanza mas lisongera de su vida... su grato porvenir, el consuelo único que creyó encontrar despues de sus penas, sus campañas y sus trabajos.

Y este poder, esta influencia, este temor, si quiere calificarse de tal la sumision que os demuestra el hombre que teneis delante, hombre acostumbrado mas á mandar que á obedecer, á ser atendido que contrariado, es debido

á que la naturaleza ha tocado en su corazon el resorte mas imperioso y fuerte para regir y sugetar la violencia de su carácter.

Es que el dedo de Dios, colocado en la llaga que á este desventurado le lacera el alma, ha variado su organizacion de un modo tal, que en vez de dar rienda á ese espíritu de energia, lo ha debilitado hasta reducirle á la obediencia mas pasiva.

Y esto se lo debe á vos... á vos, que le correspondeis con la ingratitud y el desvio... á vos, que le infundis tanto respeto y veneracion desde que os ha visto y oido.

Otro punto de silencio reinó entre los dos interlocutores.

—Terminemos esta conversacion, mariscal, dijo Conrado.

Conozco que mi constancia vacila con vuestras palabras... y... creedme, el muro que existe entre nosotros dos, es imposible penetrarlo... y plegue al cielo que jamás llegue el momento de hacerlo.

Entretanto, tomad: devolved á vuestro amigo, pues considero que lo será, esta prenda que dió á mi hija ayer en el *arroyo del Abeto*, que fué donde la vísteis.

Esta tarde hemos estado en él á ver si volvíais, y para el efecto, mandé al criado que colocase esta cadena sobre la piedra donde os sentásteis, para que la hallárais allí, mientras nosotros ocultos, observábamos si la tomábais ó no.

No habeis venido, y así hemos esperado inútilmente.

Celebro esta ocasion, pues me proporciona devolveros un objeto que mi hija no puede ni debe admitir, ni por el valor de él, ni la importancia de la persona que se lo ha regalado; porque el escudo que está pendiente de esa cadena, debe pertenecer á una órden distinguida.

—Sin duda, á la de S. Jorge.

—Tomadlo, tomadlo y devolvédselo en mi nombre.

—Pero antes me habeis de otorgar una gracia.

—Decid.

—El permiso de volveros á ver á vos y á Gacela... Aunque sea de noche... secretamente... en este sitio... sin entrar en vuestra casa... Con sentarme en este banco rústico y que esteis á mi lado, me contento.

—Harto me pedís, mariscal.

—Mucho menos de lo que necesito para ser feliz.

—Pero vendreis solo?

—Solo...

—Ocultamente?...

—Sin que nadie lo note.

—Pues todos los juéves al ponerse el sol, os espero aquí.

—Y solo un dia en la semana?...

—Un solo dia... Mas dadme vuestra palabra de honor de que á nadie direis que me habeis visto.

—Os la doy solemnemente... y sabed que nunca he faltado á ella.

—Lo creo... Pero ese hombre que ha venido con vos...

—Es sordo y mudo en estos casos... Es un suizo... un siervo que está á mi lado, no por interés, sino por deber y agradecimiento.

—Y el que os acompañaba ayer tarde?

—Menos... Ese manifiesta mas deseo que yo en conoceros y saber vuestro destino... y teniendo vos tanto empeño en ocultarlo, si ese hombre llegase á descubrirlo no podríais burlar su poder.

—Pues quién es?...

—Othon, duque soberano de Ravensberg.

—Othon! Era Othon!... Dios mio!... Dios mio!!

Antes de que acabase el mariscal de nombrar al gran duque, Conrado se levantó del asiento sin acertar á creer lo que escuchaba.

—Y vos sois su amigo!... continuó el viejo... Y esta cadena es suya!... Y ese hombre ha tenido á mi Gacela entre sus rodillas... Ah!

Y empezó á sollozar amargamente. El mariscal no podia comprender la causa de aquel desconsuelo.

—Tomad!... tomad!... esta prenda me quema la mano, añadió arrojando la cadena á los pies del mariscal. Su fuego llega hasta mi corazon.

Ya no dudo que vos venís de su parte á sorprenderme!.. á engañarme... porque sin duda ha sabido que estoy aquí y como yo le conoceria al momento... y huiria de él, os envia para confirmar sus dudas...

Pero mariscal, continuó con tono solemne y voz enérgica... me habeis dado vuestra palabra de caballero de no descubrirme, de no decir que me habeis hallado... y vos no querreis que os llame vil y bajo en presencia de Othon y de toda su córte.

—Callad... callad por Dios... Yo descubriros cuando así afianzo el placer de veros, aun cuando sea en el prolijo término que me habeis fijado? Desde hoy vuestra causa es la mia... Othon al lado vuestro no es nada para mí.

El puede colmarme de honores y dignidades... pero no de aquella fraternal y dulce satisfaccion que esperimenta el alma á la presencia de unos objetos queridos, cuya vista se ansia, porque con ella la vida del infeliz es menos amarga y mas llevadera.

Porque la suerte que á estos los aqueja, guarda una analogia esacta con la mia! Porque... lo repito, es una causa poderosa é irresistible la que me hace amaros desde el momento que os he conocido, y no habrá fuerzas humanas que os arranquen de mi corazon.

—Partid ya, mariscal...

—Pero sin ver, sin abrazar á mi hija adoptiva?

El anciano se resignó, y acercándose á la puerta de la casa, llamó al criado, el que vino despues con la niña.

—Aquí la teneis, dijo Conrado cogiendo á Gacela y presentándosela.

Abrázale, hija mia... Es un verdadero amigo tuyo... mio no, porque no puedo pagar como debo su virtuoso desinterés. Mi corazon está tan herido, que ha desaparecido de él todo sentimiento plácido, fuera del que tú, por obligacion le inspiras.

En su lugar, solo ha quedado el tormento y el dolor. Pero tú corresponderás á este caballero por tí y por mí... porque la ternura de un ángel vale mucho mas que la de los hombres.

El mariscal estrechó contra su corazon á la niña, é imprimió en su frente un ósculo ardiente de amor filial.

Gacela le correspondió con una mirada espresiva, y dos gruesas lágrimas se desprendieron de sus hermosos ojos. Otocaro al verla, sintió tambien correr las suyas.

—Gracias, padre mio, dijo este á Conrado; gracias por tal momento. Me habeis permitido disfrutar de un placer, el mayor quizá que he gozado en mi vida! Gracias, os vuelvo á decir.

—Hasta el juéves, mariscal.

—Hasta el juéves.

Otocaro abrazó tambien al anciano, y cogiéndole la mano la llevó hácia su corazon apretándola contra él. Despues la besó, y se separó precipitadamente de aquel sitio, dirigiéndose á donde se hallaba Thuin con los caballos.

Gacela y su padre quedaron mirándolo hasta que lo perdieron de vista.

—Parece honrado y virtuoso!... esclamó Conrado. Debe entonces ser desgraciado! Debe arrostrar muchos inconvenientes y azares en su vida!... Cómo quisiera poderle abrir mi corazon!... Pero no... no! Lejos de mí idea tan fatal... Amarlo... tal vez, y eso... Veremos... veremos su comportamiento y entonces...

Y se entró en la casa seguido de su hija.

IX.

Algo sobre lo pasado.

La entrevista de Ludomilia con Leonelo no fué tan satisfactoria para esta cual ella creyó.

Pensó al citarlo, como hemos visto, atraerlo á su favor con astucia y fingidas promesas, pero Leonelo era un noble, un caballero, habia amado á Ludomilia con pasion, y no podia olvidar la conducta que esta habia observado con ella, y mas que todo el que atropellase sus juramentos y los deberes mas respetables.

Pero en medio de todo la duquesa temia, porque, conociéndolo demasiado, conjeturaba hasta donde podia conducirlo su venganza. La conversacion que acababa de tener la noche antes con él, y en la que habian sido inútiles los halagos, los fingimientos y las amenazas, le dió á conocer muy claro que su antiguo amante se negaba á toda idea de transacion.

Pero cuando Ludomilia se anonadó, fué así que Leonelo la hizo saber que la prenda de sus amores estaba en su poder, y mas que todo en Ravensberg.

Ya no dudó un punto que este hombre inexorable, trataba de reducirla á una dependencia terrible, y de estremada responsabilidad para ella.

Comprendió mas: que Leonelo se proponia atormentarla contínuamente, echándole en cara su anterior proceder, sin que ella pudiese levantar la voz para hacer callar la del acusador; antes al contrario, tener que descender hasta la humillacion y el ridículo de suplicarle disimulo, pedirle tolerancia y demandarle compasion.

Tales estremos para el orgullo de Ludomilia eran insoportables. Descendiente de una familia que estaba colocada en Italia en una altura tan elevada, hija y nieta de los príncipes que mas esplendor habian dado á Toscana, sobrina del pontífice que ocupaba el primer trono del universo... del que en la actualidad regia casi el destino de la Europa entera, no podia ni por antecedentes, conviccion, clase, ni rango, someterse á esperarlo todo de un hombre á quien una lijereza de la juventud, habia colocado en su mano la llave de su destino, de su porvenir, de su existencia entera.

Para derrocar á este coloso tan temido, y levantado sobre tan odiosos cimientos, era para lo que Ludomilia consultó sus fuerzas la noche anterior, despues de la entrevista con Leonelo, y á lo que se decidió, sin permitirse un momento de tregua ni descanso.

Pero era fuerza combinar los medios, de modo que se previesen los resultados, ya prósperos ó adversos, que pudieran ocurrir antes de que llegase el momento.

Era preciso, en fin, que ella uniese á su destino el del ducado de Ravensberg. Que á sus esperanzas, y á la feliz realizacion de ellas, se anudase tambien la suerte de sus vasallos.

La gran duquesa de Ravensberg no era una muger cualquiera, á quien un contratiempo en su opinion pudiera pasar desapercibido, ó cuando mas, sirviendo de blanco

á la maledicencia y la murmuracion. Ludomilia era soberana.

Una princesa de elevada cuna, que habia engañado á Othon de Ravensberg, al padre de éste... y además al mismo Pedro de Médicis su padre.

Solo su hermano Lorenzo era sabedor de aquel desliz de su hermana, y aclarado este por Leonelo, podia envolver en el resentimiento de Othon á varias familias ilustres de Europa .. y quien sabe si hasta á los mismos súbditos de Ravensberg.

En esto estaba el acierto, en saber desbaratar los nudos de esta trama, y para ello era indispensable arrancar de las manos de Leonelo el cabo principal, y el que tan fuertemente tenia asido.

Mas no podia hacerlo sola.

Necesitaba cuando menos, de la cooperacion y ayuda de una persona á quien consultar, de quien tomar consejos, concertar los medios... y para una confianza tal no habia mas de una que reuniese las cualidades indispensables.

Esta era madama Sofia de Korvei.

Así decidió revelarle secretos de tan alta importancia.

A la penetracion de Leonelo, no se le ocultaron los resultados que iban á producir su obstinada repulsa con Ludomilia.

Cuando esta se separó de él en Ferrara para ir á Francia con su padre y despues á Ravensberg, juró amarle eternamente y no entregar su mano mas que al enamorado y tierno Leonelo, conde de Polesino.

Efectivamente, estos amores y la proyectada union de ambos, los patrocinaban y defendian los duques de Ferrara, y Leonelo hubiera dado con su mano á Ludomilia unos estados tan poderosos como los de Ravensberg, y en su misma patria, sin pasar, por poseerlos, á unirse con ningun príncipe estrangero.

Mas Ludomilia en su permanencia en Francia y luego en Ravensberg, fué olvidando insensiblemente su

primer amor, al hombre á quien entregó mucho mas que su corazon.

Olvidó aquellos momentos plácidos, y casi celestiales, en que la pureza y sensibilidad del objeto amado, nos trasladan á una region tan encantadora y dulce, que casi nos olvidamos que dependemos de un mundo terrenal y engañador....

Como muger de pocos años, en quien las ideas consentidas y halagadas por el orgullo y la vanidad, se sobreponen á los afectos del alma ahogando los impulsos del corazon, una liviandad detestable viene á sustituir los sentimientos de ternura, amor y fiel correspondencia... á aquella constancia ciega y entusiasta que nos hace ver, oir, respirar ni aun existir, fuera del bien amado.

Ludomilia, en fin, destrozó y aniquiló aquella fé hermosa é inestimable, que pasó por su corazon como una luz fugaz... como la llama que alumbra y calienta apenas.

Leonelo al saber la infidelidad de su amada, su primer pensamiento fué dejar de vivir... pero era padre, y este recuerdo lo contuvo.

Pensó en su venganza, y quejándose á Lorenzo de Médicis de la inscontancia de su hermana, este príncipe desaprobó altamente semejante proceder, y se ofreció á Leonelo con toda sinceridad.

Este le pidió el fruto que existia en su poder de un amor ya desgraciado; Lorenzo se resistió, pero Leonelo le amenazó con publicar, sino se lo entregaba, la flaqueza de su hermana, apoyada con el testimonio de los soberanos de Ferrara. Lorenzo accedió, y Leonelo partió sin perder tiempo, á la córte de Ravensberg.

Su presencia en el gran ducado, fué para Ludomilia un golpe tan mortal como inesperado.

Creida de que Leonelo habria por el convencimiento de perderla, estinguido de su corazon la pasion que supo hacerle concebir y que el trascurso de los años habrian ayudado á devanecer, no pudo menos de sorprenderse al ver delante de sí á su amante, no ya tímido, sencillo y enamorado como en Ferrara, sino audaz, decidido y suspi-

caz, que venia á presentarse á ella como un objeto de reconvencion, sarcasmo y venganza.

Su asombro creció, á par que Leonelo se iba manifestando mas estraño y esquivo á su amor y á los vínculos que duraban entre ambos aun, no borrados por la existencia de la prenda que los estrechaba.

Vió por último, no un ser aflijido y pesaroso por mirarla en brazos de un rival poderoso, que venia á demandar alivio para sus penas, y consuelo en sus cuitas amorosas, sino á un hombre imponente, erguido y orgulloso, que se proponia mandar, dictar, y ser obedecido.

Esta errada persuacion la desconcertó en términos, que ni aun se atrevió á concederle una entrevista á solas, esperando que Leonelo, dándose á conocer por quien era, pudiera con los homenages que recibiese del duque y su córte, con su trato con los nobles, y con las preeminencias y honores que ella pensaba hacerle dar, ir olvidando aquel resentimiento justo que lo condujo desde Ferrara á Ravensberg.

Mas Ludomilia se engañó en eso como en todo. Leonelo se valió para su introduccion en la servidumbre de Othon, de un hombre á propósito, á quien marcó desde luego por instrumento útil y satisfactorio á sus miras. Este fué el baron de Colemberg.

Ludomilia supo con asombro que Leonelo, desnudándose de su trage de noble conde, olvidando su rango y deponiendo su dignidad, trocó por un humilde vestido de escudero y por la ocupacion de tal, lo que hay de mas lisonjero y estimable para el que nace en esa esfera; *la grandeza*.

Entonces ya no dudó que Leonelo no perdia un punto de vista el objeto que se habia propuesto, y se limitó á observarlo y espiarlo con disimulo; y hora halagándole, ya mostrándole una deferencia que no sentia, preparó en secreto la entrevista que tuvo con él, y en la cual quedó firmemente persuadida que era fuerza hacerle una guerra encarnizada, bien con sutileza, constancia y disimulo, ó con descaro, energia y decision, pero sin cejar un punto.

Sus esperanzas eran lisonjeras porque contaba con dos poderosos auxiliares que la ayudarian en diferente sentido, y para ella á un mismo objeto.

Estos eran la marquesa de Korvei y el príncipe de Mark.

Sofia era su amiga, la íntima depositaria de sus secretos y quien dominaba enteramente su corazon, apesar de que aparentó ante Leonelo lo contrario, cuando este hizo referencia de ella.

Estaba segura Ludomilia que la marquesa escucharia con atencion sus temores, que los sentiria á par suyo y que se desvelaria con prudencia y disimulo en tranquilizarlos y procurarles remedio.

Pero nada le habia dicho de este arcano que pesaba en su corazon, cual si una mano de hierro lo oprimiese cruelmente.

Ludomilia apesar del orgullo y altaneria que eran inherentes á su sangre y posicion, aunque bastaba por sí sola á luchar, no solo con Leonelo, sino con todos los que pudiese oponérsele, no daba un paso; tenia un pensamiento, practicaba la mas sencilla determinacion, sin tomar parecer á Sofia ni oir su dictámen. Tanta fé tenia en ella.

Pero á esta ciega confianza habia faltado indignamente la gran duquesa, pues revelándole otros acontecimientos privados de su vida pasada, le ocultó las relaciones de Leonelo en Ferrara y los resultados funestos que estos le acarrearon.

Calló tambien á Sofia, al presentarse este en Ravensberg, que lo conocia, y ni la mas remota indicacion le hizo sobre tal hombre llegado á la córte tan de improviso, siendo italiano, ferrarés, y habiendo visto y hablado á Ludomilia, como él decia, en el palacio de los duques de Ferrara.

Sofia con su natural perspicacia y penetracion, sospechó en la venida del estrangero algun móvil oculto, que se propuso descubrir. Observaba sus menores acciones y movimientos, ya por sí, cuando podia, ó por personas de su mayor confianza.

Las palabras del italiano, como llamaba á Leonelo, las escuchaba con una atencion estraordinaria, y procuraba profundizar, analizar el significado verdadero de ellas.

Su conducta misteriosa y embozada, el sentido doble y suspicaz que Leonelo daba siempre á sus espresiones, todo la convenció al fin de que aquel hombre habia venido á la córte de Ravensberg, á asuntos de gran importancia, y los cuales no desconocia Ludomilia.

Entonces redobló su vigilancia. Puso á Leonelo un espia que siguiera sus pasos, y lo advirtió en secretas conferencias dentro y fuera de palacio, con el baron de Colemberg, cortesano á quien la marquesa odiaba mortalmente en el fondo de su corazon, y con el cual se mostraba tambien mas atenta y risueña que con los demás.

Al cabo se realizaron sus recelos hácia Leonelo.

Con la conversacion que este tuvo con Ludomilia en su cámara, y que escuchó Sofia como hemos visto, detrás del cuadro, aclaró todas sus dudas y se convenció de que la gran duquesa era mas temible de lo que ella se imaginaba.

La marquesa se afligió estremadamente con tal descubrimiento.

Infinitas y graves eran las causas para que su alma no sintiese una sensacion tal.

Aquella Ludomilia que ella amaba, y á quien, á pesar de que le constaba que se unió á Othon sin amor ni ilusion, la consideraba pura, se habia presentado de repente en su cámara, ante sus ojos, culpable y cubierta de un borron tan detestable, y con el mismo hombre cómplice de su delito.

Ludomilia se habia enlazado á un príncipe noble, magnánimo y generoso, que, aun sin amarla tambien, la trataba con la consideracion y respeto que la creia digna: y este príncipe admitió en su lecho á una hija de los Médicis, en la persuacion de que no habia en nada desmentido á su noble sangre...

Y esta Ludomilia por último, habia engañado á su

padre, á su marido, á ella, al mundo... y pretendia aun seguir engañando.

Por consiguiente, Ludomilia no era ya una muger digna de aprecio, no era una princesa pura y respetable... No era un ser que mereciese veneracion por sus antecedentes privados, no era una buena amiga, porque habia faltado á la confianza de tal... era una esposa manchada, solapada y falaz, que engañó á su marido torpemente antes de enlazarse á él.

En una palabra, el corazon de Ludomilia estaba corrompido ya.

Una flaqueza producida por la fuerza de la pasion, ó por un error de la edad y la inesperiencia, graduada de falta enorme, basta á disminuir su gravedad, si se confiesa al fin, conjeturando que puede ocasionar funestas consecuencias.

El rubor, la verguenza, la cortedad, deben desaparecer ante consideraciones mas poderosas... de mayor entidad. Un error, revelado con pesar y purificado con el arrepentimiento, deja de serlo.

Un error, encubierto con el disimulo, con la salvaguardia de la ignorancia en que estén los demás de él, y guarecido con el engaño, la falsedad y la impostutura... no es error... Es un delito grave, espantoso, un crímen inaudito... y para el cual no puede ni debe haber perdon, disimulo ni espiacion.

Ludomilia se habia colocado al nivel de estos estremos, segun Sofia: luego la duquesa tenia el primer paso dado hácia la prostitucion.

De hija infiel á sus deberes, habia pasado á ser esposa indigna... muy fácil es que degenerara en adúltera.

Este último pensamiento estremeció á Sofia.

En tal caso qué debia hacer ella? Callar ó hablar?

Esperar á escuchar á Ludomilia, ó ir á revelárselo todo á Othon, á quien amaba como á su vida... con aquel amor fraternal que acontecimientos importantes habian engendrado en su corazon y los cuales no podia ella desatender?

Y el resultado de esta revelacion?

Seria ruidoso, estraordinario, espantoso!...

Y habia ella de destrozar el corazon del duque?

Aquel corazon hermoso, bello y noble, digno de tanta admiracion y respeto?

Ocasionaria en su alma la negra tristeza, el profundo resentimiento que iba á posesionarse de ella al saber engaño tan atroz é inaudito?

No... no era posible...

Ella debia procurar á Othon, no disgustos ni pesares, sino la satisfaccion y el placer.

Ella debia defenderlo, en vez de ocasionarle el mas remoto mal.

Ella era en fin, la que debia sentir y padecer por él... y hasta ofrecerle su vida en holocausto, porque un juramento sagrado, inviolable, infinito, le obligaba á ello.

Pero y callándolo, qué partido debia adoptar.

Ser cómplice indiferente de Ludomilia, porque sabido ya por ella el secreto, en no revelárselo á quien era su obligacion, casi constituia una complicidad marcada...

Y si la duquesa en confianza la hacia partícipe de él?

Entonces seria cómplice efectiva y verdadera, pero una cómplice muda y pasiva, que no podria hablar ni obrar, porque el deber á Othon y el honor hácia Ludomilia sellaban sus lábios.

Y las consecuencias de este silencio, noble y criminal á un tiempo? Estas eran mas crueles y terribles.

Leonelo habia solicitado de Ludomilia volver á entrar en la posesion de su corazon, y que anteriores derechos le habian dado.

No se contentaba con el valor de la opulencia que le ofrecian y que entonces despreciaba en cambio de estos derechos.

Es decir; que los afectos que sentia en su alma no los enagenaba ni vendia por un vil y mezquino interés.

Hasta aquí el proceder de Leonelo es noble, y se

traslucen en él rasgos de una grandeza laudable... de un desinterés propio de un corazon sublime.

Esta energia y decision en el antiguo amante de la duquesa, no podian producir mas que efectos desagradables.

Ludomilia, ya que obrara como soberana resentida, ya como muger pusilánime y vendida á Leonelo y á sus amenazas, de todos modos preveia Sofia un desenlace fatal á aquel drama.

Las circunstancias es muy fácil que exigiesen una víctima... y esto era espantoso...

En este juego en que el azar iba á tomar la mayor parte, debian caer, ó la duquesa, ó Leonelo, ú Othon.

Este último era como hemos insinuado, sagrado, inviolable para Sofia... y cuyo sacrificio impediria ella á costa de toda la sangre de sus venas.

El compromiso en que se veia era inconcebible. Á cualquiera parte que se inclinase no veia mas que resultados funestos.

La victoria de la duquesa seria criminal é inícua.

El triunfo de Leonelo horroroso é inaudito.

Qué haria esta infeliz muger, cuyo corazon y cabeza los necesitaba para proyectos, ideas y sentimientos mas interesantes y dignos de su atencion?

Y acaso este nuevo asunto no tenia influencia en su mision, en el cargo que desempeñaba?

No era anexo, no solo al propósito que se habia formado, sino á la obligacion austera que pesaba sobre ella?

Esto es lo que desconocemos todavia, la situacion de madama Sofia, su procedencia, su estabilidad en palacio, es un problema que está aun por resolver.

Cuando llegará ese caso?

Veremos: no podemos marcarlo ahora... pero será al fin porque es preciso que suceda

. . . . . .

. . . . . .

Perpleja y anonadada se encontraba la marquesa de Korvei, cuando entró su page de antecámara á decirle:

—Señora, su alteza real la gran duquesa, os remite este billete.

—Dame y vete.

Lo abrió en seguida, y su contenido era el siguiente:

«Amada Sofia: una ligera indisposicion me priva asistir á la tertulia esta noche. Lo siento en el alma, pues en ella gozo del placer inefable que tú me proporcionas, no solo con tenerte á mi lado, sino con oir tus hechiceras palabras. Discúlpame con los demás... porque me siento muy mala de la cabeza, querida mia.

Ven... te espero en mi cámara... Entra por la puerta del pasadizo que vá á tus habitaciones.

Estaremos solas... no recibo á nadie... ni aun al gran duque.—Tu Ludomilia.»

—Ya lo creo, dijo tristemente Sofia, acompañando la frase con una ligera inclinacion de cabeza. Que no recibe á su marido!! Esto prueba que quiere confiarme lo que acabo de escuchar yo misma!...

Ludomilia, cómo siento ponerme en tu presencia!... Mis ojos ya no pueden mirarte con aquel sincero interés que antes, apesar de que eras causa del luto y amargura que cubre eternamente mi corazon.

Y pretende que sea esta noche!... ahora mismo!... En el momento que estoy aun consternada con lo que acabo de oir!

Es imposible!... No tengo la serenidad, la fuerza, el disimulo necesario para ello. Necesito escusarme.

Y cogiendo la pluma escribió á la duquesa:

«Querida Ludomilia...

—*Querida!* repitió con sentimiento y dejando correr algunas lágrimas. *Querida!* Este nombre que con tanta sinceridad la he dado siempre, ya será en adelante una impostura en mis lábios.

Tambien fingir los sentimientos mas tiernos, Dios mio!... dijo alzando sus rasgados y azules ojos al cielo, anegados en llanto. No te basta la pena que devoro en secreto y el sacrificio de lo mejor de mi vida?...

Mas tu lo quieres! Sea. Tu sabiduria es infinita...

y mi resignacion no tiene límites. Te obedeceré.

Y continuó el billete.

«Querida Ludomilia. Parece que en todo marchamos unidas. Comunes son nuestros gustos, nuestras alegrias y nuestros pesares. Hasta nuestra organizacion física parece que participa de esta especie do homogeneidad... Tambien me siento mala, y tanto, que me voy á recoger al lecho... Por ahora, amiga mia, tendrá paciencia ese engambre de necias mariposas que agitan sus alas alrededor de nuestra llama, renunciando á la tertulia de esta noche.

En medio de todo no te sobresaltes, que mi mal no presenta síntomas alarmantes... Es tambien de la cabeza como tú.

Si acaso, mañana me quedaré en cama todo el dia —Tu Sofia.»

—Sí, finjamos, mintamos, pues no hay otro remedio, dijo plegando el billete.

Ya entre ella y yo se ha estinguido, por mi parte, todo sentimiento recomendable.

Ya debo procurar ir desterrando de mi pecho el interés que me ha inspirado.

Antes pensaba por medio del amor, de la union fraternal que reina entre dos almas, disponerla á la revelacion importante que Othon me tenia confiada...

Pero ahora, ni él ni yo debemos humillarnos, descender hasta una muger que ha desconocido y atropellado su deber mas estimable.

Ya es fuerza que yo obre con ella de otro modo... Con la astucia, con el dolo y la falsedad... Como ella lo ha hecho con nosotros.

Ya no puedo ni debo desear ponerla á mi favor; ya es necesario combatirla y sujetarla á mí... Dios mio! Dios mio!... Qué mision tan insoportable y cuán repugnante es para mi alma!

He sido tan generosa con ella!!

La he amado tanto apesar del recuerdo acerbo que me ocasionaba su presencia!

Pero no hay remedio, mi deber es primero... y su fatal estrella lo exije. Sometámonos al destino.

Y haciendo entrar al page le entregó el billete.

En seguida llamando á sus doncellas, se metió en el lecho.

—Esta noche no recibo á nadie, ni mañana tampoco... Si acaso á la gran duquesa.

Decid á todos que estoy indispuesta... Que me pasen targeta para entrar á verme, y así sabré al que debo recibir.

Efectivamente, la desconsolada marquesa estaba enferma del corazon.

Tal sensacion le causó aquella noche la conversacion de Ludomilia y Leonelo, por el descubrimiento importante que acababa de hacer en ella.

X.

El príncipe de Mark.

El personage cuyo nombre forma el título de este capítulo, era un hombre de unos cincuenta y cinco años.

Alto, delgado: su modo de andar grave, su fisonomia adusta, pero variable... es decir, tomaba el aspecto que requerian las circunstancias, ó las personas con quien trataba.

El príncipe de Mark era primo hermano de Gustavo de Ravensberg, padre de Othon.

Sus derechos á la soberania del gran ducado fueron primitivos á los de Gustavo, pero él desde muy jóven se inclinó al estado eclesiástico, renunciando todos los derechos á la sucesion de Ravensberg, á favor de Gustavo. Pasó á Roma á practicar sus estudios religiosos, y despues tomó el hábito en los agustinos ilustres de Lombardia.

Desde luego empezó á manifestar á par que sus facultades intelectuales se iban desenvolviendo, que los estímulos de la sangre no se pueden sujetar ni desmentir aun en la soledad y austeridad del claustro.

Despues de haber obtenido por su clase las dignidades mas elevadas en la regla que abrazó, pasó otra vez á Roma de gefe de su órden, y allí desplegó su ambicion en términos de aspirar al capelo, con miras de obtener algun dia la tiara.

Pero dando á conocer demasiado pronto sus ideas, Inocencio VIII y sus cardenales vieron lo perjudicial que podria ser á la Italia colocar en la silla de S. Pedro á un pontífice aleman.

Así procuraron inutilizar las miras del príncipe con pretestos y ardides disimulados, y este jamás logró vestir la púrpura que era todo su afan, su perpétuo é inestinguible anhelo.

Á la muerte de Inocencio, renovó sus pretensiones, pero Alejandro VI que le sucedió, si bien español y de costumbres privadas, no muy recomendables, no por eso desatendió los intereses de la Santa Sede, obstruyendo los deseos del príncipe.

Entonces este convencido de la inutilidad de conseguir su objeto y resentido altamente con la córte romana, pidió su secularizacion á Alejandro, y aunque hubo al principio sus dificultades por parte del pontífice, este consultando á los cardenales, hallaron por mas prudente y seguro separar de la cogulla á un hombre que algun dia podria conseguir su deseo, haciendo que volviese al mundo, donde sus ideas ambiciosas tomarian otro giro, y emprenderia una lucha distinta de la que sustentaba en su imajinacion hacia tantos años.

Alejandro accedió á la secularizacion del príncipe, y este se fué á Ravensberg, donde recobró sus honores y dignidades, pero sin opcion al trono, porque ya era imposible.

Gustavo en el momento que supo el retorno de su primo, lejos de recibirlo con desagrado, le manifestó una

cordial acogida, y aun se congratuló de que hubiera dejado la clausura.

La sábia política del gran duque, y el amor que poseia de sus súbditos, desconcertó al príncipe, que fundaba en el mal recibimiento de este un motivo ostensible para empezar á combatir su soberania, hacerse de prosélitos y reclamar sus antiguas prerrogativas al trono de sus abuelos.

Aunque el príncipe poseia toda la falsedad, cautela é hipocresia de un verdadero fraile, Gustavo estaba adornado de un talento enviso en sumo grado.

Su prudencia y cordura para dirigir sus actos era tambien estremada, y tales máximas las iba introduciendo en el corazon de su hijo Othon, al que no apartaba un punto de su lado, y cuando las atenciones del gobierno le obligaban á separarlo de él, le sustituia el consegero Biling, ayo de Othon, tipo de honradez, fidelidad y amor á su soberano.

Un anciano, verdaderamente apreciable por estas cualidades, además de su talento y vastos conocimientos políticos y militares.

El príncipe de Mark notando que sus tentativas contra Gustavo eran infructuosas, pues se estrellaban en la suspicacia y prudencia de este, aparentó la indiferencia, pero sin perder de vista su objeto.

Reservó para ocasion mas oportuna la realizacion de su proyecto, esto es, para cuando falleciese Gustavo y quedase reinando Othon, muy jóven á su entender para regir un cetro; y además, que no lo conceptuaba con la capacidad y sutileza de su padre para combatir sus maquinaciones.

Para disuadir y engañar á Gustavo, le anunció un dia que trataba de visitar varias córtes del imperio y de Europa.

Sobre lo que mas apoyó su marcha, fué sobre la enfermedad de su primo Roberto de la Mark, gran duque de Luxemburgo, niño y huérfano de padre, bajo la tutela de su madre, regente del ducado, y cuya circuns-

tancia parece que trataba de aprovechar Luis XII, para apoderarse de Luxemburgo, destronar al hijo y á la madre, teniendo además la puerta franca para los Paises Bajos; pensamiento que ocupaba á la Francia hacia tiempo, y que adelantó despues Francisco I en su constante rivalidad con Cárlos V.

Gustavo manifestó sentir la partida del príncipe, pero en su interior la aplaudia, porque se prometia á su vuelta tenerle aun mas cerradas las puertas á su ambicion.

El príncipe salió de Ravensberg, y despues de visitar las córtes de Hannover y Sajonia, á los demás soberanos del círculo de Wesfalia, de crear con ellos relaciones de fraternidad y correspondencia, arribó á Luxemburgo.

Con efecto, su presencia en el gran ducado infundió valor á la regente, y desconcertó las tentativas de Luis XII.

Despues pasó á ver á este rey, y conferenció con Bonnivet, gran almirante de Francia y uno de sus mas finos cortesanos.

Luego fué á Inglaterra y trabó amistad con el cardenal Volsey.

En una palabra, en todas partes se puso en contacto y se grangeó la estimacion de los principales diplomáticos y personages mas importantes de aquel tiempo, esperando que algun dia estos serian otros tantos escalones donde él se apoyaria para subir al trono de Ravensberg.

De este modo adquirió un profundo conocimiento en la política cortesana; una sagacidad en estremo sutil para manejarla, y una hipocresia falaz para encubrir sus intentos.

Su educacion del claustro le sirvió de la base mas sólida para ello, y en la córte romana acabó de perfeccionarse en el arte de disimular y disfrazar sus intentos, revistiéndolos de una indiferencia total, aparentando adorar á sus enemigos cuando los odiaba, de mani-

festarse complaciente, cortés y afable con los que aborrecia, en una palabra, saber emplear diestra y seguramente las armas vedadas que la ambicion, la intriga y la falsía usan para el logro de sus fines.

No por eso desatendió, aunque ausente de Ravensberg, el interés que allí promovian sus ocultas miras.

Por medio de sus agentes secretos, secuaces viles, que atropellando las consideraciones mas sagradas y venerables, sucumben y se venden á un poder mezquino y degradante, olvidando su honor, y lo que es peor, faltando á su patria (1), á esa patria que debe ser tan querida y venerada por todo el que sienta latir en su corazon la sangre que ella le diera.

Tigres sanguinarios, víboras mortales y dignas de haber sido ahogadas en su misma cuna al nacer, antes de que se prostituyeran indignamente.

Por medio de esas hienas carnívoras, repetimos, el príncipe estaba al alcance de todo lo que ocurria en la córte de Ravensberg, de los pasos de Gustavo, atizando sin cesar la tea de la discordia para que no se amortiguase hasta la muerte de su primo, que era cuando debia segun su opinion, brotar la llama activa y abrasadora que él ocultaba desde el principio en su corazon.

A la alta penetracion de Gustavo y del consejero Biling, no se escondieron los intentos del príncipe.

En las frecuentes y secretas conversaciones que tuvieron los dos, su principal objeto era buscar, combinar un medio de burlar las esperanzas de este.

Gustavo obraba en eso como padre y soberano.

Como padre, porque queria legar á su hijo un trono,

---

(1) Desde luego se conocerá que nuestra alusion se dirige á los indignos patricios, á esos hombres venales y corrompidos, que mas que hijos de la patria que les dió el ser, que los abriga en su seno y los alimenta, se convierten en sus mas encarnizados enemigos, promueven la discordia, la guerra civil, y arman su brazo en fin, para aniquilar y destruir el suelo en que nacieron. Estos monstruos son dignos del odio y el anatema universal. Execracion sobre el traidor que se vende para ofender á su patria!! Sobre el inicuo y descastado hijo que destroza y aflije el seno de una madre tan querida!!!

que, anque lo habia heredado en segunda línea, lo regia con beneplácito, amor y bienandanza de sus pueblos. Con el amor que habia conquistado de sus vasallos por sus virtudes y acertada administracion, fundando un nuevo patrimonio para su hijo, con sus desvelos y contínua vigilancia en bien de sus súbditos.

Como soberano, porque amando tanto á su patria no podia convenir con el pensamiento de dejar colocado á su muerte en el trono de sus mayores, á un príncipe despótico y ávido de mandar.

Aun ex-fraile ambicioso en demasia, que abandonando el cláustro, fué lanzado de Roma, y caeria sobre el sólio de Ravensberg, con la atroz voracidad que desciende desde el firmamento el ave sanguinaria sobre su inocente y descuidada presa.

Pero por mas que Gustavo y el consejero discurrian un medio á propósito, no lo encontraban.

Era fuerza fundar la estabilidad de Othon en el sólio del gran ducado, de un modo seguro que el príncipe no pudiera derrocar.

Othon tenia ya edad para contraer himeneo y regir el cetro acertadamente, pero la dificultad era elegirle una princesa, cuya familia, poseyendo una influencia poderosa en la córte de Roma, pudiese ser un dique respetable para el príncipe de Mark, á quien odiaban en el Vaticano, y que además la proteccion y patrocinio del pontífice en aquella época, era de gran valor en Europa y mucho mas á los soberanos de Alemania.

Á la sazon apareció en la córte de Ravensberg, Pedro de Médicis.

Este príncipe, como se ha insinuado ya, gefe de la república de Toscana, de resultas de haber hecho un tratado desventajoso con Cárlos VIII de Francia, mereció la desaprobacion de los florentinos en términos que lo lanzaron no solo del trono ducal, sino hasta de la república.

Pedro se vió en un momento de duque soberano, transformado en un proscripto fugitivo y errante... ea

un mendigo (1) ilustre, que tuvo que demandar favor en las córtes estrangeras, y en particular del francés su aliado.

Favor que de nada le sirvió, pues los florentinos sostuvieron cerca de veinte años la espulsion de los Médicis, hasta que el papa Julio II los restableció en el trono ducal, con su ascendiente y ayudado de la fuerza armada tambien.

Pedro en la época á que nos referimos de su espulsion de Florencia, llegó á Ravensberg con Ludomilia, despues de haber estado en Francia.

Gustavo los recibió con aquella benignidad propia de su alma, y conforme á lo que merecia un príncipe como Pedro.

A pesar de que el gran duque tenia noticias de las desgracias acaecidas á este, al escucharlas de su boca, sintió doble y profundo sentimiento.

Por un lado la estimacion que cada dia le escitaba un príncipe tan desgraciado, y por otro los motivos que hemos manifestado, respectivos á la seguridad de Othon en el sólio de Ravensberg, le decidieron; consultando con el consejero Biling, proponer á Pedro la union de su hija Ludomilia con Othon.

Pedro la aceptó gustoso, porque era un favor marcado para él en aquellas circunstancias.

Las razones en que se fundaba Gustavo para enlazar á su hijo con una Médicis, fueron, primero, que aunque era una familia destronada en Florencia, tambien poseia el aprecio de los primeros soberanos de Europa.

Además, Julian de Médicis, hijo de Lorenzo I, habia seguido la carrera eclesiástica, era ya cardenal diácono,

(1) Leccion que debieran tener en cuenta algunos reyes para regir y administrar mejor los intereses de sus pueblos. Si se persuadieran que son padres y gefes de una gran familia que la Providencia ha puesto á su cargo, no amos y despóticos tiranos de una horda de sumisos y resignados esclavos, la balanza social estaria mas en el fiel y los infelices pueblos no sufririan, víctimas de una mala administracion gubernativa.

y podia algun dia ceñir á sus sienes la corona de las coronas, como efectivamente sucedió, subiendo al sólio pontificio con el nombre de Leon X, y tambien despues lo hizo su primo con el de Clemente VII.

El favor, la opulencia y el crédito de la casa de Médicis eran innegables en aquel tiempo.

Pedro únicamente exigió de Gustavo, que siendo Ludomilia niña aun, quedasen estendidas las capitulaciones matrimoniales y sin efectuar el casamiento hasta que él volviese de Francia, á donde tornaba llamado por Cárlos VIII, y de Ferrara, donde tenia que visitar á Alfonso su soberano.

Pedro y su hija partieron, y en ese tiempo acontecieron los amores ya mencionados de esta con Leonelo, y la debilidad que lamentaba, debida á sus pocos años, pues solo contaba catorce.

Ludomilia entonces no tenia el conocimiento necesario para preveer las consecuencias del paso que acababa de dar con su amante, y su inesperiencia no miró otra cosa que someterse á una exigencia indebida... á un impulso tan irresistible como fatal para todos los que alcanzasen sus efectos.

Con el patrocinio de los duques de Ferrara, Ludomilia ocultó su desliz y pudo retornar á Ravensberg, pura en la apariencia, á dar su mano á un hombre que no amaba, pero á quien tenia que entregarse por las razones espresadas.

Pedro abandonó á Ravensberg despues del enlace de su hija, y se fué á Nápoles, donde á pesar de renovar vanamente sus pretensiones de volver á Florencia, murió al servicio de la Francia.

Gustavo habiendo dado esposa á su hijo, bien á pesar de este, que ignoraba tal proyecto hasta pocos dias antes de efectuarlo, pensó en completar su obra.

A este fin publicó un manifiesto á sus vasallos, en que les hacia ver que el estado de reposo que necesitaba su quebrantada salud, no le permitia seguir ocupando el trono, y que para el efecto abdicaba la corona en su hijo

Othon, prometiendo además que no por eso abandonaria al jóven duque, antes al contrario, seria su Mentor y mejor consejero, en los momentos que se lo permitiesen sus achaques. Othon era un príncipe harto querido, y su advenimiento al trono fué acogido con beneplácito y satisfaccion.

Este golpe manejado con sutileza y secreto entre Gustavo y Biling, cogió de improviso á los prosélitos del príncipe de Mark de tal modo, que cuando pensaron en avisárselo, estaba ya ejecutado.

Contratiempo tan improvisado, si bien hizo en el príncipe una sensacion profunda, supo con disimulo aparentar aun con sus mismos parciales, que nada tenia de importante.

Antes al contrario, enterado de que su sobrino se habia casado sin amor á su esposa, y Ludomilia lo mismo, pensó sacar un partido favorable de tal circunstancia, y así sin perder tiempo pasó á Ravensberg.

Visitó antes á los duques de Sajonia y de Brunswick, conferenciando secretamente con este último, enemigo oculto de Othon y su padre, y se presentó en la córte de su sobrino, con semblante placentero y apariencias de un pariente satisfecho de aquel enlace, aunque le manifestó al mismo tiempo afable y cortésmente, su queja por no haberle participado con tiempo un himeneo que, segun él, colmaba su completa satisfaccion y la ventura de los súbditos de Ravensberg.

Ausente de esta córte tantos años, se encontró en ella á su vuelta con personajes para él desconocidos.

Tales eran el mariscal Otocaro, la marquesa Sofia, y el baron de Colemberg.

Desde luego se propuso estudiar el carácter de ellos, y á cada cual colocó en su posicion para que fuesen útiles á su plan, manejándolos, á su entender, como otras tantas piezas de la máquina que él era inventor, para que produjesen resultados felices á favor de sus miras.

Pero en quien él fijó mas su atencion, fué sobre Ludomilia.

Con la sutileza y maña de un fraile, sondeó su corazon, y ya aconsejándola con falsa apariencia de sinceridad, ó bien halagando su orgullo ajado, destilando suave é insensiblemente en su alma gota á gota el veneno del resentimiento hácia su marido, fué conduciéndola hasta un hastío que degeneró al fin en aborrecimiento hácia Othon.

De modo que cuando la duquesa abrió los ojos en el caos tenebroso de la inícua seduccion del príncipe de Mark, lo que advirtió en torno de sí fué el ódio mortal que profesaba á su esposo, y vió su corazon árido y seco á todo sentimiento de ternura y sinceridad... olvidando la sagrada obligacion que pesaba sobre ella.

La conducta de Othon y sus visitas al castillo del Águila negra, favorecian las secretas miras del príncipe.

Con solapada perfidia aparentaba ni aun reparar en el modo de conducirse su sobrino cuanto mas observarlo; y si la duquesa alguna vez en sus quejas repetidas, le mencionaba algo del misterioso secreto que ocupaba á la córte toda, procuraba disuadir fingidamente, pero dejando escapar alguna frase que no desterrase enteramente del corazon de ella los temores y recelos que la ocupaban incesantemente.

Sus asuntos diplomáticos marchaban íntimamente unidos á los negocios domésticos de palacio.

El partido de los conservadores debia al príncipe su creacion, su existencia y su aumento.

Aunque los odiaba mortalmente en secreto, porque las doctrinas políticas de estos estaban en total contradiccion con sus ideas de ambiciosa dominacion, fingia ser el mas celoso y decidido defensor de ellos, mucho mas desde el punto que, por dictámen del consejero Biling, notó que se inclinaba Othon á tolerarlos, cuando antes se manifestó su mayor contrario.

Para no presentarse el príncipe personalmente al principio para la fundacion y propagacion de ese partido, se valió del mariscal Otocaro, cuyo carácter franco y noble era apropósito para el caso.

Fingiendo tambien amar á Otocaro, lo aborrecia igualmente que á los conservadores.

Lo ocupaba cuando le convenia hacerlo, pero era con la detestable intencion de asegurarle una amistad y aprecio que no existian, y tenerlo siempre dispuesto para en su dia sacrificarlo á su aborrecimiento y elevacion.

El baron de Colemberg tenia celos de Otocaro, por la deferencia que el príncipe le manifestaba, y jamás supo ninguno de boca del príncipe, qué personas eran odiadas ni queridas de él, porque á todos los trataba con una amabilidad y atencion ilimitadas.

La indiferencia, el desinterés y la cordialidad eran las tres cualidades que le distinguian, tanto en los asuntos mas árduos, como en los mas insignificantes.

Incansable en obsequio de todos, no tenia un instante de reposo.

En su cámara siempre se le veia ocupado, aun en aquellas horas marcadas para la tranquilidad y el descanso corporal.

En palacio solícito y vigilante en demasia.

Fuera de él, activo y sociable en sumo grado.

En una palabra, su apariencia era la de un tipo perfecto de franqueza, celo y fraternidad.

Pero apesar de su máscara falaz, con engañar de esta manera á todos, se engañaba á sí mismo.

Era una verdadera zorra palaciega, con los sentimientos del cocodrilo, el corazon de un tigre y el esterior de un cordero.

. . . . . .

. . . . . .

—Tan de mañana por aquí, mi apreciable baron? decia el príncipe de Mark á Colemberg, al encontrarlo en uno de los corredores del palacio. Solícito andais por mi vida!... Es amor, cita ó sorpresa?... Porque vos sois en estremo temible!... Oh! Si os conocieran como yo las damas de la córte, os aseguro que andarian con mucho mas cuidado y reserva... Os voy á denominar en adelante el espectro de Ravensberg.

—Por qué, monseñor?... preguntó sonriéndose el baron.

—Porque es mucha vuestra actividad y celo, querido mio! Otro los graduaria de curiosidad, de deseos dé saberlo todo, pero yo no os haré tal ofensa. Convencido de que os anima en ello un sentimiento tan noble como laudable, solo veré siempre un afan generoso y recomendable.

—Favor con que me honrais.

—Oh! no, es justicia... Y tanto mas me convence la opinion que tengo formada de vuestro desinterés, que apesar de que os veo á menudo aquí... que gozais de favor, que os contactais con las primeras notabilidades de la córte, siempre estais fijo en un punto... jamás adelantais...

Porque no hay remedio, ó vuestra fortuna es en estremo severa, ó sois desinteresado en demasia... Y lo que es yo... podré equivocarme, pero me inclino mas á lo último.

—Y no os engañais, monseñor.

El baron mentia en esto completamente, pero al príncipe le convenia aparentar el creerlo; así es que continuó con la mayor indiferencia.

—Demasiado sé que mi cálculo es esacto. Pero en ello... perdonad que os lo diga, si bien se advierte un desprendimiento apreciable, tambien ocasionais un grave pesar á vuestros amigos... á los que pueden hacer algo por vos.

Y no se atreven, porque al notaros tan indiferente y *poco palaciego*, se les figura que los habeis de desairar si se interesan en vuestro obsequio.

—Oh! no tanto como eso... Siempre me he preciado de cortés, monseñor.

—Sí?... le preguntó el príncipe con una ligera sonrisa. Me alegro... Ya esto es algo... Os aseguro que no lo dejaré pasar desapercibido.

—Me honra ese interés.

—Bagatela!... Mucho mas merecen los nobles de

un mérito no comun... Sino que á veces la suerte... el cálculo... la combinacion... En fin, veremos...

Y qué se ha dicho en palacio anoche? Porque yo no vengo á él desde ayer... y cuando estoy aquí... pongo tan poca atencion á las cosas...

Ocurre alguna novedad que merezca ocuparse de ella?...

—Hay tantas! contestó el baron con cierto aire de importancia, el cual hizo como que no lo advertia el príncipe. Tantas! que la imajinacion vacila en cual se ha de fijar para responderos, monseñor!...

—Eh! Tambien vos dais un valor tan grande á las cosas mas sencillas... Siempre serán frivolidades, revestidas con el carácter grave y austero de la diplomacia... Algun asunto de poca entidad...

Vamos, quedad con Dios, y juzgad con menos prevencion, querido baron.

El príncipe hizo ademán de marcharse, mostrando tal indiferencia á las palabras del baron, porque estaba cierto que así escitaba mas en él el deseo de contarlo, á par que no abandonaba su constante disimulo.

—Ah! continuó deteniéndose de repente. Parece que lo de Lutero se enreda!... Bueno!... Eso enseñará á mi querido pariente el pontífice á no descuidarse tanto.

Leon X se ha fiado demasiado en el alto ascendiente que disfruta su gobierno en Europa, y en que desconcertaria con solo una palabra suya las doctrinas de ese atrevido fraile. Bien!... No me parece mal...

El papa es Médicis, y por lo tanto muy satisfecho de sí mismo... Corriente! Corriente! Cada cual con su tema... Voy á hablar á mi sobrino... Temprano es, pero veré si me recibe...

Sin que sea indiscrecion la pregunta. De dónde venís vos? Lo digo para fijar mi opinion sobre pedir audiencia á Othon ó marcharme.

—Monseñor, para vos no guarda el gran duque esas etiquetas.

—Desde la muerte de su padre mi querido primo

Gustavo, yo quiero guardarla porque no crean que abuso del aprecio que me dispensa su hijo.

Yo sé que él tiene sus secretos, y yo los respeto por dos causas... Porque son de mi soberano, y porque, amigo mio, donde no llaman...

—Ya! estareis resentido de él con razon...

—Yo? Qué disparate!... No me ofendo por cosas que no me importan... Y aun esas han de ser muy graves para que ocupen mi imaginacion.

Estoy convencido de que en este mundo cuantos menos cuidados gratuitos, mas dulce es la vida... y yo en el claustro aprendí á desentenderme de lo ageno para pensar en mí solamente.

Es máxima tan filosófica, como de verdadera conveniencia...

Es un egoismo si se quiere, pero noble al mismo tiempo, porque no queriendo nada de nadie, me contento con lo que es mio sin pensar en otra cosa.

—Es verdad.

—Os importuno ya... lo conozco... No es mi sistema y me he escedido... Disimulad: y volvió á querer irse.

—Perdonad, monseñor, pero mi deber es deteneros. Podeis pensar que no sea una satisfaccion honrosa para mi, departir ahora y siempre con vos? Al contrario; deseaba esta ocasion que me proporcionara poder ofrecerme humilde siervo de vuestra alteza.

—Gracias! Gracias! Le contestó con faz placentera y sorbiendo un enorme polvo, costumbre que practicaba muy á menudo el príncipe. Sois muy amable, querido Colemberg... No me habian engañado los informes que tenia de vos... y lo celebro á fé.

—Me confundís, monseñor...

—Modesto tambien? Mejor. Todo lo que descubro en vos me agrada infinito...

Conque me digisteis que mi sobrino Othon estaba levantado ya, eh?

—Monseñor, no he dicho tal porque no lo sé.

De la señora duquesa sí he sabido que se halla enferma.

—Cómo! esclamó el príncipe con fingido asombro. Es cierta esa nueva?

—Y tanto, como que á noche por ese motivo no hubo tertulia en el cuarto de la marquesa de Korvei.

—Es posible!

—Pues mas os admirareis cuando os diga que la marquesa está en cama tambien de casi igual dolencia.

—Qué me contais!!! Añadió el príncipe con mayor sorpresa.

—Al menos así se nos dió anoche por muy positivo.

—Si será un contagio!... esclamó el príncipe festivamente. Pero á mí qué me importa la causa?... Veré luego á mi querida sobrina.

Conque, amable baron, continuó dándole la mano, pasadlo bien y contad en todo con mi afecto.

—Soy vuestro, monseñor.

Y se separaron por opuestos lados.

—Algo grave ha ocurrido; decia el príncipe para sí. Esta enfermedad de las dos... En el mismo dia!... No hay remedio... Haremos todo lo posible por averiguarlo... Es tan necesaria la curiosidad en mí!... Tanto como el disimulo. Entretanto vamos á ver á Othon.

Por esta leve reseña se adivinará lo que puede esperarse del príncipe de Mark.

El baron de Colemberg se separó de él muy satisfecho, porque nunca el príncipe se le habia mostrado tan amable y familiar como este dia.

Y era porque el triste hidalgo de Cleves, no conocia que el príncipe iba á necesitar de él muy pronto para hacerlo jugar en su máquina.

Ofuscacion perniciosa!

Poder del orgullo!

Estímulo de la ambicion!

Ceguedad inaudita y detestable por brillar!

Sueño dorado de un porvenir espléndido y lisonjero!

Cuál seducen y fascinan al hombre débil estos fantasmas odiosos, hasta conducirlo al ridículo, la irrision y á la mengua mas baja y denigrante!

Y sin embargo, en medio de ese letargo letal y horroroso, de esa enagenacion febril, el hombre que es así se cree algo.

Y qué será?... No lo adivina aun?

Un ser miserable y mezquino!

Un autómata sin accion propia!

Un maniquí ruin y necio!

Nada en fin... porque solo es comparable consigo mismo!!!

XI.

Ya era tarde.

No levantes la voz, Margarita, que aun duerme la señora marquesa.

Ha pasado una noche bien fatal... Yo me la he llevado toda á su cabecera, porque aunque me mandó poner mi lecho junto al suyo, la he visto tan desvelada que no me ha parecido prudente acostarme.

—Y qué habrá sucedido, Richsa? preguntó á esta Margarita. Tú que eres la que asistes contínuamente á su lado, no has podido saber?...

—Nada absolutamente. Anoche, antes de la tertulia, entró en la alcoba por la puerta que está junto á su cama.

Traia el semblante adusto... Yo conocí que venia consternada y algo llorosa.

Quiso quedarse sola, y sin duda fué para escribir, porque en seguida llamando á Guarco, le entre-

gó un billete, y despues me mandó desnudarla y se acostó.

—Cuidado que ya hace dias que pasan en palacio unas cosas tan singulares!... No sabes lo que ocurrió con el hombre embozado que viene á ver á la señora todos los dias?

—Sí, con Pedro... algo he oido. Pero eso no importa nada. Todo lo han levantado los majaderos de Erardo de Gotinga y el marqués de Hasbourg, ayudados de ese fátuo de Colemberg, que es el hombre mas empachoso é insufrible!...

No lo puedo ver!... Oh! y lo peor es, que hablan no muy favorablemente de la señora marquesa. Fortuna, que yo no los oigo!...

Censurarla á ella! Tan buena!... Tan amable!... Tan digna de estimacion!...

Sino que estos palaciegos todo lo ven de un color. Haya imbéciles!... Mucho mas vale madama de Korvei que todos ellos juntos, sino...

—Calla!... que me parece oir suspirar á la señora.

Las dos pusieron atencion, porque esta conversacion de las damas de honor de Sofia, pasaba junto á la puerta de su alcoba, donde estaban sentadas, vigilantes y solícitas en obsequio de su señora.

Richsa abrió la puerta y se dejó ver un elegante camarin adornado con sobrado gusto.

Los vidrios de las ventanas estaban pintados de mil colores, que representaban flores, pájaros, y otras preciosidades, dirigidas por la misma Sofia.

Unas cortinas de damasco verde, recamadas de oro, cubrian las ventanas.

En un estremo de la alcoba habia un lecho cuyas colgaduras de color de guinda y salpicadas de águilas de oro tambien, llamaban la atencion de todo el que no comprendia la preferencia que la marquesa daba á semejante ave, y mucho mas, si alzando la vista, se observaba que el remate de la colgadura de la cama, lo formaba una hermosa águila negra con pico

Richsa abrió con tiento...

y garras de oro. A los pies del lecho, habia un reclinatorio con cubierta y cogines de terciopelo negro, con cabos de oro tambien.

En él un libro de devociones, y enfrente, sobre un dosel negro, un crucifijo tosco, de metal, pequeño, sobre una cruz de ébano.

Allí rezaba sus oraciones Sofia, y se dejaba entender que el crucifijo era una prenda que conservaba en memoria de alguna persona, porque su valor material no correspondia á aquel lugar, ni á la calidad de quien entonces lo poseia.

Y era indudable. El precio que aquel crucifijo tenia para ella, era muy alto.

El de su vida. Solo así podrian arrancarlo de su poder.

Richsa abrió con tiento, y aun comprimiendo su respiracion, la colgadura del lecho.

Sofia dormia aun: su rostro pálido denotaba la noche que habia pasado y los afectos con que luchaba su corazon.

Sus mejillas estaban húmedas, y sus lágrimas, tan puras y preciosas como su alma, habian detenido su curso sobre aquella peregrina faz.

Sus largos y rubios rizos, cayendo sobre el almohadon donde reclinaba la cabeza, se dilataban hasta aquel alabastrino y sensible seno.

Sus lábios entreabiertos daban paso á una respiracion ahogada, que cualquiera se hubiese conceptuado feliz en aspirar... y que daba claro á entender que el corazon de la marquesa habia sufrido... y sufria aun fuertemente.

En aquel momento se puede decir que estaba interesantísima.

Richsa contemplándola atentamente esclamó:

—Qué hermosa está! Y sin embargo no ha querido esclavizar su alvedrio al amor... Ha hecho bien! Pocos hay que supieran estimar su bello corazon!... Bendita sea!

Y la dió un beso tiernísimo en la frente, el cual la hizo despertar.

La pobre doncella quedó cortada.

—Ah! Eres tú, Richsa querida? dijo la marquesa con dulzura. Me alegro que me hayas despertado. Qué hora es?

—Cerca de las once, señora, contestó con trabajo la muchacha.

—Qué tienes? la preguntó Sofia sin abandonar su estilo cariñoso. Estás mala?... Ya lo creo! Habrás pasado una noche fatal por mi causa... A ver... Descorre la cortina de aquella ventana.

La jóven obedeció.

—Con efecto, continuó la marquesa. Estás descolorida... y aunque agradezco que por mí te desveles tanto, debo reñirte tambien por tu abandono...

Tus compañeras pudieran haberte ayudado en esa celosa vigilancia que has mostrado por mí...

Ea, en castigo retírate á tu cuarto á descansar, y no te presentes aquí hasta la tarde... Margarita te reemplazará.

—Qué... no, señora... Si no es necesario... Yo he dormido esta noche aquí, á vuestro lado... Estaré pálida... porque... porque vos lo estais...

La marquesa se sonrió al ver la inocente disculpa de la doncella; pero Richsa amaba á Sofia entrañablemente...

Con aquel afecto sincero, que no es muy comun se abrigue entre las paredes de un palacio

—Me engañas, Richsa, le dijo Sofia. Tu disimulo es infructuoso, porque conozco demasiado que me encubres la verdad.

Pero en fin, sea ó no lo que tú dices, te prevengo que ese estímulo toca en demasia, y que no permitiré otra vez, te abandones tan resueltamente en mi obsequio, con menoscabo de tu salud, y sentimiento del cariño que te prafeso. Richsa cogió una mano á la marquesa y la llevó á sus lábios.

—Quede esto así, añadió Sofia... Y creo que tendrás en cuenta mis palabras sin que esta reconvencion llegue á ofenderte.

Doncellas suficientes tengo en mi servidumbre para que me asistan en un caso semejante, sin que tú te molestes mas que debieras.

—Oh! no, señora... Si yo no me he molestado... Ya os lo he dicho...

Además que... perdonad que os lo refiera... siempre que esteis enferma, á nadie, á nadie le cederé el cuidado de asistiros constantemente... de estar fija á vuestra cabecera... de no separarme de ella un punto.

Y esto lo haré, sí, lo haré... aunque despues me riñais... y os enojeis... y hasta me despidais. Que esto último seria el sentimiento mas grande para mí, porque os amo con todo mi corazon, y no quiero que nadie me impida manifestaros el cariño que os profeso.

Lágrimas de ternura y espresion, ahogaron las últimas palabras de la sensible Richsa.

La marquesa se quedó mirándola atentamente, y cogiéndola, la atrajo á sí y la estrechó contra su seno.

Las dos permanecieron de este modo unos momentos.

—Basta ya; dijo Sofia interrumpiendo aquella escena. Enjuga esas lágrimas que hacen correr las mias. Tranquilízate, querida Richsa... Yo correspondo á tu sincero afecto, y jamás lo olvidaré.

—Gracias, señora... gracias.

—Dime, ha venido alguno á verme?

—Sí, señora... Esta mañana temprano el señor Pedro, el del castillo del Águila negra... Mostró la targeta de siempre...

—Y por qué no entró?

—Como habíais pasado tan mala noche y acabábais de quedaros dormida...

—No importa... debísteis despertarme... Y mostró mucho empeño en verme?

—No tuve lugar de advertirlo, porque al notificarle vuestro estado solo preguntó: «Es enfermedad de cuidado?» Yo le satisfice lo que pude, y entonces se despidió asegurando que volveria á veros mas tarde.

—Dios mio! Si habrá ocurrido algo?... murmuró la marquesa sentádose repentinamente en el lecho con marcada agitacion.

—Señora, si yo hubiera sabido que en no dejarlo entrar hacia mal...

—Tu celo escesivo te ha estraviado, Richsa mia. Pero en fin, sírvate él mismo de disculpa; y has de saber que la presencia de ese hombre nos es tan interesante al gran duque y á mí, que á él anunciarse á cualquiera de los dos, no podemos negarle la entrevista que nos pida, aun en la hora y en el sitio que sea.

—Ahora lo comprendo, señora.

—Y ha venido algun otro?

—El señor baron de Colemberg.

—Cuidadoso ha estado por demás.

—Conoceis su costumbre...

—Demasiado... La de saberlo é investigarlo todo por sí.

—Como tiene poco que hacer...

—Ya le buscaremos ocupacion... Si vuelve y estoy sola, le harás entrar... Pero á él únicamente.

—Bien.

Sonaron tres golpes suaves en la puerta que estaba junto al lecho.

—Han llamado, señora, dijo Richsa.

—Es ella!! añadió Sofia para sí. Sí... ya sé quien es. Algun recado de la gran duquesa... Retírate á la puerta esterior de la antecámara, cierra esta del camarin y cuando vayas á entrar, porque sea preciso, avísame antes tocando la campanilla.

—Está bien.

Richsa se retiró, cerrando las puertas como la

marquesa le ordenó. En seguida tocando esta un resorte que estaba próximo al lecho, cedió la puerta secreta y se presentó Ludomilia.

Sofia continuó recostada como se encontraba antes.

La faz de la gran duquesa manifestaba claramente lo que habia padecido la noche anterior.

Un corto momento se mantuvo de pié mirando á Sofia.

—No te sientas, Ludomilia? le preguntó esta con amabilidad.

—Estaba observando con dolor lo pálida que estás, Sofia. Tú padeces mucho... no es verdad? Tu semblante lo revela muy claro... No has mandado llamar al médico?

—No es necesario... La noche no ha sido muy buena... pero he dormido un poco esta mañana, y ya me creo casi buena. Y tú?... Tambien tienes el rostro algo macilento... Cómo te sientes?

—Mal... porque mi enfermedad es moral, está en el corazon.

Sofia lo comprendió sobradamente.

—Vamos, siéntate; y si soy digna aun de tu confianza hazme partícipe de tus padecimientos.

La duquesa ocupó un magnífico sillon que estaba al lado de la cama.

—Sí... sí... porque lo deseo... Me es indispensable descargarme de este peso cruel que tengo en el alma... y solo á tí... á tí, mi amiga verdadera, mi tierna y sincera amiga; es á la que puedo y tengo que confiarme por necesidad y deber.

—Y hace mucho que padeces esa pena? le interrogó Sofia con disimulada intencion.

—Ah! esclamó la duquesa bajando la vista.

—Esa esclamacion me indica que tal pesar ha morado en tu corazon antes de ahora.

—Es cierto, marquesa mia.

—Y no temes que para su revelacion *sea ya tarde?*

Estas últimas palabras recargadas por Sofia, dieron

á conocer á la duquesa toda la gravedad de los resultados que pudiesen ocurrir, como de su indebido silencio á Sofia.

—Tarde!... prorrumpió anonadada de terror.

—Sí, porque hay males cuya importancia requieren un pronto remedio, ya por las consecuencias que suelen producir, como para procurar mas aprisa consuelo al corazon... paz á el alma, Ludomilia.

Y esta paz... bien adorado, y por la cual debe desvelarse toda criatura, si llega á perderse una vez, si tal tesoro se abandona y olvida por el descuido, ó la confianza, creyendo que nuestra elevada posicion basta á someterlo todo... á allanar el camino que hace escabroso en nuestra vida un desliz imprudente, una flaqueza, cuya gravedad no advertimos, cuyo peso no conocemos hasta que la esperiencia ó los resultados nos lo hacen ver... si esa paz, te digo, la dejamos desterrar de nuestro pecho, es muy difícil volverla á recuperar, amiga mia.

Entonces no bastan á su adquisicion la razon, la prudencia, ni el poder...

Nos afanamos en vano sin conseguir nada...

Corremos con los brazos abiertos tras un fantasma vago y sutil, á quien no podemos asir por mas que lo procuramos...

Y todo esto es, porque las circunstancias, los accidentes que han seguido á aquella flaqueza que cometimos, y que han tomado una posesion dominante sobre nosotros, nos salen contínuamente al paso, por donde quiera que pretendamos transitar para llegar al término que anhelamos.

Hasta esa paz querida á quien divisamos en lontananza cual una luz hermosa y brillante, pero á la que nunca llegamos, por mas que hacemos lo posible por acercarnos á participar de la fuerza de su vivificadora llama.

La duquesa miró otra vez á Sofia con cierta mezcla de entusiasmo y asombro.

Apenas podia creer lo que escuchaba.

La marquesa habia adivinado lo que pasaba en su

alma, y esta comprension maravillosa la realzaba tanto á sus ojos, que el afecto que la tenia se convirtió en entusiasmo, veneracion y confianza.

Jamás le habia parecido tan digna de su aprecio esta muger admirable.

Sofia que sabia ya perfectamente lo que sentia en aquel momento Ludomilia, continuó al notar su silencio.

—Hé ahí porqué te he preguntado antes, si no temes que sea *demasiado tarde*.

—No... porque cuento con tu ayuda... Te tengo á tí, hada benéfica y bienhechora; amiga incomparable!... Muger sin igual, en quien están reunidos los dotes mas hermosos que naturaleza concede á sus criaturas...

Porque confio en que tú, así como has adivinado todo lo que pasa en mi corazon, sabrás con esa perspicacia hechicera, buscar alivio á mis penas... algun recurso para disminuir su gravedad...

Porque espero, aguardo en tí, como en un ángel de consuelo, paz y ventura...

Confio en Dios, padre de misericordia, bondad y perdon.!

La duquesa sollozaba al decir esto, en el regazo de Sofia.

Aquellas lágrimas abrasaban el casto seno de la triste marquesa, porque, despues de ser una ponzoña para ella, conocia demasiado que Ludomilia no las derramaba á efectos de un arrepentimiento puro y tierno, sino por un impulso de vengativo rencor hácia Leonelo... y aun hácia ella misma, por haberse entregado en manos de un hombre á quien odiaba ya y á quien deseaba esterminar con solo mirarlo.

Porque hay en la vida del hombre estos casos.

Cuántas veces el capricho ó la ceguedad nos impele á hacer partícipe á una persona á quien apreciamos, de un secreto importante... y despues la gravedad é importancia de este secreto, es un cáncer continuo y fijo que tenemos en el corazon, cuya influencia se estiende hasta nuestra razon, conduciéndonos á aborrecer mortalmente

á aquel á quien nos confiamos... al que nos sirvió tal vez de ayuda en nuestra flaqueza... al que es quizá hasta cómplice nuestro.

Y deseamos esterminarlo, pulverizarlo, hacerlo desaparecer de entre los mortales, porque es un testigo para nosotros tan irrecusable, aterrador y terrible, que no solo su vista, sino hasta su recuerdo nos asesina, y á quien vemos contínuamente pegado á nuestra existencia como la sombra de nuestro cuerpo.

En esto se prueba clara y evidentemente que el hombre todo es flaqueza y error.

Cualidad inherente á nuestro ser, y que no debieran olvidar los necios presuntuosos y preocupados por su mérito.

La cabeza se estravia á veces cuando mas confiamos en ella... porque el estímulo de las pasiones fermenta en el corazon al menor descuido, nos ciega, nos ofusca, nos enagena de un modo inaudito, y nos reduce á ser un verdadero autómata de ellas.

Y el hombre altivo, fuerte, orgulloso... el hombre temible y cuyo nombre resuena en el espacio del mundo con admiracion y asombro, queda reducido á poco menos que nada, y á nada las mas veces... porque él mismo se aniquila y destruye á la influencia de aquel poder que en vano pretendiera contrastar.

Y qué, tan desprovisto está el hombre de recursos contra ese enemigo comun de sus bienes mas preciosos?... Contra esa fuerza tan imperiosa y terrible?...

Esta sabia é incomprensible naturaleza, cuyas obras son tan admirables, no ha colocado en el hombre un escudo, una égida para preservarse?... Será posible que procediendo las pasiones de la misma naturaleza del hombre, esta naturaleza sea tan avara, egoista y tiránica? Tan poco generosa que no le haya concedido ni el mas pequeño arbitrio de defensa?

Sí: se lo ha dado sublime, escelso, grande como ella misma: le ha dado un bien fecundo, inmenso... sin límites, coto ni término... Un tesoro inapreciable y de

un valor incomprensible... Le ha dado en fin, el ENTENDIMIENTO. (1)

Véase ahora si la naturaleza ha procedido sábia, generosa y benéfica con el hombre... Como una verdadera madre.

Además, le ha dado otros auxiliares tan poderosos como dignos de ella. Uno de estos es la esperiencia.

Esa fuente inagotable donde el hombre puede beber el néctar salutífero del convencimiento, para regir sus actos.

Ese libro divino y de perenne ventura donde leer el corazon de sus semejantes, aprender á precaverse del mal y apreciar y buscar el bien.

No se diga que cuando el hombre comete un estravio es porque el entendimiento le abandona.

Este es un pretesto tan frívolo como supuesto.

Es el error del hombre en no consultar á su entendimiento y regirse por él.

Es que el hombre lo desprecia, que no se acuerda de él.

Que no raciocina, no medita, y se arroja frenético y desalentado hácia donde le conducen sus pasiones, como un rio que rompiendo los diques de su cauce, se precipita y estiende, destruyendo y arrollando cuanto se le pone por delante.

. . . . . .

Sofia, comprendiendo demasiado el llanto de Ludomilia, al ver que esta tenia el rostro oculto en su seno, nada le decia, esperando la continuacion de semejante escena.

La duquesa rompió el silencio al cabo.

—Cuánta repugnancia me vá á costar lo que voy á

(1) Desde luego se comprenderá que no hablamos con aquellos, con quien severa naturaleza, ha negado á sus facultades intelectuales el valor y la fuerza necesaria. Estos deben considerarse como un capricho de su sabiduria, porque es indudable que la naturaleza tiene tambien sus caprichos y rarezas. Los fenómenos deben considerarse como tal, y una persona sin el entendimiento necesario, lo es á mi entender.

revelarte, Sofia amada! Pero no hay remedio.

Hay males que se alivian depositándolos en el pecho de la persona que amamos... y de quien creemos ser amados.

Pero tú me disculparás, porque estoy convencida de la bondad de tu corazon.

En seguida la duquesa hizo la narracion de lo que le habia pasado con Leonelo, sin ocultar á Sofia la menor circunstancia.

Un nuevo silencio fué la respuesta de la marquesa de Korvei.

La lengua se anudó en su garganta.

No sabia qué responder á Ludomilia, y sus ojos, sin atreverse á alzarlos para mirarla... parecia un objeto inanimado y sin accion.

—Y eso es todo lo que me contestas? añadió la duquesa con cierto resentimiento interior. Es ese el consuelo que debia esperar de tí?

—Y qué quieres que te diga, Ludomilia?... le repuso con frialdad.

—Conque entonces de nada me ha servido la confesion que acabo de hacer y que tanta violencia me ha costado!...

En nada tienes este rubor y vergüenza que delante de tí he tenido que vencer?...

Yo, duquesa soberana de Ravensberg, ya que no me consideres una amiga afligida y consternada que ha llegado hasta tí, porque buscaba un pecho digno donde depositar el peso de este arcano... un corazon compasivo y generoso que se penetrase y condoliese de su estado.

Y creyendo hallar todo eso aquí, vé turbada su mas lisonjera y plácida esperanza, su ilusion mas halagüeña, notando que esta amiga á quien demanda indulgencia y de la que aguarda ternura, se le muestra fria, impasible... y quizá es un juez severo que la juzga con crueldad y la condena interiormente!

Dios mio! Es tal mi desventura que todos han de ser para mí tan crueles?

Aun aquellos que mas amor y deferencia me deben? No habrá uno solo que me tenga compasion?

—Y quién te ha dicho que yo no la tengo de tí?

—Sí? Me compadeces, Sofia?... Ah! Esa palabra basta para mi consuelo!...

Tu compasion sola es suficiente para calmar las angustias amargas que la memoria de mi debilidad me ocasiona.

—Y qué otra cosa pudieras esperar de mí? El silencio en que me sumergió tu relacion fué producido por la sorpresa... por el sentimiento que me ha causado.

Hay relaciones, Ludomilia, cuya gravedad y valor es harto suficiente para entorpecer y paralizar nuestra organizacion...

Hay palabras que hieren de muerte... secretos que el saberlos matan, porque es tal su poder y fuerza, que solo pueden compararse al tósigo mas activo.

Y este tósigo entrando por los oidos, llega inmediatamente al corazon, comunica su maléfica influencia á los demás órganos, y nuestro ser resentido de tan poderosa impresion, nos transforma en poco menos que un cadáver... hasta que despues la reflexion y el raciocinio, si tienen sobre nosotros su dominio pleno y absoluto, acuden á despertarnos de aquel estupor fatal y haciéndonos superiores á la fatalidad que pretendió subyugarnos un momento, levantamos la cabeza, cual el triste moribundo que, hallándose casi en la agonia, un cordial benéfico le ocasiona una reaccion saludable.

He aquí mi estado despues de haberte oido, y el que te manifiesto para tranquilizarte.

Sofia echó en seguida una mirada espresiva hácia el crucifijo de metal, volviendo á bajar sus ojos al instante.

Ludomilia no lo notó.

XII.

Continuacion del anterior.

La escusa de la marquesa no podia combinarse con mas tacto y discrecion.

La verdadera sensacion que le causaron las palabras de Ludomilia, es la que produce la confirmacion de un crímen odioso, por la boca de su mismo perpetrador.

Sofia mentia ahora por precision y conveniencia agena.

Era tan franca y sincera, que si no hubiese mediado una segunda causa, y no suya, hubiera manifestado con lisura su opinion á la gran duquesa.

Pero la marquesa de Korvei se vé ya obligada á mentir y fingir en el discurso de esta historia; lo que prueba que en los palacios hasta hay que ser falso y engañador por necesidad. De manera, que los sentimientos mas apreciables, tienen que sucumbir y someterse á las exigentes y poderosas leyes de la diplomacia.

—Me convence y complace al mismo tiempo lo que

dices, Sofia. Y ahora me resta hacerte una pregunta. Mi revelacion á tí ha sido *demasiado tarde* como me insinuaste?

La marquesa enmudeció de nuevo, mirando al crucifijo otra vez como si quisiese consultarlo.

—Vamos... habla...

—Y yo qué sé?... contestó Sofia con violencia. Eso depende de tí, amiga mia.

—De mí?

—Sí.

—Por qué causa?

—Es muy sencilla... Me has dicho acaso cuáles son tus pensamientos para lo sucesivo, en un asunto tan espinoso y delicado de manejar?

—Es verdad... repuso Ludomilia con embarazo.

—Puedo yo adivinar lo que sobre ello siente tu corazon?

Otro punto de silencio guardaron las dos.

—Qué harias tú en mi lugar? Preguntó la duquesa clavando en Sofia una mirada penetrante.

—Yo? le contestó la marquesa con una ligera y amarga sonrisa. Cómo quieres que te lo diga aquí?... Eso hubiera dependido de los accidentes pasados... ahora de las circunstancias presentes, y de las que arroje de sí el porvenir.

Nadie, á no ser el mismo interesado, debe calcular, pensar, ni determinar en esa cuestion con mas acierto. Yo en la actualidad no puedo ser mas que un simple oidor... pero sin voluntad y sin decision. Solo un sencillo parecer, una leve opinion es la que podré darte, y eso sin responsabilidad ni esposicion para en adelante.

—Conozco en tí dos cosas, marquesa.

—Cuáles?

—O mucho temor en este asunto... ó mucha indiferencia hácia mí.

—Sea lo primero, Ludomilia... sea lo primero, por favor.

Le contestó con tan hechicero gracejo, que la du-

quesa no pudo menos de sonreirse.

—No creia hallarte ahora tan cobarde, Sofia.

—Es que tampoco me he visto nunca en igual caso, Ludomilia.

—Para los casos árduos son las grandes almas.

—Y sabes tú si la mia lo es? Además que no te has esplicado lo bastante.

Solo me has pedido consuelo... ignoro de que modo puedo dártelo.

Indulgencia desde luego debiste contar con ella... Qué mas quieres de mí?

—Tu ayuda, tu cooperacion para salir del compromiso en que me ha puesto ese hombre... ese Leonelo.

—No, en el que te has puesto tú.

—Bien, sea lo que quieras.

—Lo que es... y nada mas.

—Necesito tus consejos.

—Mis consejos!... Y si fuesen errados? Sabes, Ludomilia, *que un mal consejo es frecuentemente mas fatal al que lo dá que al que lo recibe?*

—En esta ocasion no lo veo de ese modo.

—Yo sí; porque un mal es facilmente sofocado en sus principios, pero si se abandona y toma incremento y fuerza, quién carga sobre sí la responsabilidad de corregirlo?

—Sofia, «la mano del justo es tan preciosa como el bálsamo.»

—Es cierto. «Pero mejor es estar siempre sobre sí, que sufrir una vez por negligencia ó descuido.»

Estas palabras desconcertaron á la duquesa.

—Bueno: aun sometiéndome á tu opinion, añadió Ludomilia despues de un momento; ya conocerás que no me es fácil retroceder en el camino en que estoy.

Si pudiera conseguirlo lo haria á precio de toda mi sangre.

Pero bien ves, amiga querida, que la mano de la fatalidad es mas poderosa que la voluntad de los hombres.

Es cierto que yo, niña inocente y enamorada, me

rendí á los halagos y sugestiones de un amante, cuyo amor formaba entonces la delicia de mi vida, y si esta es mi culpa de entonces, culpa que basta á disminuir su gravedad la inesperiencia y los pocos años, tambien la he purgado bastante en el sacrificio que hice de este amor, á mi padre, á la razon de estado... al hombre á quien dí mi mano, y el cual se unió á mí sin amor ni deseo.

Ah! Si este hombre indiferente y apático me hubiese amado, yo me habria declarado á él, porque la confianza de su amor me hubiera tambien animado á obtener su indulgencia y su perdon...

Y llorando en su seno, arrastrándome á sus pies, no me hubiera levantado de ellos hasta que un olvido generoso por su parte hubiera cicatrizado la úlcera viva y aguda que yo tenia en mi corazon.

Entonces, orgullosa con su amor, estimulada con su generosidad, impulsada por mi agradecimiento, yo le hubiera amado... sí... hubiera llegado hasta adorarle como á un Dios de bondad y dulzura para mí; y guarecida con tan inestimable muro, hubiera desafiado á Leonelo y sus acechanzas, á la opinion de los hombres, á su mordacidad... al mundo entero que se hubiese desencadenado contra mi opinion.

Este fué mi deseo, mi anhelo, mi esperanza.

Yo aguardaba en Othon ver un ser de salvacion y ventura, pero ví un destructor cruel de esta esperanza, cuando sin antecedentes, sin motivo ostensible por mi parte, noté su desvio, esperimenté su indiferencia.

Esta ha ido creciendo en él por momentos, y en mí el temor, el disimulo y la desconfianza... afirmando un silencio que no rompí con mi desventurado padre, por no desgarrar su alma, y porque esperaba desterrarlo con mi marido... con el hombre que iba á ser compañero y árbitro de mi vida.

Ni ha sido negligencia, ni engaño ni descuido, Sofia, ha sido el rigor de la estrella que me persigue.

Ya despues, viéndome sola, abandonada... sin la mas

leve esperanza, sin una persona que supiese comprender mis sentimientos, que me consolase, ni á quien volver los ojos... mi corazon se fué insensiblemente cerrando á todo sentimiento tierno, y á los afectos dulces que yo pensaba entregarme, y que esperaba formasen la delicia de mi vida, sustituyeron el hastio, el resentimiento, y hasta la desesperacion.

En vano pretendia apartar de mi mente el pesar de no verme amada de mi marido.

En vano quise borrar este recuerdo con entregarme á la efímera satisfaccion que ocasionan la adulacion y la lisonja cortesana.

Me he visto respetada, obsequiada, rodeada de una córte pendiente del menor de mis ecos para cumplirlos, pero de qué me servia todo eso, si habia un vacio terrible en mi corazon?

Al retirarme á mi cámara, al encontrarme sola... sola!... porque me faltaba lo mas esencial á la vida, el amor, el cariño fiel y entrañable de una persona, mi espíritu caia en una mortal angustia, y empezaba á llorar de desesperacion y sentimiento.

Así es como mi infeliz suerte me ha ido poco á poco enervando el aprecio que debia á la sociedad, á quien ya considero mi enemiga mortal, porque en ella no he disfrutado desde que nací, mas que un crepúsculo, una sombra de ventura; y este favor pasagero me lo concedió, cuando la candidez é inesperiencia de mis pocos años no me dejaron ver la enormidad del porvenir que este mismo favor me preparaba!...

Cuando las delicias que me presentó no podia disfrutarlas con aquel convencimiento íntimo que el conocimiento del mundo nos proporciona, y con el cual se goza doble, tanto de los afectos sensuales, como de las imágenes hechiceras que nuestra facultad intelectual nos presenta.

En una palabra, transformaron mi ser... trastornaron mi organizacion de tal modo, que me volví recalcitrante á todo sentimiento de sensibilidad y deber, lle-

gando hasta á aborrecer á mi marido.

Aquí la marquesa hizo un ligero movimiento, fijando sus ojos en el crucifijo con mas vehemencia que antes.

—Te conmueven mis palabras, pobre Sofia, continuó Ludomilia que advirtió la sensacion de esta. No lo estraño. Tú no has esperimentado lo que yo!...

Tú no sufres como he padecido y padezco, la herida insondable de la indiferencia y los celos.

Tú estás exenta de sufrimientos acervos, que no se comprenden hasta esperimentar sus efectos...

Tú tienes libre y puro tu corazon, y puedes levantar tu erguida frente inmaculada sin temer que nadie imprima en ella el sello de la reprobacion.

Tú, en fin, puedes volver tus ojos hácia aquel Salvador enclavado, como lo acabas de hacer, sin tener ninguna culpa de que acusarte ante él, ni verte obligada á demandarle perdon y misericordia.

En medio de mis padecimientos fijé la vista en tí, y procuré ir despertando en mi corazon sentimientos no del todo estinguidos.

Pero para poder disfrutar de la estension de mi cariño, necesitaba hacerte partícipe de mis infortunios... revelarte un secreto, que antes de aparecer en mis labios hubiera preferido espirar.

Como no habia un motivo poderoso que me obligase, retardaba cuanto podia confesion tan dura y repugnante.

Apareció Leonelo y temblé.

Procuré ganar su silencio al mismo tiempo que esploraba sus intentos, y he visto en él un hombre como te lo he pintado ya.

Entonces no me quedó mas arbitrio que confiarme á tí, para que me consueles, ayudes y nos armemos contra ese hombre vengativo y atroz... porque, Sofia, tú no conoces á Leonelo.

En esta contienda que estoy decidida á emprender y á llevar á cabo con toda la constancia que la necesidad y mi posicion me dictan, no miraré nada, no guardaré

consideracion de ninguna clase, no habrá afecto, deber ni respeto que me contenga.

Todo lo arrostraré y emprenderé por conseguir mi objeto; porque ya es empeño de honor, de orgullo y resentimiento en una muger... y muger de mi clase y de mi cuna.

Soy Médicis, y no quiero desmerecer del alto concepto que disfruta mi ilustre apellido.

La duquesa calló, y Sofia se quedó mirándola con atencion.

Lo que en aquel momento sentia interiormente la marquesa, es difícil de escribir.

—Qué me dices, Sofia? le preguntó Ludomilia con altaneria. Qué deberé esperar de tí?...

—De mí?

Sofia no apartaba la vista del rostro de la duquesa, queriendo adivinar lo que pasaba entonces en su interior.

—Sí, de tí... del afecto que dices me profesas, añadió Ludomilia. Me habrás engañado tú tambien? Habla.

—Estaba reflexionando, dijo Sofia prontamente, que eres una mujer temible, Ludomilia.

—Por qué?

—Porque posees un poder secreto para dominar los corazones... y ahora estraño mas que el de Othon se haya escapado de tus lazos.

—No me nombres á ese hombre... No me lo nombres!

—Tanto le odias?

—Entre él y yo no puede haber ya avenimiento posible.

—Ya lo veo... Y Leonelo?...

—Lo detesto tambien. A Othon por su indiferencia y desprecio hácia mí... á Leonelo porque pretende someterme y esclavizarme á él, abusando del secreto que posee.

—Siendo así...

—No lo dudes... Pero te decides ó no á mi favor?

Hasta ahora no me has contestado nada.

—Te ayudaré en lo que pueda.

—Te lo agradezco.

—Pero con una condicion... Porque esta alianza las tiene tambien.

—Cuál?

—La de que no guardes ningun secreto para mí... estás? ninguno... Al mismo tiempo que no te separes en nada de mi dictámen.

—Lo haré así.

La duquesa no era sincera en esto, pues se proponia de que Sofia no tuviese otro carácter en el asunto, mas que el de una confidente á medias, porque cierta de su perspicacia, sabia que ella le proporcionaría recursos mas seguros que los demás, así estaba decidida á callarle lo que le acomodase, y revelarle lo que no pudiese ocultarle absolutamente.

Mas la marquesa, demasiado ladina y maliciosa, no cayó en el lazo; antes Ludomilia fué prendida en el que ella le preparó para lo venidero.

—Conforme con tu promesa, repuso Sofia, díme lo que quieres hacer con Leonelo... Porque presumo que á él te dirigirás primero, como fundamento y causa de todos tus males.

—Sí. Lo primero es arrancarle las prendas que tiene en su poder.

—Cuáles?

—Mis cartas y el fruto de nuestro amor.

—Por qué no dices tu hijo?

—Sé yo acaso á qué secso pertenece?

—Es posible!!

—Sí... Hasta en eso obró Leonelo con sagacidad y doblez. Cuando se me acercó el fatal momento de ser madre, los duques de Ferrara y él fueron los únicos testigos.

Un secreto misterio acompañó al nacimiento de aquel ser desgraciado...

Lo arrancaron de mi lado antes que siquiera tuviera

lugar de verlo...

Pedí informes sobre él, y un silencio eterno y profundo selló el labio de mis cómplices.

Lo único que supe fué que vivia. Cuando fuí sabedora de que existia en poder de mi hermano Lorenzo, escribí á este suplicándole que me enterase del tierno objeto que era mi solo afan, pero mi hermano, inecsorable tambien, me dió estas terribles palabras por respuesta:

«Jamás suene en tus lábios la palabra *madre* hácia el fruto desgraciado de tu criminal flaqueza. Vive... y nunca sabrás otra cosa mas de él.»

—Y amas á ese infortunado objeto?

—Que si le amo! Soy su madre y me lo preguntas?

—Un corazon árido y seco como el tuyo, qué raro es que se mostrase estraño hácia un ser que no conoce siquiera?

—Es cierto: pero la voz de la naturaleza resuena en mi pecho... Aun me acuerdo que le tuve nueve meses en mis entrañas.

—Baja la voz!...

—Ves como soy digna de compasion, Sofia?

—Lo eres...

—Ves como todos en el mundo son mis contrarios? Cómo se empeñan en agravar el influjo de mi maléfica estrella?

—Es cierto.

—Cómo tengo razon en odiar á todos... en aborrecerlos?... Y cuál será la necesidad, el ánsia, el deseo de encontrar un corazon que me ame... y á quien yo pueda amar con fraternal y sincero cariño?

—Sí! sí!

—Ah! Nunca el cielo permita que tú esperimentes en tu alma tan mortal vacío... tan amargos sinsabores!

La grandeza que me circunda; el poder la oprime!... el fausto le es insoportable!...

Verme amada sola por este esterior brillante, por este oropel supuesto y fascinador y no por el convenci-

miento íntimo del merecimiento y el mérito...

Oh!... Eso es lo mas odioso y triste que podemos sufrir!

Y sin embargo, esta inícua grandeza tan seductora como falsa, tiene sus atractivos, sus encantos... y al mismo tiempo que pervierte nuestro corazon y prostituye sus mas hermosos sentimientos, nos agrada y deleita tanto, que es como el beleño dulce que produce un narcótico, y del cual se vá á despertar en la tumba.

Yo conozco que el esplendor del sólio me mata y devora el corazon, que ha sido su mayor enemigo, y sin embargo, acostumbrada, halagada ya por él, deseo, sí, la felicidad que me falta, pero no quiero trocarla por sus favores... abandonar sus goces... y descender á la humillacion de súbdita habiendo sido soberana.

—Y sin embargo deseas ser feliz!...

—Y por qué no? Acaso porque sea duquesa soberana no puedo serlo?

—Sí... pero acuérdate que esa misma grandeza es la que ha destruido tus ilusiones mas hermosas...

Las que engendrastes en una edad de inocencia, de placer y de amor... En la primavera de tu vida...

Tiempo lleno de encantos y sueños celestiales... y que perdido una vez, no se vuelve mas á recobrar.

—Es verdad.

—Se puede ser dichoso en la opulencia, pero rara vez los estímulos del corazon están en armonia con las severas leyes de las altas clases...

La grandeza muy pocas veces se humilla á los sentimientos tiernos del amor, á sus dulzuras... y el amor sí ha sido muchas veces sacrificado por la grandeza.

Á esas leyes sociales tan despóticas y tiranas, como acatadas y veneradas por el hombre, todo sucumbe en el mundo, y el que quiera reconocerlas, someterse á ellas, ó les guarde una ciega idolatria como tú, debe desentenderse de todo afecto imperioso y desinteresado que se rija y nazca del corazon, para pensar en su ídolo...

Considera ahora cuán lejos está la felicidad de tí,

Ludomilia... Lo difícil que te será alcanzarla ya.

—Lo crees así?

—Lo opino por lo menos.

—Me haces estremecer, Sofia!

—Lo siento... mas debo decirte mi parecer... Tú podrás gozar, pero siempre... acuérdate de mi predicción... *te faltará una cosa esencial y cuyo recuerdo acibarará tus mas plácidos momentos.*

—Oh! por piedad... no me lo digas!... Tu voz resuena en mi corazon, terrible y aterradora, como la del ángel de la eternidad.

—Dejemos ya esto, y pensemos en lo que urge mas... Con que ignoras, dices, el sexo de tu hijo?

—Sí.

—Es un entorpecimiento fatal para arrancárselo á ese hombre, porque se puede proceder errado... Sin embargo, veremos. Retírate ya... porque conviene... y haz por enviarme, con cualquiera escusa, al baron de Colemberg.

Ludomilia abrazó y besó á Sofia, y en seguida desapareció por lo misma puerta donde habia venido.

La marquesa volvió á mirar el crucifijo, y cruzando sus manos, dijo con acento vehemente y doloroso:

—Perdon, Dios mio! perdon si voy á engañarla! Tú sabes que no es mia la culpa... y que debo obedecer á precepto mas superior.

En seguida llamando á Richsa se vistió.

Á poco se corria la voz en palacio, de que la marquesa de Korvei estaba tan aliviada, que habia abandonado el lecho y que aquella misma noche admitiria tertulia en su cámara.

Esta noticia fué generalmente acogida con regocijo.

Sofia, desde aquel momento, se consideró ya libre de los vínculos fraternales que la habian hasta allí unido á Ludomilia, porque ya no podia esperar de ésta mas que estremos á cual mas violentos, y de los que se proponia sacar partido á favor de la causa que ella manejaba, porque le interesaba mucho mas que la de la duquesa.

XIII.

Una conferencia.

El príncipe de Mark desde que se separó del baron de Colemberg en palacio, no fué á visitar á su sobrino Othon, como dijo. Otro era el intento que le conducia allí á aquella hora y el cual vamos á manifestar á nuestros lectores.

Siguió con la vista disimuladamente el camino que tomaba Colemberg, y ya cierto de que se marchaba de palacio, como era temprano aun, los corredores y galerias de este estaban libres de cortesanos que pudiesen verle, y solo alguno de la servidumbre ó los centinelas interiores, eran los que se encontraban al paso y esos no le infundian cuidado.

El príncipe se dirigió hácia las habitaciones de la gran duquesa.

Los ugieres le dejaron paso hasta aprocsimarse á una puerta, la cual á un toque estraño que dió en ella

cedió, sin que se advirtiese la persona que la abria, porque quedó cubierta con la mampara por la parte de adentro.

Esta era una muger como de unos veinte y dos años... de una belleza regular, y vestida de negro.

—Eres tú?... le preguntó el príncipe desde fuera, á media voz.

—Yo soy, monseñor.

—Puedo entrar.

—Estoy sola, como siempre, esperando las órdenes de V. A.

El príncipe penetró en una habitacion pequeña y sombria donde apenas se percibian los objetos.

La jóven estaba verdaderamente sola.

—Qué ha hecho esta noche pasada? la preguntó.

—Suspirar mucho, monseñor, como si algun pesar grave la ocupara.

—Y con nadie mas habló que con Mastropetro?

—Con ninguno mas.

—Y fué efectivamente la conversacion larga?

—Bastante.

—Y tú no pudiste coger ninguna palabra de ella?

—Ninguna, porque la duquesa cerró con llave la puerta interior de su antecámara, de modo que entre ella y yo mediaba una habitacion y una puerta.

—Si me engañas!...

—No os engaño, monseñor...

—Al menor indicio que tenga de tu infidelidad, perece tu padre.

—Monseñor, tened piedad de nosotros!

—Te he dicho que la tendré si me sirves bien.

—No os he dado pruebas sobradas de mi celo?... sino que cuando hay obstáculos que no se pueden vencer...

—Se procura adivinar en el rostro de las personas lo que pasa en su corazon.

—Monseñor, no tengo el conocimiento necesario para ello.

—Basta... Con que dices que parecia tener algun gran pesar?

—Sí, porque se recogió al punto que vino de hablar con Mastropetro, escribiendo antes á madama Sofia que no iba á la tertulia.

El príncipe quedó un momento pensativo.

—Y ahora donde está?

—Ha ido á ver á la marquesa de Korvei por el camino que vá desde estas habitaciones á las de la marquesa.

—Y por qué no la has seguido?

—Por dos causas poderosas. Porque ese pasadizo tiene una puerta al principio del callejon, la cual cierra la duquesa por dentro despues de entrar, porque sin duda se lo ha encargado asi madama Sofia, de modo que es imposible oir lo que hablan las dos; y segundo, porque os esperaba, monseñor, á esta hora.

—Es decir, que nada supimos anoche, y menos hoy por la mañana. Esta ignorancia me desespera y me abruma... Será necesario poner en juego otros medios mas activos: sí... es fuerza... Yo mismo veré á las dos... Adios, Inmegarda.

—Id con Dios, monseñor.

—No necesito encargarte nada.

El príncipe salió de allí poco satisfecho de los informes que acababa de recibir, y por lo tanto de un humor insoportable.

Tomó la direccion hacia la cámara de Othon.

Preguntó al primer ugier, y este le dijo que el gran duque ya hacia rato que estaba hablando con el consejero Biling.

Sin detenerse un punto se separó de allí, y tocando en otra puerta, no muy distante de las habitaciones del duque, se le presentó uno de los escuderos de este, el cual estaba tambien vestido de negro.

El escudero en el momento que vió al príncipe se inclinó con respeto, y lo hizo entrar en un cuarto pequeño, y el cual tenia una ventana que caia enfren-

te de la puerta de la cámara del gran duque, y por donde se podia ver todo el que penetrase en ella, sin ser notado.

—Qué tenemos? le preguntó el príncipe.

—Lo que habia: conferencias secretas con el consejero y el mariscal.

—Anoche, qué hizo?

—Al punto que le digeron que la duquesa estaba indispuesta, pasó á verla.

—Le seguistes?

—Sí, monseñor.

—La visita que le hizo, fué larga?

—No, muy corta.

—Y despues?

—Fué á ver á madama Sofia, con quien estuvo mas de una hora en conversacion.

—Y luego?

—Se metió en su cámara; á poco entró Biling, y este salió á las once menos cuarto de la noche.

—Y qué se dice entre la servidumbre de palacio... entre los nobles?

—Lo de siempre. Se habla con calor del misterio del castillo del Aguila negra... de la conducta que observa el gran duque, de la privanza del mariscal Otocaro... De este se dice que le vá el duque á dar un alto é importante destino en la corte.

—Sí?...

—Como lo ois... No se ha designado cual, pero se asegura como hecho ya.

—Y de la marquesa de Korvey?

—Lo mismo que antes. Esa muger dicen que está mezclada en asuntos graves y secretos... Solo que la conducta que observa la hace poseer el aprecio de todos los de palacio.

—Es verdad... por eso la temo mas que á ninguno. Es el muro sobre que se fijan y paralizan mis ideas... donde se estravian mis cálculos... No se si debo tenerla por amiga ó enemiga... Veremos.

El escudero no contestó á estas palabras.

—Redobla tu actividad y sigilo con todos... En particular no pierdas de vista á mi sobrino.

Por eso te he colocado cerca de él y hecho que te nombre uno de sus pages de honor.

Sobre todo acuérdate de que tu padre se halla á mi disposicion en una de las prisiones de mi castillo de Coimberk, y que su vida la tengo en mis manos.

—Continuamente pienso en ello, monseñor.

—Yo no exijo de tí grandes sacrificios... Que veas, escuches y me lo participes... Es decir la vida de tu padre por tu silencio y celo... Silencio con todo el mundo... celo para complacerme.

—Asi lo hago, monseñor...

En esto se habrió la puerta de la antecámara del gran duque.

—El consejero Biling se retira, monseñor, dijo el escudero.

—Ahora entraré yo; contestó el príncipe... Hasta otra vez, Ulrico.

—El cielo os guarde.

El príncipe se dirigió á ver el gran duque.

Despues de haberse hecho anunciar entró en el retrete de Othon.

Este estaba sentado junto á su bufete, ecsaminando varias comunicaciones que acababa de recibir.

—Venis muy á propósito, querido tio, con eso podremos hablar sobre las noticias que acabo de tener.

—Y qué es ello? preguntó el príncipe con indiferencia, y sorbiendo un polvo.

—La cuestion del dia... Me hablan de Lutero...

—Es estraño porque no se dice otra cosa... Es verdad que es ruidoso el negocio, pero hay otros de tanta ó mas gravedad.

—Sí, pero no nos tocan tan de cerca.

—Friolera!... la rivalidad de Francisco I con Cárlos V no nos toca de cerca?...

El cálculo y desacertada medida de Leon X en la

venta de las indulgencias? (1)

La suspicaz y doble política de Enrique VIII de Inglaterra?...

La desmedida y orgullosa ambicion de su ministro Velsey?

El arrojo y valentía de Soliman el magnífico, sentado hace poco en el trono de Constantinopla?...

Si todas estas no son circunstancias de alta influencia sobre el imperio, no se cuales podamos temer.

—La proteccion que Federico de Sajonia concede á Lutero es peor aun.

—Porque lo vemos mas inmediato. De eso puedes darle las gracias *á tu pariente el pontífice.* Federico está resentido de este con razon.

Alberto arzobispo de Magdebourg y elector de Maguncia, encargado por el papa de publicar las indulgencias en Alemania, debió escojer para Sajonia otro comisionado que no fuese el dominico Tetzel.

Es cierto que posee elocuencia popular, pero sus costumbres dicen que no son muy edificantes, y que en su mision actual ha traspasado los límites de la discrecion y la decencia...

Lutero es sajon, mereció la preferencia de Federico para dirigir la universidad de Vitemberg fundada por él mismo, y así no es estraño que el elector siga patrocinándole ahora.

—Es verdad.

—Cuando los soberanos lamentan los resultados de una medida desacertada, es porque tocando sus efectos, conocen lo árduo é imposible de corregirlos ya.

La semilla del luteranismo va cundiendo prodigiósamente.

Vuélvase la vista á Suiza y veánse los progresos que hace Zwigle, que en nada cede á Lutero en actividad

(1) El asunto que indicamos aquí es sumamente delicado para que nos metamos á hacer comentarios de él, apesar que lo hemos leido de un autor respetable, y cuya obra se ha publicado en nuestra península con bastante aceptacion.

y energia; y con mas favorables elementos, pues maniobra en un terreno mas ventajoso... en una república.

De modo que cuando Lutero y su reforma sufren un contratiempo en Colonia y Lovaina, en Zurich se eleva una nueva pirámide á su triunfo, y se estiende con rapidez por los demás cantones Helvéticos, y sin las trabas y contratiempos que sufre en Alemania...

Esta es una partida que no estaba en la cuenta de Leon ni de sus ministros.

La fundacion de la Iglesia de San Pedro en Roma principiada por Julio II, hizo á este papa prodigar las indulgencias al que contribuia con alguna cantidad para ella; Leon X ha seguido la fábrica del templo... pero se ha escedido en lo de las indulgencias...

Y al mismo tiempo que los católicos verán en Roma levantado un magnífico y suntuoso edificio, advertirán disminuido el número de sus hermanos porque desertarán de sus filas para pasar á las de la reforma.

Esto se llama no preveer los resultados... no mirar adelante... En una palabra, no saber lo que se tiene entre manos.

—Con afecto, lo considero así...

—Por consiguiente las consecuencias, de las cuales vamos todos á participar, se necesita precaverlas y prevenirse con el tiempo oportuno... Yo supongo que tú habrás pensado ya en ellas.

—Decididamente no... porque esperaba oir vuestro dictámen.

—Mi dictámen! Ya sabes, sobrino mio, que no estoy al corriente en los achaques de la política.

Esto que he espresado aquí ha sido porque lo he oido decir... por un cálculo mio aventurado... Yo no puedo hablar con certidumbre ni acierto...

Opino sí, que la Alemania va á sufrir grandes trastornos, que esta reforma religiosa va á hacer derramar sangre... que producirá una guerra civil... que el emperador en el momento que se corone en Aix-La-Chapelle, procurará con mano fuerte atajar los pasos de Lu-

tero y sus partidarios, que Francisco I, Enrique VIII y Soliman, se prevaldrán de esta circunstancia para fastidiarnos, en particular el primero por el desaire que la dieta de Francfort le ha hecho en dar la corona imperial á Cárlos... que vosotros los príncipes del imperio, os vais á romper la cabeza unos y otros, y que el emperador caerá formidable sobre el que no se adhiera á su opinion...

Y el que de vosotros tenga enemigos... y cerca... que no duerma, porque la tormenta ruge ya... los materiales para el incendio están aglomerados y la Alemania va á arder...

He dicho mas que pensaba... Conque adios, hijo mio, que ya te he molestado bastante.

—No, esperad señor. En estas circunstancias necesito oir vuestro parecer privadamente, ya que nunca asistis al consejo de que sois miembro.

—Y para qué he de violentarme?... Qué falta hago yo en él?... Para calcular sin acierto? Para divagar sin tino?

Te repito que para eso es necesario estar metido en los arcanos de la política, y yo no puedo pensar en ella. Mis achaques, mis años me lo prohiben.

—Pues ahora deseo que me deis vuestro parecer.

—Eso es otra cosa... Si tú lo exiges... Si lo mandas... Bien... pero sin responsabilidad por mi parte...

Y una vez que lo quieres, empezaré por preguntarte, cómo están tus relaciones con Ernesto de Brunswich?..

—Su conducta es oscura y enigmática.

El príncipe dejó ver en sus labios una sonrisa maliciosa.

—Ya lo creo, añadió... Ernesto tiene un sentido en Brunswich y cuatro en Ravensberg... De eso me acuerdo bien.

Y con Federico de Sajonia, cómo te hallas?

—Indiferente...

—No me complace... Y con el obispo de Munster?

—En perfecta armonia.

—Malo!

—Por qué, siendo el príncipe mas próximo á mis estados?

—Yo me entiendo. Y las arcas de tu tesoro?

—En bastante decadencia.

—Peor!... Fatal!...

—Sabeis que no me gusta agravar á mis pueblos con impuestos ni subsidios.

—Máxima necia!... Sistema inconecso con la soberanía!

El pueblo ha nacido para pagar y sufrir... cuando es preciso.

—Y cuando no haya otro remedio.

—Cuando su gefe lo necesite. Para eso la providencia los puso en distinta esfera. A uno para mandar... á los otros para obedecer.

—Pero dictar medios tiránicos... violentos é indebidos...

—Escrúpulos menguados que no te producirán de todos modos mas que un solo resultado... la desaprobacion.

Ni el pueblo sabe lo que le conviene ni agradece lo que le favorece.

Es como un niño que deseando un juguete, llora y se afana porque no se lo dan, le satisfacen aquel deseo, y pasados algunos momentos, sino destroza y destruye el objeto que ansió, al menos lo arroja y olvida en un rincon...

No te canses; *el despotismo se alimenta en la inconsecuencia de los pueblos, así como ha elevado su trono en la tolerancia en ellos.*

La voluntad del soberano debe ser esclusiva.. y su conveniencia esclusiva tambien.

—No lo creo así.

—Tú te desengañarás, cuando las ciscunstancias te lo hagan ver. Pregunta á Ernesto de Brunswich si piensa así.

—Con que vuestro deseo es...

—Ninguno... mi opinion querrás decir. Esta es, pedir á tus pueblos inmediatamente, una contribucion de sangre y dinero, y con apremios ejecutivos.

La lenidad en esos casos es fatal. En seguida guarnecer con tus tropas las fronteras de Sajonia, Hannover, Munster y hasta Osnabruk.

Confiar á un general fiel el mando universal de los ejércitos del ducado; hombre que sea activo, de valor y energia...

Comunicarle órdenes terminantes y severas, darle un poder omnímodo, estensivo y que ponga su punto de estabilidad en la frontera de Brunsvick...

Este es mi dictámen y el que propondré al consejo si me obligan á comparecer en él.

—Y qué general pensais...

—Uno que no lo es aun... pero que posee cualidades para ello, y que ensalzado á esa dignidad *dará mucho que hacer y que decir.*

El príncipe recargó estas frases, no para dar importancia á su proposicion, sino con sentido doble y siniestro.

—Y cuál es?... preguntó Othon.

—Cuando llegue el caso que adoptes mi parecer, y prometas adherirte á él... con acuerdo del consejo, entonces lo nombraré.

Antes no quiero, porque si se sabe mi proposicion y no es admitida, á él lo espongo á ser la irrision de la corte... y de mí se burlarán tambien. Debe ser un golpe de estado.

—Eso no... Basta que sea de vuestra aprobacion para que yo lo admita.

—Bien... Bien!... Ya he dicho que en llegando el caso... Todavia ha de haber dificultades por tu parte... Yo conozco tu carácter...

Es bondadoso con esceso, y ese amor que tienes á tus vasallos, degenera las mas veces en apático abandono.... *El que bien te quiera te hará llorar*... y eso debe

hacerse con el pueblo...» Demostrarle mucho amor, haciéndole derramar muchas lágrimas.» (1)

A lo menos todas las medidas que se dictan son en pró de él aun cuando aparezcan injustas y severas...

Siempre hé oido decir lo mismo al que nos gobierna... Yo como no he mandado nunca, no sé si es cierto... pero cuando tantos lo propalan...

—Mienten en la mitad ó mas.. Estoy conforme en todo lo que me aconsejais, menos en la contribucion que indicais.

—Bien... no lo hagas... Seguro está que yo te ostigue... Gobierna á tu modo y no preguntes á nadie.

Deja en descubierto la frontera de Brunswich, y que Ernesto al menor pretesto te invada el principado de Hesse-Delmot, que es su objeto privilegiado hace tiempo...

Que los reformistas de Sajonia, pasen por los ocultos desfiladeros del Harz y que introduzcan en tu reino la semilla mortífera que están derramando en Alemania... y que el obispo de Munster te pida cuenta de ese descuido y te dé que hacer tambien...

Eso sin contar con otro enemigo interior, y no poco poderoso, que podrá darte que sentir por esa generosa indecision.

—Cual?

—Los conservadores... Ese partido furibundo y entusiasta... que proteje en la apariencia Ernesto de Hannover, que sostiene y anima el mariscal Otocaro... y yo halago porque le temo por tí.

Crees tú que yo amo á los conservadores? Que tú debes quererlos tampoco?

Qué proclaman ellos? Restablecer en su fuerza los derechos del pueblo, abatir la nobleza, y cuando no estinguirla, humillar sus fueros.

Y yo, uno de los primeros nobles, puedo querer eso.

---

(1) El sofisma no puede ser mas cierto.

A tí, gefe de esa misma nobleza, debe serte honroso tampoco?...

Ningun soberano puede nunca armar un partido político que propenda á mirar por las prerrogativas del pueblo, porque entre el pueblo y la aristocracia ecsiste una balanza que jamás estará en el fiel...

Siempre han de procurar unos ú otros tenerla inclinada... y la victoria será del que posea mas recursos; ó mejor dicho, del que sepa aprovecharse mejor de ellos y de las circunstancias.

—Y creeis que los conservadores puedan?...

—Armarse contra tí? Al menor motivo, y á la mas leve ocurrencia que les haga creer que los ultrajas... que las inmunidades del pueblo sufren algun perjuicio... Es necesario lisongearlos, y no perderlos de vista.

Que el trono, crean está unido á ellos, y tenerlos á raya á la distancia competente para que no se acerque á él.

Consentirlos y engañarlos al mismo tiempo, como yo hago... que estoy entre ellos para observarlos solamente y estar en guardia... así como ellos han colocado cerca de tí, para que te siga todos los pasos, á uno de sus gefes principales... á uno de sus caudillos mas ciegos y decididos.

—Quién es?

—No lo adivinas? El mariscal Otocaro.

—Oh! no penseis así del mariscal!...

—Bueno! bien! Mira que yo no tengo idea ni pretensiones de ninguna clase... Que yo á nada aspiro... á nada... Que no quiero mezclarme en ningun asunto...

Pero me has preguntado, me has obligado á que hable... y mi deber como tio y noble, es darte mi pobre opinion...

Por lo demás tú tomarás en cuenta ó no mis palabras... porque á mí quién me manda empeñarme en que tú me creas?... Nadie...

Yo no lo quiero tampoco aunque sentiré que mis temores se realicen...

Me será doloroso verte ostigado, estrechado, abrumado cuando no tengas remedio... ó te cueste mucho mas poder volver por tu trono y tus derechos...

Porque no seas el juguete de tus enemigos y hagas un papel triste á los ojos de los demás príncipes de la confederacion...

Yo me retiro á mi palacio, ahora á temer... y luego á uno de mis castillo á sentir... Adios, sobrino mio.

—Con que os vais ya?

—Si... Tu piensa... piensa entre tanto lo que mas te convenga...

No hay mucho lugar... pero... quien sabe... puede que encuentres algun arbitrio... Cuando menos se piensa!...

No olvides sin embargo que debes partir á Aix-La-Chapelle á asistir á la coronacion del emperador, y que entretanto faltarás del gran ducado... Ea, adios... adios, querido sobrino.

—Volved esta noche...

—Veremos... no respondo... no te lo doy de cierto... Si acaso mañana... ó sino pasado... ello será... adios, adios...

Y salió á pasos precipitados de la habitacion.

Othon quedó con las palabras del príncipe, sin saber que partido adoptar.

Las observaciones que el astuto ex-fraile acababa de hacerle, eran ciertas y razonables.

El estado de su erario estaba en decadencia, los enemigos esteriores deseando romper y sus recursos pecuniarios escasos en demasia.

De repente se le presentó á su imaginacion un cuadro harto desagradable.

Efectivamente, el mucho amor á sus súbditos le habia hecho descuidarse hasta tal punto, y ahora necesitaba dar un paso aventurado é inesperado para sus vasallos, y el cual iban á estrañar sobremanera.

Pero no habia remedio; la seguridad y el bien del estado lo exigian, y era preciso arrostrarlo todo.

Otro motivo poderoso, además de su obligacion de

duque soberano, le obligaba á velar y conservar sus estados con la paz inalterable que hasta allí.

Este motivo que solo tres personas sabian, y desconocia toda la corte, lo afligia y ocupaba tanto ó mas que la situacion embarazosa en que se hallaba.

Asi mandó llamar con premura al consegero Biling, sugeto que como digimos, tanto por ayo suyo, como por sus cualidades interesantes, poseia su total y entera confianza.

XIII.

Dos hermanos.

Ya se ha dicho que la marquesa de Korvei abandonó el lecho, á poco de haberse retirado de ella la gran duquesa.

Aun no habia acabado de vestirse y se presentó Margarita con la targeta de Pedro.

Que entre al punto... dijo Sofia, y vosotras ya sabeis lo que os tengo encargado.

Pedro fué introducido en la cámara, y Richsa y Margarita se retiraron, cerrando las puertas.

Entretanto que Sofia cerraba tambien las interiores de la cámara, Pedro arrojó la capa y el sombrero sobre un escaño.

En seguida tomando un taburete, se sentó enfrente de la marquesa.

—Me has tenido con mucho cuidado desde anoche

acá, Sofia... Y este se aumentó esta mañana temprano cuando esa muchacha me anunció que te hallabas enferma.

—Ya te he dicho, que cuando estemos solos me llames por mi verdadero nombre.

—Perdóname... pero tengo tan poca confianza en las paredes de los palacios! Sospecho que hasta estos tapices oyen...

No, no: nada perdemos en seguir guardando un incógnito, que ya pronto debe desaparecer... Los quince años de plazo están para espirar...

Sí... sí... sigamos llamándonos, tú Sofia y yo Pedro... nada aventuramos así, ni perdemos tampoco.

—Es verdad... pero me es tan dulce pronunciar los nombres de nuestra infancia.

—Aquello desapareció, y en su lugar ha quedado un presente sombrío y fatal!... Ojalá el porvenir se manifieste mas risueño!...

Esos momentos de gratos recuerdos, de satisfaccion filial que tanto te complacen, déjalos para el castillo del Aguila Negra...

Allí al traves de la puerta que yo guardo, y en la que penetraran solo por encima de mi cadáver aquellos que no deban hacerlo, habitan la pureza, la sinceridad y la verdad.

Allí, Sofia, es donde puedes entregarte con libertad y sin temores, á las sensaciones plácidas y dulces que esperimenta tu alma á la vista de los únicos objetos que ya existen para tí en el mundo.

—Los únicos!! esclamó la duquesa enternecida.

—Sí, los únicos, los solos, y los que debes procurar conservar porque los demás han desaparecido.

—Y qué. Será posible que no vivan?...

—Sí, porque cuando la ira del destino persigue á un mortal desgraciado, es inecsorable, y no cesa hasta abrirle la sepultura y lanzarlo en ella.

—Ah!!...

—Sin esta mision que yo tengo en el castillo... deber sagrado y que no puede confiarse á nadie mas que á

mí, yo hubiera recorrido la Alemania, la Francia, la Suiza... la Italia... los mas remotos climas... el mundo entero por buscarlos. Y quizá mis esfuersos hubieran recibido su galardon.

Sí, porque el santo afan que animara mis pasos, no podia menos de ser patrocinado por ese Ser de misericordia!...

El me hubiera guiado... conducido en tan incierta jornada, y al fin coronado mi obra... porque este tambien hubiera sido mi talisman... Talisman que sabes tú no puede engañarnos nunca.

Pedro, á estas últimas palabras, sacó de bajo de su almilla una cruz de oro que llevaba al cuello, con un cordon de pelo.

—Ah, madre querida!!

Prorrumpió Sofia anegada en llanto y mostrando una cruz igual, pendiente de otro cordon de pelo, y besándola con entusiasmo.

—Hé aquí sus cabellos!... Mirálos, Pedro!... Cabellos queridos que beso y adoro con veneracion!

Pedro imitó la accion, arrojándose en seguida en brazos de la marquesa.

Esta lo estrechó con ternura, y los dos permanecieron abrazados unos momentos mezclando sus zollozos y sus lágrimas.

—Asi, hermano mio, asi!... añadió Sofia... con espresion...

—Calla!... Calla!...

Dijo temeroso el ugier, cogiendo la cabeza de la marquesa, y queriendo con ahinco ocultarla en su seno como para ahogar sus palabras...

—Calla, por Dios!... Esos acentos podrian ser muy perjudiciales para todos!... Calla, Sofia, calla!

Pedro volvia el rostro como temeroso de que pudiese alguno oir sus frases...

—Si era posible! continuaba Sofia sin hacer caso de lo que decia su hermano. Ves como no podiamos separarnos con esa fria indiferencia que los hombres nos

obligan á guardar delante de ellos?

—Sí... sí... pero calla... cállate ya!... Todo nos obliga á terminar esta escena...

Tú, apesar de decir lo contrario, conozco que estás enferma... que padeces, y estos afectos violentos y tristes no pueden serte nada útiles...

Por lo demás, te repito que poco nos queda que sufrir ya así.

Bien en la corte de Ravensberg, ó en un oscuro y humilde rincon del universo, podré llamarte lo que para mí eres... y si ahora eres marquesa obsequiada y adulada, entonces vivirás para mi amor y yo para ser un esclavo tuyo.

Trabajaré para tí, y la fraternal y dulce union de dos almas, que se han querido tanto desde la infancia, porque habitaron el seno de una misma madre, mamaron su leche, y se nutrieron de sus puros sentimientos, valen mas que las seducciones y comodidades de una corte.

Sí, Sofia; pronto podremos amarnos sin embarazo, y sin tener que ocultar este cariño á los ojos de nadie.

—Te engañas, Pedro... Dios sabe cuando tendrán término nuestras penas...

—Por qué? Acaso el tiempo prefijado por Othon...

—Se aproxima... pero no se podrá cumplir su deseo, ni el nuestro tampoco.

—Esplícate...

—Ocurren para ello nuevas circunstancia, mas graves y poderosas que la primera.

—Cuales?

—El saberlas es lo que ha conturbado mi espíritu, debilitado mi ánimo... y causado esta indisposicion física... que, plegue al cielo no vaya en aumento.

—Sofia!... Y en efecto, tu bello semblante está mortal. Habla... Habla, por Dios...

No sabes la energia y el valor que me acompaña? Cuánto es el cariño que os tengo... y á tí en particular? Lo que soy capaz de hacer?... Hasta donde me arrojaria por vosotros?

—Ay! no me lo recuerdes... Esa audacia te perderia... y á mí tu perdicion me encerraria en la tumba. No es arrojo lo que mas se necesita aquí, Pedro; es... Espera...

La marquesa se levantó prontamente. Examinó las puertas, tocó todos los tapices de la habitacion, y cierta de que ninguno podria estar escuchando, volvió á ocupar su asiento.

—Toda precaucion es poca, comparada con la importancia de lo que voy á decirte... Escucha... El ostáculo grande, terrible... y que se necesita superar con todas nuestras fuerzas, es la gran duquesa.

—Eso ya lo temia yo... pero cederá...

—Oh! es que no creas que su oposicion tiene un carácter sencillo y natural... es de mas valor que imaginas.

—Sí?...

—Lo que oyes... La duquesa aborrece irreconciliablemente á Othon.

—Tambien lo sospechaba.

—Pero tú sabes la estension de este odio? su procedencia?

—Atentará á su vida!!

—Oh! no lo pronuncies siquiera! Mi corazon desfallece al recordarlo!... Mi cabeza se estravia y creo que me vuelvo loca...

La vida de Othon!... Sabes tú, Pedro, lo que vale para nosotros la vida de ese hombre?

De ese hombre, causa de todas nuestras desventuras? Instrumento de nuestros infortunios y padecimientos?

Pedro se puso mortalmente pálido á este recuerdo de su hermana.

—Y sin embargo, nosotros que debiamos ser sus mayores enemigos, los que deseáramos su esterminio, los que procurásemos inmolarlo á nuestro justo resentimiento, somos los primeros guardianes de su vida, los que anhelamos mas conservarla...

Los que no omitiremos medio ni sacrificios para su defensa...

Los que debemos esponer hasta las nuestras por la suya...

Y esta contradiccion, esta anomalía maravillosa é incomprensible, está consignada en sucesos infaustos para nosotros.

Es verdad, Pedro? No es cierto que tú tiemblas y te estremeces como yo, al recordar siquiera que Othon pueda perecer?

—Oh! sí! sí!

—Pues hé aquí mis temores con las ocurrencias que he sabido, ratificadas con el secreto que me ha revelado la misma Ludomilia.

Sin su confianza, sin su intimidad, yo hubiera ignorado todo esto...

Ah! bendigo mi disimulo y reserva!...

Bendigo al cielo que me dictó amar á esa muger, cuando tenia tantos motivos de aborrecerla!...

Y esto prueba que la omnipotencia de Dios es sabia... sus arcanos infinitos... su misericordia inagotable!

Y creen los hombres que las causas, los accidentes y los efectos se sujetan á su mísera y pobre determinacion!

Al curso ordinario de los acontecimientos!...

Que no hay una mano poderosa é invisible que nos guia y conduce!...

Necios! Quién, sino ese poder inescrustable, me animó á querer á esa muger, enemiga de nuestra ventura?

A la que debí odiar por convencimiento, para que ella fiando en este amor me hiciese depositaria de un secreto, grande, peligroso y mortal, que tanto influye en él... y me abriese su alma tan completamente? En una palabra, que me revelase una flaqueza tan criminal como vergonzosa?... Que me confesase ruborizada y cubierta de vergüenza que engañó á su esposo antes de casarse... porque ya era madre.

—Madre!! esclamó Pedro con una admiracion estra-

ordinaria... Repítelo, Sofia... Madre has dicho!... La gran duquesa!

—Si, madre, Pedro; madre por un crímen... por una seduccion! Pero esta seduccion no estaba apoyada en el engaño, el disimulo y el error... Este crímen fué perpetrado con persuacion y sin dolo... Cediendo á los impulsos de una pasion, no á sugestiones falsas y palabras falaces?... No huvo violencia en el ánimo ni en la voluntad. Es un delito atroz, porque la voluntad de Ludomilia no era libre. Estaba sujeta á su clase, á su distincion... A esa poderosa razon de estado á quien tenia que someterse al fin... y ser por lo tanto falsa, perjura y engañadora.

—Es verdad.

—Este simil no debe en parte sernos tan repugnante, Pedro, porque se prueba harto mas la justicia y razon de nuestra causa... Justicia cuyo recuerdo nos mata. Razon cuya memoria nos abruma sin cesar...

Pero aun cuando la providencia haya combinado las causas así para animarnos y consolarnos, aunque tú creas que esto puede reportarnos alguna ventaja, debo decirte que es un error tan inocente como amargo.

La gran duquesa es una muger que, á par de su honor, ha ido perdiendo aquellos afectos sensitivos y puros que nacen del corazon. Es una muger que ya no puede amar, porque su alma está mas avesada al odio que á la fraternidad... se halla mas empedernida que tierna...

Si acaso, todo lo mas que hará ya esta muger verdaderamente infeliz, es dar impulso y satisfacer esos placeres sensuales que no nacen del corazon, sino de un estímulo harto comun, y que despues todo el recuerdo que dejan es una memoria triste, y á veces el astío y el arrepentimiento.

—Me admira lo que me dices, Sofia.

—Pedro, mis años no son muchos, pero mi esperiencia es dilatada, y la corte ha contribuido á darme una educacion, cual sabes que no hemos podido obtener. Y no es lo peor que la gran duquesa mire sus obligaciones conyu-

gales como una carga pesada é insoportable, que odie á su marido, que aborrezca á todos, que se odie á si misma por la falta que ha cometido, sino que su cómplice, su testigo irrefragable, y quizá, su acusador, ha venido desde Ferrara, y se encuentra hoy en el palacio de Ravensberg.

—Es posible!

—Sí, se le ha presentado delante, fiero, amenazante, audaz é impávido. Este hombre arrojado lo conocen solo por el seudónimo que ha escogido... Tú también lo has visto y sabes quien es... Se llama en Ravensberg, Mastropetro.

—Cómo! un escudero!

—No es un escudero, no, no es un hombre de la clase media ni la baja tampoco... Es un caballero de la primera nobleza de Ferrara. Aun si su procedencia fuera humilde y sus ideas menos elevadas; si la sangre que le alienta no diese impulso y vigor á su resentimiento, Ludomilia hubiera podido seducirlo, ganarlo, convencerlo... y quizá comprarlo... Pero ha resistido á todo... A dádivas, amenazas, promesas y súplicas. Nada ha bastado á disuadirlo de su propósito... Le ha presentado á Ludomilia dos caminos... pero fatales, terribles!... cubiertos de abrojos y precipicios!... Dos sendas de un término horrible. O su venganza, ó corresponder á su antiguo amor.

—Sofia!

—Lo que oyes. Calcula si en esta alternativa, amenazada, estrechada, oprimida, obligada Ludomilia, qué partido podrá abrazar... Amenazada, se acuerda que es duquesa soberana... Obligada tiene presente que es muger y poderosa... Sin embargo, sola con él en su cámara, hasta se ha humillado á la súplica... Ha puesto en juego los grandes resortes que una muger de su clase posee... todo en valde. Mastropetro, cuyo nombre verdadero es Leonelo conde de Polesino, ha contestado como conde, como Leonelo y como amante.

—Ha hecho bien.

—Sí... era su deber... Pero tú no calculas las consecuencias de esta entrevista? No prevees los resulta-

dos de la lucha que se va á emprender entre estos dos poderes?...

—No... pero...

—Pedro... Con qué ojos ves esta grave cuestion?... Olvidas lo que te he dicho ya de la gran duquesa... Que esa muger no tiene ya corazon, y por consiguiente no puede haber ya en ella ningun sentimiento de ternura ni sensibilidad? Que odia á su marido?... Que este está colocado entre ella y Leonelo, y al lado de Oton el destino de...

—Calla... Calla, Sofiia. Ah! ya lo comprendo todo...

—No, todo no... porque ignoras una circustancia esencial. Ludomilia me ha confiado su secreto, me ha pedido mi cooperacion contra Leonelo, y yo... yo se la he prometido.

—Qué has hecho?

—Lo que debia... lo único que me restaba. Mostrarme indiferente en asunto tan importante, hubiera sido hacerle dudar de mi cariño. Afecto que sino lo posee ya... no puede convenirme que crea se ha estinguido en mí... Negarme, hubiera sido despertar sus sospechas y hacerla mi enemiga mas terrible... Enemiga con quien no tenia armas para luchar, para sostener la contienda, y en la que indudablemente seria yo vencida.

—Pero tenias el amor, el poder de Othon... y revelándole el tráfico de su esposa con Leonelo, su anterior falta...

—No lo pronuncies siquiera. Los resultados serian fatales para mi honor... y tal vez funestos al mismo Othon. Entonces ella se uniria quizás á Leonelo contra su marido, sino por amor, por venganza hácia nosotros dos, y este que ve en Othon hasta ahora un rival inocente, preferido solamente, y á quien no culpa de nada, entonces tal vez lo miraria con prevencion é ideas siniestras.

Leonelo es un estrangero, un alto dignatario de la primera nobleza de Ferrara, deudo de sus soberanos, la causa que defiende es justa para él, y despues del escán-

dalo, la justicia de Othon seria inútil, pero no las acechanzas de Ludomilia y Leonelo contra Othon y contra mí. Seriamos los cuatro la fábula, el escarnio de Ravensberg y aun de la Alemania entera. A mí se me miraria como á una delatora infame. A Ludomilia como una princesa impura. A Othon como un esposo cubierto del ridículo mas denigrante y á Leonelo como un amante necio y vengativo, no como un hombre resentido de que hayan destruido su fé y sus crencias amorosas.

—Me confundes!... No puedo comprender el desenlace que tú preparas á esto.

—Yo misma lo ignoro, pero mi intencion está formada. Reasumido todo á un objeto, á un fin, si lo consigo afianzo mi victoria. Estos son, envolver á Ludomilia tan completamente en sus lazos, que cuando pretenda desasirse de ellos, ya no le sea posible.

—Y cómo es fácil conseguirlo?

—Trabajando á su favor.

—No lo entiendo.

—Mas tarde lo comprenderás. La astucia, el secreto y la perspicacia son los tres agentes principales que voy á ocupar... En la corte hay recursos inmensos para realizar un plan de esta naturaleza... La habilidad y el acierto está en combinar bien estos recursos... en saber aplicarlos á tiempo... y eso es en lo que yo fundo mi esperanza.

—Cuánto siento no estar á tu lado.

—No me eres tan útil aquí, como fuera... El tema constante de Ludomilia contra Othon, es el misterio que encierra el Castillo del Aguila Negra, y aunque mis trabajos diplomáticos se basan en pro y conservacion de ese arcano, él mismo ha de servir á mi intento... Es decir, que de todo espero sacar partido... Te tengo á tí, con el valor, la prudencia y el interés necesario por mi triunfo... ó mejor dicho, el nuestro, y me basta.

—Ya deseo que me ordenes algo.

—Escucha con atencion.

Pedro se puso á mirar á Sofia sin pestañear siquiera.

—Tú conoces sobradamente á Leonelo.

—Demasiado.

—Pues bien. Él ha dicho á la duquesa que el niño, ó niña, pues su madre ignora su sexo por motivos que te contaré, está aquí.

—En Ravensberg?

—Sí... Es indudable que lo tiene depositado con secreto en alguna parte... y que él lo vé, sino todos los dias, no muy tarde tampoco... Ese sitio es el que es necesario descubrir, y ese es el primer encargo que te doy.

—Arduo es en verdad.

—Yo no pretendo que precisamente llegues hasta donde esté su hijo, sino que sigas sus pasos, y siempre con diferente disfraz, hasta qua des con la guarida.

—Lo haré así...

—Él no se mueve de palacio por lo regular de dia... De noche es cuando creo que sale... y entonces irá á visitarlo.

—Le seguiré de dia y de noche.

—Para que puedas hacerlo sin que noten tu falta en el castillo del Aguila Negra, por lo menos Othon, que es el que va á él diariamente, yo hablaré hoy al duque. Le diré que la duquesa está recelosa de sus paseos á la fortaleza, que se propone espiarlo y sorprenderlo dentro, y haste hacer un exámen de ella, y que este escándalo debe evitarse por las consecuencias. Que eso se palia, y aun se desvanece en cierto modo, privándose él de ir allá por algunos dias... y para que pueda estar tranquilo en su ausencia... que nombre al mariscal Otocaro, gobernador del Castillo del Aguila Negra, con órdones secretas y terminantes, para que bajo su responsabilidad no deje penetrar á nadie en la fortaleza, y en particular desde la antesala negra hasta las habitaciones cuya puerta es la del águila... encargándole especialmente al mariscal no moverse del castillo. Othon es dócil á mis consejos y te aseguro que hoy mismo quedará efectuado.

—Bien.

—Tú podrás entrar y salir en el castillo cuando te acomode, pues serás esceptuado de la prohibicion indicada... y yo haré en él tambien mis visitas nocturnas como hasta aquí con asombro del mariscal, que verá todas las noches á deshoras entrar y salir en la fortaleza una dama velada, sin saber quien es.

—Sea así.

—A propósito del mariscal... Sabes que entre Othon y yo, no hemos podido sacarle nada del interés que mostró en la conversacion que tuvo contigo, la tarde que llegó con el duque hasta la puerta del águila?

—El mariscal es una persona muy apreciable, solo que tiene penas crueles que corroen su corazon...

Sofia refirió á Pedro el suceso de la aldeanita de la selva de Roden, que Othon le habia contado á la marquesa.

—Ya ves, continuó esta; que el mariscal no engendraria un cariño tan pronto por una niña desconocida, si alguna circunstancia no le recordase, así como tu fingido nombre de Pedro, algo que alarmase su sensibilidad. En fin, veremos si se descubre mas con el tiempo.

—Lo dudo... porque el mariscal es muy reservado.

El ruido de una campanilla los interrumpió.

—Es Richsa, dijo Sofia. Me avisa que alguno quiere verme... Vete ya, y vuelve cerca del anochecer, te informaré si Leonelo ha salido de palacio ó no.

—Oh, yo lo sabré antes que tú... descuida.

—Adios, hermano mio, añadió la marquesa en voz baja y abrazándolo... Ventura y acierto te dé el cielo.

—Y á tí la felicidad que mereces, Sofia amada.

Pedro dió un beso á su hermana en la frente, y tomando la capa y el sombrero se embozó hasta los ojos.

Sofia abrió las dos puertas interiores, y sonando la campanilla de su bufete se presentó Richsa.

—Quién es, le preguntó.

—El señor baron de Colemberg.

—Que entre: adios, Pedro, continuó Sofia en voz

alta, y que el baron oyó perfectamente desde la puerta al entrar... Agradezco tu celo, amigo mio... Ya ves que mi enfermedad ha sido pasagera... Dílo á tus compañeros del castillo, y que nunca olvidaré las muestras de atencion que acaban de darme.

Pedro se inclinó y salió al tiempo que el baron estaba dentro de la cámara ya.

XIV.

Atractivo y astucia.

Lo que es el reconocimiento, prosiguió la marquesa. Ese pobre mozo no puede borrar de su corazon la gratitud que siente por haberlo yo colocado en el Castillo del Aguila Negra. Es agradecido, y me complace tanto que le he dado una tarjeta con unas iniciales, para que le sirva de contraseña y entre á verme en las horas permitidas, sin oposicion ni embarazo.

—Con efecto... contestó el baron frunciendo el ceño y mirando con aire de importancia hácia la puerta por donde salió Pedro. La otra noche dejó caer la tarjeta mencionada en esa antesala... y por cierto que estuvo descortés é insolente en demasia, cuando volvió á reclamarla á vuestro page Guarco.

—No es estraño... Es demasiado natural y franco, desconoce los usos de la corte... y es fácil que incurra en algun error...

Pero dejando esto ya, pues ninguna importancia debe dársele á tal ocurrencia, decidme, amable Colemberg, á qué feliz casualidad debo la ventura de verme tan favorecida en este momento?

—Favor, señera? Es deber, obligacion... Es un homenage debido á la gracia, la belleza y el respeto.

—Lisonjero venís en demasia.

—Justiciero, direis mejor.

—Gracias; baron.

—Lo mereceis, marquesa.

—Ya veo que en vos compiten lo cortés y lo galan...

—Por lo menos me precio de conocedor y admirador del verdadero mérito... y lo que es ahora no me equivoco.

—Gracias otra vez .. contestó Sofia con una sonrisa fascinadora.

—Basta veros, para adoraros, marquesa, para ansiar permanecer eternamente á vuestro lado... pero en escuchándoos se cree uno trasportado á la mansion de una hada hermosa... de una hechicera divina, que nos trastorna y adormece con encantos celestiales... Pero al través de tan plácido y dulce gozar, se descubre en vos esa apática y fria indiferencia con que recibís las muestras de amor de vuestros ciegos admiradores... Porque efectivamente, no se comprende, no se concibe como una jóven bella y llena de atractivos, en la edad de las impresiones, pueda manifestarse como vos tan libre y exenta de todo sentimiento amoroso.

—Verdaderamente que soy un fenómeno, Colemberg. No es eso lo que quereis decir?

—Si tal. Pero un fenómeno bello... lleno de hermosura y dones que harian enloquecer al mas apático y helado de nuestros cortesanos... Jamás habeis amado, marquesa?

—Munca.

—Dichoso é infeliz corazon...

—Infeliz y dichoso!... no os comprendo... En qué se funda esa contradiccion? Esplicadmela por vuestra vida.

—Dichoso, porque no ha conocido dueño aun y es libre... Infeliz, porque no ha esperimentado las gratas sensaciones del amor.

—Discreto sois á fé.

—Pero... muy desgraciado, Sofia...

—De veras? Ja! ja! ja!... prorrumpió en una ruidosa carcajada.

—Os reís de mi infelicidad? Sois bien cruel.

—Al contrario... No tengo mal corazon... Lo que me hace reir es el modo que teneis de espresarlo.

—Tan estraño es?

—A lo menos intempestivo.

—No lo veo así...

—Cada uno tiene su modo de mirar.

—Es indudable.

—Vos con los ojos de... de qué diremos, baron?

—Con los del amor...

—Perfectamente. Y yo...

—Con los del desden y la indiferencia mas despiadada...

—Estais equivocado... Ignorais que me precio de compasiva y sensible?...

—De veras... de veras, marquesa?

—Sí, con los pobres... Con los necesitados...

—Sofia!

—Y como vos no sois lo uno, ni estais lo otro, os miro, aunque creais lo contrario... como... como...

—Como qué?...

—Como á un buen amigo...

—Os burlais además?...

—Dios me libre de hacerlo.

—Pues si ahora no os mofais de mí, no creo... que...

—Estais en un error... Pero ya es tiempo que hablemos con formalidad... si es que os place.

—A mí?... todo lo que sea de vuestro gusto.

—Sois caballero... y esa cualidad la aprecio mucho en vos... Yo no soy capaz de burlarme de nadie... y de vos mucho menos, sugeto que distingo y aprecio sobre

los demás. No amo á nadie por dos cosas... Porque dudo encontrar un hombre que me quiera como yo pueda querer... y porque en la corte de Ravensberg, amigo mio, hay muy pocos modelos puros que copiar en este punto.

—Y qué, se necesita para amar, imitar á nadie?

—No, pero cuando se junta á la poca inclinacion, menos estímulos, no es muy fácil caer en la tentacion.

—Sin embargo, no faltan modelos... y de alguna consideracion.

—Si? pues no lo he visto en verdad.

—Y de un amor tan grande y elevado... que casi toca en imposible la correspondencia.

—Baron! Mirad que me meteis en cuidado! Amor de imposible correspondencia!... Y en el palacio de Ravensberg.... Acaso el que lo abriga se dirige á algun objeto de singular valor?

—Sí...

—Es hombre ó muger?

—Hombre.

—Ah! conque el que ama es hombre y la muger es el objeto imposible!... Y qué clase ocupa ella?

—La mas alta.

—Hola! con que es la gran duquesa?

—Qué! no...

—Y el condolido doncel?...

—Es un secreto... personal...

—Bien... lo respeto... pero que no se queje si yo lo adivino algun dia...

—Entonces, claro es que no deberá fundar agravio.

—Y vos lo sabeis!... Qué casualidad!... No os estrecho á una revelacion, porque entre caballeros hay secretos sagrados... Pero no podré menos de deciros, que ese amante ó es muy tímido, ó muy tonto... ó que no conoce como debe á las mugeres.

—Es indudable que teneis razon.

—Verdaderamente que no sé en que se piensa en esta corte.

—En murmurar de todos.

—Soberbio y útil entretenimiento! Pasatiempo que producirá resultados felices para los que se ejerciten en él.

—Es verdad, pero considerad, bella marquesa, que no falta razon para ello.

—Por qué?

—Vos misma os convencereis ahora.

Sofia habia traido la conversacion al punto que deseaba. Queria esplorar al baron, para ver lo que debia temerse de él.

—Ya os escucho.

—Sin que esto pase por crítica ni murmuracion, añadió el baron, y solamente por una referencia sencilla de las observaciones hechas por mi y otros, empezaremos por los que mejor ejemplo debian dar de aprecio mutuo, tanto por obligacion como por deber.

—Ya sé donde os dirigís y os ahorraré el trabajo de la esplicacion, concediéndoos antes que teneis razon sobradísima. Los primeros que debian presentar la pauta mas recomendable de cariño y union eran Othon y Ludomilia.

—Cabal... me habeis comprendido.

—Respetando nosotros las causas secretas que pueda haber para esa indiferencia tan marcada, y sin profundizarlas, porque no es nuestra obligacion, nos concretaremos únicamente á lo que en la actualidad vemos. Yo amo á los dos... y no puedo menos de lamentar la conducta que observan.

—Y que tanto da que decir.

—En particular ese misterio del Castillo del Aguila Negra... Misterio que me tiene hasta resentida, Colemberg. Secreto que me ha ocupado horas enteras de reflexion, sin poder no solo adivinarlo, pero ni alcanzar la mas pequeña luz sobre él...

—Veo que en todo caminamos íntimamente unidos, marquesa... menos en una cosa...

—En todo, Colemberg, en todo: le contestó Sofia con una mirada picarezca y seductora.

—Oh! no... Me lisonjeais... y perdonad si os digo

que me engañais tambien... No amais á nadie... y por lo tanto nuestras ideas no son enteramente iguales.

—Mucho decir es!...

—Señora, lo que he oido no admite interpretacion... aunque esté basado en un error inocente por vuestra parte.

—Lugar queda de desvanecerlo... volvamos á la conversacion anterior. Quereis?

—No os he dicho que todo lo que os plazca me agrada á mí?

—Gracias por la galanteria.

—Repito que no lo és.

—Cuál es vuestra opinion con respecto á lo que ocupa á toda la corte? A esas visitas del gran duque al Castillo del Aguila.

—Divago sobre ello, Sofia... No puedo menos de confesarlo. Unas veces creo que serán negocios de alta política los que llevan á Othon á él... y otras, inteligencias amorosas...

—Puede ser.

—Pero vos, cuya perspicacia y talento son tan apreciados en la corte, la verdad, marquesa, no habeis penetrado nada?...

—Nada...

—Y qué conjeturais?...

—Que son asuntos diplomáticos y no amorosos los quo conducen allí al gran duque.

—Respeto esa opinion por ser vuestra.

—Tampoco quiero que se le dé todo el valor que yo guardo á mi creencia.

—Siendo de vos, no hay remedio.

—Yo fundo mi aserto, en que el mariscal Otocaro y el consejero Biling, entran con Othon en el castillo, y si fuera un tráfico amoroso, el duque no necesitaria del consejero de Estado, ni de la primera espada del gran ducado... Iria solo y sin testigos.

—Tambien es cierto.

—Por lo demás, el despego que muestra á Ludomi-

lia puede nacer de causas secretas que desconocemos todos... y que ninguno está en derecho de pretender investigar.

—Es así... pero no negareis que este es un mal trascendental á la corte. Ver á sus soberanos tratarse poco menos que dos estraños... Pasar dias enteros sin verse y hablarse... Los asuntos de Estado, los domésticos no consultarlos analizarlos, ni resolverlos entre sí con aquel acuerdo y fraternidad que debe reinar entre dos esposos!... Este desvio, marquesa, esta desunion no puede producir buen resultado... os lo aseguro con dolor.

—Tambien lo creo.

—La corte está dividida en opiniones... Unos defienden y se interesan por Ludomilia... otros por Othon... Se habla de una esposicion de la gran duquesa á su tio el pontífice... Se dice por muy cierto que va á solicitar de él su divorcio.

—El divorcio!! esclamó asombrada Sofia... Oh! eso no es posible!... no puede ser!... Ludomilia en medio de todo, no llevará su resentimiento á un estremo tan ruidoso y repugnante. Como muger agraviada, no dudo que adopte otros medios para satisfacer algun tanto su amor propio ofendido... Pero dar un escándalo semejante!... No, no... Esa es una invencion torpe y menguada, Colemberg... Un chisme cortesano, pero en todos conceptos digno del mayor desprecio.

—Plegue al cielo que sea así... Yo aprecio al gran duque, amo á la duquesa... y me intereso sinceramente por el bien de Ravensberg... Considerad si podré querer una cosa tal.

—Y quién es el que os ha contado semejante absurdo?

—Una persona, cuyo crédito debe ser un verdadero problema... y el cual no se sabe si adoptar ó desechar. El escudero Mastropetro.

—Mastropetro?

—El mismo... Dice que lo ha escuchado en la cámara de las damas de honor de la gran duquesa... Que

circulaba entre estas...

—Mentira, mentira infame! Baron, os suplico que, si ha sido á vos solo á quien lo ha dicho ese hombre, no deis circulacion á tal patraña, y si la ois á algun otro procureis contrarrestarla y desvanecerla.

—Os daré gusto.

—Mastropetro! Ese hombre no me gusta!... Que se yo!... Se me figura que no es bueno.

—Lo mismo opino de él.

—Y cuidado que yo no tengo prevencion contra nadie... Sin embargo, me consta que debe á vos su colocacion en palacio... y que teneis con él frecuentes y largas conversaciones.

—Sí... sí... es cierto. Pero sin interés... sin objeto.

—Baron!... baron!... Veis como tengo razon en no amar á ningun hombre?... En no entregar mi puro y sincero corazon á nadie? Dónde están la franqueza y la verdad? Dónde?... Si en una cosa tan sencilla mienten los hombres, como vos ahora, qué será cuando hagan una ofensa grave á nuestro cariño?

—Sofia, por Dios, no me acuseis así... No compareis vuestro corazon... joya inestimable... tesoro inmenso... don divino... con un mero pasatiempo palaciego... un capricho de la curiosidad... un culto necio que se rinde en la corte al deseo de saber, de enterarse de lo mas leve. Abuso tan mezquino, como inherente á todo el que sienta la planta en un regio pavimento, no puede servir de simil al precepto tan sagrado como halagador, de tener que hablar la verdad á un ser privilegiado, cuyo afecto y amor solo pueden ser comparados con los goces celestes... Ser querido por vos, hermosa marquesa... poseer vuestro corazon!... Eso bastaria á delirar... á enloquecer de placer y ventura!

Una sonrisa, tan hechicera como maliciosa, fué la respuesta de Sofia. Conocia que el baron hablaba entusiasmado; no por los atractivos que hallase en ella, sino por su insaciable ambicion, la cual podia tener esperanzas de satisfacer si le correspondiese; mas habia hasta allí

rechazado con acierto y sutileza las repetidas tentativas de Colemberg, dejándolo al mismo tiempo sujeto á su dependencia.

Dos motivos graves la impulsaban. Primero, que conocia lo poco que el baron valia para amante; y segundo, que ella necesitaba el tiempo que podia emplear en halagar la inclinacion interesada de Colemberg.

—Veo, le dijo sin dejar su humor festivo, que sois peligroso con las damas, baron, y que se necesita estar muy prevenida con vos. A no ser así, os aseguro que ahora conseguiriais el que os creyese... Pero volvamos á Mastropetro.

—Me atormentais, Sofia.

—Volvamos, volvamos á Mastropetro.

—Sea, pues lo quereis.

—Ya se vé, si vos fuérais franco conmigo... si yo pudiese esperar... que me habláseis con sinceridad.

—Y por qué no? puedo yo negaros nada? Si os quejais de que no he usado aquí de franqueza, es un error que me ofende... y que compromete el afecto que quiero á toda costa conquistar de vos.

—Ese lo teneis siempre... Siempre...

—Sofia!...

—Sí... Solo que vos no lo comprendeis .. y no es culpa mia en verdad... Os he dicho ya que lo poseeis como un buen amigo.

—Y nada mas? Soy tan ambicioso...

—Eso dependerá mas adelante de las pruebas que me deis...

—Decid cuales... dictad... No deseo otra cosa sino ganar vuestra voluntad.

—Baron, la muger que enseña á un hombre la senda para llegar hasta su corazon, no da una idea muy favorable de sí misma.

—Por qué?...

—Porque el amor aunque ciego, es perspicaz y entendido demasiado... y en siendo verdadero no necesita lazarillo ni guia para caminar derecho, pues lo sabe ha-

cer con rapidez. Considerad ahora si el hombre que dice ama, deberá esperar que le indiquen cómo... ó lo debe adivinar y preveer...

—Sois tan hermosa como entendida.

—Volvamos si os parece á Mastropetro.

—Volvamos... pero á mi pesar.

—Por qué?...

—Porque mejor que hablar de ese hombre, estaria toda mi vida escuchandoos, divina preceptora.

—Baron... volvamos á Mastropetro.

—Vaya pues...

—Las mugeres somos muy curiosas... y este, si es defecto en nuestro sexo, merece alguna disculpa. Creereis, Colemberg, lo que voy á deciros? Pues ese hombre ha interesado de un modo mi curiosidad, que deseo saber quién es?...

—Pero no es lo que vemos?... Es decir, un ferrarés... un escudero?

—Ahí está el punto sobre que se fija mi deseo... Yo he llegado á concebir el capricho de que no es lo que aparenta.

—Pues tendria que ver!

—Qué quereis? Será una aprension, pero, quién me la quita de la cabeza?

—Posible es, Sofia?

—Y tanto... Como yo por mi calidad y sexo no puedo averiguarlo, ved ahí mi mayor disgusto.

—Conque es decir, que deseais con todas veras saber si es cierto ó no?...

—Lo deseo... pero no tengo persona de mi confianza que lo haga en secreto... porque, de quién se fia una en palacio?

—De mí... que os amo como á mi vida... *y que deseo ya conducir mi amor sin guia ni lazarillo.*

—Magnífico!... Solo tengo que advertiros una cosa.

—Cuál?...

—Mirad que Mastropetro es muy ladino... y si sospecha lo mas leve...

—No importa.

—Puede que descubramos mas que pensamos, baron... y os alegreis quizá de mis recelos, que han dado lugar á tales pesquisas.

—Lo sentiré... porque yo lo recomendé á monseñor Nobourg-Pakteim, mayordomo mayor de palacio, y si resulta que Mastropetro es algun hombre peligroso, comprometo mi posicion y me espongo á una reconvencion desagradable.

—Pues doble motivo teneis ahora para procurar en secreto saber quien es, y que yo os dé el favor que mereceis...

—Y el cual quiero obtener á todo trance.

—Veremos... repito que consistirá en vos.

—Pronto os convencereis de ello, mi querida protectora.

—Cuántos títulos me habeis dado hoy, baron?

—Todos son pocos para los que mereceis. Además, que tanto me ha trastornado esta visita, que venia á saber como os hallábais desde anoche acá... y hasta ahora no lo he hecho, siendo descortés en demasía... Y aunque la culpa ha estado en vuestros atractivos... yo demando humildemente el perdon de mi distraccion.

—Me dais una disculpa la cual no puedo desatender.

—Con que, hasta cuando, marquesa?

—Hasta pue me traigais noticias de Mastropetro.

—Dilatado es el plazo.

—Ne puedo prescindir de él.

—Me canformaré, pues no hay otro remedio.

—Escuso deciros que ni una palabra á nadio... eh?...

—Solo á mi corazon.

—Bien, partid ya.

Una mirada amorosa que lanzó Sofia sobre el baron al tiempo de salir de la cámara, le hizo creer al infeliz hidalgo, que la marquesa de Korvei, la envidia de Ravensberg, la primera dama de la corte despues de Ludomilia, acogia su afecto cortesano y especulador, re-

vestido de una apariencia franca, sincera y legal.

Mas Sofia no fiaba solo en Pedro las averiguaciones que pretendia hacer de Leonelo. Pedro era fiel y seguro, activo é incansable, pero no le seria tan fácil como al baron, hombre curioso y ocioso además, alcanzar tanto y en menos tiempo, bien por sus ocupaciones en el Castillo del Aguila Negra, y las que no podia abandonar del todo, y porque como no se asociaba, cual Colemberg, con personas que pudiesen informarlo de lo que pretendia, cuando fuesen interrogadas con sagacidad.

El baron vió abierta una gran puerta á su esperanza. Dias hacia ya que habia fijado su pensamiento en la encantadora marquesa. Muchos se habian acercado á ofrecer incienso ante su altar, y todos habian sufrido desengaños, adornados con una gracia tan natural como seductora. Colemberg habia tambien hecho sus tentativas pero aunque fueron rechazadas con amabilidad y chiste; siempre entrevió un crepúsculo risueño, que quedaba oculto al través de la nube del desengaño que la marquesa le presentaba.

En esto llevaba Sofia su intencion, porque conociendo la sed de grandeza que devoraba al baron, esperaba en su dia, teniéndolo algo propicio, sacar partido de él.

Esplicar la satisfaccion de Colemberg despues de la anterior conversacion, seria difícil.

Mucha era su fatuidad, pero no tanta que se encontrase con merecimientos para aspirar á tan alta hermosura. Aunque la procedencia de Sofia era ignorada, sin embargo el favor y la distincion que gozaba del gran duque, de Ludomilia y de todos, era una garantia segura de su elevada importancia, fuera de lo que ella merecia por sus dotes personales.

Por lo tanto, el baron se decidió abiertamente por la marquesa, y se propuso darla gusto en lo mas leve que ella le insinuase.

Sofia, en cuanto el baron salió de su cuarto, escribió á Othon un billete solicitando un destino que estaba vacante, y con el cual queria ella agraciar á un noble de la

corte. Othon, que nada le negaba, le remitió el nombramiento sellado y firmado en blanco, para que la marquesa lo mandase estender á su placer.

Aquella tarde se decia en el palacio de Ravensberg, con admiracion y sorpresa, que el baron de Colemberg habia obtenido el cargo de montero mayor de S. A. R. el gran duque.

Todos ignoraban por donde habia venido á las manos del baron este improvisado destino, sin favor, sin mayor prestigio, y desde simple capitan.

Othon, al presentársele Colemberg á darle las gracias en nombre de Sofia, no lo estrañó, porque conociendo á esta demasiado, calculó desde luego que era un golpe de inteligencia y necesidad.

La marquesa pasó á ver al gran duque, y despues de ocultarle la verdadera causa que habia motivado el ascenso de Colemberg, y sí atribuirla á otras diferentes y de mas consideracion, le pidió que realizase lo que habia ella tratado con Pedro, respecto al mariscal Otocaro, pretestando que ella necesitaba á su hermano por unos dias fuera del castillo, para ciertas averiguaciones de la mayor importancia.

El gran duque, que en todo pensaba y ejecutaba por boca de Sofia, se sometió sin replicar á su dictámen. Tanto la amaba, y tan justa confianza tenia en aquella muger, verdaderamente incomparable.

De modo, que si aquella tarde se divulgó por el palacio la novedad del cargo de Colemberg, aquella noche misma se supo tambien que el mariscal Otocaro, gran mariscal del imperio, habia sido nombrado gobernador del Castillo del Aguila Negra, con órden espresa de fijar su residencia en él.

Al admitir el mariscal un destino, que en sí era muy inferior á su clase, ya no dudaron que lo engrandecia el secreto que se depositaba en la citada fortaleza y cuya responsabilidad, pesando ocultamente sobre el mariscal, habia sido escogido para ello, por su carácter recto, su energia y las demás cualidades que la adornaban.

XV.

La tertulia.

Las palabras con que Colemberg indicó á Sofía que habia en palacio un hombre enamorado de la gran duquesa, fué tanta la impresion que le causaron, que no podia olvidarlas por mas que lo pretendia. Al temor, al recelo de los resultados, se unió el deseo de saber quién seria el audaz ó el necio que hubiese puesto su pensamiento en la esposa de Othon de Ravensberg.

Pero lo que mas sobresalto le causaba era la duda de si este hombre habria sacado partido de la indiferencia y frialdad del gran duque hácia su esposa, y esta en medio de su resentimiento, habria acogido su declaracion amorosa con beneplácito. De si el amador tendria mérito personal para escitar el cariño y entusiasmo de Ludomilia, muger tan ofendida de su marido, y la cual desearia vengarse de él por cualquier medio, siendo este tan á

propósito y análogo á su agravio... á el abandono y despego conyugal que esperimentaba.

Mas de este sugeto, de quien creerán que nos hemos olvidado, y que no siendo así volveremos á presentarlo aquí, no tenia ni la mas remota sospecha la marquesa de Korvei. Y no porque él hubiese ni un punto entibiado su ardorosa llama, ni porque no hubiera procurado hacerse entender á pesar que el rubor y el respeto se lo impidiesen, antes al contrario, la duquesa habia mas de una vez sorprendido sus miradas, y como muger sagaz y esperimentada en eso, conoció desde luego su inclinacion, la que acogió interiormente esperando algun dia ampliar mas la esperanza del que, cuando su esposo la despreciaba, habia puesto en ella los ojos y la amaba con pasion, siendo jóven y de un mérito personal tan relevante.

Ludomilia era muger... y una muger herida mortalmente en la parte mas sensible: su amor propio. Aunque no se hallase dotada de prendas sobradas para llamar la atencion de su marido, aunque no fuese una duquesa soberana, dignidad que solo por ella debia ser estimada, su orgullo de muger era bastante para desear hallar un hombre que se fijase en ella, y dar á entender que aun podia rendir un corazon, cuando el de su marido se mostraba insensible á los atractivos de su sexo... y lo que es mas, á la belleza que naturaleza le habia concedido.

A Sofia, como muger, no se le ocultaban estas ideas, que era indispensable tuviese Ludomilia en sus momentos de abandono y desesperacion. Verse despreciada, casi abatida, y no escitar siquiera el deseo sensual de un hombre que la veia contínuamente, era motivo no solo para sospechar de su conducta, pero hasta ponerla en el caso de ansiar hallar uno que sino consiguiera borrar aquella ofensa, al menos cooperara á vengarla del ingrato y tiránico dueño que hacia del dominio conyugal, la ley dura y severa de la esclavitud.

Nada habia dicho á Sofia, y disimulaba las observaciones que hacia contínuamente del hombre que la adoraba.

Es decir, que insensiblemente iba la duquesa tragando la cicuta mortífera que algun dia la habia de aniquilar.

De aquí fundó su opinion la marquesa para dar algun valor á lo del divorcio presumiendo que Ludomilia desearia quedar enteramente libre para entregarse resuelta y rendida á su nuevo amante, que Leonelo lo habria descubierto, y que Othon lo iba á saber por su boca.

Sofia deploró anticipadamente los resultados que conjeturó sucederian.

La cámara de la marquesa de Korvei se encontraba alumbrada completamente. Primorosos candelabros ardian sobre ricas mesas colocadas en los estremos del salon. Infinitos taburetes se notaban en torno de él, y en uno de sus lados un elegante y rico escaño, forrado de terciopelo azul con franjas de oro, y en el frente del espaldar recamadas del mismo metal las armas de la marquesa que eran, un águila, y sobre la cabeza del águila una cruz pequeña.

Al pié del escaño habia tres escabeles cubiertos de la misma tela.

Aquel escaño lo ocupaban en la tertulia solo tres personas. El gran duque, rara vez, Ludomila y la marquesa de Korvei.

Era el sitio preferente, ó mejor dicho, el de la presidencia.

Antes de la hora acostumbrada para la reunion, ya paseaban en el local de la tertulia, el conde de Bevern, el marqués de Hasbourg, el baron de Ebersten y otros cortesanos.

Guarco, el page de Sofia, estaba en la puerta para recibir y anunciar.

El pagecillo era algo ladino y no poco chusco; así en estos actos gozaba con la fatuidad y murmuracion de los cortesanos.

—Aun no viene Gotinga, añadia Bevern... El condestable siempre quiere presentarse cuando todos están, para darse mas importancia y superioridad.

—Oh! no hables de eso ahora, conde, contestó el baron de Ebersten. Quién sufre esta noche á Colemberg?... Ese sí!... Montero mayor!... No va á tener el salon espacio suficiente para contener al miembro de la réal servidumbre... Cuándo tendremos una partida de caza para que demuestre su inteligencia el nuevo montero?...

—Ya lo propondremos en la tertulia, repuso el marqués de Harsbourg... Vean ustedes... montero mayor!.. Qué absurdo!... A un capitan!... Así se dan casi todos los empleos!... Pero á quién deberemos esa ganga?... porque se ignora hasta el presente...

—Quién sabe! prosiguió Ebersten. Esta es la corte de los misterios y de los arcanos.

—Todo se sabrá... añadieron algunos.

—Monseñor Erardo de Gotinga, condestable del gran ducado, anunció Guarco.

—Es estraño verte aquí tan temprano, querido, dijo Hasbourg.

—Qué quereis, amigos mios?... Hay cosas que harian saltar y correr á las piedras... y la noticia que he sabido es de aquellas que tienen ese mágico poder.

—Ya! tú harás alusion al nuevo montero mayor... le repuso Bevern.

—Sin duda, añadió el condestable... Aun me parece un sueño el nombramiento.

—Pues no lo es, contestaron varios.

El salon se fué llenando insensiblemente de la concurrencia que componia la tertulia.

Por una puerta que se hallaba al lado del escaño, se presentó un ugier de la cámara real.

—Su alteza real la gran duquesa, dijo; y su escelencia madama Sofia, marquesa de Korvei.

Un murmullo sordo se oyó en el salon.

—Todos los que en él habian se colocaron en dos filas para recibir á las ilustres anunciadas.

Por la mencionada puerta entraron varios pages y escuderos; en seguida las damas de honor, y detrás, cogidas por las manos, Sofia y Ludomilia.

El trage de ambas era negro é igual, el cual lo usaban generalmente, á no ser en las grandes ceremonias.

El salon tomó una animacion estraordinaria con la belleza de ambas.

Un saludo unánime y general recibieron á su presentacion... Ellas contestaron con una ligera inclinacion de cabeza.

A continuacion tomaron asiento en el escaño: las damas lo hicieron en taburetes á los lados de este, y los escuderos se colocaron detrás de sus señoras, á distancia correspondiente.

A una señal de la marquesa, autorizada siempre por Ludomilia para ser la reina de la reunion, ocuparon sus asientos los convidados.

—Vamos, señores, dijo Sofia, con un donaire y desenvoltura hechiceros, rompiendo el silencio que habia; ya sabeis que no me placen las severas y rígidas leyes de la etiqueta. El decoro y cortesania no lo confundamos con la fria austeridad que suele presidir estos actos. Nos reunimos aquí para solazarnos, distraernos un poco, y concuerdan muy mal con tal objeto, esos rostros serios y taciturnos... Por mi vida!... Vos Bevern... lo estais mas que todos... Tendré que reprender á mi querida Dorotea Labrung por demasiada severa con vos...

Todos dirigieron sus mirados hácia el marqués y la dama de honor que nombró la marquesa.

Ludomilia sonrió ligeramente. Su gravedad tenia un cierto aire de amargura y disgusto que no se le escapó á Sofia.

—Madama, contestó el marqués, no soy tan feliz que merezca ni aun la severidad de la señorita Labrung.

Sofia esperaba en vano la respuesta de Dorotea.

—Vive Dios que es chistoso! esclamó aquella. Te mantienes callada, Dorotea?... No merece el marqués que le respondas?

—Y qué he de decir, señora marquesa? le repuso la jóven ruborizada.

—Esa timidez lo dice todo, marqués... contestó So-

fia... Sois amantes y los dos habeis pretendido aquí hacer ver lo contrario... No sé por qué! Un amor honesto y fundado en recomendables fines, no puede ni debe ruborizar á nadie... Y si no, volved la cara hácia Carlota Rezat y Ebersten... vereis como esos no ocultan sus amores... Es verdad, baron?

—Sin duda. Yo no sé que sea crímen... y perdonad, madamas, amar lo que nos inspira interés, y es digno de ser amado.

—Es cierto, respondió Sofia.

—Sí... pero cuando *verdaderamente se ama*... añadió Carlota Rezat resentida.

—Ay Dios mio!... interrumpió Sofia... Qué es esto, Carlota?... Recelos!... Temores?... Si no hay celos, pronto incurrirás en ese error tan horrible como ridículo. Celos una muger por sospechas y conjeturas? Como comunmente se dice, *del aire?*... Eso es tener muy triste idea de sí misma... Es descender demasiado, despues de acreditarse de necia y majadera. Es rebajar claramente su mérito hasta un estremo despreciable. Aun cuando los celos sean justos, cuanto mas sea el amor, mas debe ser el orgullo y el disimulo en esos casos... Quitar al hombre todo envanecimiento, todo galardon de una gloria de que no es digno, porque si es inconsecuente é ingrato á nuestro cariño, si le demostramos celos, es una corona que le ponemos tan injusta como inmerecida... Es un triunfo doble que le damos sobre un triste corazon que él mismo destroza sin piedad ni consideracion.

Toda la reunion aprobó el parecer de la incomparable marquesa.

Ludomilia solo suspiró profundamente.

—Pobre corazon!... La dijo Sofia sin que lo oyera ninguno... Sé que te he puesto el dedo en la herida... pero ha sido sin querer... perdóname.

La duquesa le contestó únicamente con otro suspiro y apretándole la mano.

—Con que considera, mi querida Carlota, prosiguió la marquesa, si cuando hay celos fundados debe una con-

ducirse así, qué será cuando estos se conciben solamente por recelos?

—Eso no está en nuestra mano, madama, contestó Erardo. Cada cual tiene sus ideas y sus afectos distintos. Su modo particular de amar... ó de comprender el amor... Los celos dimanan siempre cuando son infundados...

—De mucho amor, ó de sobrado orgullo, interrumpió Sofia... Si es eso lo que ibais á decir, lo tenemos olvidado... Así como en el modo de demostrarlos, aunque obran estos dos poderes, se manifiestan con mas ó menos cordura y acierto, segun es el talento de la persona que siente, del corazon que sufre y de la cabeza que gobierna... Está entendido, mi apreciable Gotinga...

—Ya veo, señora, que con vos es necesario andar algo de prisa.

—Es porque no me gusta quedarme nunca atrás, y hago lo posible por llegar antes que otros.

—Se conoce!... se conoce!...

—Variad ya la conversacion, dijo la duquesa, ocultando su desagrado... Siempre hablando de amor, de celos... Qué fastidio! Parece que no sabeis otra cancion!...

—No lo estrañe vuestra alteza real, señora, contestó la marquesa. Entre jóvenes de ambos sexos es la cuestion que se dilucida con mas frecuencia.

Debemos advertir que delante de algunos, Sofia desterraba la franqueza que le dispensaba Ludomilia.

—Lotario de Marck, anunció Guarco desde la puerta.

—Qué es eso page?... preguntó la duquesa algo incómoda... A quién has anunciado?

—Señora, respondió Guarco inclinándose; á Lotario de Marck...

—Desconoces sus títulos y clase?... añadió Ludomilia.

—No, querida sobrina, interrumpió el príncipe de Marck, presentándose en el salon y haciendo un saludo general con la cabeza. El pobre muchacho no ha hecho

mas que cumplir con lo que le he mandado.

—Siendo así... dijo Ludomilia.

—Retírate, pagecito, retírate, continuó el príncipe. Cuida de tu puerta, y tranquilízate.

El page se marchó. Todos permanecian de pié, lo mismo que la duquesa y Sofia.

—Señores, sentaos, esclamó el príncipe con una dulzura estremada. Oís el modo que tengo de anunciarme y aun rendís culto á la etiqueta?... Nada de eso... Venga un taburete y yo lo haré para que me imiteis lo mas pronto posible.

—Aquí... á nuestro lado... dijo Ludomilia.

—Si es tu gusto...

El príncipe se colocó á la izquierda de la duquesa.

Sofia, en el momento que oyó anunciarlo, le causó estrañeza la presentacion del príncipe en la tertulia, cosa que él no acostumbraba; así se propuso escuchar con detencion sus palabras, para ver si podia adivinar el intento que le conducia allí.

—En cuanto á la sorpresa que te ha causado, dijo el príncipe dirigiéndose á Ludomilia, el tenor de mi anuncio, lo he hecho, porque sabes lo poco que me agrada apellidarme por mis títulos, y que además, como sé que en esta reunion presiden la franqueza y la marcialidad, cualidades que tanto me agradan, no quise interrumpirlas.

—Esa determinacion la respeto por ser vuestra, añadió Ludomilia.

—Vosotros direis, continuó el príncipe; qué novedad es esta, haberse presentado Lotario de Marck esta noche en la tertulia de madama Sofia? Él ya, pobre anciano, para estar entre lo mas bello y galante de Ravensberg. El, hombre ya cansado del mundo y sus caprichos, para venir á alternar en una sociedad escogida donde todo en ella respira placer, regocijo y grato solaz... Él, un viejo, tan ageno á todo, que hasta peca en indiferente y abandonado á veces, en aconsejar á su sobrino en los asuntos árduos del Estado, y lo que es una obligacion en

él no desatender como pariente y miembro del consejo supremo...

Pues bien, sobrinita; he venido aquí porque supe esta mañana que estabas indispuesta, y cuando llegué á tu cámara habias pasado á visitar á la marquesa. No quise interrumpiros porque dije: «ellas tendrán sus secretos...» porque, quién no los tiene en la corte... Despues me marché y no he vuelto á palacio hasta ahora... porque no he podido. Me dijeron que te encontrabas en la tertulia, y á trueque de ser importuno y molesto á estos señores, no he podido resistir al placer de verte... (porque tengo que hablarte esta noche.)

Estas últimas frases las dijo con disimulo á la duquesa, al tiempo de sacar el pañuelo para limpiarse la nariz de un polvo que acababa de tomar.

A Sofia no se le ocultó el aparte del príncipe.

—Mi satisfaccion es completa en este momento, tio mio.

—Pero no la de estas bellas damas y nobles caballeros... Una persona estraña entre ellos... ó mejor dicho, indebida á esta reunion, molesta siempre... embaraza á los circustantes... y yo tengo por sistema preferente no estorbar á nadie... Te he visto ya, sobrina mia, y me retiro.

—Oh! Eso no lo permitiré de ningun modo, esclamó Sofia, con una cortesania solapada y doble. La única noche que os habeis dignado favorecer mi reunion, la abandonais tan pronto? Ese disfavor no os lo perdonaria yo jamás ni mis convidados tampoco. No es cierto, señores?

Todos hicieron con la cabeza una señal de asentimiento.

—Por lo demás, continuó la marquesa, aquí se habla de todo... Toda conversacion es lícita en no traspasando los límites del decoro... Los caprichos é inconsecuencias del amor; los graves y circunspectos achaques de la diplomacia... la crítica razonable, la censura comedida, la sátira chistosa y embozada. Porque el objeto es distraer-

se un tanto y hacer mas grata y llevadera una existencia, que si no la ayudamos así, mi apreciable príncipe, qué nos dá al cabo? Un pedazo de tierra donde sepultarnos por toda una eternidad.

—Me encantais, oyéndoos, marquesa!... Por la sombra de mi padre, que quisiera tornarme á la edad de veinte años, para ser vuestro mas apasionado y rendido amador... Esto es un tesoro, querida sobrina... La corte de Ravensberg posee un diamante, que no en valde ha llegado á mis oidos su celebridad!...

—Oh! mi Sofia, añadió Ludomilia, es el orgullo de nuestro sexo.

—Y tanto, añadió el príncipe. Y hay corazon, aun de bronce, que resista á esto?

Escusado será advertir, que aunque la marquesa era digna de elogio, el príncipe exageraba la pintura, porque en ello, como en todo, llevaba su intencion.

—Me vais á ruborizar, esclamó la marquesa sonriéndose. Fortuna que estos señores me conocen y saben que yo no soy orgullosa ni preocupada... Además, que me tengo en muy poco para aspirar á tales favores.

—Doble mérito, dijo el príncipe. La modestia es un adorno tan hermoso, que resalta mas su brillantez cuando las cualidades del que la posee son en grado mas eminente.

El page anunció á monseñor, el baron de Colemberg, montero mayor de su alteza real, y al capitan Luitzpoldo Vith.

Un movimiento y murmullo general se manifestó en el salon... Se hablaban unos á otros en voz baja... Varios procuraban ocultar su risa... todos, en fin, espresaban una conmocion nueva al nombre de aquellos personages.

El príncipe disimulando lo posible, aunque comprendia la causa, espiaba con los ojos bajos los movimientos de todos.

Solo Sofia reia sin rebozo, burlándose verdaderamente de aquella reunion de falsos y necios, que sabia

pidian muy pronto cambiar de careta con solo pronunciar ella una palabra.

La gran duquesa fijó los ojos en la puerta de la entreda, con una mirada ávida y penetrante, que la marquesa notó... y que no pudo menos de desazonarla, porque creyó comprenderla.

El príncipe con su ojo investigador y perspicaz seguia todos los objetos.

Colemberg vestia un elegante trage. La cualidad de airoso no se le podia negar. Su fisonomia tampoco era de las mas ingratas, y si no habia conquistado algunos corazones en palacio, lo debia á su carácter orgulloso, y los demás defectos que hemos espresado anteriormente.

Los cortesanos, en el instante de verlo en la tertulia, esperaron que sacara el partido que acostumbraba de todo, refiriendo el lance ocurrido pocas noches antes, de la targeta, la cruz y el incógnito. Pero Colemberg, si no quedó satisfecho con lo que Sofia le refirió de Pedro en su cámara, pues vió su modo de conducirse con los nobles, y que Othon le habia hablado en secreto al verlo, aparentó creerlo todo, y ahora ya queria hasta olvidarlo, porque era asunto en que advertia mezclada á la marquesa, su amada protectora.

Saludó con su desembarazo natural, y aquella noche casi con audacia, porque su nuevo destino y el creerse amado de Sofia acrecentaban su orgullo.

Ludomilia y Sofia se dirigieron una mirada maliciosa y repentina, acompañándola tambien de una sonrisa de inteligencia, despues de haber observado ligeramente á Colemberg.

—Tomad asiento, señor montero mayor, le dijo la marquesa con una gracia estremada. Señores, saludad como tal al baron de Colemberg. Despues de haber corrido tanto tras la fortuna en la corte, esta le ha otorgado al fin un destino tal, para que no pierda la costumbre y no cese de correr aun.

El chiste de la marquesa fué celebrado generalmente.

—La fortuna no ha sido obtener el destino, señora, sino merecerlo de...

—De la gran duquesa, amigo mio: contestó prontamente Sofia... A su alteza real... y solo á *su alteza* debeis este favor... Por lo tanto le sois deudor del agradecimiento que merece.

—Y el cual yo le ofrezco con toda mi alma.

—Gracias, baron, le respondió Ludomilia. A los leales servidores jamás los olvido.

En seguida la duquesa fijó otra mirada en Luitzpoldo, que tambien dirigia su vista hácia ella con bastante frecuencia.

—Este es!! dijo Sofia para si, pues no quitaba los ojos de ambos.

La marquesa se propuso no concluir la tertulia sin aclarar sus sospechas.

—El caballero Colemberg, dijo el príncipe, merecia ya ha tiempo ser agraciado con alguna distincion. Siento, sobrina, que te hayas adelantado á mi pensamiento... Yo iba á interesarme por él con Othon, pero á bien que no faltará ocasion de hacerle ver cuanto es el aprecio que le conservo.

—Os lo agradezco, monseñor; respondió el baron inclinándose.

—Y el caballero Luitzpoldo, interrumpió la marquesa; no desea obtener tambien algo?

—Yo... señora...

—No esteis tímido... que esa cualidad en un jóven militar parece estraña. Vuestra recepcion, por primera vez aquí, y en esta noche, no es un motivo para que no os espreseis con la franqueza que se merece este lugar... Hablad, y que no tengamos que reconvenir á Colemberg, por habernos estado anunciando há tantos dias vuestra venida, y en lugar de un jóven vivo, animado y espresivo que esperábamos, nos presenta un fraile novicio... ó mejor dicho, una momia vestida con el uniforme de la guardia de su alteza real.

—Esta marquesa es terrible, esclamó el príncipe

sonriéndose y solviendo otro polvo. Me suscribo á pasar aquí la mayor parte de las noches... que por cierto no me aburriré; como me sucede, jugando al ajedrez con mi mayordomo.

—Decidme, Colemberg, ó vosotros, señores, continuó Sofia: padece el caballero Luitzpoldo alguna enfermedad oculta?

—Lo ignoramos, esclamó Ebersten.

Luitzpoldo estaba avergonzado y Ludomilia padeciendo de ver mortificado al hombre que sufria solo por ella.

—Vamos, seguia la marquesa sin cejar y mirando siempre á la duquesa y Luitzpoldo... Ya he adivinado lo que es... El capitan está enamorado... Sí... sin duda... Ese aspecto, esa seriedad... ese ensimismamiento, no lo producen mas que un amor de dos clases... O amor despreciado... ó amor imposible...

—Imposible!!... prorrumpió Luitzpoldo sin poder contenerse.

—Torpe!... Le dijo en voz baja Colemberg.

—Hola!... Hola!... añadió Sofia!... Imposible!!... Parece que la frase ha sido un cauterio que os ha hecho volver en sí... Ya os habeis entregado á discrecion... Lo celebro... Yo no lo he deseado, pero vos pudísteis ahorrarme el trabajo de hacéroslo confesar tan visiblemente.

—Señora, yo no he confesado nada... nada... Perdonad... pero la espresion me ha sorprendido, porque la he tenido por capciosa... aunque inocente... Por un ardid de vuestro ingenio...

—Está entendido, Luitzpoldo... El paliativo llega tarde... puede que algun dia os toque yo en el hombro y os diga como ahora. «No me engañais, porque conozco á vuestra amada »

—La conoceis?...

—Qué tal, eh!... añadió la marquesa riéndose de un modo tal, que tuvo muchos que la acompañasen... Habeis ratificado lo que pretendísteis negar antes... Sois

demasiado inocente, amiguito, y ya que ha llegado el caso voy á daros las señas de la que quereis.

Estas frases alarmaron á Ludomilia, á Colemberg y Luitzpoldo, de un modo tan marcado, que algunos, además de la marquesa, lo notaron.

Sofia estaba operando en su terreno y á satisfaccion.

—Déjalo, y no lo mortifiques mas; le dijo con disimulo la duquesa.

—Que aprenda á estar en sociedad, le contestó la marquesa con desenvoltura... Señores, atencion, á ver si conoceis por las señas la amante del capitan Luitzpoldo.

—Pero reparad, señora, dijo Colemberg, que siendo un amor imposible puede recaer vuestra sospecha sobre alguna dama á quien no deba señalarse aquí.

Ludomilia se tranquilizó al recordar el que, aun cuando Sofia hubiese adivinado que era ella, no seria tan imprudente que la fuese á marcar delante de todos.

—Yo tengo demasiada confianza en el talento de la marquesa, dijo el príncipe, para que pueda suceder lo que decís, Colemberg.

—Señores, hago una salvedad, repuso Sofia... Puedo conocer á alguna á quien ame Luitzpoldo, y no ser la dama del amor imposible.

—Es verdad tambien.. añadió Ludomilia mirándolo de nuevo.

—Es una jóven, prosiguió la marquesa; rubia, ojos azules y hermosos, boca pequeña, nariz afilada... fisonomia espresiva é interesante... baja de cuerpo... en una palabra, una verdadera belleza de Ravensberg.

—Señora... contestó Luitzpoldo riéndose... Estais en un error completo... Ni aun conozco á ninguna de esas señas...

—Sí... sí... volved á negar... No es la misma á quien la otra tarde acompañásteis á caballo en las llanuras de Lingen?... Iba en su coche con una señora anciana... Ella quiso apearse, vos lo hicísteis tambien, le ofrecísteis el brazo, la señora permaneció en el coche, y

vosotros dos lo seguísteis á pié tan rendidos... tan amorosos!... Haceos cargo, señora, dijo dirigiéndose á Ludomilia, que el lecayo llevaba de la brida el caballo del capitan... No me mireis, caballero, os he visto y conocido perfectamente.

Luitzpoldo, sin atreverse á contradecir á la marquesa un error que tanto sentia en aquel momento, estaba cortado sin acertar á hablar.

Colemberg contestó saliendo al paso:

—Estoy por asegurar que os habeis equivocado, señora.

—Ya, si vos quereis apoyar el fingimiento de vuestro amigo tal vez para desairarme, entonces...

—Sí... sí... será cierto... dijo Ludomilia con indiferencia, pero sin poder ocultar á la marquesa su conmocion... Y á nosotros qué nos importa tampoco que el señor Luitzpoldo niegue ó no?... Él tendrá sus motivos para proceder con tanta reserva, que se lleve á su amada en un coche cerrado por las campiñas de Lingen... Me retiro, añadió levantándose. Basta ya de reunion por mi parte... Vosotros podeis continuar... Me voy á mi cuarto que tengo que hablar con el príncipe... Vámonos tio... Señores, hasta mañana á la noche.

La duquesa, sin mirar á Luitzpoldo, salió con el príncipe por la puerta que habia entrado, seguida de las de su servidumbre.

Sofia al punto, para no dar lugar á que notasen la marcha repentina de Ludomilia, despidió á la tertulia.

Colemberg al partir le dijo en voz baja:

—Marquesa; no sabeis el daño inocente que habeis causado esta noche.

—De veras?... Já, já, já! Si acaso, continuó riéndose, no será toda la culpa mia.

—Pues de quién?

—Que se yo! adivinadlo vos...

—Sois cruel...

—Y vos un taimado.

—Hermosa y despiadada!...

—Gracias.

—Hechicera y empedernida!...

—Repito.

—Encantadora y sin compasion!

—Aun mas flores?... Mirad que vais á dejar agotado el jardin de vuestras lisonjas.

—He de perecer ó he de conquistar ese corazon.

—No lo digais dos veces.

—Por qué?

—Porque puede suceder.

—El qué?

—Una de las dos cosas.

—Cuál?

—Qué se yo... una...

—Me matais...

—Basta ya, que nos observan.

Todos salieron del salon.

Sofia en seguida se fué, sin perder tiempo, donde ella sabia que urgia su presencia.

XVI.

La calle de Ratz-Bogen.

Varios dias habian pasado sin que Pedro ni el baron de Colemberg hubiesen podido averiguar, el uno donde estaba depositado el fruto de los amores de Ludomilia y Leonelo, y el otro qué clase de hombre era este último, por mas que preguntaba con sutileza á todo el mundo.

Leonelo seguia impávido y sereno su permanencia en palacio y no habia vuelto á hablar á Ludomilia desde la entrevista que tuvo con ella en su cámara. Aquella serenidad é indiferencia de la duquesa no dejó de ocasionarle recelo, pues conociendo su carácter, conjeturó que aquel letargo aparente seria para despertar mas terrible y vengativa.

Pero á pesar de su sospecha y cuidado, no pudo conocer que le acechaban los pasos, tanta era la destreza de Pedro y la reserva que usaba. Habia mudado dife-

rentes disfraces y permanente frente á la puerta de palacio, tenia momentos de desesperacion, pues Leonelo no se movia de él ni de dia ni de noche, y si lo hacia alguna vez, era acompañado del baron de Colemberg, su protector.

Leonelo tambien estaba impaciente, pues no podia separarse del baron, que bajo pretesto de amistad lo tenia pegado así como á su sombra. Colemberg esperaba aprovechar un descuido para en sus continuadas y repetidas preguntas poderle sacar lo que Pedro tenia ya olvidado, porque Sofia lo habia informado de todos los pormenores que oyó y le dijo Ludomilia, por lo que Pedro estaba mas avanzado que el baron en el asunto.

. . . . . .

. . . . . .

Un reloj lejano dió las doce en la iglesia de San Matias, en el arrabal de los Saboyanos.

La noche era una de aquellas del principio del otoño, en que esta estacion empieza á manifestarse lluviosa, y fatal en algunas partes. Las calles estaban oscurísimas y todo indicaba que la lluvia iba á ser fuerte y prolongada.

Un hombre cubierto con una capa negra, medía con sus veloces pasos la calle de Ratz-Bogen que era la menos frecuentada, por ser la mas mala del arrabal.

Se para, va á llamar á una puerta, cuando un objeto le impide la entrada.

El desconocido toca con la punta del pié un bulto, que casi inmóvil no ofrece la menor señal de sentimiento.

Al reconocer que es un hombre, le dá un puntillon mas fuerte, esclamando:

—Levántate, bribon... y no dés lugar á que te lo diga otra vez.

Unos quejidos ahogados y débiles fué lo que le dieron por respuesta.

—Estás herido? le preguntó.

Pero los mismos quejidos recibió por contestacion.

EL CASTILLO DEL AGUILA NEGRA.

Estás herido? le preguntó.

Entonces no le quedó duda de que aquel infeliz estaba mal parado... y llamando fuertemente á la puerta esta fué abierta al punto.

—Frugoni, gritó con fuerza: baja una luz y avisa á la señora Faledro que baje.

—Voy al punto, monseñor.

—Confúndate el cielo, esclamó el desconocido algo colérico. Sabes si este hombre podrá oirte?

—En tal caso no he dicho nada que...

—Véte, véte ya.

A poco volvieron con luz Frugoni y la Faledro.

—Acercad esa luz, dijo el incógnito sin bajar el embozo que llevaba hasta los ojos.

—Vamos á ver, añadió la Faledro... Santa Madona!... Es un pobrecito viejo!... Y mirad... Trae el trage de los Saboyanos de Chablais... Aquellos que habitan en las orillas del lago de Ginebra. Van muchos á nuestra patria á vender algunas mercancias... Este será sin duda un infeliz buhonero... No os acordais como yo de haberlos visto en Ferrara?

—Tambien tú? Ea calla, y hagamos porque vuelva este desgraciado.

—Eh! Buen hombre... dijo Frugoni con acento bronco y mal pronunciado genovés. Despertad... arriba... vamos pronto...

Repararon que á alguna distancia habia un cajon de buhonero, pero estaba vacio.

—Vamos, ya sé lo que es. A este infeliz, dijo el embozado, lo han robado y maltratado tambien, cuando se halla de este modo... Traed algo para volverlo en sí... y tú Frugoni, ayúdame á meterlo en el portal.

La señora Faledro desapareció y entre los dos lo introdujeron en el zaguan.

A poco volvió la Faledro con un pomo de esencias, una botella y un vaso.

—Le daremos á oler y á beber, dijo la vieja; y entre estos dos ayudantes saldrá el pobrete á puerto de salvamento.

Y aplicando el pomo á la nariz del Saboyano, esperaba con ansia ver el resultado de su determinacion.

A poco abrió el viejo los ojos y dió un suspiro... Miró en torno de sí y parecia asombrado de ver lo que tenia á su alrededor.

—Vaya, padre mio, decia la vieja; ánimo... Estais entre amigos que os darán ayuda y os defenderán... Ya nos hacemos cargo de lo que os habrá sucedido... En buena parte habeis dado!... La calle y el barrio son á propósito... Yo por mí tengo un miedo de vivir en esta casa...

—Ah! me han perdido!... Fueron las únicas palabras que entre sollozos, y un aleman champurrado, pudo proferir el viejo.

—Como ha de ser!... contestó la Faledro: mientras se haya escapado con el pellejo todo lo demás es menos... En este mundo es menester tomar las cosas segun vienen, y despues, como suele decirse, barajar.

—Andar tantas leguas á pié!... Pasar tantas fatigas y miserias... y sufrir al cabo el ser robado, y apaleado... dejándome perdido... perdido para siempre!...

El viejo no podia continuar, porque no se lo permitia su acongojado espíritu.

—Con que habeis sido robado?

—Si señor, por unos gitanos... *Zingaris* como los llaman en mi patria.

—Y en la nuestra! contestó prontamente la señora Faledro.

—Todavia? replicó con severidad el embozado; teneis mucho empeño en hablar esta noche!...

—Perdonad... mon...

Una mirada furibunda del mismo detuvo la frase de la vieja.

Esta continuó entre balbucientes acentos.

—Ya se vé... cuando una conoce así... infelices... gentes que parecen honradas... se cobra una satisfaccion... Y como siempre estamos entre estas cuatro paredes....

—Señora Faledro!!... esclamó el embozado con una voz de trueno.

La vieja bajó los ojos y no volvió á hablar una palabra.

Frugoni no quitaba entre tanto los ojos del saboyano, que parecia no ocuparse del diálogo que estaba pasando, pues ni aun miraba á los presentes.

—Continuad vos, le dijo el embozado. Necesito saber de dónde venís y quién sois.

—Yo soy saboyano, natural de Thonon y criado á orillas del lago de Ginebra... Mis padres, pobres y honrados labriegos, tenian una pequeña alqueria, que despues tuvieron que vender, con las pocas tierras que poseian. Cuando fuí adulto ya no conocí en mi casa mas que miseria, y aunque yo era el único hijo que habia, no tenia nada á que dedicarme, porque como no sabia mas que cultivar la tierra y mi pais es tan pobre... Así cuando murió mi padre tuve que irme por el mundo á buscar fortuna. He estado en Francia, Alemania, Suiza, en España... He recorrido la Italia con mi cajon de buhonero... y ahora por último vengo de ella, donde he tenido mas suerte, pues entré á servir en el palacio de los duques de Ferrara.

—En muy humilde dependencia seria?...

—No tanto... Me distinguia monseñor Rovigo por mi fidelidad y celo.

—Y quién es ese Rovigo?... Nombrais las personas sin decir su clase.

—El mayordomo mayor de su alteza, Alfonso I de Este.

—Ya... Y cómo habeis perdido esa colocacion y os encontrais hoy aquí?

—Por ser agradecido y fiel á mi bienhechor... Y no me pesa en verdad. Solo siento no haberle servido completamente... pero sabe Dios que la culpa no ha sido mia.

—Esplícate.

—Un dia me llamó con mucho misterio monseñor

Rovigo, y encerrándose conmigo en un cuarto me dijo: —«Te atreverás á hacer lo que voy á decirte?»—«Señor, le contesté, soy agradecido y mi voluntad es la vuestra.»—«Ya sé, añadió, que eres honrado y por eso he pensado darte esta comision. Toma estos escudos de oro, compra mercancias y tu cajon de buhonero. Partirás para Alemania y llegarás al ducado de Ravensberg... Allí te informas de un tal Mastropetro que está empleado como tú en palacio, y á quien va dirigida esta carta, se la entregas, esperas su respuesta y te vuelves al punto.»

—De parte de monseñor Rovigo?

—Si señor... Emprendí mi viage y llegué felizmente hasta aquí. Pero era ya de noche y aun me faltaba media legua para entrar en la ciudad... No queria quedarme en despoblado, y ya entrando por esta calle, que es la que sale al camino, me acometieron los *Zingaris*, me robaron los efectos de mi cajon, el dinero que me quedaba, y dándome de palos me dejaron por muerto en vuestra puerta como me habeis encontrado.

—Y la carta? La carta?...

—Felizmente no me la han quitado, porque aunque me registraron, como la traia en el pecho metida en una bolsa que traigo colgada... Y suponed si será importante el contenido, cuando he venido en persona desde Ferrara á traerla.

—Es indudable.

—Le que siento es, no encontrar al señor Mastropetro en palacio y verme aquí, en un pais estraño, sin dinero para volver á Ferrara, y perdido enteramente.

—Tranquilizaos, que Mastropetro está en palacio y él os socorrerá.

—Sí? le conoceis?

—Le conozco.

—Loado sea Dios! Ya no siento tanto la desgracia que me ha pasado, pues á ello debo el haberos conocido.

—Esta noche os quedareis aquí. Se os dará cama y cena, y por la mañana marcharemos juntos á palacio á ver á Mastropetro.

—Os doy gracias.. Además que me haceis un triplicado servicio. Yo no le conozco y así me ahorrais el trabajo de preguntar.

—Pero sin conocerle, cómo vais á entregarle la carta? Y sino es él quien la recibe y sí otro que se finja ser Mastropetro?

—Esa cuenta es mia, señor... Al que se me presente como tal, traigo tres preguntas reservadas que hacerle, las cuales en no contestando á ellas, no le daré la carta, porque no será Mastropetro.

—Muy bien. Eso está perfectamente combinado. Mañana evacuaremos el negocio á vuestra satisfaccion.

El embozado se apartó un poco, y llamando aparte á Frugoni le habló algunas palabras en voz baja; despues se separó de él, y despidiéndose del viejo subió á las habitaciones altas de la casa.

—Vamos, padre, dijo el genovés, porque Frugoni lo era; esta noche vais á dormir y cenar como un príncipe. Os aseguro que los palos que os han dado los *Zingaris*, vais á olvidarlos muy pronto entre limpias y perfumadas sábanas... porque eso sí... la cualidad de pulcra y aseada nadie se la puede quitar á la señora Faledro... El amo es un buen señor, y su ama de gobierno, aunque algo habladora, es escelente muger.

—Dios se lo pague á todos vosotros.

—Ea, voy á dar órden de que os den de cenar. Entrad en este cuarto, y descansad mientras vuelvo.

El genovés salió, cerrando la puerta y echando la llave.

—Esto es malo! esclamó Pedro; el cual, por si el lector no lo ha reconocido, le diremos que habia tomado aquel disfraz para introducirse en casa de Leonelo del modo que ha pasado. Me cortan la retirada y por la mañana me descubren; porque con la luz del dia es muy difícil que no conozcan que traigo disfrazado el rostro. Pero no desconfiemos... Leonelo debe salir para palacio, y entonces yo me las compondré con el genovés que creo es el único hombre que hay en la casa.

En seguida cogió una mala lámpara que habia sobre una mesa, y se puso á examinar la habitacion.

Esta era una sala baja del edificio, sin hueco ni ventana alguna á la calle. Una tarima que contenia la cama de Frugoni, tres taburetes viejos y una especie de papelera, era todo el ajuar de la habitacion. Al lado de la cama se veian colgados un arcabuz, dos pistolas y una espada.

Pedro no dudó ya que el genovés era el guardian de la casa, y de la prenda que, en su concepto, ocultaba dentro Laonelo. Allí la astucia y el cuidado, unido al valor, eran los que podian sacarlo adelante, en la árdua empresa en que se habia metido.

Fácil se dejará entender que noches antes, Pedro, habia seguido á Leonelo, y lo vió entrar en esta casa, que dió parte á Sofia y entre los dos combinaron que él se introdujese en ella.

El modo de hacerlo se ha visto que fué invencion del hermano de Sofia.

Pedro n odudó ya al ver el aspecto de la habitacion, la fisonomia de Frugoni y las precauciones que tomaba, de que este era un desalmado, de los muchos hombres que, avezados á toda clase de crímenes, se venden al que mejor los paga para su servicio. Leonelo necesitaba un instrumento mercenario que no careciese de valor, y estuviese pronto para disputar á puñaladas la entrada de aquella casa á cualquiera que fuese osado á penetrar en ella.

Pedro tenia corazon sobrado para acometer y proseguir la empresa que habia pensado. Su temor se cifraba solamente en que no se malograse por algun incidente imprevisto el plan que se propuso.

Oye pasos, y se coloca en la silla al lado de la mesa, y sin hacer ruido echa la cabeza sobre esta y finge estar dormido.

El genovés tuerce la llave y entra en la habitacion.

—Calla! pues se ha dormido! esclamó... Vaya un modo de aguardar!... Eh!... buen viejo... arriba... que

ya está aquí lo bueno... Voto á brios! Así os dormís sin cenar? Vamos á dar ocupacion á las quijadas.

Y puso sobre la mesa dos platos, pan, una botella y dos vasos.

—Como tardábais... contestó Pedro. Y luego el cansancio... los palos que me dieron... Estoy molido...

—No importa... Aquí teneis vino del Rhin, que es lo único para dar vigor y fuerzas... Un pedazo de ternera asada... queso y otras frioleras que desperdiciar... Ea, manos á la obra.

—No creais que tengo mucho apetito, dijo Pedro. La fatiga me lo ha disminuido en términos, que necesito veros comer para escitar la gana.

—Sino es mas que eso... Yo jamás me niego á casos como el presente. He cenado, antes que vos y el amo viniérais, con la señora Faledro, pero os acompañaré... No tengais cuidado.

Y trinchando un pedazo de carne, empezó á comer.

Pedro lo imitó en seguida, observando al soslayo la cara del genovés.

La fisonomia de Frugoni era verdaderamente espantosa. Su tez era morena, sus ojos grandes, negros y casi hundidos en el cráneo... Sus cejas pobladas, pelo negro, la barba y el bigote largos, y luego desde la frente hasta cerca de la boca, una enorme cicatriz, la cual desfiguraba su rostro de una manera horrorosa.

Únase á esto un acento bronco y destemplado... y un estilo soez y brutal.

Era la verdadera facha de un bandido.

Otro que no fuera Pedro, dotado de un alma tan superior, y estimulado por el poder oculto que le inspiraba, se hubiera arrepentido al mirar á la cara á Frugoni, pero el hermano de la marquesa, aunque no perdia el menor de sus movimientos, manifestaba la mayor sangre fria.

Aun no habian casi empezado á comer, y se oyen pasos en la escalera, como de alguno que bajaba.

—Es el amo, dice Frugoni. Todas las noches sale á

esta hora... Qué quereis?... Amores... Aunque él es todo un hombre, eso sí... una noche le tengo anunciado que le va á suceder un percance.

—Y por qué no le acompañais?

—Porque no quiere, claro es.

El genovés se levantó y fué á recibir á Leonelo que se presentó embozado, como estaba antes, en el dintel de la puerta.

Habló varias palabras en secreto con Frugoni. Este le abrió la puerta de la calle con una llave que sacó del bolsillo, y en cuanto Leonelo salió volvió á cerrarla, guardándosela otra vez.

—Ea, ya estamos libres por esta noche de quien nos mande... El amo no vendrá hasta por la mañana para acompañarte á palacio, pues así me lo acaba de decir... Conque un trago y sigamos nuestra faena.

El genovés echó vino y Pedro dudaba si lo beberia ó no.

—Brindadme, dijo Pedro á Frugoni, á estilo de Alemania.

—Aunque no hace mucho que estoy en ella, por darte gusto lo haré.

El genovés brindó y despues de beber dió la mitad de lo que contenia el vaso á Pedro, el cual ya no tuvo dificultad en probarlo.

Y cómo estamos de sueño, camarada?... preguntó Frugoni.

—Ya se me ha quitado.

—Lo creo... Dicen que con esto da... y yo digo ahora que lo quita. Otro trago.

—Venga.

—Pedro siempre procuraba que el genovés bebiese primero.

—A todo esto, prosiguió Frugoni, no me has dicho tu nombre... Cómo te llamas?

—Gabriel Senaréga...

—Senaréga!... Senaréga... Ese apellido no es saboyano.

—Ya lo creo!... Si es genovés.

—Cá!... Con que somos paisanos?

—Yo no... mis padres sí.

—Lo mismo dá. Tú serás saboyano porque nacistes en Saboya, pero lo que es tu sangre es genovesa... y no de la mas despreciable segun el apellido.

—Sin duda...

—Bebamos á la salud de nuestros padres, y á la gloria y prosperidad de Génova.

—Vaya pues!

—Yo, compadre Senaréga, he querido mucho á mi patria, pero me han desterrado de ella las calaveradas de la juventud, halagadas con las revueltas políticas. Siempre he tenido un alma hecha á prueba de golpes grandes. En las contiendas que originaron en Géneva los Adornos y los Fregosos, mi padre se inclinó á los primeros. En una de las muchas veces que vinieron á las manos, mi padre recibió una estocada mortal de Tomás Fregoso hermano del Dux Octavio. Yo, que ya era adulto, vi morir á mi padre en mis brazos, con aquel íntimo dolor que un hijo ve desaparecer de la tierra una de las únicas, de las solas personas cuya falta no hay quien las reemplace... Juré vengar su muerte... y lo cumplí. La suerte me deparó en una conmocion popular, que yo mismo tuve maña para promover, á Tomás Fregoso; y tantas como fueron las congojas de mi padre para morir, tantas puñaladas dí á su matador. Su hermano quiso prenderme, pero yo ayudado de los Adornos arrojamos á Octavio del trono ducal... pusimos á un Adorno, y para quitar toda esperanza á los Fregosos entregamos la república en manos de Luis XII de Francia para que protegiera al nuevo Dux.

—Sí... Ya tengo noticias de las ocurrencias que han sucedido en la patria de mis abuelos... Pero no hallas tú una cosa muy mal hecha entregar su patria á un estraño por satisfacer una venganza?

—Es cierto... pero...

—Pero es un crímen imperdonable. Un estrangero aunque nos manifieste mucho amor y fraternidad, aunque se afane por aparentar interés y amor, no puede pasar nunca de ser un huésped interesado y siniestro, que con el disfraz de la amistad, con la máscara de nuestro bien, no viene á otra cosa que á saquear y destruir nuestra casa, porque lejos de interesarle nuestra conservacion, su utilidad le dicta destrozarnos y envolvernos, para prosperar él... Es un error sumamente estúpido y fatal, imaginar que un enemigo solapado pueda tender una mano benéfica al contrario que ve metido en una cima espantosa... Si lo saca de ella al pronto será á muy caro precio, y para despues de satisfacer su usura, arrojarlo de nuevo en un abismo mayor... Abismo que lo abre y prepara, la ignorancia, la ingratitud y bastarda intencion de los compatricios.

Frugoni se quedó mirando atentamente á Pedro sin proferir una palabra.

—Sabes lo que estoy pensando?... le dijo al cabo. Que tú, Senaréga, tienes una instruccion superior á tu clase... Tú has sido pez antes de ser rana, camarada.

—Os equivocais. Estas máximas las dicta la esperiencia adquirida por la edad. Para pensar así no se necesita mas que haber recorrido la serie de los tiempos que alcanzamos de revueltas y sediciones. Yo, como he andado tanto, cual os he dicho ya, he visto y aun esperimentado algo de eso. El Milanesado es un ejemplo patente.... La Toscana un libro cierto donde leer... Esa Génova misma, sin ir mas lejos, desde tiempos remotos no ha sido mas que un teatro de violencias y horrores civiles. Los Dorias y Spínolas... Los Grimaldis y Fiescos... La lucha de la nobleza contra el pueblo. Esos Güelfos y Gibelinos que tanto han dado que hacer... La invasion en ella de los alemanes... La posesion que tomó el rey de Nápoles de la república... La entrega de ellos mismos al arzobispo de Milan. El patrocinio pedido á Cárlos VI de Francia, para despues en una hora asesinar á todos los franceses, incluso el gobernador...

Hay historia cuyas páginas estén mas enrojecidas con sangre humana que la de Génova?

Mis abuelos viendo que no podian vivir en ella con tranquilidad la abandonaron con aquel pesar que ocasiona la pérdida del suelo natal, y se establecieron en Saboya.

—Y dónde has aprendido tú todo lo que sabes de Génova? Yo con haber nacido en ella no sé ni la cuarta parte.

—No lo estraño, porque hay hombres que mueren de una edad avanzada y ni aun han oido leer la historia de su patria, cuanto mas estudiarla como es su deber. Esa es la fuente de la ignorancia, en la que bebe todo compatricio descuidado y negligente, y con cuyas aguas se adormece en la esclavitud... Porque el que no procura aprender en la historia de su nacion los acontecimientos pasados para calcular los presentes, jamás podrá saber lo que esta vale, y cuál es el deber del que nace en ella... Esa es la causa de arrojarse la multitud ciega, la plebe inocente, en brazos de un intrigante ó de un bribon egoista, que la seduce y fascina con sus teorias siniestras, y á la voz de un ambicioso corre el pueblo á defender á su mismo opresor... al que negocia con sus tesoros y su sangre... Mi abuelo poseia un manuscrito, que luego fué aumentado por él, de la historia de su patria, y me lo hizo aprender de memoria... tiempo que despues supe la importancia y valor de haberlo ocupado con tanto acierto y utilidad mia.

—Está bien... Pues señor, bebamos á la memoria de tu abuelo y á la felicidad de mi patria.

Pedro observó que Frugoni menudeaba mucho los tragos pero no perdia la cabeza, lo que le hizo ver que el genovés era un bacanal mas que regular.

Así se consumia de impaciencia, por no poder efectuar su plan como tenia proyectado.

—Variando la conversacion, dijo: Sabeis amigo Frugoni que nos vamos á quedar á oscuras á lo mejor?

—Cómo á oscuras?

—Sí, la botella está para espirar cuando necesitaba tener mas vida.

—Pues es verdad, camarada Senaréga... Y lo siento porque este vino del Rhin es soberbio...

—Pero demasiado fuerte para mí que no estoy acostumbrado á él...

—Todo puede remediarse... La señora Faledro tiene en su aparador otros mas suaves... Ahora vereis.

—Y qué, la vais á incomodar que estará ya recogida?

—Que tenga paciencia! Además que ella está aquí bajo mi dependencia... En ausencia del señor no hay mas amo que yo en esta casa.

—Es que por mí no pretendo... Dejadlo ya.

—Si os digo que no quiero... He reparado que habeis bebido poco, y ahora conozco que es porque el vino no os agrada... Ya presumo lo que estareis acostumbrado á beber

Diciendo esto salió velozmente de la habitacion.

Pedro lo siguió, y ya seguro que habia subido la escalera, sacó un pomo del bolsillo, y echó en el resto del vino que quedaba en la botella unas gotas del licor que contenia el pomo.

—Perfectamente!... Y se volvió á sentar.

Un altercado horroroso intermediado de unos fuertes golpes que daban á una puerta, se oia en lo alto de la casa entre Frugoni y la Faledro.

A poco volvió el genovés furioso y con dos botellas en la mano.

—El demonio de la bruja... no querer abrirme... A mí!... Y decir que el señorito se despertaria... Que se despierte hasta Luzbel... Pues cuenta, que en subiéndoseme la mostaza á las narices, no hay amo, ni ama, ni mil rayos que me vayan á la mano.

Frugoni puso sobre la mesa las botellas que traia, con tanta furia, que los objetos que habia en ella estuvieron próximos á derribarse.

—Aquí teneis vino de Francia, paisano... Este os

sabrá mejor, porque es el que se beberá en Saboya regularmente. Yo concluiré el poco que queda en esta otra botella.

Y echando un vaso de una de las dos que habia traido, se lo ofreció á Pedro.

—Esperad... no sea que esa lechuza me haya engañado... Vive Dios que como sea así...

Y probó del vino que escanció á Pedro.

—El mismo... bebed... porque es escelente.

—Es verdad, contestó Pedro despues de probarlo.

—Bebeis poco... Se conoce que no sois de la cuerda tirante.

—Que disparate! Hablemos y vereis lo que dejo de una botella... Capaz soy de acabar con ella, antes que vos con el resto de esa primera.

Frugoni soltó una destemplada y estúpida carcajada.

—No os riais, que soy hombre que nunca retrocedo ante lo que digo.

—Hola! conque me desafias! pues mira, Senarégа... antes que tú bebas una de las dos que acabo de traer, yo he de dar fin de la otra y del resto de la anterior. Ea, manos á la obra; toma la tuya... Estas dos son mias... Por cada vaso que tú bebas, yo dos... ó tres.. Esto último es lo mas probable... Arriba.

Y llenando su vaso tres veces de las dos botellas ejecutó lo que acababa de decir, mientras Pedro apuró uno de la suya.

—Hablemos ahora.

—Hablemos, añadió Pedro.

—Te contaré parte de mi vida, porque toda es materia harto larga.

—Sí... y el sueño vendrá á ocuparnos pronto porque es tarde.

—Ya te he dicho lo que me pasó con Tomás Fregose y su hermano Octavio... Pues bien; en seguida empezamos á saquear y á incendiar las casas de los Fregosos y los de su partido... porque la guerra que nos hacíamos era á muerte... guerra de esterminio!

—Qué horror! todos compatriotas!... ciudadanos!... hijos de la patria!... de una misma madre!...

—Eh! déjate de filosofías... y bebamos, bebamos.

Lo hicieron lo mismo que antes. El genovés sentia ya el peso del vino, aunque se esforzaba para no demostrarlo.

—Una misma madre!... Pues me gusta!... Una misma madre... tiene... hijos buenos... pero tambien muy malos....

—Es verdad.

—Lo que es yo soy un hombre... que, aquí donde me ves, nunca he tenido miedo á nadie. Nos indicaron la casa de uno de nuestros contrarios y nos dirigimos allá... El tal era un marqués que habia hecho su fortuna jugando al *gana-pierde*... No sabes tú lo que es jugar al *gana-pierde?*

—No.

—Eso es muy fácil. Favorecia secretamente con empréstitos y otras negociaciones, al partido dominante... es decir, al que estaba en el poder, y cuando ya le habia pillado lo que él se proponia, ayudaba á los contrarios para que derribasen á los otros... Derribados pues, gritaba, esclamaba y decia que eran unos bribones, que le debian... tanto... y mas cuanto... que lo habian engañado... que lo dejaban arruinado... y como él ya tenia cobrado por otro lado triple de lo que le adeudaban los caidos, perdia al parecer por un lado pero habia ganado mucho mas por el otro... En seguida se pasaba á las filas del vencedor y se preparaba á hacer con él la mismo que con los vencidos.

—Buen sugeto seria!

—Oh! pero le sentamos bien la mano! Fuimos allá. La casa estaba cerrada, y los criados armados dentro. No habia medio de que nos abriesen las puertas... Yo empuñaba una buena hacha y me era muy fácil derribarlas todas... Pero dige á los mios. «Nada... las zorras están dentro?... humazo en ellas...» Le pegamos fuego á la casa, y ardió el marqués con su familia, y los

tesoros que habia robado á la patria.

—Pero una inhumanidad así...

—Se comete cuando se debe. En el momento que empezó á arder la casa se abrió la puerta. «Hola, dije: el cubil está ya franca? pues salid...» Me planté en el dintel... y el primero que asomó fué el marquéc... Le tiro un hachazo y le hago la cabeza dos pedazos... Luego su hijo... hachazo... Otro hijo... otro hachazo... Otro hijo... otro... y otro... y...

Frugoni de repente detuvo la conversacion, pasándose la mano por la frente, y frotándose los ojos.

—Diablo! Este vino... se sube á la cabeza de una manera... espantosa! Oyes, Sena... negra... No sientes tú... así... como plomo... mucho plomo... aquí sobre los ojos?

Pedro, para disimular, colocó los brazos cruzados sobre la mesa, apoyó en ellos la cabeza y fingió quedarse dormido.

—Hola!... tambien... tú.... Cifra... negra?... Esa bruja... de la Fa... lero ha querido vengarse... de nosotros... pero yo le aseguro...

Pedro miraba disimuladamente á Frugoni observando sus menores movimientos.

El genovés balbuciente, ni acertaba á hablar, ni por mas que se esforzaba podia sostener la cabeza.

—Bruja!... Hechicera!... Bribona!... Del primer puñetazo... A tí... y al amo... y al señorito... y al... mismo sol... que se ponga por...

Y dejando caer la cabeza sobre la mesa quedó hecho un tronco.

Los efectos del narcótico que Pedro le habia echado en el vino, na podian ser mas prontos ni seguros.

Pedro se incorporó al punto y levantándose empezó á llamarlo y á moverlo fuertemente, mas el genovés habia perdido enteramente el conocimiento, y el sopor era completo y permanente entonces.

Le registró los bolsillos y le sacó dos llaves. Una era la de la puerta de la calle y otra mas pequeña con-

jeturó que seria la de la papelera que allí habia.

Coge la luz y efectivamente abre con la llave el mueble indicado.

Begístralo prontamente y nada se ofrece á sus ojos de particular.

—No es posible, dice estimulado por un impulso sobrenatural... Esta papelera debe contener algun objeto interesante... me lo anuncia el corazon.

Y vuelve á examinarla... pero nada encontraba.

Ya casi desanimado, y resuelto á abandonarla, advierte un agujerito pequeño junto á una juntura disimulada... Saca la daga que llevaba oculta en el gaban, introduce la punta de ella por el agujero, y en seguida cae una tablita dejando ver un secreto. Pero este no contenia otra cosa que un papel doblado y una llave tambien pequeña.

Desdobla el papel y vé que está escrito en italiano.

Pedro no entendia correctamente aquel idioma, pero pudo comprender algunas palabras sueltas, como *cofrecito... armario de nogal... mi muerte... me prenden... tú Frugoni...* etc.

Al momento atrajo á su memoria lo del cofrecito de marfil y oro que le habia contado Sofia, como muy importante, y que existia en poder de Leonelo.

En seguida coge la lámpara, sale de la habitacion y se dirige á la escalera.

Llega á la puerta que daba entrada al piso alto y estaba cerrada... Llamar á aquella hora podia infundar sospechas á la vieja, inutilizar su plan y perder la obra hasta allí conducida con tanto acierto y felicidad.

Pero por dónde introducirse allí?... Él no conocia la situacion de la casa, é ignoraba por precision en qué habitacion dormia la Faledro ni á dónde debia dirigirse.

Vuelve al patio, levanta la lampara, y todas las ventanas se hallaban cerradas.

Esperar al dia era esponerse sin fruto. Leonelo volveria, conoceria el estado de Frugoni, sospecharia, no

viendo á Pedro ya, que este se habia introducido con fin siniestro, mudaria de domicilio, y todo lo practicado hasta allí para descubrir la morada del hijo de Ludomilia quedaba de nuevo inutilizado.

Perplejo y confuso, su situacion ya rayaba en desesperacion.

Retroceder y abandonar la empresa era aventurado; permanecer en la casa espuesto, perjudicial tambien.

Un solo remedio queda; llamar y ver si la Faledro abre... Si no, un punto de arrojo decisivo... Serian las dos de la noche...

Esta estaba tenebrosa: la lluvia y el viento arreciaban... Hasta la naturaleza parecia interesarse en una accion como la que resolvió Pedro emprender. Esta fué pegarle fuego á las habitaciones bajas y tomar la determinacion que Frugoni con el marqués de Génova.

Para los graves apuros son los remedios grandes. Pedro era un instrumento fiel de su hermana. «Apodérate á toda costa, le dijo, del hijo de Leonelo y Ludomilia, del cofrecito de marfil y oro!...» y Pedro obedecia ciegamente... sin examinar el modo de lograrlo.

Frugoni no podia volver en sí hasta por la mañana: el fuego empezaria por su cuarto, se incendiarán la cama, la papelera y el techo arderia prontamente. El fuego se comunicaria á las habitaciones altas, el genovés, como no podia apagarlo, moriria asfixiado y quemado... un bribon menos. En cuanto la Faledro sintiese el fuego abriria las puertas, Pedro libre ya de su disfraz se presentaria á dar socorro, de los primeros, ponia á buen recado el muchacho buscando antes el armario de nogal y sacando el cofre de él.

Se decide por último á hacer arder el edificio mejor que llamar á la Faledro... Es mas seguro y menos sospechoso.

Pero dudó un momento si empezar por el cuarto de Frugoni. La idea de un homicidio le estremece... Mejor es abandonar al genovés en su cuarto y que el fuego empiece por otra parte si hay probabilidad. Pedro te-

nia sentimientos nobles y recomendables, y antes de sacrificar á un semejante suyo, veia de combinar los medios para evitarlo.

Se encamina á una habitacion del patio que se hallaba abierta. Entra en ella y oye un pequeño ruido á su derecha; alza el pestillo de una puerta que se encontraba hácia el lado donde sonaba el rumor, y se encuentra una cuadra donde estaba un caballo atado á su pesebre. Aquel debia ser el de Frugoni. Entonces ya no duda que ha de haber un pajar allí inmediato... Efectivamente, al estremo de la cuadra divisa una escalerilla estrecha y empinada.

—Aquí hay mas de lo que podia esperar.

Diciendo esto, sube por ella...

Entra en un local bajo de techo que apenas cabia una persona. Su piso era de tablas, y se hallaba entre la cuadra y las habitaciones de arriba. Por fortuna estaba recien lleno de paja.

Baja velozmente, ensilla el caballo, lo saca al portal, cierra le puerta del cuarto de Frugoni, vuelve al pajar, lo incendia, se quita el disfraz, lo arroja al fuego, y sube la escalera del piso alto.

Unos golpes en la puerta, fuertísimos y repetidos, despertaron á la Faledro.

—Este es el bribon de Frugoni que ya estará calamocano como acostumbra todas las noches... dice la vieja. No, pues ahora no me incomodo como antes.

Pero los golpes sonaban con mas frecuencia, y una voz lejana tambien que ella no podía entender.

Se decide á levantarse: abre la puerta de la habitacion donde estaba, y al salir al corredor un vivo resplandor hiere su vista.

Era la llama que por una ventana del pajar comunicaba su reflejo al corredor alto donde se encontraba la vieja.

Se sobresalta en estremo y mucho mas al oir en la escalera las voces de...

—Fuego! Fuego!...

Se precipita á la puerta de la escalera; la abre y un hombre desconocido para ella, le dice en correcto aleman:

—En qué pensais, señora?... La casa está ardiendo... Y el amo?... Y los vecinos?... Vamos pronto, poneos en salvo...

La vieja no articulaba á hablar, y mucho menos viendo que aquel hombre, de quien apenas pudo tomar idea de su fisonomia, le dice, entrándose en lo interior de la casa.

—Despertad á todos, mientras yo hago por aquí lo mismo.

La Frugoni no sabia qué partido tomar.

—Escuchad... le dice atribulada. Por allí... en aquel cuarto... hay un niño... Salvadlo... Salvadlo, por Dios... Es el hijo del amo de la casa... Pero ese Frugoni, qué hace? Dónde está?.. Por qué no sube?...

—Yo no sé de quien hablais... Soy uno de los celadores de noche que tiene el arrabal... Pasé y noté la puerta de la calle abierta. Entré y ví un caballo en el portal... Me interno en las habitaciones bajas y veo ardiendo el pajar... Conque no deteneos... pronto, acabad de vestiros, mientras yo saco el chico que decis.

Pedro, veloz como el rayo, entra en la alcoba que la Faledro le indicó.

En una cama adornada con sencillez, dormia profundamente un jóven como de unos doce años.

Pedro coge una lámpara de alabastro que estaba sobre una mesa, y se la aplica al rostro.

—Qué bello es!... dice. Una copia exacta á su madre.

Junto al lecho divisa un armario de nogal embutido en la pared.

Saca la llave, la introduce en la cerradura, y no abre á la primera vuelta... Dá otra y tampoco logra su objeto... A la tercera la puerta cedió.

El armario tenia varios cajones... Los abre... En unos habia papeles... no se detiene á examinarlos... y en un cajon pequeño divisa el cofrecito mencionado.

Era pequeño, y así pudo esconderlo en el pecho debajo de su coleto.

—Eh! señorito, despertad... dice al jóven. Vestios pronto...

La Faledro llegó á este tiempo; ayudó á vestir al mancebo y entretanto le participó el peligro en que se hallaban.

El jóven los oia con admiracion.

—Y el señor Mastropetro? preguntó.

—Como quieres que esté ahora?... Son las dos de la noche, le respondió la Faledro.

—Y á dónde vamos entonces?...

—Conmigo, dijo Pedro. Despachaos pronto... Que el pajar está próximo á la escalera, no tengamos ya interceptada la bajada y perezcamos aquí... lo urgente es salvar la vida.

—Ay! sí... sí.. por Dios... Vámonos, dijo la Faledro, cuanto antes... Vámonos con este buen señor, que sin él seriamos almas del purgatorio. Es uno de los celadores del arrabal.

Pedro cogió al jóven de la mano, y bajaron prontamente.

Toda la parte del pajar y las habitaciones de encima, ardian completamente. El incendio era horroroso, tanto que atemorizó á la Faledro, al hijo de Leonelo y consternó á Pedro.

Pero no habia remedio, tuvo que hacerlo así... De otro modo él quizá pereceria si lo hubiesen descubierto.

Colocó sobre el caballo á la vieja y al mancebo, cogió la brida para dirigirlo á pié, y saliendo al campo, siguió la ribera del rio en direccion al Castillo del Aguila Negra.

Las campanas de San Matias tocaban á fuego... pero Pedro estaba ya á salvo con su presa.

. . . . . .

Espectáculo horroroso é incomprensible! Al rayar el dia un hombre embozado se sorprende al torcer la esquina de la calle de Ratz-Bogen. Una muchedumbre

numerosa del pueblo estaba enfrente de una casa, arruinada y humeante aun. Todavia se ocupaban en apagar el fuego. Las autoridades del arrabal presenciaban el acto.

Un hombre se hallaba tendido, á corta distancia de la casa, rodeado de curiosos, compasivos y charlatanes noveleros.

El uno decia:

—Pobrecillo!... se ha asfixiado...

—Si no lo hubiesen sacado entre Ambrosio y Marcelo, decia otro, á esta hora está hecho un chicharron.

—Qué! si lo que tiene es que está desmayado con el susto.

—Y los demás de la casa?

—Han perecido todos entre las llamas... Estaban en las habitaciones altas donde no ha quedado señal de nada, y este se ha librado porque dormia en una sala baja al lado de la puerta

El embozado no acabó de escuchar estas palabras... Se lanza entre las cenizas... y al ver el estado de destruccion en que estaba la parte alta de la casa, dá un grito pronunciando:

—Ah! hijo mio!!...

Y cae desplomado sobre los escombros.

Todos acudieron á él.

Los espectadores no podian comprender mas que por las palabras que le oyeron pronunciar al caer, el fundamento de aquel enagenamiento repentino. El incógnito era desconocido en el arrabal lo mismo que los que habitaban en la casa.

El embozado era Leonelo: el hombre tendido en el suelo su servidor Frugoni.

XVII.

La caza el primer Juéves.

RETROCEDAMOS un poco.

La conversacion que tuvo Ludomilia con el príncipe de Marck en su cámara la noche de la tertulia, no tuvo otro fundamento por parte del príncipe, que enterarse de la duquesa si Othon proseguia en su indiferencia, y aumentar en el corazon de esta el dardo de la ofensa y el resentimiento, disimulándolo con la compasion que le inspiraba su belleza y su desgracia

El príncipe aventuró algunas espresiones indirectas, culpando á los esposos que procedian así con sus mugeres, y que las autorizaban para entregar su corazon, á otro que pudiese estimar en su verdadero valor la distincion y aprecio que se debe á los atractivos de una muger hermosa.

Cada palabra del príncipe era una gota de veneno,

que iba destilándose sobre el corazon de Ludomilia. La memoria de Luitzpoldo se grabó profundamente en su alma, y la modesta resignacion con que habia sufrido la sátira de la marquesa, fué un estímulo mas para granjearle su estimacion.

La anécdota de Sofia, sobre el descubrimiento de la amada de Luitzpoldo, no mereció entero crédito de la duquesa. Sin embargo, tuvo interiormente su punto de celos... y esto avivó mas el deseo de que Luitzpoldo tuviese una ocasion de declararse á ella.

Esperando este momento, pasaron los dias trascurridos hasta la noche de Pedro en la calle de Ratz-Bogen, y en los cuales el príncipe de Marck no se descuidó de estimular á Othon, por medio de los miembros del consejo, á que adoptase las medidas alarmantes sobre la contribucion que habia indicado á su sobrino.

El príncipe entretanto habia escrito una carta reservada á Ernesto de Brunswick, anunciándole el estado de decadencia en que se hallaban el erario y ejército de su sobrino. Que era la ocasion de renovar sus pretensiones al principado de Hesse-Delmot, y que para el efecto Ernesto lo invadiese con sus tropas, á fin de que cuando Othon quisiese acudir ya no pudiese recuperarlo. Que él haria que los ejércitos de su sobrino los mandase un general novel é inepto, y á su advenimiento al trono, pues estaba procurando los medios de que su sobrino muriese sin herederos, reconoceria como inherentes á la corona de Hannover y Brunswick los pueblos pertenecientes al principado de Hesse-Delmot.

Ernesto no despreció el parecer del príncipe, y se propuso efectuarlo al pié de la letra.

Otra circunstancia poderosa favorecian las miras de Ernesto. Othon tenia que marchar á la coronacion del emperador y dejar los asuntos de la guerra en manos estrañas, en ocasion tan crítica.

Las miras siniestras del príncipe se comprenderán fácilmente.

Poner en mal estado los asuntos de Othon, y como es-

poso y soberano, abrumarlo, anonadarlo... perderlo en fin.

Las circunstancias domésticas favorecian sus miras sobradamente. Por Inmegarda sabia todos los pasos de la duquesa, y sino sus secretos, por los primeros conjeturaba los segundos. Ulrico tambien le informaba de los de Othon, y así tenia dos veces al dia noticia de las ocurrencias que pasaban en palacio y de lo que practicaban los dos primeros personages de la corte.

Con la marquesa de Korvei era con quien él no adelantaba paso. No sabia bajo qué carácter mirarla ni cómo entenderla. Noticioso de su talento se habia introducido en su tertulia para observarla, y vió ser exactos los informes y la fama que tenia de ella. Pero para esplorar su opinion se necesitaba superarla en sutileza y la marquesa perspicaz en demasia, y muger además, iba á comprender á las primeras palabras del príncipe, la intencion que le animaba, y cuál era su objeto.

Por lo cual se decidió á esperar que algun acontecimiento le pusiese en la mano la ocasion de satisfacer su deseo.

El sol iba caminando á ocultarse detrás de los corpulentos y poblados árboles de la selva de Roden. Un dia hermoso y templado del otoño iba tocando su término.

Las trompas de la caza habian interrumpido desde muy temprano el silencio que reinaba en el bosque. Esta señal indicaba que sus moradores iban á ser perseguidos aquel dia por los monteros, cazadores y sus perros.

A par que el dia habia ido declinando, el ruido de la trompa iba siendo mas tardio y lejano del paraje que indicaremos... la casa rústica de Conrado.

Este se adelantaba acompañado solamente de Brunon.

—No vendrá hoy ya... decia el anciano á su criado. Es el primer juéves de la cita, y es seguro que no habrá podido!... Esa batida que recorre el bosque y que segun los que van en ella son todos señores de la corte, le habrá ocupado... Los has visto bien? ..

—Si, señor... Oculto como os he dicho entre la espesura de la selva han pasado cerca de mí los monteros. Preguntaban por la gran duquesa y la marquesa de Korvei... He procurado retener bien en la memoria los nombres.

—La suerte nos ha favorecido, Brunon... No se han dirigido por esta parte, y por lo tanto nuestra morada no ha sido por ellos descubierta. Si dan en menudear estas partidas de caza tendremos que mudar de domicilio.

—Y por qué, señor? Nadie nos conoce, y así aunque nos vean...

—No importa... El contacto con los hombres podria otra vez serme funesto.

Llegaron al poyo de piedra que estaba á la puerta de la casa y el anciano se sentó.

Brunon entró en ella.

—Virtud!... honradez!... integridad!... decia el anciano reflexionando. Hé aquí lo que nos exigen los hombres. Y para qué? Para vendernos vilmente y hacernos mísero y triste juguete de sus caprichos!... Respetan acaso alguno de estos sentimientos? Al contrario, nos infaman y fian en la bondad que nos caracteriza para obrar á su antojo... *Virtud!*... atropellada... *Honradez!*... escarnecida... *Integridad!*... burlada... Nada es la práctica de tan sublimes dones... La maldad es el todo en el mundo...

Y sin embargo, los que no podemos ser malos, nos limitamos solo á conocer al malvado y sufrir sus consecuencias.

Sí... sí... huir del hombre es el partido mejor... el mas prudente. No me han privado de todo en el mundo? Qué me han dejado? Lágrimas y amargos recuerdos!...

Un hombre á caballo interrumpió estas reflexiones.

Se detiene delante de Conrado, se apea y sin decirle palabra le entrega un billete que decia:

«Padre mio: Considerad mi sentimiento cuando

esperaba este dia con vehemente deseo para abrazaros, y á mi querida Gacela tambien... Pero un cargo importante del gran duque mi soberano me priva de ello. No puedo separarme un punto de lo que me prescriben sus órdenes, que acato y venero como súbdito y soldado. Os envio á mi criado con este aviso y con el amor que os profesa vuestro hijo.—Otocaro.»

«Mil besos á mi Gacela y espero que pronto podré daros un abrazo porque, segun informes, mi comision termina ya.»

—Bien; decidle á vuestro amo, que aprecio su atencion, y le doy las gracias.

Thuin hizo una señal de aprobacion con la cabeza y montando á caballo desapareció.

Pocos pasos habria andado el suizo, cuando por la izquierda de la casa se oyó un ruido estraordinario entre los arbustos que estaban enlazados con los pinos.

Este era un enorme y fogoso jabalí, que rompiendo con sus afilados colmillos el follaje de la selva huia herido por los venablos de sus perseguidores.

La fiera se dirigió hácia las ocultas asperezas del monte y desapareció con la velocidad del rayo.

El rumor de la trompa se oye mas próximo.

Un grupo de cazadores seguia con la misma ligereza las huellas del animal, que perdieron al momento.

Un silencio momentáneo sucedió á la desaparicion de aquellos objetos, pero fué interrumpido por otros que pusieron mas en cuidado á Conrado.

Esta era una muger, que por la parte del monte, precisamente donde el javalí se habia ocultado, venia sobre un caballo, el cual, espantado sin duda con la fiera, iba á precipitar al ginete.

Detrás, á corta distancia, la seguia un hombre á caballo tambien.

El corcel de la dama se metió entre los pinos, sitio peligroso por su espesura, y al pasar junto á uno de ellos, el vestido de terciopelo negro que llevaba ella se enredó con una rama saliente, la cual con la violencia de la

carrera del caballo l a arrancó de la silla. La dama dió un grito de horror, pero antes de caer al suelo ya se hallaba en los brazos del caballero que la seguia, el cual la recibió en ellos montado aun en su caballo.

Los árboles ocultaron de la vista de Conrado el resto de la escena.

El caballero era Luitzpoldo y la beldad desmayada la gran duquesa.

Luitzpoldo se apeó, no sin gran trabajo, por temor de no molestar carga para él tan preciosa y tan bella.

El enamorado doncel, puesta una rodilla en tierra, tenia sobre la otra la cabeza de la muger que adoraba mas que á su existencia. Su brazo izquierdo ceñia aquel hechicero cuello, y su contacto comunicaba á su alma un fuego magnético y abrasador.

El astro del dia habia ya ocultado su faz plácida y hermosa... Un silencio profundo, solo interrumpido por el rumor sordo que hacian las hojas de los árboles, agitadas blandamente por la suave y balsámica brisa del anochecer, el canto de las aves que parecian murmurar de la situacion de Luitzpoldo y Ludomilia... era lo único que presenciaba aquellos trasportes de amor y entusiasmo.

Luitzpoldo contemplaba estasiado á su querida, sintiendo al mismo tiempo que la oscuridad estendiese su sombrio manto y le privase de ver su rostro. Sus ojos fijos en la muger que entonces tenia en sus brazos, en aquella que á pesar de su grandeza y orgullo, estaba allí por un efecto de la suerte entregada á su arbitrio, devoraba con sus miradas aquellas formas interesantes y divinas. El mancebo sentia correr por sus venas el fuego germinador que le abrasaba y deleitaba á un tiempo... Un impulso eléctrico se habia apoderado de todos sus miembros... Esperimentaba, en fin, una sensacion para él desconocida hasta entonces. Ludomilia abrió los ojos, dando un suspiro... Echó una mirada á su libertador... y los volvió á cerrar, ruborizada y sin atreverse á darle á entender que estaba ya en su acuerdo.

Luitzpoldo no comprendió el estado de la duquesa y creyó que se habia vuelto á desmayar. Estrechó arrebatado contra su corazon aquella cabeza querida, y sin poder ya contenerse imprimió en sus mejillas hechiceras besos de ternura y amor.

Aquellos besos estremecieron interiormente á Ludomilia, como si todos sus miembros hubiesen esperimentado los efectos de un veneno agradable, pero de una mortal rapidez. El contacto de los lábios del jóven capitan llevó súbitamente su poder hasta el fondo del corazon de la duquesa. El impulso de aquellos besos cegó á Ludomilia... decidió del porvenir de Othon... del de ella... de todo Ravensberg... Fué un juego de fortuna en que se jugó el destino de varias personas... la ventura de un reino entero... su paz... su dicha... sus mas caros intereses.

Besos halagadores y hechiceros llenos de ternura y ardor... Besos precursores de ventura... Símbolo de un grato esperar entre dulzuras y plácidos deleites... pero estos besos ocultaban en su centro la hiel mas amarga... El amor los habia adornado y revestido con sus encantos y sus goces. La fatalidad los engendró antes con sus lágrimas, dolores y padecimientos.

Esta era su esencia, su ser, su vida! El dulce atractivo que presentaban era falso, supuesto... engañador!... La aparicion de un fantasma... El errante y vago curso de una sombra... El pasajero consuelo de una ilusion febril... de una enagenacion mental.

—La felicidad me ha sonreido, amor mio, decia Luitzpoldo á Ludomilia; la ventura me ha presentado sus goces!... El eden de la dicha me ha abierto sus puertas y me convida á gozar para existir... Sí, hasta aquí he vivido solamente con la esperanza de gozar... No somos nosotros... es una fuerza desconocida que manda, conduce y arrastra á veces... Esa nos ha reunido aquí... Los medios de que se ha valido no los quiero recordar. Ella ha ordenado que yo te estreche contra mi pecho, para que el ardor de tantos suspiros, ahogados y comprimidos por tu causa, puedan llegar hasta tí... Para que

tocando de cerca al ídolo que venero, él me infunda valor y audacia para espresarle mis sentimientos, para poder en una palabra decirte... yo te amo Ludomilia... Te adoro... como á mi vida!!...

Y volvió á besar como anteriormente el rostro de la duquesa.

—Basta Luitzpoldo, basta ya... dijo Ludomilia sonriéndose, tierna y amorosa. No estais satisfecho aun?... Bien habeis aprovechado el tiempo... No os quejareis por cierto de la caza de hoy, ni de vuestra feliz audacia.

El tono dulce y apacible de la duquesa dió á entender á Luitzpoldo, aun en su turbacion, que era amado,

La juventud y el amor son dos poderes superiores, dos fuerzas que, cuando obran unidas, es muy difícil atajar su curso... Luitzpoldo poseia uno y otro con vigor y energia; la ocasion se le presentaba, y tuvo audacia y destreza para aprovecharse de ella.

Ludomilia era una muger jóven tambien... resentida, enamorada del hombre que tenia delante, su marido un ingrato, un tirano de su vida... los estímulos voluptuosos y sensuales obraban en ella con impetuosidad.

La oscuridad y el silencio se habian estendido por el bosque.

La soledad es el mejor y mas grato aliciente para el amor. El campo incita, provoca á los amantes... Dichosos los que poseen la virtud en un grado que no admite duda ni recelo!!...

Luitzpoldo, fuera de sí volvió á estrechar contra su seno á Ludomilia... Sus besos eran mas repetidos y ardorosos... La duquesa entregada á aquel letargo incomprensible, ni aun calculaba los resultados de semejante abandono... Se olvidó que era duquesa soberana... muger de Othon de Ravensberg... Solo existia la muger amante, vengativa é inconsiderada!... Se olvidó de sí misma en fin.

Un grito agudo que dió una muger, cayendo en tierra en seguida, fué el que hizo volver á los amantes de su enagenamiento. El rubor y la vergüenza cubria las

frentes de Ludomilia y Luitzpoldo. La marquesa de Korvei habia recibido una impresion tan terrible y dolorosa al verlos, que su razon y fuerzas la abandonaron al momento.

Detrás llegó otro hombre, el que por suerte al presentarse vió á la duquesa y al capitan al lado de Sofia.

—Mirad, Colemberg, dijo Ludomilia, disimulando, y sin acertar á hablar... Mirad á mi querida Sofia... Se asustó al vernos: sin duda como ya es de noche, y esta selva tan peligrosa...

—Yo la acompañaba; pero los caballos han quedado cerca de una casa que hay aquí inmediata, porque la maleza nos impedia llegar hasta aquí con ellos, donde un hombre, á quien preguntamos, nos informó de vuestro peligro, y nos dijo el sitio donde os hallábais, señora.

La marquesa no daba señales de volver de su desmayo y Ludomilia y Colemberg empezaron á entrar en cuidado.

—Será necesario conducirla á esa casa, donde mejor se la podrá socorrer que aquí en medio de un bosque... dijo la duquesa.

Colemberg y Luitzpoldo lo hicieron porque habia poco que andar desde allí á la casa de Conrado.

Mas al llegar notaron los caballos de Sofia y Colemberg atados á un árbol, la casa cerrada y nadie se divisaba en sus contornos.

A ninguno causó mas admiracion ver esto que al baron, cuando pocos momentos antes le habia contestado, un anciano que estaba sentado en el poyo, con tanta afabilidad á sus preguntas.

Llama repetidas veces á la puerta de la casa, pero un silencio profundo, recibe por respuesta.

Redobla sus golpes, demandando á gritos socorro para una señora desmayada. Invoca la caridad, la compasion, á estos nombres una ventana alta se abre y á poco la puerta, por la que se presenta Conrado y detrás Brunon con una linterna en la mano.

—Señores, dice el anciano; no estrañeis mi resistencia en abrir.... Estoy en el centro de una selva peligrosa y no debo franquear mi casa á esta hora á todos los que llamen á la puerta. Esta precaucion, ni la graduareis de ridícula ni inconsiderada, si os haceis cargo de mis palabras. En qué puedo seros útil?

—Ya veis el estado de esta dama, le contestó Colemberg. Permitid que la entremos en vuestra casa.

—Es imposible, caballero. Esta casa está cerrada para todo el mundo.

—Tambien para la gran duquesa? añadió Luitzpoldo. Mirad que es su alteza real á quien teneis presente, y esta señora desmayada su amiga mas querida, la marquesa de Korvei.

—En este sitio, en la independencia en que vivo, no conozco distinciones ni gerarquias... Para mí todas las personas son iguales... Aquí miro al hombre nada mas, no la calidad ni el título de que está revestido.

—En fin, sea como sea, repuso impaciente Colemberg, prestadnos los auxilios indispensables para que la marquesa vuelva y nos podamos marchar.

—Eso es diferente... Brunon, trae á estos señores agua y vino que es lo único que poseemos para estos casos.

El criado volvió á poco con lo que le ordenó su amo.

Conrado habia tomado la linterna á Brunon, y alumbraba el rostro de Sofia, la cual colocada sobre el asiento de piedra no daba la mas leve muestra de volver en sí

A favor de lo que Conrado habia suministrado, Sofia dió un suspiro y entreabrió los ojos.

La duquesa conociendo que podia contribuir en beneficio de Sofia el facilitarla que respirase libremente, aflojó la cotilla de su vestido, metió la mano en su seno y sacó fuera de él la cruz de oro que llevaba pendiente del cordon de pelo.

Conrado al reparar en ella queda sorprendido es-

traordinariamente. Sus ojos se fijan con ahinco en aquel signo sagrado, y olvidándose de todo coge la cruz y se pone á examinarla.

—Sí... sí... ella es! esclama con un acento de dolor y desconsuelo y cae tambien sin sentido en los brazos de Brunon que se halla detrás de él.

El criado, afligido sobremanera de ver á su amo así, se dió prisa á apartarlo de aquel sitio, y metiéndolo en la casa, cerró otra vez la puerta.

Aquella escena fué tan rápida como intempestiva.

La duquesa, Colemberg y Luitzpoldo no podian descifrar lo que acababa de pasar.

El baron, como mas curioso iba á examinar la cruz, pero la duquesa le contuvo diciéndole:

—No seais imprudente, Colemberg... Cualquiera que sea el significado de esa cruz, cuyo poder ha influido tanto en ese anciano, debemos no ocuparnos de él. Cada cual tiene sus secretos... y estos deben ser respetados por toda persona sensata y comedida.

En seguida ocultó la cruz en el seno de la marquesa.

Esta acabó de recobrar sus sentidos y prorrumpiendo en un copioso llanto, pudo así desahogar su oprimido espíritu.

La duquesa la abrazó procurando consolarla... pero los brazos de Ludomilia le causaron un estremecimiento terrible... la impresion horrorosa de si se hubiera enroscado á su cuello una serpiente.

Los halagos de la duquesa hacian ya daño á Sofia. Los brazos que la ceñian eran los mismos que acaban de estrechar á Luitzpoldo.

La trompa de caza se dejó oir mas cerca, y en el momento se vió aquel sitio lleno de monteros y cazadores.

Colemberg dió la órden de partir, y todos se pusieron en marcha para el palacio de Ravensberg.

XVIII.

Dos decisiones.

La partida de caza de que hemos hecho mencion fué proyectada por Colemberg; primero, para inaugurar su nuevo destino, y segundo, porque la consultó con Luitzpoldo, para buscar en ella una ocasion para disuadir á Ludomilia de las sospechas que en la tertulia la hizo concebir la marquesa de Korvei.

Esta ocasion la habia tenido y aprovechado Luitzpoldo perfectamente durante la batida, y aun aventuró palabras y acciones, que la duquesa admitió con un placer disimulado y satisfactorio para el jóven capitan.

Colemberg conoció desde luego el intento de Sofia en la falsa anécdota que contó, referente á los amores de Luitzpoldo, y vió claramente que la perspicacia de ella habia penetrado la inclinacion de él hácia Ludomilia, inclinacion que esta no recibia con desvio, y que

esa era la razon porque Sofia se propuso realizar sus conjeturas inventando un cuento en que, atacando el interés del uno y el amor propio de la otra, ambos se declarasen mudamente como lo hicieron.

Tan lejos de aclararle Colemberg esto á Luitzpoldo, se lamentó con él de la imprudencia de la marquesa que, como muger, habia dado á un chisme llegado á sus oidos una importancia tal. El baron se propuso aquel dia ver á Sofia y participarle el conocimiento que tenia de esas relaciones, empezadas ya hace tiempo en la inclinacion de ambos amantes, lisonjeadas el dia de la batida, y justificadas á la entrada de aquella noche misma como la marquesa lo vió sorprendiéndolos.

Aunque el baron ignoraba esta circunstancia, pues hasta Luitzpoldo se la calló, no dejaba de sospechar que algo habia visto Sofia, cuando los encontró solos en medio de un bosque y á aquella hora.

Por lo que advirtió que era preciso declararse á la marquesa para no perder su gracia.

Colemberg creia haber anudado fuertemente el lazo de su ambicion. Confidente de unos amores clandestinos de tanta importancia, tenian que comprar su silencio á toda costa.

De modo que él habia sabido venderse á muy caro precio... Era un negociador, una especie de chalan cortesano, harto hábil para traficar con su pundonor, su decoro y las cualidades mas dignas y estimables para todo hombre de honor.

El interés vence á la vergüenza, la moralidad, la piedad y á los mas caros afectos. El interés es una hidra sanguinaria y ponzoñosa que destruye, mata, se reproduce y crece, entre sacrificios de todo género y especie.

Colemberg descendió á uno de los estremos mas bajos, no para un caballero, sino para un hombre vulgar. Rebajó infamemente su dignidad de tal, cimentando en el corazon de un jóven inconsiderado una pasion, que era su deber, como noble y como súbdito, haber combatido y

desbaratado. Él con sus consejos y artificios la dió pábulo y la cimentó como se ha visto, hasta ponerla en un punto ya indestructible á costa de mil humillaciones para elevarse y medrar.

Hasta su ambicion le cerraba los ojos en unos términos, que lo tornaba en ciertos casos en torpe é imbécil. La marquesa lo odiaba atrozmente, y él se imaginaba que lo queria, sin conocer que ella lo lisonjeaba vanamente en estilo falso y satírico.

Ludomilia en cuanto llegaron á palacio, de vuelta de la caza, despues de quedarse sola en su cámara pasó á ver á Sofia. La duquesa en la entrevista secreta que tuvo con ella, no le ocultó sus relaciones con Luitzpoldo... porque no era posible ya. Hizo mas: le habló de su inclinacion á este con orgullo y altaneria. Hizo alarde de un derecho justo que le asistia y cuya procedencia dimanaba del desvio de su marido... Le manifestó, por último, que aquel amor era un favor de la Providencia, pues haria mas dulces y llevaderos los momentos conque Othon amargaba su existencia. Que gozaria de un corazon amante como el de Luitzpoldo, en quien depositaria los afectos renacidos en su pecho, amortiguados y casi muertos en lo mejor de su vida, por haberla entregado inhumanamente á un hombre como su esposo, que ni aun compasion tenia de verla, hija sin ventura y muger desgraciada.

Sofia, con su acostumbrado tino, deploró dulcemente el estado á que Ludomilia se habia visto obligada á entregarse... No le hizo reflexiones sobre este grave desliz aun mayor que el de Ferrara, porque conocia que para la duquesa ya no habia remedio.

Esta le confesó tambien el tiempo que hacia ya de su inclinacion á Luitzpoldo, y que en la batida de aquel dia él se habia declrado abiertamente.

La marquesa ya lo que deseaba era que se retirase la duquesa.

Esto lo consiguió al fin despues de haber estado Ludomilia con ella largo tiempo.

Sofia en el momento que quedó sola se dirigió al crucifijo de metal, y arrodillándose delante de él empezó á llorar sin consuelo.

Lo que aquel hermoso corazon padecia en tal momento ya lo comprenderá el lector mas adelante.

—Oh, madre mia! esclamó mirándolo con los ojos arrasados en lágrimas. Desde la presencia de este ser de misericordia donde estás, ilumíname, dá á mis pensamientos el acierto necesario, y á mis ideas el giro prudente que deben tomar en este cruel trance. Mi corazon se decide á odiar ya á esta muger... A esta muger que tú sabes he amado, á pesar de habernos sido ten funesta, porque mi alma se inclinaba mas al cariño que al aborrecimiento... Pero ella por una fatalidad del destino, por un decreto tuyo, Dios mio... porque habrá convenido así á tu sábia Providencia, ha roto hoy de una vez ese lazo fraternal que nos ligaba... Ha puesto entre ella y yo un espacio inmenso... una valla insuperable que nada ya puede unir ni salvar.

Yo me siento animada en este momento por tí, mi Dios, para pensar así... Mi fé en tí es ardiente, mi entusiasmo ciego. Cúmplase tu soberano decreto. Ya desde aquí en adelante miraré mis actos hácia esa muger como determinaciones tuyas... Me consideraré un instrumento de tu brazo.

Sofia enjugó de repente su llanto. Su corazon á par de sus ojos habia quedado enjuto y seco á todo sentimiento tierno hácia Ludomilia.

Se levantó prontamente serena y sosegada... Aquella faz hermosa, antes triste y acongojada, habia cobrado súbitamente todo su esplendor y lozania. Radiante de satisfaccion y esperanza, parecia iba á ostentar su influjo poderoso sobre lo que su vista midiese, sobre todo lo que su pensamiento alcanzase.

La guerra entre la gran duquesa y la marquesa de Korvei, se acababa de declarar en aquel momento.

Un poderoso auxilio recibió Sofia con la llegada de la persona que le anunciaron.

Richsa entró, entregándole la targeta de Pedro, el ugier del Castillo del Aguila Negra.

—Que pase prontamente: le contestó la marquesa.

Este, embozado en su capa, como tenia por costumbre presentarse en palacio, fué introducido por la doncella en la habitacion de su hermana.

Cuando se quedaron solos, Pedro se quitó la capa y el sombrero y se arrojó á abrazar á Sofia.

—Ya están cumplidos tus deseos, hermana mia. El hijo de Leonelo está en mi poder, con el cofrecito de marfil y oro que me encargastes.

—Cómo!... esclamó Sofia gozosa. No me engañas. Pedro? Es posible que hayas podido conseguir realizar nuestro proyecto á satisfaccion?

Pedro refirió á su hermana todos los pormenores del hecho.

—Bendigo á la Providencia, prorrumpió Sofia; por lo propicia que se nos muestra en tal momento. Y ese infeliz jóven, dónde lo has conducido?

—Se halla en el Castillo del Aguila Negra.

—En qué sitio de él?...

—En una de mis habitaciones. Le acompaña el ama de gobierno que tenia Leonelo, que no quiere separarse un punto de él.

—Lo vió alguno entrar?

—Solo el escudero que guarda el portillo por donde salgo yo de noche, y ese sabes que es harto callado.

—Bien... pero no os observaria detenidamente porque tú procurarias...

—Le hice retirar de la puerta para que pasaran... Sabe que entraron dos personas conmigo, pero ignora quienes son.

—Está bien. Y es hermoso el mancebo?

—Como su madre.

—Hijo desgraciado!... No necesito recomendarte precaucion, reserva y silencio... Que nada le falte... Cuida de que sea tratado como se merece... Ese jóven, si sus cualidades no desmienten mis esperanzas, ya que

su madre le ha hecho desventurado yo procuraré que sea feliz.

—Tú!

—Sí, tengo mis ideas formadas sobre ese mancebo... Mas adelante te las manifestaré. Por eso te encargo que mires por él.

—Lo haré así...

—Y el cofrecito, dónde lo has depositado? Te advierto que es preciso guardarlo con sumo cuidado. Debe tener dentro documentos interesantes... Los has leido?

—Ni aun he querido abrirlo... Lo he escondido en el secreto que hay en la sala del Aguila del castillo. Sabes que allí, á no ser tú, el duque ó yo, nadie podrá hallarlo... Seria preciso para eso que derribasen la fortaleza.

—Y el mariscal Otocaro, cómo se ha portado en estos dias?

—En las pocas horas que he estado en el castillo me ha manifestado un aprecio entrañable. No dudes lo que te he dicho á tí y á Othon. Ese hombre conocia á nuestra familia cuando era molinero, y nos ha reconocido ahora; solo que disimula á ver si yo me esplico mas con él. Sus preguntas y el afecto que me profesa me lo han dado á entender muy claro.

—Sin embargo, es un sujeto recomendable.

—Oh! en cuanto á eso te aseguro que no he tratado ninguno con el corazon tan puro... con unas ideas mas sanas... con un carácter mas enérgico y una honradez á toda prueba... Te aconsejo que si algun dia te ves obligada á fiar nuestros secretos á alguno, que lo prefieras á él.

—Hay otro tambien que puede servirnos tanto ó mas que el mariscal. Y cuenta que tu consejo no lo desecharé, porque... yo debo verme en el caso de necesitar de algunos. Pero no calculas, Pedro, cuál puede ser el otro que te indico ahora?

—No...

—Cuál es el hombre cuyo corazon habrás herido hoy mortalmente, cuando haya llegado y visto la casa que has destruido en la calle de Ratz-Bogen?

—Mastropetro?

—No, Leonelo... No será á Mastropetro á quien yo me dirija, será á Leonelo, conde de Polesino... A un caballero, á un noble ofendido en lo mas sensible y lo mas caro... Un hombre que ha perdido su hijo... y que deseará hallarlo, verlo feliz y estrecharlo contra su corazon.

—Y qué le vas á declarar su paradero? Entonces, para qué yo esta noche pasada....

—No abrigues ese error... Cuando ya le diga á Leonelo: «Hé aquí vuestro hijo», será porque ya me habrá dado pruebas sobradas que acrediten ser digno de ello... Ni aun Ludomilia ha de saber que existe... Ese niño, para todo el mundo ha perecido en el incendio de la calle de Ratz-Bogen.

—Ah! con que tú quieres...

—Que viva solamente para nosotros... para mis proyectos... para asegurar el éxito de lo que estamos trabajando hace tantos años... Por eso al contarme tú el resultado de tus planes de anoche, he dado gracias á la Providencia... porque he conocido que nos favorece demasiado. Anoche me ha proporcionado por tí medios seguros á nuestro favor; y esta tarde en la caza acaba de arrancar de mis ojos el velo que le tenian puesto aun, la consideracion, el miramiento y... lo confieso, Pedro, el cariño que todavia conservaba á Ludomilia.

Y añadió lo que habia visto entre Luitzpoldo y la duquesa.

Pedro quedó mudo de admiracion y asombro... porque amaba á Othon lo mismo que Sofia.

—Tú sabrás como manejarte en el negocio, dijo á su hermana. Pero yo, puesto en este caso, se lo declaraba todo al duque.

—Y con qué pruebas? Por mi simple referencia? Aun dando por cierto que Othon fiando en mi cariño me

creyese, como lo haria. Cómo se acusaba á Ludomilia de su falta? No consideras que un cargo tan grave necesita ir poderosamente apoyado?

—Es cierto. Pero avisado Othon, pondria medios secretos para sorprender á la duquesa y á su amante, y entonces...

—Oh: no, no, Pedro; eso es muy aventurado, y en un hombre como Othon mucho mas... El ridículo que ya pesa sobre él, seria un torcedor para su alma, y quién sabe si un estímulo fatal que, obrando en él como esposo y soberano, le conduciria á un estremo violento y de tristes consecuencias. Este es un cariño de córte, un amor palaciego... Mas yo vengaré á Othon diplomáticamente... Yo tomo sobre mi cargo la lucha y quiero llevarme sola la victoria. Y sabes cuál es el medio mas seguro de conseguirla? Protegiendo el tráfico indigno de Ludomilia y su amante.

—Tú? Y descenderás...

—A qué?... Dado caso que en la córte se sepa, arrostraré la severidad de la sátira á trueque de levantar un dia la cabeza, triunfante y orgullosa, confundir á mis detractores y vengar á Othon... vengarnos á nosotros mismos.

—Si lo consigues...

—Te lo aseguro... No te negaré que no me faltarán, sinsabores, inquietudes... pero no importa. Cuento contigo que serás un muro colocado en la puerta del Aguila... En la puerta donde está mi esperanza, mi apoyo, el propignáculo de mi poder.

—Bien sabes que esa la defenderé hasta con mi vida.

—No será necesario. Retrocediendo á lo que estábamos antes, el mariscal Otocaro, sabes tú si ha deseado en tu ausencia penetrar por la puerta del Aguila?

—No se ha acercado á aquel paraje en cumplimiento de las órdenes soberanas. Su vigilancia y cuidado se estendia solo á las personas que entraban y salian en el castillo, menos conmigo, porque sabia la escepcion

particular que le recomendó el duque mismo.

—Y de las personas que tú introducistes anoche en la fortaleza sabe algo?

—Nada, porque Warlock el escudero, que es el centinela nocturno y diario del portillo, es demasiado fiel á mis preceptos, y sabe que mis determinaciones en la fortaleza son superiores á las del nuevo gobernador.

—Y hoy las podrás ejercer mas ámpliamente.

—Cómo!

—Ya lo oirás decir... Retírate y no vengas nunca mas á verme, sin que un motivo muy grave te obligue á ello.

Los hermanos volvieron á abrazarse, y Pedro obedeció á Sofia volviéndose al Castillo del Aguila Negra.

XIX.

Otra entrevista.

El dia despues de la batida en la selva de Roden, el baron de Colemberg no se olvidó de ir á visitar á Sofia, y participarle la inclinacion mútua que reinaba entre Luitzpoldo y la gran duquesa. Sofia aparentó sorprenderse y aun se manifestó quejosa de que Ludomilia no se lo hubiese confiado con el tiempo oportuno como su cariño hácia ella lo exigia.

El baron, luego que Sofia le hubo satisfecho con una disculpa, sobre su desmayo en el bosque, le hizo presente, con cierto énfasis, que era necesario patrocinar las relaciones de Ludomilia y el capitan, porque el gran duque en cierto modo se habia hecho acreedor á aquel comportamiento de su esposa. Por lo demás, no eran ellos los que debian juzgarla, y que en Luitzpoldo aunque habia atrevimiento y audacia, esto merecia disculpa, porque el corazon de un jóven es susceptible de contraer pasiones que no están en la ma-

no del hombre evitar ni contener.

La filosofía del baron fué comprendida demasiado por la marquesa. Se juraron los dos un secreto inviolable sobre el particular que trataban, y Colemberg se separó tan satisfecho y orgulloso de los adelantos de su obra.

Sofia, á pesar del interés tan grande que tenia en protejer esos amores y precipitar á Ludomilia, no podia convenir, en ello sin una insufrible repugnancia. La marquesa tenia harta virtud, sus principios eran tan rígidos y recomendables, que salir de la senda que habia surcado desde sus primeros años le costaba un trabajo inmenso. Así es que aunque conoció la utilidad de lo practicado por su hermano en la calle de Ratz-Bogen, no apartaba un punto de su memoria la amargura de Leonelo, á la vista de su casa, presa de un incendio horroroso, creyendo que el hijo que tanto adoraba habia perecido en él.

Este pensamiento le ocupaba sin cesar y deseaba consolar á Leonelo en parte.

Pero aunque este instante lo ansiaba por un lado lo temia por otro. Para ello era fuerza comunicarle un secreto que iba á despedazar nuevamente su corazon. Que Ludomilia era infiel á su marido, y no con él, que tanto la amaba aun.

Golpes tan repetidos para un hombre que no los merecia, modelo de generosidad, amor y nobleza, era una crueldad. Mas Sofia queria unir á su interés la venganza de Leonelo... Hacerlo partícipe, cómplice de sus maquinaciones, porque Leonelo desearia vengarse como noble y ofendido, pero para ello era fuerza hacerlo sabedor de lo mas esencial.

Ya hacia dias que Leonelo no parecia en palacio y se ignoraba su paradero. La marquesa habia mandado hacer averiguaciones y nadie le satisfacia. Dió órden á sus pages que en el momento que Mastropetro se presentase en la córte, lo condujesen á su presencia.

Muchos notaron su falta, en particular Colemberg.

La ausencia de una persona así en palacio se le dá poco valor. Monseñor Nobourg-Packteim, mayordomo mayor y bajo cuya autoridad se encontraba Leonelo, no se habia cuidado mucho tampoco de la falta de su dependiente.

Los cortesanos distraidos tambien con los infinitos rumores que circulaban en aquellos dias, no se ocupaban de una cosa tan insignificante cual era la falta de un escudero. La duquesa era la única que lo estrañaba, pero no se lo comunicó mas que á Sofia. Mientras tanto á la sombra de lo que se hablaba y de las atenciones del gran duque, Ludomilia daba pábulo al amor que profesaba á Luitzpoldo.

La partida del gran duque á Aguisgran era ya cosa decidida y quedaban pocos dias para efectuarla. Se decia tambien que el mariscal Otocaro, relevado de su empleo interino de gobernador del Castillo del Aguila Negra, debia acompañarlo, y se designaba para ejercer el gobierno supremo, en union de la gran duquesa, al príncipe de Marck y al consejero Biling.

Pero lo que mas alarmó á la córte fué el decreto de Othon, nombrando á madama Sofia de Korvei, condesa del Aguila Negra, con posesion del castillo y sus dependencias.

Ya no se dudó que entre Sofia y el gran duque ecsistia el secreto que se guarecia en el castillo.

La nueva condesa pasó á tomar posesion, y la primera determinacion suya fué hacer á Pedro, el ugier, alcaide y gobernador del castillo.

A Colemberg no se le escapó esta preferencia.

Othon partió al fin, acompañado del mariscal y de varios nobles de su córte.

Aunque la ausencia del duque era momentánea, el pueblo no dejó de sentir su falta. Othon, como se sabe, era dueño del corazon de sus vasallos. Pocos príncipes habia en Alemania que fuesen tan amados como él, pues, como se ha dicho, su gobierno no era un yugo, era una administracion franca, legal y benefica de

la justicia y la piedad. Así al pasar el poder á otras manos, sus súbditos temian algun trastorno que les hiciese mas amarga la ausencia de su soberano.

Los conservadores fueron los que, mas al alcance de la política, auguraron con mas certidumbre y temor. Othon no les merecia toda la confianza que ellos desearan, pero fiaban en la bondad de su corazon y en el aprecio que tenia á sus vasallos. Por otra parte, la falta entre ellos del mariscal Otocaro, era de suma gravedad, pues entre los gefes del partido gozaba de una primacia justa y merecida. Los asuntos del Estado, bajo la direccion de la gran duquesa, iban á sufrir un trastorno estraordinario, porque no se fiaban tampoco mucho del príncipe de Marck; y el consejero Biling, aunque de buenas ideas, era muy anciano, y además solo, para luchar contra dos opositores tan poderosos como Ludomilia y el príncipe.

Los temores de los conservadores no carecian de fundamento, y pronto se vieron realizados en parte.

Lo primero que el príncipe de Marck le hizo hacer á la duquesa, fué publicar el decreto del subsidio, que el consejo, por dictámen del príncipe, habia hecho firmar á Othon, solo que este demoraba cuanto podia participárselo al pueblo.

En seguida otro de la regente, en que se mandaba levantar un cuerpo de tropas considerable á espensas de los súbditos del gran ducado.

El consejero Biling se opuso abiertamente, pero nada consiguió. En vano hizo un elocuente y enérgico discurso al consejo. La voluntad del príncipe de Marck, apayada por la duquesa, fué la que imperó en él.

A los oidos de Sofia llegaban estas decisiones, pero ni quiso ocuparse de ellas, ni decir una palabra á Ludomilia sobre otro particular mas que el de sus nuevos amores. La duquesa embriagada del placer que estos le proporcionaban, admitia solo á Luitzpoldo en su cámara sin rebozo ni miramiento. Sofia á todo callaba y no salia ya de sus lábios una espresion que esta fuese dirigida en pró ni en contra de Ludomilia.

Un dia que se hallaba sola en su cuarto la duquesa la mandó llamar.

—Ven mi Sofia, le dijo con suma amabilidad cogiéndola por la mano... Siéntate á mi lado... Tengo un recelo de tí... y quiero participártelo para que me satisfagas... si quieres.

La marquesa miró atentamente á la duquesa de un modo estraño.

—Recelos de mí!... Ignoro la causa: contestó con cierto desden.

—He reflexionado que la conducta de Othon conmigo, y el príncipe de Marck conviene en ello, no ha podido proceder sino de un motivo existente. El gran duque es jóven, no solo para no sentir por mí la menor sensacion, pero ni aun notársele inclinacion á muger ninguna en palacio. Esto, visto así sin prevencion, pareceria maravilloso á primera vista, pero con los antecedentes que poseo no puedo creer que su corazon esté libre de una pasion.

—Y bien... qué quieres de mí en eso?... Preguntó Sofia con frialdad.

—No, no creas que yo abrigo celos ni resentimientos ya... Bien sabes que ni debo ni puedo alimentarlos... Tengo ya un objeto en quien ocuparme; objeto que al presentárseme delante, mi esposo me ha impelido hácia él diciéndome: «ámale, piensa en él, porque yo no pienso en tí» y lo ha conseguido. Pero he sospechado que Othon tiene un amor reservado, misterioso, que existe en el Castillo del Aguila Negra... que tú lo sabes y eres la confidente de él.

—Yo?... Y quién ha podido hacértelo creer?

—Ciertas reflexiones que me ha hecho el príncipe de Marck, basadas en el nuevo título que Oton te ha concedido.

—Y sin duda al hacértelas, no se habrá olvidado en recomendarme favorablemente... haciendo que dude y vacile el afecto que me profesas... Es natural.

—Mal le juzgas... Habla de tí con respeto.

—Si, pero entretanto ha sembrado la desconfianza en tu pecho... los recelos!... Y estos de una persona que se aprecia, son siempre mucho mas dolorosos!... Está bien!... El príncipe se desliza hácia tu corazon, como la sierpe entre las ramas en busca del viajero dormido en la floresta... que se aproxima á él... y como su contacto es suave y delicado lejos de despertarlo lo halaga, pero llega á su corazon, pica, deja en él la ponzoña y en seguida desaparece por entre las flores sin que el incauto viajero advierta que está herido de muerte... hasta que ya no tiene remedio... Yo siento que este simil sea exacto... Lo siento por tí, amiga mia, pero no puedo ocultártelo.

—Ah! Con que tú crees que el príncipe haya podido hacer disminuir la estimacion que te profeso?

—No, pero procura enervarla cuando menos.

—Te equivocas. Tu amor y el de Luitzpoldo es lo único que me queda en el mundo. El tuyo porque me has dado repetidas pruebas de él... porque ha sido mi único consuelo... Sin él tal vez me hubiera muerto de abandono y pesar... El de Luitzpoldo, porque me estimula el agradecimiento, hácia una atencion que le he merecido, cuando siendo jóven, con prendas apreciables, pudiera haber aspirado á belleza de menos años y mas valor... Porque, piensas que Luitzpoldo ha visto en mí á la duquesa soberana de Ravensberg?... No lo creas. Solo ha visto á la triste y desgraciada muger, abandonada y despreciada injustamente. Su amor es puro, desinteresado, sincero... porque al ofrecerle yo ahora elevarlo, lo ha rehusado noblemente con una energia tal que admira y entusiasma... Se contenta solo con mi corazon... y yo, considera cuánto no deberé querer á un jóven tan generoso y apreciable.

—Es verdad...

—Los dos sois mi dicha, mi ventura... así, la menor contradiccion que apareciese en vuestro afecto me afligiria en estremo... Esa ha sido la razon de lo que te he demostrado aquí... del recelo que hácia tí he conce-

bido... Porque las probabilidades son ciertas... y yo considero que tú callas ese secreto por deber y por honor.

—Lo crees de ese modo?

—Oh! Eso sí.. Te hago toda la justicia que mereces.

—Entonces dejemos ya la conversacion... pasemos á otra.

—Luego mis sospechas hácia Othon han sido justas?

—No sé... Yo te hablo de mi afecto solamente... Ese, dudas de él?

—No; te repito que creo en él...

—Te basta la seguridad que te doy, de que cualquiera que sea el secreto que existe en el Castillo del Aguila Negra, no ha menoscabado en nada la voluntad que te profeso?

—Me basta porque me la das tú, Sofia.

—Bien; ese secreto no es de tu tiempo, Ludomilia... El poseerlo me ha costado muchas lágrimas y sinsabores. El sacrificio de lo mejor de mi vida... Ahogar los sentimientos mas dulces y bellos para una muger... Tú has sufrido en tu juventud, es verdad. Pero siquiera puedes decir: «He gozado!» Pero yo, infeliz de mí, tan lejos de disfrutar ninguna de aquellas delicias lisonjeras que deleitan el corazon de una jóven, que exijen la edad y nuestra organizacion inspiran, he padecido, y padezco sin haber gozado... He perdido todo cuanto tenia de mas caro... padres, familia!... mas aun; vivo sin tener esperanza de gozar en el mundo.

Sofia recordando sus padecimientos, las causas y los efectos, sintió tan oprimida su alma, que tuvo que dar curso á su llanto para obtener algun consuelo.

Ludomilia deslizó tambien por sus mejillas una lágrima de sensacion.

—Sí, duquesa, continuó, te llamas infeliz, desgraciada, y es porque no miras mas que tus males... Al oirte, mil veces he contenido mi llanto porque he conside-

rado que mis infortunios los debo sentir sola. Tú al menos, mal ó bien, logras compensacion, pero á mí parece que el cielo me ha destinado para víctima triste de sus rigores. Despues de sujetar y oprimir inhumanamente los estímulos gratos del corazon, hácia el amor y sus delicias; los afectos fraternales, únicos de que creo disponer, los cambate y mortifica tambien, en aquellos que me los inspiran. En uno, me hace ver un infeliz, víctima inocente de las circunstancias: En otra, un capricho de la fatalidad: En aquel, un precursor mudo, pero fatídico, de males terribles... Y todos los que trato, en fin, los que me rodean y á quienes hablo... con mirarlos solamente ya son infelices... ya tengo que sentir el verlos padecer alguna desgracia.

—Tú? Tú, que no procuras mal á nadie!... Que tienes un corazon tan hermoso y compasivo... Que haces bien á todos!...

—Ah! algun dia me obligarán á hacer mal... y tendré que hacerlo, porque el destino, que dispone de los hombres, me lo prescribe con un poder tal, que serán en vano todos mis esfuerzos para resistirme!

—No te entiendo, Sofia.

—Ni lo desees nunca... Volviendo al secreto de que me hablas, bástete saber que lo callo y respeto... como respetaré y callaré los tuyos á Othon... Ambos me inspirais igual estimacion, ambos teneis arcanos que reservar uno del otro, yo los poseo todos y seré igual para los dos. Nada os debeis en eso... Solo sí debe bastar á tranquilizarte, que él no te ha ofendido... Othon te entregó una mano de que podia disponer... Si su corazon estaba en otra parte, en lo único que erró fué en no decírtelo. Othon era libre... lo es aun... y lo será, yo te lo aseguro.

—Entiendo, dijo Ludomilia con sentimiento. Harto me has dicho, marquesa. En pocas palabras me has demostrado que he faltado á mi deber. Esa reconvencion embozada no la esperada de tu boca, y me es harto mas sensible en este momento.

—Porque te procuro satisfacer sobre lo que me preguntas?... Injusta eres conmigo, Ludomilia! Tomar por reconvencion lo que solo es una referencia amistosa... una prueba justificativa!... Gracias te doy. Yo no puedo echarte en cara tu proceder, porque no es á mí á quien toca juzgarlo... No debo hacerlo, porque en nada me ofendes... Mi mision solo es lamentar y sentir interiormente los resultados funestos que puedan sobrevenirte.

—No los temo... y si acaso, los arrostraré con serenidad... Además que yo procuraré conjurarlos anticipadamente.

—Ojalá lo consigas.

—Lo dudas?

—No tengo mucha confianza.

—Por qué?

—Puede saber el mortal para que lo ha destinado la Providencia? Cuál será su término? Qué practicará el dia de mañana?... Todo lo mas que haremos es calcular... Formar una conjetura mas ó menos cierta... y nada mas.

—Es verdad...

La duquesa quedó algo pensativa. Las palabras de la marquesa las escuchaba siempre con una atencion estraordinaria... y las respetaba, porque sabia el valor que encerraban aun las mas sencillas.

Sofia procuró con sutileza desvanecer los escrupulosos temores que conoció iban despertándose en su corazon, aconsejándole de paso que no confiase sus asuntos al príncipe de Marck, y sí solo á Colemberg. Al primero lo denominó desde entonces, el cocodrilo palaciego, y al segundo esperaba ponerlo todavia mas bajo su absoluta dependencia en términos que nada le pudiese ocultar.

—En cuanto al modo de conducirse en tal asunto, añadió á Ludomilia, te repito, si quieres tomar en cuenta mis palabras, que nada digas al príncipe de Marck... Ese hombre nos odia á todos en el fondo de su alma, por lo mismo que aparenta no aborrecer á nadie. El que todo lo niega, todo lo concede; y el que lo concede todo,

ó no obra con sinceridad y buena fé, ó es un ignorante... y el príncipe no lo es. Sí opino, que es un tigre solapado que asomará en su dia la garra cuando tenga reunidas á su gusto todas sus víctimas para saciar su voracidad oculta y sanguinaria.

Por lo demás, si mi parecer es aun de valor para tí, por medio del baron de Colemberg te participaré lo que crea que es útil, si es en momento que no podamos vernos á solas. La tertulia la iré retirando poco á poco. Los ojos escudriñadores de los cortesanos son muy perspicaces... La malicia los tiene continuamente abiertos.

La ausencia del duque me servirá de disculpa. Pretestaré que tu no puedes asistir, porque los asuntos del gobierno te lo impiden.

Sofia se separó de la duquesa sin pesar, pues desde la ocurrencia del bosque sentia ponerse en su presencia.

XX.

La carta.

No quedó tan satisfecha Ludomilia en la entrevista que acababa de tener con Sofia como ella se esperaba. Habia observado que esta se manifestó algo fria y no con tanto calor como otras veces. La duquesa fundaba estos temores en su misma falta, porque todo el que tiene la conciencia abrumada cree hallar, aun en los ojos del que inocentemente lo mira, una reconvencion, una sospecha, una delacion de su delito.

Con justo motivo Ludomilia receló de Sofia, porque notó que no era ya aquella amiga tan ocupada de su afecto como antes: Y en verdad no le faltaba razon. La marquesa, á pesar de su talento, de comprimir el sentimiento acervo que la atormentaba, en algunos momentos de descuido asomaban á su rostro las señales de lo que sentia su corazon.

Porque para revestir el esterior de una serenidad,

disimulo é indiferencia total, habiendo en lo profundo del alma un gran pesar ó el peso de un crímen, es fuerza ser demasiado malvado, ó estar muy avezado al disimulo y la hipocresia.

Lo que mas impresion le causó á la duquesa fué la participacion que Sofia tenia en el secreto de Othon. Pocos dias antes de su casamiento se habia presentado Sofia en palacio, con el título de marquesa de Korvei, sin que ninguno de los cortesanos supiese de donde era tan noble dama. Unos la hacian procedente de Osnabruck, otros de Munster, de Stroberg y otros principados inmediatos... Pero nadie lo sabia de cierto, ni podia formar otra conjetura. Solamente lo exacto, era su favor con el duque y despues con la gran duquesa.

El misterio del Castillo del Aguila Negra existia antes del matrimonio de Othon: luego Sofia si tenia parte en él, lo sabia antes de presentarse en el palacio de Ravensberg.

Estas reflexiones las habia hecho el príncipe de Marck á Ludomilia, en las conversaciones privadas que tenia con ella, pero con tanta maña y sutileza, que encomiando sin cesar á Sofia, patentizó á la duquesa que aquella habia correspondido mal á la distinguida privanza y al amor que Ludomilia la manifestaba.

El objeto del príncipe está entendido. Alejar del lado de la duquesa á todo el mundo, dejándola aislada y al arbitrio de él.

Pero ignoraba que Ludomilia, si bien se resintió algo de Sofia, ni podia arrojarla tan súbitamente del corazon, ni como el príncipe hubiera deseado mucho menos romper con ella tan fácilmente.

Persuadida de la prudencia de la marquesa, casi bastó á convencerla de que, en callar el secreto de Othon, cumplia con su deber, y era además una garantia que debia tranquilizarla, pues así ocultaria los que tenia de ella y que de tanta importancia eran.

Aunque la curiosidad de la duquesa estuviese interesada en ver lo que guardaba el Castillo del Aguila Ne-

gra, su amor propio estaba satisfecho en algun tanto con la correspondencia de Luitzpoldo. En cuanto á saber el arcano del castillo, esperaba con el tiempo penetrarlo sin que Sofia ni nadie se lo revelara.

Esta no dejaba pasar un dia sin que tuviese una conferencia con Colemberg, y en la que el bueno del baron, loco por ella de entusiasmo y esperanzas, no se ofreciese á ser ciego instrumento de sus preceptos. Porque como él decia, lo unian con la marquesa ya, lazos tan respetables, secretos tan poderosos, que solo la muerte podia desatar.

Sofia, oculta detrás del cuadro secreto que daba paso á las habitaciones de la duquesa, escuchaba las conversaciones íntimas de Luitzpoldo y Ludomilia... y en las cuales sufria su alma lo que no es fácil describir. Algunas veces, al través del tupido lienzo, tuvo que oir espresiones que le despedazaban el corazon de un modo inaudito.

Leonelo entretanto no parecia y esta falta contribuia mas á contristar á la marquesa. Habia mandado á Pedro que se informase de él en el arrabal de los Saboyanos, y todo lo que este pudo averiguar, fué que un hombre embozado en una capa negra, habia caido sin sentido sobre los escombros del incendio, y que luego el burgo-maestre lo mandó recoger por sus dependientes, sin saber donde lo habian conducido.

Entretanto los dias trascurrian rápidamente para Sofia, aun mas que para Ludomilia y Luitzpoldo, que enagenados en su pasion no se acordaban que la coronacion del emperador se habia efectuado, y que Othon debia retornar á Ravensberg.

Este recuerdo era para la marquesa temible y funesto.

Mas se agravó aun con lo que vamos á referir.

Algunos dias habian pasado, desde la memorable batida en la selva de Roden.

Luitzpoldo habia sido introducido algunas noches en la cámara de la duquesa, por Colemberg, que con

pretesto de asuntos de Estado entraba con el capitan. El baron salia á poco y el capitan quedaba.

Sofia, enterada por el baron de estas visitas nocturnas, habia una noche llegado un poco antes detrás del cuadro, desde donde, á favor de una abertura pequeña disimulada en la pintura, podia tambien ver algo de lo que pasaba en la habitacion.

Ludomilia estaba sentada en su bufete escribiendo, y precisamente enfrente de Sofia. Al menor ruido volvia la cabeza con recelo, y su fisonomia y ademanes indicaban que era el contenido de la carta sumamente importante.

—Sí, quiero tranquilizar de este modo mi conciencia... Mi tio lo sabrá y desde el Vaticano me concederá la absolucion de una falta que si yo la he cometido, no soy la principal delincuente... Luitzpoldo ignorará este paso, porque pensaria quizá que estaba arrepentida de amarle... y eso me afligiria en estremo... Lo demás lo sabrá pronto... porque ya no hay remedio y no lo ha de ignorar al fin.

No habia acabado de firmar el pliego cuando anunciaron á Luitzpoldo y al baron.

Escondió el pliego entre los papeles del bufete y se preparó á recibirlos.

La conversacion de aquella noche fué en estremo prolija y cansada para Sofia, pues deseaba su término... Esperaba este con ansia, para realizar una idea que le habia ocurrido.

Para llevarla mas pronto á cabo y con mayor seguridad, se retira de su escondite, y escribe prontamente este billete:

«Querida Ludomilia: ven al momento, pues tengo que darte una noticia importantísima de tu hijo. No paso á verte porque sé que no puedes recibirme á estas horas.—Tu Sofia.»

Cerró el billete, y dándoselo á Guarco se volvió á observar desde el cuadro. A poco entró el page y puso la esquela en las manos de la duquesa.

Esta la abrió y manifestó en su rostro la impresion de su contenido, guardándola en seguida.

Luitzpoldo le preguntó lo que encerraba y Ludomilia le satisfizo diciéndole era un aviso secreto que acababan de darle sobre negocios del Estado.

El capitan se despidió, y la duquesa volvió á leer el billete.

—«Tengo que darte una noticia importantísima de tu hijo...» Me dice. Cómo habrá sabido!... Se interesa por mí... no hay duda... Y le hago la ofensa de dudar de ella... No, no; su corazon no puede engañarme... Mi recelo ha sido infundado... Este ha sido una ilusion que pasó vagamente por mi mente!... Sofia es la misma que era para mí.

Ludomilia cerró por dentro la puerta de su cámara y entrando en su camarin, abrió la secreta que daba al pasadizo que conducia á las habitaciones de Sofia.

Al ruido que hizo la duquesa al cerrar tras sí salió la marquesa por el cuadro... Busca con ansia entre los papeles del bufete, halla el pliego, lo recorre de una rápida mirada, y dando un grito ahogado, lo dobla, se lo guarda y en seguida pega fuego á los papeles que habia sobre el bufete para disimular su rapto.

Entra por el cuadro, cierra y se traslada á su habitacion, cuando la duquesa habia llamado ya algunas veces á la puerta que estaba junto al lecho de Sofia.

—No te esperaba todavia, Ludomilia, le dice disimulando; así es que estaba descuidada... En la habitacion de Richsa me hallaba oyéndola disputar aun con Margarita. Pronto has concluido tu conversacion de esta noche, pues hace poco que el baron de Colemberg se separó de aquí, diciéndome que pasaba á verte con Luitzpoldo

—Y te parece que podia permanecer mucho tiempo tranquila despues de lo que me dices en tu billete? Cuando me anuncias una cosa que anhelo saber?

—Pues yo creia que ya...

—No lo deseaba?... Oh! sí... aunque no fuera mas

que para poder combinar los inconvenientes que amargan la felicidad que estoy disfrutando. Te aseguro que la memoria de Leonelo me aterra mas que la de mi marido.

—Entonces tranquilízate, porque Leonelo ya no podrá nada contra tí.

—Ha muerto?

—Quizá lo hubiera él apreciado mas.

—Por qué?

—Porque ha perdido en un momento todas las pruebas que podia presentar contra tí.

—Qué me dices!!

—La verdad.

—Estás cierta, Sofia?

—Como que no te lo he revelado antes porque he estado tomando informes exactos que lo acrediten.

La duquesa gozosa no acertaba á creer lo que le decia la marquesa.

—Habla, querida Sofia, cuéntamelo... deseo saberlo todo.

—No sé si habrá llegado á tu noticia un incendio ocurrido en la calle de Ratz-Bogen.

—Sí... algo se ha dicho en palacio.

—Pues á él debes la ventura de quedar libre del yugo de Leonelo.

—Sí?...

—Uno de los agentes que puse para espiar sus pasos, descubrió que todas las noches se dirigia á esa casa, con misterio y precaucion, á cierta hora... Sin duda cuando salia de aquí... Estaba poco tiempo y despues se volvia á palacio. Una noche que mi dependiente rondaba la casa, para ver si hallaba un medio de introducirse en ella, ve salir á Leonelo algo mas tarde. Impelido por su valor y audacia, con un pretesto que inventó, engañó la vigilancia y malicia del guardian de ella... un tal Frugoni.

—Frugoni!... No, no me es desconocido tal apellido. Ese debe ser un genovés... un desalmado que

Leonelo vió en Ferrara y que colocó á su lado, sin duda para agente mercenario de sus decisiones.

—Todo lo indica así. Mi espia entró por fin, pero no pudo pasar de la habitacion del genovés. Mas no perdió el tiempo. Con sutileza, y ayudado del vino, pudo hacerle confesar las personas que habia en la casa... Estas eran una anciana, y un jóven como de unos doce años.

—Un jóven? Sí... sí, él es, me lo dice el corazon en este momento... Ese es el hijo de mi desgracia.

—La anciana se llamaba la señora Faledro...

—Faledro... Esa era una honrada dueña de la familia de Leonelo. Ella fué tercera en nuestros amores... Me llevaba á palacio los billetes de él.

—Pero cuando estaba en lo mejor de sus averiguaciones, un horroroso incendio vino á interrumpirlas. Las habitaciones altas de la casa eran presa de las llamas.

—Dios mio!!

—Frugoni sube precipitado la escalera seguido de su huésped... Llaman á la puerta con repetidos golpes y nadie abria... Bajan al patio de la casa y todas las ventanas altas se hallaban cerradas... No habia medio de entrar arriba y las llamas, impulsadas por un viento fuertísimo, se iban posesionando del edificio. La desesperacion de Frugoni era tal, que coge un hacha, una escalera y echa abajo la puerta de una de las ventanas. El desconocido le sigue. Se dirige á una habitacion y tiene que fracturar la puerta tambien. Va á entrar, pero un cuadro horroroso hiere su vista... El genovés dá un grito de horror al ver los progresos del fuego por aquella parte. «Han perecido!!» esclama, y á pesar del incendio se arroja frenético á la habitacion. Abre un armario que las llamas habian casi destruido y saca un cofrecito medio quemado tambien. «Maldicion!! dice arrojándolo en el suelo. Todo debia haber perecido... hasta yo mismo... menos estos papeles... Su hijo... la dueña... el mundo entero!... Ya está perdido!... Ya no habrá consuelo para él!... Y el desgraciado va á morir de

dolor y sentimiento! Ah! yo quiero morir tambien... Vale menos que verlo padecer...»

Iba á arrojarse al fuego, pero el otro lo detuvo sacándolo de allí. El genovés lloraba amargamente á pesar de su aspecto feroz. «Si, todo ha acabado para él: añadia. Su hijo! su hijo querido!!... En el que se miraba porque era una copia fiel de su madre!... Cómo le he de decir yo cuando vuelva... Vuestro hijo ha perecido! Ha muerto abrasado, y yo... yo no he podido salvarle!!...»

La duquesa se sobrecogió en términos, que estuvo á punto de desmayarse. Sus lábios casi lívidos no podian proferir una palabra. En un momento se penetró de la gravedad de aquella catástrofe. Conoció demasiado la atroz responsabilidad que pesaba sobre ella, pues aunque el destino lo habia dispuesto así, ella era la que debia ser acusada como causa principal de la muerte de su hijo.

—Y qué... no fué posible la salvacion de ese inocente? preguntó.

—No. Porque precisamente el fuego empezó segun conjeturan, en la misma alcoba donde él dormia con la Faledro, de modo, que cuando despertaron estarian ya asfixiados y no les fué posible levantarse á abrir, ni á huir, y entretanto las llamas hicieron el progreso que te he referido.

Ludomilia guardó otra vez silencio. Con la cabeza baja reflexionaba sobre lo que habia escuchado á Sofia.

—Y de Leonelo, qué se ha sabido? preguntó con marcado sentimiento.

—Que volvió al amanecer, y al informarse de lo ocurrido cayó sin sentido sobre los escombros de la casa.

—Infeliz!!...

Esta palabra se le escapó á la duquesa pronunciada con profundo dolor.

—Fué conducido á casa del Burgo-maestre. Cual haya sido su suerte despues, lo ignoro... No se ha podido averiguar mas.

Ludomilia parecia como ocupada de una idea importante segun su estado de meditacion. Sofia la miraba sin proferir una palabra.

—Pero el hombre que te ha contado eso, dijo la duquesa al cabo de algunos minutos, es persona de crédito? No podrás temer que te haya engañado? Adviertе, marquesa, que tú no conoces á Leonelo. Si él ha penetrado que le espiaban, habrá sido capaz de pegar fuego á la casa, y fingir que su hijo ha perecido en ella. Los papeles los habrá sacado de antemano, y el cofrecito lo dejaria para representar por su criado la farsa que me has contado. Te repito que á ese hombre le temo mas que á Othon.

— Conoces esta letra?

La preguntó Sofia, mostrándole una carta, de poco valor en su contenido, pero que la marquesa habia cuidado de quemar un poco uno de sus estremos, y la cual habia sacado del cofrecito:

—Es mia! le contestó Ludomilia.

—Tuya á Leonelo... pero que no espresa mas que unos amores sencillos y lícitos... La firma, ya la ves, es tuya tambien. Pues esta carta tuvo maña el hombre mandado por mí á la calle de Ratz-Bogen, para cogerla entre los papeles quemados que contenia el cofrecito, cuando lo arrojó al fuego Frugoni. Fué un pensamiento que le ocurrió, por si ella podia acreditar su celo, y mostrarme que habia cumplido sobradamente, llevando mi encargo hasta el estremo indicado. Este, hombre de valor, audacia y serenidad, es digno de ser creido, además que le conozco demasiado para saber que no me ha mentido.

—Y quién es?

—Un ugier del Castillo del Aguila Negra... y el cual, este hecho le ha valido el destino de alcaide de la fortaleza.

—Se llama Pedro, segun he oido decir.

—Sí, Pedro.

—Con que ese hombre sabe ya el secreto de mis

amores con Leonelo conde de Polecino?

—A medias, pues ignora quién es Leonelo, ni dónde se halla, ni la época de esos amores... Lo que menos se le ocurre á él es que Mastropetro sea el antiguo amante de Ludomilia de Médicis.

—Eso me tranquiliza algun tanto.

—Sí, y todo tambien, porque ya tienes á Leonelo desarmado y puesto á tus piés... Ya el noble orgulloso, el amante ofendido, el hombre vengativo, está preso entre tus lazos, como la fiera que lucha y ruge por desasirse y romperlos... Ya puedes por último levantar la cabeza ante él, y decirle con faz serena y frente tranquila. «Leonelo, no te temo ya...»

—Es verdad!... respondió la duquesa dejando ver en su fisonomia una muestra de satisfaccion.

—Te dí mi palabra y la he cumplido, si bien mas pronto que creia, y con grave pesar mio. Habia concebido el pensamiento de apoderarme de tu hijo y el cofrecito, pero la suerte lo ha dispuesto de otro modo. No ha querido darnos, á tí la satisfaccion cumplida, ni á mí la victoria. A tí te cuesta perder á tu hijo y á mí poder decirte al ponértelo en los brazos: «Ahí lo tienes, ya eres feliz, porque ahora sí que eres madre... Hasta aquí no lo has sido; pero en adelante sabrás lo que es amar y vivir para un objeto tan querido é interesante!!

Sofia, á estas palabras, dichas con todo el interés de la intencion oculta que la animaba, miraba atentamente á la duquesa.

Con efecto, el semblante de esta sufrió alguna alteracion.

—Mas vale que haya quedado así este asunto, dijo Ludomilia aparentando serenidad. El modo de terminar que ha tenido es triste para mí, pero tambien mas seguro. Aunque yo me hubiese apoderado de mi hijo y las cartas, Leonelo al saberlo y presumirlo, hubiera, en su cólera, reclamado el testimonio de los duques de Ferrara, y este, que no podian negárselo, habria sido un arma favorable para él y fatal para mí. En vez que ahora,

habiendo desaparecido todo por un medio que la suerte ha dispuesto, y del cual no puede quejarse mas que á la fatalidad, yo quedo libre del peligro que me amagaba, recobro mis derechos de muger y soberana, arranco de las manos de ese hombre aborrecible el cetro de hierro con que me oprimia, y á la menor palabra, al amago mas sencillo, le sepulto en una mazmorra, y como no tiene pruebas inmediatas para defenderse, podrá ser juzgado y haré ahogar sus voces entre los muros de una prision... Es verdad... Tú lo has dicho mil veces... La Providencia es mas sábia que los hombres... y detrás del mal está el bien...

—Efectivamente, añadió la marquesa, disimulando, que la muerte de ese hijo, no puede serte muy sensible por cuanto que tú no lo conocias... Y aun cuando me digistes en cierta ocasion que lo amabas y no podias olvidar que lo tuvistes nueve meses en tus entrañas, los impulsos de la naturaleza han cedido en tí á razones de mayor peso... su voz ha sido ahogada por otro grito mayor. Una muger cualquiera todo lo hubiera arrostrado por poseer á su hijo, pero la duquesa soberana de Ravensberg se somete á consideraciones mas poderosas... A la razon de Estado... á su posicion... á su rango... porque los reyes, mejor que padres, deben acordarse que son soberanos... Sí, sí... Los preceptos de la sociedad son tan exigentes en ciertas clases, que no hay afecto, consideracion ni deber, que no se subyuge á ellos.

El doble sentido que tenian las palabras de la marquesa no fué comprendido por Ludomilia.

Richsa sonó la campanilla, y entró, anunciando que su alteza el príncipe de Marck, esperaba en la misma antecámara de su alteza real la gran duquesa, suplicando que esta se dignase escucharlo pues urgia á los intereses del Estado: porque el príncipe sospechando, viendo la cámara de su alteza real cerrada, que estaria en la de madama de Korvei, se habia tomado la libertad de hacerse anunciar así. La duquesa se despidió de Sofia y en seguida pasó á sus habitaciones.

XXI.

Los Conservadores.

Numerosos grupos del pueblo se advertian una noche en la plaza de Adeltorfen, punto principal de la capital de Ravensberg. La poblacion se encontraba en una completa agitacion. Varios hombres recorrian las calles, hablando á todos los que hallaban al paso, é incitándolos al parecer á una empresa que se ignoraba su fundamento.

Un hombre embozado en su capa, y acompañado de otro igual, se acercó á los grupos de la plaza á informarse de la causa de aquel movimiento popular.

En el primer grupo donde se paró el embozado, creyó advertir una persona que no le era desconocida, y la cual embozada tambien en su capa, no dejaba asomar mas que los ojos por encima del embozo.

—No lo dudeis, decia este, disfrazando al parecer la

voz. Ernesto de Brunswick se ha posesionado ya del principado de Hesse-Delmont... y pronto le tendremos hasta las puertas de Ravensberg. Se nos ha sacado el subsidio... pero para qué? para dilapidaciones y gastos supérfluos.. Para que el gran duque se presente en Aquisgran con la pompa de un emperador, entretanto que entre la gran duquesa y madama Sofia de Korvei se disipa el resto en tratos y galanteos con los cortesanos... Dígalo el baron de Colemberg, elevado á la calidad de montero mayor. El capitan Luitzpoldo Witch, gozando de un alto favor, mientras que los negocios del Estado se desatienden por la regente... Ya lo creo, cuando se tiene la cabeza ocupada en frivolidades.. en pasatiempos... el pueblo sufre entretanto que sus intereses padezcan, que sus bienes se arruinen, y que su sangre y tesoros sirvan para sostener orgias y deleites infames, en los que lo gobiernan y debian pensar mas en él... Señores, si no nos armamos de resolucion, vamos á ser víctimas de una mala administracion.

—Y qué hacemos? preguntaron varios.

—Qué? Ampararnos de los conservadores. Ese partido es el que ha de salvar la patria... El que ha de combatir y desbaratar á los enemigos interiores y esteriores.

—Los conservadores! murmuraron otros. Los que solo quieren mandar para repartírselo todo!...

—Haced lo que querais, prosiguió el embozado; pero os advierto, que en no adoptando mi consejo lo vais á pasar mal. Id... ellos tienen ahora su reunion en la calle de Kem-Linn. Allí van á deliberar en esta noche misma la reforma que debe hacerse en el gobierno. Esta es pedir mañana á voces la caida de la regente... depositar el gobierno en las manos del príncipe de Marck, y desterrar á la marquesa de Korvei como muger sospechosa y que se cree tiene una influencia perniciosa con los soberanos de nuestra frontera, por lo cual se ignora su confusa y oscura procedencia.

—Sí... sí... á ver á los conservadores: gritaron todos.

Y se marchó detrás del populacho.

Y los grupos salieron de la plaza por diferentes calles, con precipitacion, y redoblando la griteria.

—Gracias á Dios que los arranqué!... decia el embozado instigador... Ahora sigámoslos que no conviene perderlos de vista.

Y se marchó detrás del populacho.

La plaza quedó desierta solo con los dos embozados primeros.

El que demostraba ser el principal, dijo secamente al otro.

—Esto no puede ser... Esa gente está seducida... Ese hombre que los alarma es un infame mercenario... La marquesa de Korvei es blanco de alguna calumnia siniestra y yo debo salvarla... porque lo merece... Una voz secreta me habla en favor de esa muger singular y me manda conservarla en el palacio de Ravensberg. Sígueme.

Todos en palacio estaban aun ignorantes de semejante conmocion en la ciudad, porque los grupos acababan de precipitarse en la plaza y no habia noticia alguna anticipada de ello.

La marquesa se hallaba sola en su cámara meditando en sus planes, despues de haberse fastidiado completamente con una visita de Colemberg, escuchando sus insulsos y repetidos galanteos.

Ludomilia por el contrario, pesarosa de la llegada próxima de Othon, se ocupaba en redactar otro pliego igual al que le cogió la marquesa, y que no dudó que un descuido habia quemado con los papeles de su bufete, para remitírselo á Leon X.

Richsa se presentó á Sofia, anunciándole al señor Mastropetro.

—Mastropetro!... Que entre, que entre al punto, dijo la marquesa.

—Perdonad, señora, prorrumpió Leonelo azorado, sin poder apenas respirar de agitacion. Os amenaza un gran peligro! Qué digo á vos! A Ludomilia, al consejero Biling... Vengo de la plaza de Adeltorfen, donde

he visto al pueblo amotinado. Un hombre, cuya voz quise conocer, á pesar que salia de debajo del embozo de su capa, instaba al populacho á la rebelion. Lo ha hecho dirigirse á la calle de Kem-Linn donde tienen su junta los conservadores, para que estos tomando en consideracion la causa que creen les asiste, vengan mañana á palacio á pedir vuestro destierro, la destitucion de la regente y entregar el gobierno del ducado, hasta la llegada de Othon, al príncipe de Marck.

Sofia, sin contestar una palabra, hizo entrar al paje Guarco.

—Está el consejero Biling en palacio?

—Si, señora, respondió este. Hay consejo esta noche y se encuentra ahora en su despacho.

—Y el baron de Colemberg?

—En la cámara de la gran duquesa.

—Bien. Dí al consejero que venga al momento y manda poner mi coche.

El page salió.

—Conque decís, amigo mio, añadió sonriéndose la marquesa, que el pueblo pide mi destierro y la destitucion de Ludomilia?... Risa dá, por mi vida, contemplar al inocente pueblo ser instrumento ciego de amaños y combinaciones infames. Verlo, cual inocente é incauto corre deslumbrado y ciego tras las persuaciones de un egoista ó de un traidor. Pocas veces da el pueblo aprecio á lo que le conviene. Rara vez escucha la voz de la verdad con aquel interés y afecto que debiera, como tan interesado en su propio bien. Siempre se engaña él mismo... dejando que lo engañen... Por lo regular acoge lo malo creyendo adoptar lo mejor. Con que el príncipe de Merck para regente esclusivo? .. Puede!... Trabajo le ha de costar al que ha proyectado eso, llegar á realizar los sueños de su ambicion. No sé quien es el hombre que vísteis en Adeltorfen, pero lo presumo. Si fia en el pueblo el cumplimiento de su vil trama, lo ha errado en esta ocasion.

—Señora..! La muchedumbre está muy obcecada...

—Por lo mismo espera, y se debe confiar en que desee la contenten. Lo dudais, Mastropetro?

—Recelo al menos que sea infructuoso.

La marquesa volvió á sonreirse, y levantándose abrió su escritorio, tomó una carta y la guardó.

El page anunció al consejero.

—Que pase al punto. Y el coche?

—Ya está, respondió Guarco.

—Siento incomodaros, mi apreciable Biling... y mucho mas en momentos que estaríais seriamente ocupado, porque la política es muy séria; pero tengo que hacer ahora mismo una visita indispensable, precisa, y necesito que me acompañeis.

—Yo, madama?

—No hay remedio. Es de aquellas cosas que no pueden remediarse, y vos sabeis que mis asuntos son tan apremiantes, como exigentes, querido consejero.

Las últimas frases las recargó Sofia, acompañándolas de una mirada tan penetrante, que Biling conoció la árduo del negocio, y que no habia mas que obedecer.

Leonelo miraba á Sofia, admirando cada vez mas su seductora perspicacia. Contemplaba cuan dichoso seria el mortal que poseyese el corazon de muger tan hechicera.

—Vaya, en qué quedamos, mi amado Biling? Sois mi caballero ó no? Vos, el modelo de la prudencia y la cordura, no podeis rehusar acompañar á una dama... ni ella debe temer ir sola en un coche con vos.

—Vamos donde querais, señora.

—Ya yo contaba con tan favorable condescendencia. Mastropetro, necesito hablaros esta misma noche sobre un asunto que os interesa mucho. Sobre la calle de Ratz-Bogen.

Leonelo miró á la marquesa con una sorpresa tal, que su rostro no pudo ocultar la profunda sensacion que le causó el oirla. Pálido y consternado, creyó que la voz de la marquesa no era cierta, sino el eco lejano del infortunio y desventura que le perseguia.

Sofia fingió no advertir el estado de Leonelo, y dijo con donaire al consejero.

—Marchemos.

Llegaron al atrio de palacio y al preguntar los lacayos á la marquesa dónde se dirigia, Leonelo, que habia bajado detrás para seguir el coche por un presentimiento oculto, oyó con admiracion que Sofia les contestó:

—A la calle de Kem-Linn.

—Y qué, señora, arrostrareis!... esclamó Leonelo.

—Silencio: le repuso Sofia, subiendo al coche.

Leonelo acabó de conocer el gran corazon de la marquesa de Korvei y no dudó que valia algo mas que el de Ludomilia.

Sofia por el camino participó al consejero el objeto que la encaminaba á la calle de Kem-Linn. Biling escuchó con asombro la determinacion de la marquesa, y aun empleó su elocuente prudencia en persuadirla y convencerla para que volviese á palacio.

Sofia, fiada en la pureza de sus acciones y en aquella esperanza constante y poderosa de todo el que obra bien, iba tranquila: antes al contrario, deseaba hallarse entre las masas del pueblo, lanzarse entre las olas de aquel océano tumultuoso y turbulento que la amenazaba con su poder.

La calle Kem-Linn estaba situada en un estremo de la ciudad. Al principio de la noche se habia visto mucho mas frecuentada que otras veces, por personas que entraban y salian en un edificio de ella, y el cual, aunque la fachada no presentaba buen aspecto, el interior era demasiado á propósito para el objeto que se encerraba entonces en él.

Poco á poco fué ocupada la calle por varios grupos de hombres, y últimamente por una multitud que la obstruia toda.

La agitacion, la efervescencia y el furor, reinaban indistintamente en el ánimo y en las palabras de todos.

La puerta del local á que nos referimos, era la que estaba mas embarazada que lo demás de la calle, porque

todos, apiñados á ella, ansiaban entrar á participar de lo que dentro se estaba tratando.

Cuando mas ocupados se hallaban en su deseo, el ruido de un coche que intentaba penetrar en la calle, los puso en espectacion.

Varios se adelantaron, gritando á la vez:

—Atrás, cochero... por aquí no se pasa... Esta calle es ahora sagrada y pertenece al pueblo... Al pueblo que no va en suntuosos carruages, ni tiene lacallos con ricas libreas.

—Al pueblo que paga: dijeron otros.

—Al que es el amo... prorrumpieron los demás.

—Atrás!... Atrás!... gritaron todos...

El cochero en cuanto pudo hacerse entender, gritó con voz campanuda y fuerte:

—Pues bien si no ha de seguir el coche, abrid paso al consejero Biling y á la marquesa de Korvei, que se dirigen á la asamblea de los conservadores.

A estos dos nombres, un respeto profundo reinó en la agitada multitud.

Un hombre que venia al lado del estrivo, subiendo prontamente junto al cochero, para hacerse visible, esclamó altamente:

—Señores, la virtuosa marquesa de Korvei se dirige á los conservadores, porque tiene que comunicarles noticias importantes al bien de la patria... La inculpacion que se le ha hecho es falsa, y la prueba mas cierta de su pureza, es que, lejos de ocultarse y sustraerse, se coloca espontáneamente entre vosotros para que la juzgueis... Si no por sus virtudes y su rango, oidla al menos porque es muger, es dama... y se acoge á vosotros.

La energia del desconocido, conmovió é impuso respeto á los circunstantes.

—Sí... Sí... que pase... que pase... prorrumpieron todos...

—Lo veis, consejero? dijo Sofia con ironia... Veis lo que es el pueblo? El que poco antes pedia mi destierro!... Pues casi siempre es igual. Juzga de pronto, eje-

cuta lo mismo y se convence fácilmente, sin reflexionar las mas veces que cede á la malicia, el miedo ó á la inteligencia de sus adversarios.

El carruage, aunque con bastante dificultad, llegó á la puerta de la casa.

La marquesa y el consejero se apearon al fin.

Sofia se habia presentado muy pocas veces en público, así no era conocida del pueblo mas que de nombre. Pero en el momento que fué vista y examinada por los que se hallaban próximos á ella, se grangeó las simpatias de todos sin abrir sus labios.

Infinidad de hachas encendidas, que se agitaban por encima de las cabezas de la muchedumbre, dejaron sobradamente ver su hermoso rostro y hechicera persona. Una sonrisa de bondad y dulzura que les prodigó al pasar, acabó de en tusiasmar y disponerlos en favor suyo.

Penetraron en la casa, cuyo local era espacioso. Subieron á las habitaciones altas y quedaron detenidos á la puerta de un salon al parecer dilatado tambien, pero que las personas agolpadas á ella, y ocupadas en oir lo que se trataba en él, no permitian la entrada.

Mas una voz que salió de entre los que iban detrás de Sofia, pronunció:

—Paso á la marquesa de Korvei y al consejero Biling. Hizo que los que obstruian la entrada se apartasen y dejasen paso á los nombrados.

Al presentarse la marquesa en el salon todos enmudecieron, y poniéndose de pié se descubrieron; pero ella con la gracia y amabilidad que le eran peculiares:

—Sentarse, señores... les dijo. Nada de etiquetas conmigo. Aquí no rigen las vanas é insoportables fórmulas palaciegas. Esta es una reunion del pueblo, de ciudadanos... Del pueblo á quien considero representais, y que aprecia al hombre por lo que verdaderamente es, no por el esterior falso de que se halla adornado. Vuestras ideas coinciden con las mias... porque yo he sido hija del pueblo antes de ser marquesa de Korvei y condesa del Aguila Negra... Como vosotros me he mecido en una cu-

na humilde, aunque honrada. Como vosotros aprecio y venero las prerrogativas de aquel de quien procedo... y pues soy del pueblo me coloco aquí entre él para que me juzgue.

Y dirigiéndose á uno de los escaños mas humildes del salon, se sentó entre los demás con tanto donaire como atractivo.

Un murmullo sordo de aprobacion se escuchó en los concurrentes.

—Ahora bien, señores, prosiguió Sofia, levantándose con desembarazo y serenidad. No debeis ignorar el motivo de mi venida aquí. Sé que han circulado esta noche rumores que me ofenden... que se trataba de pedir mi destierro... Ignoro por qué... ni cuál sea mi culpa... Si es la preferencia que me conceden vuestros soberanos, ni la he solicitado, ni grangeado por los medios viles de la lisonja, la adulacion ni los vicios cortesanos... Mis acciones, tanto públicas como privadas, están patentes y manifiestas, y si hay algo de que se me acuse, ha sido de inclinar siempre el ánimo del gran duque hácia vuestro bien... y procurar hacer todo el que he podido á los que han necesitado de él.

—Señores: dijo un viejo muy grave, levantándose y dirigiéndose al que parecia presidente de la reunion, pido que vista la honra que su escelencia la señora marquesa nos hace de entrar entre nosotros, esta sesion sea secreta, pues no ignorais que en ella deben tratarse asuntos importantes y delicados.

—Crefeldi tiene razon, prorrumpió otro que estaba en frente. Y yo añadiria que se hiciese venir ante nosotros, ante el pueblo aquí reunido en sus representantes, á la gran duquesa á responder de los cargos que tenemos que hacerle, por la mala administracion de su gobierno, y su conducta privada, segun la acusacion secreta que obra en poder de esta junta soberana.

—Opinamos como Crefeldi, esclamaron.

Crefeldi era un fabricante de paños, y el que apoyó su dictámen se llamaba Stetin, y era lapidario.

—Despacio, señores; dijo el señor Balkan, recto y respetable negociante, que presidia la reunion... Meditemos con calma y deliberemos con pulso... Nosotros no debemos procurar jamás rebajar la dignidad del gefe del estado. La duquesa lo es, y si tratáramos de denigrarla en público, lo hariamos con nosotros mismos. Mando; y esta palabra la pronunció con un tono en estremo solemne; mando, repitió, que se retiren todos los que no pertenecen á nuestra asamblea directiva.

Al momento, y sin replicar ninguno, la sala quedó solo con trece personas, incluso el presidente. Las puertas se cerrarcn en seguida.

Faltan dos de nosotros, dijo Balkan: uno es Otocaro, que está ausente: pero donde se siente el ciudadano Lotario Mark, puede hacerlo el digno consejero Biling.

—Me considero sumamente favorecido, señores, añadió el consejero, ocupando el asiento que le designaron.

Sofia al oir nombrar al príncipe de Mark, sintió un movimiento convulsivo en todos sus miembros.

—Antes de pasar á la gravísima cuestion de que debemos ocuparnos luego, es de nuestro deber satisfacer á la señora marquesa de Korvei... Tened la bondad, señora, de pasar por la vista estos breves informes que nos han trasmitido de vos.

«Matilde, bajo el nombre de Sofia de Korvei, se ignora aun quienes fueron sus padres... pero se averiguará. En cuanto á su caráter, es dulce, benéfico y compasivo. Dotada de un talento privilegiado, de perspicacia en estremo sutil, de una malicia estremada, no hace sin embargo uso de estas facultades sino en pró de sus semejantes. Es amada de los duques de Ravensberg, por deber; de los palaciegos, por necesidad; del pueblo por justicia. Es una verdadera hija del pueblo y amiga por lo tanto de los conservadores.»

La marquesa al oirse nombrar Matilde se sobrecogió un poco.

—Ya veis, señora, dijo el presidente, cuan lejos podiamos estar nosotros de pretender no solo vuestro des-

tierro, pero ni aun tolerarlo tampoco. Esos rumores que han circulado tienen su fundamento en lo siguiente:

Buscó entre los papeles y entregó á la marquesa otro manuscrito.

Leed para vos, señora, pues lo que nos dicen ahí no debiamos oirlo ni aun nosotros mismos.

Sofia leyó para sí:

«Ludomilia de Médicis, muger orgullosa, airada y vengativa. Su carácter versátil é inconstante le hace guardar poca consideracion á los efectos y deberes mas sagrados. Antes de unirse á Othon de Ravensberg, nuestro soberano, engañó á su padre Pedro de Médicis, y despues á su marido. Ludomilia era madre ya por un trato clandestino que sostuvo en Ferrara con el conde de Polesino. Aun esto podria olvidarse, si en la actualidad su conducta bastase á borrar estos delitos... pero hay quien asegura que tiene relaciones criminales con Luizpoldo With, capitan de su guardia... Por consiguiente, una adúltera, no puede ni debe regir el cetro de Ravensberg.»

—Está perdida! Esclamó la duquesa interiormente... Está perdida sin remedio! Oh! si yo pudiese hacer desaparecer este escrito entre mis manos!... Pulverizarlo! Que no quedase la menor señal!... Perdida y sin concluir mi obra!... Sin asegurar el éxito de ella!... Esto no puede quedar así... no es posible.

La marquesa al interrumpir su lectura palideció de tal modo que todos lo advirtieron.

—Proseguid, señora, le dijo Bulkan.

«Su intimidad con la marquesa de Korvei debe tenerse por sospechosa en sumo grado, por cuanto que es sabido que estas grandes señoras siempre necesitan de una amiga fiel, una consultora ó consejera, que creyendo ocupar en la sociedad un puesto distinguido, con semejante privanza, no son otra cosa que unos agentes míseros y despreciables de tráficos ilegales y en estremo repugnantes: unas encubridoras viles para asesinar la reputacion, el honor, el decoro y los mas caros deberes...»

La marquesa no pudo continuar. La vista iba desapareciendo de sus ojos y tuvo que sentarse porque no acertaba á sostenerse en pié.

—No os aflijais, madama: añadió Balkan, conociendo el efecto que le habia hecho á la marquesa la lectura. Vuestro sentimiento es justo, pero descansad en la rectitud y justicia de esta asamblea. Aquí para decidir en juicio se abandonan el acaloramiento, el dolo y las insidias... Si en el segundo escrito os juzgan con demasiada severidad, tambien habreis visto en el primero que hay quien os hace el honor que mereceis... El lema de los conservadores es: «Imparcialidad y justicia.» Con esta os han juzgado, y os califican por lo primero no por lo segundo... Vos podreis poseer secretos de la duquesa, y no por eso serán de vuestra aprobacion. Podreis hacerle un servicio secreto, que la necesidad de conservar vuestra posicion en palacio os obligue á ello.

—Mi posicion!... esclamó la marquesa... Mi posicion, la detesto... Sabeis si hay rango, favor ni fortuna que pueda ser grata, adquirida por el dolor, los sinsabores, el infortunio, y sostenida á costa de zozobras, padecimientos internos y lágrimas tan azarosas como amargas? He ahí mi posicion actual.

Mas un deber sagrado, imprescindible, imperioso, me detiene en palacio. A su poder lo he sometido todo, tranquilidad, reposo, goces, afectos... hasta la vida si fuera preciso... Porque bien sabeis, señores, que hay obligaciones en el triste mortal que no es posible ni desatenderlas ni olvidarlas. Ellas son las que han hecho someterme á Othon, á la duquesa... á los preceptos de uno y á los caprichos de la otra.

Mi posicion!... Mi posicion no es hija de mis ideas... No es la concepcion de una ambicion infundada y estraña á mi cuna... No es el deseo natural que nos incita y estimula á ser, ó desear mas. No es el cumplimiento de un sueño, de una enagenaciou mental producida por el orgullo, realizada por la suerte y halagada por

la casualidad... Es... qué sé yó? Un decreto fatal del destino para que yó no viviese feliz... Para que no disfrute un momento de paz ni tranquilidad en mi vida.

Sí, señores: continuó, con un tono y dulzura que conmovia y encantaba, mi posicion no puede ser mas equívoca, mas rara... mas incompatible con el curso natural de las cosas. Yo tengo que aparentar lo que no siento, fingir lo que no es, y demostrar lo que no existe. Yo tengo que reir cuando llora mi corazon... Manifestar satisfaccion, placer y confianza, cuando el temor, los recelos y la tristeza me deboran el alma.

Sostener una lucha, superior á mis fuerzas, al poder de una flaca muger... á su talento, á sus facultades físicas é intelectuales, y verme sola, abandonada en medio de una corte, para la que no he nacido, cuyos usos me eran desconocidos, sus vicios odiosos, y sus intrigas incomprensibles.

La marquesa de Korvei, en fin, á par que se afana para cumplir la fé de un precepto, que todo lo pospone á él... todo lo olvida por él, os hace saber aquí, jurándolo solemnemente, que al interes que defiende hace doce años está intimamente unida á la suerte de su pais. Su porvenir, el interes sacrosanto que os anima y que tan noble y dignamente defendeis... En una palabra, que ella á par que trabaja para sí, lo hace tambien para esta patria querida á quien no puede ni debe desatender... porque ha nacido en ella y la ama con filial ternura.

Un rumor de aprobacion circuló entre los conservadores.

—Vos sabeis que son ciertas mis palabras, querido Biling. La alta y justa reputacion que gozais en todas las clases del pueblo, os ha grangeado un crédito merecido y que podrá servir de testimonio á mis razones. A vos os consta la verdad de ellas, cuales son mis intenciones y la grave responsabilidad que he contraido con mi pais hasta lograr mi objeto.

—Objeto laudable; añadió el consejero Biling... Fin santo, y digno solo de un corazon magnánimo, de

un alma como la que alienta á la marquesa de Korvei. Algun dia, y ojalá mis ojos alcancen á verlo, se comprenderá el valor de esta hija benemérita de Ravensberg, de esta muger sublime, cuando aclarado el misterio que encubre obra tan grande, se admire y considere como imposible una constancia y teson tan imperturbables.

Sí, señores; el asunto que os ha indicado la marquesa es tan escelso en sí, que la fuerza de su valor ha engendrado la magnánima resistencia contra su valiente espíritu, ha sostenido este arcano por espacio de doce años.

Ha sofocado en ella aquellos afectos sensitivos, que su juventud, su séxo y belleza debieran haber sentido á impulsos de la solicitud, la instancia y el ruego... La marquesa no ha vivido para sí ni para nadie... Solo para su objeto.

Ha dominado las exigencias del corazon, los estímulos de la sangre...

Ha sometido á su fin hasta á la misma naturaleza, porque, decidida y ciega, su existencia hasta ahora ha girado sobre un solo eje... Y esta pertinaz idea, es tan apreciable, como inmensos los sacrificios que esta heroina ha sobrellevado para ello con tanta paciencia como sufrimiento, porque... de una vez, señores... la mision confiada á la marquesa es un asunto de Estado, gravísimo... Es la cuestion futura en que está interesada hasta la corona de Ravensberg, la patria y la fortuna ó la desgracia que debe pesar sobre esta en lo sucesivo.

Un ruido lejano y casi imperceptible, se oyó al concluir de hablar Biling... Despues se sintió mas claro en la puerta del salon... y detrás de otra puerta que estaba á la espalda del presidente Balkan.

Los conservadores ocupados sériamente en las palabras interesantes del consejero, no dieron importancia á semejante rumor.

—En cuanto á la acusacion de la gran duquesa, prorrumpió Sofia, la creo falsa en todas sus partes. No digo que la vida privada de los gefes del estado no deba ser observada, porque influye harto en el bien ó desgracia del

pais, por cuanto que de la corrupcion en sus costumbres, de sus vicios y debilidades se resiente el sistema administrativo, las leyes se atropellan y los abusos se estienden y dominan todas las clases. Pero antes de formular unos cargos tan graves, deben exhibirse pruebas terminantes y poderosas que quiten á la acriminacion el carácter de calumnioso ó parcial. La gran duquesa no ha prostituido tanto ninguno de los actos de su gobierno que merezca por una mera acusacion causarle el sentimiento, el sonrojo de ser publicamente separada de él por una fraccion del pueblo, cual la que se vé en vosotros aquí.

—Os engañais, señora, es la voluntad unánime y compacta del pueblo, la que veis ahora reunida. Tenemos pruebas suficientes para proceder como os hemos manifestado, y os aseguro que no levantaremos mano hasta deponer á la gran duquesa.

—Meditad, os ruego, lo que haceis. Ved una carta que me dirige el gran duque, y en que, despues de otras cosas, manifiesta su beneplácito en que su esposa continúe hasta su vuelta, que está próxima, en el gobierno.

—Porque el gran duque ignora quien es su esposa.

—Y sereis vosotros quien se lo diga? preguntó Ludomilia presentándose.

Las puertas de la sala se abrieron, lo mismo que la que estaba detrás del presidente Balkan, y el salon fué ocupado por la guardia de la gran duquesa, á cuyo frente venian Luitzpoldo y Colemberg.

Ludomilia entró por la puerta de la presidencia acompañada de este último.

Las palabras que esta dijo al entrar sorprendieron á todos menos á Balkan.

—No seremos nosotros, señora, le dijo este con voz enérgica y decision admirable. Será la voz de la justicia y la verdad, pronta y fácil siempre en los labios de los conservadores. Cuando las vemos atropelladas, acudimos prontamente á su socorro sin que nos intimiden aparatos bélicos, ni sorpresas tiránicas y despóticas, hijas de la traicion y de las pocas simpatias que go-

za el que dispone de ellos.

Mandar, ser obedecido por la fuerza brutal, por la influencia del terror, y no por la estimacion y aprecio de los gobernados, es muy triste, señora.

Y pensais que sellais nuestros labios de este modo? Os engañais. Mil voces se alzarán publicando nuestra razon y vuestra injusticia... Qué, quereis ahogar con sangre el grito acusador de un pueblo, que se somete sumiso y resignado á servir de pasto á vuestros estravios y debilidades?... De un partido grande y escelente, que os jura desde este momento guerra á muerte por el atropello que acabais de perpetrar en sus principales gefes y representantes.

—Basta: esclamó ciega de cólera Ludomilia.

General Luitzpoldo, prended á esos rebeldes: ya sabeis mis órdenes.

Mariscal Colemberg, nombrado gobernador de la ciudad, á vuestro cargo queda la tranquilidad pública.

Vos, marquesa de Korvei, torpemente infamada como yo, este ha sido un nuevo nudo que han echado á la cadena de nuestra amistad... Os he escuhado al través de esa puerta defenderme ante un tribunal, el cual, ni tiene autoridad para juzgarnos; ni vos debísteis descender á comparecer en él. Pero no lo estraño, porque vuestro sistema de reconciliacion y fraternidad impera en todo... Es un error en ciertos casos como el de ahora... pero estimable y merece disculpa. Mañana en celebridad de lo ocurrido esta noche, tendremos un dia de solaz en nuestra quinta dol Recuerdo. Marquesa, apoderaos de esos papeles...

Sofia recogió los que habia sobre la mesa.

—No temais, dijo disimuladamente á Balkan.

—Nada se ha perdido aun: prorrumpió este en voz alta, contestando con estas frases de doble sentído á la marquesa.

De allí á poco estaban los miembros de la asamblea de los conservadores sepultados en profundos calabozos en las cárceles de Ravensberg.

XXII.

Golpe seguro.

Se antemano sabia el príncipe de Mark lo que iba á pasar aquella noche en la reunion de los conservadores y en las calles de la ciudad. El plan lo habia combinado bien el astuto ex-fraile. Forjó dos declaraciones que puso dias antes en manos de los conservadores. La de Sofia, como era favorable á la marquesa, la llevó él mismo... La de la duquesa fué anónima y bajo tal carácter la remitió á ellos.

Su objeto era dar un golpe de mano á aquel partido, quitando de en medio un coloso que le atemorizaba con solo su nombre, al mismo tiempo que encendiendo la guerra civil esperaba sacar un buen resultado á su favor.

Sus proyectos no se limitaron á esto solo. Al mismo tiempo que llamaba la atencion de los conservadores sobre la marquesa de Korvei recomendándola, en la

delacion anónima que hacia de Ludomilia, la denigraba como hemos visto y la calificaba de sospechosa en estremo.

Su objeto era divagase la opinion justa y favorable que disfrutaba la marquesa. No se atrevia á hacerle la guerra cara á cara, porque la intachable conducta de Sofia no daba lugar á ello. Pero ocultamente lo hacia y lo primero que practicó fué llamar la atencion del pueblo sobre ella, porque sabia demasiado que el vulgo es exagerado, inconsecuente y necio las mas veces.

Mas adelante llevó el perverso príncipe sus planes. Creó y fomentó en secreto durante la regencia de Ludomilia un segundo partido que con el título de *Ludomistas* contrarrestase á los conservadores. Demasiado sabia que de esta variacion de opiniones, de esta division en los ánimos, iba á coger frutos saludables para sus miras. En él afilió algunos nobles de mediana alcurnia como el baron de Colemberg, Luitzpoldo, Eberten, Bevern, Hasbourg y otros. Pero su objeto principal fué reunir á la aristocracia media, esa parte del pueblo que se dice privilegiada ó distinguida, como ricos negociantes, altos agiotistas... personas en fin, que no fuesen animadas del santo fin de querer lo mejor para su patria, sino sacar de ella todo el partido posible lisonjeando su orgullo y necia avaricia, porque la fortuna se ha mostrado con ellos menos ingrata que con los demás.

A la cabeza de este partido colocó al baron de Colemberg, que como sabemos era enemigo mortal del mariscal Otocaro, gefe de los conservadores.

El aumento que tomó esta comunion política en el tiempo que Ludomilia dirigió el gran ducado, era admirable. Razon porque apoyada así la gran duquesa, se presentó en la asamblea de los conservadores como lo hizo, y les declaró la guerra abiertamente.

El príncipe, despues de preparar el movimiento popular de aquella noche por si y sus ajentes y dejarlo ya fomentado, sin darse á conocer, se fué á palacio y pi-

dió audiencia á la duquesa. Este fué el aviso que á ella le pasó Richsa en la cámara de Sofia. Se presentó sebresaltado á su sobrina y le pintó el estado de agitacion en que se hallaba la poblacion, que los conservadores pensaban arrancarla la regencia, y que quizá el pueblo, seducido y halagado por ellos, atentaria soezmente á la mansion real. Que claro se manifestaba en las voces que él acababa de escuchar en la plaza de Adeltorfen, las cuales pedian el destierro de la marquesa de Korvei, como persona sospechosa en palacio y culpable en los pasos desacertados que la gran duquesa habia dado en su gobierno.

Ludomilia quedó anonadada sin saber qué determinacion tomar. Esto era lo que el príncipe deseaba para caer sobre los conservadores. Le pidió su poder á la duquesa en aquellos momentos, y concedido por esta, espidió en el acto, dos reales órdenes, nombrando á Colemberg mariscal del gran ducado y gobernador de la capital; y otra haciendo á Luitzpoldo coronel de la guardia real con grado de general, porque sabia que en esto lisonjeaba á Ludomilia.

En el momento los hizo comparecer, y sin participarle sus ascensos, le dirigió á Colemberg estas palabras:

—La capital del gran ducado está en efervescencia y necesita un gefe activo y de energia que restablezca la tranquilidad pública. Perpleja su alteza real me ha consultado, y mi parecer adoptado por su alteza real es que vos, baron de Colemberg, mariscal del gran ducado y gobernador de la capital, partais en el momento á la calle de Kem-Linn; deshagais la asamblea de los conservadores, causa del alboroto, prendais á sus gefes y efectueis una sorpresa acertada que desconcierte las miras de los conspiradores, al mismo tiempo que restablezcais la tranquilidad alterada. Para el efecto su alteza real os espide la competente autorizacion. Tomadla.

Despues, dirigiéndose á Luitzpoldo, le dijo:

—Su alteza real la gran duquesa, necesita estar rodeada de servidores fieles que merezcan su confianza. Va á encaminarse ahora mismo en persona á la reunion de los conservadores, porque conviene que lo haga así... y precisa que la acompañe con toda su guardia real S. E. monseñor Luitzpoldo With, coronel de ella y general de las armas del gran ducado.

Lo demás, hasta la presentacion de la duquesa entre los conservadores, fué tan rápido y secreto, que ningudo tuvo tiempo ni aun de avisarles nada.

Colemberg efectivamente, consiguió deshacer los grupos y que se retirasen, entrando por sorpresa en la casa de los conservadores, con tanto sigilo y silencio que estos no se apercibieron de ello, y la gran duquesa tuvo lugar de escuchar las últimas palabras de Sofia.

Esta, ignorante de todo, se sorprendió al ver el aparato bélico que desplegó Ludomilia allí. Desde luego conjeturó que aquello no era obra suya y auguró muy funestos resultados de tal violencia. Los conservadores eran un partido poderoso, todos no podian caer en las manos de la gran duquesa, y los que quedasen libres, harian saber á Othon, á su llegada, la esposa que tenia y la regente que les habia dejado.

Esto la hizo temblar en términos que en cuanto llegó á palacio se lo hizo saber á Ludomilia.

La duquesa quedó un momento pensativa, pero al cabo, saliendo de repente de aquella suspension aparente, dijo con decision:

—No importa... ya se lo que debo hacer. Suspenderemos hasta la venida del duque la fiesta que pensaba dar en la quinta del Recuerdo: con eso será mas plausible y á propósito. En cuanto á los conservadores ya los pondré yo de modo que no osen levantar mas la cabeza. Partido salido de la plebe, de la hez del pueblo, que, no contento con reclamar ó defender los derechos vanos de que se cree revestido, osa atacar hasta la vida privada de sus soberanos... Tan inaudito descaro, audacia tan descomedida, merece un escarmiento severo, un

desengaño fuerte... y yo se lo daré. Entretanto averiguaré quién es el traidor que ha forjado tan infame acusacion ante un tribunal escandaloso, con el vil objeto de amenguar nuestra opinion y denigrarnos bajamente... harto será que no le cueste la cabeza. Desde hoy voy á acordarme de que soy soberana.

La duquesa dijo esto último con una decision y energia, nunca usadas hasta entonces.

A Sofia le llamó la atencion la importancia que dió á sus palabras Ludomilia, y sospechó algo estraño en ellas. Por otra parte, la tormenta que rugia sobre su cabeza á la llegada de Othon, era preciso que la duquesa la conjurara.

Su carácter orgulloso era harto conocido, y si ante Leonelo temblaba y se estremecia, que seria teniendo contra sí parte de un pueblo irritado por su atropellamiento y arbitrariedad?

Desde luego sospechó que el príncipe de Mark era el que la habia precipitado, destruyendo las intenciones que Sofia formó de grangearse, como lo consiguió, el aprecio de los conservadores, y procurar por este medio que estos no hiciesen pública la detestable acusacion que pesaba sobre Ludomilia.

Cada vez se iban complicando mas las circunstancias y aumentándose los cuidados de la marquesa. Aunque es cierto que la duquesa no le interesaba ya, antes al contrario, la haria la guerra, Sofia queria vencerla sola, sin ruido ni escándalo, y siendo el juez solamente, Othon y el consejo de Estado. Deseaba derrotar á la duquesa pero con decoro, y que su reputacion en público no apareciese con los feos colores que ya se empezaba á revestir, y que pronto circularian por Alemania y quizá en la Europa.

Embebida en estas reflexiones entró en su cámara, cuando Richsa le anunció que el señor Mastropetro hacia ya tiempo que esperaba sus órdenes, en cumplimiento de lo que S. E. le habia ofrecido aquella misma noche.

—Ah! sí... es verdad, contestó saliendo de su estado... Díle que pase adelante.

Sofia, al entrar Leonelo, cerró las puertas de su cámara.

—La noche ha de ser completa, monseñor Leonelo, dijo la marquesa. Sentaos. Esta noche deben desaparecer los misterios y las disfraces de ciertas personas. El de Ludomilia ante los conservadores, el vuestro ante mí... Y el mio ante vos elgun día, si lo que vamos á tratar aquí lo adoptais y cumplís como noble y caballero.

—Pues ya sabeis quien soy, no dudeis jamás de mi honor.

—Tengo en él toda la confianza que mereceis... y además mi aprecio por vuestra conducta. Y para que veais sin son ciertas mis palabras, os voy á dar esta noche pruebas de verdadera estimacion. Segun demuestra vuestro semblante habeis estado enfermo los dias que faltais de palacio.

—Sí, señora... He visto la muerte muy cerca... pero me ha respetado... sin duda porque el destino quiere conservarme para sufrir mas.

—O para gozar aun, Leonelo... Desconfiar de la Providencia es una de las faltas mas grandes del hombre.

—He esperado tanto... y en vano hasta ahora!

—Y si yo os doy una muestra de que no os ha olvidado?... Que aun os tiende una mano de consuelo?

—Ah! Solo á vuestro hechicero lábio podia estar reservado el anunciarme alguna ventura.

—Pues sí, no lo dudeis... Pero quiero antes por mí probar vuestra resignacion acrisolando el sufrimiento que hasta aquí habeis tenido. Es decir, que á trueque de un pesar que debe ser momentáneo, os daré una alegria permanente y pura.

—Os escucho ya, señora.

—Juradme antes que lo que os voy á confiar, ni cediendo al resentimiento, á la venganza, á la violencia,

ni á ninguno de los estremos que pueden combatiros, lo revelareis á nadie... porque despues os diré el precio de vuestro silencio... y vereis cuan caro es para vos, conde de Polesino.

Leonelo se puso de pié y con acento enérgico y arrogancia, pronunció:

—Soy noble, marquesa de Korvei.

—Está bien... me basta; contestó esta. Preparaos, porque voy á herir primero vuestro corazon... Despues derramaré sobre él el bálsamo del consuelo.

—Mas despedazado que está ya!

—Sí, porque vos amais todavia á una muger, con amor tan fino que este no os hace esperar el desengaño que vais á oir por mi boca.

Leonelo miró sorprendido á Sofia.

—Su aborrecimiento, prosiguió la marquesa, podriais sobrellevarlo, porque aunque es sensible para el que ama, se aprecia á veces por ser cosa que viene del objeto amado... Su desvio se puede tolerar tambien; pero un olvido total de los mas sagrados vínculos... eso no es posible que sea soportable pnra un noble que quiere como vos.

—Acabad!... Acabad!...

—Ludomilia es una adúltera... Ludomilia se ha entregado á otro hombre que no es su esposo.

—Ah! Y quién... quién es el infame?... Decídmelo, señora... Quién es el hombre vil que la ha hecho atropellar los deberes mas respetables... romperlos... destrozarlos inhumanamente?... Nombrádmelo, por favor... Débaos al menos esta gracia!... Quiero beber su sangre!... Vengarme... vengar á Othon... á Ravensberg... al mundo que ha alimentado á un mónstruo tal, como esa odiosa muger.

Leonelo al decir esto, apretaba convulsivamente la empuñadura de su daga.

—Todo lo he perdido ya... continuó; nada me queda mas que mi desesperacion y mi venganza!...

—Bien, pero esta para conseguirla no es el ca-

mino mas seguro un acaloramiento imprudente. Ignorais, conde, como se venga uno en la corte?... El escándalo está prohibido en estos casos... y con razon. Yo sé bien que en este momento, el celoso furor que os domina os hace proponer un medio que luego, cuando mediteis con calma, hallareis despreciable por lo comun y bajo. El noble se ha de vengar como quien es... por medios grandes y singulares. Una puñalada la da á otro cualquier villano de la plebe... Cualquier tahur ó maton desalmado.

El conde conoció la fuerza que tenian las razones de la marquesa.

—Vamos á ver, continuó esta. Vuestra venganza se reducia solo á matar á un rival, á un hombre, y luego cuando os fuesen á juzgar por asesino... por asesino!... no os estremece ese nombre?... todo lo que os restaba, para mas satisfaccion seria decir que era el amante de la duquesa. Y con qué pruebas justificábais esto, ni con qué carácter os presentábais á decir habiais tomado tal venganza?

—No lo sé.

—Leonelo, hay algunos crímenes que en sí llevan el castigo, y el de la duquesa es uno de ellos. Y para convenceros del importante papel que hago en este caos aparente, y que á su tiempo comprendereis... tomad y leed.

Esto lo dijo levantándose, y sacando un pliego de su papelera se lo entregó.

Leonelo vió que decia así:

«Santísimo padre, mi muy amado tio y señor. Las culpas son obra de los míseros mortales, y yo, indigna pecadora, no de las menos culpadas. Pero al mismo tiempo que nuestra flaqueza nos arrastra á ellas, la mano del Señor ha colocado en la tierra la fuente de su gracia omnipotente, por medio de su digno vicario y representante, entre sus hijos.

«Aunque revestida del esplendor real, mi carne es flaca como la del mas pobre y mísero de mis súbditos.

Ella ha sido susceptible de una impresion, esta escitó el estímulo, me llevó al pecado... y pequé. Llevo en mi seno el fruto de mi flaqueza... y pues he sido criminal, recurro humilde penitente al raudal inagotable de la divina misericordia, depositada en vuestras manos.

«Pero como este desliz, por mi posicion y mi rango, no hallo prudente confiárselo á nadie, lo hago á vuestra santidad para que me absuelva en secreto de él.

«Espedidme una de esas cartas de indulgencia, que Tetzel y los comisionados de la Santa Sede, otorgan en Alemania, á trueque de cantidades, para la continuacion de la basílica de San Pedro en Roma. Mis vasallos acaban de entregarme un subsidio cuantioso, que les he pedido para las atenciones del Estado, y si no bastase á cubrir las exigencias de mi culpa, diamantes tiene mi corona... y minas en el Harz que puedo enagenar ó esplotar. Mis súbditos lo darán todo gustosos por mí, y yo debo hacerlo para comprar la paz de mi alma y mi eterna salvacion (1).

«Espero en vos, santísimo padre, el remedio de todos mis males, con aquel afan que me inspira la necesidad de obtener gracia tan especial. Rubricado y sellado en mi palacio de Ravensberg, á 12 de Octubre de 1520. Ludomilia de Médicis. A los paternales piés de S. S. nuestro muy querido tio y señor Leon X.»

—Perjura antes de casarse!... y adúltera despues!!... esclamó Leonelo entregando el pliego á la marquesa. Sí... Sí... la conozco por mi mal. Conozco que esa muger detestable se ha perdido... y á mí tambien.

—A vos, no. Eso es lo que yo no quiero, y lo conseguiré. Vuestros sacrificios, vuestra generosidad, los sé

(1) No parecerá estraña esta peticion de la duquesa, si tenemos en cuenta los supersticiosos errores introducidos en Alemania en el siglo XVI por Tetzel y sus compañeros, en el tráfico de las indulgencias. Estos eran tan escandalosos y repugnantes, que casi parecen increibles. Entre otras cosas decian para cimentarlos: «Cualquiera que compra cartas de indulgencias, puede tener tranquila el alma sobre su salvacion. Las almas encerradas en el purgatorio, y por cuya redencion se adquieren las indulgencias, se escapan de esta mansion de tormento, y suben en derechura al cielo, al instante que el dinero suena en el cofre.» Historia de Cárlos V. Tomo II, página 97.

por ella misma que me los ha confiado, y para mí teneis un derecho tan admitido como legal, á toda consideracion. Si ella no os lo guarda, porque su ingratitud sea tanta, yo, que no os debo nada, quiero mostrarme generosa. Pero esta generosidad tiene una exigencia, Leonelo. No mia, sino de otra persona. Este es Othon á quien vamos á defender, y el que me debe todo el respeto y cariño de un hermano.

—De un hermano!!

—Sí... Ningun rencor debeis abrigar contra él, porque ha sido engañado por Ludomilia como vos. Como vos, vendido inicuamente á una creencia falsa, á una persuacion que no existia. Por lo tanto, vuestra causa es la suya desde hoy. Yo la defiendo hace doce años, pero aun no está concluida la obra. Al contrario, en la actualidad se van presentando escollos mayores. Ese hijo del crímen que Ludomilia guarda en sus entrañas, procurarán hacerle creer á Othon que es suyo, para algun dia sentarlo en el trono de Ravensberg.

—Oh! Eso nunca... jamás... Antes perderia yo mil vidas que tuviera.

—Al contrario, debeis conservar la que teneis para ayudarme á que ese sólio lo ocupe en vez de ese bastardo, vuestro hijo.

—Mi hijo!!! pues qué, vive?

—Sí... vive.

—Quién lo salvó del incendio?

—Una mano benéfica dirigida por mí!

—Por vos, señora!!... Ah! no me engañeis, por piedad!... Aseguradme que existe mi hijo... mi querido César!... Que no es un sueño... una ilusion... un vago delirio... y despues dejadme morir de placer y de alegria.

—Sí, os aseguro que se ha salvado. Vuestro hijo abandonó la casa con la señora Faledro al principio del incendio, y como nadie los vió salir todos creen que ha perecido.

—Bendito seais, Dios mio!... Bendito seais, que me concedeis un sosiego tan dulce para el corazon de un

padre! Pero dónde se halla? decídmelo.

—Oh! Esa es una peticion que no os será concedida hasta que esté yo cierta de vuestra prudencia y fidelidad... porque, conde, necesito tenerlos á todos metidos aquí... Dentro de mi mano cerrada para que ninguno se me pueda escapar. Me faltábais vos y ya los he conseguido.

—Me confundís, señora.

—Vuestro hijo era la prenda que yo habia elegido en seguridad de lo que pensaba exigir de vos. Mas al verlo lo he colocado en una posicion tal, que tambien voy á trabajar para él, y lo que antes era una inteligencia, ahora se ha trocado en deseo... No me entendeis? Al examinar su fisonomia, sus disposiciones y talento, lo he elegido para que lleve en su dia la corona de Ravensberg... y os aseguro que la llevará.

—Ah! mis sueños lisonjeros de esperanza...

—Se realizarán.

—Pero á vos, marquesa, qué interés os mueve?

—Uno que conocereis como os he dicho, cuando pueda revelároslo. Mas claro, cuando merezcais mi confianza; y yo lo espero, porque el padre querrá que el hijo sea duque soberano de Ravensberg. Hasta entonces vuestro hijo estará oculto para vos y para todo el mundo, siendo vanas todas las tentativas que hagais para saber de él.

—Sin esa condicion mi vida es vuestra, señora. Habeis salvado al hijo de mi amor, y su padre consagra desde este dia la existencia á su salvadora.

—Sus esfuerzos son los que yo necesito, nada mas.

—Hablad... decid.

—Vuestro hijo, tened presente que, para los que sabian su existencia, ha perecido en el incendio, y que los papeles que estaban en el cofrecito de marfil y oro han sido abrasados.

—Estos últimos con grave pesar mio!

—Los papeles están intactos tambien y al lado de vuestro hijo.

—Ah! Es posible! esclamó gozoso Leonelo. Quién los libró del incendio?

—Yo.

—Siempre vos, señora?... Sois una hada benéfica, un espíritu bienhechor... ó un ángel de consuelo para mí?...

—No soy nada... aun... y podré ser mucho. Volvamos á lo que deciamos. La muerte del vuestro hijo y la desaparicion de esos papeles debe prevalecer. Vos seguireis en palacio bajo el mismo disfráz de Mastropetro y sostendreis la confianza de Colemberg, á quien halago por conveniencia. Espiad al príncipe de Marck y mirad sin odio al general improvisado Luitzpoldo With, que por su elegante figura y atractivos ha llegado á ser para Ludomilia lo que vos en Ferrara.

—Luitzpoldo es...

—Nada para vos ni para mí. Ese hombre es un autómata bello y engalanado con algunos atractivos para amante. El príncipe de Marck y el baron de Colemberg, en union de Ludomilia, son los tres enemigos con quien tendremos que luchar. Digo, esto es si quereis abrazar á vuestro hijo, y mas adelante verlo elevado á la altura que os he indicado.

La marquesa hizo algunas leves esplicaciones mas á Leonelo, y este salió de su cámara algo tarde, cosa que no dejó de llamar la atencion de las damas de honor de Sofia, aunque estaban convencidas de que serian asuntos de Estado y no otra cosa lo dilatado de la conversacion.

XXIII.

La quinta del Recuerdo.

Todos los conservadores cogidos en la asamblea y algunos mas que fueron presos aquella noche por Colemberg, permanecian en las prisiones de Estado. Se hablaba al dia siguiente de un castigo ejemplar, en Balkan, Crefeldi, Stetin, Brun y otros de los principales del partido, hasta creer que se les cortaria la cabeza en la plaza de Adeltorfen, para público escarmiento al crímen proyectado cual fué pretender quitar á la regente.

La capital del gran ducado hervia de indignacion á estas noticias. Se lamentaba mucho de la falta de Othon y mas que nada de la del mariscal Otocaro. Aseguraban demasiado los conservadores que si el mariscal hubiese estado en la junta, no se hubiera perpetrado paso tan arbitrario y escandaloso.

Mientras, Ernesto de Brunswick era ya dueño del principado de Hesse-Delmont, y amenazaba al mismo

ducado de Ravensberg. Othon sabedor de esta invasion trató de apresurar su retorno á la corte, pero no podia creer jamás que la regencia no hubiese tomado alguna medida enérgica para contener, hasta su llegada los progresos de Ernesto.

El condestable Erardo de Gotinga se consumia de impaciencia, y habia representado varias veces al consejo el estado de las tropas de Ravensberg, y que era preciso atajar á Ernesto de Brunswick. Pero el príncipe de Marck, dilataba con pretestos tomar ninguna determinacion, para dar lugar á su aliado Ernesto á que se posesionase perfectamente del principado, guarneciese bien las principales plazas de él, siendo despues mucho mas difícil ó casi imposible arrojarlo de sus posesiones.

El condestable se cansó de representar y esperó la llegada del duque para sincerarse de tal abandono.

Entretanto, no se pensaba en palacio mas que en saraos y fiestas que proyectaba la gran duquesa con sus damas y favoritos. En ellos se embriagaba con sus impuros amores cuando el pueblo gemia en la mayor consternacion y abatimiento. A las prisiones hechas en los conservadores se habian añadido la deportacion de muchos de ellos, la fuga, las vejaciones y otros estremos que son inherentes á una administracion tiránica y desacertada.

Sofia observaba todo esto... todo lo sabia, y procuraba el remedio que le era fácil á aquellos que acudian á su bondadoso corazon. Mas de una vez habia visitado en la cárcel al presidente Balkan y á sus compañeros, dándoles consuelo y diciéndoles que esperasen en la magnanimidad del gran duque, la que impetrada por ella á su llegada, no podia menos de producir un feliz resultado.

Habia parado tambien el golpe terrible que trataba el príncipe de Marck descargar sobre Balkan y los suyos. El príncipe los hizo juzgar como reos de Estado con una premura increible y fueron condenados á ser

decapitados. Esta noticia consternó á todo Ravensberg. Pero por suerte llegó á oidos de Sofia antes que Ludomilia firmase la sentencia, de modo que cuando el príncipe la presentó á la gran duquesa esta no quiso sancionarla de ningun modo.

La gracia conseguida por Sofia se divulgó por la capital, y la marquesa de Korvei se hizo objeto de veneracion, amor y respeto. No se oia su nombre en los labios de todos mas que para una perpétua y unánime alabanza.

Sofia calculando siempre lo mejor, tanto para evitar motivos de escándalo y murmuracion, como para separar á Ludomilia del lado del príncipe de Marck, le propuso á esta, en una conversacion secreta que tuvo con ella, trasladarse á la quinta del Recuerdo, con la servidumbre indispensable nada mas, y permanecer allí aun despues que llegase Othon, porque aquel retiro ofrecia mas disimulo y reserva para su trato con Luitzpoldo, que no el palacio de Ravensberg.

La gran duquesa aprobó el dictámen de Sofia y esta y Ludomilia se trasladaron al nuevo domicilio.

La quinta del Recuerdo era, como ya se ha dicho en otro lugar, un palacio magnífico, reedificado, ó mejor dicho, construido con todo el gusto y grandeza alemana. El gran duque habia gastado en ella sumas crecidas para hacerla una posesion que en nada desmereciese de las mejores del imperio.

Como que su objeto era regalarla algun dia á cierta persona, en memoria de su constante é inestimable sufrimiento.

Cual es sabido, la quinta del Recuerdo la habia mandado construir Othon donde estaba la granja de la familia Martelo. Describir sus galerias, salones, cámaras, corredores y demás dependencias, seria difuso y distraeria á nuestros lectores del curso de esta historia.

Pero en medio de tanta grandeza régia, de una magnificencia casi oriental, se advertian dos cosas, que por estrañas é indebidas á aquel lugar, llamaban la aten-

cion de cualquiera, y eran los objetos de mas estimacion y respeto que existian en ella para Othon y la marquesa de Korvei.

Despues las daremos á conocer.

En todo lo que llevamos dicho en este capítulo hemos retrocedido un poco, pues ya hacia algunos dias, desde la noche de las ocurrencias populares, que la gran duquesa y Ludomilia habitaban la quinta del Recuerdo.

La duquesa ocupaba las habitaciones de la izquierda. Sofia estaba distante de Ludomilia, pues nada bastó á hacerla abandonar el ángulo derecho del palacio, ni situar su cama sino junto á una habitacion que estaba cerrada y cuyas puertas, rústicas y humildes, eran un lunar en tan bello edificio y al lado de las demás.

Ludomilia, aunque al principio estrañó esta pertinacia de la marquesa, luego la atribuyó á capricho ó gusto en habitar en aquella parte. Sofia la disuadió tambien con disculpas y ficciones, y la duquesa no volvió á ocuparse mas que en gozar las dulzuras que su amor y aquel lugar le ofrecian.

Estas fueron interrumpidas por la llegada de un correo que anunciaba para el dia siguiente la entrada del gran duque en la capital.

Ludomilia se lo participó á Sofia, y al momento se pusieron en marcha para el palacio de Ravensberg, llegando á él la noche antes.

El pueblo y la córte esperaban con ansia el nuevo dia, el que vino al fin, para consuelo de muchos y amargura de otros. El pueblo recorria las calles gozoso y entusiasmado, dándose parabienes y enhorabuenas unos á otros porque cesaria aquel estado de opresion y terror en que estaban sumergidos, volviendo á respirar libres y felices como antes, con el gobierno de su soberano.

El príncipe de Marck, al llegar á sus oidos estas felicitaciones, reia para sí satánicamente. Demasiado sabia él cuál encontraria Othon los asuntos gubernati-

vos del gran ducado, lo mucho que le costaria organizarlos, y el enemigo doméstico, que oculto, lo acechaba para combatirlo y ponerlo en disposicion de no poder cuidarse ni aun de sí mismo.

Las calles de la capital las engalanaron con vistosas colgaduras. Las campanas desde que asomó el dia, anunciaban el regocijo popular. Todo en fin, daba una idea exacta del espíritu público.

Othon compareció al cabo entre sus súbditos, victoreado con las aclamaciones de un pueblo que le adoraba. Circunstancia que acredita ó desmiente el amor y afecto que debe un soberano á sus vasallos. Una aclamacion unánime es la espresion del deseo, del interés del amor. Forzada ó mercenaria, es la violencia fatal de la necesidad, el temor ó el compromiso.

Othon poseia lo primero.

El gran duque así que llegó á palacio abrevió cuanto le fué posible las etiquetas de la córte. Lo primero que hizo fué convocar el consejo de regencia, pedirle cuenta, con severidad, del estado en que se hallaban sus pueblos y de las determinaciones que se habian tomado.

Advertiremos de paso, que Othon habia antes de su retorno recibido una carta de Sofia en que le enteraba de las infamias cometidas por el príncipe de Marck, y aun le insinuaba lo que debia hacer á su llegada.

Ludomilia y el príncipe se sorprendieron al interrogatorio de Othon, y mucho mas cuando enterado de sus escusas prorrumpió:

—Sí, ya veo que no se ha pensado mas que en oprimir y vejar al pueblo. En alimentar á sus enemigos, en halagar á vuestros amigos, en dar impulso á notabilidades inmerecidas y crear generales improvisados. De este modo no es estraño que Ernesto de Brunswick haya invadido parte de mis dominios. Pero no importa... Estoy demasiado convencido de donde procede esto, y me sobran arbitrios para atajar aun, males tan trascendentales.

Ludomilia temblaba y el príncipe de Marck estaba pensativo.

—Con respecto á los conservadores... prosiguió Othon.

La voz de uno que disputaba con el ugier que estaba á la puerta del salon del consejo, interrumpió al duque.

—Yo puedo entrar, os digo, esclamaba el mariscal Otocaro en voz alta. Aunque esté quien esté y sea la hora que sea.

—Pero si está con el consejo...

—No importa... Tomad, anunciadme, y mostrad eso á su alteza real.

El ugier se presentó en el salon anunciando al mariscal Otocaro.

—No puede ser ahora: contestaron la duquesa y el príncipe de Marck, á un mismo tiempo.

—Dice que este anillo le abre paso hasta su alteza real por difícil que sea hablarle.

—Es cierto, contestó Othon. Decid al mariscal que entre.

El príncipe y Ludomilia se miraron á la vez.

—Señor; dice el mariscal dirigiéndose al duque, y con voz alterada por el cansancio y la zozobra. Me acaban de pasar un aviso, del cual me he estremecido, y el corazon de vuestra alteza real no podrá menos de resentirse á impulsos de la compasion, el horror y el furor unidos. Os suplico que paseis por la vista este anónimo que ahora mismo un hombre embozado hasta los ojos en una capa, me acaba de entregar, sin decirme una palabra, en la primera meseta de la escalera de este palacio, de donde no ha querido pasar... temeroso sin duda de ser reconocido.

Othon leyó:

«Mariscal, pues sois el gefe mas decidido de los conservadores, evitad un homicidio que va á perpetrarse esta noche en la cárcel del crímen.

Balkan, Brun, Crefeldi, Stetin y demás miembros

de la asamblea que fueron arrestados, deben ser ahogados en la prision y sus cadáveres arrojados al Ems, con tanto misterio y secreto, que no quede el menor indicio. Despues se esparcirá la voz de que se han fugado. Con este crímen no pretenden castigar un delito que no han cometido, sino apagar sus voces sobre revelaciones de grave peso para una persona de alta categoria. Pues teneis influjo para inutilizar tan infame trama, volad á los piés de su alteza real el gran duque, y no os levanteis de ellos, hasta asegurar las vidas de unos infelices que no han cometido otra culpa, que amar á su soberano y ser idólatras de su patria.»

Othon quedó sorprendido, sin acertar á creer lo que habia leido.

—Está bien, dice al mariscal. Esta es una acusacion marcada contra vosotros, señores, añadió dirigiéndose al consejo de regencia. Yo no puedo darle crédito, pero tampoco desatenderla... Es mi deber.

Tomad, mariscal, continuó despues de escribir. Marchad á la cárcel del crímen y cumplid el tenor de esa órden.

Otocaro se inclinó, y salió con precipitacion.

—He estado reflexionando, querido sobrino, prorrumpió el príncipe, que es á nosotros solos á quienes alude ese anónimo. Pero si es así, no tenemos en eso, si se mira con detencion, la influencia maléfica que se supone, indebidamente, por tí. La regente tuvo aviso de que la tranquilidad pública estaba alterada, de que trataban de atentar á su persona, y que la asamblea de los conservadores era el foco de la rebelion. Llega, los sorprende y escucha sus palabras. Los prende y los entrega á los jueces para que la ley falle y decida de sus personas. No hay una cosa mas sencilla. En eso nada tenemos que ver nosotros... Y si acaso pretenden ahogarlos como, dicen, creo que será en tal caso el castigo que hayan impuesto á su delito, y el cual sea de ese modo por no conmover al pueblo con el espectáculo de la decapitacion. O mas bien, una ca-

lumnia para denigrar al consejo... porque añadió sonriéndose, ninguno tiene mas émulos y enemigos encubiertos que aquel que está en el poder. Es tanta la tendencia que hay á difamarlo, á acriminar sus actos mas inocentes y sencillos, que bien se puede decir con razon, que el que gobierna *no tiene un amigo mas verdadero que su propia conciencia.*

—Pero no me negareis, le contestó Othon, que la vil traicion se esconde bajo el manto de una apariencia laudable, revistiéndose de la faz lisongera de la probidad, el bien público y la justicia. No fijaré un juicio aventurado sobre lo que acabo de saber por este billete, mas os aseguro que no descansaré hasta descubrir la verdad.

El príncipe frunció las cejas y Ludomilia volvió á mirarlo.

—Lo creo muy justo, dijo el príncipe con indiferencia. Es tu deber y en ello no harás nada que se deba tachar. Pero eso... no corre tanta prisa... Ya supongo que por medio de la órden que distes al mariscal, habrás puesto á los presos á buen recado, y por consiguiente ahora debes descansar y entregarte á las delicias domésticas. Aquí tienes á tu esposa, á este ángel de bondad y de ternura... Contempla su rostro pálido por las vigilias que ha pasado en tu ausencia... porque, sobrino mio, hasta ahora no he conocido yo lo que te ama mi querida sobrina.

La duquesa bajó los ojos, enjugándose algunas lágrimas, que el fingimiento le hizo derramar, y que el inocente Othon creyó efectivamente que eran de cariño hácia él.

El consejo terminó, y el príncipe pidió permiso para retirarse.

La duquesa hizo lo mismo en seguida, y Othon le prometió ir á hacerle una visita á su cámara despues.

En cuanto el duque quedó solo con el consejero Biling, fué informado del pormenor de los acontecimientos que habian pasado durante su permanencia en

Aquisgran. Biling, con su acostumbrada prudencia, culpó de todo al príncipe de Marck, á quien conocia demasiado, porque no era fácil que el príncipe engañase al consejero, que estaba luchando con su ambicion desde el tiempo que se ha mencionado.

Othon le pidió su parecer á Biling, y este se lo dió sin rebozo como acostumbraba á hacerlo con su discípulo. Lo que sí se escapó á la esperiencia del consejero, fué el trato clandestino de Luitzpoldo con Ludomilia, por lo cual aconsejó al duque, que aquella noche debia vencer su repugnancia, y corresponder al afecto que su esposa le profesaba.

El consejero se marchó despues de dejar decidido con Othon el destino del príncipe de Marck.

Este y Ludomilia estaban tambien conferenciando entretanto sobre lo que debian hacer.

Sofia y Leonelo, hablaban de la direccion que habian de dar á sus planes.

De modo que aquella noche, y casi á una misma hora, se estaba tratando en palacio del porvenir de las personas de mas alta categoria que tenia la corte de Ravensberg.

Othon, en cuanto se separó del consejero, entró en su cámara y abriendo una puerta se encontró en las habitaciones de Ludomilia.

—Me habeis ahorrado ese trabajo, señor, le dice esta con una amabilidad hechicera. Habeis abierto por vuestra mano una puerta, que la indiferencia y el abandono hace tiempo que tenian cerrada á vuestra esposa. A vuestra esposa que os ama, porque conoce lo que valeis, y le consta que el mortal desvio que le mostrais es producido, no por los hermosos sentimientos que abriga vuestra alma, sino por motivos estraños que jamás os habeis dignado confiarle.

—No me hableis de eso, Ludomilia.

—Sí, sé que os molesta, y hé ahí la causa porque sospecho que hacen violencia á vuestra voluntad! Pero ese misterio, cuyos efectos padeceis y yo sufro, es

posible, Othon, que otra ha de ser mas digna de saberlo que vuestra esposa? Puede haber en el mundo una persona que os ame como yo os amo? Que pueda consolaros y participar con mas sinceridad y placer de vuestros pesares? Que os consuele con mayor ternura y amor que yo? Tendreis un seno mas amante, un regazo mas dulce que el que os ofrece esta desdichada muger, que pide sin cesar al cielo, no una accion ni una palabra... una sola mirada vuestra de amor para considerarse feliz, para delirar de ventura y de placer?... Ah! Othon! Sois bien cruel con quien os adora como á su vida... y vuestro corazon no ha sido formado para hacer derramar lágrimas, ni causar tan acervos dolores como sufro por vos.

La duquesa terminó sus quejas con un suspiro tiernísimo.

No Othon... no el incauto duque de Ravensberg... el mismo Leonelo cierto de la infidelidad de Ludomilia hubiera vacilado y creido, que esta muger estaba, cuando menos arrepentida de sus estravios.

La duquesa, por dictámen del príncipe de Marck, debia poner en juego aquella noche todas las seducciones y artes que posee una muger hermosa, para hacer caer á Othon.

No fué muy difícil, porque el corazon del duque era sensible. Ludomilia orgullosa en demasia jamás habia usado este recurso, pero en la actualidad el estado en que se hallaba, y que tuvo la imprudencia de confiar al príncipe de Marck, le obligaba á ello.

Othon escuchando á su esposa, permanecia con los ojos bajos sin osar mirarla. Al cabo prorrumpió:

—Y quién os ha dado á entender que hay otra que ha merecido mi confianza mas que vos?...

—Ella misma.

—Ella!... dijo el duque admirado y fijando en Ludomilia una mirada severa. Y quién es ella?

—La marquesa de Korvei.

—Pero la marquesa, qué os puede haber contado?...

—Nada. Ella nada me ha confiado, pero yo lo he conocido. Sofia es el tipo perfecto de la cordura y el talento, pero vuestra conducta y la suya guardan una analogia perfecta y exacta. La que ama como yo tiene la vista demasiado perspicaz... Yo no me quejo de la desconfianza que me manifestais porque esté resentida, sino que ella me acarrea vuestro desamor, Othon... Amadme y todo lo demás es nada para mí... Os parece que mi vida será muy grata y lisonjera, sumergida en un tormento contínuo, en un deseo constante y vehemente que en vano procuro satisfacer?...

—Y quién os ha dicho que no os amo?

—Me amais? Ah! me amais, duque mio? Repetídmelo otra vez... Hacedme oir esa palabra hechicera y entusiasta... Esa palabra que sale de vuestros lábios por primera vez... y que me parece una ilusion que ha penetrado por mis oidos... Esa palabra mágica, benéfica... y casi divina, pues tiene la virtud de dulcificar mis penas, de calmar todos mis dolores... Othon!... Othon!... añadió con un acento casi desesperado, por qué no la habeis pronunciado antes de ahora!... mucho antes!!!...

Ludomilia reclinó su cabeza sobre el pecho del duque derramando un copioso llanto. Othon la estrechó contra su corazon.

—Sí, te amo, Ludomilia, dijo Othon: y estampó un beso en su alba frente.

—Ah!! esclamó la duquesa con un grito desgarrador... Qué has hecho? Qué has hecho?

—Darte una prueba de mis palabras.

—Ay! que ese beso ha sido una herida de muerte para mi corazon!... Un dardo emponzoñado con que me has atravesado el alma!...

El duque no podia comprender el verdadero sentido de las palabras de Ludomilia.

Los dos estaban sentados en un cómodo escaño. El duque ceñia con el brazo derecho el cuello de su esposa y esta tenia cogido á Othon por la cintura.

Noche de entusiasmo y amor para el duque de Ravensber... pero de ilusion perniciosa... de goces mortíferos... Lazo infernal, detestable é indigno que tendieron á su bondad y bellos sentimientos... A esa natural amabilidad que poseemos por nuestra desgracia, y con la cual juega á su placer el malvado, para envolvernos y hacer en ella un tráfico horroroso é inícuo!

El pensamiento del príncipe de Marck se habia cumplido perfectamente. Al dia siguiente se decia en palacio, divulgado á intento por Inmegarda y las camaristas de Ludomilia, que el gran duque habia pasado aquella noche en el dormitorio de su esposa.

Lo que sintió Sofia al saberlo debe imaginarse.

Todo respiraba placer y júbilo en palacio aquella mañana. Desde el cortesano mas encumbrado, al mas humilde criado de la servidumbre, habia alcanzado la satisfaccion de Othon. Se hablaba de trasladarse la gran duquesa otra vez á la quinta del Recuerdo y que pasaria en ella algunos dias en compañia de Othon.

A Sofia no se le ocultó la intencion de Ludomilia en haber conseguido del duque que pasase con ella la noche. Su profundo sentimiento se cifraba únicamente en que lo engañasen tan vilmente, abusando de su bello carácter, y ridiculizándolo á los ojos de todos aquellos que estaban enterados de los amores de Ludomilia.

Habló con Othon pocas horas antes de salir para la quinta del Recuerdo, y ni aun demostró á este el pesar acerbo que la ocupaba.

El mariscal Otocaro recibió órden del duque para acompañarle, y de notificarle antes al príncipe de Marck que se retirase de la corte y fuese desterrado á su castillo de Coimberk, lo mismo que la deposicion de sus nuevos grados al baron de Colemberg y á Luitzpoldo With.

Estas tres soberanas disposiciones hicieron en la corte un ruido estremado, ofreciendo materia las dos últimas para infinitos epígramas, sátiras y sarcasmos. Ludomilia era la que ardia en despecho, tanto por el des-

aire que el duque hizo á Luitzpoldo, cuanto porque habiéndole ella conferido tal nombramiento, participaba tambien de esa desaprobacion repentina.

Pero el consejero Biling lo habia dispuesto así, y Othon no contrariaba jamás ningun parecer de su maestro, porque sabia que iba fundado en la rectitud y la justicia.

Aquella noche en la quinta del Recuerdo hubo una lucida tertulia, á que asistió toda la corte y el mismo duque, solo que este estuvo poco, abandonándola al momento.

Su ausencia no fué notada por la duquesa hasta que pasó algun tiempo, la cual pretestando que sentia una leve indisposicion, se retiró al salon de descanso.

Sofia seguia con la vista los movimientos de Ludomilia, así en el momento que vió su salida la siguió, dando otra disculpa á la tertulia.

La duquesa se informó del ugier que estaba en la puerta de la cámara de Othon, pero este contestó que el gran duque se habia dirigido al salir de allí hácia las habitaciones de madama Sofia.

Ludumia sola, y por uno de aquellos presentimientos tan naturales como incomprensibles, se fué hacia donde le indicó el ugier. Guarco que guardaba la entrada de la cámara de Sofia, le dice que el duque ha entrado por allí, á pesar de haberle él dicho que la marquesa estaba en la tertulia.

La curiosidad de la duquesa se avivó mas con esta noticia. Recorre rápidamente todas las habitaciones y llega al mismo dormitorio de Sofia. Este estaba situado en lá última alcoba de aquel lado y solo una puerta rústica, y en mal estado, era la que se advertia, como para dar paso á alguna otra habitacion.

La vista de tal puerta, en un camarin de tanto lujo, no dejó de llamar la atencion de la duquesa. Algo de misterioso y estraño tenia aquello, pero á no ser el gran duque, nadie podia, á su entender, esplicarle qué causa habia asistido, al construir la quinta, para

dejar un objeto antiguo en aquel sitio, y que tanto distaba de la magnificencia que se encerraba en ella.

Ludomilia, por un impulso superior, se aproximó á la puerta, y levemente la agitó. Pero estaba cerrada al parecer por dentro, y por lo tanto imposible el ver lo que allí habia.

Casi desesperada iba á retirarse, cuando un ruido sordo que oyó al través de la puerta despertó su cuidado.

Se aproxima á ella, pone atencion, aplica el oido, y oye unos suspiros en estremo ahogados, y que demostraba que la persona que los daba estaba posesionada de un pesar profundo.

La ansiedad de la duquesa se multiplicaba. El eco es como de hombre. La incertidumbre de Ludomilia es cruel. La justificacion de sus temores fatal. La persuacion de sus recelos un dardo agudo para el corazon de aquella muger orgullosa y despreciada. Habia procurado con su nuevo amor curarse de la indiferencia de Othon, pero era aparente esta calma, adquirida por medio de un crímen. El amor propio volvió á brotar, con tanto vigor como un viento fuerte activa una hoguera apagada en la apariencia.

Ludomilia hubiera querido con su agitada respiracion reducir á cenizas la puerta, para ver quien era el que esta le encubria y lo que estaba pasando en aquel cuarto.

Pero cuando su deseo era mayor y mas vehemente, cuando su impaciencia tocaba el último estremo, escucha, entre sollozos y profundos suspiros, estas mortales palabras:

—Beatriz!... Beatriz adorada!... perdóname!... Tú conoces mi corazon y estarás persuadida de que jamás puede ofenderte... En lo que he hecho con esa muger esta noche pasada, tú sabes que no es mas que una obligacion forzada, y un cumplimiento involuntario.

—Ah! prorrumpió la duquesa dando un grito, y fuera de sí empezó á golpear la puerta con las manos.

La voz que habia preferido estas frases era la del duque.

Ludomilia habia sentido repentinamente el influjo de aquel vértigo cruel producido por el desprecio y los celos. Las últimas palabras fueron crueles...

—*Una obligacion forzada!* esclamaba. *Un cumplimiento involuntario!...* Hé aquí patentizado su abatimiento... su desprecio é indiferencia. Y yo no he de conocer á esta muger enemiga de mi felicidad... A esta muger odiosa, causa de mi eterna desventura... Sí... porque esa muger me roba el corazon de Othon, que habria sido mio... mio solo!... Othon es bueno, sensible, y me hubiera amado si esa pérfida rival no se hubiese interpuesto entre mi esposo y yo.

Y agitaba furiosa la puerta pidiendo que abriesen.

Pero sus voces eran contestadas con un profundo silencio.

—Ah! todos me venden... todos. No hay uno solo que se haya compadecido de mí! Hasta Sofia es una ingrata... Ella me aseguró que el corazon de Othon estaba libre... y no es verdad!... Sofia me ha mentido inícuamente.

Este recuerdo le hizo derramar lágrimas de sentimiento y despecho á la duquesa.

—Sofia no te ha engañado, jamás! dijo la marquesa, presentándose, abriendo las puertas del cuarto, y dejando á la duquesa admirada. Aquí me tienes atraida por tus voces. Ves?... Esta habitacion tiene otra puerta que da salida á esa galeria. Por ella acaba de salir un hombre... un marido inocente, que estaba en este cuarto y el cual me ha dicho al pasar: «Marquesa, Ludomilia me ha oido desde vuestro camarin. La desdichada ha sido víctima de la casualidad. Mis palabras deben haber herido su corazon y yo le he causado este atroz pesar ignorante y descuidado. Yo no tengo valor para consolarla... Hacedlo vos por mí, que sabeis nunca la he ofendido, porque soy caballero y soberano.» El hombre que ha dicho esto es Othon de

Ravensberg. La muger que le escucha, se queja, lamenta y profiere en imprecaciones, es Ludomilia de Médicis. Y entre Ludomilia y Othon... entre la conducta pasada de este y la actual de ella hay una enorme distancia. Entre la confirmacion de un crímen detestable, y la persuacion de otro aparente, hay una desproporcion marcada. Othon es culpable en la apariencia... Ludomilia lo es en realidad. La flaqueza triste del marido, la ha descubierto la muger... pero la mancha horrible de la esposa no la conoce... ni conocerá el esposo, porque con razon dige antes que era un inocente... y no advierte, ni advertirá, que su esposa, el fruto que lleva en su seno, es la concepcion del adulterio... y pasará por una produccion estimada de la fé conyugal y del cumplimiento de los preceptos mas respetables... Porque la naturaleza ha dispuesto, que la esposa impura pueda guarecerse en la sombra de su repugnante delito, sin que al momento de perpetrarlo, una señal de reprobacion, una marca de ignominia no apareciese en su frente, para que su inocente consorte no ria en la desconfianza, y desee y quiera despues á un objeto, que le cubre á los ojos del mundo de ignominia y del ridículo mas inaudito.

—Sofia!! Sofia!! Prorrumpió la duquesa sin saber donde estaba.

—No te acongojes. Entre nosotras la verdad ha de aparecer ya sin disfraz. He aquí la causa porque Sofia no te ha mentido... á pesar que debió hacerlo. Othon, á su casamiento contigo, solo conservaba una memoria, un triste recuerdo!... Por lo demás, quieres conocer á la muger á quien acusas injustamente? Acércate.

Y cogiéndola por la mano le mostró el retrato de una aldeana como de quince años, colgado de una de las paredes de la habitacion.

—Ahí la tienes, añadió la marquesa. A la que crees te ha ofendido... A la que juzgas tu rival. Contra quien deseas verter todo el veneno de tus celos. La conoces? La conoces ya?... Yo misma te la entrego.

—Esa? dijo la duquesa mirándola con horror.

—Sí... esa...

—Mas dónde está?... Dónde mora?

—Dónde? En el cielo. Esa mártir desgraciada tú la has asesinado.

—Yo!!...

—Sí.

—Cuándo?

—Hace doce años.

—Pero su familia... Su procedencia... el fundamento de esto, Sofia.

—Ludomilia, ya no es posible. El adulterio se ha interpuesto entre la memoria de esa muger y tú. Pídele al cielo que Othon lo ignore siempre.

A estas terribles palabras la duquesa cayó en un abatimiento profundo.

No se sabe el fin que hubiera tenido esta escena, á no haber aumentado su importancia un nuevo personage.

Este fué el mariscal Otocaro que seguia á Richsa.

—Perdone vuestra alteza real... y vos, madama Sofia; dijo la doncella, pero monseñor el mariscal tenia que hablar con vos, señora marquesa... y habiendo entrado en vuestra cámara y no encontrándoos, creyó que habriais vuelto á la tertulia... y deseando ver esta parte de la quinta, os hemos hallado y...

—Suplico, señora, que me perdoneis tal libertad. Es verdad que tengo en ello un interés poderoso... y ahora que veo esta puerta rústica... esa mesa de nogal y esas sillas... todo lo que hay en este cuarto me indica...

El mariscal quedó repentinamente callado, cuando al recorrer con la vista la habitacion, reparó en el retrato de la aldeana, y en el de otra muger como de cuarenta años que estaba junto á aquel.

—Cielos! Esclamó de repente, y cogiendo la lámpara que habia sobre la mesa se puso á examinarlos.

—Sí. Ellas son... prorrumpió. Esa señal me las

da á conocer demasiado. Son Ana y Beatriz!!...

Sofia á estos nombres fijó los ojos en el mariscal con espresion y ternura.

La señal á que el mariscal aludia, era una cruz que tenian pendiente del cuello las dos mugeres retratadas.

—Con que las conoceis? preguntó la marquesa.

—Ah! Sí, sí... Pero vos que sin duda sabreis porque se hallan esos retratos aquí... que las conocereis tambien... decidme donde podré hallarlas... decidmelo por compasion!... Cuál es la suerte de esos dos seres para mí tan interesantes! Por favor, marquesa... No retardeis el darme una noticia que compraria con mis títulos, mis honores y mis dignidades. A precio de toda mi sangre si es preciso.

—Con que tanto os importan esas dos desventuradas?... añadió Sofia.

—Ah! no lo sabeis!... no podeis comprenderlo bastante.

—Lo siento... pero..

—El qué?... acabad.

—Ya jamás las vereis.

—Por qué?... Acaso no existen?

—Sí, existen, pero...

—Dónde?...

—Allí.

Sofia levantó la mano señalando al cielo.

—Dios mio! Esclamó el mariscal con .un grito agudo y cayó sin sentido.

Las tres mugeres acudieron á él.

. . . . . .

Al dia siguiente muy temprano el mariscal Otocaro estaba pidiendo una audiencia á la marquesa de Korvei.

CARNICERO

Sofía levantó la mano señalando al cielo.

XXIV.

Ocho meses mas.

UIDADO niños: decian madama Kunegundis y la señora Faledro, á dos bellos jóvenes como de trece á catorce años, que corrian en el jardin del Castillo del Aguila, detrás de dos pintadas mariposas, que voleteaban de rama en rama, de flor en flor, y se escapaban al deseo de sus perseguidores, cuando casi se lisonjeaban de poder echarles la mano. Vámonos arriba ya... decia la Faledro. Ya es tarde y además vais, con el deseo y el afan, á lastimaros el rostro y las manos con las puas de algun rosal... Vaya, basta ya de jugar y de correr.

—Pues qué, todo ha de ser estudiar? contestó uno de ellos... Siempre metido en esas habitaciones tan solitarias... á vueltas con las lecciones.... y luego de noche las pláticas prolijas del señor Braun....

—Cómo prolijas, picaron? añadia la Faledro... pro-

lijas las lecciones de un maestro tan sábio, de un señor tan respetable? Haya bribon! Mira, se lo he de decir para que te castigue...

—Ay! no, por Dios, señora... Esclamó la jovencita con las lágrimas asomadas á sus bellos ojos... Perdonadle!.. no se lo digais á su maestro... Sino, voy á tener un pesar muy grande, y á llorar... y ponerme mala tambien... Si vierais el sentimiento que esperimento cuando á César le puede sobrevenir algun daño!

—No os intereseis por él señorita. Es muy malo.

—Sí, malo! contestó César, porque me agrada poco ó nada la monotonia en que vivimos aquí... Ya ansio salir de este castillo, ver el mundo... pelear, batirme. Lidiar en la guerra es lo que me agrada... porque en los cuadernos que leo, en los que Braun me trae para estudiar, me complace ver las hazañas de esos célebres guerreros que han elevado su fama á una altura tan distinguida. A quién no entusiasma el valor de Milciades, el ardor animoso de Temistocles y la heroicidad de Leonidas? Solo á aquel que no sienta latir en su corazon sangre de hombre... Vaya! vaya! Y quieres que yo esté quieto en un rincon para morir de hipocondria al recordar eso? Ven, Eleonor, ven, hermosa mia... Allí están aun esas taimadillas mariposas, como provocándome con su vista: pues juro que ahora las he de pillar para que no me burlen mas, y aumentar tu coleccion.

Y cogiendo de la mano á la jóven, echó á correr por una de las sendas del jardin.

—Es muy hechicero ese niño, señora Faledro, dijo madama Kunegundis. Y tiene una perspicacia y talento admirables. Yo, en las veces que le he visto, he conocido en él unas ideas sumamente elevadas... Ya veis lo que acaba de referir de la historia antigua. Cómo toma ejemplo de los personages que mas se distinguieron en aquellos tiempos, y la aplicacion que él dá para sí á las máximas que los libros le presentan. En su edad, sin trato de gentes, y en nuestra época, no du-

deis que es mucho de admirar.

—Oh! y es menester confesar que en los ocho meses que llevamos aquí y en que por intercesion de madama de Korvei, el señor Braun se encargó de su educacion, ha hecho progresos admirables. Es muy sábio ese bendito señor. Todas las noches, despues que César le da de memoria lo que él le escribe en su cuaderno, se lleva mas de una hora esplicándole unas cosas... Y le dice unos nombres, que yo no sé como el arrapiezo los conserva despues en la memoria.

—Oh! sin duda alguna, cuando la marquesa ha elegido á ese sujeto para que dirija la educacion de César, es claro de que será persona de talento y cordura. Así como si ella ha tomado bajo su proteccion á ese jóven, os aseguro que hará fortuna.

—Dios lo quiera... porque ya veis si no, la suerte que puede esperarle. Habiendo perdido á su protector tan desgraciadamente! Pobre señor! Yo que lo conocí en Ferrara tan gentil y apuesto!... Y despues venir á Ravensberg á morir tan desdichadamente! Y todo por qué? Por amar á una muger inconsecuente é ingrata. Porque, madama Kunegundis, entre nosotras las hay muy pícaras para los hombres.

—Nunca me habeis contado el pormenor de la historia de ese niño.

—Seguramente. Como que lo tengo prohibido por mandato especial del señor Pedro... digo de monseñor Pedro, alcaide de esta fortaleza. Me ha amenazado con que á la menor cosa que diga del nacimiento de César no vuelvo á ver mas la luz; y me sepulta en el calabozo mas lóbrego de este castillo.

—Si es así haceis bien. Monseñor Pedro es una persona de alta suposicion. El mismo duque lo atiende mas que debia, y aun hay ciertos casos en que respeta sus decisiones. Es tanta la influencia que tiene sobre Othon que la menor indicacion de monseñor Pedro basta para él. No digo nada de la marquesa... A esta en particular le guarda mas que respeto, es casi adoracion.

—Y qué clase de persona es monseñor Pedro para eso? Un simple alcaide no gozaria un favor tan estenso con personas de categoria tan encumbrada.

—Ese es un misterio que no ha llegado hasta nosotras, amiga mia.

—Pues es raro! porque vos, segun decis, hace ya años que habitais este castillo... y con mas razon debíais haber traslucido...

—Tanto como vos que lo vivís menos. Figuraos que yo servia de dama de honor á la marquesa de Korvei, y un dia me dijo:—Kunegundis, el aprecio que me tienes... porque eso sí, yo adoro á madama Sofia por su carácter angelical y hermoso... bello como su rostro: el aprecio que me tienes me hace dirigirme á tí para proponerte un cargo que yo no se si lo aceptarás.—Todo lo que venga de vos, señora.—Pues considera, continuó, que si yo te exigiese una reclusion por doce años en uno de los castillos del gran ducado, para asistir y cuidar á una persona que me es tan interesante como la vida... si te digese que no te has de separar un punto de su lado ni de dia ni de noche... y que no has de preguntar nada... ni saber nada... no hablar con nadie sobre ella, y solo te has de concretar á su cuidado y vigilancia, sin salir jamás de la fortaleza, qué me responderias?—Que haria vuestro gusto y os obedeceria ciegamente, porque es mi deber, y porque por vos no hay sacrificio costoso ni difícil.—Pues aceptado, me contestó la marquesa, y esa condescendencia, añadió, no solo no te pesará, sino que algun dia conocerás su valor y lo que puede serte útil.—Me trajo aquí una noche en su coche con sigilo, entré en este castillo y no he vuelto á salir hace diez años.

La persona que debia cuidar era á mi Eleonor que tendria entonces poco mas de tres años... y á la que quiero con el amor de una madre. De modo que mi aislamiento, si algo pudiera haberme sido molesto, lo he visto compensado con las caricias de esa inocente que me ama filialmente.

—De suerte que no sabreis sí esa niña es hija de la marquesa ó no.

—Yo conceptuo que sí... porque solo una madre es la que puede mostrar tanto desvelo y cuidado como la marquesa por esa niña. No se pasará un dia sin verla!... Yo sospecho otra cosa... pero me guardaré muy bien de espresar juicio tan temerario, porque no debo hacerlo, ni la virtud de madama Sofia lo merece... A pesar que nada tendria de particular, porque las inclinaciones... una pasion... la casualidad... y como de esto último vivimos en el mundo... Pero no, no puede ser.

—Y solo la marquesa ha visitado á Eleonor?

—No... El duque... el consejero Biling... y monseñor Pedro, antes de ser monseñor y sí solo Pedro el ugier.

—Ah!... con que ahora...

—Si, ha titulado... Lo ha hecho el duque marqués de Ligen... y gobernador perpétuo de este castillo.

—Friolera!... Cómo suben los hombres!... De celador del arrabal de los saboyanos que era hace ocho meses, lo tenemos ya gobernador y marqués.

—Celador de policia!!...

—Pues!... De otro modo me hubiera él traido aquí? No se lo he dicho ya? La noche que se abrasó nuestra casa él fué quien nos sacó de entre las llamas y nos puso en salvo. En cuanto á eso hizo una accion heróica, á la cual estamos agradecidos César y yo. Lo que me admira, lo que no puedo comprender es, porque se nos retiene en este castillo ya tanto tiempo... y de donde dimanará este interés que madama de Korvei se toma por mi César. El protector de mi niño dicen que ha muerto de pesadumbre al saber la quema de la casa, de modo que nosotros nos hallamos en una tierra desconocida, á merced de unos estraños y encerrados en esta fortaleza como si fuéramos delincuentes. No vemos, no hablamos con nadie mas que con el señor... digo monseñor Pedro, el preceptor Braun, la marquesa de Korvei... y con vos las tardes que bajamos al jardin... que

por cierto está tambien aislado y no entra en él alma viviente fuera de nosotros... Esto ya me infunde sospechas, porque la señora de Korvei para concedernos su favor me parece que no debia hacerlo así... teniéndonos sin tratar con nadie. Esto aburre y fastidia, y madama Sofia bien podia hacerse cargo de ello.

—Eso es cierto; y como vos no os habeis voluntariamente impuesto esa obligacion como yo... Aquí me teneis á mí, que me sucede lo mismo... es decir, no hablo tampoco con otras personas que casi las mismas que acabais de mencionar y no por eso me aburro... porque, señora Faledro, todo en este mundo va dirigido á algun fin... Todo tiene su fundamento, y al cabo pocas son las obras laudables que no alcanzan tarde ó temprano su recompensa.

—Ya, pero si se dignasen siquiera decirme... indicarme el objeto de esta retencion...

—Y quién sabe?... Eso nadie puede carcularlo mejor que vos por los antecedentes. Si no ignorais quien son los padres de ese niño, las circustancias que han precedido á su nacimiento... las particularidades que pueda haber habido y á cuya influencia se haya movido los acontecimientos. Estos dirigidos por alguna mano oculta os han reducido al estado en que os hallais... En fin, eso es cosa de vos, porque no hay duda que debeis saber en ello mas que yo... y formar conjeturas mas acertadas.

La Faledro guardó silencio, quedando un rato pensativa.

Al cabo de un momento prorrumpió:

—Sí, sí... ya caigo en lo que és.

—Meditad despacio... recordad, analizad los hechos, con detencion, y vereis como sacais algo en limpio.

—Y tanto como saco... Y si yo pudiera hablar!... Si no fuese por monseñor Pedro que me ha amenazado, yo os diria algo de lo que sé... y aseguro que me ayudariais á aclarar mis sospechas.

—No hagais tal... Acordaos siempre que no hay

mejor confidente que uno mismo. Cuando una cosa no debe saberse, lo mas seguro es no decirla á nadie... Aunque yo, penetrada de vuestra responsabilidad, lo callara, quién sabe si un descuido indiscreto me haria proferir una espresion que indicase estar enterada en lo que os mandan ocultar y comprometia así vuestra seguridad?

Madama Kunegundis era una señora de talento, y por consiguiente nada imprudente ni curiosa. Otra en su lugar hubiera con poco hecho hablar á la Faledro, porque esta deseaba tener una confidente con quien desahogarse; y charlatana por naturaleza, y muger de no muy grandes alcances, era por consecuencia murmuradora en demasia.

—Valgame Dios! dijo... Y que yo haya sido tan torpe! Tan estúpida! Si yo debí adivinarlo!... Digo. eh!... Si vos supiérais quién es la madre!...

—No lo necesita. Esclamó una voz imperiosa, al través de las ramas donde tenian la espalda las dos mugeres.

La Faledro se sobrecogió al presentarse Pedro.

—Yo... monseñor... si he podido...

—Sois muy habladora, y os he dicho ya que he de curaros ese defecto... En una muger anciana, está muy mal vicio tan odioso. Debíais ser mas circunspecta y reservada...

—Yo!... acaso.

—Acordaos de la noche del saboyano en la calle de Ratz-Bogen... No os impusieron silencio varias veces?...

—Si... es cierto... monseñor Leo...

—Eh! callad. Se os va la lengua con facilidad.

—Pecadora de mí!... murmuró la Faledro para si.

—Y los muchachos? preguntó Pedro á madama Kunegundis.

—Por ahí están corriendo... detrás de las mariposas...

—Hácia dónde?...

—Hácia la glorieta *del Petrarca* camo la ha hecho denominar César.

Pedro sonrió mudamente y tomó el camino que conducia á la glorieta.

Las dos ayas volvieron á sentarse, cuando Pedro se retiró. La Faledro se quejaba amargamente de su suerte.

César consiguió por fin coger las mariposas á Eleonor.

—No te las doy... hermosa mia, que asi era como la llamaba á menudo, no te las doy, le repetia, hasta que me des un beso... Ya ves, debo estar muy colorado.. y lo que es cansado me encuentro bastante... Los pícaros insectos parece que conocian el empeño que yo tenia en pillarlos segun lo que me han hecho correr... Oh! pero ya os tengo aquí... en la mano, y mi Eleonor despues dispondrá de vosotras.

—No cierres tanto la mano que las vas á matar antes de tiempo.

—Mas muerto de cansancio estoy yo que ellas.

—Sentémonos en la glorieta... Ven... ven, César.

Los dos se sentaron.

—Y en efecto, cual tienes el rostro, dijo Eleonor. Deja... deja, te limpiaré el sudor.

—No, pues no creas contentarme solo con eso... Como no me des un beso... no, no, dos... Ya sabes el trato que hemos hecho... Por cada mariposa un beso... Aquí traigo dos... con que la cuenta es clara.

—Vaya, no me digas esas cosas... y dame las mariposas, César.

La niña bajó la vista ruborizada.

—Dar sin cobrar!... no, querida. Es mucho lo que yo aprecio tus besos para que me resigne á perderlos así tan tontamente... Pues entonces porque estoy yo sudando y fatigado en estremo... Y no te lo habia dicho?... mira, mira como me he puesto lo mano derecha con las puas del aromo donde se posaron las picarillas.

—Dios mio! sangre!... Lo ves, Cásar, lo ves?...

esclamó Eleonor acongojada y casi sollozando. Ves cómo la señora Faledro te decia bien? Jesus! Cuál te has puesto la mano!... No quiero eso... no quiero eso... Se acabó... No me vuelvas á coger mariposas para lastimarte de ese modo.

La pobre niña lloraba sin poder contenerse.

—No seas tonta, Eleonor... vaya!... Ahora vas á afligirte por una cosa tan insignificante... Pues me gusta! Entonces qué seria si me vieras volver de una batalla y conducido por mis guerreros cubierto de sudor y sangre? O como aquel soldado que llevó á Atenas la noticia de la victoria de Maraton... que al decir á sus conciudadanos. *Regocijaos, hemos quedado victoriosos*, cayó en seguida muerto á sus piés, de las heridas recibidas en la batalla!...

—César, por Dios, no me digas esas cosas!

—Oh! sí, Eleonor mia, debo decírtelas porque son cosas que ennoblecen... y enorgullecen al hombre... Yo deseo tener ya edad suficiente para ser soldado, ceñir espada y vestir mis armas... Así como tu desearás estar en tu casa, gobernarla y dirigirla... Despues nos casaremos, tendremos hijos... y si son varones, yo los enseñaré á servir á su patria... y si son hembras, tu les mostrarás la senda para que sean buenas madres... No hay cosa mas natural y puesta en razon. Este es el mundo, adorada mia, y lo que es el curso natural de los acontecimientos, ni tú ni yo podemos, por mas que hagamos, trastornarlos. Así me lo dice Braun en sus lecciones, que yo procuro grabar en mi memoria... porque eso sí... tú y él sois los objetos únicos que me hacen llevadera mi estancia en este castillo.

—Y así olvidas á la marquesa de Korvei? A nuestra bienhechora?

—Sí, es una señora apreciable y digna de estimacion... pero como la veo tan poco... Así como á Braun y á tí os veo y os hablo todos los dias.

—Espera, voy á atarte mi pañuelo en la mano... No quiero verla así... Si supieras cuánto me duelen

esas heridas que tienes!...

—Ya lo creo!... Como me han acongojado las lágrimas que tú has derramado por una simpleza... Esto no vale nada. Un rasguño, dos... ó tres... lo mismo dá...

—No, que te sale mucha sangre... pero ahora se detendrá.

—Aunque fuera mas, vertida por tí me seria grata. No sabes cuánto te quiero, Eleonor?

—Sí, lo mismo que yo á tí. Te amo como á un hermano.

—Entonces no tendrás reparo en darme los dos besos á trueque de mis mariposas.

—Eso es ser interesado, y ningun caballero debe serlo con ninguna señora.

—Segun sea la calidad del interés. Un favor de la persona que queremos debe obtenerse á toda costa, y por lo tanto siendo tan apreciable, no debe perderse de vista jamás hasta conseguirlo.

—Sí... pero hay favores que el pudor reprueba... y el rubor proscribe en una muger.

—Oh! Con que ya os juzgais muger, señora vanidosilla? No creeré yo tanto y me falta poco para cumplir catorce años. Un año mas que vos, señorita... Y sin embargo, no me llamaré hombre hasta que no haga alguna accion que merezca el apellidarme tal. Muger!!... Me ha hecho reir. Y todo porque le pido dos besos por dos mariposas... Los besos, señorita, dados con pura intencion, con corazon sencillo y sano, no pasan de ser una muestra fraternal. Y si no decidme, cómo besa una madre á su hijo? Una hermana á un hermano?

—Sí... pero...

—Pero tú te ruborizas de besarme. Y si tienes ahora vergüenza y hasta aquí no, es porque hay en tu corazon una causa nueva que te lo prohibe... ó porque tus ideas son otras ya. Y si no díme, qué piensas tú que puede resultarte de besarme?

—No sé... nada... No me preguntes eso...

—Ya... si eludes la cuestion... Si no quieres que

te convenza de que obras mal...

—Te equivocas. En no besarte procedo con muchísima cordura y acierto.

Comprendida está fácilmente la repulsa de Eleonor. La organizacion de la muger, es, generalmente, mas suceptible de engendrar pasiones fuertes que la del hombre. Su perspicacia, su instinto, para comprender el amor y sentir sus efectos, como son mas sutiles, son por lo mismo mas impresionables tambien... mas fogosos!... Claro se vé esto en Eleonor niña de trece años. No era su repugnancia por otorgar el favor á César, fundado ni en desamor ni en rubor, era que conocia lo que sentia ya por él su corazon, y no queria avivar una llama que la inocencia y el trato encendieron, pero que un impulso, un ecceso imprudente pudiera trocar en un fuego voraz y destructor.

César por el contrario, aunque abrigaba una inclinacion poderosa por ella, era un afecto sin prevencion... sin otra tendencia que sencillamente amarla... La queria con aquella pureza inocente de los primeros amores, que se adquiere, crece y domina el corazon, por inclinacion y contacto. César amaba á Eleonor como á un objeto digno de estimacion, y cuyo valor nos hace no cedérselo á nadie, sin sacar de ello otra ventaja que poseer una obra digna de aprecio... ó al menos de un mérito para nosotros sin igual.

Eleonor era bella en estremo, pero á César no habia cautivado esta cualidad. Era su trato, su dulzura, y aquella atraccion simpática que nos subyuga á nuestros semejantes sin saber por qué. Acostumbrado el jóven á no ver ni tratar mas que á la Faledro, á Frugoni y á Leonelo, fué para él un encuentro verdaderamente maravilloso, el ver á Eleonor la primera vez en el jardin del castillo, estar cortando una azucena, que trocó por un clavel que él la ofreció.

Aquel clavel y aquella azucena se conservaban guardados con cuidado por ambos... Con qué intencion?... Con cuál objeto?

Como una memoria pura é inocente... Como un recuerdo de aquel inmaculado afecto que se tuvieron á primera vista.

. . . . . .

—Bien, si tienes tus razones secretas, prosiguió César, para no darme por las mariposas lo que otras veces, toma, hermosa mia... tómalas, guárdalas en tu cajita, y no se hable mas del particular.

Eleonor sacó del pecho una cajita de oro, afiligranado, con una cifra en la tapa que contenia dos letras, una B y una O: y guardó las mariposas dentro.

Al tiempo de sacar la caja salió enredado en ella un cordon de pelo que llevaba Eleonor al cuello, y del cual pendia una cruz de oro tambien...

—Preciosa es la caja, dijo César, ayudando á Eleonor á meter dentro las mariposas para que no se fugaran... pero esa cruz es para mí mas bonita... Y no me la has enseñado nunca, Eleonor. Quién te la ha dado?

—No sé... La llevo al cuello desde muy pequeña... Yo presumo que será regalo de la marquesa de Korvei, segun lo que me ha encargado que la conserve siempre.

—De modo, que tú no te atreverás á deshacerte de ella.

—Oh! nunca... Yo acato mucho los preceptos de la marquesa.

—Entonces escuso decirte lo que habia pensado.

—El qué?...

—Que la trocaras por esta medalla que llevo al cuello tambien pendiente de esta cadena.

—A ver...

—Mírala... Es de oro... con una cifra... y un escudo de armas... Tampoco sé yo quien me ha puesto esto... ni que significa... Estas son fruslerias que nos colocan cuando somos pequeños pero sin objeto ni intencion. Tambien la Faledro me dice que la conserve... pero está fresca! Como tú quisieras trocarla por

esa cruz que tienes... Esa sí que la llevaria siempre sobre mi corazon y no la apartaria un momento de mí.

—Con mucho gusto te la daria, César, porque no deseo otra cosa que complacerte en todo lo que pueda y me esté permitido. Pero y si la marquesa me pregunta por ella algun dia?

—Le dices que la has trocado conmigo por esta medalla, que no es menos que ella en cuanto á valor material... No soy yo tu hermano? No me has dicho mil veces que la marquesa te ha mandado que me ames y me denomines así? Pues que estraño es que me des una memoria tuya y yo otra mia? Es tan admitido y natural ese trueque...

—Bien... lugar queda de hacerlo... Yo se lo diré á madama de Korvei y no dudes que me lo concederá.

—Mucha sumision le tienes á la marquesa.

—Como que no he conocido otra madre.

—Si? pues puede que ella lo sea...

—Ojalá... Mi felicidad no será tanta!...

—No te comprendo!.. Acaso no estás contenta con tu suerte.

—Y cómo pudiera estarlo faltándome lo esencial? Qué consideras tú mas necesario en el mundo, y á mi edad?...

—Unos padres?...

—Pues hé ahí lo que me falta. El patrocinio de la marquesa me es muy grato, lisonjea á cualquiera que se digne concedérselo... pero César, no es mi madre... El cuidado y los desvelos de madama Kunegundis no pueden mejorarse... pero tampoco es mi madre... No tengo á quien volver los ojos para dar este dulce nombre... Este nombre hechicero y adorado, tesoro inapreciable y que nada puede igualar en el mundo. Díme tú si hay una joya, una prenda que pueda compararse á una madre? Ni dónde hay placer, satisfaccion, ni regocijo igual que el que se siente al decir estrechándola: *madre mia!*

—Es verdad... contestó César cabizbajo.

—Pues bien, este mortal vacio, esta falta cruel es la que siento en mi corazon. Este recuerdo acerbo y contínuo, empieza á combatir mi existencia, á minarla... á hacerla amarga en estremo. Y no es lo mas cruel que esté privada de ella, de sus caricias maternales, de aquellos besos queridos, y que á trueque de obtener el mas leve de ellos daria diez años de mi vida, sino que tampoco sé á quién debo el ser, ni pueda dirigir mi dolorosa memoria. Mil veces he preguntado á la marquesa, á mi aya, al duque mismo que ha venido á verme... y cuando mas, he recibido por contestacion palabras de un estéril consuelo... y una esperanza vaga y tal vez irrealizable.

—Lo mismo me pasa á mí, hermosa mia. Veo que la casualidad, ó el destino nos ha reunido porque nuestra suerte es análoga... es igual. Solo que yo, favorecido de la independencia que me concede mi sexo, podré algun dia buscar, si es que ecsisten, unos padres que parece se han olvidado de mí... y sino los encuentro, yo me adquiriré con mi brazo y espada un nombre, que ellos han dejado para mí en el misterio y el silencio mas criminal. No sé ni aun á derechas mi patria... Dicen que soy ferrarés... y con efecto, yo me acuerdo de que un caballero en Ferrara, llamado Lorenzo, me tuvo algun tiempo á su lado y me queria entrañablemente. Despues me entregaron á un tal Mastropetro, que tambien me queria, pero ese no lo he vuelto á ver, como ya te he dicho, desde la noche que se incendió mi casa y me trajeron aquí. Lo que si yo observaba, era que en la calle de Ratz-Bogen tenian mucho cuidado conmigo, y gastaban mucha precaucion, en particular un tal Frugoni, genovés... hombre de mala catadura y peor carácter... Un verdadero diablo, querida, porque te confieso que si algo he ganado en venir aquí y mudar de domicilio, es no ver á aquel bribon, con su facha de asesino, su aire de homicida y su cara de Lucifer. Todo lo que me pase aquí lo doy gustoso por no verme delante de semejante estampa.

—Que miedo...

—Miedo no tenia yo... sino corage de verme mandado por semejante hombre. Mil veces se lo dige al señor Mastropetro, que parecia ser el que mandaba en aquella casa, y se sonreia, asegurándome que Frugoni se enmendaria... pero en todo pensaba menos en eso. Ojalá se haya quemado vivo con la posesion.

—Oh! no digas eso, César. Jamás se debe desear daño aun á nuestros mayores enemigos. Frugoni es un semejante nuestro y...

—No digas disparates, Eleonor. Pues si tenia el alma mas negra y el corazon mas duro!... Semejante nuestro! No quiero que ni tú ni yo nos parezcamos á ningun desalmado de esa clase. Si vieras que cosas me contaba que habia hecho en Génova!... Yo no se como el señor Mastropetro lo tenia á su lado!... Bien que si era fuerza guardarme en un retiro tal, siempre convenia un cancerbero así.

—Pero nos distraemos de la conversacion anterior.

—Es verdad. Y qué iba yo diciendo?

—Que no sabiendo quienes son tus padres, ó los buscarás ó te harás visible en la sociedad por tus hechos.

—Sin duda... Y no será solo para mí para quien ambicionaré una posicion brillante y estable. Es para otra persona, que es el todo de mi existencia... la mitad de mi vida.

—Y quién es? le preguntó algo sobresaltada Eleonor...

—No lo adivinas?

—No.

—Tú, hermosa mia, tú! No eres mi hermana?... No eres sola en el mundo como yo?... Pues bien, yo que soy el varon, el que debe trabajar, inquirir y procurar ser... yo te aseguro que seré... Pero para tí, bella y delicada flor que necesita la mano protectora y benéfica que la cuide en el vergel del mundo... Oh! y te cuidaré, lirio encantador, para que ningun codi-

cioso venga á robarme tu posesion... mi prenda querida.

—César, César, qué dices? estás loco?

—Por qué? Pues no sabes cuánto te quiero, Eleonor? Cuán grande es el cariño que te he cobrado desde que te ví la vez primera? Yo soy un niño todavia... ó me tienen por tal, pero en mis ideas y pensamientos no me escede ningun hombre. En cuanto te conocí te amé... porque al verte casi de mi edad, notando tus atractivos, sentí en mi pecho una cosa que no conocia y que sin embargo me inclinaba á quererte, á desear verte, hablarte, estar continuamente á tu lado. Si nos separábamos me ponia triste... muy triste, y sabes por qué no lloraba?... porque me irrita el llorar. Los hombres no deben llorar con los ojos, sino con el corazon... Y tanto me fastidiaba el no verte, que arrojaba los cuadernos de la leccion y me ponia á leer las canciones del Petrarca. Un manuscrito muy bonito que habla de amores... y como yo te amo tanto...

—Y quién te ha dado ese manuscrito?

—La marquesa de Korvei. Dice esta que el hombre que no abre su corazon al amor no es hombre... y como deseo que me tengan por tal, por eso te quiero.

—Pero tú no has calculado el porvenir... lo futuro... Y si nos separan los que mandan en nosotros?

—Yo te buscaré. Siempre no he de estar encerrado en este castillo, y si ahora porque soy un niño me sujetan, en siendo mayor, veremos. Pues será gracioso que yo pasara mi vida entre estas parduzcas almenas. sin ver el mundo, y sin poder imitar á los varones célebres que me dá á estudiar Braun. Mi educacion por él ya pronto se concluirá, y me precisa practicar las máximas que me ha enseñado... Poco me importa que me diga quien fué Alcibiades si no me dejan imitarlo.

—Muy aventurado es tu propósito, César.

—Qué! al contrario, muy positivo... Escucha. Yo siento latir en mi corazon una sangre altiva, imperiosa... la cual me hace engendrar unos sentimientos orgu-

llosos y elevados... prueba de que mi procedencia no será muy humilde... Pues bien, salgo de aquí, y si no tengo quien me proteja, me alisto de soldado en cualquier ejército... En los de Italia por ejemplo... y allí, con mi valor y mis hazañas empiezo á ascender... me hacen general y en seguida vengo y te lo ofrezco todo á tí, causa principal por quien he peleado.

Eleonor se reia con una gracia muy singular.

—Oh! no te burles, niña, le decia César muy preocupado en sus proyectos. Te parece imposible lo que te espreso?...

—Imposible no, pero tiene sus dificultades... y de importancia.

—Cuáles?

—La primera, que en cuanto nos separemos ya no te acordarás de mí.

—Eleonor!... esclamó César con dignidad y echándola una mirada severa, y superior á su edad. No sabes que aunque no conozco á mis padres, ansio que me tengan por caballero? Entonces, por qué te he pedido tu cruz? Por qué quiero trocarla por mi medalla? Solamente porque me consuele ese recuerdo en tu ausencia, porque sé de cierto que jamás podré olvidarte.

Eleonor bajó los ojos por única respuesta.

La jovencita amaba al mancebo verdaderamente, y los temores del olvido y la ausencia empezaron á combatir su corazon.

—Sabes lo que yo quisiera, añadió César sencillamente, que pudieras acompañarme á todas partes... que jamás te apartaras de mí.

La presencia de Pedro interrumpió el diálogo... Los jóvenes se levantaron.

—He, dijo este, parece que la conversacion de esta tarda ha sido larga, señoritos. Os he estado viendo desde allí charlar... Tantas cosas habeis tenido que deciros? Os he interrumpido porque ya es de noche y cada cual tiene que retirarse á su departamento. Ea, vamos, que las ayas estarán con cuidado.

—Sí, vamos, dijo César. Pero, monseñor Pedro...

—Ya os he dicho que no me llameis monseñor. Para vosotros dos no quiero ser mas que Pedro. Deseo solo que me ameis, y si me respetais, sea solo por cariño, no por mis títulos.

—Entonces, dime, Pedro, añadió César, cuándo saldré de aquí?

—Eso es lo que no sé, amiguito, porque depende de cierta persona á quien vos ni yo podemos mandar.

—La conoces?

—Sí.

—Quién es?

—La señora marquesa de Korvei.

—Ah! Entonces voy á suplicárselo cuando la vea y no dudo que lo concederá.

—Puede... pero lo creo infructuoso por ahora.

Los tres llegaron á donde estaban madama Kunegundis y la Faledro, y todos juntos se encaminaron á las habitaciones del castillo.

XXV.

Sobre lo acaecido.

Los asuntos del palacio de Ravensberg habian tomado un carácter pasivo y casi indiferente. El embarazo de la gran duquesa habia sido publicado, y el pueblo y aun el mismo Othon, creyeron que fué efecto egítimo de su condescendencia la noche de su retorno de Aquisgran.

Los conservadores habian sido tambien indultados por Othon, y aunque seguian sus asambleas secretas, esperaban el resultado del mariscal Otocaro, que se hallaba al frenre de un cuerpo de Suizos asalariados, haciendo la guerra á Ernesto de Brunswick en el principado de Hesse-Delmont.

Los *Ludomistas* recibieron un golpe mortal con el destierro del príncipe de Marck. Colemberg no poseia el talento necesario para sostener este partido ni pro-

curar su aumento, y en lo único que pensaba era en la amistad de Luiztpoldo, en adular á la gran duquesa y en lisongear á la marquesa de Korvei.

Aunque el príncipe de Marck mantenia una correspondencia secreta con Ludomilia, y esta ejecutaba al pié de la letra, y cuando le era posible, las instrucciones del príncipe, Colemberg las descuidaba, considerándolas enteramente inútiles, viendo á Luitzpoldo colocado en una posicion tan elevada, y poseyendo él su confianza y el favor de Ludomilia. Pero el baron á pesar de todo, no habia pasado de montero mayor, y Luitzpoldo de capitan, porque sus ascensos los habia combatido en secreto la marquesa de Korvei, sin embargo que Ludomilia, con disimulo, los habia solicitado de Othon repetidas veces.

La intimidad de la gran duquesa con ella no era ya tan estrecha. Desde la ocurrencia de la quinta del Recuerdo, y las palabras que Sofia dirigió á Ludomilia, esta se convenció que la marquesa, aunque aparentaba patrocinar sus relaciones con Luitzpoldo, las desaprobaba interiormente, y que se inclinaria á favorecer á Othon, tanto por conviccion, como por que entre ellos reinaba una deferencia indestructible, procedente del gran secreto que existia entre ambos.

Ludomilia se consumia entre cálculos y conjeturas á cual mas aventurados é inciertos; y lo peor era que no tenia una persona de conocimiento, ni esperiencia á quien consultar, á quien pedir un simple parecer. Luitzpoldo la veia solo de noche, entrando con sigilo por una puerta que daba en el muro que caia al rio, porque todo el tiempo de su ocupacion lo quiso pasar en la quinta del Recuerdo, y Luitzpoldo no tenia la sabiduria que se requeria en aquellas circunstancias. Colemberg era un fátuo engreido y orgulloso. Los únicos que podian servirle de mucho eran el príncipe de Marck y la marquesa, pero el primero estaba desterrado de la córte, la marquesa se mostraba indiferente á sus intereses, y quizá los combatia con disimulada sutileza.

Las cartas del príncipe á la duquesa lo decian muy claro. A la penetracion de él no se ocultó que debia su retiro de la córte, á Sofia ó al consejero Biling. En la última que recibió Ludomilia le hablaba muy por estenso de ello, y en la cual le decia que á toda costa era necerario destruir á estos dos fuertes opositores, pues de otro modo, la seguridad del secreto de la duquesa corria el riesgo de ser publicado el mejor dia, y la marquesa tenia en su mano la llave de un arcano que hacia á su soberana estar sujeta á la voluntad y capricho de la súbdita.

Ludomilia era como sabemos orgullosa en demasia, y aunque no la obligase el temor, el recelo y la vergüenza de que se descubriese su flaqueza con Luitzpoldo, la cuerda que el príncipe habia tocado en su corazon era mas que suficiente á decidirla en contra de la marquesa. Muchos pormenores además contribuian á ello. Sofia no habia querido declararle una palabra sobre la muger que estaba retratada en el cuadro: sobre aquella rival desconocida, y ni súplicas, ruegos, ni quejas, habian podido decidirla. En esto estaba claramente demostrado que la marquesa queria poseer todos los secretos de la duquesa para tener sobre ella un dominio completo; mientras pue ocultándole los secretos de su marido, la sujetaba, cual víctima inerte, á la ley del sufrimiento, la resignacion y un temor contínuo.

Esto, además de ser una conducta inconecsa con la amistad, la franqueza y la union que habia siempre imperado entre ellas tocaba en ingratitud marcada, en egoismo siniestro y sospechoso. Sofia, por mas que con vanas palabras y sofismas estudiados, habia pretendido convencer y disuadir á Ludomilia de su persuacion y acallar su resentimiento, al cabo se convenció que habia perdido terreno, y que la duquesa recelaba de ella.

A la marquesa no le importó esta pequeña quiebra, porque le sobraban ya elementos para luchar abiertamente. No era tal el sistema que se habia propuesto. No queria por cierto provocar el escándalo y pu-

blicidad en tan grave cuestion. Pero no siendo promovido por ella, le importaba poco presentarse en la barrera con rostro descubierto.

Ludomilia conocia que era preciso adoptar este estremo, porque derrotar á la marquesa y al consejero Biling, con la astucia y la intriga, era imposible. Su privanza con Othon cada dia iba en aumento, y ella no tenia ningun ascendiente sobre su marido. La marquesa era querida de los conservadores, del pueblo, de la corte, y solo un golpe de mano, é improvisado, podia separarla de estos puntos poderosos donde Sofia estaba apoyada.

El cómo dar este golpe es lo que Ludomilia reflecsionaba, y no podia acertar.

La marquesa tenia un prestigio, una influencia omnímoda sobre todas las clases y personas de Ravensberg. Desde que se publicó su presentacion en la asamblea de los conservadores, desde que se divulgaron las palabras de fraternidad y popularidad que vertió en aquella reunion, desde que se habia ligado á aquel partido, no por intereses políticos, sino por obras meritorias patentes de piedad y perdon, todo el pueblo la adoraba con entusiasmo. Leonelo le habia servido de mucho para adquirirse tan general estimacion, pues al celo de este, á su penetracion debió la marquesa el saber la suerte que iban á padecer Balkan y demás compañeros en la prision, y Leonelo mismo fué el embozado que, por dictámen de Sofia, puso el anónimo en manos del mariscal Otocaro.

Leonelo al dia siguiente divulgó por la ciudad, que el haberse desbaratado tan infernal combinacion era debido á la marquesa de Korvei, en pro de las palabras de proteccion que habia ampeñado con Balkan la noche misma que lo prendieron. Aunque Leonelo calló los medios de que la marquesa se habia valido para ello, porque no fuesen descubiertos, siempre circuló la noticia, abultada, á favor de la marquesa, y exagerada contra el príncipe de Marck y la duquesa.

Todos estos rumores llegaban á los oidos de Ludomilia, por Colemberg y Luitzpoldo. El primero creyendo á la marquesa en toda la plenitud de su favor con la gran duquesa, se deshacia en alabanzas hácia Sofia. imaginando que así lisonjeaba ol afecto que aquella le profesaba. Pero no calculaba el imbécil baron que era añadir arista al fuego, y avivando progresivamente las pasiones de la duquesa, engendraba otra nueva, cual era la envidia de ver tan celebrada por todos sus dominios á uno muger que estaba en otra esfera diferente que ella, y con menoscabo además de su opinion y fama.

Ludomilia conoció que era necesario poner término á aquel ascendiente de Sofia, bien para vengar su mala correspondencia con ella, cuanto porque no podia ser bien visto lo que el príncipe de Marck le insinuaba en sus cartas. No era el orgullo ajado el que tomaba parte en su determinacion, era un resentimiento justo, una pena interior que laceraba el corazon de Ludomilia. Habia amado á aquella muger con una ceguedad y afecto entrañables, y ella le habia devuelta en pago de su cariño una aparente ternura que jamás abrigó en su pecho. Ella la hizo partícipe de sus mas ocultos secretos, la habia elevado á un grado de confianza mayor que á su mismo padre... mas que á todo el mundo, refiriéndola sus amores con Leonelo, la existencia de un hijo que ignoraba, circunstancia que no sabia Luitzpoldo, con tener sobre ella un ascendiente tan marcado. Sofia, en recompensa de esta confidencia, de franqueza tan apreciable, se resistia á revelarle aun lo mas leve sobre un secreto tan importante, y en que estaba envuelta la desgracia de su vida entera... su misma flaqueza con Luitzpoldo.

—Pero yo lo sabré, decia. Yo penetraré este arcano envejecido y profundo apoyado y escondido en esa fortaleza. A pesar de Othon, de Sofia, del consejero, de todos los que se empeñan en guardarlo... De ese Pedro, de ese hombre misterioso y audaz, elevado á una dignidad para la que no nació tal vez, porque así com-

pran mejor su silencio!... Ya estoy cansada de sufrir y padecer el agudo puñal de incertidumbre tan odiosa como repugnante. Ya es fuerza que yo por mí misma, por mi estimacion, por mi propio pundonor, deshaga esta niebla espesa que encubre esto, y que sin embargo, preveo que ha de ser mortal para alguno.

He sido burlada, vendida ya bastante tiempo por aquellos de quien esperé estimacion y sinceridad. Tal vez haya cabido en su cálculo conducirse así conmigo. para que despertándose en mí el resentimiento por la indiferencia de mi marido, por la distincion con que trata á Sofia, cayera yo en el lazo de un amor criminal y reprobado por los hombres, pero tener siempre esa barrera que oponerme... Ese sello de acriminacion que estampar en mi frente, si alguna vez protestaba contra un secreto que estoy en mi derecho querer penetrar... porque concierne á mi marido, y es causa de su desvio y apatia hácia sus obligaciones conyugales. Quizá me hayan siniestramente presentado delante á ese Luitzpoldo, bello, tierno, dulce, compasivo y amante, provocando mi sensibilidad... porque conviniera así á sus proyectos... Porque en realidad, Sofia al conocer mi inclinacion, cuando yo no habia dado todavia ningun paso hácia mi perdicion que no fuese fácil de enmendar, nada me dijo para contrariar mi flaqueza. Tácitamente la aprobó, no oponiendo obstáculos, no valiéndose de aquel ascendiente poderoso é incontrastable que tenia sobre mí: de aquella seductora persuacion que mi cariño, su talento y elocuencia debieran haber empleado en apartarme con mano fuerte de mi error. De esta senda de condenacion en que mi infausto destino me ha lanzado... y que no he tenido uno... uno solo que me haya separado de ella.

La duquesa sentia en su corazon un sentimiento tan profundo, como grande era la confianza que depositó en Sofia, y su amor, del cual todavia conservaba un resto.

—Hé aquí la prueba, proseguia. Desde que he fijado mi morada en esta quinta, todos me abandonan...

escepto Luitzpoldo. Ese ángel tentador que el destino colocó enfrente de mí. Es el único que viene á saber de mí. Mi esposo, Sofia, los cortesanos... hasta mis súbditos creerán que no existo. Para todos no hay ya ni Ludomilia ni gran duquesa de Ravensberg. Y sin embargo con que esa muger me fuese fiel... con que creyese yo que me conservaba el aprecio que antes, me conceptuaria feliz y no anhelaria otra cosa en el mundo.

Pero, ah! Bien me dijo Leonolo!... Recuerdo ahora sus terribles palabras sobre Sofia.

«Dichosa tú si al estimarla así no tienes algun dia que pasar por la amargura de que te sea infiel.»

Frases terribles que conozco se han realizado, y cuya memoria me destroza el alma, porque marcan el desprecio de una confianza que me ayudaba á existir. De un consuelo celestial que pensé que Dios me habia colocado en la tierra.

Un punto de silencio guardó la duquesa, en el cual quedó como ocupada de una idea grave y profunda.

—Sí, hay un medio, continuó... y el cual desconcierta todos los planes de mis contrarios... Es espuesto, ruidoso... terrible... pero en practicándolo con mano fuerte y enérgica... El príncipe me lo ha indicado, y él, que posee conocimientos mas vastos que yo, lo ha conceptuado necesario... Pero para eso quisiera tenerlo á mi lado, cerca de mí... En dos dias pudiera venir de su castillo de Coimberk, y oculto en esta quinta tendria lugar de concertar con él. Lo mejor será mandárselo á decir, y si no viene lo practicaré yo sola.

Él me ha dado pruebas de su talento, de su cálculo, de su invencion. Cuando quiso acabar con los conservadores en la cárcel, proyectó el modo, con tanto acierto, que si no hubiera sido por la traicion del carcelero, cómplice en el hecho, no se inutiliza el plan... Es verdad que el carcelero no pudo al dia siguiente declarar nada... pues aquella misma noche fué cosido á puñaladas en su misma cama, sellando con la muerte el silencio de los nombres de las personas que le pres-

cribieron la ejecucion de Balkan y sus compañeros. Sí, sí, el príncipe debe estar á mi lado como la sombra de mi cuerpo.

Lo que no puedo comprender es, cómo mi amado tio, Leon X, no me ha remitido la Carta de indulgencias que le pedí... Mi súplica debe haber llegado hasta él, porque el que la conducia era de mi confianza; persona segura y esperimentada... Oh! si ese escrito apareciese algun dia seria una prueba terrible!... Yo misma me confieso en él adúltera, y seria preciso quemar hasta la mano que lo contuviese.

Pero es estraña la tardanza, y la posesion de esa bula de S. S. de estrema necesidad para mí. Con ella puede una tranquilizarse sobre su salvacion... y efectivamente, Dios sabe que los pecados en que yo incurra en la lucha que voy á emprender, no son por mi causa. Otros, me obligan á cometerlos y sobre ellos debe caer el anatema del supremo juez, y la reprobacion de los hombres.

Por qué ha de ser delito buscarse en esta vida la tranquilidad del espíritu, y cuál es la causa de que todos los medios no sean lícitos para conseguirlo? Hay cosa mas natural que el desear deshacerse de un enemigo que nos pueda perder?... Que nos presente á los ojos de la sociedad cubierto de ignominia, de oprobio y vilipendio?... Y que no contento con esto, se camplazca y ria en nuestras desventuras, en nuestra vergüenza y amargura? No le seria al hombre mas fácil, en vez de escarnecer y publicar las faltas de sus hermanos, encubrirlas y compadecerlos?... Por qué se ha de asesinar una reputacion, por un desliz, hijo de la ignorancia, del descuido ó la fatalidad, rodeándolo del sarcasmo, la sátira y la insolencia mas desmedida y baja? Eso debe quedarse para los casos fortuitos, en que el perpetrador de la culpa arrostra el enojo de la sociedad, por efecto de una incuria imperdonable, ó por fatuidad, un escesivo orgullo ó un alarde sobradamente repugnante.

Así pensaba la duquesa y en esto fundaba sus temores para adoptar el proyecto que le habia propuesto el príncipe.

Porque indudablemente, debia estremecerla el recuerdo de que las personas que estaban al alcance de su falta, á quienes habia hecho una confianza respetable, la pudiesen vender algun dia, poniendo de manifiesto á los ojos de un marido de alta cuna, de una corte que la acataba, de un pueblo que la respetaba, mas por condescendencia que por estimacion, de la Europa en fin, que conocia su nombre y familia, una flaqueza que casi la habian obligado á cometer.

Hasta aquí estaba en su derecho de procurar conjurar anticipadamente el escándalo temible que iba á producir esta aclaracion, inutilizando el que pudieran practicarlo sus enemigos.

Pero la duquesa, harto ofuscada, no advertia que por parte de Sofia no era fácil que sucediese así, debiendo tener en cuenta su nobleza, sus sentimientos y las bellas cualidades que la adornaban. No consideraba que la ignominia que cubriera la frente de la esposa tenia que caer sobre el marido, víctima inocente, sacrificada al respeto de un padre, á la voluntad de un soberano y al bienestar de sus vasallos.

Razon porque para proceder decididamente en una cuestion delicada y de graves consecuencias, se necesita, primero, examinar detenidamente, no solo los resultados, sino la índole y el carácter de las personas mezcladas en ella. Si Ludomilia hubiese reflexionado con menos acaloramiento y prevencion, se habria convencido de que Sofia, por mucho que fuese el interés que le animase, no podria jamás ponerla en el caso que ella tanto temia.

De modo que precipitando la accion de su seguridad, eslabonó una cadena de acontecimientos á cual mas desagradables. Lisonjeó la ambicion del príncipe de Marck, y se dejó conducir ciega por él, á un abismo de calamidades.

XXVI.

Una visita inesperada.

La mision del mariscal Otocaro en el principado de Hesse-Delmot no podia ofrecer un resultado mas favorable. El mariscal seguia estrechando cada vez mas á Ernesto, lo habia arrojado de las plazas invadidas por él en el principado, y favoreciéndole la victoria en todas partes, habia pisado con su ejército el territorio de Brunswick, y amenazaba á Ernesto en su misma corte.

Tan repetidos y rápidos triunfos amedrentaron al príncipe de Marck, que retirado en su castillo, no imaginaba que Otocaro concluyese tan felizmente una campaña, emprendida con tan débiles auspicios por parte de Othon, por su escasez de tropas y dinero. Pero la pericia militar y la constante decision del mariscal, superaron y vencieron cuantos obstáculos se opusieron. Ya se hablaba de su retorno á Ravensberg, despues de una capi-

tulacion pedida por Ernesto, y en la que Otocaro sacó todas las ventajas imaginables para su pais.

Esta lisongera nueva infundió un valor estraordinario en los conservadores, y se preparaban á la venida del mariscal, para por su influjo hacer que Othon sancionase un código civil, redactado en sus asambleas á favor de las prerrogativas del pueblo, y mas que nada sobre la sucesion futura de la corona de Ravensberg.

La marquesa por su parte, sabedora de todas estas noticias, ansiaba el retorno del mariscal, para ver si podia aclarar algo sobre lo que sucedió á este á vista de los dos retratos, en la quinta del Recuerdo. Aunque á la mañana siguiente solicitó de Sofia una audiencia, en la conversacion que tuvo con ella se limitó el mariscal á pedirla informes sobre aquellas dos mugeres, y pretestando que la impresion que recibió fué al traer á su mente recuerdos de la juventud, sobre el parecido de dos personas que creyó ver en aquellas mugeres, que quizás no serian tal vez las que él imaginaba, y cuyos nombres profirió maquinalmente en su sorpresa.

La evasiva de Otocaro fué comprendida por Sofia, y desde entonces fijó su pensamiento en el mariscal, esperando, con un ardid que imaginó, sorprenderlo y arrancarle la verdad.

Pero precisamente aquel mismo dia recibió el mariscal la órden de marchar á tomar el mando de las tropas que debian guerrear en Hesse-Delmot, y la marquesa dejó para mejor ocasion el proyecto concebido.

Nada habia dicho á Othon sobre la sospecha que tenia del mariscal, ni de la indiferencia que le demostraba Ludomilia. Sofia conoció que ya no poseia la estimacion de esta, que se habia retraido á la quinta del Recuerdo para evitar su contacto, y así por un mero cumplimiento á la situacion en que se hallaba la duquesa, solia pasar alguna noche en la quinta, mas al dia siguiente tornaba á palacio.

La calma aparente que reinaba, sabia Sofia que de-

bia terminar en cuanto la duquesa diese á luz el fruto de su crímen. Lo primero que ella trataria seria de legitimar el hijo de Luitzpoldo, haciéndolo pasar porque era de Othon, obligando á este á que lo declarase príncipe heredero de Ravensberg. Perpetrar un crímen es delito, pero hacer alarde de él con impudencia y audacia, es mucho mas detestable, y á esto sí que la marquesa se iba á oponer con todas fuerzas, y con el poder que disfrutaba.

Los conservadores no estaban al corriente de estos pormenores, ni el príncipe de Marck habia querido participárselos porque ya desconfiaba de que le diesen favor. Desde su destierro varió enteramente su plan de política, y si antes procuró en secreto denigrar á Ludomilia, ahora con todas sus fuerzas trataba de que el pueblo la devolviese la estimacion y entusiasmo que al principio de su matrimonio.

Pero ya no era fácil. Cuando un alto dignatario hace que se enerve su popularidad, es muy difícil, y casi imposible, volverla á robustecer. Es una llama fugaz, la cual es necesario saberse aprovechar de su valor, porque pasado ya, no torna á comunicar su ardor vivificante por mas que se procura atraer.

Sin embargo, los esfuerzos del príncipe de Marck no fueron del todo inútiles, pues consiguió al menos que la opinion conyugal de Ludomilia quedase en su primitivo estado.

La marquesa de Korvei tambien por su parte trató de desvanecer esos recelos, destruyendo la acusacion anónima que recibieron contra Ludomilia los conservadores, del príncipe de Marck. El crédito que gozaba Sofía entre ellos fué lo bastante para ser creida, y la duquesa quedó otra vez en el concepto de todos, por una esposa fiel, por una muger pura.

Sofía al obrar así tuvo presente evitar el escándalo y el ruido. Atendiendo en esto mas á Ludomilia que á los intereses que defendia, no queria para su vencimiento esgrimir unas armas tan repugnantes, como ha-

cer públicas las faltas de la duquesa y su criminal conducta con su marido.

Mas Ludomilia, poco reflexiva, ó mejor dicho, engreida en estremo, no omitió provocar este escándalo. Es verdad que, segun el plan que le propuso el príncipe de Marck, Sofia iba á ser súbitamente derribada de su altura, sin que en el concepto de ambos la marquesa tuviese donde asirse en su caida.

Otra circustancia mas obraba, segun Ludomilia, á su favor. Leonelo habia desaparecido súbitamente de Ravensberg hacia seis meses, y se ignoraba su paradero... Prueba que perdiendo á su hijo y toda esperanza de vengarse, habia renunciado á ello, abandonando unos sitios tan funestos para él.

A Leonelo le temia la duquesa, á pesar de encontrarse este sin las pruebas que fueron quemadas en la calle de Ratz-Bogen, porque conocia su valor, audacia y talento para meditar, acometer y realizar cualquiera empresa por árdua que pareciese.

. . . . . .

—Monseñor Erardo de Gotinga, anunció un page de cámara á su alteza real la gran duquesa que se encontraba sola en su retrete leyendo, y sentada enfrente de una ventana que daba vista á las márgenes del Ems, y por donde se divisaba toda la campiña de Ligen.

—Que entre... contestó sin soltar el libro.

Despues de saludar al condestable, le hizo la duquesa tomar asiento.

—Qué es eso, mi apreciable Erardo?... Hay ya alguno que se acuerde de mí en la corte de Ravensberg?

—Eso mismo pudiéramos decir nosotros, señora. Vuestra alteza real nos ha abandonado... Nosotros no podemos faltar del lado del duque, porque bien conoceis...

—Que su esposa como se vé olvida de su marido, no puede hacer nada por vosotros... Eso lo tengo mas que sabido, lo mismo que en la desgracia es cuando se reciben lecciones tan sabias como inolvidables. Yo

ahora lo estoy, y así no es estraño que todos me abandonen.

—En desgracia, señora? No lo creo así... En desgracia, cuando vais á dar un sucesor á la corona de Ravensberg? Cuando el pueblo aguarda ese favor de la Providencia con entusiasmo, la corte con deseo, y vuestro esposo con regocijo... Perdonad; pero no lo comprendo. Hay cosas, vive Dios, que salen del círculo natural para que al saberlas se trastorne nuestro cerebro, y divague el discernimiento mas perfecto.

—Pues ahí vereis... le contestó la duquesa con una sonrisa amarga.

—Nosotros, la mayor parte de los cortesanos, los que siempre nos consideramos honrados con vuestras atenciones, hemos estrañado el aislamiento en que vivis en esta quinta; pero lo atribuimos á disgusto particular del estado en que os hallais, y no hemos querido traspasar los límites de la delicadeza y atencion importunándoos. Pasaban dias y dias, y siempre hemos esperado inútilmente que el duque nos mandase acompañarlo para venir á haceros una visita. Nunca ha llegado este caso... y no sabemos por qué...

—Porque se hallará seriamente ocupado... A que no se las ha escaseado á la marquesa de Korvei?

—Sin duda... La trata como siempre.

—Lo veis?... Un marido... y mucho mas un soberano no puede estar en todas partes. Es necesario que falte en alguna parte... y en tal caso debe hacerlo á su esposa... porque nosotras sabemos disimular y sufrir en silencio.

—Celos tal vez, señora?...

—Yo? qué disparate!... Ni la virtud de Sofia lo permite, ni mi marido quiere á ninguna muger... que existe... Puede que tenga su imaginacion ocupada de alguna memoria pasada... porque presente no se le conoce. Sin embargo, mi dignidad de esposa y soberana debe resentirse de que me trate así.

—Con efecto, os sobra razon... La conducta del

duque con vos, es injusta en demasia, y su fundamento, si lo tiene, es hasta ahora desconocido de todos...

—Dejemos esto, condestable... decidme: sigue el duque visitando el Castillo del Aguila Negra?

—Diariamente como antes, no. Ahora se le ve dirigirse algunas tardes á la selva de Roden. A falta del mariscal suele acompañarlo el consejero Biling... Se internan en la selva, y salen de ella al anochecer... Otras veces va el duque solo.

—Solo!... Y en la selva de Roden!...

La duquesa trajo á su idea en la tarde de la batida, la casa rústica de Conrado. El retrato despues de la aldeana colgado en la habitacion oculta de la quinta. Entonces entre la selva y el castillo tenia su esposo el objeto que absorvia su atencion... Sofia para engañar y burlar su confianza habia mentido hasta al mariscal. Aquellas mugeres retratadas existian, y la Beatriz á quien el duque se dirigia era el objeto de su pasion.

Este nombre se grabó en el corazon de Ludomilia con caracteres de fuego.

Gotinga reparó el distraimiento de la duquesa, Pero calló y lo respetó, mostrando no advertirlo.

Ludomilia recorria su memoria atrayendo á ella los acontecimientos pasados. El trage de la aldeana del retrato era igual al que usaban las de la campiña de Ligen... Luego aquella muger vivia por los contornos de la quinta.

Otro acontecimiento justificó sus sospechas. La tarde de la caza cuando se desmayó la marquesa, al anciano, dueño de la casa rústida, causó una conmocion estraordinaria la cruz que la marquesa llevaba al cuello. Al mariscal Otocaro sucedió lo mismo con la que tenian las dos mugeres de los retratos. La marquesa poseia el secreto de Othon. Luego entre Sofia, el anciano de la casa rústica y el mariscal, habia una complicacion tan sospechosa como indudable, pues todos conocian un distintivo cuya significacion encerraba aquel misterio.

Además, la targeta que Pedro el ugier daba para facilitarse el paso hasta la cámara de la marquesa, tenia tambien una cruz... Símbolo adoptado como una contraseña general en todos los que estaban en el secreto.

Ahora se arrepentia la duquesa de no haber examinado la de Sofia la tarde de su desmayo, y sí prohibírselo al baron de Colemberg.

Cuando una muger ofendida reflexiona, son pocas las circunstancias acaecidas, por leves é insignificantes que sean, que se escapen á su perspicacia.

—Y qué objeto os ha traido hoy á verme, condestable? preguntó la duquesa, dando un corte estraño á la conversacion anterior y que no dejó de sorprender á Gotinga.

—Una mision puramente diplomática, señora, y de la que me he encargado con placer por tener el gusto de veros.

—Gracias. Decid.

—Hoy debe presentarse á la corte, el enviado de su alteza real el duque de Ferrara, y vuestro esposo os lo participa para si quereis hacernos el honor de asistir á la ceremonia.

—Del duque de Ferrara!... Raro es por cierto que envie el duque de Ferrara á Ravensberg quien lo represente.

—Hemos presumido que, como los asuntos de Lutero se enredan cada vez mas, querrán los soberanos de Italia tener aquí una especie de observador para que les participe lo que ocurra... Y notad si viene recomendado cuando trae cartas de S. S.

—Del Pontífice! Y cómo se llama?

—Se ignora... Llegó ayer de incógnito y mandó á pedir su vénia al gran duque para presentársele hoy.

La duquesa se detuvo un poco á meditar sobre lo que acababa de oir.

—Sí... debo presenciar ese acto... Diria el enviado

que era una groseria... Mi estado no me priva de asistir á esos actos indispensables y que exigen las etiquetas y formalidades diplomáticas. Pensaría el representante de Ferrara que en Ravensberg no habia duquesa... Condestable, mandad poner mi coche, entretanto que me mudo de vestido.

Ludomilia llamó á sus camaristas y pasó á otra habitacion.

El condestable salió á obedecer las órdenes de su soberana, que fueron escuchadas con sorpresa, porque hacia ya algunos meses que la duquesa no se presentaba en la corte.

Erardo tornó á la cámara: Ludomilia volvió á poco vestida sencillamente, y sin mas séquitos que el condestable y su camarista de confianza se metió en el coche y llegó á palacio.

XXIIV.

El enviado.

La corte se hallaba reunida en el salon de embajadores cuando la gran duquesa se presentó en palacio. Su vista fué un movimiento simultáneo de sorpresa y admiracion. El duque la recibió con amabilidad, los palaciegos con aquel fingido entusiasmo y aprecio que sienten por las cosas mas insignificantes de sus señores, cediendo á aquella tendencia supuesta con que se desviven por parecer solícitos y amables.

Ludomilia pidió ver á Sofia, y á esta le fué pasado aviso de que la duquesa la aguardaba.

Las dos sin embargo, al verse, no dejaron de sentir interiormente una conmocion tan imperiosa como triste. Sofia, sin decir una palabra, al ver á la duquesa en los últimos dias de su embarazo, dejó escapar de sus ojos una lágrima de sentimiento.

Ludomilia lo notó y mandó que la dejasen con la marquesa.

—He querido quedarme sola contigo, dijo la duquesa, porque he notado en tu rostro al mirarme, señales de lo que has sufrido interiormente; tan raras como incomprensibles para mí... y de las cuales te pido aclaraciones, porque creo que puedo hacerlo. Sin dejar á parte otros pormenoros, que te mencionaré algun dia, quiero que me declares ahora, qué ha significado esa lágrima que has derramado en el momento que tu vista se encontró conmigo... Me darás gusto en ello Sofia?

—Y por qué no?... Acaso los desgraciados han perdido el derecho que siempre han tenido á mi sensibilidad y ternura?

—Ah! con que tú me consideras como tal!

—Y de qué otro modo pudiera mirarte?

—Agradezco esa compasion y al mismo tiempo te digo que la considero inútil.

—Nunca puede serlo un afecto tan dulce y apreciable.

—Lo es en esta ocasion, porque no lo acompañan la sinceridad y el cariño que algun dia me manifestastes... Sofia, bien dicen que el tiempo puede mas que los hombres. Y yo digo que es verdad, porque enerva y estingue las mayores afecciones y los mas gratos recuerdos.

—Oh! no, Ludomilia, no. Tú estás en un error tan lamentable como triste. Nunca confundas las causas con los efectos... No tomes el curso infalible de los acontecimientos por estremos ingratos y correspondencias injustas. No creas que la naturaleza pueda retroceder jamás ante los odiosos y tiránicos preceptos de esa sociedad que nos pretende sujetar, y nos sujeta por desgracia, á sus despóticos caprichos... á sus injusticias las mas veces... á sus seducciones perniciosas y mortíferas con frecuencia. Para que yo te desenvuelva esto, para que te analice y aclare lo que mi mente concibe en este momento, para que te conteste en fin á lo que

me has dicho, necesito destrozar tu corazon y despedazar el mio; desgarrar tu alma, y hacer aun mas á la mia presa del sentimiento y la amargura. Tú tomas por desamor, por ingratitud... ó por lo que hayas pensado, la lucha acerva que sostengo ya hace tiempo en mi corazon, imaginando que no es una compasion franca y verdadera la que siento por tí... pero ahora no estás en estado de poderte hacer una aclaracion.

—Pues cuándo? Lo deseo, lo ansio.

—Cuando vuelvas á ser madre!... Cuando ya no te puedan ser mortiferas mis palabras.

—Sofia!!

—Basta. Tu estado es tan respetable, que una indiscrecion, la menor ligereza pudiera comprometerlo... Lo que tengo que decirte es de tal influencia, que son de aquellas palabras que llegan al corazon y no se pueden apartar de él.

—Te comprendo, dijo la duquesa con desagrado y levantándose. Yo espero evitarte el disgusto de referírmelas, porque no te prevalgas del ascendiente que mis secretos te han dado sobre mí. He sido harto imprudente y locuaz, porque te creí una persona para mí franca, pura y sincera, pero he visto, con dolor, Sofia, que me has tenido puesta una venda, que tu sutileza y perspicacia perpetuaron en mis ojos, para no conocer, sino tarde, que me has estado vendiendo inícuamente. Yo te doy las gracias y procuraré recompensártelo.

La duquesa salió cerrando la puerta tras sí.

—No seré yo la responsable de los resultados. Contestó la marquesa en términos que Ludomilia lo escuchó perfectamente al marchar.

Su orgullo la perderá, continuó con amargura. Qué esperará aun esta muger infeliz? En quién confiará esta desventurada ignorante? Sí, ignorante, porque no calcula que conmigo siempre se llega tarde, y que yo tengo la costumbre de adelantarme á todos. Desventurada, porque en medio de estar abrumada por la reprobacion de los que sabemos su flaqueza, confia y espera

sellar nuestros labios, siendo así que su necia arrogancia nos va á obligar á abrirlos. Puede esa desgraciada creer la sorpresa que va á tener hoy? Hoy, en medio de su corte, al lado de Othon... á la vista de todos los cortesanos? Sí, verdaderamente ignorante, porque desconoce lo que me he interesado por ella, con un hombre cuya justa venganza toca ya en impiedad, y el cual ha sido sordo á mis súplicas y persuaciones.

Ay, Ludomilia! prosiguió Sofia; tu ceguedad te compromete. Cuanto mas fuertes y terribles sean los medios que adoptes, mas te precipitas desde la cima hácia tu destruccion. El resentimiento te ha hecho nuevamente criminal... El resentimiento es el que te persigue tambien incansable y tenaz... el que te quiere abrir las puertas de un abismo de lágrimas y acervos dolores... Yo, aun constante en favorecer mi objeto, aparto con mis manos todavia los sinsabores que puedan sobrevenirte, porque yo no quiero tu abatimiento, vergüenza y humillacion, sino tu convencimiento... Pero si huyes de él mostrándote, como lo espero, tenaz y fija en tu propósito, entonces te combatiré por todos los medios que pueda, porque la causa que defiendo es primero que tú... y yo quiero que triunfe.

La marquesa se retiró á su cámara, persuadida de que iba á tener que adoptar lo que indicaba las últimas palabras que acababa de proferir.

Por qué una fatalidad cruel y ciega, ofusca el entendimiento de la criatura en los términos que estaba el de Ludomilia?...

Por qué no ha de haber un convencimiento íntimo en ciertos mortales para conocer su error... y cuando no corregirlos ya, porque no sea posible, someterse á reconocerlos, y ocultarlos sin perjuicio de nadie?

Dónde está consignado el derecho de querer que nuestras decisiones, nuestras flaquezas, las acciones indebidas y reprobadas por una ley tan poderosa como sábia, han de ser acatadas, reconocidas ó cuando menos pasen desapercibidas.

En nuestra misma flaqueza que nos las hace cometer.

Y el hombre se contenta siquiera con el disimulo y tolerancia de los demás, que las conocen y saben su procedencia?

No, al contrario: quiere que esta tolerancia, si ecsiste, sea para que otros participen, indebidamente, los efectos que producen, la inconsecuencia, el error, el orgullo ó el vicio.

Detestables estremos! Exigencias odiosas, ridículas y dignas de eterna reprobacion.

Y sin embargo, la sociedad, en ciertos casos, admite estas escepciones, y hay faltas cuyos funestos resultados han pesado sobre infinitos inocentes, y estas faltas han sido halagadas por la impudencia, el descaro, la arbitrariedad y otros estremos tan detestables como odiosos.

Porque segun la posicion del hombre así son juzgados sus actos por lo regular, y la parcialidad severa se ensaña casi siempre con el débil y el mísero que no puede oponer resistencia á su censor.

Esto era lo que la duquesa pretendia. Su orgullo ajado, la condujo á cometer una falta grave, pero lejos de conocerla y deplorarla, queria perpetuarla entre el desimulo y el engaño y que las consecuencias pesasen sobre aquel que se atravesara en su errada y tortuosa senda.

Othon se presentó en el salon del recibimiento llevando de la mano á la gran duquesa, que por cierto su ocupacion la hermoseaba mas. Despues de colocados en sus asientos, el duque hizo señal al ugier de honor de que el enviado de Ferrara podia presentarse á la audiencia.

El consejero Biling, como miembro del supremo Consejo de estado, y secretario particular de su alteza ocupaba el bufete que se hallaba á la izquierda del duque.

El enviado de Ferrara no habia sido conocido de nadie en palacio, pues llegó en su coche sin mas séqui-

to que una persona, y entró embozado en una capa de escarlata, hasta la antecámara, donde esperaba la órden para presentarse.

Pero una sorpresa general se ocasionó en todos los que habia en el salon, cuando al abrirse una puerta se presenta, en el enviado de Ferrara, Mastropetro el escudero.

Ludomília al reconocer á Leonelo hizo un estremecimiento involuntario.

Los cortesanos se miraban mudos y silenciosos, y monseñor Nobourg-Pakteim, que estaba presente, se le figuró un sueño semejante metamorfosis.

Leonelo, elegantemente vestido, y mostrando un continente airoso y audaz, echó una mirada imperiosa y rápida sobre los cortesanos, acompañándola de una sonrisa desdeñosa, y despues fijando sus ojos del mismo modo en Ludomília, se dirigió al gran duque.

—Señor, antes de hacer presente á vuestra alteza real mi comision, pido que se examinen mis credenciales

Othon las tomó, y entregándoselas á Biling, este vió que estaban en debida forma.

—Pido permiso á vuestra alteza real para presentaros á mi secretario privado, añadió Leonelo.

El duque lo otorgó, y Leonelo dirigiéndose á la puerta por donde entró, introdujo en el salon un hombre, como de cincuenta, á ciñcuenta y cinco años, alto, delgado, la cabeza calva y los pocos cabellos que tenia canos; de fisonomia adusta y cuyas señales indicaban que su constante ocupacion era el estudio y la meditacion.

Monseñor Marco Orseolo, gentil hombre al servicio de su alteza real Alfonso I de Este, y secreterio particular de monseñor Leonelo conde de Polesino, enviado de Ferrara.

Esto lo leyó el consejero Biling, al presentarse Leonelo con su secretario.

Ambos hicieron un respetuoso acatamiento, á que contestaron los duques y demás que habia en el salon.

Despues Leonolo puso en manos de Othon una carta particular de Alfonso de Ferrara, y otra de Lorenzo de Médicis, hermano político del gran duque.

—Así que Othon concluyó de leerlas, dijo Leonelo:

—Mi noble señor, el duque Alfonso, no puede menos de manifestar en ese pliego lo que ocupan su imaginacion, los asuntos de Lutero. Esta cuestion se va haciendo europea y tiene en espectacion á los potentados. Lutero lisongea estraordinariamente á los príncipes y soberanos del sacro imperio, defendiendo sus inmunidades y privilegios contra la autoridad pontificia, lucha que há tantos años sostiene sin fruto la Alemania por sacudir el yugo de los papas. En vano su Santidad ha procurado detener la audacia de ese fraile. Ni la elocuencia del inquisidor general Prierias, ni la autoridad del legado Cayetano, ni las amonestaciones de Leon X, ni el haberle anatematizado como herege la córte de Roma, ha bastado, y la Alemania presenta un aspecto harto grave y delicado para que los demás soberanos no se ocupen de ella.

—Esa es mi opinion, conde; pero no me negareis que mi querido tio Leon X, ha andado al principio bastante descuidado con Lutero, y despues desacertado en demasia. La bula publicada contra él en sus escritos, ha sido en algunas ciudades del imperio una tea incendiaria, arrojada en medio de combustibles preparados para ello. Claro se ha manifestado en Witemberg y otros puntos. Los decretos romanos han sido entregados á las llamas sin que el pueblo se haya resentido de tal desacato, antes al contrario se ha ocupado con gusto de ese espectáculo... Una severidad tan intempestiva solo ha servido para agriar á Lutero, no para reprimirlo, y dar lugar á que Federico de Sajonia le conceda su proteccion. Pues qué, tan escasa de recursos estaba la corte de Roma, que en cuanto se presentó en la liza Lutero, no pudo reprimir los progresos de un pigmeo que despues se ha tornado en gigante? Na da hay mas fácil que deshacerse de un hombre cuan-

do se propone alguno este fin.

—Pero vuestra alteza real, se decide por Lutero ó por el pontífice?

—Yo me decidiré por lo que esté bien á mis pueblos. La dieta de Wormes convocada por el emperador para juzgar á Lutero, no ha podido intimidarlo. El recibimiento que ha tenido en la ciudad ha sido mas que régio... La Dieta ha publicado un edicto contra él, á nombre suyo y del emperador, y yo debo esperar los resultados para regir por ellos mi conducta.

—En tal caso deberia vuestra alteza real escuchar solo la voz de su conciencia.

—Estais engañado, conde. Ningun soberano debe gobernar sus estados segun su conciencia, sino bajo los preceptos que dicta la ley, y siempre procurando á sus vasallos lo mejor. Un fanático, un caprichoso, ó un tirano, creen mandar en conciencia, y sin embargo no cometerán mas que absurdos y tropelias.

Aunque Leonelo no estuviese tan persuadido del carácter bello, y de las recomendables ideas de Othon, estas palabras hubieran bastado á darle una idea exacta de él.

—Vuestra alteza real, prosiguió Leonelo, obra en este con tanta cordura como acierto... El emperador además, no puede seriamente ocuparse de hacer cumplir las deliberaciones de la Dieta de Wormes. La guerra entre él y Francisco I, es inevitable en Navarra, los Paises-Bajos é Italia, los tres puntos mejores de su corona, y Cárlos V no se descuidará con un rival como el que está deseando venir á las manos con él para vengar el desaire que ha recibido de los Electores de Francfort, por haberle arrebatado la corona de Carlomagno con que creyó ceñir sus sienes. Cárlos V acaba de celebrar una alianza con el pontífice para reunir sus fuerzas en el Milanesado contra Francisco... y la Italia va á ser el teatro principal donde se empeñará la lucha entre el emperador y el monarca francés.

Sobre otros puntos mas trataron el gran duque y

Leonelo, por donde se convencieron los cortesanos que este último los habia estado engañando antes perfectamente.

Colemberg, en particular, se hallaba casi corrido, cuando los ojos de Leonelo, á intento, se encontraban alguna vez con los suyos.

El pobre recordaba la escena primera de esta obra, en las orillas del Ems, entre él y el escudero Mastropetro, transformado en espia y agente del imbécil baron de Colemberg.

—La política cortesana es el demonio! esclamaba en voz baja á Ebersten y á los que estaban á su lado!... Quién diria que el tal Mastropetro era un alto personaje?... Esto es incomprensible en demasia! Hasta me ruborizo de mirarle! No sabe uno con quien habla siquiera!...

—Todas las partes de que constan la mision que me conduce á esta corte, no están esplicadas aun, dijo Leonelo con cierta socarroneria. Traigo tambien encargo particular del Santo Padre, para su alteza real la gran duquesa.

—Para mí? preguntó Ludomilia sorprendida.

—Habeis estado en Roma?... añadió Othon.

—Me hallaba en ella á la sazon, y precisamente conferenciando con S. S. cuado este recibió un pliego de su querida sobrina, vuestra noble esposa.

—Vuestro, señora?... dijo el duque con estrañeza.

La duquesa no contestó.

—Su Santidad, prosiguió Leonelo, me mandó volver noticioso de que yo venia á Ravensberg, y cuando fuí, puso en mis manos este pliego cerrado para su alteza real la gran duquesa, suplicándome que yo mismo se lo entregase personalmente... Este es... y cumplo con hacerlo así, señora.

Sacó en seguida de su escarcela un pligo cerrado y marcado con el sello pontificio, y se lo dió á la duquesa. El duque y los cortesanos miraban con sorpresa aquella escena.

Leonelo sintió temblar la mano de Ludomilia al entregarle el pliego.

Esta leyó para sí y sin poder contenerse palideció en estremo.

Othon que lo notó, contuvo su curiosidad, porque no dudó que la mutacion de la duquesa provenia de alguna causa grave. Abrevió cuanto le fué posible la audiencia, y despidiendo á Leonelo le señaló habitacion en palacio, tratándolo como pudiera hacerlo con el mismo duque de Ferrara en persona.

La duquesa iba á salir, pero él la detuvo, diciéndole:

—Quedaos, señora.

Ludomilia se admiró de ver el modo con qué lo pronunció Othon.

—Qué me quereis? le contestó con indiferencia. Os acordais ya de que existo?

—Sí, porque necsito leer la carta que os envia vuestro tio.

—Con que es decir, que porque habeis nacido con distinto sexo, ha de ser tanta vuestra arbitrariedad, que prevalido del derecho de mandar, del carácter que os dá esa autoridad egoista y despótica me exijís saber mis secretos cuando me ocultais los vuestros?... Está bien, por vida mia!

—Es, señora, porque yo soy responsable de ellos, ante Dios y los hombres. Es porque una ley, injusta y tiránica, me prescribe responder de vuestras mas ocultas acciones, á esa sociedad cruel... Es porque cualquier paso desacertado que deis en ella seria un padron infame para vos y una mancha ignominiosa para mí... Y porque colocados en fin, en un puesto que nos eleva sobre el nivel de los demás hombres, las miradas de todos están fijas sobre nosotros, y nos devoran con sus ojos, los indiscretos, los curiosos y los murmuradores.

—Y solo para mí habeis tenido eso en cuenta, es verdad?

—No os he dicho, señora, que yo debo responder de

vos al mundo y á Dios?

—Y vos no debeis á nadie satisfaccion de vuestro proceder?

—Acabemos... venga esa carta. Os habeis inmutado á su contenido, y yo quiero saber lo que encierra.

—Eso jamás. Cuando me descifreis el misterio que existe en el Castillo del Aguila Negra, y vuestras palabras en la habitacion retirada de la quinta del Recuerdo... Cuando me digais quién son las dos mugeres que hay retratadas allí... Quién es la Beatriz á quien nombrásteis, y qué relaciones existen entre esa muger y vos.

—Con que es decir?...

—Que ya llegó el tiempo en que hablemos con claridad... y en que cada uno ocupe el lugar que merece en esa sociedad, cuyos fueros y prerogativas reclamais. Que reconozcais que esa arbitrariedad despótica de que os creeis los hombres revestidos, para obrar á vuestro antojo y esclavizarnos al mismo tiempo á ese yugo tiránico que nos imponeis, si existe es indebida por un abuso pernicioso, y no tan lata como pensais. Que si teneis que responder al mundo de mis mas ocultas acciones, vos teneis que responderme á mí de las vuestras, que soy vuestra esposa... Lo entendeis? vuestra esposa, y madre del hijo que de vos llevo en mis entrañas.

Una esclamacion comprimida que sonó en una de las puertas que estaban al estremo del salon, llamó la atencion del duque, y mucho mas al ver caer á sus piés un papel doblado, que sin duda arrojó desde la misma puerta la persona que estaba al través de ella.

La duquesa se lanzó á la puerta con rapidez, pero no vió á nadie. El que era habia desaparecido.

El duque entretanto desdobló el papel, que era la hoja de un libro de memorias, y la cual tenia escrita con lapiz estas palabras, de una letra disimulada.

«Duque, no cedais. Apoderaos de la carta ú os perdeis...»

—Esto es detestable. Esclamó Ludomilia. Este

palacio está pervertido hasta lo sumo y vos teneis la culpa, señor. Vuestra conducta misteriosa y enigmática ha escitado la atencion de todos, despertado la curiosidad, dando armas á la malicia palaciega... Ya lo veis. Estamos cercados de imprudentes que nos acechan y escuchan. Detrás de cada puerta hay quien oiga... Al través de los tapices un espia encubierto y traidor, pronto á cualquiera delacion.

—O tal vez á un aviso prudente y oportuno. Leed, señora... leed.

Y le mostró el papel que acababan de arrojarle.

—Vileza inaudita!... Prorrumpió Ludomilia indignada. Iniquidad horrible!... Comprometer así la tranquilidad de una triste muger, su opinion, las consideraciones mas respetables... Despertar en el corazon de su marido recelos y sospechas tan injustas como indebidas... Pero ya lo comprendo todo. Ese será alguno de vuestros viles confidentes, de los que estais en el secreto que tanto os empeñais en callar, y que sin respetar mi clase ni mi estado... la disposicion en que me encuentro, pretende con un ardid detestable salvaros de mis justas y poderosas reconvenciones, agravando mi situacion, á costa de mi afliccion y amargura. Pero no será, vive Dios!... añadió haciendo un esfuerzo sobre sí. Conozco la trama, y os juro, duque Othon, *mi noble y leal marido*, que no saldreis de aquí sin que me hagais una justificacion plena de vuestra conducta.

—Y vos sin que me entregueis esa carta.

—Nunca lo espereis sin que me satisfagais primero. Veis la carta? dijo apretándola fuertemente entre sus manos; veremos quien es bastante á sacarla de aquí.

—Ignorais que hay medios para ello?

—La violencia!!

—No; un castigo severo á vuestro desacato. Habeis olvidado que soy vuestro soberano y vuestro esposo?

—Ira de Dios!!! Esclamó Ludomilia con cólera estremada.

—El único dueño y árbitro de vuestra vida?... Y que ese hijo que abrigais en vuestro seno puedo hacer que lo deis al mundo entre las tinieblas sombrias de un profundo calabozo?

—Dios mio! Dios mio!!

—Sí, porque tambien hay prisiones para sofocar los secretos que revelan una sospecha mortal... Para ahogar el mas leve eco de mengua y baldon... Las hay para las duquesas soberanas que faltan á sus deberes, desobedeciendo á sus esposos, y dando materia á que conciban un recelo atroz y desgarrador en esta misma desobediencia. La casualidad me ha hecho engendrar este recelo... este anónimo lo ha afirmado... vos os negais á satisfacerme, y os juro, que no volvereis á la quinta del Recuerdo.

Ludomilia no sabia lo que le pasaba.

Un llanto de despecho y furor acudió á ahogar sus espresiones.

Breves momentos fué interrumpida la conversacion. Ludomilia hubiera deseado borrar con su llanto los caracteres del pontífice que estaban estampados en el pliego fatal.

Othon la observaba mudamente con los brazos cruzados esperando su respuesta.

La gran duquesa fluctuaba entre mil contradicciones. La carta de Leon X, solo podia aumentar las sospechas de Othon, pero estas no tenian otro fundamento que el contenido de la epístola. Pero y si en vista de ella el duque, como era natural, se ponia sobre aviso y empezaba á observar la conducta de su esposa?

Por otra parte, ella lo veia muy decidido á meterla en una prision, á encerrarla por toda la vida, hasta que entregase la carta, y Othon tenia tanto caracter como bondad... Jamás retrocedia de su propósito... y solo el bien de sus estados era lo que con él lo podia todo... por lo que todo lo sacrificaba.

Si Ludomilia era puesta en reclusion, aunque no fuera mas que en su cuarto, no podria seguir en la

combinacion de sus planes con el príncipe. Asunto de mas importancia que los demás, y el punto esencial en el que se apoyaba su porvenir, su venganza... todos los recursos de que tuviese que echar mano en lo sucesivo.

El orgullo de Ludomilia estaba sufriendo lo que no es imaginable. Lo que puede conocer únicamente quien lo posea en el mismo grado y calidad. Leonelo habia empezado un nuevo plan de venganza, y el primer paso era despertar recelos en el duque habiéndole entregado la carta delante de él.

Leonelo bien pudo pedirle á ella una entrevista secreta, participándole las instrucciones que traia de Roma, y no haberlo hecho, aparentando indiferencia, y una ignorante inocencia, delante de Othon y toda la corte.

El furor que la ahogaba no la dejaba proferir una frase. Sollozos comprimidos y lágrimas ardientes, era lo que su estado le permitia.

Muda, colérica y corrida de su derrota, alargó la mano al duque, y le entregó el arrugado pliego, que decia así:

«Mi muy amada hija Ludomilia: La indulgencia que me demandas como humilde pecadora, te la concedo, en vista de tu desprendimiento en favor de nuestra Santa Sede... No necesito todo el subsidio que has recaudado de tus vasallos. Tu críme, aunque enorme, no es de tanto precio. Monseñor Leonelo, conde de Polesino, es el encargado de entregarte la carta de indulgencias que solicitas de mi paternal poder, en el momento que satisfagas la cantidad, que los comisionados del imperio para el efecto é instruidos por mí te pidan y...»

El duque ciego de ira no pudo acabar de leer la carta.

—Qué *crímen enorme* es el que se menciona aquí, señora? Responded. Mas es vana toda pregunta... porque vos no sereis tan franca que me lo confeseis... Solo sé que sois criminal cuando el Santo Padre lo dice así... Criminal, y ante mí que la he leído!! Ante mí

que soy vuestro esposo, y que debo por honor, por deber y tranquilidad exigir esta aclaracion... Con que sois una muger manchada, cubierta de un crímen!... Cuál? no lo sé... Tiemblo solo de pensar... de conjeturar lo mas leve sobre lo que imagino... porque la menor prueba os costará la vida!!!

Othon estaba pálido de cólera... La duquesa, á estas últimas frases, lanzó sobre él una mirada espantosa.

—Qué osais decir?...

—Que pidais al cielo que vuestro crímen no sea de aquellos que es necesario lavar con sangre!... Con sangre del perpetrador... Y aun esta no basta á veces á quitar la mancha que se ha estampado en el honor de un marido... en el blason de un soberano. Rogad al cielo, señora!... Pedidle misericordía... porque bien la habreis menester si confirmo mis sospechas.

El duque salió precipitadamente, sin dar lugar á que le contestase Ludomilia.

Jamás Othon se habia mostrado tan severo y enérgico como entonces. La duquesa tembló por la suerte de Luitzpoldo, y la de ella no dejaba de inquietarle tambien. Habia visto estampadas en el semblante de Othon, las señales ciertas de una venganza atroz y horrorosa... De una de aquellas venganzas que estremecen solo su recuerdo.

Para destruir en parte los recelos del duque habia solo un medio seguro, pronto y que la vengaba algo de la accion que Leonelo acababa de hacer con ella. Confesar al duque que el perdon que solicitaba del pontífice, el crímen á que se referia, eran sus amores con Leonelo cuando era soltera aun, y el habérselo callado á Othon por rubor y vergüenza.

Este concebiria tal vez celos de Leonelo... y quién sabe si hasta lo desterraria de la corte para tranquilizar su temor, ó por una reparacion justa de su decoro y fama.

Se trasladó Ludomilia apresurada á la quinta del Recuerdo, y se pusó á escribir una carta á su marido.

XXVIII.

Un aviso á tiempo.

En un gabinete del palacio de Ravensberg, amueblado suntuosamente, habia un gran bufete con muchos papeles, y junto á él, sentados dos hombres uno enfrente del otro.

El gefe ó principal acababa de leer una carta que tenia en la mano.

—Mucho os ocupa la lectura de esa carta, monseñor, cuando la habeis leido lo menos tres veces seguidas.

—Cada vez me irrita mas su contenido. No la conoces?... añadió mostrándosela.

—Ah! sí... Es la que nos facilitó la marquesa de Korvei, y que yo he copiado exactamente para entregarla al pontífice, imitando la firma de la duquesa.

—Faltábale el sello de Ravensberg, pero una carta particular no es preciso que vaya sellada.

—Sin duda.

—Tengo que devolverle este documento á la marquesa.

—Y por qué no os quedais con él?... Es un testimonio que algun dia su uso os puede ser de mucha importancia.

—No lo necesito... Además, que poseyéndolo la marquesa es lo mismo que si lo poseyera yo... No sabes cuánto es el amor que tengo á esa muger, verdaderamente singular?

—Varias veces me lo habeis dicho ya, monseñor. Solo estraño, que habiendo vos jurado no amar á ninguna muger despues de la correspondencia de la duquesa...

—Ah! Es porque yo, ciego y ofuscado con Ludomilia, creí que todo el mérito y la virtud de las mugeres se encerraban en esa, inconsecuente y tirana... Que separado de ella, de su amor, era imposible poder gozar felicidad en la tierra.

—Pero esta marquesa, no será un traslado de la duquesa?

—Oh! no lo profieras, Orseolo... Tú que estudias profundamente para conocer en el rostro los sentimientos del corazon humano: tú que me digíste en Ferrara lo que debia temer de Ludomilia, y que ha salido exacto, tú que te complaces en buscar en la ciencia lo que á veces falta á la razon, no has conocido en la marqusa de Korvei un fondo de talento, cordura y prudencia superior?... Un mérito no comun entre las mugeres?...

—No la he observado despacio. Bien sabeis que no ha habido ocasion.

—Es verdad... Pues sí, es como te la he pintado... Por ella, por merecer su estimacion y su amor, es por lo que he tornado á Ravensberg, en la alta clase que me he presentado... Muchos, y la misma Ludomilia pensarán, que es una vanidad necia, un alarde petulante,. lo que me ha hecho manifestar ahora mis ocultos títulos y honores á la vista del gran duque y sus

cortesanos... Que vengo en persecucion de mi venganza tal vez... Pensaré en esta si la marquesa me lo manda... Pero no quiero mas que poderme colocar cerca de esa muger celestial, para admirarla y rendirla veneracion como si fuese un ser divino.

—Muy entusiasmado hablais!

—Sí, doctor... Y no creas, es una hija del pueblo... es como tú.

—Doble satisfaccion me cabe. Así se convencerán de que la naturaleza es la verdadera madre y preceptora de todo ser perecedero, y que lo que ella dispone no hay poder, orgullo ni vanas consideraciones, que lo combatan ni hagan retroceder.

—Ella tiene aglomerada en su cabeza una combinacion de circunstancias, que no me ha querido revelar aun, y entre las cuales se mezcla tambien la suerte de mi César. A este, ha confesado que lo ama con ternura, con un afecto maternal, y me ha jurado nada menos que colocarlo en el sólio de Ravensberg.

—Eh! eso es ya una quimera!... Cómo es posible que lo consiga una muger sola?... Cómo derriba los derechos que alegue la duquesa? Qué puede madama de Korvei presentar al pueblo para reemplazar al hijo de Ludomilia? Cómo contrasta la leocracia de la plebe, si llega ese caso, en favor de un bastardo de ilegítima procedencia, aun cuando sea hijo de esta misma Ludomilia?... Eso no es posible. El que lleva en su seno pasará por hijo del duque, y en la alternativa, mas se decidirán por el primero que por el segundo.

—Esas mismas reflexiones le he hecho á la marquesa.

—Y qué os ha contestado?

—Se ha sonreido.

—Mucha confianza, ó mucha ignarancia posee.

—Yo estoy por lo primero.

Un page entró á anunciar, que el señor Frugoni deseaba hablar á monsenor Leonelo.

—Que pase.

El genovés se presentó con capa y espuelas.

—Qué traes? Le preguntó Leonelo.

—Traigo: contestó secamente.

—Habla.

—No puedo.

—Por qué?

—Porque no puedo.

—Quién te lo impide?

—Monseñor, os digo que no puedo.

—Ah! ya comprendo! Doctor, tened la bondad de pasar al otro gabinete.

Orseolo obedeció sin replicar.

—Qué tenemos, Frugoni?

—Sabeis, monseñor, que me dais unas comisiones divertidas?... Voto á brios que si no estuvieran en armonia con mi carácter...

—Por eso te las elijo. No conoces que en eso está el mérito del que dirige cualquiera empresa? Cada cosa para lo suyo.

—Y es verdad.

—Habrás tenido que andar á cuchilladas tal vez, y por eso...

—Poco menos... porque en nada estuvo que me descubriesen...

—Pero no ha sucedido, eh?

—Oh! nó... porque yo soy tan ligero de piernas como fuerte de brazos.

—En fin, qué has visto?

—Lo de siempre. Llegó mi hombre en la barca... Saltó en tierra, la puerta de la verja estaba entornada... pasó el jardin... entró por la puerta interior... y volvió á salir al amanecer.

—Y por qué dices que por poco te descubren?

—Toma, porque al pasar él cerca de mi escondite, por un movimiento involuntario que hice, agité algunas ramas. Él que lo oyó, se para, y luego se dirige al sitio con la espada en la mano diciendo: «quién vá?» A mí me hubiera sido fácil despacharlo allí mismo, pero por

no traspasar vuestro precepto recurrí al recurso de los cobardes. Me tiré á tierra... y así cuando mi hombre llegó no vió á nadie.

—Hiciste hien. Matar á ese hombre no lo considero difícil, pero la marquesa de Korvei se opone á ello... Sus razones tendrá... y yo acato y reverencio la menor insinuacion de esa muger adorada.

—Sea lo que querais... Pero yo me retiro á descansar que he pasado mala noche.

Frugoni salió y á poco volvió el page.

—Su alteza real el gran duque, os manda comparecer á su presencia en el momento.

El page se retiró.

—Tan temprano! esclamó Leonelo... Alguna novedad ha ocurrido... Vamos allá. Y llamando á su ayuda de cámara se vistió con elegancia.

Orseolo habia vuelto.

—Sabes que el duque me llama con mucha prisa? le dijo mientras se vestia.

—Querrá tener con vos alguna entrevista particular. Id prevenido, presumo que no es asunto de política de lo que va á trataros.

—Veremos.

Leonelo concluyó y salió en direccion á la cámara de Othon.

El duque se encontraba solo y entregado á profundas reflexiones, paseándose á lo largo de la habitacion, cuando el ugier le anunció lo presencia del enviado de Ferrara.

—Que pase, dijo con adustez,

Leonelo se paró en el dintel de la puerta, y al encontrarse sus ojos con los de Othon, conoció que el duque tenia en su interior una pena grande y repentina, que le obligaba á llamarle.

El duque estaba en estremo pálido.

—Sentaos, señor conde.

Prorrumpió Othon con cierta severidad, que en vano pretendia disimular.

—Obedezco á vuestra alteza real, respondió Leonelo con desembarazo.

—Os he hecho venir aquí, para consultaros sobre un asunto harto espinoso. Informado, y cierto de vuestro talento, quiero que deis vuestra opinion como caballero y hombre de estado.

—Espero que os espliqueis, señor.

—Vuestra presencia ahora en la corte de Ravensberg, tiene un carácter, al parecer, franco y comprensible. Venís como enviado estraordinario de un soberano amigo, y esta distincion que merezco de su alteza real el duque de Ferrara, me envanece... Pero, mi querido conde. Me dareis placer aclarándome, por qué morásteis tantos dias antes en mi palacio bajo el incógnito de escudero?

Leonelo se sorprendió momentáneamente, pero pronto contestó sin inmutarse.

—Eran asuntos particulares, señor, los que me trajeron á Ravensberg.

—Pero asuntos reservados quizá.

—Entonces... sí, ahora...

—Ahora no?...

—Oh! lo mismo... Pero advierto una cosa... y perdóneme vuestra alteza real. Me dijísteis, señor, que me llamábais para consultarme y noto que es, hasta ahora, para interrogarme sobre lo pasado... y en cosa que no me concierne á mí solamente.

—Porque de vuestras respuestas pende lo que tengo que consultaros. Y ya que vuestros negocios anteriores fueron, como decis, reservados, voy á manifestaros, porque entre caballeros debe haber franqueza, y el honor prescribe el secreto... aun que no han estado tan ocultos los vuestros que no hayan llegado hasta mí.

Leonelo miró con algun asombro al duque, sin demostrárselo, y sí disimulando con una sonrisa irónica porque Leonelo era hombre que no se dejaba sorprender tan fácilmente.

Un nuevo incidente vino á ayudar á su serenidad.

El ugier se presentó con un pliego cerrado.

—Para monseñor Leonelo, conde de Polesino.

—Quién le envia esto? preguntó Othon.

—El secretario particular del señor conde, monseñor Orseolo, que queda á la puerta esperando el resultado.

—Bien; decidle que le doy por recibido, contestó Leonelo.

—Señor, me ha prevenido vuestro secretario que leais el sobre.

Leonelo miró, y advirtió que decia: «urgente.»

—Señor, me permitirá vuestra alteza real unos cortos momentos?...

—Leed... contestó el duque.

Leonelo vió que decia:

«El gran duque sabe vuestras relaciones pasadas con Ludomilia... para eso os mandará llamar. No negueis nada pues es infructuoso. Omitid solo aquello que pueda ofender la delicadeza de Othon... Por la carta que el duque os mostrará de la duquesa, sabreis el objeto que la ha movido á revelar á su marido tal secreto.»

«Habladle de vuestro hijo, y decidle que está en mi poder... Yo nada le he participado de esto último porque quiero que seais vos el que se lo anuncie... pero no paseis de eso, cuidado.»

Leonelo con una serenidad é indiferencia admirable dobló el pliego, y guardándolo en la escarcela, se volvió al ugier, que aun permanecia á la puerta.

—Decid á mi secretario que luego se despachará.

Un pliego de mi noble señor el duque de Ferrara... Me participa que pronto tendré en mi poder los pormenores del tratado de Leon X con el emperador para que lo ponga en conocimiento de vuestra alteza real. Estos serán, devolver á los estados de la iglesia Parma y Plasencia; arrojar á los franceses de Milan y colocar en el trono de ese ducado á Francisco Sforcia hijo de Ludovico el Moro. Todo está ya mas que previsto, y Alfonso de Ferrara no debe descuidarse con el pontífice,

pues aunque este lo halaga, aunque á mí en su nombre me ha dado en Roma á besar la mano y me ha colmado de atenciones, el Papa es codicioso y uno de sus sueños de ambicion es Ferrara... Fortuna que Alfonso está prevenido y no le cogerá de sorpresa... porque yo se lo he dicho.

Othon escuchaba con cierto respeto, las palabras de Leonelo.

—Y es un dolor, continuaba, que Leon X sea tan amigo de aumentar su lujo y profusion acosta de otro, porque es un pontífice, que sin esto, daria un lustre escelso á la silla de San Pedro... Pero le auguro muy poca vida... Casi estoy por asegurar que no sale de este año.

—Conde!... esclamó Othon sorprendido.

—Oh! Los Papas que quieren abarcar tanto como Leon X duran poco... Se acortan ellos mismos la vida con tan asiduo afan.

—Mas Leon es jóven aun.

—Sí... cuarenta y cuatro años... Pero nos separamos de la conversacion que teniamos... y hace ya rato que estoy á la disposicion de vuestra alteza real. Continuemos, si gustais, señor.

—Os dije que vuestros asuntos particulares, los que os habian traido á Ravensberg, no estaban tan reservados que yo no hubiese penetrado algo de ellos.

—Pido sobre esto una aclaracion á vuestra alteza real.

—Primero quiero haceros una pregunta.

—Decid.

—Qué debe hacer un hombre de honor sí obedeciendo á los preceptos de este, á lo que prescriben sus obligaciones, se entrega descuidadamente, aun contra su voluntad, en unas manos que, lejos de apreciar su sacrificio lo venden y engañan?... Hay mas; que siguen burlando su confianza y haciéndolo un objeto de escarnio y de desprecio quizá.

—Vengarse, señor... porque esa ofensa, tal como la

pintais, no merece perdon.

—Está bien: Leed entonces esta carta.

Leonelo, con serenidad, á causa de la prevencion que acababa de hacerle Sofia en el escrito que le trajo Orseolo, abrió la carta que le dió el duque y leyó para sí.

Othon se admiró al notar su tranquilidad.

—Y bien qué me decís de eso conde de Polesino?

—Qué quereis que diga al ver la confesion de una mujer que declara su falta cuando ya es irremediable? Esta culpa es solo suya porque yo he sido engañado por ella como vuestra alteza real.

—Vos!!

—Yó... Si señor... Esa muger... porque para vos y para mí en el caso que nos hallamos, añadió Leonelo con energia, desaparece la duquesa de Ravensberg, la hija de los Médicis, y no debemos ver mas que una muger... Esa muger, repito, bien por ignorancia, timidez ó liviandad, ya veis que ha faltado á una obligacion austera contraida conmigo, al deber de madre y á los preceptos de amante, destrozando el corazon de un hombre que le ofrecia su mano, y cuyos votos acogió hasta el estremo que sabeis... Pero ella lo olvidó todo y atropellando las consideraciones mas respetables, me ocasionó unos dias de amargura y desesperacion tales, que hubiera preferido que la muerte los hubiese terminado.

—Con que tan infeliz os hizo su himeneo conmigo?

—Sí, duque, porque la amaba y creí en ella como en mi ángel de ventura y felicidad.

—Y ahora, cómo la mirais?

—Con indiferencia, porque su ingratitud hácia mí y su hijo, ha producido un desengaño saludable, apoyado en la conviccion y en la imposibilidad de una correspondencia.

—Entonces, qué objeto os condujo á Ravensberg de incógnito?

—El de reconvenirla, el de hacerle ver su infame conducta y exigirle, en la apariencia, una posicion pa-

ra su hijo, correspondiente á la clase de los que le dieron el ser... Viví oculto, porque, como ahora, hubiera despertado recelos, y á favor del disfraz he podido permanecer, convenciéndome de su indiferencia, sin infundir sospechas.

—Y ella, qué os ha contestado en fin?

—Me pedia á su hijo, sin duda para entragarlo á manos mercenarias, y que el infeliz viviese ignorado sin saber nunca quienes fueron sus padres.

—Y ese niño, dónde existe ahora?

En poder de la mujer que adoro, por su virtud, talento y cordura... De la que es el ídolo de Ravensberg y lo será eternamente de mi corazon... Lo tiene la marquesa de Korvei sabedora de todo.

—Amais á Sofia!!!

—Sí, la adoro, os repito. En esto, señor, creo seguir el precepto de Dios, que secretamente me lo prescribe.

El duque inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó un rato pensativo.

—Oh! lejos de mí, esclamó maquinalmente, estas ideas quiméricas y absurdas. Yo nací para padecer los efectos tristes de la fatalidad... A donde quiera que he fijado mi vista para marcar un paso de mi vida, siempre he encontrado abrojos en vez de flores... contratiempos y obstáculos en lugar de una senda fácil y halagüeña... Está visto... nací para padecer y no gozar.

Un profundo silencio reinó entre los dos unos cortos instantes.

—Escuchad, conde: fiando en vuestro honor y palabra, yo creo que el trato vuestro con Ludomilia de Médicis habrá sido, hasta aquel punto, el que las leyes de caballero os prescribieron, despues presumo que habreis tenido en cuenta que era la duquesa de Ravensberg... Esta persuacion, y la confianza de que estando Sofia mezclada en ello no habrá sufrido menoscabo alguno mi honor, es lo que salva vuestra cabeza.

Leonelo hizo un movimiento de sorpresa.

—Sí, vuestra cabeza; porque aunque sois representante de Ferrara, las leyes del honor en todos los paises son iguales, y el cumplimiento que exigen alcanza á todas partes. Las prisiones de Ravensberg, guardan en sus muros lo mismo al noble que al plebeyo, y el hacha del verdugo corta igualmente la cabeza del alto noble, como la del humilde pechero. Es la diferencia que á vos os la hubiera cortado en secreto en vuestro calabozo, y despues yo la hubiera enviado lo mismo á vuestro amo, con un rótulo que dijese: «por adúltero al duque soberano de Ravensberg» y creo que el de Ferrara habria respetado mi justicia, porque la causa que está sujeta á ella es estensiva á todos los reinos... y á todos los potentados.

Leonelo entrevió demasiado el carácter justiciero de Othon, al través de la bondad y dulzura que le caracterizaba.

—Pero como, repito, continuó el duque, estoy persuadido que habreis obrado en sentido opuesto, no debo abrigar contra vos resentimiento alguno, porque, efectivamente, si vos ignorábais el himeneo de Ludomilia conmigo, fuisteis engañado como yo. En cuanto á las causas que impulsaron á esa muger infeliz á darme la mano, bien fuese por precepto paternal, ó por orgullo, de todo hay menos amor ó inclinacion hácia mí... y auque se queja de mi indiferencia, esta, al producirse por una causa oculta y poderosa, parece que ha sido guiada por esa Providencia sábia que prevee lo venidero, y lee en el corazon de las criaturas hasta sus mas ocultos sentimientos... Ahora bien: Hé ahí el consejo que os insinué al principio. A nadie puedo ni debo pedírselo en este caso mejor que á vos. Qué os parece que haga con esa muger? Hablad, segun os dicte vuestra conciencia.

El duque calló esperando respuesta.

Jamás podia imaginar Leonelo que los acontecimientos se hubiesen rodeado de tal modo que la suerte de Ludomilia estuviese á su arbitrio. Que se hallase colocada en su mano de tal manera, que en el abrirla ó cerrarla,

dependiese hasta la vida de la muger inconsiderada, de la muger orgullosa, ingrata y perjura, que así habia atropellado su fé y el cariño de su hijo. Una palabra suya bastaba, una sola. Menos que una palabra: poner mudamente en manos del duque la carta que Ludomilia escribió al Papa, pues aunque para el entender de ella ecsistia este escrito en poder de Leon X, no era así. La segunda carta mandada por la duquesa á su tio, no llegó, porque el enviado quedó en el camino á poco de salir de Ravensberg. Ya aclararemos esto á su tiempo.

Leonelo á pesar de su justo resentimiento, ni podia traspasar los límites de su deber como caballero, ni desobedecer lo que Sofia le acabara de prescribir en el aviso que recibió de ella. Sus frases estaban muy terminantes. «Omitid todo lo que pueda ofender la delicadeza de Othon. Habladle de vuestro hijo. Decidle que está en mi poder... pero no paseis de eso, cuidado.»

Esto no dejaba duda, para comprender que la marquesa queria que se le ocultase al duque el tráfico de su esposa con Luitzpoldo.

La carta de Ludomilia al duque revelándole el secreto de Leonelo, aunque redactada en estilo harto humilde, aunque demandaba el perdon del duque y confesaba que ese era el crímen á que aludia el pontífice en su epístola á la duquesa, encerraba un fondo de animosidad y siniestra intencion contra Leonelo, que no dejó de comprender este... Pero á pesar de todo, la voz del honor y del mandato de la marquesa podian mas en él que todos los estímulos que le impulsaban contra Ludomilia.

Un nuevo accidente lo desconcertó todo.

El duque mientras esperaba la respuesta de Leonelo, se puso distraido á tocar la carta de su esposa que tenia sobre el bufete y á repasar algunos de sus renglones. Cuando volvió involuntariamente la hoja de la cuarta llana, que anteriormente no habia reparado, vió en ella unos caracteres no leidos por él aun.

Los recorre rápidamente, y soltando una esclamacion dolorosa se cubrió el rostro con las manos.

Tan imprevisto caso hizo volver á Leonelo de su estado de meditacion, y clavar sus ojos en el duque con admiracion y sorpresa.

—Qué os ha dado, señor? preguntó á Othon... Acaso esa carta fatal... Habeis hallado en ella un nuevo motivo de tormento?... Permitidme...

Leonelo iba á cogerla, pero Othon deteniendo su mano con ímpetu estraordinario, prorrumpió fuera de sí.

—Deteneos. Qué haceis? Vais á leer la sentencia de vuestra muerte?

—De mi muerte!!! Acaso una nueva delacion!...

—No... no es delacion. Es la confirmacion de mis sospechas... De unos recelos que no podian menos de estar justificados por la conviccion mas forzosa y necesario... por una necesidad incontrastable.

—Pero permitidme, señor, que me entere de lo que dice además esa carta.

—Para qué? Creeis que lograreis desvanecer lo que mi corazon de antemano habia previsto!... No es posible... Yo debo padecer los crueles efectos de mi conducta... La providencia ha dispuesto una venganza revestida del sagrado carácter de su justicia. Las causas son regidas por ella... Este es un juego en que el destino nos tiene á todos á su disposicion... Cúmplase el de cada cual, y á su vez vayamos pagando una deuda que en vano pretendemos con todas nuestras fuerzas contrastar... La predestinacion es la que nos conduce, y oponerse á ella es un absurdo tan vano como infructuoso.

—Pues, bien, señor, aunque yo aparezca tan criminal que merezca vuestro severo castigo... Aunque mi cabeza sirva aquí mismo de trofeo á vuestro resentimiento, y mi sangre para apagar la llama de vuestra cólera... os suplico, encarecidamente, que me dejeis leer esos funestos renglones que tanta impresion os han causado.

—Lo quereis, conde?... repuso Othon mirando convulsivamente á Leonelo.

—Hay mas, lo anhelo, señor.

—Tomad... y no os quejeis luego de mi.

Leonelo leyó:

«He vacilado un momento, señor, antes de decidirme á confiaros lo que voy á deciros, porque sé que avivaré mas la úlcera que he abierto en vuestro corazon. Leonelo se presentó disfrazado en Ravensberg, para hacerme faltar de nuevo á mis deberes. Instó, suplicó, amenazó para conseguir mi correspondencia otra vez, Por último, se valió del ascendiente que un hijo tiene sobre una madre, para proponerme la fuga, echarme á los pies del pontífice, anular nuestro matrimonio y enlazarme con él. Yo resistí, cuanto mi deber me dictaba... Ahora ha vuelto á aparecer como enviado de Ferrara... meditad lo que debeis temer y hacer con él.»

—Detestable maldad!... Esclamó Leonelo fuera de sí. Mujer inícua, y perjura á todas sus obligaciones!... Asesinó la intachable reputacion de un amante inocente, y ahora asesina la de su marido, con imposturas y falsedades.

—Qué decís!!...

—No mas, duque. El estado en que se halla esa muger, la hace invulnerable á los efectos de mi justa venganza y de vuestra sagrada justicia. Cualquiera paso que yo dé ahora para mi justificacion, y vuestro desagravio pareceria imprudente, inconsiderado y hasta despiadado. Nuestra causa desde este dia es una solamente.

—Cómo una? prorrumpió el duque con asombro!... Acaso vuestros derechos son iguales á los mios?... Puede haber de comun nada entre nosotros en este caso?...

—Lo hay... sí, lo hay y yo os lo haré ver muy pronto... En cuanto la duquesa salga de su cuidado. Entretanto tomad mi espada, y me entrego desde este momento á vuestra disposicion, para daros esta prueba de seguridad hasta el tiempo que os he aplazado.

—No la necesito. Me basta vuestra palabra de caballero.

—Os la doy solemnemente. Sí os pido, que esto no salga de esta cámara, señor... pudiera destruir mi vindicacion y vuestro desengaño.

—Descuidad.

—Voy á desobedecer en ello á la muger que amo, pero espero que ella me perdonará. Voy á disgustar á ese ángel de bondad y beneficencia, que me tenia prescrito respetar vuestro sosiego y tranquilidad. Mas estoy acusado indignamente y todos los medios son ya lícitos para justificarme. He obrado hasta aquí como caballero... ahora lo haré como amante burlado y hombre ofendido.

Leonelo hizo al duque las aclaraciones suficientes sobre sus relaciones pasadas con Ludomilia, de lo que sabia por Sofia respecto á la libertad de su hijo, y de que su amor é la marquesa era un secreto que él guardaba en su corazon, engendrado solo por los méritos y virtudes que notaba en ella.

Despues de reiterar á Othon el cumplimiento sobre el silencio convenido entre ellos, salió de la estancia del duque y se retiró á la suya.

XXIX.

El natalicio: despues de él.

La intencion de Ludomília en la carta enviada á su marido ya se ha manifestado. Alejar de él toda sospecha que pediese recaer en Luitzpoldo, haciendoselas concebir por Leonelo, y que de sus resultas lo retirase con disimulo de Ravensberg, librándose ella así de un enemigo á quien con tanta razon debia temer.

El plan no podia estar mejor combinado, pero la marquesa de Korvei le salia siempre al paso á Ludomilia. Constante é incansable vigilante de lo mas leve que ocurriese, si cuando Ludomilia estaba en palacio ascaseaba sus visitas á Othon, ausente esta de él, eran pocos los momentos que se separaba del duque.

Su actividad y cuidado se demuestran, en que el dia de la audiencia escuchó detrás de una de las puertas

del salon, todo lo que pasó en él, y fué la que arrojó á Othon la hoja del libro de momorias con el aviso. Othon en cuanto recibió la carta de Ludomilia, despues de leerla, se la entregó en seguida á la marquesa, para que se enterara y le dijera su parecer.

El duque á la impresion que le causó su contenido, queria mandar prender al conde de Polesino, pero Sofia le hizo ver que ese era un paso tan escandaloso como imprudente. En aquellas circunstancias los ojos de todos los cortesanos estaban fijos en el enviado de Ferrara, y no podia presentarse un motivo ostensible y legal, que disfrazase una accion producida por un arrebato de celos, si bien justo en su esencia, y tan natural en su orígen.

Pidió su dictámen á Sofia, y esta le dijo que lo mas acertado era hablar á Leonelo, presentarle la carta y pedirle aclaraciones sobre ella.

Nunca pudo imaginarse la duquesa que tomase tal giro su proyecto. Giro raro y fuera de todo cálculo. Lo mas prebable era que el duque hubiera callado lo de la carta y su contenido, obrando con sigilo y prudencia en asunto tan delicado. Que Leonelo hubiese sentido el golpe antes que el amago... que Othon, por su propia delicadeza, aun cuando Leonelo le pidiese una aclaracion sobre su conducta con él, con cualquiera evasiva disfrazase el verdadero motivo que le impulsaba.

El duque, en parte, se resistia á mostrar la carta á Leonelo y tener con él semejante conferencia. Su repulsa dimanaba en que creia así ajada su autoridad como soberano, como esposo y como hombre. Pero la marquesa le hizo ver que hay casos en que el hombre, por encumbrada que sea su clase, no debe desdeñarse de esclarecer la verdad, y mucho menos un soberano, pues Othon en aquella causa, tenia que comportarse mas como juez que como marido ofendido, siendo así que debia procurar alejarse de toda animosidad ni prevencion que pudiera alterar el curso de la justicia depositada en su mano.

Othon se venció y accedió á lo que Sofia quiso, tal era el ascendiente que tenia sobre él, y ella avisó á Leonelo entonces por conducto de su secretario como hemos visto.

El conde de Polesino canoció desde luego la solapada idea de Ludomilia, que era tomar la represalia de su conducta en el salon de la embajada. Pero lo que mas impresion le hizo, fué el que tratara de alejarlo de allí, tanto por su hijo, como porque lo separaba de la marquesa de Korvei. Leonelo habia vuelto á Ferrara y á Roma, para tornar á Ravensberg tal como era, y poder ofrecerle algun dia á la marquesa su corazon y su mano.

Si esta circunstancia hubiese influido en Ludomilia, se lo hubiera participado, pero se hallaba harto convencido de que esta lo aborrecia ya, y así poco podia importarle el que amase á otra muger.

Por otra parte, él nada habia declarado á la marquesa tampoco, aunque sobradamente, se lo dió á entender en varias ocasiones.

El baron de Colemberg, constante en sus obsequios á Sofia, y sin abandonar su esperanza, trabó una amistad estrecha con Leonelo. Despues de haberse disculpado de mil modos con él sobre su conducta anterior, se le ofreció con todo lo que él valia al alto enviado de su alteza real el duque de Ferrara.

Leonelo lo escuchaba y atendia por dos motivos: primero, porque de lo que el baron le contaba de palacio, sacaba algo de provecho; y segundo, que lo tenia como á un objeto de diversion y entretenimiento.

La decision de Leonelo hácia Ludomilia era irrevocable. Se hallaba ofendido estremadamente de ella, cuando él se habia conducido generosamente con una muger tan inconsecuente... Cuando por ella hasta sufrió el pesar de ver incendiada su casa y creer muerto á su hijo... Cuando, en fin, olvidando y atropellándolo todo, habia puesto su amor en otro hombre, y no satisfecha aun iba á coronar su ingratitud haciéndole sospe-

choso á su marido, á acarrearle su odio y hacer que, cuando menos, lo desterrase de sus estados, comprometiendo su nombre y dignidad. Todas estas acciones formaban un conjunto poderoso, que obraban con mas fuerza en su corazon que su generosidad y tolerancia.

Concibió su proyecto: y para no tener que temer la desaprodacion de la marquesa, su repulsa ó sus súplicas, ni aun le dijo nada de él.

Al dia siguiente de la entrevista de Othon y Leonelo, que fué al tercero de la presentacion de este en la corte, un aviso que llegó de la quinta del Recuerdo, participó á Othon que su esposa habia dado á luz aquella mañana, un heredero á la corona de Ravensberg.

En efecto, Ludomilia se habia retirado del salon de embajadores indispuesta, tanto por la sorpresa que le causó ver á Leonelo en el enviado de Ferrara, cuanto por la conversacion tan acalorada que ella tuvo despues con su esposo.

Othon recibió la noticia del alumbramiento de Ludomilia, con disgusto y consternacion. Sofia con pesar y zozobra... La corte con alegria y el pueblo, no con el entusiasmo que muchos esperaban.

El gran duque, para cumplir con las etiquetas que tal ocurrencia exigia, se trasladó inmediatamente á la quinta, con la mayor parte de su corte. Leonelo y monseñor Orseolo fueron de los del séquito

La gran duquesa estaba rodeada de sus damas de honor. Pero una vestida de negro y sentada á la cabecera de su cama, llamó la atencion del gran duque al entrar en la alcoba.

Era la marquesa de Korvei, que se trasladó en su coche á la quinta, sola con Richsa, en el momento que el duque le participó la nueva.

Othon al conocerla, y principalmente al verla en aquel trage de luto se consternó de tal modo, que apenas acertaba á preguntar á su esposa como se sentia.

Leonelo y monseñor Orseolo, que entraron solamente con el duque, notaron esta conmocion en él.

Ludomilia no se ocupó tanto de ella, porque al ver á Leonelo, fijó en él su vista con estrañeza y admiracion.

Leonelo sonrió malíciosamente, al encontrarse sus ojos con los de la duquesa.

—Doctor, dijo Leonelo á Orseolo, con permiso de su alteza real el gran duque y sin que se ofendan los físicos de cámara que están presente, interponed vuestra sábia inteligencia con su alteza real la gran duquesa... Es el estudio á que mas se ha dedicado en la medicina el doctor. Su primer ensayo lo hizo hace catorce años en el palacio de Ferrara... Os acordais, doctor? En la cámara oscura.

—Sí, sí... ya me acuerdo: contestó prontamente el doctor con severidad.

Este se acercó al lecho de la duquesa y la tomó el pulso.

—Su alteza real necesita quedar sola, añadió. El recogimiento y el silencio le son de suma necesidad... Mandad despejar, señor, dijo dirigiéndose al gran duque, y que se queden con sa alteza real solo los doctores de cámara. La vida de la gran duquesa pudiera peligrar.

Inmediatamente fué ejecutado el precepto del doctor.

—Por qué habeis hecho eso? preguntó Leonelo á Orseolo al salir.

—Quereis matarla, monseñor? Ha sido una imprudencia cruel recordarle delante de su marido la noche funesta en que dió á luz vuestro hijo en el palacio de Ferrara... Su estado es muy crítico ahora... y yo no os tengo por asesino de una infeliz muger, monseñor.

Leonelo á estas reflexiones del doctor, enmudeció, penetrándose de la importancia de ellas.

Othon, la marquesa, Leonelo y los cortesanos, permanecieron en la quinta los dias que la duquesa estuvo en cama. Sí notaron Leonelo y Sofia, que Luitzpoldo en ese tiempo no se dejó ver por allí.

Leonelo, además de estar informado por Frugoni del modo que tenia Luitzpoldo de visitar á la duquesa, se propuso una noche, cuando ya esta iba á abandonar el lecho, ver por sí mismo la verdad de ello.

Aquella tarde se propuso dar un paseo á caballo, solo, por las campiñas de Ligen... y en la ribera del rio vió varias barcas de pescadores. Ninguna ofrecia á su parecer motivos de sospechas, á pesar que las examinó con detencion.

Vuélvese para la quinta, y cerca de ella, en una pequeña ensenada que habia en la márgen del Ems, divisa amarrado un barco pequeño, diferente de los demas que navegaba por el rio. Pero no babia persona alguna á quien preguntar para informarse.

Ya no duda que aquel era el barco que él buscaba.

Vuelve á donde estaban los de los pescadores y les alquila uno de los suyos para aquella noche con un pretesto falso.

A la hora que le pareció oportuna se dirige al lugar donde mandó al pescador que lo esperase, entra en el barco y se situa á corta distancia del otro, de modo que no pudiera ser notado.

Media hora no habria pasado, y ve llegar á tres hombres; dos á caballo y uno á pié.

Uno de ellos se apea, y el que venia á pié entró entretanto en el barco á prepararlo para marchar. El que se quedó montado se marchó, llevándose el caballo del que se apeó, despues de hablar can él algunas palabras.

Entraron los dos restantes en la barca y se dirigieron á la quinta.

Leonelo los siguió á una distancia proporcionada, porque la noche estaba oscura.

Cuando el barquichuelo de los primeros se aproc-simó á la quinta, uno de los hombres embozado saltó en tierra, abrió con una llave la pequeña puerta del cercado del jardin que caia al rio, y entrando por ella volvió á cerrarla. El otro permaneció en el barco.

Leonelo hizo lo mismo. Serían las dos de la noche.

Ya cerca del amanecer volvió el embozado, se embarcó, y tornando al sitio anterior, ya el de los caballos estaba esperándolo. Montó en uno de ellos y los dos desaparecieron.

Infinitos proyectos cruzaban por la mente de Leonelo. Pensó sorprender al barquero que quedó amarrando la barca, arrancarle con la daga en la mano el secreto, pero reflexionó que era una imprudencia, porque el barquero no podia decirle otra cosa que el nombre del que iba á la quinta en su barco, y eso lo sabia Leonelo demasiado.

Haber penetrado detrás del embozado en el jardin, tampoco era acertado, porque el que quedaba en la barca lo hubiera notado, y participándolo despues al otro, inutilizaba el plan que él proyectaba para lo sucesivo.

Por entonces se limitó á lo visto aquella noche solamente.

. . . . . .

Dos meses hacia desde el nacimiento del nuevo hijo de Ludomilia y aun no se habia pensado por el duque en darle nombre á su supuesto hijo. Siempre que Othon hablaba de esto á Sofia, procuraba esta dilatarlo con escusas y pretestos. El duque queria que la marquesa de Korvei fuese la madrina del recien nacido, y esto puede calcularse que seria un paso harto repugnante para Sofia, y el cual procuraria retardar todo lo posible.

La duquesa apremiaba al duque sobre el bautismo del niño, y la corte empezaba á murmurar de aquella tardanza.

Leonelo la celebraba interiormente, porque en cierto modo ayudaba á la ejecucion del plan que estaba preparando.

El duque mismo estrañaba la lenidad de Sofia y empezaba á entrar en cuidado, cuando Leonelo se le presentó y le dijo:

— Señor, esta noche á las doce vendreis comigo don-

de os satisfaceré de la acusacion que vuestra esposa me ha hecho en su carta... Ya es tiempo que la verdad se manifieste en todo su esplendor... Terribles son las pruebas que voy á presentaros... Pero la suerte de Ravensberg está íntimamente unida á ello tambien. No me acuseis de la tardanza, pues para obrar así en materia tan delicada, necesitaba poder dar el golpe con toda seguridad... atar todos los cabos. Vendrá vuestra alteza real?

—Aunque no mediase la vindicacion vuestra, conde, me habeis dicho que la ventura de mis estados está interesada en ello, y me basta. Ha de acompañarnos alguno mas?

—Sí, yo llevaré dos hombres de mi confianza. Id embozado en vuestra capa.

—A las doce?

—A las doce: tendremos dos caballos á la salida de la poblacion, camino de la quinta del Recuerdo. Yo os esperaré para acompañaros, á la puerta de palacio.

—No, pudiera infundir sospechas mi salida... Esperadme con los caballos en la poterna del Castillo del Aguila Negra. Saldré esta tarde, y me quedaré en él hasta lo hora de vuestra cita.

—Escuso recomendar á vuestra alteza real el silencio anterior.

—Sé que estas cosas necesitan precaucion y disimulo.

El duque pasó todo el resto del dia en una ansiedad cruel. Conjeturas á cual mas sombrias herian su imaginacion, destilando en su corazon la ponzoña de la amargura y el dolor. Imágenes espantosas de recelos y dudas funestas!... Fantasmas tétricos, que reproducian todo el tormento que engendran, no los celos, sino el pundonor ajado, burlado y hecho juguete de un tráfico vil... Sentia el poder de ese ídolo invisible, poderoso é influente, á quien el hombre honrado rinde adoracion, á quien todo lo sacrifica, por quien todo lo pospone, pierde y aventura... Su estabilidad, su posicion, su porvenir y hasta la existencia. El honor man-

cillado en fin, pasaba por su memoria, por delante de los ojos de Othon, pero cual un fantasma de destruccion, y luto, cubierto en un sudario salpicado de sangre, envuelto en una nube roja y de lúgubre aspecto... Parecíale que retumbaba en sus oidos, el rumor sordo y espantoso que ha de producir la voz aterradora del ángel del juicio, cuando llame á los hombres ante el inecsorable y justo juez.

Atrayendo á su mente las palabras del conde Polesino, el emplazamiento que le acababa de hacer, no veia en él nada lisonjero y favorable para su porvenir. Para vindicarse el conde, para desvanecer los cargos que Ludomilia habia formulado bajo su firma, eran preciso pruebas mas fuertes, testimonios mas poderosos aun, y estos no podia adivinar Othon cuales serian, aunque su corazon los auguraba infaustos.

Porque á qué fin ir á buscar esos datos en la quinta del Recuerdo, á media noche y disfrazados? Es evidente que yendo asi se trataba de una sorpresa, y no de tener una entrevista con la gran duquesa, donde Leonelo pudiese refutar los cargos que ésta le hacia en la carta dirigida á su marido.

El dia y el principio de la noche, hasta la hora marcada por Leonelo, fué para Othon el tiempo mas dilatado de su vida. No quiso hablar ni aun con la marquesa, y en cuanto fué hora salió, solo, para el Castillo del Aguila, donde permaneció sumergido en la lucha que sustentaba.

La campana del reloj del castillo marcó las doce, y en seguida despidiéndose de Pedro salió por la poterna.

Pedro quiso acompañarlo á palacio, pero Othon se escusó diciendo que le esperaba abajo uno de sus gentiles hombres.

Indudablemente, Leonelo estaba en la poterna aguardándolo ya.

El duque á su vista no pudo dejar de sentir un movimiento involuntario... Su corazon latia con una fuerza tal, que le obligó á decir á Leonelo:

—Sabeis, conde, que mi corazon se resiste á acompañaros?

—Lo creo, señor, le contestó... No hay uno que nos vaticine lo que nos puede suceder con mayor sinceridad y fé que el corazon, á veces... Y sin embargo, el mio al ponerse el otro dia delante de vuestra alteza real, no presagiaba que me iba á calumniar la muger que tantas consideraciones me debe... porque yo confiaba en mi buena fé y comportacion con ella. Pero la fatalidad ó la suerte, hace que todo tenga término en el mundo. Lo tuvo su cordura, y ahora lo ha tenido mi tolerancia y sufrimiento... Y quizá lo va á tener vuestra tranquilidad, pero no me culpeis á mí... Yo obedezco á causa mas poderosa.

—Tentado estoy por no acompañaros, conde.

—Sentiré tener que deciros una palabra para obligaros.

—Cuál?

—Permaneced, señor, en el propósito que formásteis antes, y abandonaos en las manos del destino... En vano es que lo rechaceis, si él está empeñado en luchar con vos... No anticipeis sus efectos, ostigándolo y provocándolo con vuestra repulsa... Ved que soy un instrumento de que él se vale, para sus arcanos é inflecxibles determinaciones.

El duque montó en seguida á caballo, sin proferir una palabra. Cuando habia cabalgado, dijo secamente á Leonelo:

—A la quinta del Recuerdo.

Ese ser fantástico á quien llaman destino, y que los antiguos tenian tanta fé en su libro de bronce, donde estaba escrito lo bueno y malo, lo próspero y adverso, lo pasado, lo presente y el porvenir, no es otra cosa, á nuestro entender, que la marcha de los acontecimientos, regidos por las causas naturales, que tiene que sufrir todo el que exista en la sociedad... porque la lucha del hombre con el hombre, es inherente á su organizacion... nace indudablemente con él. La índo-

le, las ideas, la educacion y el talento, son auxiliares ó enemigos de esta contienda, cuyos efectos nadie puede alcanzar hasta que se manifiestan... en donde se prueba que el hombre vive para el mundo, no el mundo para el hombre... Previó Darío que habia de besar las plantas á Alejandro? Podia el sultan Bayaceto imaginar que desde su trono de diamante habia de servir de escabel á Temir, gran emperador tártaro, cuando este montaba á caballo, sacándolo para el efecto de una jaula de hierro donde lo tenia encerrado? Qué atadas las manos lo habia de colocar debajo de su mesa cuando comia, sin darle mas alimento que las viandas que le arrojaba entonces? Qué la desesperacion, en fin, por tantas injurias le obligase á suicidarse rompiéndose el cráneo contra los hierros de su jaula?...

Demostrado está en estos y otros ejemplos que todo ser perecedero está sujeto á las vicisitudes que el mundo encierra en sí... y que el destino no es mas que el curso natural de estas mismas vicisitudes.

XXIX.

El natalicio: despues de él.

La poterna del Castillo del Aguila Negra, se habia ya abierto varias noches á una hora avanzada, sin conocimiento del alcaide de la fortaleza y sí para dar entrada á un hombre desconocido, que embozado en su capa, estaba algunos momentos dentro y en seguida volvia á salir.

La noche precisamente en que nos hallamos habia ido como lo practicó la anterior. Daremos una idea de esto.

El desconocido llegaba, daba un golpe en la puerta y se introducia en seguida en el cuarto del escudero que tenia á su cargo la entrada aquella... No pasaba de allí porque su objeto entonces no era penetrar en el interior de la fortaleza.

Parte de la conversacion que tuvo aquella noche con el escudero fué la siguiente:

—Conque efectivamente, tú no has podido averiguar qué es lo que guarda el gran duque allá dentro?

—Os he dicho que no... Bien sabeis que mi encargo está reducido á guardar la puerta solamente.

—Ya lo sé... pero pudieras haber visto algo... conjeturar...

—Nada... Si lo hubiera visto os aseguro que lo sabriais, porque basta que la gran duquesa me lo haya mandado.

—Ya debes considerar que cuando ella se arrojó á venir hace dos noches conmigo á verte, le interesará esta declaracion.

—Lo supongo.

—Te ha tomado bajo su proteccion, y puede hacer tu suerte... sacarte del estado miserable en que aquí te ves hace tiempo. Ponerte en un auge, en una elevacion para ti desconocida. Servir así á los grandes señores, nunca es obra perdida, al contrario, es un camino abierto á la felicidad. Y si no, dime... Si el gran duque, por desgracia, muriera y la duquesa quedase regente del ducado, te pesaria el haberte decidido á su servicio?

—Oh! ya lo creo.

—Pues ese es uno de los casos que pueden sucederte, y de las ventajas ciertas que te reportará tu obra. Amigo mio, el que sabe vivir en este mundo debe inclinarse á donde saque mejor partido.

—Es verdad.

—Además, que aquí no se trata de ninguna infamia, de ningun crímen. La gran duquesa como muger y soberana se muestra resentida, porque su marido le guarde un secreto que sabe há confiado á otra y que ella procure saberlo, no es delito, antes al contrario, está en su deber y se lo dicta su misma queja, fundada justamente. Que ella procure conseguirlo por todos los medios posibles, tampoco tiene nada de particular.

—Yo á quien temo es á monseñor Pedro... No podeis presumir lo que respetan y temen todos aquí á ese

hombre... por lo cual dificulto que la gran duquesa pueda lograr su objeto.

—Oh! Tenga ella franca la entrada de esta fortaleza, que lo demás es menos.

El enmascarado se despidió del escudero, metiéndole al mismo tiempo en la mano unas cuantas monedas de oro.

En cuanto salió del castillo se dirigió á la quinta del Recuerdo.

La entrada le fué fácil hasta la misma habitacion de la gran duquesa.

—Está sola, Inmegarda? Preguntó á esta el enmascarado.

—Si señor... Aun es temprano para que venga el otro.

El incógnito se puso en presencia de Ludomilia, y quitándose la máscara apareció el príncipe de Marck.

—Solo por tí, querida sobrina, arrostraria yo los azares y peligros á que he hecho frente en los pocos dias que hace dejé mi castillo de Coimberk. Pero me llamastes con instancias... y efectivamente, conozco que necesitas de mis consejos y ayuda... Vamos á lo de ahora... El escudero Warlock, encargado de la poterna del Castillo del Aguila Negra, está propicio á franquearnos la entrada la noche que tú lo desees. El oro es la mejor llave para abrir todas las puertas.

—Eso es lo que anhelo... No sabeis cuánto es mi afan por descubrir lo que el duque guarda allí.

—En cuanto á las tropas suizas que mandaba Otocaro, todas, por mi destreza, se han desertado, y el mariscal volverá solo á Ravensberg, sin que pueda oponernos otra resistencia que su persona.

Los ludomistas, aunque al parecer abatidos, solo desean el momento oportuno para alzar la cabeza y mostrarse en todo su poder... Sus filas están aumentadas considerablemente, gracias á mis esfuerzos y constante afan.

—Bien... pero no me hableis de eso... habladme de mis asuntos...

—Y qué, estos no lo son? Luego llamas tuyos los puramente personales... ó mejor dicho los domésticos. Quién ha podido persuadirte á que los unos no están enlazados con los otros? Qué aquellos no son inherentes á estos?... Si no, calcula, reflexiona de que te ha servido hasta ahora llamarte duquesa de Ravensberg. Qué has tenido y tienes, mas que un título vano, una posicion falsa... una prerrogativa supuesta?... Qué eres ahora como esposa y soberana?... Nada. Qué has recibido como deber y holocausto de títulos tan sagrados y respetables? Desprecios, humillaciones, abandono! Tratarte por todos como la última persona de la corte! Verte aislada, menospreciada, hasta de tus cortesanos, consumiéndote de tedio y mortal tristeza en una retirada quinta! Dónde está Ludomilia de Médicis? La duquesa soberana de Ravensberg! Qué se ha hecho de aquella muger altiva y hermosa, que circulando por sus venas la sangre ilustre de los Médicis podia decidir con solo una mirada de un reino entero?... Dónde se vé ahora oculta que nadie se acuerda de ella y no existe mas que para la soledad ó el olvido? Acaso tan exenta se encuentra esta muger de recursos que no pueda alzar su frente otra vez imponente y orgullosa haciendo caer á sus plantas á sus contrarios?... Pues sí, es preciso que lo haga, por deber, por resentimiento y necesidad... Por secundar esta abyeccion miserable en que la han sumergido, para que deje de ser el ludibrio y la mengua de sus vasallos. Para hacer ver en fin, que si han podido menospreciarla indignamente, ella se eleva en medio de las sombras detestables de este abandono, y se levanta mas brillante, mas poderosa, mas temible aun.

A estas palabras el corazon de Ludomilia sentia animarse de furor y deseos de venganza.

—Repase esta desdichada, continuaba el príncipe, la série de los acontecimientos que le han sucedido desde que se unió á su marido... los hechos de estos últimos dias, y verá en ellos marcado el sello de la reprobacion, el sarcasmo y la humillacion. Juegan con sus sentimientos,

con su sensibilidad, con su suerte, tres personas poderosas, En el caso que la han puesto, no necesito repetírselo, lo que puede temer de ellos, tiemblo de recordarlo. El misterio que existe entre dos de estas personas, lo preveo mortal para esta muger... y sin embargo, la incauta no ha advertido que para cimentar este secreto, para cerrarla los labios y atar sus manos, la han ido conduciendo con doblez y malicia... con toda la perversidad imaginable, hasta hacerla caer en una falta criminal, para en su dia, si ella quiere levantar la voz y reclamar sus derechos tapar su boca. Ah!... Tarde, por desgracia viene á iluminar mi mente esta luz sombria para conocer estrategia tan infame. Ese plan hábilmente conducido, y que acredita hasta lo infinito la refinada política de la marquesa de Korvei...

Una llama eléctrica fueron las palabras del príncipe para la razon de Ludomilia: todo lo profundo de su infortunio lo vió de repente.

—Ah! me han vendido!...

—Sí, te han vendido inícuamente, pobre desgraciada!... Han traficado con la mayor ignominia con tu sensibilidad y tu resentimiento. Hasta con aquellos estímulos tan dulces é imperiosos que naturaleza inspira. Te sitiaron y aislaron... te cercaron al mismo borde del precipicio, para que no tuvieras otro recurso que arrojarte en él, para despues gozarse y reir en tus males. Han hecho lo mismo contigo que con el infeliz á quien encierran en un calabozo y le niegan el agua para despues presentársela emponzoñada y que no tenga otro arbitrio que tragar el veneno que va en ella, porque su necesidad es estrema é incontrastable. Te han vendido con efecto, pero tan bajamente, que no hay ejemplo de una maldad tan refinada y execrable.

—Oh! venganza!... venganza!...

—Sí, venganza... justa, indispensable, espiatoria!... Venganza que te dicta tu deber, tu honor atropellado... Cualquier pechero infeliz de la plebe levanta su cuchillo contra el que le ofende gravemente, y tú, duquesa sobe-

rana, hija de los Médicis, sobrina del primer soberano del mundo cristiano, te dejarás tratar así sin manifestar que tienes sentimientos? Qué posees un corazon bárbaramente herido?... No... no lo espero de tí. Me tienes para ello á mí: tienes á tus partidarios... y tienes por último los inmensos recursos que dicta la venganza, tu posicion te ofrece y el mundo te brinda. Empieza la obra por el cimiento. Echa este, fuerte, doble, indestructible, para sobre él levantar el edificio de tu venganza, grande, colosal, inmenso! Los medios serán crueles, pero mayor es la ofensa, mas terrible es el agravio que impúnemente te han hecho. Vuelve los ojos hácia ese hijo de la ignominia y el crímen, que duerme en la cuna... Contémplalo, y reflexiona que ese no es un arcano ya. Que tu marido sino lo sabe hoy lo sabrá mañana... No concibes todo el horror de las consecuencias que pueden sobrevenirte si llega ese caso?... Lo menor es tu muerte. Pero medita las amarguras que precederán antes á esta muerte... Quizá la de presentarte ese inocente mutilado por la mano del verdugo, arrojándote á tus piés su cadáver lívido ó ensangrentado.

—Ah!

Ludomilia corrió á abrazar y besar á su hijo.

—Hijo mio! Hijo mio!!!... Esclamó con entusiasmo y espanto.

—Pues bien, piensa en ese inocente, y si deseas su vida... solo su vida, cuando no librarle de la mengua y el vilipendio público que recaerá sobre tí con la venganza de Othod, no debes vacilar en adoptar mis determinaciones.

—Cuáles?

—Toma...

Y sacando un pomo del bolsíllo se lo presentó.

—Oh! no... no... contestó Ludomilia.

—No?... pues bien. Acuérdate de mi última prediccion. Quizá no se tarde en que el duque te haga sentir todo el peso de su cólera... En que te arrepientas de no haber seguido mis consejos.

Inmegarda entró á anunciar al capitan Luitzpoldo.

—Me marcho, añadió el príncipe. Entrad, caballero: entrad. Me retiro como siempre, sin haber adelantado nada. No os pondré por cierto de intercesor para que la decidais á lo que la propongo... Los acontecimientos lo harán. Con la diferencia que cuando ella se proponga adoptar mi plan, repito que podrá ser tarde.

El príncipe se puso la máscara y se dirigió á la puerta.

—Esperad, señor, dijo Luitzpoldo; sepa yo al menos...

—Nada... nada... Ella os lo podrá contar. Entretanto las circunstancias se complican... los enemigos crecen... Hasta el obispo de Munster se ha declarado por Othon, y por consiguiente, lo será vuestro tambien. Y cuidado que el tal obispo es nuestro vecino mas cercano... y mas temible tambien. La suerte es que yo lo tengo cogido ya por mi cuenta... y mucho será si se me escapa!... Oh! trabajo le mando!... En fin, no quiero ser mas molesto... adios, adios.

Y salió sin dar lugar á que le pudiesen responder.

Luitzpoldo no sabia qué opinion fundar sobre las palabras del príncipe.

—Por qué dice eso? le preguntó á Ludomilia.

—Su tema de siempre. Insiste en que me valga del veneno para...

—Temes concluir la frase?

—Sí... porque me horroriza la idea sola de delito tan execrable!

—Y en nada tienes tus padecimientos anteriores, tus ofensas pasadas, los temores presentes... y lo que puede ofrecernos aun el porvenir?... Ludomilia, ya es tiempo de que pensemos con juicio, y obremos lo mismo.

Y soltando su capa se sentó en un escaño junto á la duquesa pasándole el brazo izquierdo por la espalda.

Ludomilia lo miró con ternura y se sonrió mudamente.

—Recuerda, hermosa mia, añadió, lo falso y espues-

to de tu posicion... y los peligros que rodean la mia... A cada instante estamos temiendo el vernos descubiertos... Que sorprendan una mirada, una palabra, una seña... En los momentos presentes, aun en aquellos que mas placer y deleites nos ofrecen, en los que nuestro amor se embriaga en sus ilusiones, el menor rumor nos sobresalta y asusta... y todo es porque esta felicidad que la suerte nos ha proporcionado, no procuramos consolidar sus goces... Ludomilia, en el derecho de todo ser humano está ampliar su dicha lo que pueda y la sociedad le permita disfrutar. Aunque para ello sea fuerza luchar si al cabo se espera conseguir el objeto... Mas nosotros, qué esperanza podemos tener? Una sola, sí, pero muy triste y amarga. El ser descubiertos y sorprendidos, y sufrir los efectos de la venganza justa de un hombre, á quien por necesidad tenemos que odiar, porque él ha de procurar lavar con sangre la ofensa que le hemos hecho.

—Pero á qué recuerdas eso?... Siempre tienes las mismas palabras en los labios, cuando en estos momentos, únicos en que nos vemos, solo debias pensar en mí y en tu hijo.

Un leve rumor sonó en la alcoba de Ludomilia. No se apercibió de él, porque estaba segura que en aquellos momentos no habia allí nadie.

Además que un viento fuertísimo agitaba las puertas, y la duquesa no podia presumir que á aquella hora de la noche fuese otra cosa.

—Porque pienso en tí y en mi hijo, contestó Luitzpoldo, es por lo que te hablo así... En tí, porque te amo, y no disfruto de tus encantos con aquella libertad que debia, sino, ya lo ves, entre zozobras y temores, de noche, á horas inoportunas y contínuamente azaroso y sobresaltado. Esto no es vivir, ni amar como mi corazon y mi cariño hácia tí lo exigen. Yo necesito estár contínuamente á tu lado, respirar tu aliento, embriagarme en tus miradas, adormecerme en el beleño seductor de tus encantos... porque, Ludomilia, yo te adoro mas que á mi vida... y estar separado de tí, es el tormento mas acervo

é insufrible que puedo padecer.

—Y yo te amo como á la luz de mis ojos... como al aire que respiro, Luitzpoldo... Yo no he sabido lo que es querer hasta que te conocí, mi amor!... Si vieras que venturosa me considero con poseer tu corazon!... Que orgullosa estoy de que me ames!... Me parece que toda la felicidad reunida se ha reconcentrado en tí, bien idolatrado... Sí, porque yo te considero como un tesoro que la suerte me puso delante y he sido venturosa en lograr su posesion. Mira, te amo tanto, Luitzpoldo, que mis bienes, mis títulos, mi corona... todo lo daria por tí... y hasta la vida tambien. Pero muriendo los dos á la par, porque dejarte vivo para que despues amases á otra muger, seria cruel, insufrible, y solo el recordarlo me estremece... Oh! si me abandonaras por otra, me volveria loca... Loca de celos... Porque nadie en el mundo quiero que te ame mas que yo, consuelo de mi vida!

—Ni yo deseo mas amor que el tuyo tampoco.

Tiernísimos y ardientes besos se prodigaban los apasionados amantes en prueba de sus palabras.

—Pero por lo mismo que nos queremos tanto, Ludomilia amada, debemos poner todos los medios para que esta ventura se perpetue... para asegurar su estabilidad. No te anonada la idea de un descubrimiento? De una separacion... y tal vez eterna?

—Oh! no me lo digas.

—De vernos, quizá presos, aherrojados, cubiertos de baldon, denuestos é ignominia?... y á mí verme en un cadalso, sirviendo de objeto irrisible y ridículo á una muchedumbra soez!... A un vulgo ignorante y bárbaro, que me juzgará con acritud y estupidez, solo porque mi delito no es otro que obedecer á una inspiracion tan natural como divina que me ha dictado amarte? Que el verdugo arroje mi cabeza á esa muchedumbre sedienta de mi sangre, que la pisotearia y hollaria con sus piés, como al objeto de su mofa y su venganza.

Ludomilia á estas palabras miró atentamente á Luitzpoldo, y dando un grito de horror, escondió el rostro en-

tre las manos de su amante.

—Ah!... Te persuades de la verdad de mis razones, continuó el jóven capitan. Conoces toda la estension de lo que tendriamos que sufrir... Esto es nada en comparacion de tus tormentos como madre y como muger.

—Sí... sí!...

—Tu marido, duque y gefe de un estado, tendria que vengar horrorosamente agravio tan inaudito, hecho á su dignidad de hombre y soberano... á los sagrados intereses de su pueblo. Tu culpa no es únicamente haber manchado el tálamo nupcial... No es solo haber atropellado los deberes de esposa... Es mas grave, mas transcendental... mayor aun... Es vulnerar indignamente los derechos del trono de Ravensberg, haber traficado vilmente con los intereses de sus súbditos, presentándoles un hijo del crímen y del adulterio, diciéndoles á tu esposo y al pueblo á la vez: «Este es vuestro heredero... este es vuestro príncipe.» Y á la sombra del engaño y el misterio dar á un intruso, á un bartardo, la corona que nunca pudo pertenecerle, porque su nacimiento está basado sobre la ignominia y el baldon.

—Luitzpoldo! Luitzpoldo!... parece que no es tu hijo... que no le has dado el ser!...

—Ser, que mientras estemos así, es un padron infame para él y para tí... A quien menos alcanza la culpa de ese crímen es á mí, porque al cabo mi delito no es otro, que haber rendido adoracion á un ídolo que aunque vedado para mí, en su mano estuvo el haber acogido mis ofrendas ó no. Yo no he mirdo en Ludamilia, ni la esposa ni la soberana... He visto solo la muger hermosa llena de atractivos sedutores. Si le rendí mi corazon, ha pasado lejos de mi amor la especulacion, el interés y la alevacion... Mi orgullo solo se ha fundado en merecer sus favores, como muger, y ni lo mas leve le he pedido como soberana. Pero ahora sí... ahora le exijo la seguridad de mi vida, porque soy padre; la de mi hijo que es suyo tambien... y la seguridad de ella propia porque las tres las miro amenazadas por momentos.

—Y qué quieres que yo haga?

—Lo que te ha aconsejado el príncipe de Marck.

—Dios mio!

—Consideras tan fácil retroceder en la senda que vamos pisando?

—No... bien lo sé.

—Pues no te queda mas arbitrio que seguir adelante... Atrás no pienses volver ya.

—Estoy persuadida de ello.

—Pues para el efecto es fuerza atropellarlo todo... O todo ó nada, Ludomilia... Que respondes? Elige: entre perdernos ó salvarnos está la decision.

La duquesa despues de reflexionar un momento, contestó con resolucion:

—Bien... haré lo que querais... Pero por tí solo, Luitzpoldo... por tí... ni aun por mi hijo... La idea de perderte es mas cruel que la muerte!... Te amo con idolatria.

Los sensibles amantes volvieron á entregarse á sus dulces transportes... Ludonilia amaba á Luitzpoldo entrañablemente.

—Ven, mi dueño querido, dijo ella enajenada del fruitivo pervenir que esperaba. Todavia podrás descansar algunos momentos hasta el alba que te retiras... Entre mis brazos gozarás las delicias de un sueño lisongero, porque tantas noches de insomnio podrán alterar tu salud; Luitzpoldo mio.

Y cogiéndolo por la mano se dirigió al lecho con él.

Las puertas del camarin de la duquesa estaban cerradas y cubiertas con un tapiz... esta iba delante, pero al levantar la cortina cuya punta tuvo Luitzpoldo mientras Ludomilia las abria, un grito de espanto que dió la duquesa le constèrnó. En la puerta del camarin se presentaron dos embozados.

Luitzpoldo, reponiéndose, saca la espada prontamente y tira una estocada al que creyó mas próximo, el cual al pararla con el brazo derecho, se desembozó, y reconoció al gran duque.

—Me habeis herido, le dijo Othon con dignidad.

Pero Luitzpoldo no pudo acabar de oir las frases, porque un tercer embozado que estaba detrás de los primeros, tirándole, en seguida que él hirió al duque, una cuchillada, lo derribó en tierra mal parado.

Este embozado era el feroz Frugoni.

La duquesa al reconocer á Othon y ver á Luitzpoldo bañado en sangre cayó sin sentido.

—Recoged á ese hombre y á ese niño, pronunció Othon!... Conde, de la revelacion de lo que ha pasado aquí esta noche, responde el puñal oculto del verdugo...

—Soy caballero, señor.

—En cuato á esa muger, dijo al oido á Leonelo, no os parece bien que cuando vuelva se encuentre sin su hijo y sin su amante?

—Lo que vos ordeceis.

—Sea: añadió el duque secamente.

Leonelo dió las instrucciones á Frugoni, el que arrastrando á Luitzpoldo fuera de la habitacion y cogiendo al niño debajo de la capa, salieron entornando las puertas.

Leonelo acababa de justificarse de la acusacion de Ludomilia, vengándose al mismo tiempo de su antigua amante.

XXX.

Dos engaños.

ERIAN las diez de la noche.

La soledad y el silencio mas profundo reinaba en torno de la casa de Conrado. La naturaleza comunicando á aquella hora un aspecto tétrico y aterrador á los objetos de la selva de Roden, manifestaba que tambien cambia su faz para aparecer imponente y severa al hombre cuando á ella le place.

Dos desconocidos se dirigian á la casa. Sus caballos caminaban con paso lento y á su discrecion.

—Sabeis, monseñor, que ha sido empresa árdua atravesar la selva á esta hora? decia uno. Os aseguro que no me tengo por cobarde, pero esta es una temeridad imprudente.

—Baron, hay casos tan árduos que es necesario arriesgarlo todo. Sin venir por aquí á estas horas, no lo-

grariamos... digo, no tendriamos probabilidad de conseguir lo que anhelamos.

—Si lo esperais así...

—Segun vuestros informes, aquí no se recibe á nadie... y ello es fuerza, no solo que nos reciban, sino penetrar hasta dentro de la casa... Tengo ciertas noticias remotas de una familia de las campiñas de Ligen, á quien sin duda debe pertenecer la persona que sospecho. Traigo una apuntacion de sus nombres, y de las circunstancias mas interesantes de su vida durante su permanencia allí. Un viejo molinero, contemporáneo del padre de la espresada familia, llamado Gerónimo, me facilitó los apuntes que retengo en la memoria, y mediante unos escudos de oro que le dí, lo he tenido y tengo propicio á todo, hasta para que nos prestase estos dos vestidos de molineros con que disfrazarnos.

—Y qué esperais sacar de esta visita?

—Mucho... Lo que vos no alcanzais... Quizá por aquí podamos ir descubriendo algo de lo que se oculta en el Castillo del Aguila Negra.

—Muy lejos quereis ir, monseñor.

—Y espero llegar á mi término. Es una mengua, una vergüenza para la nobleza de Ravensberg, que haya tantos años que se juega con ella de ese modo... Ya estamos convencidos de que siendo un secreto del duque debe respetarse en público, que no es justo atropellar por todo, pero ahí debe lucir la perspicacia palaciega. Una idea brillantísima darán los nobles de sus talentos si al cabo de dilatado tiempo, no han puesto en juego algun ardid para averiguar ese arcano.

—Respetan tanto á Othon...

—Oh! eso es falso. Lo que respetan, es el poco ingenio que poseen y menor audacia todavia. A mí no creais que me conduce aquí esta noche eso. Qué disparate! Yo ser curioso y á mis años!... Es otro el móvil que me guia. Servir á mi triste y desconsolada sobrina, á esa desgraciada duquesa, víctima de las injusticias de su marido... ó quizá de su amor oculto, porque

yo no dudo que Othon tiene un objeto que lo distraiga de sus obligaciones conyugales. Mi sobrino en eso es un tirano despiadado, y acusará mañana á su muger de que haya buscado otro corazon, faltándole el de su esposo á quien querer, y en quien depositar sus penas. Como si todo ser racional no necesitase á cierta edad amar... dar ensanche y latitud á esos afectos tiernos que, hijos del corazon, envuelven la lisonjera complacencia de desear hacer partícipe de ellos á uno de nuestra especie, porque en esta fraternidad, en esa recíproca correspondencia hay goces inefables y de mas que terrestre calificacion.

La naturaleza, sábia preceptora del hombre, prumueve esas sensaciones, las multiplica y dicta el estímulo para satisfacerlas... y sin embargo, tan lejos de tenerse esto en cuenta, pretende el hombre necio comprimirlas, sofocarlas ó destruirlas, apoyándose en un derecho mentido, en una ley que él mismo ha formado. Ley parcial que hasta imagina lo autoriza para subyugar mas allá de lo posible, cual es, á una infeliz muger á quien le hace sufrir todo el peso de su arbitrariedad y despego, á quien aborrece tal vez, privándola de que pueda amar á otro, entretanto que él goza, se embriaga y adormece en aquellos estremos sensuales que imagina le están concedidos, por ese código absurdo y parcial que él propio ha redactado.

—En eso mismo convengo con vos.

—Sí, pero si os viérais en igual caso, yo estoy seguro, que no solo condenariais la conducta de la muger que os perteneciese, si se conducia así, sino que hasta habíais de procurar castigarla.

—Monseñor, la sociedad exige ciertas injusticias...

—Que el hombre ejerce arbitrariamente. Estamos convenidos. Hasta ahí justificais mi opinion... y la duquesa al procurar tomar la represalia, usa de un derecho natural, aunque no esté autorizado. Yo la patrocino por deber y obligacion, y todo el que haga lo mismo no tiene que temer agravar su conciencia, porque al des-

valido y abandonado es justo tenderle una mano de consuelo.

—Es un deber.

—Mientras que he estado desterrado de la córte, me he ocupado en las averiguaciones mencionadas. No he perdido el tiempo por cierto... Es muy precioso para desperdiciarlo como hacen muchos.

—Esta es la casa, dijo el baron de Colemberg.

—Pues apeémonos de los caballos y atadlos á algun árbol donde estén ocultos, porque conviene hacerlo así.

El baron obedeció y volvió á donde el príncipe de Marck le esperaba.

—Os advierto que me llamo Antonio y vos Juan. El hombre que vive en esta casa dicen que es un misántropo verdadero, y lo que no haga la cortesia y hospitalidad, lo alcanzará el ardid y el engaño. Llamad á la puerta.

El baron lo ejecutó, pero nadie respondia.

—Volved á llamad mas fuerte.

A los repetidos golpes del baron salió Brunon por la ventana alta que acostumbraba á asomarse.

—Quién es? preguntó.

—Dos molineros de Ligen... contestó el príncipe.

—Y qué buscais á estas horas?

—Traemos una noticia importante al señor Pedro...

—Aquí no vive ningun Pedro.

—Cómo que no?... señor Pedro Martelo el molinero.

—Os digo que os engañais.

—Bueno! si no quiere escucharlas, mejor... Nos marcharemos, Juan... Habremos perdido el viaje, y mas adelante él me buscará á mí, una vez que no le importa saber de sus cuatro hijos.

A estas palabras Brunon estuvo un rato indeciso.

—Esperad un poco, contestó; y cerró la ventana.

Breves momentos pasaron y la puerta de la casa se abrió, presentándose Conrado y Brunon.

—Señores, dijo el primero, no estrañeis que en mi casa se use tanta reserva y precaucion para abrir, porque

despues de ser una hora ya avanzada, es mi costumbre tenerla cerrada á todo al mundo. Los motivos que para ello tengo...

—Lo sé demasiado, amigo Pedro. Mi hermano Gerónimo me los ha referido, así por encima. Ya sabeis la amistad que le unia con vos, y pocas cosas teniais ocultas uno de otro.

—Buen hombre, ved que os equivocais... Mi nombre es Conrado, y yo no he tenido jamás intimidad con ningun Gerónimo.

—Conque no, eh!... Bien: entonces está demás lo que me ha encargado mi hermano que os diga de vuestros hijos.

—De mis hijos?

—Sí, de dos hijas... Matilde y Beatriz... y dos hijos... Joaquin y Roberto...

Conrado á estos nombres enmudeció.

—Os diré, continuó... Creo venis mal guiado amigo mio.

—Bien... concedido... podrán haberme engañado en los informes... Yo busco al señor Pedro Martelo... Si vos no lo sois, toda conversacion es inútil, no es buena á esta hora, y en medio de un bosque... Las noches de setiembre no son muy gratas, y esta menos que otras... Quedad con Dios... Anda Juan.

—Esperad... Me ha ocasionado curiosidad los nombres de esa familia, porque yo tengo alguna idea de ella. No eran molineros de Ligen?

—Sí... hace, creo, unos diez y seis años... Mi hermano sabe la fecha justa... porque yo salí pequeño de mi casa y no he vuelto hasta ahora poco tiempo.

Pero sabes, Juan, que traigo una sed atroz! Como que salimos del molino casi de noche... y nos hemos perdido por la selva á riesgo de haber tenido un mal encuentro.

—Quereis agua... ó vino?... Entrad aquí en el zaguan y bebereis; ó en la primera sala baja que es donde yo duermo. No me pareceis gente sospechosa y así os

franquearé la entrada de mi casa nada mas.

—Como gusteis... Descansaremos un poco y nos tornaremos á nuestro molino despues.

Conrado los dejó pasar y que Brunon los guiase. Entretanto él cerró la puerta y se guardó la llave.

Entraron, conducidos por el criado, en una habitacion baja donde solo habia una cama, una mesa, algunas sillas y un estante pequeño. Sobre la mesa se notaba una lámpara encendida y unos papeles.

—Sentémonos, dijo Conrado, y arrimó sillas junto á la mesa.

Así que tomaron asiento, tuvo lugar Conrado á favor de la luz, para examinar la fisonomia de sus huéspedes.

—Mucho nos mirais, amigo Pedro, le dijo el príncipe... Es sospecha que os infundimos ó es que nos habeis visto ya en alguna otra parte y quereis recordar donde?

—Ni es sospecha, ni es recuerdo que trato de atraer. Es costumbre que me ha quedado desde mis infortunios pasados. Estudio la fisonomia de los hombres con quienes hablo por primera vez.

—Y qué os dice la nuestra?

—Nada por ahora... veremos mas adelante.

—Conque habeis padecido infortunios, amigo Pedro.

—Dos veces me habeis llamado Pedro, despues de deciros que no es ese mi nombre, sino Conrado.

—Sea lo que querais... pero os advierto que si no sois Pedro, aquí estamos perdiendo tiempo y me voy.

—Ya seria falta de atencion. Os he hecho entrar en mi casa, cosa que no acostumbro con nadie, porque desearia saber de esa familia que habeis nombrado. El gefe de ella era conocido mio tambien, y me alegraré tener noticias de su paradero.

—El de él se ignora... El de sus cuatro hijos tambien... pero el de su hija Matilde se sabe de cierto.

—Matilde... No sé cual de ellas seria la que se llallamaba así.

—Oh! ni su mismo padre la conoceria aunque la viese. Dicen que está hecha una moza bellísima. Dotada de tanta hermosura, como gracia, talento y sutileza, goza de un favor en la corte estraordinario, de una popularidad inmensa. Es amada de todos, de la nobleza y pueblo... pero de este último casi con adoracion. En una palabra, nadie nombra sin veneracion ni orgullo el nombre de la marquesa de Korvei.

—La marquesa de Korvei!!! Prorrumpió Conrado sin acertar á contenerse... La marquesa de Korvei es Matilde Martelo?... Eh! eso no puede ser... Cómo es posible que haya alcanzado un favor tan grande! Para llegar á esa altura qué ha hecho? Qué méritos tenia contraidos, ni á qué persona podia habérselos debido?

—Al gran duque?

—A Othon... Ella tambien?

—Cómo ella tambien!!! Preguntó el príncipe prontamente, notando el descuido de Conrado. Conque ya sabiais algo de esa Matilde?

—No... contestó el anciano disimulando... Es que en mi tiempo... es decir, algunos años atrás, se decia que el duque tenia relaciones clandestinas con cierta muchacha de las campiñas de Ligen... y no fuera que esa Matilde que habeis nombrado, hubiese caido tambien en los lazos de su seduccion.

—Esperad... dijo el príncipe como si recordase algo. Puede que sea Matilde la que tuvo y tenga trato con Othon...

—No... no me parece que tenia ese nombre...

—Os acordais de él?

—No...

—En fin, sea lo que fuere, lo cierto es, que esa Matilde se halla hoy en el palacio de Ravensberg, bajo el nombre de madama Sofia marquesa de Korvei y condesa del Castillo del Aguila Negra.

—Condesa tambien?

—Oh! y del Aguila Negra... Es verdad que lo merece.. porque en ese castillo se encierra un secreto impe-

netrable que existe entre el gran duque y la marquesa. Secreto de tanta importancia que ha llamado la atencion de la gran duquesa, de la corte, del pueblo y es un objeto de novedad en todo Ravensberg.

Conrado pensativo y cabizbajo, parecia no escuchar lo que decia el príncipe.

—Y calculad si será de importancia, añadió Colemberg, cuando uno llamado Pedro tambien por mas señas, ugier de toda confianza de la marquesa y del duque, que habita en ese castillo, debe tener además parte en el arcano, porque ahora lo ha hecho Othon marqués de Ligen. Y aun cuando simple ugier tenia en la fortaleza una autoridad tan superior, que el mismo gobernador de ella estaba bajo sus órdenes. Se le llama Pedro el ugier, porque es el que guarda la entrada de la sala del Aguila.

Conrado tampoco contestaba; solo dirigia algunas miradas involuntarias á un manuscrito que tenia sobre la mesa, y que estaba repasando sin duda cuando entraron el baron y el príncipe.

—Y ved, continuó el baron, si ese Pedro posee influencia para con la marquesa, que tiene una tarjeta para entrar en palacio á verla, con una seña particular en ella, y que yo poseo por una casualidad... Mirad.

Y le mostró la hoja del libro de memorias, donde copió la cruz de la tarjeta de Pedro y las cinco iniciales.

Conrado fijó su vista en el pedazo de papel con sorpresa y emocion.

—Qué tal? preguntó el príncipe.

—Sí... contestó esforzándose por aparentar indiferencia. Es una señal adoptada para el objeto que me habeis indicado... Eso nada encierra de estraño en los casos estremos en que dos personas tienen que entenderse entre sí, por necesidad y sin que lo comprenda nadie mas que ellos. Lo que me admira mas que todo eso, es que vosotros, simples molineros de Lingen, esteis enterados de las cosas que pasan en palacio, tanto como poseer hasta la copia de la tarjeta.

—Y qué os admira?... Yo tengo un pariente em-

pleado allí, contestó Colemberg, y nos vemos muy á menudo.

—Y será de alta categoria, señores, añadió con cierta risa maliciosa Conrado, porque yo recuerdo que en una batida que hizo la gran duquesa en este bosque, estuve hablando con uno que se parecia bastante á vos... hasta en el eco de la voz. Porque yo me precio de tener buena memoria y de retener en mi mente todas esas particularidades.

—Eso es lo que no podré aseguraros, si era ó no mi pariente el que vísteis. Yo creo que fué una tarde que se desmayó la marquesa de Korvei...

—Y qué nos importa á nosotros la marquesa ni su desmayo? Ea, interrumpió el príncipe, volvámonos que ya es tarde. Nuestro objeto no lo hemos logrado que era ver al señor Pedro y darle noticias de su hija, que esta quizá sabrá donde están los otros hermanos. Y en fin, sea lo que sea... vámonos ya.

Amigo... ó como os llameis, añadió el príncipe, sin que este acontecimiento altere en nada la costumbre que teneis adoptada en vuestra casa, nosotros nos damos por muy contentos con que tal ocasion nos haya proporcionado conocimiento tan grato. Y en cuanto podamos serviros, Antonio y Juan, molineros de Lingen, lo harán con harta complacencia.

—Gracias, señores, gracias.

El príncipe y Colemberg se despidieron de Conrado.

—Ya lo habeis escuchado, baron, le dijo despues de montar. Por el simple hecho que me contásteis de que la marquesa al desmayarse, la duquesa le sacó del pecho una cruz, la que al verla este hombre se enagenó tambien, os dije que la cruz de la marquesa es la copiada en la tarjeta, y que ese anciano ha visto en esa señal un recuerdo funesto para él que coincide formalmente con la marquesa. Este viejo, en fin, podrá en su dia ser muy útil á mi sobrina si esta sabe conducirse con tino y prudencia. No, no se ha dado el salto en valde.

XXXI.

Crímen y sorpresa.

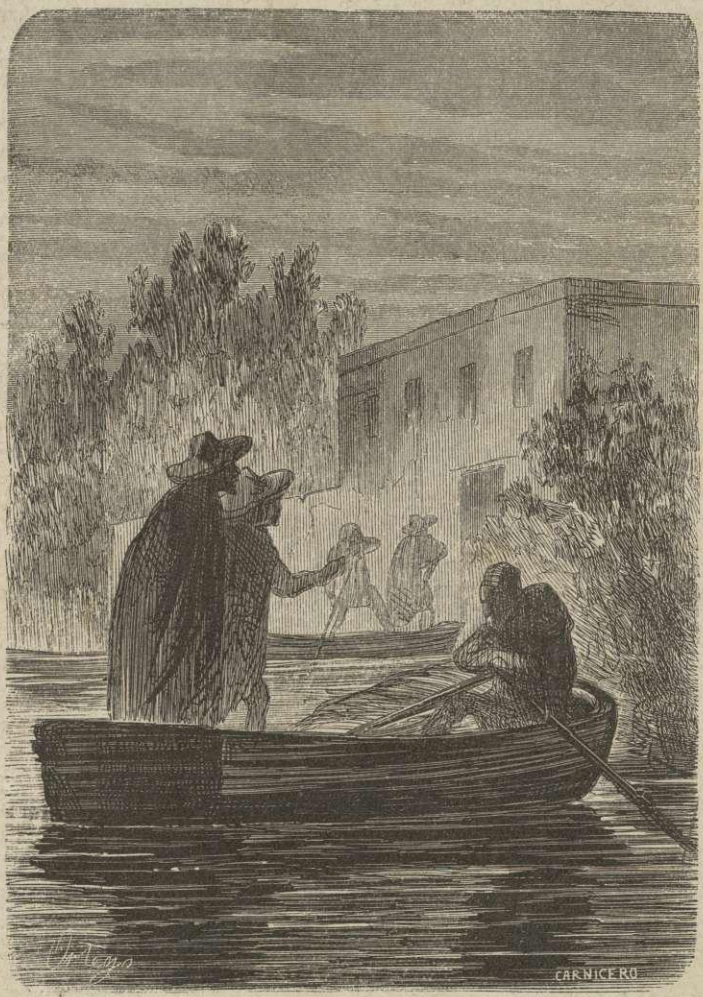
LEONELO y el gran duque, despues que salieron del Castillo del Aguila, se dirigieron á la quinta del Recuerdo. Leonelo, ya práctico en las noches anteriores, hizo entrar al duque en la barca del pescador y que se situaran en frente de la puerta que caia al rio.

A poco rato vieron llegar un barco con dos hombres. Uno, embozado en su capa, salta en tierra, y entra por la puerta indicada.

El duque, al notarlo, hizo un movimiento de indignacion, pero Leonelo le habia exigido la prudencia y moderacion hasta su tiempo.

La barca en que estos iban se aproximó á la orilla y saltaron en tierra Leonelo y el duque.

Llegan á la puerta por donde el embozado habia entrado y la encuentran cerrada por dentro... Leonelo



Uno, embozado en su capa, salia en tierra.

dá un golpe con la empuñadura de su daga, y la puerta se abre apareciendo dos hombres.

—Frugoni... ven con nosotros, dijo el conde... Tu Venneti ya sabes lo que debes hacer... no dejes entrar ni salir á nadie por esta puerta.

—Descuidad, monseñor, contestó con un acento feroz y ronco.

—Ya estará arriba, eh? preguntó Leonelo á Frugoni.

—Lo he seguido hasta casi al pié de la escalera... Pero, monseñor, yo hallo mas oportuno que Venneti nos siga mejor que quedarse aquí. La puerta del rastrillo del jardin se cierra por la parte interior y nadie puede introducirse en la quinta ya.

—Es verdad, dijo Leonelo: guia, Frugoni.

Los tres siguieron al genovés que con la daga desnuda iba á corta distancia de ellos por una de las sendas del jardin.

Llegan á una puerta de verja de hierro, que era la que dividia el jardin de las habitaciones y demás dependencias de la quinta.

—Hasta aquí, señores, dijo Frugoni, he guiado con acierto porque el jardin lo tengo medido á palmos... pero en el interior de esta casa es preciso que lo haga otro que esté mas práctico que yo, que no la he pisado en mí vida.

—Yo lo haré, contestó el duque. Seguidme.

—Pero sepamos á qué atenernos, repuso el genovés con audacia, porque yo no acometo estas empresas para andar con melindres, ni desempeñar un papel triste en ellas. Se quitan los estorbos que se vayan encontrando al paso, ó qué hacemos?

—Solo hareis uso de las armas en un caso estremo, que no lo espero, y puedan peligrar nuestras vidas, contestó el duque.

—Vaya pues: replicó el genovés, con cierto desden.

Frugoni es sabido que estas empresas nunca le gustaba concluirlas *friamente* como él lo llamaba; es decir sin tener que usar de la daga ó la espada.

—Vamos... ya veo, murmuró entre dientes á Venneti, que este es negocio de poco ruido

—Sí, contestó el veneciano... y tan poco como hay que hacer... Anda de puntillas y no suenes los tacones de las botas.

Atravesaron una larga galeria, y llegando cerca de la escalera ven bajar por ella un hombre embozado.

El desconocido quedó detenido un poco al ver aquellos hombres y á tal hora, como dudando si bajaria ó retrocederia.

El duque y los suyos se pararon tambien á esperarlo en la esquina del primer ángulo de la galería, por donde precisamente tenia que encontrarse con ellos.

El incógnito se decidió al fin á bajar.

Con pasos recelosos, y sobre aviso, se dirije á aquellos cuatro embozados.

El duque se adelanta á recibirlo, pero el desconocido á una distancia proporcionada se detiene y pregunta:

—Quien va?...

—Quien puede: contestó Othon con resolucion.

—Eso es lo que dudo, caballeros... repuso el estraño... Nadie puede ir á esta hora y de tal modo dentro de un recinto real y estando habitando en él uno de sus soberanos.

—Y porqué vais vos, y hasta enmascarado? le preguntó el duque:

Una lámpara colgada en el ángulo, derramaba su luz sobre el desconocido, de modo que dejaba ver perfectanente su talle y rostro enmascarado.

—Sirvo en ello á mi duque, contestó. La mision misteriosa que me trae á esta hora por aquí, algun dia conocerá Othon su importancia.

El duqne quedó un punto callado: pero se aproxima á Frugoni y le pregunta:

—Es este el hombre que viste entrar antes?...

—No, señor... le contestó el genovés. Este trae capa negra y el otro roja.

Este lleva un sombrero de ala tendida, y aquel una

gorra con una pluma... No es él de ninguu modo.

Othon se aproximó algo mas al desconocido, diciéndole:

—Pero el objeto vuestro, os está encomendado por el duque?...

—Acabemos, repuso el incógnito con impaciencia... tened la bondad de acercaros.

Othon lo hizo sin recelo.

—Estais perdiendo un tiempo precioso, señor, le dijo en voz baja. Ya sé el objeto que os conduce aquí. Habeis destruido mi intencion, parque yo iba á conduciros aquí mañana á la noche. Mas ya que os habeis adelantado, subid, encontrareis la puerta cerrada, pero con cualquier pretesto os la abrirá el ugier que la guarda. Los dos amantes están en este momento entregados á sus dulces transportes, guarecidos, á su entender, del descuido y la soledad... Las habitaciones de la gran duquesa son el receptáculo de sus criminales delitos. Os he dicho bastante... Quedad con Dios.

—Pero ya que me has conocido... dime quien eres.

—No os empeñeis en saberlo, porque no puedo dejarme conocer, y el ruido y el escándalo no os convienen ahora de ningun modo... Al contrario, por reconocerme inutilizábais el justificar la deshonra que cubre vuestra frente hace ya tiempo... Si perdeis esta ocasion quizá no volvereis á lograr otra... porque Ludomilia es una muger tan sagaz como hermosa. No creo que me tomeis tampoco por vuestro rival, porque este se introduce aquí por una puerta falsa que dá á la ribera del rio y yo entro y salgo por la principal. Conque, duque Othon, sed prudente, y no perdais lo mas por lo menos, lo esencial por lo inutil... Dejadme ir, y no desecheis mis consejos, que se hace tarde para vos.

—Id con Dios: dijo el duque con resolucion, despues de una leve reflexion.

Othon creyó reconocer la voz y el estilo del embozado. Este torció el ángulo hácia la derecha, y desapareció con admiracion de todos.

Leoeelo en particular no podia comprenderlo. Tales palabras calculó que le habria aquel hombre dicho á Othon, que al cabo se decidió á dejarlo partir.

El duque se dirigió á los suyos, y prorrumpió:

—Marchemos...

Leonelo no se atrevia á preguntar nada, mucho mas cuando Othon guardaba silencio sobre lo que acababa de departir con el enmascarado

Suben la escalera, y al llegar arriba sucedió lo que el incógnito les habia advertido. La puerta estaba cerrada.

Aquello disgustó sobre manera á Leonelo, porque consideró perdido para él todo lo que hasta allí habia hecho y combinado.

El duque quedó detenido:

—Qué hacemos conde? No contábamos con este impedimiento, á pesar de que ese hombre enmascarado me lo acaba de advertir.

—Es cierto, señor. Y por mi vida que es de mas importancia que lo que parece.

—De ninguna... añadió Frugoni, y si no vereis.

Y diciendo esto dió un golpe en la puerta con la espada.

—Qué haces? dijo Leonelo...

—No quereis entrar, monseñor? Pues entraremos.

—Pero quiero hacerlo sin ruido y sin escitar sospechas.

—No habrá escándalo... Ruido tampoco rerá mucho... Toma mi capa Venneti... Dejadme hacer.

Y volvió á dar otro golpe en la puerta.

A este segundo se oyó la voz de un ugier que preguntó desde dentro:

—Quién es?...

—Abrid pronto.

—A quién?

—A mí.

—Y quién sois?

—Un enviado del duque, y traigo un pliego ur-

gente para la gran duquesa sobre el bautizo del príncipe recien nacido.

A estas palabras la puerta se abrió.

En cuanto Frugoni sintió quitar el pestillo y moverse la puerta, empujarla violentamente, entrar, coger al ugier por el cuello presentarle la punta de su daga desnuda sobre el corazon, diciéndole:

—Silencio ó te atrevieso el corazon; todo fué obra de un instante.

El ugier sobrecogido en estremo, no tuvo lugar ni aun para advertir que tenia delante cuatro hombres, como por encanto.

—No mas: dijo Othon desembozándose, y dándose á conocer al ugier, el cual temblando, cayó á los pies del duque sin poder hablar.

—Por esta puerta no acaba de entrar un hombre antes que nosotros? preguntó el duque con severidad.

El ugier no acertaba á responder.

—Señor... perdonadme... yo no tengo culpa...

—No es eso lo que te pregunto... Sino si es verdad que ha entrado un hombre.

—Sí, monseñor.

—Hácia dónde se ha dirigido?

—Hácia las habitaciones de la derecha.

—Hay mas vigilantes en ese corredor?

—Ninguno: la docella Inmegarda y yo somos los únicos que vigilamos.

—Dónde está Inmegarda.

—En la antecámara de la señora duquesa.

—Conde, dejad un hombre en esta puerta.

Venneti quedó guardándola.

—Vé delante, continuó el duque al ugier. Vas á llamar á Inmegarda y que salga á la puerta de la cámara. La dices que yo la espero fuera... pero se lo dirás sin meter ruido... ni ninguna seña que indique inteligencia y prevencion...

La añades que al mas leve aviso que dé á la duquesa, á la menor indiscrecion que cometa, entro en la habita-

cion y acabo con ella despiadadamente.

—Obedeceré puntualmente vuestras órdenes, señor.

El ugier se dirigió á los aposentos de la duquesa. Othon, Leonelo y Frugoni lo seguian de cerca.

Llamó el ugier suavemente á una puerta, Inmegarda así que se presentó en ella, y él la enteró de lo que habia, quedó petrificada.

Asomó la cabeza á la puerta y se convenció de la verdad, viendo á los tres embozados á corta distancia, y que uno de ellos se venia hácia donde estaba.

Pero mayor fué su temor, cuando conoció al duque, en la voz que le dijo imperiosamente, aunque bajo:

—Acércate.

—Señor... perdonadme!... dijo arrojándose á los pies de Othon... Yo no soy delicuente... Me mandan callar y yo, qué quereis que haga?... Temo por la vida de mi pobre padre... y así...

—La vida de tu padre!... Pero no perdamos tiempo... Ya aclararemos eso mas adelante... díme dónde esta la gran duquesa?

—Señor...

—Acaba... acaba... Dónde está?...

—En su cámara...

—Sola?

—No, señor.

—No tiene su habitacion una puerta que dá á su camarin, y esta otra á las habitaciones interiores?

—Si, señor.

—Y las damas de la duquesa?

—Todas duermen.

—Bien guíanos á la habitacion mas próxima del camarin con recato y silencio.

Inmegarda obedeció, y el duque se encontró en la puerta que abrió Ludomilia cuando conducia á Luitzpoldo á su alcoba.

Lo que Otbon padeció, colocado en aquel sitio escuchando el diálogo de la duquesa y su amante, no es imaginable. Mil veces estuvo á punto de salir y acabar con

ellos á puñaladas, pero Leonelo le contenia aconsejándole que la venganza y el desagravio, cuanto mas justos, deben procurarse por medios razonables y que den opinion al ofendido.

Además que tenia en su mano sobrados arbitrios para conseguirla, y él no le habia conducido allí para que se vengara, sino para desengañarlo.

Frugoni se hallaba en la misma alcoba que el duque y Leonelo, pero guardando la puerta opuesta donde estaban estos, que comunicaba con el interior, no pudo oir ninguna de las palabras de Luitzpoldo y Ludomilia. Casi ageno á lo que habia pasado allí, solo se aproximó al duque y al conde, cuando estos, entrando en la cámara de la duquesa, conoció que ya no habia necesidad de guardar la otra puerta, y llegando precisamente cuando Luitzpoldo atacó á Othon, Frugoni no esperó á intimaciones de nadie y dió al capitan la cuchillada que le dirribó, y hubiera hasta acometido á la duquesa, á pesar de ser muger, si esta hubiese hecho el menor amago contra el conde ú Othon.

Despues que los tres salieron de la habitacion el duque mandó que Frugoni y Venneti condujesen á Luitzpoldo, vendándole antes la herida que tenia en la cabeza, la cual no era de consideracion pues no le alcanzó mas que la punta de la espada del genovés.

Luitzpoldo cuando le bajaron al jardin iba ya en su acuerdo, pero entre Frugoni y Venneti dificil era que se pudiera escapar.

Frugoni lo llevaba sujeto con su formidable mano por detrás, y sus dedos de hierro penetrando por entre el cuello y la tela de la almilla, que era por donde lo tenia cogido, se creia el amante de la duquesa asido por una fuerza aterradora y estraordinaria.

El genovés empuñaba la daga desnuda con su mano derecha.

—Digo, mi dueño: fueron las primeras palabras que profirió á Luitzpoldo cuando estuvo en estado de comprenderlas. Creo por demás repetiros que sois un raton que

ha caido en nuestras manos... Las mias son algo pesadas pero tambien prontas... Me parece que os acabo de dar una prueba arriba. Conque presumo que tendreis juicio y no dareis lugar á una majaderia... porque lo que es yo... estoy encargado de vuestra persona, y vivo ó muerto os pongo en el sitio que me indiquen.

Luitzpoldo miró á Frugoni á la luz de la linterna que llevaba Venneti, y se espantó de ver su fisonomia.

En seguida bajó los ojos y no contestó ni una palabra.

Lo metieron en su barca, la cual notó que estaba sola y sin el hombre que le conducia todas las noches.

Leonelo tomó el niño debajo de su capa, y montando á caballo el y Othon, se dirigieron al castillo del Aguila Negra.

A poco mas de una hora llegaron á él Frugoni, Luitzpoldo y Venneti.

XXXII.

Delirio y desesperacion.

El duque al salir de la cámara de su esposa se llegó á donde estaba Inmegarda sola y esperando el término de su vida... Esta al verlo se puso en pié, sin poder sostenerse apenas, pero mas se asustó al oir que Othon le dijo:

—Ve y socorre á tu señora, que lo necesita... Que ninguna dama de honor penetre en su habitacion sino tú. Entra enciérrate con ella, y aun cuando la misma duquesa quiera salir, no lo permitas... porque los ugieres se lo impedirán y esto seria humillante y vergonzoso para ella. Antes del alba yo habré dispuesto de su destino y el tuyo.

Estas últimas frases hicieron una profunda impresion en Inmegarda.

Ludomilia volvió en sí, y al abrir sus ojos no distinguió mas que á Inmegarda á su lado que tenia colocada su cabeza sobre las rodillas.

La pobre muchacha lloraba desconsolada, al ver el estado de su señora.

Porque Inmegarda colocada, como sabemos, al lado de ella para espiarla por dictámen del príncipe de Marck, habia cobrado afecto á la duquesa y contaba al príncipe, por cumplir con él, menos de lo que veia en Ludomilia.

Al tornar esta de su desmayo notó que un silencio profundo la rodeaba. Aquella calma sombria tenia un carácter sumamente aterrador para Ludomilia. Una lámpara lejana que comunicaba una luz opaca á la habitacion, ella tendida en el suelo y solamente apoyada su cabeza sobre una muger que, triste y acongojada, la contemplaba sollozando, el ruido del viento que zumbaba fuertemente, la hora... la zozobra que ajitaba á su corazon... todos eran motivos á cual mas tristes para justificar su suerte... para persuadirla de lo infausta que era.

Lentamente pudo incorporarse ayudada de su doncella... Fija la vista en los objetos que se le presentaron, y advierte la capa, la gorra y la espada de Luitzpoldo; esparcidas por el suelo.

Busca el dueño de ellas... al que lo es de su corazon... pero inútilmente... La soledad y el abandono es lo que halla nada mas.

Aquello tiene toda la idea de un sueño fugido... de una memoria lisongera pero rápida, veloz, y de mortal realidad al despertar de ella.

Qué se ha hecho de aquella dulce y sin igual complacencia que habia esperimentado pocos instantes hacia? De aquel consuelo celestial, de aquellos goces hechiceros que difundian por su corazon, por todos sus sentidos, la imágen, la voz, el contacto de Luitzpoldo? Nada existe ya... Pues qué, puede trocarse asi en un punto la dicha, el placer, la ventura mas inefable, por el dolor, la amargura y la desesperacion?... Sí, porque al dolor y la amargura que esperimentaba Ludomilia va á suceder al despecho mas acervo.

Al contemplar variado enteramente el cuadro de su felicidad... á la memoria de que Luitzpoldo estaba ya

perdido sin remedio y por su causa, un llanto copiosísimo acudió á sus ojos.

Hasta entonces no conoció la duquesa cuanto era el amor que esperimentaba por él. Lo que costaba al corazon querer con sinceridad y perder el objeto de sus ilusiones.

Esta muger verdaderamente infeliz... esta víctima de la fatalidad, tenia aquella noche que esperimentar el último golpe... Trance cruel, que no hay pincel que pueda trazar con la exatitud que exije... con la verdad que encierra en sí!!!...

. . . . . .

—Con que lo han preso... ó han acabado con su vida! Nada sabes de él, Inmegarda? Dijo estremadamente afligida la duquesa.

—Por quién me preguntais, señora? Repuso la doncella ahogada en llanto...

—No te haces cargo? No ves su capa y su espada.

—Ah! me hablais del caballero Luitzpoldo... No lo he visto, no sé en qué ha terminado eso.

—Pero efectivamente era el duque? Porque me parece que ha sido un fantasma aterrador que ha cruzado por mi mente... Un espectro horroroso que se ha interpuesto entre mi dicha y la penalidad que me atormenta ahora.

—Ojalá que no hubiera sido... Si, señora, era el duque... Le ví y le hablé... Me mandó encerrarme en mi habitacion hasta que él me avisara... como efectivamente lo hizo para que viniera á estar á vuestro lado, de modo que cuando salí para obedecerle ya no he visto mas que á él y á su compañero.

—Y conocistes á este?

—Si no me engaño es el enviado de Ferrara.

—Leonelo!!

—El mismo. El que se llamaba antes Mastropetro.

—Sí... sí... Ya lo veo. Lo comprendo todo! Ese hombre inexorable me persigue sin cesar! Se ha declarado mi enemigo irreconciliable... Ah! demasiado ter-

rible es su resentimiento... Harto cruel su venganza!...

Ludomilia de un solo golpe que hirió su reflexion creyó que todo se lo debia á Leonelo, pero se equivocaba. Leonelo era solo una de las primeras piezas de aquella máquina. Le tocaba una parte en la ejecucion pero otro era el que ocultamente la movia, el que jugaba á su arbitrio con los sentimientos y los afectos de todos.

Nunca hubiera sabido Leonelo que Luitzpoldo visitaba de noche á la duquesa en la quinta del Recuerdo, sino le hubiesen avisado por medio de un anónimo, cuya letra no pudo conocer.

La duquesa fijaba su atencion en el blanco que tenia mas próximo, en el objeto que resaltaba mas á sus ojos, y ni aun remotamente podia preveer á donde debia dirijir sus quejas y agravios. La cadena estaba bien eslabonada segun la opinion del artífice que la habia fraguado. El príncipe de Marck creia enredados á todos en ella, y él, estando á salvo, tenia el cabo para que ninguno se le pudiese escapar. Pero se equivocaba. El lazo estaba mas en falso que él se figuraba, tenia uno de sus mayores hilos desprendidos, y debia, á su tiempo, quebrarse para no volverse á anudar mas con sus intrigas.

La infeliz é incauta duquesa entregada á sus tristes sinsabores acordóse que no le quedaba en aquellos momentos crueles mas que un consuelo. Dirígese en pos de tan bienhechor recuerdo á su camarin, penetra en él, pero dá un grito agudo y desgarrador que hirió los oidos de Inmegarda á quien no le quedó duda de que la duquesa habia tocado uno de los estremos del dolor.

Ludomilia sale despavorida, pálida y sus lábios convulsos y casi lívidos. Sus ojos queriendo abandonar sus órbitas, girando con espanto y horror, buscan un objeto por la estancia... Objeto adorado!... Joya inestimable y de estremado valor para el corazon de una madre!

—Y mi hijo!! Inmegarda. Y mi hijo!!! Pronunció con un acento tan vehemente y desesperado que hacia conmover y temblar al que lo escuchaba. Tambien me lo han quitado? Quién ha conferido tal auto-

ridad á esos bárbaros? A esos hombres crueles y despiadados. Es mi hijo! El hijo de mis entrañas! Nadie tiene derecho á él mas que yo... Es cierto que es fruto de un crímen... la concepcion de un adulterio... el testimonio irrefragable de un delito que me han obligado á cometer.... Pero soy su madre!... Es mio!! Y quién es el inícuo que arranca un hijo á las caricias de su madre?... Por qué no me han dado mil muertes primero? Por qué no han vertido toda mi sangre gota á gota? Todo hubiera sido nada si me hubieran dejado al hijo de mi amor... á la prenda de mi vida!!

La desdichada duquesa causaba, al escucharla, horror y compasion. Su acento era tan profundo y sensible, que Inmegarda retraida en un rincon de la estancia no hacia otra cosa que mirarla, llorando amargamente.

Ludomilia se paseaba fuera de sí. Revolvia todos los muebles de la cámara, dando furiosos gritos llamando á su hijo.

Pocas horas antes habia dicho á Luitzpoldo que amaba á este mas que á él... pero era falso. El corazon de una madre no conoce lo que adora á un hijo hasta el momento que lo pierde. Y del modo que acababa de suceder á Ludomilia era mas terrible aun la pérdida.

La razon de la duquesa empezaba á trastornarse, en términos que Inmegarda tuvo miedo.

—Sí, decia en su rapto de desesperacion: me lo han quitado para vengarse en él de mí... para derramar su sangre!! Han sorprendido mi secreto... Luitzpoldo tenia razon!... Me lo arrojarán ensangrentado á los piés... mutilado por la mano del verdugo!!.. Ah! sí... sí!!... Lo veo!!... Allí está!! mi hijo!! hijo mio!... Su sangre!!... Su sangre inocente!... Ay! no... no!... Asesinos!! No os mueve á compasion?... Otra vez! otra vez!!... Basta! Basta! apartadlo de mi vista!!

Y dando descompasadas voces se cubria el rostro con las manos, como para no presenciar espectáculo tan horroroso.

Luego calmándose un poco prosiguió:

—Pero Luitzpoldo lo salvará... Sí... Acaso no es su deber?... Él me ama... me adora... y á su hijo tambien... Me lo pondrá en los brazos sano y salvo... porque es su padre... su padre... y un padre no puede permitir que maten á su hijo.

De pronto se sentó y quedó con la vista fija meditando sobre alguna nueva idea.

Sus ojos se secaron repentinamente; y aunque su respiracion era agitada, solo unos profundos y ahogados suspiros se escapaban de su pecho. Parecia que habia concebido un pensamiento nuevo y consolador. Igual al mar borrascoso, á quien un huracan violento agita fuertemente, pero que pronto una calma bonancible le torna todo el realce y hermosura que le daba la tranquilidad apetecible y envidiable que disfrutaba anteriormente.

—Sí, no debo desconsolarme tanto, decia con sosiego y entereza... Me arrebatan mis objetos mas caros, para anonadarme, abatirme y hacerme presa del dolor, y despues á su salvo levantar el odioso edificio de su venganza sobre mi propia desventura y humillacion! Oh! no será, por la sombra de mi padre... Aun tengo medios para vengarme y triunfar... Este abatimiento ha sido pasagero... Procuremos borrar todas las huellas que pueda haber dejado en mi corazon... ahoguemos sus mayores sentimientos para sobreponerme á mí misma. No soy Médicis? No soy soberana de Ravensberg? Esta dignidad nadie me la puede quitar. Es cierto que el duque me amenazó hasta con la muerte, pero aun cuando los muros de sus calabozos sean tan espesos como su venganza le dicte yo alzaré mi voz, será oida de mis vasallos y haré ver la injusticia é infamia de mi marido. Patentizaré que el soberano que tiraniza á su consorte, no puede ser padre de sus pueblos, y que con el dolo mas inicuo me ha hecho ser delicuente, para juzgarme despues sin piedad y deshacerse de mí por un medio tan inícuo como denigrante... Que no me ha amado nunca, que siempre me ha aborrecido... y que me ha engaña-

do, como á sus vasallos, porque cuando se unió ó mí, sostenia un trato clandestino... y lo conserva aun. El príncipe de Marck me ayudará y estoy segura de que triunfaré... Pedirá su divorcio, y yo lo aceptaré gustosa como recobre á mi hijo, porque con él y Luitzpoldo podré ser feliz en cualquiera parte.

Y quién sabe si antes, continuaba, no me podré vengar de él por otros medios que le sean mas sensibles. Oh! no perdonaré nada para conseguirlo... y siento ahora no haber adoptado el parecer del príncipe de Marck. Bien me lo dijo.

Ludomilia volvió á recobrar aquella energia y fuerza de carácter que le era peculiar. Tan cierto es esto, como que de las fuentes del corazon, agotadas por un pesar agudo, brotan dos estremos opuestos que decide al desgraciado mortal que lo abriga. Un sentimiento perenne abate, anonada... debilita nuestro ser, y al cabo mata enteramente... O bien en sentido opuesto se torna en un resentimiento furibundo é inestinguible que anima, estimula, engrandece y robustece el ánimo, produciendo la sed de una venganza insaciable que con nada satisface, si bien funda su complacencia en la desolacion, las lágrimas y el esterminio, no solo de los que cree enemigos, sino á veces de los mas indiferentes. Porque el corazon ya no siente ningun asomo de sensibilidad, porque el pesar que le hicieron esperimentar fué tan grande que agotaron aquella y no dejaron otro lugar mas que para que se albergue el deseo de venganza.

Es verdad que para esto último se necesita tener un ánimo á toda prueba, una constancia privilegiada que pueda sufrir, que se muestre impasible á los padecimientos, é igual á la roca que resiste imperturbable en medio del mar el ímpetu de las olas. Que estas llegan á ella amenazantes, imperiosas, parece que van á destruirlas, se estrellan contra aquella masa impertérrita, y se la vé elevar despues su cuello erguido mas allá que la superficie de las aguas arrogante y orgullosa. Para decidirse á ahogar en el corazon un sentimiento desgarrador... un pesar que

se enseñoreó de él tan cruelmente, es necesario ser de tan superior naturaleza que casi parece imposible quepa tanta energia en un ser humano.

Y sin embargo, estos ejemplos se reproducen con frecuencia. Una persona á quien hacen, no un agravio, sino á quien causan un pesar que le debora y destroza el alma, parece fuera del órden regular que estando dotado de una sensibilidad tan esquisita como la que ha demostrado Ludomilia se torne despues en dura, inflexible y hasta sanguinaria. Parece que lo natural era que mientras no se estinguiera de su mente idea tan triste, se doblegase al pesar y al sentimiento. Pero la vemos en sentido opuesto sacudir aquel afecto tierno, para dar lugar á todo lo contrario: á actos inhumanos y á veces de estremada barbarie.

Ludomilia reunia infinitos elementos para que esta reaccion en ella fuese temible. Combatida continuamente del desprecio y el abandono de su marido, ajado su amor propio del modo que no perdona jamás una muger... si alguna vez la concedió un remoto favor, fué valiéndose ella de artificios y engaños. Despues la trataba como un juez inflexible, y hasta se creia con derecho á atentar á su vida para castigarla. Y por qué delito? Porque ella ha procurado curarse con otro de la indiferencia, el desprecio y las humillaciones que sufria.

Por último la quitan el amante y le arrebatan á su hijo.

Ludomilia se decide á imitar á la leona á quien roban del antro sus cachorros, no á la tímida oveja que bala acobardada en el redil porque ha perdido á su cordero.

. . . . . .

Unos pasos precipitados de varias personas, se oyeron fuera de la habitacion donde estaba la duquesa é Inmegarda.

Los que eran se pararon y llaman á la puerta.

—Abre, Inmegarda, dice la duquesa con serenidad.

La doncella obedeció, y se presentan á la puerta el consejero Biling y varios pages y escuderos armados de

la servidumbre de palacio.

—Esperad á fuera, dijo el consejero á los que le acompañaban.

Despues dirigiéndose á la duquesa:

—Me permitis, señora? Le preguntó.

—Pasad, consejero, pasad... Contestó Ludomilia con calma. Aun es de noche y me estraña en verdad esta vista tan intempestiva.

—Vuestra alteza real no deberá desconocer el motivo que me conduce, sí, como lo creo, recuerda los acontecimientos ocurridos aquí esta noche... los que le suplico me ahorre el tener que referírselos.

—Hola! tambien estais enterado de ellos?

—Señora .. ya sabeis que el duque me honra, como ayo suyo, con tener en mí entera confianza.

—La que pudiérais haber empleado mejor en mi obsequio, advirtiéndome que me engañaba, que tenia entregado á otra su corazon cuando se unió á mí... Pero se me escogió por todos los que estaban en el arcano del Castillo del Aguila Negra para cubrir las apariencias, para presentarme al pueblo y á la Europa como un objeto que sirve para deslumbrar al que lo observa, y despues á su sombra proseguir satisfaciendo exigencias indebidas á costa de mis sufrimientos y amarguras. Oh! muy bien se ha negociado con los sentimientos de una infeliz muger sola, aislada... estrangera y sin otro patrocinio ni consuelo que la ingratitud, la falsia y la infamia de los que la han circundado. Bien se ha combinado la trama hasta conducirla al estado en que se ve, para ahora oprimirla, escarnecerla y ridiculizarla hasta lo infinito.

—Señora!

—Eh! callad... No me digais nada. Esas venerables canas que cubren vuestra cabeza que debian simbolizar la probidad, la honradez y la prudencia, están mancilladas, porque han demostrado en esta ocasion que habeis sido para mí todo lo contrario. Creyendo servir á vuestro amo me habeis vendido y engañado... Y quien

sabe si en este momento me vendeis tambien.

—Señora, estais ofuscada y no lo estraño... No es esta ocasion oportuna de haceros ver lo errado de vuestra conducta. Mi encargo se redude ahora, de parte de su alteza real á preguntaros qué retiro, por vida, quereis escoger, para conduciros á él.

—Qué retiro?... Pregunta tan necia como indiscreta... Mi cámara del palacio de Ravensberg... Os parece bien que despues que tantos desprecios he sufrido de mi marido, se añada ahora el escándalo tambien á estos acontecimientos. Id y decidle que para no verme ni tratarme como hasta aquí, lo mismo es mi cuarto en el palacio de Ravensberg que el mas humilde rincon del gran ducado... Y si se me pone por precepto real abandonar la corte, que me envie con mi hermano Lorenzo que desde allí haré saber á Ravensberg y á la Europa entera para lo que quiso unirse á mí el duque Othon.

El consejero conociendo que el ruido en lance tan delicado seria en estremo perjudicial, se mostró propicio á lo que la duquesa solicitaba, encargándose de convencer al gran duque, pues efectivamente para no ver ni tratar á Ludomilia lo mismo tenia que habitara en el palacio de Ravensberg que en otra parte.

Al amanecer entró la gran duquesa en palacio mandando antes retirar todas las guardias y ugieres que pudieran notarlo... Su servidumbre se trasladó despues aquel mismo dia, de modo que la noticia, cuando circuló por la mañana en la córte, fué una verdera sorpresa.

Parece prudente que Ludomilia hubiese escogido para su retiro, la misma quinta del Recuerdo y no el palacio de Ravensberg, pero llevaba en eso otro objeto muy diferente del que espuso al consejero, y el cual se verá mas adelante.

XXXIII.

El Castillo del Aguila Negra.

NTRE las muchas posesiones que concedieron á los caballeros Teutónicos en Italia, Alemania y Hungria, el papa Honorio III y el emperador Federico II, se contaba el castillo del Aguila, construido por los primeros. Tambien es sabido que estos mismos reyes otorgaron por ese tiempo á los caballeros que colocasen en sus armas un águila, y de aquí es el denominar á esta forlaleza así.

El vulgo, y en aquella época de oscurantismo y atraso, era demasiado preocupado para no dejar de dar importancia á la cosa mas sencilla, y un carácter maravilloso á lo que fuese mas natural tambien. Vamos á dar una idea de por qué el populacho aumentó el nombre de esta fortaleza.

En 1331 residia Wernero de Orselen, gran maestre del órden Teutónico, en su magnífico palacio de Marien-

burg en Prusia. Antes que aconteciese la infausta muerte del maestre, se veia comunmente todas las tardes al ponerse el sol, sobre una de las torres mas elevadas del castillo, un águila negra que se posaba allí, sin duda para pasar la noche en aquel punto, y por la mañana desaparecia hasta que volvia á la hora de la tarde.

Aquello llamó la atencion de los aldeanos de las cercanias, y tanto que pronto se estendió á los habitantes de Ravensberg... Se empezaron á hacer comentarios y observaciones, hasta ver de qué lado venia el águila, y al notar que la Prusia caia hácia aquella parte, conjeturaron que era mensajera de algun acontecimiento infausto á los caballeros de la órden y que por eso se paraba en la torre de uno de sus castillos.

A los pocos dias vino la noticia de haber muerto á manos de uno de sus caballeros el gran Maestre Wernero de Orselen, y justificaron sus augurios.

Otra circunstancia contribuyó á favorecer esta persuacion. El matador fué conducido á una de las prisiones del castillo, y se le miró con asombro, asegurando que el espectro del gran maestre se le aparecia á su asesino para reconvenirlo de tan enorme crimen.

Desde entonces se llamó á la fortaleza *el Castillo del Aguila Negra*, y no se consideraba sino como guarida de espíritus sobre naturales, centro del horror, ó de algun acontecimiento funesto.

Por lo que deberá conjeturarse si la conducta de Othon en él infundiria respeto, y hasta cierto pavor interior, aun en algunos de sus cortesanos.

En uno de los calabozos mas profundos de esta fortaleza, en el mismo tal vez donde habia acabado sus dias el matador del gran maestre que hemos mencionado, existia un hombre... si existir se llama no ver en torno de sí mas que una oscuridad profunda; respirar una atmosfera glacial y fétida, tocar con sus manos los pesados hierros que oprimian sus miembros, y tener presentes recuerdos lisonjeros y entusiastas, horas de placer, favor y deleites, perdidos ya... En una palabra, estar gozan-

do las delicias de un sueño lisonjero, bello y casi divino... sentir los transportes hechiceros de una felicidad poco menos que celestial, y despertar en un caos de tinieblas, tormentos y negras imágenes que le ofrecian su porvenir.

Luitzpoldo With, aquel jóven capitan tan bizarro, bello y airoso; en el que cifraba su complacencia la primera muger de la córte de Ravensberg... el que llegó á obtener el favor mas encumbrado y envidiable, como fué que esta muger le hiciese padre; aquel mancebo galante cuya hechicera cabeza cogió ella tantas veces entre sus delicadas manos para cubrir de ardientes besos sus sonrosadas mejillas... ahora tendido sobre las losas de un húmedo calabozo, tiene su rostro ensangrentado pegado al detestable pavimento que le sirve de lecho... no para descansar de sus fatigas y sombrios pesares, sino para dar latitud á sus tormentos... impulso á su desesperacion.

—La muerte es lo menos, decia... Morir, aunque sea sensible en la juventud, hay casos en que se debe preferir á los padecimientos del alma... Pero sufrir, ser juzgado como criminal... y de un crímen tan detestable!... Ah! yo debí preveer el término que debia tener esta malhadada inclinacion!... Amar á una muger cuyo dueño lleva una corona... esto, si lisonjea, tambien tiene por premio la deshonra, la muerte, y con ella el desprecio y las maldiciones de todo un pueblo.

Y sin embargo, yo incauto de mi, no reflexioné que mi carrera de honor, gloria y esperanza, si bien por ese medio, medio mezquino y detestable para engrandecerse y que jamás he querido usar de él, podia llegar á ser, tambien envolvia la persuacion cuyos efectos esperimento.

Luitzpoldo no se sentia con fuerzas para arrostrar las consecuencias de su indiscrecion. Satisfecho su deseo con respecto á Ludomilia, si bien al seguir disfrutando de sus favores lo hacia arrostrar los pequeños riesgos de visitarla de noche en la quinta del Recuerdo,

ahora que estos habian tomado un giro tan grave, y de no lisongero aspecto, se arrepentia interiormente de haberse sacrificado en la primavera de su juventud, á una inclinacion, sin otra solidez en su fundamento, que saciar un apetito desordenado.

Aun cuando el amor le dominara en términos tales que degenerase en pasion, las frias losas de su calabozo abrieron su raciocinio á la luz de la razon y la prudencia. Él no podia aspirar á otra cosa ya con aquella muger mas que hasta donde habia llegado. Su elevacion si bien ella la intentó, hubo quien tuvo maña para destruirla... Casarse con la gran duquesa, si el duque fallecia, era imposible, porque aun cuando ella quisiese, qué vida, qué porvenir podia disfrutar á su lado? Leonelo, su antiguo amante, los perseguiria en todas partes, haria una manifestacion pública del trato reprobado que habian sostenido, descubriria que el fruto de tan criminales amores era el que creian hijo del duque de Ravensberg, y su nombre á par del de Ludomilia, cubierto de ignominia y baldon tendria que arrastrar así una vida destestable y de maldicion, una existencia de disgustos continuos, y pesares anticipados.

Se convenció al cabo, que habia errado miserablemente su direccion, por un capricho producido por la edad y el antojo.

Luitzpoldo no poseia las ideas viciadas y detestables del baron de Colember; y por lo tanto, su ceguedad no podia ser tan permanente y funesta.

Sumergido en estas reflexiones pasó varios dias, en que solo se le presentaba el carcelero que le entregaba su alimento, y sin hablarle una palabra volvia á salir.

Lo único que le acongojaba era la lobreguez del calabozo, pues no le entraba luz por ninguna parte.

Una noche, no muy tarde, pero no á hora acostumbrada, sintió correr los cerrojos y las barras de su encierro.

Alza la cabeza que tenia apoyada entre sus manos, sentado sobre el lecho, cuando á los rayos que despedia

la luz del carcelero que venia delante, divisa una dama.

Se incorpora repentinamente creyendo que era Ludomilia.

—Os habeis engañado, Luitzpoldo. Quizá de la que habeis creido no os seria tan lisonjera la visita como os puede ser la mia... Conocedme.

Y cogiendo la linterna del carcelero, se la aplicó ella misma al rostro, y Luitzpoldo notó con asombro á la marquesa de Korvei.

La luz habia, en el momento de entrar, dado de lleno sobre el rostro del capitan, de modo que Sofia leyó perfectamente en él la emocion que le causó su visita.

—Perdonad, señora, dijo Luitzpoldo, una equivocacion involuntaria... Teneis razon... Tal vez me sea mas grata vuestra presencia... porque vos no llevais nunca en pos, mas que la beneficencia y el consuelo.

—Salid... repuso la marquesa al carcelero.

Este colocó la luz sobre un poste, de modo que solo alumbraba el parage donde se hallaban los dos: lo demás del calabozo estaba oscuro.

La marquesa se sentó.

—Y sin embargo, me han calumniado con vos, Luitzpoldo: me han puesto en un concepto injusto é inmerecido cuando he tenido vuestro secreto guardado en el corazon desde antes de la batida de la selva de Roden... Cuando he permitido indebidamente que vuestro hijo pasase por el heredero de Ravensberg, cuando poseia pruebas para acreditar lo contrario.

—Vos, señora?

—Sí, de la misma Ludomilia... pero os he compadecido... y á ella tambien. A vos por vuestra incauta necedad... á ella por la fatalidad que le acosa. Creeis que debajo de ese firmamento tan estenso, de ese manto divino tachonado de esos brillantes astros que revelan la omnipotente grandeza de su Creador, puede existir el crímen oculto mucho tiempo? Os engañais!... Y sin embargo vos habeis apurado las heces de ese amargo caliz, aun cuando hayan estado mezcladas de lisonjeros delei-

tes... y abominables placeres. Satisfacer los estímulos que hacen concebir una inclinacion reprobada, no es grato, Luitzpoldo... Si al principio nos brinda y ofrece sus delicias, despues queda el detestable sinsabor de la vergüenza y los remordimientos.

—Es verdad, señora.

—Sin reflexion, sin tino y sin cordura habeis procedido los dos. La duquesa olvidó que habia entregado en Ferrara su fé, y algo mas, á un hombre de ilustres antecedentes, y que este hombre ofendido por ella, si pudo respetar los sagrados derechos de un esposo, habia precisamente de combatir los deleites criminales de un adúltero... Buscó medios y he aquí los resultados.

—Ah! Con que él ha sido!...

—No ha sido él... sino su resentimiento, su doble defensa, porque la duquesa para coronar su indiscrecion se puso en oposicion directa con él... trató de desterrarlo de Ravensberg, haciéndolo hasta odioso al gran duque.

—Ludomilia!...

—Sí... pero no es esto precisamente de lo que vengo á tratar aquí... sino de vos.

—De mí!... Y para qué... Mis esperanzas todas han fenecido ya.

—Debia ser así... si el duque, despues de contenido por mí, no poseyese un corazon benigno y generoso. El os perdona, Luitzpoldo...

Este hizo un movimiento de sorpresa.

—Sí, os perdona, y en ello dá una prueba de ser mas grande que los agravios que ha recibido.

Pero este perdon tiene sus condiciones... Cuales os las diré despues. Ahora quiero preguntaros, si os costaria mucho sacrificar el amor de Ludomilia á vuestra salvacion.

Luitzpoldo miró receloso á Sofia, como queriendo adivinar el movil de aquella pregunta.

—No me contestais? añadió la marquesa.

—Dudo qué giro dar á la respuesta que me exigis.

—Muy sencillo... El que os dicte vuestro corazon... porque yo vengo á salvaros... Pero á un precio que ignorais... ó mas claro, si dais una prueba, como caballero de honor, de arrepentimiento y olvido á lo pasado.

—Si no es mas que eso lo que deseais, la doy. Empeño mi palabra de no volverme á ocupar de nada de eso.

—Es que no creais que es á vos este obsequio... Es al hombre benéfico que, juez y esposo ofendido, puede tomar una venganza justa y sangrienta... Venganza admitida y que reclama el crímen que habeis perpetrado... Pero para dar ensanche á ese espíritu de generosidad que le domina, para quitarle todo motivo forzoso de ser justiciero, alejando el menor recelo, el indicio mas leve, que lo denigre y ridiculize, es fuerza que vos seais el que vayais delante en la senda que le he indicado... El que la surque primero. Pero no por recurso ni necesidad de salvar la vida, sino por conviccion íntima de su inimitable proceder, por agradecimiento y deber.

—Os lo juro. El sacrificio mayor que pudiera imponérseme seria el de mi vida; y esa, vista la beneficencia del gran duque, la ofrezco en su obsequio.

—No es vuestra vida la que él quiere de vos, sino vuestro arrepentimiento. La vida la tiene en su mano, porque el delito que habeis cometido es doble... es de aquellos que no admiten disculpa ni disimulo. Habeis atropellado su honor y le heristeis además alevosamente indefenso y sin que os haya provocado. Habeis faltado al respeto y á la fé de súbdito, al deber de caballero, y vuestra cabeza pertenece á la ley sin escusa ni perdon.

—Ya lo sé.

—Y á quien habeis ofendido?... A un soberano tan bueno... tan digno de respeto y amor... Al que, tanto á vos como al menor de sus súbditos, dá cada dia nuevas muestras de paternal benevolencia. No os estremecia la idea de ir á herir en la parte mas sensible para el honor de un hombre, á aquel que merece casi tanta veneracion en la tierra por sus virtudes como Dios? Además, no es su persona sagrada é inviolable por los preceptos divinos?

Luitzpoldo.. tambien fuísteis ingrato!... Tambien habeis ahogado ese sentimiento noble!... Vuestra ceguedad ha sido inaudita.

—Sí, lo ha sido... lo confieso... Qué quereis de mí? Un error de la inesperiencia... un estravio!... Si yo hubiera tenido quien me hubiese hecho ver mi culpa!... Por qué las saludables palabras que me dirigís ahora no llegaron antes á mis oidos!... Pero todo lo contrario, señora. Me cubrian de flores el camino de mi perdicion... La boca del abismo en que me iba á precipitar.

—Y de qué hubieran servido mis palabras? de nada. De avivar mas la llama voluptuosa que ardia en vuestro pecho. Ahora las escuchais con atencion, ahora conoceis su valor, porque la misma enormidad del delito que habeis cometido, al ponerse delante de vuestra vista, os hace ver toda la gravedad de él... Las tristes consecuencias que ha producido... y que pasarán mas allá si no os someteis al último recurso que os resta.

—Hablad, señora...

—Hay una persona, que, á pesar de todo, se ha dirigido al gran duque, ha vencido su rubor al saber la suerte que os esperaba, se ha echado á sus pies, ha llorado, suplicado, y no se ha levantado hasta obtener vuestro perdon.

—Quién?

—Ya lo sabreis. Esa desgraciada os ama... os ama con ternura y vehemencia... Su amor puro y desinteresado fué sorprendido por mí. La he consolado en su desgracia... cuando os veia, no en los brazos de otra porque lo ha ignorado siempre, sino indiferente, á su entender, á sus suspiros. Pues bien, ella sabe por mí, no los pormenores de vuestra prision, sino que estais acusado de un delito de estado y que vuestra cabeza peligra... Entonces ya no tuvo reparo en publicar su amor, y ha demandado el perdon del hombre que ha sido tan ingrato para ella.

—Y quién, quién es ese ángel de beneficencia y consuelo? Esa muger celestial?

—Sí, verdaderamente celestial, porque tal estremo de fineza y generosidad es sobre humano... Mas, no adivinais quién pueda ser esa hada bienhechora?

—Ah! Nombradla... nombradla, señora! que yo tenga el placer siquiera de conocer su nombre.

—Isabela Montabourg!...

—Isabela!! Una de vuestras damas de honor... La mas hermosa de todas...

—Y la de mas bello corazon!

—Ah! sí, sí! Criatura encantadora!... Y yo no he sabido comprenderte!... Y yo, miserable de mí, huia del paraiso para precipitarme en un caos de zozobras y tormentos! Ah! cuán feliz hubiera sido con ella!...

—Y sino fuese tarde, Luitzpoldo?...

—Qué decis, señora? Vuestros labios no se abren esta noche mas que para la ventura y el consuelo?... Hablad... hablad...

—Si yo pudiese estar cierta de que desterrábais de vuestro corazon la imágen de una muger, que ni puede ni ha debido ocuparlo jámas; si oyeseis la voz del honor... si diéseis una prueba segura, exacta de olvido, de indiferencia á lo que os ha puesto en este estado, Isabela seria vuestra.

—Sí!...

—No lo dudeis...

—Pero esa prueba?...

—Aquí está... Leed...

Sofia sacó un pliego, el cual puso en manos de Luitzpoldo.

En seguida cogió la linterna, y le alumbró para que lo leyera, pues sus cadenas no le permitian llegar á donde estaba la luz.

Al mismo tiempo que iba leyendo Luitzpoldo daba muestras de sorpresa.

Un momento estuvo pensativo depues de leer.

La marquesa lo observaba mudamente.

—Estoy pronto á todo, señora, prorrumpió con resolucion Luitzpoldo. Ningun sacrificio hago, que no cum-

pla en él con mi obligacion. El reconocimiento y el honor me lo dictan... y si por un momento he olvidado que soy caballero, quiero ahora borrar enteramente el recuerdo de mis pasados estravios haciendo ver, que aunque tarde, he escuchado la voz de mi deber.

Solo una cosa me contrista... Soy padre por desgracia, señora... y ese inocente y desventurado fruto, no debe padecer los efectos de la culpa que han cometido los que le dieron el ser.

—Ese hijo será de Isabela tambien... yo me encargo de ello. No lo habeis leido así?

Las puertas del calabozo se abrieron de par en par presentándose Isabela Montabourg, acompañada del consejero Biling, el Arcipreste de Ravensberg, el carcelero y cuatro dependientes suyos con luces.

Isabela al ver á Luitzpoldo de aquel modo, dos torrentes de lágrimas inundaron sus hermosos ojos.

El consejero Biling, que estaba desde la puerta de la prision escuchando la conversacion de Luitzpoldo y la marquesa, habia, por acuerdo anterior de esta, enterado á Isabela, de un secreto que tenia que saber por fuerza antes de entrar en el calabozo de Luitzpoldo.

El carcelero quitó á este los hierros, mientras el consejero Biling, primer notario de su alteza real el gran duque, leia en alto un contrato de matrimonio.

Acabado lo firmaron Luitzpoldo, Isabela y la marquesa, quedando el lugar para la firma de otra persona que debia hacerlo.

El Arcipreste unió en seguida á Luitzpoldo con Isabela, y acabado el acto, este firmó el pliego que Sofia le dió á leer poco antes.

Todos salieron de la prision, sin reparar en un hombre embozado en su capa, que cuando entraron los últimos, estaba en un rincon del calabozo, oyendo lo que Sofia hablaba con Luitzpoldo y que despues se puso en el dintel de la puerta.

La marquesa fué la última en salir y al emparejar con el embozado le dijo:

—Estareis ya contento, monseñor.

—Y quién no pudiera estarlo al ver y admirar vuestro inimitable talento?

—Mucho me lisonjeais.

—No es lisonja el tributo que se rinde al mérito.

—Basta ya.

—Ah! por qué no os conocí antes, marquesa?

—Para qué?

—Para haberos consagrado mi vida eternamente.

—Dejemos eso ahora y pasemos á lo que mas interesa: tomad el pliego que ha firmado Luitzpoldo... esto creo que vale algo.

—Oh! y tanto!... Se lo entregaré yo mismo en persona.

—Quereis abatirla mas aun?

—Señora, me declaró la guerra... y yo no hago en ello mas que mi deber... El triunfo será del que lidie mejor.

—O del que tenga mejor suerte.

—Sea lo que sea... veremos Dios mediante.

Este adalid incógnito era Leonelo.

XXXIV.

Enemigo generoso.

Othon, desde el acontecimiento de la quinta del Recuerdo, no habia querido ver ni hablar á nadie mas que á la marquesa, al consejero Biling y á Leonelo.

Metido en su cuarto se entregó á una melancolia profunda, considerando lo grave de los acontecimientos pasados y que para hacer justicia contra la duquesa, su conciencia le presentaba su conducta con ella haciéndole unos cargos demasiado poderosos.

Si Othon hubiese tenido otro carácter menos bondadoso, desde luego no se hubiera detenido en estos escrúpulos, habria hecho sentir á los que le habian ofendido el rigor de su justicia, satisfecho su venganza y acallado algun tanto el acervo dolor que le destrozaba el alma.

Los consejos y persuaciones de Sofia, Biling y Leo-

nelo, eran su único consuelo, en particular los de la primera, á quien consideraba su oráculo, y respetaba como á tal.

La marquesa se condujo con cuanto tacto y prudencia se necesitaba caminar en aquel asunto. Castigar severamente á la duquesa y á su cómplice era provocar un escándalo en el pueblo y en la corte, desfavorable á todos.

Negar la existencia del niño tan repentinamente, lo mismo; así lo que se debia hacer era quitar las arma posibles á la murmuracion y al encono.

El embozado que el duque encontró en la escalera de la quinta le dió que pensar al pronto, pero luego conjeturó que podria ser muy bien el príncipe de Marck, á causa que ella sabia que faltaba ya algunos dias de su castillo.

Lo primero que le hizo firmar al duque fué el decreto levantándole el destierro al príncipe, y mandándole venir á ocupar su puesto en el consejo, pues lo exigian los intereses del estado.

El objeto de Sofia era tener al príncipe á su lado pues le convenia en aquellas circustancias. Nunca habia aprobado la determinacion de Othon en separarlo de la corte, porque como Sofia tenia dicho al duque y al consejero Biling mil veces, el príncipe era un enemigo tan temible que era necesario tocar con él los estremos. O ponerlo bien retirado donde no pudiese tener esperanzas de volver, ó muy cerca, para espiarlo constantemente, y estarle leyendo en el rostro á cada instante sus proyectos é intenciones.

Pero á Sofia le engañaba en esta ocasion su cálculo. El príncipe deseaba tener un pretesto para venir á la corte, y ella misma acababa de favorecer sus miras. Los planes infernales que en la actualidad abrigaba el príncipe de Marck, Sofia no podia, ni aun remotamente, imaginarlos, porque no cabia en su cálculo que un hombre como el príncipe encerrase un fondo de maldad tan detestable.

Pero el príncipe era ambicioso en demasia y estaba ofendido por haberlo desterrado; dos circunstancias poderosas para que hiciese una guerra encarnizada á su sobrino.

El asunto del himeneo de Luitzpoldo habia sido todo manejado por la marquesa. Al dia siguiente se publicó en la corte su casamiento con Isabela Montabourg... y los nuevos esposos besaron la mano al duque.

Othon al ver á Luitzpoldo palideció en términos que casi se sintió desfallecer. El jóven capitan al notar el estado del duque, se sintió conmovido tambien en unos términos, que al hincar la rodilla en tierra, creyó que sus fuerzas iban á abandonarle.

Othon sin decirle una palabra, le entregó un pliego cerrado, confiriéndole el grado de general, y mandándole salir para la frontera de Brunswick.

A una muestra de generosidad tal, al conocer Luitzpoldo que la mano que justamente podia esterminarlo, no solo lo salvaba sino que lo elevaba tambien, un sentimiento dulce de reconocimiento le hizo otra vez caer á las plantas del duque, y bañando sus manos con lágrimas de placer, esclamó:

—Ah! señor... Sois en estremo indulgente y generoso... Castigais perdonando, señor. Bien representais la imágen de Dios en la tierra.

—General... le dijo el duque. Si mi ofensa ha sido grande, yo quiero mostrarme mas grande que mi ofensa. Si soy esposo, tambien soy soberano... procurad borrar la huella de lo pasado.

—Con mi sangre os ofrezco hacerlo.

A los pocos dias Luitzpoldo salió para su destino acompañado de su esposa, á la que antes colmó de favores la marquesa.

Como la prision de Luitzpoldo fué tan corta por dictámen de la marquesa, aunque se notó su falta en la corte, Sofia la cubrió con una disculpa que hizo circular por Leonelo y el consejero. Inmegarda estaba amonestada por el duque. Frugoni y Venneti, que ignoraban

tambien el fundamento de lo ocurrido en la quinta, además de estar prevenidos por Leonelo, no se asociaban en palacio con ninguno de la servidumbre, porque eran poco amigos de los alemanes.

Por otra parte, estos servidores fieles del conde de Polesino, ni se metian jamás en averiguar la causa, ni prevenirse contra los efectos de ninguna empresa que les mandaba acometer. Pasada esta, todo su conato era beber y gozar, y si hablaban de algun lance que les habia ocurrido, era entre ellos y sin dar parte á ningun estraño. Eran, en fin, unos seres aislados en la sociedad, viviendo para sí y para el que les pagaba.

La elevacion de Luitzpoldo no dejó de hacer ruido en la corte, y mas que todo su casamiento. El baron de Colemberg, asombrado mas que otro de ello, pidió esplicaciones á la marquesa, pero esta, mostrándose indiferente, le contestó que esos eran golpes de estado. Que el capitan habiendo sabido por ella que Isabela Montabourg lo amaba, habia aceptado su mano y como regalo de boda el grado de general, admitiendo esto por mas positivo, que no unas relaciones peligrosas que mañana serian descubiertas por el duque, y que podrian tener muy fatales consecuencias, no solo para los que las sustentaban, sino hasta para los que tuviesen conocimiento de ellas.

El baron, á estas últimas reflexiones de la marquesa, tembló por la parte de confidencia que tenia en el asunto.

—Sois la suma cordura!... El talento personificado, marquesa, le dijo Colemberg. Habeis dado un corte maravilloso á un asunto que verdaderamente se iba complicando cada dia mas, y que, efectivamente, no podia tener buen desenlace... Pero para ello es necesario poseer ese tacto tan fino que os adorna... Esa consumada sabiduria que os hace tan superior á todas las de vuestro séxo.

Al prodigar el baron tales lisonjas á la marquesa, sentia lo contrario, porque le supo muy mal el término de los amores de la duquesa y Luitzpoldo.

—Y decidme, preguntó á Sofia, la duquesa lo sabe?

—No tardará en tener noticias de ello.

—Y quién se comisionará para darle tan plácida nueva?

—No faltará.

—Siempre sereis vos.

—Veremos... Por lo demás, baron, yo creo que no será necesario encargaros la reserva y el silencio. Y ya que Othon lo ignora, no vayais con alguna indiscrecion á esponer vuestra cabeza y la de Luitzpoldo.

—Eso solo me hará callar, porque lo que es el duque, me tiene altamente ofendido con el desaire que me hizo, despojándome del grado de mariscal que me dió la regencia.

—Aun no es tarde para que lo obtengais, pero para ello se necesita que os conserveis en buena armonia con todos, en particular con el consejero Biling.

—Sí, ya sé que fué él quien me hizo entonces la guerra en la regencia, y quien aconsejó al gran duque mi deposicion. Si el consejero no fuera tan viejo ya se lo hubiera yo agradecido de otro modo.

—Mal hecho, siempre debemos respetar y procurar tener por amigos á los que saben mas que nosotros. Es falta de cordura, y hasta toca en idiotismo, chocar abiertamente con quien posee la ventaja del talento. Sus recursos son mas inmensos que los de nuestra ignorancia.

El baron, aunque estaba persuadido de esto, y deseando cumplir lo que acababa de insinuarle Sofia, se disponia á callar, pero sin perjuicio de desquitarse con la duquesa murmurando de todos, y lisonjeándola, porque era su costumbre inveterada y pasaba en ello la mayor parte del tiempo.

Ludomilia retirada tambien en su cámara, no salia de ella por mandato espreso del duque, y solo con Inmegarda solia tener sus conversaciones privadas. Ya habia preguntado varias veces á esta por Luitzpoldo, pero la doncella le contestaba que nada sabia, porque allí no entraba otra persona á hablar con ella ni á comunicar-

le órdenes, mas que el consejero Biling.

Esta reclusion cruel ocasionaba á la duquesa una mortal desesperacion... La incertidumbre por el destino de Luitzpoldo y su hijo la tenian en estremo abatida. No permitiéndola tratarse con nadie de la corte, no le era posible que llegasen á sus oidos, entre aquellas paredes, una voz, un eco que le hiciese saber, aunque remotamente, de unos objetos tan interesantes para ella.

Varios cortesanos ignorantes de su aislamiento, habian pretendido entrar á hacerla la corte, pero lo escusaba Inmegarda con que su alteza real no podia recibir porque estaba indispuesta.

La duquesa no sabia que partido abrazar. Tan pronto pensaba hablar á la marquesa de Korvei y pedirle informes, como solicitar de su marido que pusiese un término á aquel estado de inaccion que la consumia. Aunque sus derechos de amante no podia hacerlos patentes, los de madre sí... y reclamar el saber donde existia el hijo de sus entrañas.

Un dia entró Inmegarda y le dijo:

—Señora, algo os puedo participar del caballero Luitzpoldo... Anoche, al cruzar yo uno de los corredores del palacio, ví parados en conversacion á los dos criados de monseñor Leonelo me quedé un poco detenida detrás de una columna y pude coger estas palabras, entre otras que decian en voz baja:

—«El pájaro voló ya... y eso que estaba bien asegurado en un calabozo del castillo.

—«Sí, pero es porque le han dado libertad, por lo que ha dicho monseñor, bajo unas condiciones muy severas.

—Yo recelosa no me viesen, me separé de allí á toda prisa, conque calculo hacian alusion al caballero Luitpoldo preso allí.

Ludomilia á estas palabras estuvo un momento reflexionando sobre ellas, y poniéndose en su bufete escribió á su marido:

«Vuestra alteza real habrá meditado como yo, que

si debemos evitar todo motivo de sospecha y murmuracion, mi residencia en palacio con tal aislamiento, no puede durar mucho, sin que yo tenga que asistir á aquellos actos indispensables que las etiquetas de la corte exijen.

«Por lo tanto, he pensado trasladarme otra vez á la quinta del Recuerdo: y vuestra alteza real á este fin podrá, para su seguridad sobre mi persona, tomar las precauciones que juzgue conducentes.—Ludomilia.»

El duque á la lectura del billete no se atrevia á decidirse, pero acordándose de que la duquesa no podria hacerlo ahora con el objeto de verse otra vez con su amante, pues para el entender de ella se hallaba preso, si bien casado y fuera de la corte, y sí por lo que manifestaba en su carta le otorgó la peticion.

Aquel mismo dia se divulgó que la gran duquesa se volvia á la quinta porque su salud en palacio se iba visiblemente quebrantando.

Othon le permitió, por dictámen de la marquesa, llevar toda su servidumbre completa y además algunos gentiles hombres que la acompañasen, menos el baron de Colemberg, pues á este dijo Sofia que lo necesitaba en palacio para asuntos de importancia.

El objeto era evitar que viese á la duquesa por algunos dias nada mas.

XXXV.

Un golpe certero.

Dispuesta ya la partida, Ludomilia se hallaba muy complacida de que así se efectuase, pero con lo que no contaba ella fué con que al bajar la escalera del palacio y al ir á entrar en el coche, viese al pié del estribo ofreciéndole la mano para subir, á monseñor Leonelo conde de Polesino.

Inmóvil y absorta dudó un momento si tomaria la mano ó no.

Leonelo notando su indecision, y que los observaban además, le dijo con maligna sonrisa:

—Señora, ved que aguardan... No os dignareis favorecerme aceptando mi mano?...

—Por qué no? le contestó devolviéndole la sonrisa. Teneis además un asiento en mi coche... Hacedme el placer de acompañarme en él.

A pesar de su palidez, ocasionada por los acervos

pesares que habia sufrido aquellos dias, Ludomilia estaba hermosa é interesante.

La mirada que lanzó á Leonelo al brindarle el asiento del coche, hubiera trastornado á otro mas incauto y menos previsor que el conde Polesino.

—Esto es mas de lo que yo puedo merecer. Le contestó este, y entró en el coche.

Inmegarda que debia ir con la duquesa, se trasladó á otro carruage, quedando solos en aquel Ludomilia y Leonelo.

Partieron en fin, y la duquesa mandó echar los cristales.

Breves momentos estuvieron mirándose sin hablarse... porque el conde iba colocado en frente de Ludomilia.

Al cabo esta rompió el silencio.

—Jamás pude presumir verte en ese lugar y del modo que lo ocupas... Ya estarás contento habiéndome puesto en el estado en que me encuentro, porque á tí tambien debo mucha parte de mis infortunios.

—Solo una cosa puedo darte por respuesta, Ludomilia... Repetirte ciertas frases que te dije en tu cámara de Ravensberg. «Nos conocemos hace siempo... y tan de cerca!»

—Y qué quieres decir con eso?

—Que las apariencias y el fingimiento entre nosotros están demás. Aquel dia se decidió el rompimiento de esta lucha... Se enarboló el pendon de guerra entre nosotros... y yo estoy persuadido que no cejaremos ninguno ya sino en el sepulcro.

—Tan empeñado estás en llevarlo á cabo?

—Oh! te he dicho ya que sé con la muger que lidio. Tus recursos han sido inmensos... es verdad... Has echado mano de cuantos resortes te ha inspirado tu talento y poder para combatirme... No te ha faltado mas que asesinarme... y eso en poco estuvo que lo lograras, cuando me quitaste mi hijo. Hiciste que mi casa se incendiara, me arrebatastes el único consuelo de mi vida

al hijo de mi amor... te rendiste á otro hombre á quien nada debias mas que una inclinacion caprichosa, para escarnecerme y despreciarme... Has ejercido, en fin, cuantos estremos estaban á tu alcance para injuriarme y hacerme sentir tu colera... y todo lo he sufrido con valor é imperturbable constancia. Para que en contienda tal se pueda obtener la victoria, se necesita consultar antes las fuerzas del contrario... y eso es lo que tú no has hecho, Ludamilia.

—Por qué?

—Y me lo preguntas? Confiabas en la amistad para derrotarme, y te he separado de ella. Pensastes, calumniándome, arrojarme de Ravensberg, y te quito tu amante. Me privas de mi hijo, y te arrebato el tuyo... Me destrozastes el corazon, contrayendo unas relaciones criminales, y hago pedazos el tuyo con el mismo puñal que usastes... con el del resentimiento y los celos.

—Qué me dices? Preguntó sobresaltada la duquesa.

—Ah! Imaginabas que tan amargos momentos, tan acerbos sinsabaros como me has hecho sufrir, no habia de procurar vengarlos? Hay agravios que no se olvidan jamás: y añadirles el descaro y la insolencia es doble culpa. Cuando hay quien se complace en lacerar el alma de un desventurado... cuando se hace alarde con descaro y villania de estár devorando á mansalva el pecho del que sufre, qué debe estrañarse que el que padece no olvide ni perdone jamás?... Pues bien, he aquí lo que he hecho yo... No olvido ni perdono.

—Eres un enemigo franco, cuando menos.

—Y tú una muger desnaturalizada, y empedernida hasta lo sumo.

—Será todo lo que tú quieras, pero yo si he olvidado tu amor ha sido porque con él querias sujetarme á una dependencia degradante... y que yo no podia admitir de ningun modo.

—Ni yo al exigirlo hice otra cosa, que probar si eras muger que conservabas en tu corazon la memoria

de aquellos afectos, que por deber y estimacion se reconocen, guardan y aprecian... Si eras capaz de sentir alguna vez en tu pecho una vislumbre de sensibilidad y amor.

—Pues ya ves como te has engañado... porque amo á un hombre mas que á mi vida.

—En muy poco la estimas entonces.

—Por qué?

—Porque tendrás que perderla muy pronto si la alimentas con su amor.

—Eh! vanos tomores.

—Realidades que se trocarán en desengaño.

—No te comprendo.

—Porque en el mundo... y mas ocupando en él puesto distinguido, para contraer esos compromisos... para cubrir ciertas exigencias, es necesario ver y meditar antes los resultados... Nosotros no somos ni aun dueños de nuestra voluntad... Hay un poder superior que dispone de ella... Estos son los lazos y obligaciones sociales, que reprueban ó rechazan cualquier afecto que anhelan satisfacer... el antojo, la aficion ó el capricho que deseemos lisonjear... Y por consiguiente, cuando mas confiados nos hallamos de haber conseguido nuestro objeto, cuando saboreamos con mayor placer la satisfaccion del triunfo, entonces un desengaño triste viene á derribar el edificio halagüeño de nuestra ilusoria ventura.

—Y tú habrás tenido presente esos pormenores... consultado esos inconvenientes... pedido permiso á esa sociedad severa y respetable para regir tus acciones. Por que ninguno mejor que el que dá el consejo, es el que debe adoptarlo para sí.

—Al menos he pensado con mas calma y detenimiento que tú.

—Y no has dejado ninguna circunstancia desentendida?... Todas las sendas están cogidas?... A tu parecer, me has aislado y estrechado en términos que no tengo por donde salir de tus manos.

—No me parece muy fácil.

—Y tienes razon... Segun tu cálculo, has dicho:

quitando á esta muger la estimacion y el respeto de su esposo... aprisionando á su amante... arrebatándola su hijo... qué le queda ya? Nada. Además, me resta el recurso todavia de denigrarla, vilipendiarla públicamente, si ella entreviendo algun arbitrio para satisfacer su agravio echa mano de él... No está mal combinado, y se conoce que has atado bien los hilos de tu intriga. Que te queda ya que hacer conmigo? Nada.

—Eso será segun tu opinion; pero aun me queda... sí... Y mira si soy contrario generoso, te lo aviso para que estés prevenida.

—Deveras?

—Y tanto... Oh! Es un plan que ni aun remotamente puedes imaginar, Ludomilia... Y es mio: mio solo el pensamiento... La ejecucion se confió á otra persona... porque los dos golpes mortales que has sufrido en el corazon, yo te los he dado... Y sabes por qué? Porque las úlceras que tú abriste en el mio fueron tan profundas que aun no se han cerrado... y yo quiero herir el tuyo de muerte... sin compasion... y con la sonrisa en los labios como hiciste conmigo... Me has enseñado y sigo la pauta que has abierto... el camino que me has indicado...

—En verdad que no imagino donde vas á parar ahora... Pero en fin, sea lo que fuere, mi alma está tan avezada á los padecimientos que, por mucha que sea la impresion que pienses ocasionarme, ya pierdes mas de la mitad de tu objeto. Así como yo, fundada en este convencimiento, aun no desespero todavia de conseguir algunas ventajas en mi posicion.

—Esperanza quimérica, Ludomilia.

—Qué quieres, Leonelo?... El reo que está al pié del patíbulo la conserva aun... y ni aun remotamente debe aguardar su salvacion. No sabes que la esperanza es la segunda existencia de todo ser racional?... Mas ó menos fundada... alimentada mas sólida ó vagamente, todos rinden culto á ese ídolo, y los desgra-

ciados son los adoradores mas ciegos que tiene. Nadie cree en la esperanza con mas vehemencia y fé que el infeliz. Pues yo me cuento entre estos, gracias á tí y á otras personas.

Leonelo, segun el sentido que Ludomilia dió á estas frases, conjeturó que alguna idea germinaba en la cabeza de esta muger vengativa.

Además, Ludomilia era italiana, Médicis, y él sabia, por sí, de lo que eran capaces sus compatriotas.

Los coches llegaron á la quinta del Recuerdo. Los criados y pages de la duquesa fueron colocados en las dependencias preparadas para ellos, pues la otra vez Ludomilia no habia traido mas que unas cuantas damas de honor y muy escasa servidumbre.

La duquesa quiso ahora colocar su lecho en la misma alcoba en que acostumbraba tenerlo Sofia; es decir, junto á la habitacion de la puerta rústica y los retratos; separándose tambien de la que tenia antes, que tan tristes memorias la ocasionaba.

Despues de mandar retirar á sus damas, y á los cortesanos que se le habian presentado quedó sola con Leonelo.

—Ya estás otra vez en la quinta del Recuerdo, Ludomilia, le dijo el conde. Efectivamente el nombre de esta posesion cuadra bien á los acontecimientos que te han pasado en ella. Momentos de placer y entusiasmo! Deleitables horas de recíprocos suspiros, de celestiales trasportes... de dichas inefables y de tan hechiceros encantos con tu Luitzpoldo, como las que pasábamos tú y yo en el palacio de Ferrara. Es verdad, que en aquellas noches de gloria y voluptuosidad, nosotros, jóvenes sencillos y sin esperiencia, girábamos alrededor de los placeres sensuales, como el insecto inocente, que, deslumbrado con la hermosura y esplendor de la llama, se aproxima tanto á gozar de ella, que si no pierde la vida, quema al menos sus alas, inutilizándose para posarse, como lo hacia, de rama en rama, de flor en flor, y quedar sujeto á la voluntad imperiosa de la necesidad que le po-

ne en aquel estado de esclavitud marcada. Tarde, por desgracia, conoce su error, y buscando donde huir de la mano que lo persigue, viene al cabo á caer en poder de ella... porque... no supo mirar tanto por sí... que se privó á sí mismo de lo mejor que la naturaleza le concedió... las alas para volar... y ser libre. Nosotros hemos hecho lo mismo, Ludomilia. Cuando la esperiencia y el conocimiento humano han venido á difundir en nuestra mente su divina luz y hemos pretendido volar, nuestras alas se han aniquilado al fuego devorador de una pasion insensata. Solo que tú quemastes las tuyas mas que yo las mias... y la prueba es, que he podido levantarme á mas altura que tú lo has heccho.

—No es lo peor que lo creas así.

—Sino que tú lo dudes, eh?

—Yo no.

—Ya comprendo tu intencion, duquesa. Pero no nos estraviemos de la conversacion anterior.

—Sabes, Leonelo, que me complace ahora tu conversacion mas que antes?

—Tambien lo siento.

—Por qué?

—Porque ya no puedo ocasionarte mas que disgustos con ella, si algun tiempo pudo hacer tu felicidad y la mia.

—Quién piensa ahora tan atrás?...

—Sí... ocupémonos del presente.

—Está claro: lo pasado se olvida.

—Niego absolutamente.

—Lo presente se goza.

—Así... así.

—En el porvenir se espera.

—Tal cual...

—Volvamos al presente.

—Volvamos.

—Prosigue.

—Decia antes, que el nombre de esta quinta tiene una analogia maravillosa para tí. Aquí la suerte juega

contigo á su placer. En ella has tenido horas enteras de gozar la felicidad, revestida de todas sus ilusiones. Las dulzuras del amor, los incomparables afectos de la maternidad... y al reverso de esta medalla, la zozobra el temor, el disgusto de la sorpresa, la desventura de perder tu hijo y la desgracia de herir á tu amante. No te queda nada mas que sentir en esta quinta, Ludomilia?

La duquesa á esta pregunta fijó en el conde una mirada de fiera.

—Por qué me dices eso, Leonelo?

—Porque quiero darte la despedida para marcharme.

—Acaba.

—No adivinas tú que pueda haber otro tormento tan amargo, ó quizá mas agudo que los que has sufrido hasta aquí? Otro dardo mas emponzoñado é insufrible, que perder un hijo y ver herido á un amante? Otra pena mas profunda para el corazon, porque la ponzoña incesante que la acompaña está compuesta con la cicuta de la desesperacion, por el desprecio, el olvido y la ingratitud? La pérdida de un hijo, si llega al corazon, no envuelve la hiel mortífera de la inconsecuencia... Ver caer herido á un amante, solo sirve este sentimiento para consolidar mas el afecto que se le profesa, porque la compasion y sus padecimientos obran en favor de él y de la inclinacion que abrigamos. Pero dónde hay nada comparable con el convencimiento, con la prueba de ser infiel, de faltar á la fé, á las promesas, á las mas austeras obligaciones, como tú lo hicistes conmigo, Ludomilia? De olvidarse de todo para lograr algo?

—No te comprendo.

—Porque no lo has padecido como yo... Pero imaginabas que habia de faltarme la compensacion, y á tí el castigo? No. Toma y confúndete.

Y le entregó el pliego que firmó Luitzpoldo en la prision.

—Conoces esa firma? le preguntó el conde.

—Si... es la suya!... la de mi Luitzpoldo.

—Ah! le llamas tuyo creyendo escarnecerme! Siem-

pre has de ser infeliz y miserable hasta el último momento. Lee... lee, desventurada.

La duquesa vió que decia asi:

«Un momento de error un capricho de la inesperiencia, me persuadieron que debia corresponder á la inclinacion criminal que vuestra alteza real me hizo concebir, señora. Sus efectos no necesito recordarlos á vuestra alteza real. Pero si es cierto que el cometer un delito es crímen, mas lo es, no abrir los oidos á las voces de la prudencia, la razon y el deber, mostrándose recalcitrante y pertinaz en la culpa.

«Todo me impulsa á suplicar á vuestra alteza real que borre hasta la idea de lo pasado entre los dos. Vuestra reputacion así queda mas asegurada en el secreto y el olvido, y yo no llevaré sobre mí mas tiempo, la carga insufrible de remordimiento tan atroz.

«Se me concede la vida por gracia especial... Se me dá una muger bella y virtuosa... Se me manda salir para la frontera de Brunswick con el grado de general... y todo á trueque de un olvido... del abandono de una causa criminal y digna de severo castigo... Muy fácil es la eleccion. La muger que se ha unido á mí me ama y yo estoy seguro que la querré tambien, porque su amor es sincero y sin otro interes que amarme.»

«Mi hijo me acompaña, porque le he dado una nueva madre, que ha jurado quererlo entrañablemente como lo hace con su padre.»

«El cielo prolongue la vida de vuestra alteza real. Tales son los votos de vuestro subdito mas fiel y que besa V. R. P.—Luitzpoldo With.»

El efecto que hizo en Ludomilia la lectura de esta carta es inesplicable. Muda, pálida y sin proferir una palabra, la repasaba velozmente con su vista, sin convenir en creer lo que encerraba su contenido. Se le figuraba un sueño, un enagenamiento, una febril exaltacion, producida por las palabras de Leonelo.

Mal articulando apenas, dijo secamente, arrojando el pliego sobre la mesa y sentándose junto á ella:

—Esto es hecho.

Su faz, si bien cubierta de una palidez mortal estaba inmutable. Sobre el dorso de su mano derecha apoyó la mejilla, y con la vista fija sobre la alfombra de la cámara parecia una estátua sepulcral, sin accion y sin vida.

Aquella imperturbabilidad aparente fué demasiado comprendida por Leonelo, y conociendo que no debia permanecer mas allí, añadió:

—Adios, Ludomilia, y salió de la habitacion.

—Adios, Leonelo, le contestó la duquesa sin mirarlo siquiera.

En cuánto quedó sola volvió á leer el billete, pero así que llegó á estas terribles frases:

«Se me concede la vida por gracia especial... se me dá una esposa bella, noble y virtuosa... se me manda salir para la frontera de Brunswick con el grado de general, y todo á trueque de un olvido... del abandono de una causa criminal y digna de severo castigo. Muy fácil es la eleccion... La muger que se ha unido á mí, me ama, y yo estoy seguro que la querré tambien, porque su amor es sincero y sin otro interés que amarme.» El llanto inundó sus ojos y las congojas la ahogaban la respiracion en términos que esta era comprimida y fatigada.

—Villano! pudo prorrumpir al fin. Ingrato! Mal caballero! Hombre odioso y perjuro! Con que me abandona y sigue á otra!... Y los brazos de una rival reemplazarán á los mios!... Los mios que con tanta ternura y espresion lo estrechaban contra mi corazon!... Y tiene la audacia, la vilantez de insultarme en medio de mi infortunio... Con que compra con mis tormentos y mis lágrimas una esposa y un ascenso?... Sí, bien claro lo dice... «A trueque de un olvido, del abandono de una causa criminal!» Infame! Y este es el modo de conducirse con una muger?... Con una muger que tanto le adoraba... que ha espuesto por él su reputacion, su tranquilidad, su posicion y las mas caras consideraciones?... Y todo lo atropella... y huella y destroza porque dá á en-

tender que mi inclinacion es de inteligencia!... mi amor era interesado y falaz!... Oh! no se burlará impunemente de mí! Todos se han decidido en mi daño... Todos me abandonan y parece se han combinado para atormentarme. Así se trafica inicuamente con los afectos de una triste muger, que se halla sola, abandonada, sin otro amparo que el interés que pueda inspirar, y todo porque la ven menospreciada, olvidada por su marido!... No es Leonelo, no, el enemigo injusto que yo tengo! Él al menos se halla ofendido por mí, y está en su terreno... su lucha es legal y admitida... Pero los otros ingratos que están sin piedad devorando mi corazon... cebándose en aniquilarlo!... En estinguir de él todos los sentimientos, no dejándole mas que el odio, el aborrecimiento y la venganza!... Pues bien, ya lo consiguieron... Ya no me acuerdo de nada, ya no miro otra cosa que saciar la sed de mis ofensas. Aplacar los resentimientos que ya no caben en mi alma.

El dárdo agudo de los celos traspasó mortalmente el corazon de la duquesa. Los desprecios de Othon, la falsedad de Sofia, pues como tal la habia calificado el príncipe de Marck, la venganza de Leonelo, todo era poco, nada para su corazon... Pero sentir el cancer roedor de la ingratitud, el recuerdo de que otra obtendria de Luitzpoldo lo que merecia ella sola y casi de derecho la pertenecia, era un tormento que no habia esperimentado nunca; pero de un carácter tan acerbo que no bastaba á tolerarlo su sufrimiento.

En aquel momento se acordó de la represalia que acababa de tomar Leonelo.

—Me ha herido con la misma arma! esclamó... El hierro que yo clavé en su pecho me lo devuelve, hundiéndolo en el mio. Leonelo! Leonelo! Como te ensañas con una flaca muger! Mucho me has amado cuando tu venganza es tan insaciable!

Un grito de alegria dió Ludomilia al concluir estas frases arrojándose en los brazos del príncipe de Marck, que se presentó en la puerta de la cámara.

XXXVI.

Un lazo seguro.

La llegada del mariscal Otocaro á la corte de Ravensberg, se habia efectuado entre las aclamaciones de sus amigos políticos y una gran parte del pueblo... El mariscal acababa de terminar una guerra en estremo perjudicial para los intereses del estado, y las bendiciones de sus compatriotas debian acompañarle por todas partes.

Los conservadores lo recibieron con entusiasmo y deseo. La aurora de su esperanza volvia á renacer, pues Otocaro era entre ellos el áncora donde se apoyaban sus principales intereses.

El gran duque abrió sus brazos al mariscal con ternura y amor. Desde cierta conversacion que habia tenido Othon con la marquesa de Korvei, ambos miraban á Otocaro con duplicado interes y estimacion.

El mariscal preguntó por la duquesa y el prín-

cipe recien nacido, pero se le contestó que la duquesa estaba en la quinta del Recuerdo, y del príncipe que se temia mucho por su vida, pues estaba enfermo de bastante peligro.

Esta última novedad la habian hecho circular por palacio y el pueblo, hacia ya dias, Leonelo y la marquesa, como la de que habian tenido que bautizarlo precipitadamente bajo el nombre de Pedro, en memoria de su abuelo materno.

La primera reunion que el mariscal tuvo con los conservadores no fué muy satisfactoria para él, por cuanto que en ella le manifestaron los progresos hechos por los Ludomistas. Las filas de estos iban en aumento diariamente, gracias á la actividad del príncipe de Marck; tanto, que llegaban á formar un partido numeroso. Sus doctrinas eran en estremo contrarias á la felicidad de Ravensberg, pues entre otros varios artículos que pensaban presentar á Othon, sobre las reformas del estado se veia uno que proponia la venta del principado de Hesse-Delmot al duque de Brunswick, por una parte mas de las minas que este príncipe poseia en el Harz.

El mariscal al saberlo se irritó sobremanera. Acababa él de combatir por el aumento y esplendor de su patria, y precisamente por la reconquista de la prenda que se pensaba enagenar. Los Ludomistas apoyaban su dictámen en que, estando el erario tan escenso de recursos pecuniarios, esa participacion mas en las minas, era una fuente inagotable de prosperidad y riqueza para la patria.

Othon se opuso abiertamente á ese parecer aun antes que se lo presentasen por escrito. Los Ludomistas, si era un partido aristócrata que lisonjeaba los intereses de la corona, era tambien sumamente interesado, y su objeto en la venta del principado no era otro que una especulacion onerosa y lucrativa á favor de los suyos.

El mariscal se propuso combatirlo con todas sus

fuerzas é influjo, y efectivamente, consiguió en el ánimo de Othon, ayudado tambien del consejero Biling, que no surtiese efecto la tentativa.

El príncipe de Marck, que ya entraba en el palacio, vió la repugnancia de Otocaro y su sobrino, y ni una palabra dijo en el asunto. Habia solamente protestado contra los negocios políticos, y aseguró á Othon y á los del consejo, que para no lamentar otra medida precipitada y severa como la que lo habia alejado por algun tiempo de la corte, no haria otra cosa que aprobar en adelante lo que otro prupusiera, ó rechazar lo que creyese injusto, pero solo por su simple voto, sin tomar parte en controversias ni discusiones.

Esta conducta del príncipe, adoptada rigidamente desde su nueva presentacion en palacio, engañó á los cortesanos y aun al mismo Othon. Biling era el unico que no la creyó, porque ya se ha dicho que lo conocia demasiado para poderse fiar de él.

Mas el príncipe entretanto no dejaba sus maquinaciones en otra parte... Las horas que faltaba de palacio las pasaba en le quinta del Recuerdo, combinando sus proyectos con Ludomilia y asegurándole que triunfaria de sus enemigos.

—Te lo anuncié, le decia cierto dia, la noche que me separé de tí y fuisteis sorprendidos por el duque. Hay males que no se conjuran sino por un medio radical, pronto y seguro. Si entonces hubieras adoptado el que te propuse y que anteriormente te tenia indicado, ni Luitzpoldo estaria casado, ni te verias privada de tu hijo, perdida para siempre tu opinion con el duque, ni ese Leonelo se alzaria victorioso sobre tu ruina... Pero no quisiste... Te pareció muy violento y al cabo tienes que hacerlo aunque tarde.

—Tarde!...

—Sí... tarde, porque aunque los resultados den lo mismo, las ventajas serán menos.

—No importa. Yo lo que deseo es la venganza!... Es la única idea que me ocupa... Mi fijo, mi constan-

te pensamiento... A vos me entrego... Vengadme... vengadme de tantos ultrages como he recibido... y todo lo demás es nada.

El príncipe de Marck habia conseguido su idea completamente. Ludomilia se habia entregado á su disposicion que era lo que deseaba hacia tiempo. Él queria presentar al pueblo y á los Ludomistas un autómata, un objeto para llegar al cabo de sus intentos, y ninguno mejor que la gran duquesa, persona de harta influencia entre los principales gefes del partido que tomaba su nombre.

Pero el príncipe, como hombre sagaz y de estado, queria á una hora, en un mismo momento, dar un golpe de mano tal, que ningun pormenor faltase; es decir, no dejar pendiente ni un cabo de la trama, por donde pudiera desatarse, ó cuando menos entorpecerse.

La duquesa se consumia de impaciencia en la quinta del Recuerdo, contando por siglos los momentos que se dilataba la esperanza que le habia dado el príncipe de Marck. Mas no podia ser de otro modo, porque la combinacion del príncipe era complicada.

—Si tú deseas vengarte, contestó á Ludomilia, yo hija mia, deseo tanto como tú el que lo logres. Bien sabes que te he compadecido antes de ahora, y si el cielo hubiera escuchado mis votos, dias hace que los agravios que has recibido nuevamente, los tendrias escusados, y no te hallarias oscurecida y abandonada en esta quinta.

—Oh! ya os he dicho el pensamiento que me condujo otra vez á ella. Sabiendo que Luitzpoldo estaba en un calabozo del castillo del Aguila, ignorando que volviais á palacio, como aquí me era fácil veros y en palacio no, solícita por la libertad de ese ingrato, queria buscar con vos los medios de conseguirla, mientras que él me olvidaba y abandonaba en los brazos de otra.

—Eh! consuélate... que todo lo acaba el tiempo... Pero ya tarda el baron de Colemberg.

—Lo teniais citado aquí?... No sabeis que le está prohibido el visitarme?

—Por ese, y otro motivo mas poderoso he puesto los ojos en él para lo que imagino. Se le priva que te vea, porque la marquesa sabe que favorecia á Luitzpoldo en sus amores. Hace bien Sofia, y voy á servirla completamente haciendo caer al baron en una celada que él no imagina siquiera.

—Vais á perjudicarlo?

—Algo mas pretendo.

—Al baron!... A un amigo nuestro?

—El baron es amigo de todos y no aprecia á nadie. Es un ambicioso indiscreto, que mañana venderá tu secreto al que se lo pague mejor; y esto es en estremo perjudicial á mis miras. Si Leonelo hablase y te denigrase con el pueblo, es un estrangero, y se podria decir que te amó antes y que el resentimiento le obligaba á mentir!... Pero, y si Colemberg declara algo por inteligencia, resentimiento... ó aficion á hablar? Oh! no, no. Es preciso quitarnos de encima al baron, y que sea por manos de nuestros contrarios.

—No os comprendo.

—No importa... Lo que deseo es que llegue cuanto antes.

Inmegarda anunció al baron de Colemberg.

—Magnífico, dijo el príncipe rebozando de gozo... Yaes mio: que pase adelante.

El baron se presentó.

—Oh! querido mio!... Esclamó el príncipe poniéndose en pié, y cogiendo la mano de Colemberg que apretó fuertemente. Habreis entrado por la puerta que cae al rio.

—Si, señor... He llegado hasta aquí sin ser notado.

—Muy bien... Ea, saludad á mi amada sobrina que ese ha sido el objeto de llamaros aquí... Como os tienen prohibida la entrada, ella deseaba veros... y yo no he podido menos de proporcionar los medios de complacerla.

Ludomilia miró al príncipe sin adivinar dónde iria á parar la ficcion que acababa de participar á Colemberg.

Este obedeció al príncipe, mostrándose galante en

demasia, como tenia siempre por costumbre.

—Verdaderamente, continuó el príncipe, que á primera vista parecerá estraña y hasta ridícula, la determinacion que os prescribe no ver á mi sobrina... A que no adivinais el motivo, baron?...

—Seguramente que no. Esas órdenes secretas...

—Llevan por lo regular un intento incomprensible ó cuando menos solapado. Y si no, decidme... Qué os han respondido cuando habeis preguntado el motivo de ese casamiento improvisado de Luitzpoldo, de su ascenso á general y de su partida á Freisburg, en la frontera de Brunswick?

—Oh! no me hableis de eso, señor. Luitzpoldo dejó ya de ser mi amigo para siempre... Su conducta es detestable... ignominiosa! Olvidar así los sagrados deberes que le ligaban á un amor...

—Que no supo comprender en sus principios y que por lo tanto no podia producir fines lisonjeros. La culpo no es suya, sino de la incauta que se fió de un mancebo, imprudente y liviano, que al menor contratiempo habia de comportarse como otros muchos... Trabajo perdido! Tiempo precioso, que otro en su lugar hubiera empleado con provecho y lucimiento! Bien dicen que la fortuna brinda con sus favores al que no sabe apreciarlos.

—Es verdad! Contestó algo pesaroso el baron.

—Pues, amigo Colemberg, el casamiento de Luitzpoldo ha sido un negocio dirigido por monseñor Leonelo, y manejado por la marquesa de Korvei. Parece que el duque tuvo... ó se las han hecho concebir, sospechas del trato del capitan con mi amada sobrina, y ellos, aprovechándose de tal circunstancia, lo han casado y mandado á la frontera. Todos los amigos que estábamos en ese secreto hemos quedado burlados... y es de nuestro deber desagraviar á la duquesa de la infamia de Luitzpoldo y de las maquinaciones de sus enemigos.

—Contad conmigo.

—Escuchad, bajo la fé del secreto que nos liga como caballeros. Se está en la persuacion que el duque guar-

da una manceba en el castillo del Aguila Negra, y que la marquesa de Korvei y el consejero patrocinan esos amores.

—De veras?... Oh! eso seria indigno... criminal hasta lo sumo!... Esa seria una maldad execrable!

—De otra cosa no ha podido provenir el perpétuo desvio que el duque ha concedido á su esposa, ni esa privanza ciega de la marquesa... Ahora bien: sitiada, aislada la duquesa como la han dejado, quién le queda mas que nosotros dos?... Pues bien, lo que ninguno ha conseguido está reservado á nuestra fidelidad y buen deseo.

—Esplicaos:

—Descubrir lo que se encierra en el Castillo del Aguila Negra.

—Oh! eso es imposible, señor... Cómo penetrar en esa fortaleza inespugnable... No considera vuestra alteza...

—Que no hay nada imposible al hombre cuando posee valor y noble arrojo.

—Pero de nada sirven estos si los medios...

—La astucia los encuentra, cuando ayudada del talento los quiere buscar... Vamos á ver. Qué dificultad existe para vos en esa empresa?

—La de penetrar en el castillo.

—Cuándo?

—De noche...

—A qué hora?

—A la que se considere eportuna.

—Os parece bien á las doce?

—La mejor...

—Con sigilo... acompañado de cuatro enmascarados.

—Soberbio!...

—Quereis que os ponga el plan?...

—No estará de mas.

—Se entra en él... Se sube la escalera... Se llama... Se mata al ugier que abra, en seguida se entra precipitadamente en la sala del Aguila... se penetra por la puerta de la misma; matando ó no á Pedro, y allí, allí está lo que se desea.

—Y teneis probabilidad de todo lo que habeis dicho?

—La teneis vos para conservar el valor necesario á tal empresa?...

—Señor... puede dudar vuestra alteza real?

—Baron, qué equivocacion habeis padecido!... nuestra alteza real solo es mi sobrino!

—De mucho menos que vos se ha formado un soberano, señor.

—Es verdad... pero prosigamos la conversacion... Qué noche elegís para entrar en el castillo?

—La de mañana. Precisamente investigar eso es mi contínuo afan... mi perpétuo soñar. Por lo mismo que la marquesa de Korvei lo sabe y oculta, quiero reirme de su orgullo en esa parte... Y que separado de eso, no es una mengua estar entrando en palacio toda su vida ignorando las cosas mas principales de él? Vuestra alteza me ha colmado de un placer que no puedo espresar, porque al fin voy á conseguir lo que tanto he deseado.

—Pues mañana, á las doce de la noche, tendreis franca la entrada de la poterna, y cuatro hombres enmascarados que irán con vos... No os olvideis de vuestra máscara tambien.

El baron se despidió contento y satisfecho de que se realizase una esperanza que le habia ocupado hacia tanto tiempo.

XXXVII.

Sorpresa y castigo.

En ocultarle el príncipe la verdadera causa del casamiento de Luitzpoldo, obraba con sobrada prevencion. Si Colemberg hubiera sabido que Othon sorprendió á la duquesa y Luitzpoldo, habria él temido por sí, por la parte que tenia en aquellos amores, y su timidez seria tambien causa de que no se aventurase á una empresa tal, como la de querer descubrir lo que se encerraba en el Castillo del Aguila Negra, y donde sabia el príncipe que labraba la perdicion cierta del baron, pues tenia que ser descubierto y preso sin remedio.

Así, en cuanto lo vió salir de la cámara, se levantó, y dando paseos por ella, esclamaba sonriéndose:

—Ya va bien!... Su curiosidad lo precipita! Bravísimo!... Estos majaderos llevan en sí el yugo que los sujeta al antojo del que sabe manejarlos. Flaqueza hu-

mana! No escapará del lazo que le tiendo. Es preciso quitárnoslo de encima para lo sucesivo... Es un testigo de tu flaqueza, sobrina mia!... Podria algun dia hacernos mucho daño, y para llegar al fin que me propongo es fuerza allanar el camino, apartando los estorbos que hallemos al paso.

—Ah! conque no tratais entonces de que aclare ese misterio.

—Disparate!... Pues qué! no hay mas que penetrar por la puerta del Aguila?... Por mucha que sea la precaucion del baron no se librará de la perpétua vigilancia del ugier Pedro.

El príncipe odiaba al baron por fátuo, entrometido y orgulloso; y aunque los consejos que dió este á Luitzpoldo, y por los cuales se decidió á declararse á Ludomilia, habian sido de utilidad para el príncipe, sabedor Colemberg de este secreto, y rotas ya las relaciones entre el capitan y la duquesa, le era indispensable deshacerse del baron á toda costa, si antes lo lisonjeó con el grado de mariscal.

La noche aplazada llegó y con ella la hora que Colemberg esperaba impaciente y ansioso. Embozado en su capa, y debajo de ella vistiendo un fuertísimo gambai, se ciñó la espada, la daga, tomó la máscara, y montando en su caballo salió á las once y media de la ciudad con direccion al castillo del Aguila.

La noche estaba tenebrosa y fria... El cielo cubierto de negras y espesas nubes daba un aspecto tétrico á los objetos. Al salir de la poblacion al campo hizo el baron un estremecimiento involuntario, del cual se arrepintió al punto, porque él mismo se avergonzaba de que pensasen el príncipe y la duquesa que no poseia valor, como en realidad no tenia el necesario para empresas de esta clase.

Pero su orgullo y curiosidad le infundian el arrojo suficiente, cerrándole el entendimiento para no calcular los resultados. Tan cierto es que estas pasiones detestables ofuscan y ciegan al hombre en térmi-

nos, que lo conducen á veces hasta su esterminio.

Casi se arrepintió el baron de su determinacion, considerando que tenia que llegar solo y á aquella hora hasta el castillo del Aguila. Se ocupaba de un peligro imaginario y desatendia el positivo, cual era conseguir su objeto dentro de la fortaleza.

Pero su deseo vencia todos los temores... los mayores recelos. Nada era comparable con la satisfaccion, la vanidad de poder decir al dia siguiente en la corte: «yo sé lo que el gran duque guarda con tanta reserva en el Castillo del Aguila Negra.»

Este pensamiento le acompañó hasta que llegó á él. Se dirige á la poterna, y efectivamente vé junto á ella seis embozados.

—Quién vá? preguntó el baron deteniendo el caballo.

Uno de ellos se viene hácia él y le dice:

—Colemberg?

—El mismo... y vos?...

—El que os ha dado la cita... Llegad sin temor. Somos nosotros.

El baron se aproximó.

—Aun no son las doce, señor: le dijo uno de los embozados al príncipe de Marck, así que estuvieron reunidos á Colemberg.

—Poco tardarán, contestó el príncipe... Ya sabes lo que has de hacer, Warlock, le añadió en voz baja. Esta gente son unos desalmados que no me conocen, no saben quién soy ni tú tampoco. El baron no hablará, y si lo hace ya procuraremos callarlo. Tú los conduces hasta las habitaciones altas, y despues los dejas, metiéndote en tu cuarto, cerrando bien la poterna; que si despues acusan al encargado de ella, se niega que han entrado por aquí, y sí por el rastrillo, que del muro vá al rio, y por el que no es difícil saltar dentro del terraplen matando al centinela, y ese es negocio mio... Cuál es la contraseña de esta noche?

Warlock se aproximó mas al príncipe y se la dijo al oido.

—Quedo enterado... Baron, le añadió á este en voz baja tambien; aquí no nos conocemos unos á otros. La contraseña es *valor y fidelidad*... no se la digais á los que os acompañan, ni les mostreis, por algun descuido, el rostro, sin la máscara. Ea, adentro.

Warlock sacó una llave del bolsillo, abrió la poterna, y todos entraron por ella. El vigilante que estaba en la parte interior, y bajo la autoridad de Warlock fué distraido por este con un pretesto falso, mientras penetraban el baron, el príncipe y los suyos.

Este al momento tomó el ángulo izquierdo que formaba el muro, en direccion al terraplen del rastrillo.

El centinela colocado en él vió venir un embozado y preparando su arcabuz le preguntó quien era.

El príncipe con una serenidad admirable, le contestó que el gobernador de la fortaleza que iba á practicar un reconocimiento por aquella parte.

El centinela le exige la contraseña como tenia de costumbre, pero al aproximarse para dársela, el príncipe, que llevaba la daga desnuda, le hiere mortalmente con tal prontitud, que el infeliz no tuvo ni aun tiempo para hurtar el golpe.

El príncipe se detuvo un rato mirándolo, para convencerse de que estaba imposibilitado de hablar.

—Ya se aseguró la apariencia, que es lo principal. Este hombre muerto dará á entender que por aquí se han introducido los salteadores... El baron de Colemberg tiene sobre sí este cargo mas, y Warlock queda libre de toda responsabilidad.

Y con efecto, Warlock entretuvo con tanta maña al centinela de la poterna que todos entraron en el castillo, deslizándose entre la oscuridad, sin que este lo advirtiera.

Ya que el baron y los suyos estaban ocultos bajo los arcos del pórtico, que se hallaba antes de la escalera, se despidió del centinela y se incorporó con ellos.

—Arriba, señores, dijo, y todos le siguieron.

—Escuso deciros, añadió, que hay que efectuar dos sorpresas... La una es la del ugier que está al cuidado de la primera puerta, y la otra la de monseñor Pedro que defiende la puerta del Aguila.

—No importa, contestó el baron, mas animoso al parecer que los demás... Guia y no temas.

Colemberg sacó el brazo por debajo del embozo de su capa, empuñando la daga.

—Si vais prevenido así, dijo Warlock, tomad la delantera... Las señas las sabeis... Nosotros quedaremos retrasados hasta que el ugier deje libre el paso, porque vos le obligueis á ello.

El baron subió la escalera hasta la puerta alta donde estaba el ugier. Warlock y los que le acompañaban, se quedaron en la meseta, al pié de la estátua de Enrique de Walpot.

Pocos instantes habia que estaban esperando, cuando un gemido sordo y el ruido de un cuerpo, que rodando por los escalones vino á caer á sus pies, les indicó que el baron acababa de vencer el primer obstáculo.

—Esto es hecho!... Vamos, dijo Warlock. Ved al ugier muerto!... No nos detengamos.

Los cuatro enmascarados subieron precipitados, y Warlock, apagando al punto la luz que llevaba y aprovechándose de la oscuridad, desapareció.

Colemberg habia tocado en la puerta, y al ser interrogado por el ugier, contestó que era Warlock, el guardian de la poterna, que iba á comunicarle á monseñor Pedro una novedad interesante.

El ugier, por el mismo postigo donde lo habia escuchado recibió la contraseña, la que oida, se apresuró á abrir la puerta... Al punto fué herido por el baron y arrojado por la escalera para evitar que lo hallasen arriba.

Los cinco entraron dejando la puerta abierta y sin echar de menos á Warlock, que llegó antes que el princi-

pe, entablando conversacion con el vigilante, algo distante de la poterna, como tenia de costumbre algunas noches.

El príncipe volvió sin que el que estaba departiendo con Warlock lo advirtiera, y se entró en el cuarto de este.

—El centinela del castillo es muerto, le dijo.

—Lo mismo que el ugier de la escalera, monseñor. Lo he visto caer á mis pies.

—Perfectamente... Entonces conviene retirarme... enciérrate: niega á todo y espérame mañana en el bosque de álamos que está frente del castillo.

—A qué hora?

—Temprano... á las siete de la mañana.

Y salió de la fortaleza sin que nadie lo advirtiera. Warlock se encerró en su habitacion despidiéndose del vigilante por aquella noche.

Colemberg y los suyos cruzaron con estremado sigilo, y segun las señas que le dió Warlock, las habitaciones, hasta llegar á la sala del jaspe negro donde estaba la puerta del Aguila.

El baron no se curó mucho de la falta del quinto de los enmascarados, pues el príncipe solo le habia ofrecido cuatro. El otro seria algun criado ó confidente, que se volveria á acompañar al príncipe que quedaria esperando abajo el resultado de la empresa.

La estremada ceguedad de Colemberg no le dejó al pronto conocer que acometia una empresa tan espuesta como delicada. Aun cuando saliese bien de ella, tenia esta que dejar rastros tristes, como ya se manifestaban en la muerte del ugier, y eso iba á escitar la cólera del gran duque y á causar un ruido espantoso en la córte.

Pero el baron estaba tan ofuscado en su proposito, y tanto lo habia trastornado el príncipe de Marck con sus palabras, dejándolo al paso entrever algunos proyectos futuros, que nada meditó ni reflexionó, antes al contrario, se dirijió derecho al blanco que fijó su necedad.

En todas las habitaciones que transitaron, lo mismo que en lo demás del castillo, reinaba un silencio profundo, que solo era interrumpido por el alerta de los centinelas. La servidumbre que tenia á su cargo Pedro era tan escasa, que aquella parte del castillo estaba casi deshabitada, pues él queria tener lejos de aquel punto todo motivo de investigacion y curiosidad imprudente.

Una lámpara colgada en el centro de la sala negra, y cuya luz débil comunicaba á la habitacion un resplandor opaco, le hizo conocer á Colemberg que estaba ya en el caso mas importante de su aventura. La vista de aquellos jaspes oscuros, y sobre cuyo brillante relieve reverberaban los rayos de la luz, aterró al baron, en términos, que el miedo que le acompañó al salir de Ravensberg se reprodujo con mas fuerza entonces.

Pero cuando sufrió un trastorno general en su ánimo, fué al levantar la cara y reparar en el águila que estaba sobre la puerta.

Asombrado y temeroso dió algunos pasos atrás sin quitar sus ojos de ella... La escultura le pareció estar animada... y aquel águila, terrible y amenazante, la creyó ver pronta á arrojarse sobre él, y devorarlo con sus garras al querer entrar por allí.

Las piernas del baron temblaron... Sus pasos vacilantes los movia hácia la puerta, y sentia una fuerza eléctrica que lo clavaba en el sitio.

—Teneis miedo camarada?... le dijo en voz baja uno de los que le acompañaban... Pues hemos hecho bravo negocio... Veis muchachos?... añadió dirigiéndose á los otros. Desde ahora os digo que es un mandria... Cuando mató al portero le tuve por otro hombre... Acabemos... A cuál puerta de esta vamos á llamar?

—A esa, dijo Colemberg... pero yo llamaré.

—Eh! no os molesteis, mi dueño, que yo sé franquear puertas con mucha facilidad.

El embozado llamó en seguida á la puerta del Aguila.

Un profundo silencio fué la respuesta.

Volvió á llamar y al cabo de algunos momentos se oyó la voz de Pedro que dijo desde adentro:

—Quién llama?

—Yo... contestó Colemberg...

—Y quién eres?

—Warlock, monseñor, que vengo á entregaros un pliego importante del gran duque, que acaba de llegar en este momento. El conductor me aguarda en la antesala de esta habitacion.

—Esperad un poco.

Pocos instantes transcurrieron y oyeron descorrer los cerrojos de la puerta.

Pedro la abrió muy despacio pero los cinco se arrojaron con ímpetu sobre ella. Pedro, que conoció la sorpresa, sostuvo con la puerta el empuje de sus contrarios, valiéndose de toda su fuerza, sacando entretanto la daga y preparándose, porque sabia que en aquella lucha tenia que ceder al número mayor.

Efectivamente, Pedro cedió esclamando:

—Traidores probad á entrar.

El primero que se adelantó fué el enmascarado que llamó, pero Pedro saltando sobre él como la pantera acosada, le tiró una puñalada que le hizo caer examine á los pies del baron que le seguia.

La entrada de la puerta del Aguila era un callejon tan estrecho que solo cabia de frente una persona. A su mediacion habia un rastrillo de hierro, y á su término, para entrar en las habitaciones, otro.

La sorpresa y el entorpecimiente que causó á Colemberg la caida dol embozado, dió ventajas á Pedro que pudo desembarazarse de ellos alcanzando el primer rastrillo. El baron ostigado por los otros que venian detrás, saltó por encima del cuerpo del caido, llegando todos á él, al mismo tiempo que Pedro, próximo al segundo rastrillo, no tuvo mas que el tiem-

po preciso para entrar por él y sujetarlo tambien con su cuerpo evitando que penetraran los que le seguian.

Colemberg, que llevaba la daga en la mano, iba por entre los hierros á tirar una puñalada á Pedro, pero este esclamó con voz aterradora:

—Infames: recibid el premio de vuestra traicion.

Y hundiéndose el pavimento que mediaba entre los dos rastrillos, desaparecieron el baron y los tres embozados, entre un grito de horror y consternacion que dieron al caer en aquel abismo.

Pedro acababa de tocar un resorte, por el cual se movia aquella especie de trampa construida á intento para la defensa de la entrada. El pavimento era de madera, y giraba por efecto del mecanismo que conocia Pedro, volviendo á su ser así que sepultaba al infeliz que se hacia digno de aquel castigo.

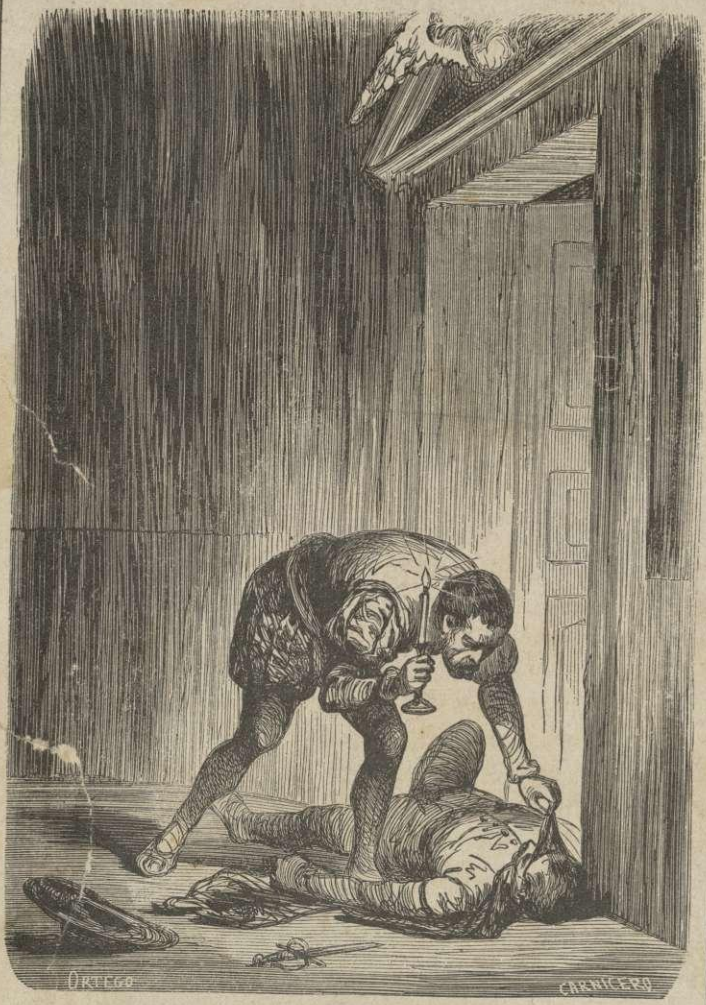
Pedro en seguida salió del rastrillo con una luz y acercándose al embozado muerto, le arrancó la máscara para ver si lo conocia, pero advirtió una fisonomía de asesino, segun su aspecto y las varias cicatrices que tenia en el rostro.

—Nada importa, dijo: vaya este donde están los otros... El que ha osado entrar por esta puerta de tal modo no debe volver á salir por ella.

Y arrastrando al cádaver lo colocó sobre la tram- y haciéndola girar desapareció este al punto.

Tal fué el término que tuvo aquella empresa para Colemberg, en pago de su indiscrecion, cumpliéndose el objeto que el príncipe llevó al concebirla.

EL CASTILLO DEL AGUILA NEGRA.



Le arrancó la máscara para ver si lo conocia...

XXXVIII.

Un crimen mas.

Dos dias habian pasado desde el acontecimiento referido últimamente, en el Castillo del Aguila Negra.

Pedro despues que arrojó por la trampa al enmascarado muerto por su mano, cerrando por fuera la puerta del Aguila, se dirigió á investigar por donde habian entrado aquellos hombres en la fortaleza, y llegado hasta aquel sitio.

Ve abierta la puerta de la escalera, llama al ugier y no responde... Sin querer molestar á ningun criado ni dependiente del castillo, baja con una luz en la mano, y se sorprende viendo muerto al ugier al pié de la escalera.

Sale al pórtico, y se encuentra con el vigilante de la poterna. Le interroga con astucia, y le contestó este que nadie ha entrado por ella... mucho menos

cuando él guardaba las llaves del castillo al toque de ánimas.

La llave con que abrió Warlock era falsa.

El vigilante, situado algo distante de la puerta, seguro de que á aquella hora estaba cerrada y la llave guardada por el gobernador, ni aun sospechaba que pudiese ninguno entrar por allí. Luego, la entrada de la poterna era un callejon turtuoso y algo dilatado, de modo que el centinela, despues que se cerraba la puerta, se colocaba distante de ella en el intecior de la fortaleza, para avitar que ninguno de los de adentro hiciese alguna tentativa para salir ó para dejar entrar.

La puerta, además de las llaves, tenia fuertes barras de hierro, las que quitó con sutileza Warlock, despues que el capitan de la guardia del castillo y el clavero, habian practicado su requisa de seguridad, para dar las llaves á Pedro.

Este se convenció de la verdad del vigilante de la poterna, y en seguida, no hallando en quien fijar sus conjeturas, se dirigió al rastrillo del muro.

Ya se le habian reunido el capitan de la guardia y varios soldados.

La vista del mosquetero muerto le llenó de indigna- y lástima. Ya no dudó que aquella tentativa era precursora de otras mayores, que estaba autorizada por persona superior, y que los ejecutores de ella, aunque no los conocia por haber muerto del modo que sucedió, no habian sido solos en la empresa.

Desde luego fijó su sospecha en la gran duquesa.

Abre el rastrillo del muro, baja y no se advertia barca ni esquife amarrado allí, que pudiese haber conducido aquellos hombres.

Manda recoger al centinela y al ugier... y encargando el sigilo á los que le ecompañaban regresó á su habitacion.

Otro, que no fuera Pedro, hubiera quedado satisfecho y tranquilo habiéndose conducido con tanto valor como energia... pero él no lo sentia así... Su corazon le

auguraba aun mayores males para lo sucesivo.

La marquesa de Korvei y el duque, ignorantes de lo ocurrido en el castillo, se ocupaban de una cosa muy diferente. El cumpleaños de Othon se acercaba y este, por dictámen de Sofia, habia decretado una fiesta popular para celebrar tambien ese dia la victoria y la llegada de Otocaro.

Sofia al pensar en esa fiesta habia llevado un objeto triple. Obsequiar al mariscal Otocaro, que la duquesa se presentase en la corte á desmentir ciertos rumores que ya circulaban, y ver si podia arrancar algo al mariscal sobre el secreto de su sorpresa, al ver los retratos en la quinta del Recuerdo, lo que en vano pretendió la marquesa antes que él partiese á la frontera.

El dia de esa celebridad era el presente. Todo Ravensberg estaba entregado al gozo y el placer que inspira una fiesta tal, producida por el entusiasmo y la sinceridad. Estrepitosas salvas de artillería resonaron en el Castillo del Aguila Negra y demás fortalezas de la ciudad.

En palacio manifestaban todos el mismo júbilo. La servidumbre y los cortesanos, de gran gala, no se ocupaban de otra cosa que del dia. La duquesa con sus damas se habia trasladado á palacio desde la tarde anterior. La marquesa fué mandada llamar por Ludomilia, la noche antes, tuvo con ella una conversacion aunque indiferente, tan amable y amistosa, que Sofia estrañó en la duquesa una conducta no usada con ella hacia tiempo.

Ya el príncipe habia hablado con Ludomilia sobre la desaparicion del baron de Colemberg y los que le acompañaban. Warlock acudió á la cita que le dió el príncipe, pero todo lo que pudo contarle fué, que Pedro habia hecho una requisa en varios puntos del castillo interrogando al centinela de la poterna, pero que en cuanto á la suerte de los que subieron, ignoroba absolutamente cual hubiera sido.

El príncipe, á pesar de estar prevenido contra cualquier accidente y de haber hecho lo mismo con Warlock se hallaba inquieto y receloso. Ya no le cupo duda de

que un silencio tal, provenia de que el baron habia sido preso con sus cómplices y que se le formaria proceso procurando averiguar los autores del atentado.

La duquesa, perpleja tambien, aunque ya nada debia temer en vista de lo que le habia pasado, esperaba ver los resultados, cuando el príncipe le anunció, lleno de gozo, el banquete y el baile que se preparaba en palacio para el cumpleaños de su sobrino.

El salon de las grandes ceremonias se encontraba obstruido por la numerosa corte que entró á felicitar al duque. Ludomilia estaba á su lado, el príncipe la seguia y al otro el mariscal Otocaro y el consejero Biling.

Un rumor estraordinario que se oyó fuera del salon llamó la atencion del duque; pregunta la causa y se presenta Leonelo.

—Perdonad, señor, dice este; pero un caso que he presenciado esta mañana me ha sorprendido y contristado en estremo. Sin duda vuestra alteza real tendrá ya conocimiento de él.

—Esplicaos, conde, dijo el duque.

—Recorria yo á caballo las riberas del Ems, por la parte de los molinos, cuando he visto sacar del agua en varios puntos, pero no muy distantes unos de otros cinco hombres ahogados.

—Cinco?... preguntó Ludomilia.

—Sí, cinco, señora... Cuatro no tenian herida, pero á uno le han dado una en el pecho y se infiere que despues lo arrojaron al agua.

—Y qué clase de hombres eran? preguntó el príncipe con serenidad.

—Os diré, monseñor. Cuatro de ellos, entre los que estaba el herido, tenian mala traza... pero el otro... el otro señores, dirigiéndose á los cortesanos; es un noble... un amigo vuestro, y á quien favoreciais con vuestro aprecio y compañia.

Los cortesanos se miraron unos á otros.

—Acabad, conde... esclamó Othon: decid quién era este último.

—El baron de Colemberg.

—Colemberg!!...

Esclamaron todos con asombro.

Ludomilia miró prontamente al príncipe de Marck. Leonelo lo advirtió y siguió disimulando, pero dispuesto á sacar partido de su sospecha.

—Sí, señores, Colemberg; añadió Leonelo. Y lo mas estraño es, que se ignora el cómo se han ejecutado esos homicidios. La ropa de los cuatro, en particular la del baron, está destrozada, y no por las aguas, sino á efecto de alguna lucha violenta que este sostuvo antes de morir y que sin duda agotaria sus fuerzas. Yo, no quisiera aventurar mi juicio, añadió mirando al soslayo al príncipe y la duquesa; pero creo que la muerte de Colemberg ha sido un lazo infame que han armado á su ignorancia... ó mejor dicho, á su demasiado saber.

—Cómo? repuso Othon.

—Sí, á su demasiado saber, porque me consta que estaba iniciado en arcanos graves que debian, para ocultarlos, envolverlos en la sombra de la muerte. El baron ignoraba, en medio de su fatuidad, que en la corte hay secretos de tanto peso, que ciertos hombres no pueden cargar con ellos, y que á su poder y fuerza se tiene que rendir, á su pesar, el depositario, quedando sepultado bajo las ruinas del edificio que levantó su propia ignorancia... No lo dudeis, señor, el baron ha sido asesinado.

—Asesinado!!! Prorrumpieron todos con terror.

—Asesinado, caballeros!... Asesinado para que no hablase en su dia... Para que no revelase algun secreto. Lo repito, y tornaré á repetirlo mil veces.

Leonelo entretanto no quitaba los ojos del príncipe y la duquesa, y se convenció de que ellos eran los asesinos.

Los nobles irritados con las palabras de Leonelo, demandaron castigo á semejante atentado. La nobleza alemana, entusiasta por sus fueros y privilegios, se creia terriblemente ofendida toda, conque á algun noble le hiciesen el mas pequeño ultrage.

El gran duque se encontró dudoso sobre un hecho tan delicado y oscuro al mismo tiempo. Sin embargo, mandó al consejero Biling que se practicasen al punto las diligencias convenientes, que se diese parte al consejo de estado, y que la terrible espada de la ley cayese pronta y severa sobre el asesino y sus cómplices, si eran descubiertos.

Los cortesanos mismos mandaron hacer averiguaciones por los contornos de los molinos de Ligen, y por las riberas del rio, pero todo fué inútil. Nadie daba otra razon que la de haber sacado aquellos hombres ahogados porque el agua los arrojó á la orilla.

La fiesta sin embargo no fué interrumpida, si bien entre los palaciegos reinaba el disgusto y el resentimiento unidos. Colemberg era un fátuo, un majadero, pero al cabo era un noble y lo habian asesinado.

Ya mas satisfecho y tranquilo el príncipe de Marck, se dedicó á animar el festin, usando de su genio satírico y zumbon.

Pero Ludomilia manifestaba lo contrario. Bien porque la presencia del duque le fuese repugnante, ya por la muerte de Colemberg, sacrificado inocentemente... ó ya por las palabras de Leonelo, se encontraba violenta y disgustada. Su semblante estaba sério en demasia, tanto que algunos cortesanos, en particulrr Bervern, Ebersten y otros, se lo manifestaron.

La noche llegó, y con ella empezó el baile que se habia dispuesto de antemano. Ludomilia y Sofia danzaron: la primera con Leonelo y la segunda con los principales señores de la corte. Othon era el único, que en conversacion retirada y tranquila con el consejero y el mariscal Otocaro, parecia no ocuparse de lo que allí estaba pasando.

A la hora determinada pasaron á otro salon donde habia una magnífica mesa con esquisitos licores, preparada para los soberanos y la nobleza. Othon no se desdeñaba en estos casos de usar una franqueza, que complacia en estremo á su carácter bello y bondadoso.

Concluido que fué el refresco, y en el que el duque mismo, Leonelo y la marquesa contribuyeron á amenizar aquel momento, con los brindis y dichos festivos, se tornó á la danza con mas energia y vigor por el efecto que ocasionó en algunos los licores de la mesa.

Cuando se sentaron á ella, el príncipe de Marck se colocó á la izquierda de Othon y la duquesa á la derecha... Los pajes y escuderos de la real servidumbre escanciaban á presencia de todos, y las copas del duque, Ludomilia, el consejero, Sofia, Leonelo y el príncipe, las servian de un mismo licor.

El doctor Orseolo, sentado al lado de Leonelo, le hablaba á menudo algunas palabras en italiano al oido y en voz baja, de modo que los pajes que estaban detrás para servirlos, no podian entenderlas ni oirlas de ningun modo.

El regocijo y la alegria habian llegado á su colmo. La animacion era completa... Hacia muchos meses que en la corte de Ravensberg no se disfrutaba de una noche tan satisfactoria y feliz.

Los amantes, los amigos... los de genio bullicioso... los de severo y apático carácter, todos se sentian inflamados de un placer, un contento singular. Hablaban, danzaban y se divertian con fraternidad y buena fé. Parecia aquel sencillo solaz, por su efervescencia y vida, el resto de una existencia alterada y borrascosa... La despedida de un mundo de deleites, para entrar en otro de tranquilidad, calma y meditacion.

En este grado de escitacion halagüeña en que se hallaban todos los espíritus... en ese nuevo ser de entusiasmo y goces, un rumor de consternacion y amargura se esparció, con la velocidad que se inflama una materia combustible, por los salones de la reunion, por todo palacio, viniendo á interrumpir la fiesta.

—El gran duque ha sido acometido de un accidente mortal!!!...

Esta fué la voz que resonó... terrible y aterradora.

Othon habia vuelto á su anterior asiento. Esta vez

no conversaba con el mariscal y el consejero. Lo hacia con la marquesa y varias damas de honor que lo tenian rodeado, y á quien él proponia enigmas y charadas picantes, que las hacian reir y celebrar la cordialidad de su soberano. De repente un grito de susto y espanto que dieron las damas llamó la atencion de todos sobre el estado del duque.

Pero si fué repentino el accidente, mucho mas lo fué el aproximarse al duque el doctor Orseolo, y sacando un pomo lo vertió en la boca de Othon, el que bebió con vehemencia al oir proferir al doctor estas terribles palabras:

—Bebed, señor, bebed sin demora, porque estais envenenado.

—Envenenado!!! Esclamaron todos con horror, indignacion y sentimiento.

La gran duquesa y Sofia, acongojadas y llorosas á los piés de Othon, le tenian cogidas sus manos, que se iban helando por momentos.

Aquellas dos mugeres lloraban, pero con diferente objeto... por distinto estímulo. La primera impulsada por un fingimiento criminal. La segunda le acababan de traspasar el corazon con un puñal agudo.

Parece ocioso referir que la fiesta concluyó, y todo era consternacion y luto.

Othon quiso hablar y no pudo... su pecho y cabeza se abrasaban... El infeliz duque padecia unas congojas mortales... El doctor lo miraba sin perder ninguno de sus movimientos... Pidió una luz para examinar minuciosamente los signos de su rostro, y al notar el aspecto cadavérico de Othon frunció las cejas en señal de disgusto y pocas esperanzas.

Othon hizo otro esfuerzo para dirigir á Sofia la palabra, pero en vano. Entonces cogiéndola una mano entre las suyas ya heladas, la estrechó fuertemente contra su corazon, y una gruesa lágrima resbaló por la megilla del infeliz duque.

Aquella lágrima fué demasiado comprendida por la

marquesa: su significacion era harto terrible para Sofia!

Othon en seguida cerró los ojos, y parecia que el sueño de la tumba habia venido ha tomar posesion de él.

El doctor mandó que lo condujesen al lecho.

Despues que lo retiraron los pages, acompañándolos la duquesa, Sofia y el consejero Biling, prorrumpió el doctor dirigiéndose á los cortesanos:

—Señores, vuestro soberano ha sido traidoramente emponzoñado en el festin de esta noche, por una mano villana y oculta. En el licor no estaba el tósigo, supuesto que otros han bebido de él y ya veis que no han esperimentado tales efectos. El veneno se hallaba de antemano en la copa... y esta tenia alguna señal particular para distinguirla. Al que la ha preparado es necesario buscar... Eso os toca á vosotros... como á mí deciros que, demasiado práctico en estos casos, no se puede responder de la seguridad de la vida del duque.

—Yo considero, doctor, le contestó el príncipe de Marck harto inútil esa manifestacion aquí. Habiendo emitido antes vuestro parecer, diciendo que han envenenado á mi sobrino, yo creo que todos se harán cargo que han sido traidores y no fieles servidores los que han perpetrado crímen tan horrendo... Lo demás lo creo tan insulso é inútil, que en mi concepto, todos estamos perdiendo aquí un tiempe precioso. Vosotros el asistir al enfermo, estos señores porque aquí ya no deben estar, y yo porque en nombre de mi sobrina, duquesa soberana de Ravensberg, á título de pariente y miembro de la regencia anterior, mando que se retiren todos, asegurando que desde hoy, hasta que la suerte decida del soberano, la corte de Ravensberg se regenerará, y limpiará de aduladores y villanos que se hospedan en ella. Salid ya.

El príncipe pronunció estas palabras, con una severidad y teson tan desconocidos en él, que impuso á todos, menos á Leonelo, al doctor y á Otocaro, que fué el primero que le contestó sin inmutarse:

—Vuestra alteza, le dijo el mariscal, se ha revestido muy pronto de una autoridad caduca, y que de ningun

modo el pueblo ni la corte reconocerán. Los que nos hallamos aquí, fieles servidores y amantes del duque soberano, ni somos dignos de esa reconvencion, ni menos estamos acostumbrados á que nos espulsen de palacio de un modo tan grosero y descomedido. Tened en cuenta mis palabras, monseñor: ni vos estais autorizado para mandar así, y lo que es yo, me guardaré muy bien de obedecer á un enemigo del pueblo.

Este lenguaje libre y enérgico del mariscal, desconcertó al príncipe que se sonrió malignamente, y apretando los puños de furor contestó con afectada humildad:

—Es verdad... teneis razon... Mi demasiado celo me ha espuesto á vuestras descorteses palabras, mariscal... y os las disimulo, porque yo no abrigo rencores... En cuanto á que soy enemigo del pueblo... estais equivocado, querido. Yo solo odio lo que es perjudicial á los intereses del Estado... y si he errado alguna vez, estad en la persuacion que ha sido con el mejor deseo.

—No es este sitio ni ocasion, para que yo os pruebe lo contrario... Doctor, no perdamos tiempo, añadió el mariscal. No os separeis de la cabecera del duque, que yo voy entretanto á otra parte.

—Imbécil, esclamó el príncipe al verlo salir. Cree que porque tiene un corazon honrado y una valiente espada, lo posee todo!... Pronto te haré ver que eso no vale nada en el mundo, cuando no van acompañados tales méritos de otras cualidades indispensables. Veamos á la duquesa. Ya... ya se arreglará todo.

XXXIX.

Ludomilia y Sofia.

AN universal como fué el júbilo el dia anterior en Ravensberg, así dió el pueblo muestras inequívocas de sentimiento á la noticia de lo sucedido al duque. El mariscal Otocaro sin perder un momento, reunió á los conservadores, y despues de participarles lo ocurrido y hasta las palabras del príncipe de Marck, les hizo presente que aquella traicion envolvia muy lamentables consecuencias.

Los Ludomistas por otra parte, corrian las calles de la ciudad, aquietando los ánimos alarmados y desmintiendo la noticia del envenenamiento del duque. Llevaron á mayor punto su audacia, aleccionados por los agentes del príncipe de Marck. Acusaron secretamente de traidor al representante de Ferrara, asegurando que habiendo sido amante de la duquesa en su juventud, y estando viviendo despues en palacio con el fingido nombre

de Mastropetro, para ver si podia obtener algun favor de ella, los repetidos desaires que sufrió de Ludomilia le hicieron presentarse así con el carácter de enviado de Ferrara, pero era para vengarse del duque su rival, en secreto, y que para este fin le acompañaba aquel médico italiano, práctico en esos infames secretos que el arte comunicaba en Italia para deshacerse de un enemigo poderoso. Que claro se manifestaba, cuando él calificó el accidente de Othon de envenenamiento, no siendo mas que una especie de paralisis; y que el envenenamiento sí lo haria efectivo, cuando, fingiendo salvarle, le hizo beber un licor desconocido al duque en aquellos momentos de consternacion.

El pueblo, y aun los mismos conservadores, creyeron semejante calumnia. La ciudad hervia en ira é indignacion á estas voces. Innumerables grupos se presentaron delante de palacio, pidiendo á gritos la vida de su soberano y el castigo de los asesinos.

El mariscal Otocaro era uno de los que desmentian tales inculpaciones porque habia observado la conducta de Leonelo y Orseolo. Este último, al saber tan horrenda impostura, fué tanta la cólera que manifestó, que dijo iba á probar al pueblo con datos auténticos la enfermedad del duque de donde provenia, y á señalar por sus nombres á los perpetradores de tan atroz atentado.

Lo primero que hizo el consejo, por dictámen del príncipe, fué mandar prender los escuderos y pages que sirvieron y custodiaron la mesa, lo mismo que al repostero de palacio.

Entre ellos estaba Ulrico, el escudaro mercenario del príncipe de Marck.

A todos se les interrogó con severidad y cuidado, y confesaron que nadie se habia aproximado á la mesa antes de sentarse á ella los personages que lo hicieron.

Del licor del duque bebieron los demás. Las copas todas se habian limpiado antes y examinado por los encargados de ello, y al llenarlas del licor, aseguraban los criados que nada contenian.

El plan estaba combinado perfectamente.

. . . . . .

La vida del duque se dió públicamente por salvada, gracias á la actividad y celo del doctor Orseolo, el que á pesar de las calumnias que lo difamaron, cedió á los ruegos de Sofia y Leonelo, y á las instancias de Otocaro y el consejero Biling. Pero aseguró que las facultades intelectuales del duque, quedarian paralizadas para siempre, sin que una cura maravillosa, y á la que casi no alcanzaba la ciencia del arte, pudiera tal vez restituirle la razon.

Este parecer lo dió por escrito, y las perdidas esperanzas que manifestó fué por dictámen de Sofia, porque en ello tenia fundado esta muger incomprensible un plan que no lo habia comunicado á nadie.

El doctor Orseolo hizo firmar á los médicos de cámara su declaracion, la que archivó el consejo despues de hacerla saber al pueblo.

La salvacion de la vida del gran duque por el doctor Orseolo, el interés que manifestó en ella destruyó el mal concepto que divulgaron los emisarios del príncipe... Además la amenaza del doctor, infundió temor al príncipe por que no sabia si el doctor tendria pruebas secretas que presentar contra los regicidas.

En seguida la regencia, compuesta como la anterior, de la duquesa, el príncipe y el consejero Biling, empezó á gobernar en nombre de Pedro I, de Ravensberg.

Sofia al ver firmado el primer decreto por la duquesa, en nombre de su hijo, conoció que ya no habia otro camino que recoger la máscara que Ludomilia acababa de arrojar. El consejero Biling habia contrariado esta determinacion de la duquesa y el príncipe, pero el voto de la regente prevaleció y no tuvo mas arbitrio que ceder.

La marquesa se dirigió á la habitacion de la duquesa.

Esta vez no entró Sofia con semblante risueño ni condolido; sino severa, imponente y con ademan de dictar preceptos á la soberana del gran ducado. Ludomilia al verla no calculó para lo que iba á visitarla.

Sofia mandó retirar á las damas de honor de la duquesa y cerró la puerta en seguida.

Aquella accion sorprendió á Ludomilia.

La marquesa tomó asiento y se espresó así:

—No vengo á recordarte, ni nuestra primitiva amistad, ni los lazos que nos han ligado: lazos que tú has roto, instigada por los consejos de un hombre que será tu perdicion al cabo... Quisiera no tener que vaticinarte esto, pero mi conciencia me lo dicta. Dejando aparte los sucesos pasados y refiriéndonos á los presentes, te has dejado conducir por ese fatal consejero hasta el estremo que has adoptado. Has atentado á la vida de tu esposo... ó mejor dicho, habeis sido los dos. Tú, impulsada de resentimientos... él por vengarse de todos y hasta de tí misma.

—Qué es lo que dices?

—Que ya se acabaron los disimulos, Ludomilia... Entre tú y el príncipe de Marck asesinásteis al baron de Colemberg, y habeis envenenado al duque Othon.

—Sofia!!

—Oh! Tengo todas las pruebas de tus crímenes pasados, y de tus hechos presentes. Al principio te creí una muger infeliz que merecias amor y compasion... pero luego he visto que eres una fiera sedienta de sangre y sacrificios... Los tiranos simpatizan, se unen y obran de consuno... Eso te ha sucedido con el príncipe de Marck. Yo, cuya generosidad contigo es innegable, á pesar de estar ligada á tu marido con vínculos estrechos, aunque tu adulterio ofendia en cierto modo esos lazos que me unen á él he respetado tu secreto, porque conociendo que entre tí y Othon no podia haber avenimiento, él tenia que vivir con su ilusion, y tú necesitabas para soportar la vida un desahogo, un consuelo, y este, tan natural como justo, era fuerza concedértelo en lo mismo que carecias. Pero no imaginé jamás que crímenes sangrientos, delitos espantosos, sucediesen á la inclinacion que alimentastes. Si indiscreta y consentida has procurado surcar esa senda errada, de venganzas y violencias, si has chocado abiertamente con Leonelo, con un hombre poderoso á quien mas

que declararte su enemigo debiste atraerlo á tí, te quejas de que culpándolo siniestramente ante el duque y bajo tu firma, Leonelo al leer la acusacion que falsamente le hacias, se sincerase, mostrándole á tu marido que él no era tu amante?

—Él fué?...

—Sí, él solo... Cuando un hombre como Leonelo se ve ofendido en su honor, cuando bajamente se le culpa, está autorizado para vindicarse y confundir á su contrario. Y á pesar de todo, este hombre, despues de desengañar á tu marido, ha sido generoso é indulgente. Se unió á mí, para suplicar perdon para tí... olvido... Pero este no podia concedértelo Othon sin quitarte á tu amante... sin hacer desaparecer ese hijo del crímen... ese padron de reprobacion... esa mancha ignominiosa, que emborrona y oscurece una de las páginas del soberano mas benéfico... del hombre mas infeliz. El modo ya lo has visto... se le casa y se le premia. Y el pago de tanta generosidad y beneficencia, es tratar de asesinarlo impiamente, y no habiéndolo conseguido, al notarlo incapaz de contrarrestar un segundo crímen... un crímen infame que revela el alarde y la audacia mas descarada, se le desprecia, aun existiendo este hombre desgraciado, y se le quiere arrebatar la corona para colocarla en las sienes de una concepcion detestable, del fruto de un adulterio infame... pretendiendo con impudencia y audacia solapar un delito, al mismo tiempo que se hace ostentacion de él á los ojos de las que lo saben, escarneciéndolos y mofándose de ellos.

—Sofia!!!

—No... no será. Prosiguió la marquesa con una decision admirable. Ese hijo de la reprobacion y del vicio, no puede nunca llegar á sentarse en el trono de Ravensberg. Las leyes divinas y humanas lo prohiben, y su sacrílega madre sufrirá el anatema de Dios y la maldicion de los hombres.

—Y te opondrás tú acaso?

—Sí, porque alzaré mi voz, me dirigiré al pueblo,

haré patente quien es... publicaré su procedencia, y el pueblo arrojará tu ídolo hecho pedazos ante tus piés.

—Y con qué pruebas te presentarás á sostener semejante acusacion? Hasta vosotros mismos queriendo ofenderme me habeis favorecido para lo sucesivo!... Luitzpoldo, que es el único que pudiera hablar, no lo hará porque atentaria contra su hijo. Colemberg no existe: Leonelo es un testigo falso, porque su ofensa dará á su testimonio un carácter parcial y calumnioso, y tú porque aparecerás como una muger desagradecida é ingrata, vendida á mis contrarios... por miras ambiciosas... por deseos de elevarte aun mas... Porque has tenido relaciones sospechosas y criminales con mi marido.

—Miserable!! Esclamó la marquesa con un acento tan terrible que aterró á Ludomilia. Cuándo podrás tu igualarte á mí?... comprender el valor y la pureza de mi conducta? Imaginas, muger impia y criminal, que mi frente está manchada como la tuya?... Yo la elevo erguida y brillante... resplandeciente como la aureola virginal de los ángeles... La tuya está cubierta de una niebla opaca, sombria y horrorosa!... Tus ojos no ven ya mas que el crímen y el delito... los mios las virtudes y el cumplimiento de los mas santos deberes. Para que tú pudieras alzar la vista para mirarme, necesitarias volver al estado inocente y primitivo de la infancia... Ante los ojos de la sociedad no podrás aparecer mas que como mónstruo hediondo y despreciable... Yo como una muger digna de respeto y veneracion. Analiza tu vida miserable, y solo hallarás goces en el vicio y los delitos... La mia en la virtud y la beneficencia. Esperaba reducirte á mi fin, por medio de la amistad, el aprecio y la reflexion. Dejarte bien colocada con el mundo, despues de hacerte conocer la justa causa que yo defendia, y que la reconocieses y apreciases... pero ahora triunfaré y tú quedarás envilecida para siempre.

—Te engañas, porque antes haré nadar en sangre á Ravensberg.

—Mira no te ahogues en ella.

—No temo tus amenazas.

—No, mis realidades. Revoca al punto ese título usurpado que das á tu hijo. El gran duque Othon vive todavia, y á su muerte no debe ocupar su trono sino un heredero legítimo, no un bastardo despreciable.

—Eso jamás. El gran duque está ya imposibilitado de mandar, no tiene mas heredero que ese hijo, que tú sabes que no es suyo... segun dices, pero que no puedes probarlo. Aquí no hay mas duque soberano que yo... Mi voluntad es la que impera... y mi hijo será el que le sucederá en la corona.

—Conque te empeñas en ello?

—Si...

—Pues bien, veremos de quién es el vencimiento.

—Veremos.

En este momento se oyó el ruido de varios clarines en la plaza de palacio.

—Mira: añadió la duquesa cogiendo á Sofia de la mano y abriendo las puertas de una ventana. Ves?... ochocientas lanzas, y otros tantos hombres de armas me envia Ernesto de Brunswick para hacer respetar mis decisiones. Entre ellos vienen Luitzpoldo y su esposa aprisionados, y he rescatado tambien el hijo que me quitásteis. Ahora es cuando se acabaron los disimulos: Sofia... Me llegó mi vez y yo penetraré ese arcano profundo del Castillo del Aguila... arcano que tanto ha dado que decir y pensar, y que ha costado la vida á Colemberg.

Sofia al aspecto de la fuerza armada, á la vista de traicion tan bien combinada y execrable, no profirió ni una palabra.

—Hola! continuó la duquesa, parece que ahora enmudeces y te muestras menos altanera!... Vamos, querida Sofia, no olvides la prudencia, que es el distintivo mas bello que siempre te he adornado... Reflexiona... y mira que, á pesar de las palabras que me has dicho aquí, no se ha estinguido de mi pecho el resto de estimacion que te conservo. A mí me basta con que me afir-

mes que estas pura, porque la voz de la verdad es tan conocida y manifiesta como la del crímen. Mi humillacion pasada y mi elevacion presente, míralas como causas naturales, y sometámonos á ellas. Yo no desconozco cuanto me has estimado y los favores que me has hecho... Prosigue obrando conmigo lo mismo, no te separes de mi lado, guíame en esta senda de maldicion y fatalidad en que el destino me ha lanzado... y convéncete de que tú ni yo obramos por voluntad propia, y sí porque un poder mayor que ella nos somete y sujeta á su capricho. Tú conoces demasiado mi posicion y advertirás que ya no me es posible retroceder de ella... Pues bien, no me abandones y vivamos la una por la otra.

Ludomilia al conducirse así con la marquesa, daba una prueba de inteligencia y falsía. Ella hubiera podido mandarla prender y hasta quitarla la vida, pero la consideraba unida á Leonelo, y este era invulnerable para su poder. Quién sabe los medios de que él se podria valer para vengar á la marquesa?... Lo que atrayéndola así, convenciéndola, lograba echar un áncora poderosa á su situacion, porque el talento de Sofía no era comun.

Además, ella, á pesar de todo, temia al príncipe de Marck, temia á Leonelo, á la misma Sofía... y aun al pueblo. Los Ludomistas podrian defenderla, pero los Conservadores que no le cedian la ventaja á aquellos, estaban á favor de la marquesa y por ahora no convenia entrar en oposicion abierta con ellos, sino cuando ella hubiese echado raices profundas en su soberania.

La marquesa por su parte, conoció la desventaja que tenia para lidiar abiertamente, y varió de propósito. La guerra era necesario emprenderla de nuevo, y así aparentó someterse al parecer de la duquesa ofreciéndola de nuevo sus servicios.

Llaman á la puerta de la cámara, Sofía abre, y se presenta el príncipe de Marck con el hijo de Ludomilia en los brazos.

—Toma, sobrina amada, le dijo; te lo arrebataron, y yo te lo devuelvo. Sírvale esto de castigo á los que des-

trozaron impiamente tu corazon.

Y fijó una mirada sardónica en la marquesa que bajó los ojos, sufriendo tan villana reconvencion.

Ludomilia era madre, y era fuerza que se entregase á los afectos de tal.

Despues de haberlos satisfecho un tanto, notando el estado de Sofia, dijo al príncipe:

—Querido tio, en este momento acabo de esperimentar dos felicidades. He recobrado á mi hijo y el afecto de Sofia... Os suplico que ni aun indirectamente la reconvengais. Entre la marquesa y yo... no ha habido nada... nada ha pasado.

Sofia pidió permiso para retirarse. La presencia del príncipe y del infante le hacian daño.

XL.

Dos hermanos.

El duque, por dictámen del doctor Orseolo, habia sido llevado hacia dos dias, á la quinta del Recuerdo, paraje que el doctor consideró mas útil para la salud del enfermo. Ludomilia no se opuso, porque vió con placer ocupar á su marido el sitio de abandono y olvido que tuvo ella poco antes.

El mariscal, Leonelo y el consejero, eran los únicos que lo visitaban á menudo, en particular el primero, que ya hacia dos tardes que se paseaba con él por el jardin.

El doctor interiormente confiaba en su curacion. Es decir, en volver á la facultad intelectual toda su fuerza, porque el duque tenia la mayor parte del tiempo perdido el conocimiento y hablaba desconcertadamente sobre un tema ó un objeto.

La tarde del dia que tuvo Ludomilia la conversacion

que hemos referido con Sofia, el duque bajó al jardin. El doctor habia encargado que procurasen atraer á su idea hechos pasados, para ver si así podia ir recuperando poco á poco la memoria.

Othon venia del brazo del mariscal mudo y silencioso. Solo reia á la vista de una flor ó de lo mas insignificante.

—Recuerdo, dijo el mariscal, que vuestra alteza real me dijo cierto dia que me enseñaria el jardin de esta quinta y haria varias esplicaciones sobre él.

—A tí?... Pues tú quién eres?

—No me conoce vuestra alteza real? Vuestro súbdito mas fiel, el mariscal Otocaro.

—Otocaro?... sí... Con efecto... yo conocí á uno llamado así... pero ya no existe...

—No... que vive... vive, señor, para amaros y consagraros su existencia. No conoceis este anillo que una tarde colocásteis en su dedo como una muestra de vuestra bondad?

—Si... cuando estaba muerta!... Yo le quité un anillo á Beatriz... pero luego se lo dí á mi Eleonor... Oh! si es tan bella!... y Beatriz lo mismo... Ven... verás donde la ví la primera vez.

El duque cogió otra vez el brazo del mariscal y echó á andar con precipitacion.

—Eleonor!... continuaba! Si tú la vieras!... por eso me inspiró tanto interés Gacela... porque se parece á mi Eleonor... Pobre niña!... Y el mariscal la queria tambien... Ya lo creo!... El mariscal piensa que no lo he conocido... Oh! yo sé quien es y Sofia lo sabe tambien... Pero disimulamos porque queremos sorprenderlo y que él se esplique.

Otocaro sufrió una conmocion poderosa.

En esto se aproximaron á una hermosa glorieta de jaspe construida con el mas esquisito gusto... La puerta estaba cerrada.

El duque la miró de repente, y soltó una estrepitosa carcajada.

—Cómo te va á sorprender lo que notarás aquí... y á cualquiera lo mismo... añadió. Verás... verás...

Fué á entrar, pero al ver cerrada la puerta, un furor estraordinario se apoderó de él.

El conserje del jardin, que los seguia á corta distancia, llegó, y tocando á un resorte, la puerta cedió.

—Como vuestra alteza real sabe abrir... yo creia...

—Ah! eres tú, Roberto? y tu hermana Matilde?... qué amable es! cuánto me quiere tambien... Solamente tu padre y tú me manifestais ceño... Oh! si yo no quisiese tanto á Beatriz no volveria á tu casa.

El duque entró con el mariscal en la glorieta.

Otocaro fijó sus ojos en un objeto, y quedó absorto, sin atreverse á moverse del sitio, creyendo un sueño lo que veia.

—Sí... no le mires... le dice el duque. En ese banco... ahí la ví por primera vez... en este mismo sitio... Estaba en la puerta de su molino... El banco te parecerá rústico é indigno de este edificio... Oh! no... amigo mio... Le engrandece el que Beatriz se sentaba en él... y esta glorieta se fabricó por él... solo por él!... porque no se moviese de donde está.

Una congoja mortal cubria la frente del mariscal... Conociendo que sus piernas vacilaban, fué á sentarse en el banco.

—Traidor! Esclamó el duque con un acento de cólera estremada. Qué haces? Sabes que ese banco es sagrado? Que ni aun yo mismo puedo ser osado á profanarlo?... Solo á una persona se le tolera sentarse en él ya... A Eleonor... á Eleonor... y nadie mas. La cabeza te costaria tal atentado.

El mariscal no sabia lo que le pasaba... Confuso y anonadado deseaba pedir esplicaciones al duque, pero cómo era posible!... Su razon estaba en un estado deplorable, y era en vano pretender que se pudiesen coordinar sus palabras.

El resto de la tarde lo pasó el mariscal entre dudas mortales. Hizo varias preguntas al duque. Pero este,

constante en su idea, le repetia siempre las mismas frases, sin querer apartarse de la glorieta.

Ya cerca de la noche, al ir á retirarse, una muger, cubierta con un velo se presentó á ellos.

—Mariscal, le dice Sofia así que se descubrió, se os espera esta noche, en el Castillo del Aguila Negra... Pedro el ugier os tiene que dar informes circunstanciados de vuestra familia.

—De mi familia?

—Sí... ya es infructuoso que os oculteis.

—Señora!...

—Teneis el corazon empedernido con los combates... sordo á la voz de naturaleza... Os he reconocido en esta quinta la noche que proferísteis ante los retratos de vuestra madre y hermana, sus queridos nombres... Porque reconocísteis tambien la cruz que llevaban sobre el pecho, símbolo sagrado, distintivo apreciable, de la mejor de las madres... Y si no, decidme, á qué llevais tambien otro sobre vos!

—Marquesa... delirais?

—No, no deliro... porque esta tarde os he escuchado detrás de las celosias que tiene esta glorieta... Me he introducido en ella antes que vos llegárais... presumiendo que el duque al dirigirse aquí no dejaria de entrar en ella. He visto vuestra agitacion... la impresion que os han causado sus frases desconcertadas y las preguntas que le habeis hecho. Pues bien... vos deseábais ver á vuestra madre Ana y vuestra hermana Beatriz... no existen... pero en cambio vereis á Roberto, Matilde, y otra persona que no conoceis, y que amareis entrañablemente porque tiene vuestra sangre.

—Sofia! Sofia!...

—Os mostrásteis pertinaz antes de marchar á campaña... no quisísteis declarar vuestro verdadero nombre... llenásteis de amargura un corazon que os amaba... y todo porque temiais descubriros á Othon, que varias veces le habíais oido acusaros de ingrato y mal hijo... Ah! os engañásteis... pensando engañarnos! Othon os hubiera

abierto sus brazos, porque él no podia odiaros... Pero ahora que está imposibilitado de comprenderos... ved que vuestra revelacion es quizá la salvacion del resto de vuestra familia.

Otocaro perplejo no sabia que partido adoptar.

—Vamos, mariscal... el tiempo pasa... la oscuridad va á estenderse! Esa cruz... mostrádmela... no esteis remiso... y ya vereis lo que os entrego en cambio... No ois á vuestra madre que os lo manda desde el cielo?

—Ah! madre mia!!... Prorrumpió el mariscal enternecido, abriendo prontamente su jubon, y sacando una cruz que llevaba al cuello. Aquí la teneis, señora...

—Quereis trocarla por esta?... le preguntó Sofia.

—Qué veo!... Esclamó Otocaro fuera de sí. Quién sois?... quién eres?...

—Ven, Joaquin amado!... Ven y abraza á tu Matilde.

—Matilde! Ah! hermana mia!... hermana de mi vida!...

Los dos permanecieron abrazados unos momentos. El mariscal no acertaba á comprender tanta dicha.

—Con que eres tú? Tú, mi Matilde!... Aquella niña inocente y tan amada de mí, que dejé olvidada al abandonar la casa paterna! Ay no! olvidada nunca! Jamás os he olvidado; prendas de mi amor!... Pero es posible! Aquella aldeanita tan sencilla y tierna, transformada en la poderosa marquesa de Korvei! En el ídolo de Ravensberg! Ah! Cuán orgulloso me siento de ser tu hermano!

—Y yo de tener por tal á un militar tan valeroso!... A un héroe tan estimado de todos!

La frente del mariscal se cubrió de repente de un velo opaco y sombrio. El aspecto ledo que ostentaba su faz, desapareció al recuerdo de alguna idea triste y abrumadora.

Sofia que lo notó, le dijo:

—Joaquin... hermano mio!... Qué pesar repentino ha venido á ocupar tu corazon? A desterrar el placer

que mútuamente nos acompaña?

—Sí... me ha asaltado un pensamiento desgarrador para el alma. Matilde, añadió con severidad, tú sabes que nunca he transigido con la ignominia. En medio de mis estravios juveniles te consta que mi frente se elevaba pura y sin mancha. Esa grandeza que te circunda, la habrás debido acaso...

—Joaquin!! Repuso la marquesa con una dignidad admirable, y que sorprendió al mariscal. Olvidas que tu sangre es la que circula por mis venas?... Qué me tienen por el tipo de la honradez y la virtud en la corte de Ravensberg?... Mis flaquezas estarian tan ocultas, mis vicios tan en silencio, en medio de esa turba de palaciegos, ávidos en criticar y destrozar con el sarcasmo mas despiadado la reputacion del desgraciado que incurra en el menor desliz?

—Perdóname, Matilde... perdona mi temor, si recuerdas nuestra humilde cuna... Yo me he elevado por mis hazañas, por mi valor, y como ignoro... lo mismo que todos, los medios que tú...

—Harto siento el tener que participártelos... Pero no hay remedio. Ya es fuerza manifestarte á qué debo unos títulos y una privanza que no me han acarreado mas que amarguras... y que he comprado con el sacrificio de lo mejor de mi vida. La noche nos cubre ya con su oscuro manto. Conduce al duque á su habitacion, mi coche está puesto, y él nos llevará al Castillo del Aguila Negra donde lo sabrás todo.

El mariscal cogió del brazo al duque, el que, en el reconocimiento de los hermanos, no hizo otra cosa que reir descompasadamente al escucharlos.

Su estado de imbecilidad era marcado y seguro entonces.

. . . . . .

A poco el carruage de Sofia iba en direccion del Castillo del Aguila, conduciéndola en union de su hermano Joaquin.

XLI.

Combinaciones

El príncipe de Marck ignoraba el resultado de la conversacion que hubo entre Ludomilia y la marquesa, porque no se cuidó de preguntárselo á la primera, ocupado como estaba en sus asuntos, y mas que todo en ver el efecto que hacia en el pueblo el primer decreto de la regente.

Este no podia ser otro que un alarma general entre los conservadores. Esperaban la presencia del mariscal para que este tomara una medida decisiva y pronta, pero la noche que precisamente lo aguardaban con mas ahinco, Otocaro no se presentó en la asamblea.

Mas en vez del mariscal, vieron abrirse las puertas, un grueso piquete de soldados hannoverianos invadir el salon y llevar presos á los principales gefes, deshaciendo la reunion.

A esta medida intempestiva y despótica del príncipe

de Marck, se agregó la de algunos arrestos mas en otros de los conservadores.

Pero no fué esto lo que llamó la atencion, sino varios destierros que se decretaron tambien de ciertos cortesanos, entre ellos el condestable Erardo de Gotinga, y otros como el baron de Eberten, Hasbourg, Bevern y otros de los mas marcados de palacio, y que eran caudillos de los Ludomistas.

Tan estraña anomalia hizo un efecto estraordinario en la corte y en el pueblo... El príncipe se escusó con la duquesa y los Ludomistas, fingiendo que eran golpes de estado indispensables. A la duquesa le dijo que era necesario limpiar el palacio de ciertos nobles sospechosos que, aunque afiliados en los Ludomistas, no eran mas que una polilla que insensiblemente corrompe la corte y mina el trono, haciéndolo desplomar á lo mejor.

Al pueblo, por medio de sus agentes, manifestó, que él no tenia predileccion por ningun partido político, antes al contrario, que habiendo deshecho el club de los conservadores y aprisionado á los principales caudillos, desterraba á los Ludomistas, porque así cortaba los brazos que pudieran armar el puñal asesino de conciudadanos contra compatricios, robusteciendo la paz y el órden, cimiento sólido y recomendable para el bien y prosperidad de los estados. Y que ya que en su pasada administracion, se habian lamentado algunos errores inocentes, queria, ahora que era mas grave el cargo de la regencia, demostrar mayor celo y cuidado en conducir la nave del estado, al puerto seguro de prosperidad y auge nacional.

La gran duquesa, aunque algo sagaz, tragó la píldora que tan bien le doró el príncipe. No así los conservadores. Los Ludomistas murmuraron algo, pero siempre se convinieron á esperar algo del príncipe en lo sucesivo, así como los primeros lo temieron todo.

Ludomilia no deseaba ya nada, pues á su entender todo lo poseia. Habia recobrado á su hijo, y vengádose de su marido y Luitzpoldo. A Sofia, bien por voluntad ó por precision, la tenia á su devocion; mandaba dueña

absoluta en Ravensberg, su hijo seria algun dia coronado duque soberano, y su agradable sueño de venganza y felicidad se veia cumplido.

Solo le faltaba aclarar el misterio del Castillo del Aguila Negra, pero para eso esperaba la determinacion del príncipe de Marck.

Este, convencido de que lo que allí se encerraba, eran asuntos fútiles de amores correspondientes al duque, y no otra cosa, se habia cuidado muy poco de satisfacer la ansiedad de Ludomilia, porque los momentos los necesitaba él para cosas de mas importancia, y para descubrir lo del Castillo del Aguila le sobraba tiempo.

Y era así. El príncipe tenia frecuentes y secretas conversaciones con el baron de Pompeburg, general de las tropas auxiliares residentes en Ravensberg. El baron, además de general, era un político profundo, y Ernesto al enviarlo á esta comision, sabia que habia de conseguir el objeto que ocupaba su deseo anteriormente.

Los demás soberanos del círculo de Wesfalia, en particular el obispo de Munster, protestaron contra esta invasion de Ernesto en el gran ducado. Pero este se escusó diciendo que habia sido llamado como amigo, por la duquesa regente, para sostener los derechos de su hijo, atropellados por las diferentes facciones políticas que se abrigaban en aquel estado.

El obispo no reconoció de ningun modo esta farsa, pero el príncipe ya le tenia buscado un juguete para entretenerlo, y que le arrojó á su tiempo como veremos.

El pensamiento del príncipe al sorprender la asamblea de los conservadores, fué prender al mariscal, pues es seguro que el genio arrebatado de este, viéndose tratado así por una fuerza militar estranjera, habia de procurar motivo sobrado para no respetar su clase y autoridad.

Pero Otocaro, con admiracion del príncipe, no habia concurrido á la reunion aquella noche, en momentos que parecia imposible pudiese faltar.

Este era el enemigo que el príncipe temia, y el que era indispensable quitar de en medio, porque era un es-

torbo grande, atravesado en su carrera de prosperidad y ventura.

A Leonelo, que no habia vuelto á parecer en palacio desde la noche del festin, no lo miraba el príncipe cual á hombre político, sino como á un amante resentido de la duquesa, y que se habia presentado en Ravensberg dos veces bajo diferente trage y denominacion, para lograr un objeto que era imposible, por cuanto que Ludomilia no le tenia inclinacion. Que habia procurado hacerla la guerra, cuando esta podia y debia temer su venganza, porque el duque se hallaba en disposicion de tomarla por él, pero ahora que ya Othon estaba fuera de ese círculo, aunque tenia el conde de Pelesino noticias de los amores pasados de la duquesa y Luitzpoldo, no poseyendo pruebas y estando este asegurado en secreto en un calabozo, podia desmentirse en público la acusacion de Leonelo, dado caso que la entablase, y calificarlo de calumniador y vengativo por los desprecios, que habia sufrido de Ludomilia; pero el príncipe se equivocaba tambien.

. . . . . .

—Os esperaba con ánsia, querido tio, dijo la duquesa al príncipe. He notado que de dos dias á esta parte os haceis desear mucho. Ni vos me dais cuenta de vuestros trabajos, ni yo puedo consultaros sobre mis acontecimientos.

—Y qué quieres, hija mia? Ese baron de Pompeburg me absorve la mayor parte del tiempo. No se encuentra sin mí... Es verdad que como estrangero, qué mejor compañia ha de escoger que la mia? Me ha hablado de planes colosales!... De una alianza por diez años entre Ernesto y tú... Sobre el sostenimiento de un cuerpo de sus tropas en Ravensberg todo ese tiempo, costeadas por este ducado... y luego al retirarse la entrega á su soberano de nuestro principado de Hesse-Delmont.

—Cómo! esclamó Ludomilia... Con que viene como amigo, como aliado, y solicita, despues que le mantengamos su tropa, uno de los estados mejores de mi reino?... Entonces, qué servicio nos viene á prestar? Desmembrar-

nos una de las partes mas estimables de este todo?...

—Sobrina mia, es necesario que te convenzas de que tú no entiendes esto. Ningun estranjero puede ser jamás amigo del reino que pisa. Al contrario, es como un arroyo que, aunque corra mansamente, siempre ha de arrastrar algo al paso... Y es natural. Quién se cuida ni se duele de lo ageno, si el dueño lo desatiende y entrega en manos que están deseando pillarlo?... Pues eso sucede con las invasiones estrangeras... Es igual á una medicina que calma al pronto el dolor agudo, pero luego deja varias úlceras abiertas, que cuestan mucho cicatrizarlas... si es que se puede conseguir al cabo el objeto. La casa propia que uno no gobierna bien, mal podrá gobernarla el vecino.

—Pero vos no corroborásteis la determinacion de pedir auxilio al duque de Brunswik?

—Y acaso te he dicho yo que no fuera preciso? Pero eso no se opone á que lamente los resultados de una determinacion forzada... indispensable!... A que te sometas, en fin, á ciertas exigencias á que es preciso acceder.

—Bien... eso mas adelante. Qué tenemos de los conservadores? Se han preso?

—Sí, ya están incomunicados, Balkan, Brun, Crefeldi y Stetin.

—Y qué pensais hacer con ellos?

—No sé... lo que tú digas.

—Cortarles la cabeza... Me insultaron en su asamblea, el duque los perdonó y yo quiero ahora que mueran.

—Eso es aventurado.

—Pues cómo?...

—Se les incitará á que escalen la cárcel, que varios amigos los esperen fuera para protejer su fuga... Hay tropas emboscadas de antemano, y se les mata á arcabuzasos ó lanzasos, diciendo que hicieron resistencia, y es negocio concluido.

—Bien: y de Leonelo?

—A ese, dejadlo. Qué, no hay mas que atentar

á la persona del representante de un soberano amigo?

—Para mí no es mas que un contrario encarnizado de mi ventura, mi honor, y mi sosiego; que casi tiene la culpa de todo ó de la mayor parte de mis infortunios... La vida de ese hombre la deseo, la ansio... A todos los perdonaria y á él no.

—Mucho le odias para haberle hecho padre de un hijo tuyo.

—Para el caso, como si no lo hubiera sido, porque ese hijo no existe ya. Pero aun cuando viviera, sabria ahogarlo entre mis brazos, si él fuese el estorbo que pudiera oponerse á que yo me vengara de su padre.

—Si tanto lo deseas ya buscaremos un medio. Se lo diremos al baron de Pompeburg y este enviará algunos soldados disfrazados que acaben con él una noche al salir ó entrar en su casa... Es fácil... Son estranjeros... él es italiano, una reyerta se suscita por cualquier cosa... y despues de muerto por los soldados, nosotros no tenemos responsabilidad ninguna del hecho.

—Hacedlo como querais, siempre que lo quiteis de en medio.

—Y no me dices nada del mariscal Otocaro?

—Qué se yo... Ese me parece un hombre que, aunque contrario nuestro, debemos respetar y conservar.

—Vé ahí tus caprichos. A ese, ántes que á ninguno, hay que esterminar. Es el enemigo mas ciego y mas irreconciliable que tenemos... El que no transigirá nunca con nosotros y al que sufriremos siempre si no nos sacudimos de él. Me maravilla en verdad que tú ignores esto.

—No lo ignoro; pero es un militar valiente, y yo no estoy porque sean los hombres de la opinion que sean, ir privando al estado de sus mejores columnas. El mariscal es un verdadero hijo de Ravensberg, y al menor llamamiento que le haga la patria, su valiente espada puede defenderla como lo tiene acreditado. Si lo quitamos de entre nosotros y del mundo, nos puede hacer algun dia mucha falta. Otocaro no está vicia-

do y por consiguiente no se venderá á condiciones ni inteligencias onerosas.

—Sobrina mia... de nuestros enemigos los menos... Yo sé de mundo mas que tú, porque soy mas viejo... La mala yerba se corta... pasemos á otro.

El príncipe no desconfiaba de tener ocasion de perder al mariscal. Le habia conocido la flaqueza, que era tener un genio arrebatado, y en esto esperaba encontrar ocasion harto sobrada, para hacerle arrepentir de sus espresiones la noche del envenenamiento de Othon.

—Y á Luitzpoldo, lo habeis visitado en su encierro?

—Lo he visto una sola vez.

—Y qué dijo?

—Nada. A todas mis amistosas reconvenciones callaba. No así la muchacha. Isabela se desata en imprecaciones contra tí. Te acusa de tirana... despiadada y cruel...

—Y acaso lo han sido ellos menos conmigo? Él fué un perjuro.. ella una infame que no debió admitir nunca su mano.

—No es toda la culpa de los dos, sino de quien los sedujo... ó los instigó á un himeneo que nunca debió efectuarse.

—Si hablais por Sofia, esta lo hizo estimulada del mejor deseo hácia mí.

—Oh! eso es lo que tú no sabes.

—Y vos lo ignorais? La marquesa jamás ha cesado de estimarme, y vos la odiais en secreto porque alimentais contra ella una animosidad...

—Fundada.

—Os equivocais, señor. Me ha dado infinitas pruebas de amistad, ha ocultado mis flaquezas y me ha compadecido en mi desgracia... Oh! yo os aseguro que el tiempo que la he tenido separada de mí, es cuando me han sucedido los mayores infortunios... cuando he sufrido los sinsabores mas amargos.

—Luego vuelves á la creencia de que la marquesa de Korvei te trata con sinceridad.

—Sin duda.

—Eh! no seas inocente! La marquesa abriga hace tiempo, una idea constante, un pensamiento fijo, permanente y que nadie sabe ni ha penetrado jamás. La marquesa tiene que ser contraria de todo lo que se oponga á la realizacion de él... y ese proyecto era conocido de tu esposo, pero ahora ha quedado depositado solo en ella. No te diré que adopte para su realizacion medios violentos, ni determinaciones fuertes... pero con su política natural, profunda y amable, trabaja para ello. Adivinarlo es muy difícil... es decir, ahora en este momento... mañana podrá ser... porque la conducta de esta muger singular, es tan admirable como fija... y este es el gran mérito que tiene á mis ojos. Ella con una sola palabra, con una leve mirada, conmueve, encadena y seduce en términos, que se parece á una astuta sirena á quien se teme, y sin embargo se desea gozar de sus atractivos. Es una muger peligrosa, sobrina mia.

—Y bien, qué quereis que haga con ella?... Alejarla de mi lado... desterrarla!... No es posible! Sofia es astuta, sagaz, de un talento no comun... y personas así, por mucho que nos lisonjee nuestra posicion, no es prudente tenerlas por enemigas. Mientras la marquesa no me dé otros motivos... y aun dándomelos, os aseguro que la miraré siempre con consideracion y respeto. Aun cuando sus culpas fueran tantas que degenerasen en crímenes manifiestos, aunque mereciese la muerte, me detendria mucho en dársela, porque considero tal su poder, tan grande su influencia, que mil puñales se aguzarian contra mi pecho para vengarla. Sabeis, señor, como se castiga á la marquesa? Cuál es el medio de deshacerse de ella sin responsabilidad ni esposicion? Haciéndola perder ese aura popular que posee en todas las clases del pueblo... en la corte misma. Esa conducta que vos no podeis menos de confesar *admirable y fija* y cuyo mérito reconoceis; á los veinte y ocho años de edad es necesario estar dotado de una gracia tan especial como maravillosa! Pues bien, ese talisman secreto que Sofia posee, ese

amuleto prodigioso que arrastra las voluntades, que encadena así los ánimos, tan seductor, y tan apoyado é indestructible por su conducta y comportacion, derribarlo no es obra de un momento. Es un edificio levantado con tanta sabiduria como encanto y... para qué es cansarnos? ni vos ni yo podemos en el dia destruirlo.

El príncipe quedó callado y pensativo, conociendo la verdad de estas frases.

Hasta se consideraba corrido de que una débil muger pudiese oponérsele de tal modo.

—De otra suerte, continuó Ludomilia, imaginais que yo no hubiera procurado, á pesar de todo, librarme de un testigo importuno de mis estravios? Pero considero que Sofia está ya prevenida contra todo lo que pueda y deba esperar de nosotros dos.

—Qué está prevenida? Prorrumpió el príncipe con sonrisa irónica. Mucho decir es!... No desconfio de hacerte ver lo contrario. Con que se halla prevenida á todo, eh?

—Claro lo he conocido en la entrevista que hemos tenido. Ella se ha opuesto abiertamente á que mandemos en nombre de mi hijo.

—Qué escucho?... Y ha tenido la osadia...

—Sí, de echarme en cara tal proceder viviendo mi esposo... De declararse abiertamente enemiga de mi hijo, y hasta asegurarme que no se sentará en el trono de Ravensberg.

—Y tú has tolerado...

—Oh! he tenido el valor suficiente para no mostrarle flaqueza y cobardia!... El valor que mi situacion me prescribe. Pero en medio de todo tenia miedo de ella. Sus palabras me desgarraban el alma, y aunque ensayé un recurso grave creyendo hacerla callar, intimidarla... su voz se levantó mas enérgica y fuerte, en términos que casi me anonadó.

—Qué recurso fué? Preguntó el príncipe como inspirado de una nueva idea.

—Acusarla de trato clandestino con mi marido...

De inteligencias sospechosas en el Castillo del Aguila Negra.

—Ah! sí, sí!... esclamó el príncipe lleno de júbilo. Hé ahí mi idea... mi pensamiento. El mismo que yo he concebido, porque sé la procedencia de esa muger. Es humilde... de la clase baja del pueblo... y su elevacion misma revela sospecha y una malicia criminal. Esa muger ha sido molinera de Ligen.

—Molinera!!

—Sí, molinera, bajo el nombre de Matilde. Calcula ahora por qué habrá ascendido á ser marquesa de Korvei y condesa del Aguila Negra... Porque tendria tal ascendiente sobre Othon... y que clase de secreto podrá ecsistir entre ellos, el ugier Pedro y el consejero Biling.

—No sé... pero...

—Uno grave... sobrina mia, de alta importancia, y al mismo tiempo tan reprovado é ilegal, que no lo ha podido en tantos años cubrir ninguna apariencia y presentarlo, aunque disfrazado, á los ojos de la corte. Este no puede ser otro que una inteligencia en estremo delincuente... Es cierto que tú oistes en la quinta al duque nombrar una muger llamada Beatriz... que Sofia despues te mostró el retrato de una aldeana, diciendo ser esa misma Beatriz... pero aun cuando hubiese sido una dama del duque, muerta ya, segun la marquesa manifestó despues al mariscal, no podrá Sofia haberla reemplazado? Hay mas: el mariscal Otocaro reconoció á las aldeanas, por medio de una cruz que tenian los retratos... Sofia tiene otra cruz, que la tarde de la batida llamó la atencion del viejo de la casa rústica del bosque... luego entre el mariscal, el viejo y la marquesa, existe una coincidencia casi probable de que se conocerán, ó al menos esta análoga circunstancia de la cruz es fundamento de recíprocos afectos, aunque pasados, de personas influyentes en tal secreto, y que no puede tener otro carácter que el de un crimen enorme, cuando se ocultan con tanto cuidado por las personas que lo poseen... El viejo de la selva cayó desmayado, segun dices tú... Es misántropo, y no quiere hablar con nadie ...

No hay remedio: motivos colosales, y atroces, median para que ese anciano esté así... y él ha reconocido á la marquesa esa tarde.

—Sí, sus palabras lo dieron á entender.

—Lo ves? Mira si mis recelos son harto fundados.

—Pero bien, qué pensais hacer?

—Qué tú lo preguntes? Empezar á difamar á la marquesa en secreto. Hacerla perder la popularidad que goza. Destruir esa fama lisonjera que acompaña su nombre en todas partes... y cuando esto lo hayamos conseguido, sino totalmente en parte, atacarla de frente sin reparo ni consideracion.

—Y entonces...

—Entonces se le prende... se le encadena... Se le estermina si conviene... que sí convendrá... Porque á una muger tan poderosa y temible es conveniente cortarle los vuelos... y esto no se consigue sin hacerlo antes con su cabeza.

—Os confieso que me encuentro indecisa y no sé si adopte con la marquesa la paz ó la guerra.

—Y por qué?... La guerra es secreta, mientras se mantiene la paz aparente para disuadirla de toda sospecha. Rumores infamantes puede circularlos cualquiera. Quién pone freno á la lengua de un vengativo, un ignorante ó un mal intencionado? Circule lo que á nosotros nos convenga, y luego que se tome Sofia el trabajo de averiguarlo.

—Haced lo que querais... pero os advierto que os dejo en esa parte los resultados, sean prósperos ó adversos.

—Se conoce que esa muger te domina mas que debe. Bien... yo cargo con la responsabilidad... Mia será la derrota ó el triunfo... Lidiaré solo con ella, y te aseguro que no me arredraré.

—Vos podeis hacerlo mejor que yo... Teneis una ventaja inmensa. La de que vuestra conducta aparece á los ojos de todos intachable, y nadie os puede marcar con el sello mas pequeño.

—Eso prueba que tengo mas cautela, porque la espe-

riencia me habrá servido de algo, hija mia. Y mira si tengo un punto de apoyo soberbio para combatir á la marquesa... La muerte de Colemberg y de los cuatro mas que se encontraron con él... Ya verás... ya verás...

Conque... ratifiquemos lo que hemos tratado al principio de esta conversacion... Despachar á los conservadores... Y á Leonelo... Al mariscal se deja por ahora... Lo siento! Pero caerá... caerá... Adios, sobrinita... Ah! Tu Luitzpoldo y su parienta es cosa tuya, eh?...

—Sí... ese asunto es mio solamente.

—Corriente. En un calabozo de la ciudadela está él, y ella en una sala baja... precisamente encima del calabozo... Beltran se llama el carcelero... El gobernador ya sabes cual es, porque presumo que harás tu visita correspondiente al consabido capitan.

—Creo que sí...

—Hasta otra vez, que me aguarda el baron de Pompeburg... Voy á hablar con él tambien sobre lo del conde de Polesino.

XLII.

Atentado inútil.

El dia siguiente se leia en las esquinas de Ravensberg los siguientes carteles:

«Ocupada la regente del gran ducado en asegurar la justicia, como base indestructible de la seguridad y bienestar del estado, castigando los crímenes atroces que se perpetran á la sombra de la impunidad, ha parado su consideracion sobre los asesinos del baron de Colemberg y sus compañeros, los cuales hay toda la probabilidad para creer que han perecido en el Castillo del Aguila Negra, víctimas del misterioso arcano que depositan en esa fortaleza, personas ilustres de la corte. Su alteza real ofrece un pronto desagravio á las leyes y á la vindicta pública.»

Este cartel no dejó de causar eco en la poblacion, pues precisamente se trataba de un hecho ruidoso, y que tanto habia ocupado la curiosidad de muchos, la compa-

sion de algunos y la indignacion de otros. Pero este era el primer tiro que indirectamente asestaba el príncipe á la reputacion de Sofia, empezando por acusarla disimuladamente de un crímen tan espantoso.

Leonelo cuando llegó á su noticia el tenor del edicto, escribió á la marquesa, previniéndola sobre el ataque que á cara descubierta debia sufrir y no muy tarde. Las personas ilustres á que hacia alusion el cartel eran ella y el consejero Bilin, porque el duque, aunque estaba en el secreto, se hallaba ahora fuera de toda reconvencion ni cargo. Mas Sofia, tranquila y satisfecha, nunca habia temido, y en la actualidad menos.

Sin levantar mano empezaron los agentes ocultos del príncipe á denigrar á la marquesa de Korvei, tomando por fundamento el edicto publicado. Se la hacia la principal responsable de la desgracia de Colemberg, asegurando que el nuevo título que obtuvo de condesa del Aguila Negra, era debido á aquel horrible secreto que necesitaba hasta inmolar víctimas para su seguridad.

Tales rumores llegaron á oidos de Sofia, la que los escuchó con risa y desprecio. Ludomilia creia verla pesarosa y acongojada y la hallaba siempre festiva y alegre. Unicamente cuando la faz de la marquesa se cubria de pesar, era cuando le recordaban el estado de Othon.

Un dia que se encontraba sola en su habitacion, le entregó Richsa el siguiente anónimo.

—«Se ha asegurado, y anda muy válido entre el pueblo, que sois la favorita de Othon... Mas claro, su dama. A esto dicen que se han debido los disgustos de la gran duquesa con su marido, el trastorno del estado, la muerte de Colemberg y los otros. Yo, señora, abandonaria la corte y me retiraria hasta de Ravensberg. De lo contrario, el dia que esteis mas descuidada os pueden dar un pesar porque ya os miran con prevencion.

Sofia guardó el billete sin hablar palabra, y dijo á Richsa si habia venido el doctor Orseolo.

—Esperando está fuera, señora, á que le deis licencia.

El doctor se presentó.

—Y el duque? le preguntó la marquesa.

—Está ya casi en el estado que se desea para vuestro nuevo plan.

—Cuando podemos ponerlo por obra?

—Dentro de dos dias.

—Id antes preparándolo todo... Ellos mismos van á caer en la red que me han tendido... leed... y le manifestó el anónimo.

—Esto es falso, señora... El pueblo dice lo contrario, solo algunos ignorantes y menguados...

—Ya lo sé... demasiado comprendo de donde sale todo... No es Ludomilia la principal inventora de esto... Es otra persona que nos hace la guerra ocultamente, y la que pretendo coger por mas que ella procura escapárseme de entre las manos.

Decid á monseñor Leonelo que necesito verlo... que se presente en palacio esta noche: que deje todo reparo ya... que venga.

—Sereis complacida.

Pero en aquella misma noche pensaba el príncipe dar el golpe á los conservadores que estaban presos, y á Leonelo. El mariscal habia sido envuelto en la traicion, y el príncipe halló doble motivo de placer, por cuanto que el mismo Otocaro se le entregaba sin trabajo.

El modo de coger al mariscal fué el siguiente:

Varios espias ocultos, asociados á los conservadores, porque el príncipe los tenia en todas partes, empezaron á cundir entre estos que era una infamia tolerar que Balkan y los suyos se viesen presos injustamente. Al mismo tiempo los hizo juzgar de nuevo por crímenes anteriores y hasta notificarles la pèna de muerte.

El mariscal al saberlo, opuso todo su poder é influjo para desviar el golpe que amagaba á sus amigos políticos. Habló al consejo, al príncipe, á la regente y todo inútil... Estos se escusaban con la ley... pretesto que sirve en todos casos para satisfacer rencores, saciar venganzas y apoyar criminales inteligencias.

El único recurso que le quedaba era su hermana la marquesa de Korvei, pero esta demasiado sagaz y advertida, le hizo ver que para Balkan y los suyos no habia entonces remedio, pues eran unas víctimas inocentes á quienes mataba la ponzoñosa sed de venganza de Ludomilia y las miras siniestras del príncipe de Marck. Pero que apesar de todo, hablaria á la duquesa segura de que nada conseguiria.

Efectivamente, Sofia hasta llegó á amenazar á la duquesa sobre los resultados funestos del paso que se iba á dar, pero esta, preocupada por el príncipe y engreida con las tropas de Pompeburg, no temia á nadie.

Demasiado sabia el príncipe que el mariscal no toleraria una infamia como la que se iba á perpetrar con Balkan y los suyos, y que recurriria á estremos violentos ó ardides para librarlos, los cuales, por ocultos que fuesen, habia él de saberlos con antelacion.

Otocaro convocó en un sitio secreto á los conservares existentes en Ravensberg, y entre otras proposiciones que les hizo, los exortó á morir primero que permitir el sacrificio de sus inocentes compañeros.

Esta invitacion hecha por un hombre como el mariscal, en ocasion que los ánimos se hallaban justamente ecsaltados, por las injusticias y tropelias que se cometian á intento por el príncipe, no podia menos de encontrar eco entre los de la reunion. Los primeros que se mostraron propicios y aun los que incitaron con ardor á los demás, fueron los emisarios del príncipe ocultos entre los conservadores.

El resultado fué juramentarse para una noche y una hora.

La noche era la presente.

La hora las doce el dela.

El proyecto era asaltar la cárcel del crímen, matar á la guardia hannoveriana, sacar de la prision á Balkan y los demás que estaban con él y en seguida con buenos caballos, prevenidos ya, meterse en la selva de Roden, pasar el Harz y ganar la frontera de Munster.

El plan, aunque arriesgado, llevando un gefe como el mariscal y una espada cual la suya, no era difícil de realizar.

El príncipe se llenó de gozo al saberlo por sus agentes que concurrieron á la reunion. La dósis de depravacion que poseia, era la que por lo regular tiene el que, abundando en las ideas perversas que él, procura para sostener un poder que jamás debiera tener, sacrificar con ardides y estrategias infames á ciertos honrados y beneméritos patricios, cuyo valor y ardimiento noble no transigen con la tirania, y son víctimas de su buen deseo, sucumbiendo á impulsos de la rivalidad y de la traicion mas indigna y detestable.

Estaba mas que olvidado que el príncipe pondria los medios para que todos cayesen en sus manos.

El dia de la noche citada, hizo publicar por medio de un pregon la ejecucion de Balkan, Brun y los demás, como reos de estado, fijando el término para de allí á dos dias en la plaza de Adeltonfer, como estuvieron sentenciados en otro tiempo.

Sabia que con esto aseguraba mas el éxito de su combinacion.

Leonelo habia recibido por Orseolo el aviso de Sofia, mas no quiso entrar en palacio de dia y esperó á la noche.

A la hora que le pareció prudente se dirigió á él.

Leonelo acostumbrado á transitar solo por las calles de Ravensberg contra el dictámen del doctor, que en particular de noche, le habia aconsejado que le acompañase alguno de sus criados. Pero Leonelo fiado en su valor, no habia hecho caso de esta advertencia.

El doctor, hombre pensador y preventivo, habia mandado á Frugoni y á Venneti que de noche siguiesen á Leonelo á alguna distancia sin que él lo advirtiera.

Leonelo, embozado en su capa, se dirigia presuroso á palacio, cuando al medir una encrucijada de callejuelas que desembocaban en la calle de Walffen, fué rodeado y acometido por seis hombres á un tiempo.

El primero le tiró un tajo en la cabeza, el que sin du-

da hubiera acabado con él á no llevar la gorra de Leonolo en su forro interior una especie de malla de acero que inutilizó el corte de la espada.

Sin embargo el golpe le trastornó en términos, que casi tuvo que agarrarse á la pared para poder sacar la suya.

—Traidores! gritó fuera de sí... Así asesinais impunemente á un hombre?

Y apoyado contra la tapia de una casa se defendia de los seis que lo acosaban con furor, al ver que no le habian derribado con el primer golpe, como lo intentaron.

El conde de Polesino hubiera sucumbido al fin á la obstinada furia de sus adversarios... pero la voz de uno de ellos que dijo:

—Muerto soy!...

Le hizo conocer que alguien venia en su socorro.

Con efecto, la espada de uno de los dos desconocidos que se acercaron, habia atravesado por la espalda de una estocada al último de los seis. En seguida hirió de muerte á otro... hizo medir la tierra mal parado al tercero y á los tres restantes los puso en fuga.

—Mándrias, aguardad!... Gritó el libertador con acento brusco y destemplado, siguiendo á algunos pasos á los fugitivos. Esperad y yo os daré lo que mereceis.

Leonelo reconoció á Frugoni.

—Bien por Dios, señor, le dijo este. No quereis hacer caso de las palabras del doctor Orseolo... y os venís de noche por esas calles como un doncel rondador ó un galan fantasma. El doctor es todo un hombre, sábio, prudente y conoce á los pícaros... Dadle las gracias de que no os hallan esta noche despachado esos bribones... porque sin su dictámen no os hubiéramos seguido.

—El doctor os lo dijo?

—Claro está... Yo á esta hora, os podeis hacer el cargo que en vez de hallarme aquí estaria apurando algun jarro de vino... pero no me pesa porque estas bromas me divierten.

—Retirémonos ya, añadió Leonelo.

—Despacio, señor... Y nos vamos así sin sacar la

hebra del ovillo, teniendo en la mano el cabo?

—Y qué pretendes?

—Es muy sencillo: ver si por algunos de estos truhanes averiguamos algo. Oscurillo está, pero no importa. Ayúdame, Venneti.

Y llegándose al que estuvo mas en estado de hablar, le preguntó quién era.

Leonelo se sorprendió al conocer por el trage un soldado de las tropas de Pompeburg.

Examinó á los otros y les vió vestidos con igual divisa.

A las preguntas de Frugoni no contestaba el herido sino con lamentos.

—Esas respuestas no son las que yo quiero, perillan, le dijo Frugoni. Si te duele, llama al demonio y que te cure... Veamos los otros dos... Mira, estos están mas contentos que tú... la prueba es que no se quejan... Calla, y este tiene una escarcela... curiosidad es... pero voy á ver que guarda en ella... Toma! un papel!... lindo botin!...

—Un papel!! repuso Leonelo. Trae que puede que nos dé alguna luz.

—Sí... es verdad, señor... pero vámonos alumbrando con ella, no sea que los que huyeron avisen á los suyos y sea peor la fiesta... Cuidado que no lo digo por mí... que yo me estoy aquí hasta mañana á esperar á esos valientes que acometen seis á un hombre solo... Pues aquí hay uno solo para todos ellos.

Leonelo vió que era prudente separarse de allí, y se dirigió á palacio, mandando á Frugoni y á Venneti que no digesen á nadie una palabra, y que esperasen á que él concluyese para tornarse á su casa.

Sofia lo aguardaba tranquila, ignorante de lo que acababa de pasar y aun de los acontecimientos que sucedieran aquella noche.

En el momento que Leonelo entró en palacio, tuvo aviso de ello el príncipe que se hallaba con Ludomilia y el cual dijo á esta:

—Se nos ha escapado... no puede ser por menos... pe-

ro yo lo agarraré... El plan se arregla así mejor que imaginé... Ellos mismos se entregarán en mis manos esta noche. Si no los cojo á todos en un lazo, serán muy ligeros para poder escapar. Esta venida de Leonelo por primera vez á palacio y en esta noche, es materia para sospechar... Sin duda el mariscal ha dicho algo á la marquesa y esta se lo vá á participar á Leonelo... Oh! Ahora lo veremos. Sobrina mia, llama á Inmegarda.

La duquesa obedeció, y se presentó la doncella.

—Y tu hermano? la preguntó el príncipe.

—Está en la antecámara.

—Díle que venga.

Inmegarda salió y á poco llegó Ulrico.

—Siéntate, y escribe lo que te voy á dictar.

—Yo, señor?

—Sí, tú. De tu letra que será desconocida.

—Pero no es una imprudencia fiarse así de un dependiente?... añadió en voz baja la duquesa.

—La llave del silencio de este y su hermana, la tengo yo muy guardada en el castillo de Coimberg... No temas... Escribe, muchacho.

—Ya os espero, monseñor.

El príncipe dictó:

«Monseñor Leonelo: han ido á buscaros á vuestra casa de mi parte, y el doctor Orseolo ha dicho que estais en palacio. Entonces he pensado dirigiros este billete á él y que os lo entreguen al punto. Junto á la cárcel del crímen, esta misma noche á las doce, os espera un amigo, el cual os participará cosas importantes para vos, para vuestro hijo, para madama Sofia de Korvei... y os aclarará el fundamento del hecho que os debe haber pasado esta noche á la salida de la calle de Welffen.»

«Que oigais las doce ya en la esquina de la cárcel... El embozado que se acerque á vos os llamará por vuestro nombre.»

—Pliega y cierra. Diríjete á las habitaciones de la marquesa y díle á Richsa que un desconocido acaba de traer ese billete para su señora.

Ulrico cumplió esactamente la órden.

—Estoy seguro que no faltará, dijo el príncipe. Son muchas las promesas que le hago, y de gran importancia, para que no acuda á la cita.

Despues conduciremos á la otra, añadió:

Leonelo se hallaba en conversacion con Sofia sobre sus combinaciones futuras, cuando le entregó Richsa el anónimo á la marquesa.

Lo abrió y repasó brevemente, entregándoselo en seguida á Leonelo, diciéndole:

—Es para vos.

Leonelo lo leyó con estrañeza.

—No teneis ninguna idea de quién pueda ser?...

—No, señora.

—Es raro... Ni de ese hecho á que se refieren en la calle de Walffen?...

—Tampoco sé de lo que me hablan...

—Bien podrá suceder, repuso la marquesa con desconfianza. Sin embargo, ahora reparo en una cosa, monseñor, que no la habia hecho antes.

—Cuál?

—En vuestra gorra... No la veis rota de una cuchillada?...

—Con efecto... Este es algun descuido de ese bribon de Frugoni... Apuesto á que en uno de sus momentos de embriaguez se colocó mi gorra y ha tenido alguna pendencia, donde le cupo la buena suerte de recibirla, porque, mirad, señora, el tajo es de muerte, y á no ser por la malla interior de que está forrada...

—Sin duda... es fuerte su armadura... No la desampareis de noche, Leonelo, le añádió con intencion; y mucho mas si teneis que pasar por la calle de Walffen, y acudir despues á las citas que os den, como la de la esquina de la cárcel del crímen.

—Tendré en cuenta vuestro consejo, señora.

Leonelo cerca de las once y media se despidió, y marchó dejando á Sofia sobresaltada en estremo, porque esta no creyó la disculpa que le habia dado.

XLIII.

Cálculo frustrado.

El conde inspiraba interés hacia tiempo á la marquesa, solo que ella jamás se lo habia demostrado.

Ulrico, que estaba en acecho para verlo salir, se dirije en seguida á las habitaciones de la marquesa y le dice á Richsa con interés.

—Es monseñor Leonelo el que acaba de salir?...

—Sí...

—Estás segura de ello?

—No he de estarlo si le he visto en conversacion con la señora... Por mas cierto que era para él el billete que me entregaste.

—Para él... Y qué decia?...

—Lo ignoro.

—Dios mio! Si le sucederá algo!

—Cómo, esclamó azorada Richsa.

A ese tiempo Sofia la llamó.

—Espérate, que ahora vuelvo y me esplicarás eso.

La muchacha volvió á poco, haciendo entrar á Ulrico en la habitacion de la marquesa.

—Acércate, Ulrico, le dijo Sofia. Segun me ha esplicado Richsa, qué indican los temores que has manifestado por monseñor Leonelo?

—Señora... yo no quisiera aventurar un juicio temerario, pero á monseñor, ó le ha sucedido algo desagradable esta noche ó le vá á pasar.

—Por qué?

—Os diré. Cuando trajeron eso que creí que era para vos, el hombre que me lo entregó me infundió sospechas. Su aspecto no me gustó, apesar que venia envuelto en una capa negra. Cuando se retiró le seguí sin que lo advirtiera, y ví que al pié de la escalera de este palacio habia otro embozado, el cual se incorporó con él y le habló en voz baja. Yo me oculté detrás de un pilar próximo á ellos, y pude coger estas palabras:

«Si vá á las doce... allí no se escapará como en la calle de Walffen.»

En seguida echaron á andar precipitadamente y desaparecieron.

La marquesa quedó pensativa despues qne habló Ulrico.

Bueno será advertir que esta farsa la habia proyectado el príncipe de Marck.

—Yo no sé, continuó el escudero, qué laberintos ocultos hay... El príncipe de Marck ha estado hablando con su alteza real la gran duquesa... mi hermana me ha dicho que el príncipe estaba muy acalorado... Hablaba de conspiradores. «Esta noche á las doce» decia... Nombraba al mariscal Otocaro... En fin... ello es que la cosa está mas séria de lo que parece.

—Estás cierto de que se ha tratado del mariscal?

—Sin duda... y de que el príncipe lo ha mandado buscar y no ha parecido en todo el dia, eso no lo dudeis, señora.

Sofia sabia demasiado que esto era exacto, porque su hermano no se habia presentado á ella en todo el dia tampoco.

Mientras trató Ulrico de Leonelo habia mentido, pero al hacerlo del mariscal habló lo que, segun por espresiones que habia cogido, pudo conjeturar. El jóven escudero poseia sentimientos benéficos, si bien la dura necesidad de obedecer al príncipe, le hacia ejercer ciertos cargos de este, que le eran repugnantes y violentos en demasia.

El mariscal le debia alguna deferencia, por su honradez y franqueza, así es que cuando trataba ahora de él lo hacia con sinceridad y buena fé.

—Sí señora, continuó bajando la voz... Imposible que el mariscal no tenga esta noche algun pesar... Yo quisiera evitárselo á costa de toda mi sangre... porque lo aprecio como se merece... Pero me es imposible moverme de palacio. Si nó, de seguro, yo se donde se encontrará esta noche á las doce.

—Dónde?... Dímelo... Le preguntó Sofia con interés.

—En los alrededores de la cárcel del crímen. Pues qué, puede el valor del mariscal y de sus amigos permitir á sangre fria que inmolen á Balkan, Crefeldi y los demás en la plaza de Adeltorfen?... Eso el que no conozca al mariscal podrá solamente concebirlo.

La perspicacia de Sofia sintió, en el momento que dijo esto Ulrico, un impulso tan repentino como luminoso. El talento de esta muger apreciable recibió una vida nueva... Fué una reaccion imperiosa que le hizo abrir los raudales de su discernimiento, y con una sola idea, con un solo pensamiento, transitar rápidamente un espacio inmenso, alcanzándolos en la ventajosa delantera que llevaban los enemigos del mariscal.

Al punto despidió á Ulrico sin decirle una palabra.

—Ah! Esclamó despues que quedó sola... Almas generosas, nobles y sublimes! Habeis caido en la embos-

cada!... Joaquin!... Leonelo! Los inmolarán á la vez. Son dos objetos de embarazo y estorbo para los tiranos de Ravensberg! Y yo nécia, no he alcanzado esto!... No he sentido la menor inspiracion, la idea mas remota... Ah! miserable de mí! De qué me sirven todos mis esfuerzos de quince años... mi disimulo y sufrimiento si al cabo no he conseguido llegar aun al término de mi afan?... Si he retrocedido con desventaja... y estoy próxima á perder mas aun?... Oh! Esto no es posible!... Quizá sea tiempo... Las doce están para dar... Dios mio!... ayudadme.

Y llamando á su page Guarco le dijo:

—Tendrás valor para acompañarme ahora mismo fuera de palacio?

—Cómo, señora!... A esta hora!...

—No te pido consejos, sino decision. Si temes iré sola... No me falta resolucion y ánimo... y sin embargo, soy una débil muger y nada mas.

El page se sintió ruborizado con las palabras de la marquesa, y le contestó, con un ardimiento estraordinario.

—Vamos donde querais. Mi temor era por vos... Pero yo no tengo mas que una vida... en ofreciéndola por mi señora habré cumplido mi obligacion.

—Pues anda pronto.

Guarco fué á su habitacion, cogió la capa y debajo de ella guardó su arcabuz sin que la marquesa lo advirtiera.

Sofia aquella noche, vencia todos los obstáculos, lo atropellaba todo, porque amaba al mariscal y á Leonelo verdaderamente. Al primero como á un hermano querido, al segundo cual á un hombre que se hace dueño del corazon de una muger, insensiblemente. De una muger que no ha conocido el amor bajo tal carácter, porque ocupados sus afectos en otros objetos, no ha pensado en fijar su idea sobre ninguno de sus adoradores.

Leonelo alcanzó este privilegio, porque la conducta de Ludomilia con él fué causa de que la marquesa se sin-

tiese animada en favor de un hombre que ni aun conocia siquiera.

La salida de esta de palacio, solo fué notada de Ulrico que estaba en acecho por dictámen del príncipe de Marck, y del ugier colocado en la puerta de salida.

La guardia de palacio, compuesta de los soldados hannoverianos, no se metia en examinar al que salia, sino al que entraba.

Sofia envuelta en un manto negro, caminaba con tanta precipitacion que casi costaba trabajo á Guarco seguirla.

—Hácia dónde nos dirigimos, señora? preguntó el page.

—Hácia la cárcel del crímen.

Ulrico dejó pasar á intento un buen rato desde la salida de Sofia para avisar al príncipe que la marquesa no estaba ya en palacio.

—Ha ido sola? preguntó este.

—Señor, no lo he reparado; porque yo hablaba con el ugier de guardia en la puerta cuando advertí que salia una muger con manto. Le pregunto y me dice que es la marquesa que sale casi todas las noches á igual hora: hace muchos años, es costumbre suya. Algunas noches no ha vuelto... Dicen que se dirige solamente al Castillo del Aguila Negra.

—Sí, ya lo sé... Pero iba sola? repito.

—Regularmente, alguien la acompañaria, porque una muger así, sin nadie, y por esos sitios peligrosos... y á media noche...

—Adios, sobrina: dijo el príncipe á Ludomilia.

—Hasta cuándo?

—Hasta mañana temprano en que sabremos los resultados de esta noche... que será borrascosa... Adios, hija, adios.

. . . . . .

Leonelo se habia encaminado con sus dos criados al salir de palacio, al paraje de la cita. Los tres, embozados en sus capas, llegaron á la esquina marcada de la

cárcel del crímen. El conde para no infundir sospechas al que lo citaba, antes de aproximarse al lugar indicado, mandó á Frugoni y á Venneti que lo siguiesen á corta distancia con disimulo, y que al pararse él en la esquina de la cárcel, ellos se ocultasen en el hueco de alguna puerta inmediata donde no pudiesen ser vistos.

Los criados cumplieron exactamente lo prescrito por su dueño.

Un corto momento habia que Leonelo estaba allí, cuando sin saber por dónde, se encuentra cerca dos hombres embozados tambien.

Estos se aproximaban á pasos lentos.

Leonelo desenvainó la daga y se dispuso al menor amago á sepultarla en el pecho del que se le arrimase demasiado.

Pero no fué así: uno de los dos, al pasar le dice en voz baja, pero inteligible: «Libertad.» Y quedan detenidos un poco como esperando la respuesta de aquella señal.

Esto no era lo que le habian prevenido en el anónimo que le entregaron en palacio.

Los hombres se retiraron al notar el silencio del conde, pero á poco, sin advertirlo Leonelo, se encuentra con seis embozados que por distintos puntos llegan y lo rodean.

Uno de ellos pregunta, puesto casi en guardia, y á media voz:

—Quién vá?...

—Un hombre! contestó Leonelo.

—Pues nos importa saber quién es.

El acento arrogante del que pronunció estas palabras no le fué desconocido á Leonelo... el que por un presentimiento involuntario esclamó:

—Otocaro?...

—Quién es?... repitió el mismo embozado.

El conde reconoció al mariscal perfectamente... y añadió:

—Leonelo...

—Vos! Cuerpo de Dios! esclamó el mariscal. De la que os habeis escapado, conde!... Vuestra vida ha estado en un hilo... Os creiamos un espia infame y estábamos resueltos á acabar con vos... Pero cómo os hallais aquí?

Entonces Leonelo le esplicó el motivo.

—Pues retiraos, os lo suplico: le repuso Otocaro. Nosotros vamos á acometer una empresa peligrosa, pero indispensable, y podríais ser envuelto en nuestra suerte.

—Qué, correis algun riesgo aquí, mariscal?...

—Ninguno hasta ahora... pero puede.

Y le refirió sucintamente su intento.

—Y quereis que parta? añadió Leonelo... Sabeis que el hermano de Sofia es una persona sagrada para mí? Aun cuando vuestro mérito no fuese acreedor á que yo participase con orgullo de los azares de esta empresa, basta que tengais la sangre de la muger que adoro para que no me separe de vos.

—Pues por lo mismo que la amais, vivid y conservaos para ella. Si yo perezco... si sucumbimos los dos, no le queda á la infeliz mas que mi hermano Roberto, que acaso mañana caiga bajo el hacha vengadora de nuestros enemigos... Retiraos, conde... retiraos y será el servicio mayor que podeis hacerme.

El mariscal añadió aun mas persuaciones, hasta que consiguió que Leonelo se separase de allí.

—Señores, dijo en seguida á los suyos. Esta circunstancia del conde nos favorece. Ese aviso secreto que le han dado indica que hay traidores entre nosotros que han descubierto el plan... Nuestros enemigos trataban de envolver al conde en el lazo que nos han tendido... cuando lo condujeron á este sitio... Pero no nos intimidemos. La astucia vence muchas veces los mayores peligros. Nuestros enemigos esperan la hora designada para sorprendernos é inutilizar nuestra obra... pero pues todos estamos reunidos adelántemonos... y esta ventaja, es indudable que nos proporcionará el vencimiento, ó cuando menos burlar las acechanzas de los que nos aguardan.

Todos aprobaron la determinacion.

La cárcel del crímen no se hallaba aislada, sino contigua á varias casas. Una de estas estaba ocupada por los conservadores, los que habiendo escalado la cárcel por aquella parte, venian á salir á una de las salas bajas del edificio.

En esta precisamente dormia el segundo carcelero, cómplice de buena fé de los conservadores, porque habia militado á las órdenes del mariscal, y amándolo ciegamente obedecia todo lo que su general le prescribia sin meterse en mas averiguaciones.

De modo que los conservadores se encontraban dentro de la cárcel á poco trabajo.

El mariscal entró en la casa espresada y manifestando su dictámen á los que estaban en ella, se puso por obra al momento.

La mitad de los conservadores en número de mas de cincuenta entraron por la abertura. El resto se dirigió silencioso á la puerta de la cárcel á esperar que le abriesen los de adentro.

De los que entraron fué el mariscal. El plan del príncipe estaba perfectamente, pero se malogró en parte por el adelanto propuesto por Otocaro.

El centinela de la puerta de la cárcel al ver llegar por la sombra que formaba el edificio tantos hombres, preguntó quién era y no recibiendo respuesta disparó su arcabuz.

La bala rozó el brazo de uno de los conservadores, pero al punto se arrojaron á él y un silencio profundo siguió á la detonacion.

El centinela acababa de caer hecho pedazos á puñaladas en las losas del átrio de la cárcel.

El ruido del tiro sin embargo alarmó á los de dentro, que ya habian sorprendido al primer carcelero, y obligádole á que abriese los calabozos de Balkan, Crefeldi y los demás.

Estos fueron puestos en libertad al punto, mas al dirigirse á la rotura para salir con ellos, un piquete de sol-

dados hannoverianos les estorbó el paso.

Una descarga de mosqueteria que hicieron súbitamente los conservadores sobre ellos los dispersó un poco con muerte de algunos, pudiendo el mariscal, con espada en mano, y seguido de algunos, coger la brecha y sacar los presos.

La casa empezaba á ser invadida tambien por la fuerza armada que iba entrando en ella, pero el mariscal y los suyos se abrieron paso hasta llegar á la calle.

Los conservadores de la puerta de la cárcel se batian con la guardia, y tropa que habia llegado en su auxilio, preparada de antemano.

Muy pronto se generalizó el combate.

Los conservadores eran menos que los soldados, pero lidiaban con la ventaja que les infundia su arrojo y peligro. Muchos soldados habian perecido, en particular á los golpes del mariscal, que se batia furiosamente sin lograr su objeto, que era romper el cerco que la tropa les tenia puesto para salvar á los prisioneros.

El alarma se estendió á poco por la ciudad, y se hizo objeto de consternacion y horror. Las tropas se reforzaban contínuamente, no así los conservadores que empezaban á disiparse entre las sombras.

El mariscal quedó casi solo y hubiera sucumbido, sin el auxilio de tres hombres que se le aproximaron y que con las espadas desnudas sembraron el terror en los soldados. Uno de ellos en particular se cebaba en herir y matar. Este era Frugoni: los otros dos Leonelo y Venneti.

El mariscal, ciego y entusiasmado, no advirtió á una muger que, velado el rostro y agarrándolo fuertemente del brazo, le dijo:

—Por Dios, Joaquin, quieres que me mate aquí mismo el pesar y el dolor? Sígueme... sígueme, imprudente!... sálvate del peligro cierto que te amenaza ya.

El mariscal reconoció á la marquesa.

Otocaro á la vista de esta, sintió desfallecer su valor, y se dejó conducir maquinalmente por ella.

Toman una de las calles próximas, cuando al torcer la esquina de otra oyen que los seguian varios soldados... El gefe que los mandaba venia delante á caballo, y pronunció claro é inteligible.

—Él es!... cogedlo vivo ó muerto... Lo he conocido á la luz de nuestras antorchas... Es el mariscal!!

Sofia sintió correr por sus venas el yelo de la muerte.

Aprietan el paso la marquesa, el mariscal... y Guarco que iba detrás.

Los de á pié no podian darles alcance tan pronto, pero el de á caballo los cogia sin remedio.

Ya casi próximo á ellos, Guarco dijo á los suyos.

—Huid... huid pronto!... y disparando su arcabuz sobre el que los seguia, lo derribó del caballo.

La bala del valiente page habia herido al baron de Pompeburg.

El espanto y la consternacion se apoderó de la tropa á vista del general bañado en su sangre... Esta confusion dió tanta ventaja á Sofia y á su hermano que ganando las afueras de la ciudad, se dirigieron al castillo del Aguila Negra.

Warlock abrió la poterna y los tres entraron en la fortaleza.

XLIV.

La revelacion.

El pasadizo ó corredor donde Pedro habia muerto al baron de Colemberg, daba paso á una antecámara, despues de ella habia otra habitacion, y en seguida una sala estensa, adornada sencillamente.

Dos mugeres ancianas conversaban en la habitacion antes de la sala, mientras que en esta, al lado de una mesa, dos jóvenes hermosos se entretenian en otra cosa diferente que las dos mugeres.

Ellas hablaban de los sucesos pasados de su vida.

Pero los jóvenes, que eran César y Eleonor, el primero se ocupaba en leer á la segunda una leyenda de amores.

Ella le oia sin respirar apenas, contemplando la gracia y espresion que daba á la lectura aquel mancebo hechicero, á quien adoraba con todo su corazon.

Pero vino á interrumpir aquel agradable entreteni-

miento la llegada de las dos mugeres, que entraron en el retrete.

—A qué venis todavia, madama Kunegundis? esclamó César. Aun no es hora de que nos retiremos á nuestro departamento. Monseñor Pedro nos hechará cuando debamos irnos.

—No es eso, hijo mio, repuso la Faledro. Es que madama Sofia está ahí... Se ha quedado hablando con monseñor Pedro en la antecámara, en voz baja... y no creo que viene sola.

—La acompañará el consejero Biling, añadió Kunegundis.

No habian terminado aun la conversacion, cuando la marquesa y el mariscal se presentaron en la puerta de la sala.

Advertiremos al lector, que hemos retrocedido á la noche en que la marquesa, despues de darse á conocer del mariscal en la quinta del Recuerdo, lo condujo al castillo del Aguila.

Al divisar á la marquesa César y Eleonor, corrieron á coger sus manos y á besarlas á la vez, esclamando con la mayor ternura.

—Mi querida, mi buena protectora!...

La marquesa no pudo responder porque su voz la sintió embargada por la ternura mas profunda.

Mudamente cubrió de tiernísimos y repetidos besos el rostro de Eleonor.

—Y para mí nada, señora! esclamó César con pesar... Ah! no os amará Eleonor mas que yo en el poco tiempo que os conozco!

—Sí, hijo de mi vida, prorrumpió la marquesa. Tambien á tí alcanza mi ternura... la ternura de una madre.

—Ah! qué nombre habeis pronunciado!... Mi madre!... Ojalá lo fuéseis, señora... Repetídmelo otra vez para inundar de gozo mi corazon!... Como he carecido siempre de esa satisfaccion!... Llamadme vuestro hijo... y yo os diré madre mia!

—Sí... hijo mio!

—Madre adorada!...

César se habia arrodillado á los piés de la marquesa, y besaba sus manos con vehemencia y amor.

Otocaro se limpió las lágrimas que se escapaban á su pesar, de sus ojos.

Las dos ayas sollozaban tambien.

—Hijo de mis entrañas! Esclamó la Faledro entre suspiros profundos... Como no ha conocido á su madre el inocente!...

—Ni es necesario que la conozca, repuso Sofia.

—Luego sabeis quién es?... Preguntó con precipitacion César... Ah! decidme su nombre, señora... Tenga al menos ese consuelo, aunque nunca consiga verla.

—Lo que pides es imposible, hijo mio: tu madre ha muerto para tí.

—Por qué?...

—No es ocasion, ni lugar para esplicártelo... Algun dia... Quién sabe!... En fin, basta ya... Retirad á estos niños, añadió, dirigiéndose á la Faledro y á Kunegundis: pasad con ellos á la habitacion inmediata. Id hijos mios que no me iré sin veros.

Los jóvenes obedecieron con disgusto, porque la presencia de la marquesa era para ellos el objeto de mas entusiasmo y placer que disfrutaban en su encierro.

Sofia en seguida, cerrando la puerta le dijo al mariscal:

—Siéntate, hermano mio. Al conducirte aquí esta noche, es para hacerte la revelacion importante del secreto que guarda este castillo, y que envuelve en sí la suerte pasada de nuestra familia, la mia presente y la de nosotros en el porvenir. A este descubrimiento debia asistir otra persona que era el duque, pero ya ves el estado á que lo ha reducido su desventura. No diré sus enemigos, porque la fatalidad lo ha puesto en el caso de acarrearse el aborrecimiento de esa muger, á quien está enlazado sin amor ni deseo, y sí solamente, por esa dura razon de estado á quien se sacrifican los mas dulces afectos, las mayo-

res y mas altas consideraciones.

Solo te pido al escuchar los infortunios de nuestra familia, indulgencia y olvido. Compasion, Joaquin querido, para la inocente y desgraciada delincuente, víctima, no de su debilidad, sino de su desgracia. De esa negra página que el destino abre en su fatal libro á los míseros mortales, y que es en vano querer borrar con el esfuerzo, el valor ni el talento. A esa predestinacion fatídica que nos tenemos que someter al fin, y que muchos censuran y condenan sin piedad ni consideracion.

El mariscal estaba suspenso oyendo á su hermana, y sin poder comprender á qué iban dirigidas sus palabras.

La sala donde se encontraban tenia las paredes cubiertas de primorosas entalladuras de jaspe de diferentes colores. Pero sobre la testera de ella se notaba el distintivo ó símbolo de aquel castillo... Una hermosa y perfecta águila de jaspe negro.

La marquesa tocó una especie de resorte, y parte de la cola de la escultura, girando sobre unos ejes dejó ver una pequeña abertura, el espacio único para meter la mano; pero tan bien disimulado entre la figura de las plumas de que se componia la cola del ave, que era difícil que ninguno diese con ello.

—Este secreto, dijo Sofía, lo sabemos solo tres personas... pero no lo revelaremos á nadie porque somos harto interesados en tenerlo oculto. Estos somos el duque, el hombre con quien me has visto hablar al entrar en esta sala, y yo... Ahora lo sabes tú tambien, pero estoy segura de que al salir de aquí, no lo dirás á nadie.

Y sacando del hueco un manuscrito, se lo entregó al mariscal diciéndole:

—Lée, Joaquin... lée, sin ira ni resentimiento... Ten presente que eres hermano, y que en algun tiempo nos quisistes entrañablemente.

El mariscal vió que decia así el principio del manuscrito.

—A su hija! esclamó Otocaro.

—Lée, Joaquin, lée... añadió la marquesa, sin detenerte, y hazlo en alta voz, aunque yo sufra el tormento de oir de tu boca el contenido.

El mariscal empezó la lectura:

«Hija mia: al escribir estas memorias tantas veces regadas con mis lágrimas, interrumpidas con mis sollozos, é intermediadas por mi dolor, no me anima otro objeto sino el que compadezcas á tu infeliz madre si vives y lées estos caracteres. Te pido que no reconvengas á tu padre, y que tú, ángel de pureza y de bondad, interpongas tu ruego, para que las personas á quienes he hecho desventuradas, en vez de maldecirme viertan sobre mi sepulcro una lágrima de ternura y perdon.

Mi madre desde el cielo lo hace ya... Tu abuela, hija adorada, me mira con los ojos de una verdadera madre. Mírame tú tambien con los de una hija consecuente y afable.

Antes de hacerte la narracion de mis desgracias, justo es que te dé á conocer quién era tu infeliz madre.

Mis años corrian plácidos y tranquilos en la mansion de mis abuelos, que era un antiguo molino sobre las márgenes del Ems en las campiñas de Ligen. Mi padre honrado y perfecto modelo de gefe de una familia, se llamaba Pedro Martelo... Mi madre Ana... mi hermano mayor Joaquin, el segundo Roberto y dos hermanas Matilde y Luisa. Esta última será muy niña aun cuando escribo esto. No me conoce... ni creo me conocerá.

Hija mia, ama mucho á tu tia Matilde, porque es un tipo de cordura, amabilidad y talento. Sin ella, sin su fraternal consuelo, mi existencia hubiera corrido doblemente infeliz... Para mí ha sido una verdadera hermana. Para tí será una madre dulce y bienhechora... porque yo no podré vivirte lo que deseara.

El trabajo y la virtud era lo único que moraba en

este hogar, sin que viniesen á interrumpirlos ni los odiosos sueños de la ambicion, ni la detestable influencia de los vicios. El amor de mis padres, la ternura de mis hermanos, formaban la mas grata y dulce satisfaccion de mi vida.

Solo mi hermano Joaquin era el único que algunas veces, á impulsos de su génio independiente, de su carácter rígido y recto, solia adoptar estremos que no estaban en armonia con la paz que disfrutábamos. Pero en cambio era generoso y honrado... porque esta última cualidad es inherente á nuestra familia.

Ya ves, hija querida, que parece imposible que viviendo de este modo, la desgracia viniese á estender sus negras alas sobre mí.

Retirada de la sociedad, sin habitar en las grandes ciudades, donde el contacto de los hombres pudiese hacerme sentir los efectos de la perniciosa influencia que los domina por las pasiones y demás debilidades que comunican sus maléficos efectos, nada debia temer y sí solo disfrutar de aquella sencilla y plácida vida, rodeada de imágenes risueñas, inocentes y envidiables. Donde la infelicidad no habia fijado su dominio, porque las personas que me rodeaban se contentaban con muy poco... con amarse entre sí, el uno para el otro. En tan sencillo cuadro de fraternidad y ventura no debia haber caido jamás una mancha. Nunca debió ser interrumpida esta era de felicidad recíproca... este hermoso sueño de mútuos afectos... Ah! por qué no fué eterno y permanente!... Tanto como mi vida!.

El primero que lo trastornó fué mi hermano Joaquin. Parecia que á mi querido hermano lo habia elegido la suerte para romper la valla, al parecar insuperable, que existia entre su familia y la severidad del destino.

Una desavanencia con mi padre fué causa de que Joaquin nos abandonase... y que esta ausencia, despues de eterna quizá para mí, fuese precursora tambien de mi interminable desgracia.

Mi triste madre lo sintió, con el dolor que esperimen-

ta una madre por la pérdida de su hijo. Jamás para nosotros los hijos cometen defectos... y si alguna vez los conocemos, solo sabemos llorarlos!... Censurarlos, nunca. No recurrimos á la severidad como los padres; somos las mediadoras, las que con nuestras lágrimas y teniendo el corazon destrozado, demandamos indulgencia para los hijos, porque como han estado en nuestras entrañas nueve meses, estas se resienten tanto de verlos sufrir, que padecemos con ellos, su pesar es nuestro, y el dolor que esperimentamos á sus infortunios es tal, que quisiéramos nosotras sufrirlos en vez de ellos... Porque, dónde hay objeto, prenda mas querida é inestimable en el mundo, que su hijo? Nada. Es vida de su vida... Animacion de su existencia... Soplo vivificador de su ser... Objeto donde se encierran sus dichas, felicidades y gustos. Por ellos deseamos ser eternas; se anela la felicidad, la riqueza, lo mas halagüeño, bello y grato á la vida... por dárselo todo á ellos... Porque, dónde hay un gozo mas inefable, puro y verdadero, que el que tiene una madre cuando besa y estrecha con amor á su hijo, y entre mil ósculos de ternura y entusiasmo le puede decir: «hijo mio. yo te he hecho feliz!»

Y sin embargo, hay hijos ingratos que corresponden mal á estos afectos sagrados y respetables; y escuchando solo el impulso mortífero y emponzoñado de las pasiones, corren dosbocados á encenajarse en ellas. Olviden los deberes filiales; la corrupcion y los desórdenes envuelven su vida en un caos de desolacion y desventuras interminables, sin que estos malos hijos se acuerden de su madre... De aquel corazon triste, amante y sensible lacerado impiamente por la ingratitud, el olvido y la depravacion filial... Sin que jamás, llegue á contenerlos este recuerdo tan natural como justo. «Mi madre padece por mi causa!... Es infeliz por mí debiendo ser lo contrario!...»

Pero lejos de esto, tenemos que sentir la impiedad de nuestros hijos, y las reconvenciones de sus padres... que como abrumados con el sentimiento que un hijo desnaturalizado les hace concebir, se desahogan con las ma-

dres, como si estas no padeciesen un pesar ilimitado... Porque nosotras hemos sido colocadas en el mundo para padecer dolores por los hijos... y verter lágrimas amargas por ellos... Esponer nuestras vidas al arrojarlos á un mundo, que nos los arrebata despues con sus placeres é ilusiones, y que hasta es tan egoista que les hace estinguir la memoria, la idea, el sentimiento que debe recordarles lo que somos para ellos... lo que nos deben... Y no porque queremos cobrar esta deuda... no... nos contentamos con muy poco... con que correspondan al amor que les tenemos... al deseo de verlos eternamente dichosos!

Pero por este anhelo santo, por una vehemencia tan recomendable, nos devuelven los mas, amarguras sin cuento y lágrimas interminables.

Mi hermano Joaquin causó todo esto á mi infortunada madre.

Con su huida de la casa paterna la destrozó el corazon. Con la falta de ella como hermano mayor y gefe de la familia en ausencia de mi padre... autorizó mi desgracia y causó la muerte de la mas digna, amorosa y querida de las madres.

Aquí el mariscal no pudo proseguir la lectura... El corazon del fuerte guerrero se sintió comprimido en demasia.

Sofia lo miró con ternura y sentimiento, mandándolo seguir.

Otocaro volvió á fijar sus ojos, nublados de lágrimas en el manuscrito, y continuó:

«Apesar de que el corazon de mi madre estaba despedazado, disculpaba á su ingrato hijo, y dulcemente reconvenia á mi padre por su estremada severidad con él. Siempre las madres encontramos un motivo para disculpar las faltas de nuestros hijos.

Cuando nos sentábamos á la mesa, ó se ejercian aquellos actos peculiares á una familia que tanto se amaba recíprocamente, mi madre no podia contener sus lágrimas. Yo lloraba tambien y mi hermana Matilde lo mismo... porque las dos sabiamos ya lo que era sentir al

ver afligida á nuestra madre. Mi hermano Roberto ocupado en sus atenciones, no podia advertir demasiado aun lo que padecia su madre. Mi hermana Luisa no habia nacido aun. Solo Matilde, que tenia quince años y yo que habia cumplido diez y seis, éramos las que la consolábamos y sufríamos con ella.

Pero ojalá que todo hubiera sido llorar por mi hermano!... Voy á entrar en la referencia de lo mas triste de mi vida.

Teníamos por costumbre mi hermana y yo, todas las tardes de verano ponernos á la caida del sol á la puerta del molino, sentadas en un banco de madera, á gozar de la brisa vivificadora, que lamiendo la superficie de las hermosas aguas del Ems, templaba los ardores del rigoroso estío. Allí nos ocupábamos de nuestras labores domésticas, entretanto que mi madre en lo interior de la casa compartia los quehaceres de ella, con la memoria de su hijo Joaquin y el amor que nos tenia á nosotros y á mi padre.

Una de esas tardes vimos venir hácia el molino dos hombres á caballo.

No nos distrajo de nuestra ocupacion porque frecuentemente recibiamos en nuestro molino, curiosos que llegaban á examinar el mecanismo de su fábrica.

Nosotras permanecimos sentadas á la llegada de aquellos desconocidos.

Uno de ellos era como de cuarenta y cinco años. Su semblante noble y afable infundia confianza, y estimulaba á profesarle afecto. Venia vestido de negro. Pero el otro... el otro, hija mia, era tan bello como peligroso. De un semblante tan encantador, como falaz su corazon... Era un mancebo de diez y ocho años, airoso, hechicero, hermoso... y que arrebataba el corazon de cualquiera muger á primera vista, aun sin escuchar su seductor acento.

Él fué el primero que se apeó con un donaire singular, y llegándose á nosotras, nos dijo con una gracia estremada.

—Divinas molineras, quereis por caridad dar una

poca de agua á dos pobres sedientos?

El sonido de aquella voz penetró hasta el fondo de mi alma. Su vibracion conmovió mi corazon, cual el impulso de un choque eléctrico y poderoso.

Bajé los ojos y no pude contestar, sin atreverme á moverme de donde estaba.

Matilde mas resuelta que yo, le respondió:

—Aguardad, caballerito: y entró en el molino por el agua.

Aquel momento fué el que decidió de mi suerte futura.

Su compañero habia quedado á caballo, y el mancebo, aprovechándose de la ausencia de mi hermana, tuvo la suficiente audacia para decirme:

—Hermosa molinera, es timidez ó disgusto el que habeis sentido, al demandaros una gracia tan corta como una poca de agua? Si es timidez, ella realza mas las peregrinas gracias de ese rostro hechicero; y si es disgusto, siento habérselo causado á esa cara preciosa donde están retratados todo el encanto del amor, y la felicidad celestial del hombre dichoso y afortunado que llegue á poseer vuestro corazon.

El efecto que hicieron estas palabras, la sensacion que causó en mi alma lenguaje tan lisonjero, no es posible espresarlo, hija mia. Ten presente que los hombres revisten la peligrosa faz de la seduccion, de una máscara tan risueña y plácida, que así es como nosotras, tímidas é inocentes, caemos en sus lazos. Procura no dejarte arrastrar por esa abstraccion mortal, y lée con detencion estas páginas, para que te sirva de ejemplo la suerte de tu infeliz madre.

Un silencio profundo dí por respuesta á aquellas espresiones.

—Vamos, divina, haced oir el eco de vuestra voz, que será tan hermoso como vos... Pensais que miento en lo que digo? Pues mirad que me vais á causar un pesar terrible si me retiro de aquí en la persuacion de que os he disgustado. No me mateis lentamente. Hacedlo, si ha

EL CASTILLO DEL AGUILA NEGRA.

¿Te ha pasado algo con esos hombres, hermana mia?

de ser, con prontitud.

Entonces alcé los ojos y le dirigí una mirada risueña y apacible.

—Ah! eso es otra cosa: prosiguió con tanta satisfaccion como orgullo, y que conocí demasiado. Esa mirada hechicera revela mi ventura... Conozco por ella que mis temores eran infundados... Bien que, cuerpo que tiene esa cara tan bella, debe poseer un corazon sensible y un alma angelical. Gracias, gracias, hermosa mia.

Mi hermana volvió con el agua, circunstancia que no sé si la agradecí ó sentí en aquel momento.

Los dos se despidieron á poco, porque ya la noche se acercaba. El mancebo no cesaba de volver la cabeza para mirar hácia el molino, y yo no quité los ojos de él hasta que desapareció.

Matilde que advirtió la atencion con que los miraba, me preguntó:

—Te ha pasado algo con esos hombres, hermana mia?

—Por qué?

—Porque noto que los miras demasiado.

—No... curiosidad solamente. He hablado con el mas jóven mientras fuistes por el agua, y esto me estimula á mirarlos.

—Y te ha dicho quiénes son.

—No...

—El mancebo es gallardo... Tiene un semblante tan interesante... Y sin duda es un caballero, porque sus modales y trage lo indican.

—Con que te ha gustado, segun eso?

—Oh! mucho, Beatriz mia, pero qué quieres!... pobres campesinas, no podemos aspirar á tanto. El fuego del amor de los grandes señores, á nosotras ni nos vivifica ni nos alumbra.

—Pues qué hace?

—Abrasarnos y consumirnos como á las mariposillas que se acercan mucho á la llama. No conoces, hermanita, que nuestras groseras telas no se avienen con sus brocados? Cada cual debe permanecer en su círculo, y si no

está conforme, tener paciencia. Pero cuenta si piensa salir de él, que esto tiene muchos y muy graves inconvenientes.

Las palabras de Matilde fueron un dulce consuelo para mi corazon. El talento natural que posée esta hermana querida, don supremo que el cielo le colocó, tesoro inestimable para el ser flaco y perecedero, que le sirve de luz, de antorcha luminosa en el camino de la vida, de consuelo en sus adversidades, vino en mi auxilio, con aquella persuacion elocuente, que encierra, con la poderosa verdad que reviste las máximas casi divinas que el talento proporciona al que lo tiene, para hacer ver, aplicándolo con buen fin y en pró de sus semejantes, lo que son nuestras debilidades y flaquezas, lo errado de los impulsos de nuestro corazon, y á donde puede conducirnos una obcecacion ciega, un concepto equivocado, en lo que creemos hallar la felicidad, y solo está depositada la amarga copa de los padecimientos de la vida humana.

Yo escuché á Matilde y me convencí de que aquel jóven debia mirársele como á un ser perjudicial para nosotras.

Sin embargo, por mas que recordaba las palabras de mi hermana, que procuraba encontrar en ellas la hermosa verdad que encerraban, aunque mi imaginacion desenvolvia, con la fuerza que mi facultad intelectual le comunicaba, la poderosa influencia de ellas, mi corazon repelia su persuacion y se sentia animado de una esperanza tan nueva como estraña, aunque fundada sobre un vago principio y un aereo porvenir.

En una misma alcoba dormíamos mi hermana y yo... Ella disfrutó aquella noche de un sueño tranquilo... Yo del insomnio mas completo acompañado de prolongados suspiros. Sentia oprimido el corazon, y al procurar adivinar la causa, me acordaba del mancebo de aquel dia. El siguiente fué para mí bastante dilatado... Involuntariamente me asomaba á las ventanas del molino que daban vista al camino por donde se fué el jóven la tarde antes.

Mi hermana que aquella noche habia notado mi desasosiego, en el dia mi distraimiento y dirigirme repetidas veces á la ventana, me dijo sonriéndose:

—Querida Beatriz yo te creia sensible é impresionable, pero no tanto ya que degenera en necedad.

Porque las palabras de mi hermana eran superiores á lo que su edad le permitia.

—Por qué? le pregunté.

He conocido que el mancebo de ayer tarde ocupa mas que debia tu imaginacion... Habrás abrigado el estravagante capricho de engendrarle aficion?... De recobrarle interes?... Por Dios, hermana, que ya eso seria estar loca.

Mi respuesta fué tratar de disuadirla, pero era escusado, porque á la penetracion de Matilde no era fácil engañarla.

Aquella tarde nos sentamos en el banco mas temprano que las demás.

Mi hermana me miraba al soslayo, como observando mi rostro, y mas de una vez sorprendió mis miradas dirigiéndose hácia el camino.

—Veo, me dijo, que hasta has concebido la quimérica ilusion de volverle á ver esta tarde... Te pareces á aquel que sueña con la felicidad la noche antes, y al dia siguiente se le figura hallarla en lo mas sencillo que practica... El otro dia espera tambien... y al otro... y algunos mas, hasta que insensiblemente va perdiendo la esperanza, y la felicidad no parece á favorecerlo.

Esta vez no la contesté nada... Clavé la vista en la labor, y no la volví á levantar en bastante tiempo.

Pero una esclamacion involuntaria que se me escapó llamó la atencion de Matilde.

Alza los ojos y vé cerca de nosotras al mancebo de la tarde anterior que se apeaba de su caballo, riéndose de mi sorpresa.

Matilde frunció las cejas y lo miró con cierto desden.

Él, que lo conoció, la dijo:

—Vamos, bella molinerita, no me recibais con tan-

ta adustez, porquo vengo á cumplir un deber... A daros las gracias por el rasgo benéfico de ayer... y á suplicaros que lo repitais hoy, porque este camino y calor fatigan mucho á un viajero, y mas si lo transitan con deseo y vehemencia.

—Pues esta vez le toca á mi hermana traeros el agua, caballerito, respondió Matilde, y en adelante procuraremos colocar un mozo del molino en medio del camino, con una jarra de agua fresca, para evitaros la incomodidad de llegar hasta aquí.

—Al contrario, hermosa, si el agua me gusta á mi beberla en la fuente de vuestros ojos.

—Anda, Beatriz, anda, y que se refresque este caballero, que se conoce viene trastornado del camino.

Obedecí á mi hermana, despues de echar una mirada al mancebo.

La conversacion que tuvieron mientras estuve ausente, nunca supe cual fué, ni quise preguntárselo á Matilde Solo adverti cuando volví, que se hallaba sentado á su lado, y que él se levantó para que yo lo hiciera.

Despues que bebió el agua, que le ofrecí temblando, continuó, sonriéndose:

—Con que me habíais tomado por un gran señor?... Estais aquivocada, bella Matilde... Yo no soy mas que un pobre diablo dependiente de mi tio, que es el buen señor que me acompañaba ayer tarde, y el cual tiene un decente patrimonio... Es consejero de estado... y yo su heredero... Quiere acomodarme de page en palacio, pero lo he reusado fuertemente, por que esos destinos son demasiado penosos para el que piensa como yo... Mi padre era un honrado labriego de Benthein... sin otra ambicion ni pretensiones que la dicha de su hijo único... pero mi tio no fué así. Desde luego se aplicó al estudio de las ciencias, y por último llegó aquí á Ravensberg á ser lo que os he dicho. No me pesa en verdad, porque mi padre, por las vicisitudes del tiempo murió pobre, y sino fuera por mi tio que me recogió, me ama y ha juntado una fortuna regular, que dejará á su sobrino, yo tendria que

empuñar una azada, ó morir de soldado en la guerra... ó quizá venir á vuestro molino á pedir trabajo... Aunque esto último en verdad, me seria mas grato que nada, porque donde se cree encontrar la felicidad, allí debe fijar su mansion el hombre.

Y al decir esto me miraba con ternura.

—Con que, bellas niñas, prosiguió ya habreis visto que todos somos iguales. La diferencia está en el vestido pero esto no constituye la calidad de la persona, al contrario, la disfraza y oculta las mas veces. Cuantos llevan el trage de un gran señor, y no pasan de ser unos pelafustanes muriendo antes de confesarlo. Pues yo lo digo sin que me lo pregunten.

—Y cómo os llamais? le interrogó Matilde.

—Alberto, vida mia. Os gusta el nombre?...

—Como no me voy á enamorar de él.

—Sin embargo, existe cierta simpatia en los nombres... Será caprichosa si se quiere, pero ello es cierto. Los vuestros son tan gratos para mí el pronunciarlos... Matilde!... Beatriz!... preciosos en verdad...

—Y por qué no quereis ocuparos en la corte, caballero Alberto? dige yo.

—Por Dios, Beatriz, no me digais caballero... llamadme Alberto á secas... Acordaos que soy un campesino como vos... un poco mas adornado solamente.

La gracia y la naturalidad de su conversacion me entusiasmaba.

—No quiero ocuparme en la corte, continuó porque ya os he dicho que me fastidia, y lo segundo, porque es el medio de huir de algun enlace de conveniencia que me pueda proponer mi tio. Yo no quiero esclavizarme á esa ley de recíprocos intereses... Quiero amar á la mujer que me inspire amor con aquella libertad que el corazon exige y que el alma agradece... Hay tormento mas inexorable que tener que vivir toda la vida al lado de quien no inspira ni aun inclinacion? Sacrificarse á esos preceptos vanos de la etiqueta de las altas clases? No en mis dias.

—Pero si vuestro tio lo exigiese, tendríais que acceder.

—Bravo chasco se llevará!... Yo procuré inutilizar sus miras con pretestos y dilaciones hasta que fallezca, porque entonces, dueño de mi voluntad y de sus bienes, nadie podrá contrariar mis determinaciones y seré libre para hacer feliz á la muger que mi corazon elija... Porque, dónde se halla una ley mas dura y cruel, que aquella que pretende tiranizar á su antojo las tiernas y dulces afecciones del alma, los estímulos del corazon, los preceptos en fin que la naturaleza preceptora sábia del hombre, le dicta?

Pues qué, quiere este regir por sus caprichos, inteligencia y combinaciones el curso natural de nuestra organizacion? Sujetarla y hacerla someter al yugo inhumano de un cálculo interesado de un tráfico especulador... No digo teniendo una posicion elevada en la sociedad... pero aun llevando una corona, «la muger que yo ame será la sola dueña de mi corazon y de mi mano.»

Estas últimas frases las recargó, echándome una mirada tan penetrante que profundizó hasta lo mas íntimo de mi pecho.

Aquel lenguage, tan hechicero y entusiasta, como desconocido para mí, me trastornó los sentidos de tal suerte, me causó una reaccion tan universal, que parecia empezaba para mí una nueva existencia, pero azarosa, inquieta... Como aquel desosiego y agitacion natural que padece el espíritu cuando falta algo esencial á la vida... aquella paz deleitable del corazon, para entregarse tranquila y dulcemente á los goces de una ventura completa, ansiada entre zozobras y recelos de obtenerla.

Este vacío que yo no acertaba á comprender... este deseo vehemente y estraño, era amor, hija mia... Era ese dulce veneno, esa ponzoña letal y agradable, que mata y lisongea, que atormenta y halaga... que nos roba la paz del corazon y que no podemos desecharla sino en la tumba.

Alberto me habia seducido y fascinado con su presencia, con sus palabras, con su vista... y ya no vivia, no

respiraba sino por aquel ser adorado.

Inútil es molestarte con la referencia de pormenores infructuosos que fueron dando impulso á nuestra pasion. Alberto me declaró su amorosa llama, que fué acogida por mí, como el bálsamo consolador de la herida profunda que habia hecho en mi alma.

Matilde era la confidenta de estos amores... porque amaba á Alberto casi tanto como yo.

Los pensamientos de Alberto eran los mas nobles y honrados. Continuamente me hablaba de su enlace conmigo, y de que estaba esperando ocasion oportuna para revelárselo á mi padre. Mi hermana y yo temblábamos á esta idea, porque conociamos su caracter rígido aunque nos amaba con ternura.

Alberto solia visitar el molino de tarde en tarde, á la hora misma que nos vió la vez primera. Mi padre le trataba con alguna franqueza y cordialidad, procurando Matilde y yo no estar presentes en sus visitas para no dar que sospechar.

Mi hermano Roberto era el único que le manifestaba despego y cierta antipatia, que no habia podido ocultar á mi padre. Este le reprendió mas de una vez la adustez grosera que devolvia á Alberto, en vez de las palabras amistosas y dulces que este usaba con él. Alberto se sonreia al notarlo tan brusco, y lo disculpaba con una afabilidad tan estremada, que casi repugnaba el ver á mi hermano corresponder así al que tanto le demostraba amarlo.

Un acontecimiento imprevisto añadió nuevos motivos á mi amor y á la estimacion de mi familia hácia Alberto.

El molino, lo único que poseíamos, con la casa y sus dependencias, estaba arrendado desde nuestros abuelos á sus legítimos propietarios. Desde tiempos remotos existia entre nuestra familia y la de otro molinero llamado Rantz, una animosidad inestinguible, producida por la ruin rivalidad que casi siempre existe entre dos que tienen un mismo arte ó profesion.

Rantz tuvo proporcion de completar su venganza, por medio de la adquisicion que tuvo de una mediana for-

tuna, é hizo al propietario de nuestro molino proposiciones para comprarlo.

El dueño veia en esto ventajas positivas. Participó á mi padre la noticia, asegurándole que si él le daba igual cantidad, seria preferido á su rival Rantz, como de derecho le pertenecia por el tiempo que hacia que nuestra familia disfrutaba de aquella posesion.

Le fijó un término para que le contestara, y si pasado este no lo compraba mi padre, vendérselo á Ambrosio Rantz.

Mi padre vió la ruina de su familia, cierta é indudable. La cantidad, por ser crecida, ni la poseia ni tenia á quien pedirla. El molino era la única subsistencia nuestra, y además nos íbamos á ver lanzados de un techo que por mas de cien años habia dado abrigo á nuestra familia.

La consternacion, el llanto y casi la desesperacion se posesionaron de todos nosotros. Pero en medio de este cuadro de tristeza y amargura, se presentó Alberto como el génio del consuelo.

No sé lo que sintió entonces mi corazon al verle.

Mi padre le informó de todo, pero él soltando una carcajada, la cual no conociendo la bondad de su alma, pudiera haberse interpretado desfavorablemente, esclamó:

—Y por qué os acongojais, buen Pedro? Acaso merece eso, que vos, hombre respetable y virtuoso, tengais vuestra alma hecha presa de un dolor tan acervo y vuestra familia sumergida en tal desolacion?... No por cierto.

—Sin duda os burlais inocentemente de nosotros, Alberto. Con que no debo afligirme de que mi familia no tenga dentro de pocos dias pan que comer, ni morada que les dé abrigo?... Cómo se conoce que vos, jóven é independiente, no conoceis la grave mision que pesa sobre un padre de familia, y lo triste y desesperado del caso en que me encuentro!

—No me juzgueis así, Pedro. Os he dicho que no debeis acongojaros, porque el hombre honrado, el buen padre, el amante esposo, ha de esperar siempre en esa

Providencia sábia é inescrutable que dirige las causas y rige los acontecimientos. Quién sabe si en el momento que ella dispuso daros tal pesar, no os buscó al propio tiempo la compensacion de él, por algun medio tan inesperado como desconocido de vos? Pues sí... El hombre justo debe siempre confiar... El malvado es el que ha de desesperar y temerlo todo.

Las palabras de Alberto tenian un encanto, una persuacion tan imperiosa y agradable, que se introducian sin resistencia hasta el corazon, acogiéndolas este con una vehemencia estraordinaria.

—Y asciende á mucho la cantidad que piden por el molino? preguntó Alberto.

—La suficiente para no poder darla ningun molinero de estos contornos, á no ser Rantz, porque la fortuna le ha favorecido con la herencia que ha tomado.

—Veamos, pues.

—Este molino, continuó mi padre, es el mejor de todos los que existen en las márgenes del Ems... Además, ya veis la casa que tiene para habitar la familia; está colocado en una posicion ventajosa en el rio, y tiene su huerta y un pequeño jardin. Siempre lo dan barato... solo que el dueño, harto ya de arrendarlo, pide por él solo doce mil florines.

—Eh! bagatela... doce mil florines!... Y cuándo concluye el plazo?

—Dentro de cinco dias.

—Pues todavia vivís en él, no desespereis aun... lugar os queda para ello.

Alberto varió la conversacion desentendiéndose de la que tenian.

Se despidió al fin y todos quedamos sepultados en la mayor tristeza.

Aquella noche fué fatal para nosotros. Solo yo tuve algun consuelo, porque volvia á ver á Alberto que venia á hablarme á las doce en una barca, por la ventana de mi alcoba que caia al rio.

Mi madre lloraba desconsolada teniéndonos abraza-

das. Mi padre en un rincon suspiraba abatido en una profunda meditacion. Mi hermano Roberto, sin hablar una palabra, demostraba suficientemente con su gesto el interés que se tomaba por la causa de su familia.

Aquella noche me pareció Alberto mas alegre y satisfecho que nunca, y tanto que no pude menos de manifestarle una dulce queja, al ver el estado de mi casa, del cual parecia no debia participar yo, segun el regocijo que demostraba ante mis ojos.

Pero con una gracia y donaire singular se escusó, añadiendo:

—Consuélate, Beatriz mia; mañana la suerte de tu padre podrá cambiarse. Ya me he informado de quién es el dueño de este molino: vive en Ravensberg, se llama el señor Cárlos Ranfect y tengo decidido á mi querido tio, que es bueno, á que vaya muy temprano á hablarle y á interesarse con él para que no venda el molino y lo deje en arrendamiento á tu padre. No consideras, bien mio, que he de hacer todo lo posible por enjugar tu llanto precioso? Ignoras, Beatriz adorada, que tus penas son las mias y que tu llanto cae en mi corazon gota á gota causándome una sensacion tan triste como profunda? Desde que me separé de tí ayer tarde no he dejado á mi tio de la mano, y no hubiera vuelto á hablarte esta noche, si no te hubiese traido algun consuelo.

Alberto tenia cada vez en sus lábios para mí un encanto nuevo, un nuevo motivo de enloquecerme mas. Considera, hija mia, yo, que amaba tanto á mi padre y á mi familia, cómo escucharia las palabras de mi amado, y cual lo calificaria.

Mi hermana velaba en la misma habitacion mientras hablábamos. Al noticiarle lo que Alberto me acababa de decir, prorrumpió en bendiciones hácia él.

Aquellas alabanzas formaban mi mayor orgullo, mi mas grata satisfaccion.

La noche la tuve mas tranquila, si bien deseando la llegada del nuevo dia para ver los resultados.

La mañana siguiente la pasé en dudas y recelos mor-

tales... Cerca del medio dia, un hombre á caballo se apea á la puerta del molino preguntando por mi padre.

No puedo esplicar lo que al oirlo sintió mi corazon.

El desconocido vestia un trage particular.

—El señor Pedro Martelo? preguntó otra vez... Que venga aquí... Yo no tengo órden de pasar de la puerta.

Mi padre salió y al enterarse de lo que acababa de decir:

—Caballero, en mi casa puede entrar todo el mundo estando yo, menos los bribones.

—Pues yo no lo soy y repito que no pasaré de la puerta... Así es la órden que tengo de mi señor.

—Y quién lo es vuestro?

—El gran duque.

—Y el gran duque os envia á mi casa?

—El mismo...

—Y para qué?

—Lo ignoro... Nosotros no nos metemos nunca á investigar las órdenes que nos dan... Soy un correo de la casa real y por lo tanto portador de este pliego, conque abridlo y devolvedme el sobre.

Mi padre al abrirlo, lo primero que vió le hizo esclamar:

—Dios mio! Es posible!... Si estaré dormido?... No... no... es la realidad.

Lo que á mi padre le habia causado tal asombro era la escritura de la venta del molino, otorgada á su favor, y una concesion del gran duque, signada con el sello real, en que le hacia donacion de las tierras adyacentes, á él y á sus descendientes, con una parte del rio, como dueño absoluto.

Aquel beneficio elevaba á mi padre á la altura de uno de los mas ricos propietarios de las campiñas de Ligen, y superior á su rival Pedro Rantz.

Entregó el sobre al conductor el cual partió al momento.

Mi padre lleno de un júbilo estraordinario entró á esplicarnos tan alagüeña circunstancia, pero nos la demostra-

ron antes los gritos de alegria que daban los mozos del molino enterados ya.

Todos participaron de tanta felicidad, pero yo, además, de una satisfaccion que muy pronto se tornó en idolatria, hácia el que desterraba de aquel modo el pesar y el llanto de mi querida familia.

Mi padre con el gozo y la sorpresa no habia reparado en otra cosa tambien esencial.

—Y ese otro papel que teneis en la mano, padre mio, le dijo mi hermana... qué contiene?

—Qué papel? preguntó mi padre distraido... Ah! sí... es verdad... no habia reparado en él... Veamos.

Al punto que lo abrió, Matilde y yo conocimos la letra de Alberto.

«Volví á recordar á mi tio hoy por la mañana muy temprano vuestro asunto: al punto se vistió y me hizo le acompañase. Creí que nos encáminabamos á casa del señor Cárlos Ranfect, pero noté con disgusto que entramos en palacio.

—«No es aquí, le dije con acritud, donde debíamos venir.»

—«Calla y sígueme tronera, me respondió. Qué entiendes tú de esas cosas?»

«Callé y le seguí. Subió, pidió hablar con el gran duque, y como tiene entrada en la cámara real cuando se hace anunciar, lo efectuó al punto. Me ordenó le esperase... y le obedecí tambien con desagrado, porque os he dicho que el palacio me fastidia.»

«Al cabo de algunos momentos el ugier que estaba á la puerta me hizo entrar... No contaba yo con este segundo y aparente disgusto... digo aparente, porque despues que supe el resultado me alegré de vencerme á entrar á hablar con su alteza real. Creed que no lo hubiera hecho por nadie en el mundo.»

«El objeto de mi llamada fué, porque habiéndole mi tio referido lo concerniente á vos, el duque queria oirlo mas estenso por mi boca... Lo que le dije no necesito repetirlo... jamás me he conocido tan elocuente.»

«Su alteza real se sonrió con la amabilidad que acostumbra y me contestó:

«Escribe á esa familia lo que ha pasado y entrégale la carta á tu tio... No se concluirá el dia sin que esos infelices sean consolados.»

«Yo le besé la mano y salí... Despues he visto que al medio dia ya tenia mi tio en su poder la escritura de la propiedad del molino, y la cédula real con la donacion que os hace su alteza real de no sé que tierras...

En fin, que lejos de echaros del molino os hace dueño de él, y ademas os estiende los límites de vuestra pertenencia... Esto querido Pedro, es mas que yo prometia... Oh! mi tio es un bello sujeto!»

«Cuidado que nada me debeis á mí... sino á la suerte ó mejor dicho á vuestras virtudes y honradez... No os dije que la Providencia guarda siempre la compensacion de los males y que el hombre de bien no debe desconfiar de ella?...

«Espero no me agradecereis nada por que nada he hecho... Cuidado!... De otro modo me causareis á nuestra vista un disgusto que me va á ser repugnante en demasia. Es la única recompensa que os exijo, y no creo se la negareis á vuestro apasionado.—Alberto Biling.»

Mi padre no pudo acabar de leer el billete sin sentir sus ojos anegados en llanto de reconocimiento. Todos nosotros secundamos este sentimiento, y hasta mi hermano Roberto, venciendo su natural adustez hácia Alberto, dejó correr de sus ojos una lágrima de sensibilidad.

Nueva época de ventura y felicidad, acababa de abrir mi amante en mi afligida familia.

Mi padre consultó con mi madre el como habia de dar las gracias á Alberto. Ir á buscarlo á Ravensberg era inútil, porque se ignoraba donde vivia y su tio lo mismo.

Así que tuvo que limitarse á esperar que fuese á nuestro molino.

Nadie participaba de un placer mas completo que Matilde y yo.

Aquella tarde nos sentamos en el banco donde acostumbrábamos las dos hacerlo, mas temprano por órden de mi padre, con el encargo especial de avisarle cuando divisáramos á Alberto.

Este momento llegó, pero Alberto no venia solo.

Le acompañaba su tio... el caballero del primer dia.

Toda la familia incluso los mozos del molino salieron á alguna distancia á recibirlos. Alberto se apeó al punto abrazó á mis padres y les suplicó que omitiesen aquellas muestras de reconocimiento que no hacian otra cosa que ruborizarle.

—Perdonad la libertad que me he tomado, querido Pedro, dijo, en traer á mi tio á vuestra casa, pero movido por la revelacion exacta que le he hecho de vos y vuestra familia, ha deseado conoceros á todos. Os advierto que abriga los mismos sentimientos benéficos que yo, pues en Ravensberg no hay una persona que no pronuncie con amor y respeto el nombre del consejero Biling.

—Y yo tengo un gusto inefable, contestó mi padre en conocer á uno de los bienhechores de mi familia.

—No... al solo bienhechor, repuso Alberto. Os repito que yo nada he hecho, buen Pedro.

El tio de Alberto fué conducido por mi padre á enseñarles todas las dependencias del molino, en compañia de mi hermano: nosotras nos quedamos con Alberto y mi madre.

Nunca habia yo esperimentado un regocijo como el que me acompañó en aquellos momentos. Debiendo disimular delante de mi madre tenia los ojos fijos en Alberto. Aquella tarde me pareció mas hermoso é interesante que nunca. Mas digno de consagrarle mi existencia entera.

Confieso que estaba orgullosa de su amor... Que me consideraba la mas feliz de todas las mugeres.

Antes de despedirse Alberto, su tio se dirigió á mi padre en estos términos:

—Ahora que os he conocido Martelo me cabe doble placer en lo que he hecho por vos. Es quizá la primera

cosa acertada que ha practicado el tarambana de mi sobrino... el interés que se tomó ayer por vuestra suerte... Por eso he querido venir á informarme yo mismo si era exacta la pintura que me hizo de vuestra familia... Veo que se quedó corto en la alabanza... y en prueba de ello, tomad esta libranza de siete mil florines que ireis á cobrar del mismo señor Cárlos Ranfect el antiguo propietario de este molino. Esta cantidad la podeis invertir en algunos reparos que he visto necesita la finca, en comprar los utensilios para la pesca de la parte del rio que os pertenece, y atender á el cultivo de las tierras anexas á este molino.

Mi padre iba á hablar, pero el tio de Alberto le atajó diciéndole:

—Nada me digais... Lo que hago con vos es justo... y sobre todo no me lo agradezcais solo á mí sino al gran duque, á quien mi sobrino ha interesado en este asunto de una manera singular.

Mis padres y nosotros no sabiamos lo que nos pasaba. Lo imaginávamos un sueño... Un fantasma lisonjero y lleno de imágenes á cual mas halagüeñas.

Los dos se despidieron, y Alberto volvió como era costumbre aquella noche en su barca.

La abundancia derramó sus dones desde aquel dia en mi casa. Mi padre se encontró á poco el propietario mas rico de la campiña de Ligen, sin que ninguno pudiese atribuirlo á otra cosa que á favores del gran duque, mas ignorando el motivo.

Pero en medio de todo me consumia de impaciencia. Deseaba que Alberto pidiese á mi padre mi mano pues queria llamarme suya por cualquier medio con tal que no padeciese mi honor. Yo estaba segura de que mi padre no negaria su asentimiento al generoso mortal que le habia traido la dicha mas envidiable.

Pero ah!... cuánto me engañaba!... El amor el conocimiento de Alberto, sus favores, fueron la desolacion de mi familia... La influencia del mal!... El gérmen de la destruccion, las lágrimas y la muerte.

Mi padre en pocos meses estableció relaciones con los principales negociantes de Ravensberg y su molino era preferido á los demás. Esto escitó la envidia de sus convecinos, en términos que lo miraban con deseo de que le sucediese alguna desgracia que lo pusiese en un estado, sino miserable, al menos que disminuyese su auge.

Ya habia yo notado que cuando Alberto venia á hablarme de noche, si bien sus palabras revelaban cada vez mas la ternura de su amor, envolvian una amargura disimulada, que no se me ocultó.

Una noche me obligó á preguntarle la causa de esta observacion, pero en su respuesta manifestó una admiracion estraordinaria de que yo no la supiese.

—No por tu vida, le contesté... Ignoro lo que puede turbar tu alegria, que es la de mi alma, Alberto... Tú sabes cuanto te amo, y debes considerar sino participaré de tu tristeza y tu disgusto. Revelámelo por Dios... porque yo, aunque no soy capaz de ofenderte ni aun con la mas leve idea, tengo una zozobra mortal de si habré inocentemente cometido alguna torpeza que haya podido desazonarte, amor mio... Te lo suplico de nuevo... Si me amas como yo á tí, no me ocultes nada.

—Tú no has incurrido en ningun defecto, porque eres un ángel, Beatriz, y los ángeles son puros. Pero este no es sitio para poderte esplicar eso. La noche está fria, lluviosa y me obliga á marchar.

—Tienes razon... y es una imprudencia mia... Si yo pudiese enmendarlo!... Espera.

La curiosidad nos hace indiscretas, inadvertidas, y hasta víctimas de un paso desacertado. Comprometemos nuestra seguridad, esponemos nuestra reputacion, procuramos el ultrage que hacen á nuestro honor, escitando las pasiones, la audacia de los hombres y dándoles hasta pábulo para que se aprovechen de la ocasion que les presentamos, y nos sumerjan despues en un estado deplorable de lágrimas y amarguras, donde toda nuestra esperanza, el único consuelo es un arrepentimiento tardio que llega con nosotras hasta la misma orilla del sepulcro.

No olvides esto, hija mia, y procura ser mas cauta que tu infelice madre.

Tu abuela, á pesar de la brillante posicion en que veia á mi padre, de estar nadando en los placeres y la abundancia, no podia olvidar á mi hermano Joaquin. Como era varon y hermano mayor, tenia por él una predileccion que habia causado algunas reyertas entre ella, mi hermano Roberto y mi padre. La pena interior que la consumia la venció al fin, y cayó por último en el lecho. Por mas que mi padre y nosotras procurábamos consolarla, no podia convenir con la idea de no ver á su hijo y no saber si á aquella hora estaria vivo ó muerto.

Mi padre á la sazon se habia despedido de Alberto para hacer un viage algo dilatado. Su permanencia debia ser en Emden algunos dias, sobre unos bienes que pertenecian á mi madre, herencia de un tio suyo que habia fallecido, y como mi padre tenia ya intereses para el viage lo efectuó, llevándose á mi hermano Roberto en su compañia.

Mi madre enfermó cuando mi padre hubo marchado, de modo que mi hermana Matilde se encargó de asistirla de noche sola, y yo de dia... Lo combinamos así para dejarme la noche libre y poder hablar con Alberto.

Así en aquella me encontraba sola en mi cuarto.

Cuando me retiré de la ventana fué para cerrar la puerta que desde mi habitacion iba á las interiores.

Ciega de amor, de confianza en Alberto, arrastrada por la compasion de verlo sufrir los efectos de una estacion rigorosa por mi causa, y mas que todo, estimulada por el deseo de que me participase su pesar, le insinué que entrase en mi cuarto desde aquella noche, todas las que mi madre permaneciese enferma, por la ventana, la cual estaba baja y puesto sobre el borde de la barca alcanzaba perfectamente al marco de ella, pudiendo saltar dentro sin esposicion ni peligro.

Hija querida, no des nunca el primer paso imprudente. Este es el que te preservará siempre de todos los demás. Dado ya, te despeñarás al hondo abismo, de don-

de no podrás salir por mas esfuerzos que hagas. La desesperacion te acompañará luego, el abandono, el dolor y la triste memoria de que pudistes evitarlo, y que lo conoces cuando ya no tiene remedio. Esto es cruel... inaudito!... Esto no pueda concebirse ni esplicarse! Quisiera darle á mis frases una elocuencia divina para pintarte con su verdadero color tal infortunio... el horror que inspira despues el esperimentar sus efectos. No te abandones á una ilusion, perniciosa y mortal, traidora y siniestra porque se adorna de un esterior halagüeño, revistiendo su faz aterradora, de placeres inefables, de goces seductores y hechiceros.

Al sentarme por primera vez al lado de Alberto, al esperimentar el contacto de su mano, al sentir su brazo ceñir mi cintura, me creia transportada á un Edem de felicidad interminable... Me parecia que empezaba á ecsistir.

Mi amante por su parte se conceptuaba el mas feliz de los hombres. El convencimiento de esta persuacion nos pierde tambien á nosotras, desdichadas é incautas víctimas.

—Mi bien, me dijo Alberto; apenas me acuerdo ya del pesar que abruma mi corazon, al verme á tu lado, de noche, en este solitario aposento... sin otros testigos de nuestro afecto, que esos brillantes astros que descubrimos por esa ventana y esas aguas cristalinas, que al parecer murmuran de nuestro amor, batiendo los muros de este aposento, y no hacen otra cosa que envidiar nuestra dicha. Así es el amor verdadero, Beatriz, y esta es una de las gratas recompensas que guarda á los que se rinden dulcemente á su poder. Hay algunas mas que nos tiene reservadas, y que tú, vida mia, no comprendes, porque tu inocente ignorancia no ha podido penetrarse de los embelesamientos sensuales, debidos solo á esa sábia naturaleza preceptora de todo lo existente. Al depositar en nuestros pechos un corazon ardiente y entusiasta, al formarlo tan impresionable para ver, admirar y adorar sus creaciones, puso tambien en nuestra organizacion tanta fuerza

como placer en sus goces, que es indispensable, necesario, obedecer á su influencia, y seria en vano contrariarla. Muchos pretenden sujetar estos transportes, regirlos por sus caprichos, como si fuese posible poner un débil dique al rio cuando rompe su cáuce. Cuando las cuerdas del corazon las vibra el amor con su potente brazo, y este magnético impulso se comunica en todo nuestro ser, nada puede bastar á contener sus efectos. Y si no, dime, hermosa mia, por quién dejarás tú de amarme en este momento?

—Por nadie, Alberto... ni aun por la misma muerte. Porque todo lo que me dices lo siento, aunque ciertas cosas no las comprendo aun.

—Y si te quisieran arrebatar esta dicha para siempre?

—No me lo digas, porque me volveria loca!... Me moriria solo de recordarlo.

—Pues hé ahí mi pena. Tu padre inocentemente lo pretende.

—Mi padre! Cómo?...

—Muy fácil. Ha prometido tu mano al hijo mayor de Rantz.

—Alberto!!

—Sí... él me ha confiado este secreto, como prueba de aprecio, y el plazo de esta union se ha fijado para su vuelta de Emden... Dice que asi pone término á ciertas rencillas de familia, asegurándote un porvenir felíz.

—Que yo detesto.

—Y que no tendrás otro arbitrio que aceptar.

—Nunca...

—Pues en quien confias?...

—En tí... Entonces para qué dices que me amas?... Pídeme á mi padre.

—De seguro no accederá.

—Por qué?

—Porque ha dado su palabra á Ambrosio Rantz padre de tu futuro, y bien sabes que él no la revocará por nada de este mundo.

—Debiéndote un favor tan grande.

—Diria entonces que mi oferta habia sido siniestra, interesada, y que iba á exigirle al precio de ella haciéndole faltar á su palabra, que tanto venera y aprecia. Que habia comprado su felicidad al precio de quedar mal puesto y merecer la censura pública.

—Pues tú discurre un medio, porque nunca perteneceré á Rantz... Yo soy tuya, Alberto, y no puedo ni quiero ser de otro... Estoy dispuesta á todo... á todo por tí... porque tu amor es mi vida, mi encanto, mi sola ventura... Para mí no hay afectos, obligaciones, ni deberes, fuera de tu amor... Padres, familia, amigos... el mundo entero para mí, eres tú... tú, porque te adoro con idolatria.

Yo estaba tan ofuscada, enagenada, y no tuve valor ni acierto para resistir á Alberto, que arrebatado, imprimió infinitos besos en mi mejilla.

He aquí ya los efectos del primer paso imprudente que dá una muger.

Algunas noches mas siguió Alberto entrando en mi cuarto... Qué horas tan deleitables y dichosas pasó mi inocente inesperiencia en aquellas noches fatales... Qué envidiables y dulces noches y como ansiaba el que llegase el dia para que llegaran!... El amor apuró en ellas todos sus goces, y cuando mi madre sanó de su dolencia su infeliz hija estaba enferma de muerte!

El rubor, la vergüenza mas terrible cubria mi frente.

Mis ojos no se atrevian ni aun mirar á mi hermana, única confidente de mis amores, amiga tierna y consoladora... Cómo confesarle que llevaba en mi seno la prueba de mi criminal debilidad?... Que iba á ser madre?

Solamente al recordarlo, una congoja mortal cubria mi corazon... y la sangre se helaba en mis venas... Entonces fué cuando rasgándose aquel velo dorado de ilusiones y de gloria, aquella apariencia fascinadora, se presentó la triste, la amarga realidad que acompaña al delito... Esa verdad severa y terrible, que nos interroga y reconviene mudamente con cargos tan poderosos como incontestables... Entonces abatidos y humillados bajo su in-

flujo, reconociendo lo detestable de nuestra debilidad, miramos en torno creyendo encontrar donde guarecernos y quitarnos de la vista de todo el que pueda leer en nuestro rostro la deshonra que nos abruma... y solo nos hallamos circundadas de un espacio inmenso, aisladas, desamparadas en él... con la iracunda verdad siempre delante á donde quiera que volvamos la vista; y encima de nuestra cabeza, amenazante, mordaz, satírico é impio, al mundo... con sus infinitos ojos escudriñadores fijos en nosotras y tendiendo sus horribles y sanguinarias garras para despedazarnos... Cubierta su faz de una sonrisa bulliciosa y festiva, porque hemos caido en el lazo que tiende á los incautos, probando el dulce brevage que presenta en dorada y agradable copa; ese beleño traidor que no es otra cosa despues que una ponzoña mortífera, un fuego destructor que halaga y lisonjea al pronto, para matar despues despiadada y bárbaramente.

Otra circunstancia agravó mas mi estado... La enfermedad de mi madre fué tambien efecto de sentirse ocupada... Cuando lo conoció, mi padre se hallaba ausente.

Pero su embarazo seguia con síntomas desfavorables. La pena de mi hermano Joaquin la combatia insensiblemente, y yo, al pensar que iba á aumentársela algun dia cuando llegase el momento que no pudiese encubrir mi falta, de que podia matarla con ese pesar, deseaba morir mil veces.

«Oh! Madre mia!... Tú nos perdonarás tu muerte á mí y á Joaquin... porque sé espirastes bendiciendo á tus verdugos... pero eran tus hijos, y el corazon de una madre siempre es todo bondad, ternura é indulgencia para ellos.»

El mariscal interrumpió la lectura, y él y Sofia se miraron á un tiempo con tristeza y amargura.

«Mi delito era grave pero la ocasion estimuló á la debilidad. Mi madre postrada en el lecho, mi hermana sola cuidándola, y yo puesta á merced de mi pasion, cedí á la fuerza de su imperio. Si mi hermano Joaquin

hubiese estado entre nosotros, él ó Roberto hubiesen quedado guardándonos en ausencia de mi padre, mi hermana no se habria separado de mi lado cuando hablaba de noche con Alberto, y evitando ese momento terrible de que la ignorancia y la flaqueza se prevalen, ya instigadas por la pasion ó el vicio, no se hubiera esparcido sobre nuestra familia el cúmulo de penas y calamidades que sucedieron, á la imprudente determinacion de Joaquin, y á mi imperdonable debilidad.

No, no es esto sincerarme, ni culpar á mi hermano. Él, como yo, ha sido víctima de esa infalibilidad poderosa que rige el porvenir de los mortales. Nosotros estábamos, marcados por el destino para precipitarnos y arrastrar en la caida á nuestra desventurada familia. Mi hermano será tambien infeliz, si es que existe, porque la desgracia al que escoge por blanco de su rigor jamás podrá conseguir aplacarla.

Ya no era mi conversacion con Alberto por la ventana, con aquellas dulces y tiernísimas muestras, que en gratas frases nos dábamos del amor que sentíamos. Eran por mi parte, lágrimas eternas, zozobras crueles, y congojas mortales. Una noche me sentia en tal mal estado de salud que tuve que recogerme temprano y no pude salir á hablarle.

Mi hermana, que notando mi palidez y tristeza, me habia preguntado varias veces el motivo, me conoció que yo escusaba el satisfacerla, aprovechó aquella noche la circunstancia de no salir yo á la ventana y ponerse ella en mi lugar. La noche estaba oscura, y Matilde con su natural perspicacia discurrió el medio de hacer confesar á Alberto el secreto de mi estado.

Cubierta con el manto que yo acostumbraba ponerme las noches de frio, ocultó casi su rostro, ayudándole tambien á disfrazar la voz.

Supe la conversacion, por Matilde que me la contó despues.

Esta esperó que Alberto la preguntase algo, escusando todo lo posible el hablar hasta que llegase el caso

que deseaba. Entre otras cosas le dijo Alberto:

—Tu pena me tiene en contínuo desasosiego, Beatriz mia, y ya he discurrido un medio de ir preparando á mi tio á la revelacion de secreto tan delicado. Pero entre tanto, te suplico, por mi amor, que disimules lo posible con tu familia. Esa palidez, la mortal tristeza que he notado en tí esta tarde están demasiado marcadas en tu rostro, para que no puedan esponerte á preguntas sérias que comprometan tu seguridad, en particular con tu hermana Matilde... Esta es buena, amable, nos ama con estremo, pero ya que has decidido no declararle tu situacion hasta que no tengas otro remedio, debes procurar que no la comprenda... Y no sé porque uses con ella esa reserva... Ella te disculpará y ayudará á encubrir... eso que tu llamas crímen y flaqueza.

—Y qué, no lo es? pronunció mi hermana con voz apagada.

—Lo es, á los ojos de un mundo tiránico y egoista que quiere que todo se lo sacrifiquen... Afecto, estímulos, sensaciones, todo lo bello y hermoso que encierra el amor... Por qué, ha de graduarse de crímen, ceder á un impulso que la natureleza inspira y anuda mas el lazo, la voluntad de dos almas que se adoran? Y acaso será por ventura un delito, que las preocupaciones sociales queriendo dividir dos corazones que han nacido para amarse, estos procuren poner una barrera inmensa á esa arbitraria tirania? No, no lo es, Beatriz adorada!... Tú eres mia y yo te pertenezco ya por una obligacion sagrada, austera, y respetable... Estamos unidos ante Dios, porque siempre te reconoceré por la madre del hijo mio que llevas en tus entrañas.

Un grito agudo que dí, sacó á mi hermana del pasmo que le causaron las palabras de Alberto.

Cuando se volvió para mirarme habia yo caido en el suelo sin sentido.

Matilde cerró al momento la ventana y me condujo con trabajo al lecho.

Aquel grito penetrante puso en alarma á mi madre,

que, aunque dormia en una habitacion algo distante de la nuestra, el insomnio en que la tenia la memoria de mi hermano, la hizo oirlo perfectamente y cogiendo una luz se dirigió á nuestro cuarto.

Entró y se sorprendió de ver vestida á aquella hora á mi hermana.

—Estoy, madre mia, así le contestó Matilde, porque hace rato que he oido desde mi lecho á Beatriz con una congoja contínua. Para no molestaros, teniendo en cuenta vuestra delicada situacion, me vestí y coloqué á su lado, cuando dió el grito que habeis oido, acometiéndole ese sopor que sin duda es efecto de algun sueño.

Mi madre se tranquilzó con esto un poco, procurando las dos hacerme volver en mí.

Cuando abrí los ojos, y ví á mi madre y hermana al rededor del lecho, en particular á la primera á quien ya se le advertia demasiado su ocupacion, al notarla así, volví á cerrar los ojos y un sudor frio corrió por mi frente.

En cuanto pude hablar supliqué á mi madre que se retirara. Matilde que comprendió mi idea, se lo instó y pudo decidirla.

Qué noche, hija mia!... Pero aun esto no era nada para lo que le restaba que pasar á tu desdichada madre.

En cuanto nos quedamos solas, mi hermana, mirándome con un sentimiento profundo, esclamó:

—Ah! Qué has hecho, Beatriz? Qué has hecho!

Y se arrojó á mí, abrazándome y llorando amargamente!...

Despues que hubimos dado leve tregua á nuestro dolor, la dije:

—Perdóname, hermana querida... perdóname... No es verdad que tú no me aborrecerás?

—Yo aborrecerte, desgraciada criatura!... Acaso te queda ya en el mundo mas que yo?...

—Qué dices? Le pregunté sorprendida!

—Qué, no has penetrado aun toda la estension de tu imprudencia? Y aun me la ocultabas, infeliz!... A mí, tu único consuelo ya en la tierra... La sola persona que

puede compadecerte y compartir contigo la suerte que te amaga!

—Esplícate, por Dios, Matilde: no me mates lentamente... Clávame de una vez el puñal agudo que vas poco á poco hundiendo en mi corazon... Qué debo esperar.

—De Alberto tu esperanza, nada mas que la deshonra... De nuestro padre, la maldicion. De nuestra madre... Ah! esa va á ser la víctima inocente!... De nuestra madre infeliz, el término de sus dias... De nuestro hermano Roberto el aborrecimiento... y tal vez la muerte!

—Venga!... venga! Esclamé con vehemencia y desesperacion... Aquí tiene mi sangre toda... Yo se la ofrezco gustosa gota á gota... Pero que padre no me maldiga y sirva para rescatar la vida de mi madre!... Dios mio! Dios mio! Ahora veo todo el horror de mi delito!

—Si es horroroso!... De una gravedad inmensa!... De unas consecuencias, que por mas que procuremos contrariar es imposible que den buenos resultados. Solo un medio hay, y es que Alberto se uniese á tí: de ese modo, aun cuando escitaras la cólera de nuestro padre por haber atropellado su autoridad, él es bueno y acabaria por perdonaros... Pero dudo mucho que tu amante obre como caballero habiendo faltado á ello tan bajamente, atropellando el honor de un padre, á quien si ha hecho beneficios, los cobra con una usura infame... A precio de lo mas sagrado y respetable que hay para una familia... Este tráfico vil, esta negociacion villana no revela buena idea de Alberto, y este, al deshonrarte, ha concebido el proyecto de abandonarte en seguida, porque cree que ha comprado con sus favores este derecho y el silencio de todos nosotros.

El alma me destrozaba Matilde con sus palabras.

—Ah!... yo me ahogo, hermana mia, esclamé!... La pena me matará si es cierto lo que dices.

Al dia siguiente con un pretesto falso, se presentó Alberto muy temprano en el molino. Aquella llegada repentina me infundió una esperanza consoladora.

Yo sorprendí la noche antes á mi hermana en la ventana, porque desde mi alcoba notando que se tardaba, y conjeturando que estaria hablando con Alberto, el deseo de verlo y escuchar su voz, me hizo llegar á la ventana en el momento que escuché la terrible revelacion que acababa de hacer á Matilde.

Alberto creyendo que era mi madre la que nos habia sorprendido la noche antes, y sabia ya nuestras relaciones pues aun no estaba enterado que fué mi hermana con quien habló, venia decidido á echarse á sus pies, declararle nuestro amor, é impetrar su gracia en mi favor.

Pero asi que notó que esta nada le decia, guardó un profundo silencio, y al despedirse, en un descuido, me metió en la mano un billete que decia:

«Zozobras mortales he padecido hasta el momento de verte, por que sabes que te adoro y tus pesares participo de ellos como mios. Venia resuelto á que, si tu madre habia sorprendido nuestro secreto, ratificárselo haciéndole saber mis intenciones... Estas son las de unirme á tí por los vínculos santos, pero esto no puede hacerse ostensiblemente porque mi tio se opone á que me case aun... El modo de efectuarlo, esta noche te lo esplicaré... Ya he tomado mi resolucion. Vivir ó morir contigo; no existe otra cosa para el que te ama como á su única felicidad.»

ALBERTO.

Pensé perder el juicio de placer al leer el billete:

Ves Matilde? Ves, como Alberto es un leal amante y fiel caballero? Ves como el cielo no ha abandonado á tu infeliz hermana?

—Es verdad: prorrumpió esta, participando de mi júbilo.

—Aquella noche esperábamos las dos la venida de Alberto con una ansiedad inesplicable.

Llegó al cabo, y nos manifestó que era necesario para efectuar nuestro enlace que yo le siguiera, abandonando la casa de mis padres.

Esto nos contristó á mi hermana y á mí.

La razon en que se apoyaba, era en que teniendo mi

padre la palabra empeñada con Ambrosio Rantz, no consentiria de ningun modo en nuestra union, mucho mas cuando Alberto la efectuaba tambien sin licencia de su tio, y que para contraer un matrimonio secreto era fuerza hacerlo en otra parte que en mi casa.

Para dar á nuestra fuga un motivo algo disculpable me propuso que esperásemos la vuelta de mi padre, y cuando este me anunciase mi matrimonio con el hijo de Rantz, entonces una noche me sacaria por la ventana por donde nos hablábamos.

Ostigada por las circunstancias, y mas que todo por mi estado que iba de un dia á otro á hacerse visible, no tuve mas remedio que acceder, pero mi asombro fué estremado cuando ví á mi hermana que me propuso acompañarme.

Yo no acertaba á comprender tal esceso de estimacion, y hasta aquel momento no advertí lo que Matilde me queria.

Cuando le participé esta nueva á Alberto, no solo la aprobó sino que juró á mi hermana estarle agradecido toda su vida por tal rasgo de bondad, y recompensárselo en su dia con usura.

—Lo hago así, dijo Matilde, porque estoy en la persuacion de que obrareis como hombre de honor y un verdadero amante... Voy á seguir á mi hermana y á un hermano... y mi estimacion en eso no peligrará... Despues de algun tiempo volveremos á esta casa, y todo será en ella indulgencia y perdon. Pero como antes necesitará mi Beatriz de una persona que la acompañe al trance que aguarda, quiero que tenga el consuelo de verme á mí, que la he compadecido y perdonado desde que supe su inocente desliz.

—Os aseguro que no os pesará esa conmiseracion, le respondió Alberto.

Mi padre tornó de su viage, y despues de recibir las muestras de alegria que eran consiguientes á su llegada, manifestó doble placer por hallar á mi madre tan adelantada en su ocupacion. Su ausencia, aunque dilatada, no

fué inútil Su presencia contribuyó á que le diesen la posesion de los bienes de mi madre, y el caudal de mi padre recibió con esto un aumento estraordinario.

El molino en su ausencia habia estado encomendado á un mozo de su confianza llamado Agustin, y lo halló á su vuelta en un estado brillante.

A mí me contristaba la alegria de mi padre, y á mi hermana lo mismo. Su satisfaccion era á su parecer cumplida. Su patrimonio consolidado y aumentado considerablemente, sus hijos felices, estimado en la comarca y mi madre iba á hacerlo padre nuevamente, complacencia que no esperaba encontrar á su vuelta, y que para mi padre era un verdadero regocijo.

Esta aparente ventura, esta supuesta calma fué interrumpida brevemente.

Mi padre participó á mi madre el proyecto de casamiento con el hijo de Rantz; pero esta que no se convencia tan fácilmente tratándose de la ventura de sus hijos, le hizo presente, con aquella dulzura que acostumbraba á contradecirle, y que le era peculiar, los inconvenientes que á su parecer encontraba para aprobarlo... El principal punto en que mi madre apoyaba su negativa, era en la codicia de Ambrosio Rantz, que estaba manifiesta, cuando solicitaba ahora enlazarse á nuestra familia porque era rica, cuando pocos meses hacia procuró hasta lanzarnos del hogar de nuestros abuelos.

Mas ese punto era el principal estímulo para mi padre. Generoso y prudente en demasía, queria demostrar que no le conservaba rencor. Además que siendo Ambrosio el propietario mas rico de su clase despues de mi padre, y su hijo un jóven de recomendables cualidades, el partido que se me presentaba no podia ser mas ventajoso.

Mi padre dió el encargo á mi madre de que me notificara el proyecto del enlace con el hijo de Rantz, á fin de irme preparando á recibir á este en mi casa bajo tal carácter.

Mi madre lo hizo así, y se admiró al notar la poca impresion que me hizo una noticia, que á su entender debia

sorprenderme por lo inesperada para mí.

Mi tranquilidad nacia de la confianza que tenia en Alberto.

La presentacion que se me hizo de mi futuro fué en familia, bajo una fiesta doméstica que se combinó para el efecto, fijando el enlace para de allí á un mes.

A pesar de mis esperanzas de que no llegaria á efectuarse, una zozobra mortal me combatia sin cesar. Mis padres habian notado mi palidez, y aunque yo me esforzaba por aparentar serenidad, y mi hermana los disuadia de cualquier recelo que pudiesen concebir, sin embargo, mi situacion iba caminando á su término con rapidez.

Un dia mi madre vino á aumentar mi sobresalto.

—Hija mia, me dijo, hace tiempo que he advertido en tu semblante cierta alteracion, que no he procurado analizar porque lo atribuia á alguna causa pasajera. Pero desde que se anunció tu casamiento con el hijo de Rantz, se ha aumentado en unos términos tan marcados, que hasta tu padre ha llegado á conocerlo. Si padeces alguna causa oculta, dímelo, Beatriz. Bien conocerás cuanto os amo á todos; como que sois los únicos objetos que existen para mí en el mundo que me inspiren mas interés y amor. Tu padre y vosotros, hija mia, formais mi delicia y mis pesares. Si sois venturosos, yo lo soy tambien... Si padeceis, yo padezco con vosotros... Vivo para ustedes, y fuera de esto todo lo demás es insignificante y vago para mí. El corazon de una madre como yo, es inagotable de ternura y cariño para sus hijos. Este te ofrece toda su estension, Beatriz. Si tu pena es dimanada de este enlaze, admitido por tu padre bajo el mejor fin, sin otra mira que la de labrarte un porvenir feliz, no me lo ocultes... Mira que mi amor es tan grande para contigo, que sabré oponerme hasta á la cólera de tu padre, porque no se lleve á cabo. No tengas embarazo ni repugnancia en confiarte á tu madre, á esta madre que te adora con vehemencia y entusiasmo.

Diciendo esto, me estrechaba contra su corazon y me cubria de tiernos y amorosos besos.

Lo que padecia mi alma en aquel momento, imagínalo, hija querida.

Si solo hubiese sido el amor de Alberto, no hubiera tenido dificultad en habérselo confiado á una madre tan buena é indulgente... Pero cómo participarle mi crímen y flaqueza? Cómo vencer la vergüenza y el temor que me acompañaba? Cómo tener valor para presenciar la herida mortal que iba á abrir en aquel hermoso corazon con mis palabras?... Ah! esto era inaudito! y sin embargo, ojalá en aquel momento me hubiera decidido á hacerlo.

Mi madre al oir mis palabras, que manifestaban todo lo contrario, apoyándolas el disimulo mas insufrible y repugnante para mí, me contestó:

—Bien, si no tienes ninguna causa moral que te combata, debe ser esta, por precision, física, Beatriz. En ese caso, mi obligacion me dicta redoblar contigo mi celo y cuidado. Hoy mismo partirá Agustin á Ravensberg y en la tartana de tu padre conducirá al mejor médico de la ciudad para que te examine, y emprenda tu curacion, no se desarrolle en tí una enfermedad peligrosa, que ponga en riesgo tu vida, por negligencia y abandono.

Estas frases me anonadaron en términos, que sin atreverme á contestar me levanté y me retiré á mi alcoba á ocultar la impresion que me causaron.

En seguida mi hermana acudió en mi socorro.

—Ay Matilde! le dije, anegada en llanto... Mi desgracia es cierta!... La muerte es nada comparada con la suerte que me espera... Suerte que no podemos conjurar. Mi estado va á ser descubierto hoy mismo, sin que me quede otra esperanza que la deshonra y la maldicion de mi padre! Oh Dios mio!... Dios de misericordia! Qué caro voy á pagar mi desliz!... Y yo podré vivir para dentro de pocas horas verme reducida á un estado de ignominia y vergüenza semejante!... Para ser el ludibrio de la comarca, la mengua de mi familia y cubrir la frente de un padre adorado de una mancha tan horrorosa!... Del sarcasmo y la reprovacion pública!... Qué diran todos de mí?... Qué esa familia con quien debo enlazarme, y

que está deseando encontrar un medio, un arbitrio, por leve que sea, para vilipendiarnos y zaherirnos?... No... no puedo presenciar ese espectáculo de mi ignominia y del sentimiento de mis padres... La muerte primero.

Y ciega y desesperada abrí la ventana por donde hablaba con Alberto, y me hubiera por ella precipitado al rio, si Matilde no se hubiese abrazado á mi cintura esclamando:

—Parricida!... Así quieres con tu muerte asesinar á nuestra madre! No contemplas su estado tambien?

—Y acaso voy á asesinarla menos dentro de breves horas!...

—Porqué? Tu turbacion, tu enagenamiento no te ha dado lugar para esplicarte. Serénate... Qué vértigo cruel y fatal te domina.

Sin poder apenas coordinar mis palabras, conté á mi hermana la conversacion que acababa de tener con mi madre, y la determinacion de esta.

—Ves como todavia hay remedio? me contestó. Padre acaba de partir para el molino de Rantz, acompañado de Roberto, en la tartana, no vendrá hasta la noche, porque así lo ha dicho, y Agustin en su ausencia no puede separarse del molino, de modo que hasta mañana no podrá ir á Ravensberg á traer el médico. Entretanto Alberto vendrá esta tarde como acostumbra, y tú ó yo le escribiremos ahora un billete en que le participemos lo ocurrido para que cuando venga á la noche á verte se dé el último golpe á este asunto.

Las palabras de Matilde fueron volviéndome en sí, como el que despierta de un sueño agitado y horroroso... Me pasé la mano por la frente, queriendo apartar de mis ojos las imágenes funestas que se habian apoderado de mis sentidos.

Entretanto que mi hermana fué á participar á mi madre lo innecesario que era mandar por un doctor á Ravensberg, y la imposibilidad de hacerlo aquel dia, escribí á Alberto todo lo ocurrido.

En cuanto se divisó por el camino aquella tarde, Ma-

tilde, con un pretesto, salió á recibirlo y le entregó con disimulo mi billete, diciéndole:

—Leedlo con atencion, y pronto.

Alberto en seguida torció las riendas de su caballo y desapareció hácia la márgen izquierda del rio, ocultándose en una arboleda que habia como á una milla de allí.

No habia pasado una hora y ya se hallaba de vuelta.

Nosotras estábamos sentadas, como de costumbre, á la puerta del molino cuando llegó, y notándonos solas nos dijo al pasar:

—Tenedlo todo preparado para esta noche á las doce: y se entró á ver á mi madre.

Aquel aviso se me figuró oirlo de la boca de un ser divinizado. La vista de la nave salvadora, para el triste náufrago que se vé solo en la inmensidad de un golfo luchando con el ímpetu de las olas... el eco del perdon para el infeliz reo que pisa las gradas del cadalso, no son mas lisonjeros, mas gratos, de mas valor y estimacion, que fueron para mí las palabras de mi amante.

Mi rostro se puso ledo, radiente de alegria y placer... y hasta tú, hija mia, que morabas en mis entrañas, creo que participaste del regocijo de tu infortunada madre.

«*Tenedlo todo preparado para esta noche á las doce!*» Frases lisonjeras que inundaron de placer mi corazon, y mi alma de una venturosa esperanza!... De un consuelo celestial!...

—A las doce!! Matilde mia!... A las doce!! repetí á mi hermana con entusiasmo!!

Incauta y desventurada de mí!... Celebraba mi huida de la casa paterna!... De aquel asilo sagrado y respetable donde mis ojos se abrieron á la primera luz! Donde recibí un ser que despues de Dios pertenecia á mis padres!... A unos padres tan dignos de consideracion y de amor, á los cuales iba á abandonar, á sumir en la desesperacion, el desconsuelo y la muerte!! Y mi obcecacion era tanta! Tan miserable y ciega mi ofuscacion, que iba á perpetrar un crímen doble por seguir á un cómplice... A un cómplice tan lisonjero para mí... y al quien, al con-

siderar á lo que me esponia, al hacerme pérfida y profana á mis deberes, debia detestar y maldecir.

Pero, hija mia, el castigo mayor que sufre un hijo ingrato que atropella y huella preceptos tan sagrados y venerables, es el horror y la desesperacion que le inspira su detestable delito, cuando apurando lo agradable del letal brevage que le fascina, quedan en su cáliz las heces de una conviccion, tan segura como triste, de que los goces mas placenteros son nada sin estar basados en la práctica de la virtud y en los preceptos morales... Cuando la inesperiencia atropella á la reflexion, los resultados son amargos en su dia... y este dia no puede ya resarcirnos comunmente de lo perdido.

Mi hermana no correspondia á mi placer... Su alto discernimiento alcanzaba los efectos de mi indiscrecion. Solo que ella cedia á las circunstancias críticas del momento, pero con la esperanza de mejorar los acidentes venideros.

En eso se engañó la infeliz, porque la he arrastrado tambien en mi caida!... Su vida hasta ahora digna de mejor suerte... su belleza é imcomparable talento... los hermosos y lozanos años de su vida, yo los he esclavizado á mi destino y ajado las flores de su interesante primavera con mis desaciertos y los pesares que la he ocasionado.

Plegue al cielo hacerla tan venturosa como se merece. Te repito que la ames mucho, hija mia... Págale por tu madre la inmensa deuda de estimacion y sacrificios que le debemos. Su abnegacion por mí no tiene ejemplo, y espero que lo hará igualmente contigo, porque su alma es tan grande como su virtud.

En cuanto oscureció, me metí en mi cuarto á escribir una sentida y larga carta á mi madre. En ella, con la mayor sumision y arrepentimiento, la declaraba mi flaqueza, la aseguraba que seguia á mi esposo, disculpaba á mi hermana, le pedia su bendicion y que intercediera con mi padre, para que no me negase la suya.

Alberto, en otro momento que logró con mi hermana de descuido al marcharse, pudo advertirle que no necesi-

tábamos sacar nada perteneciente á ropas ni alhalajas de nuestro uso, porque de nada escasearíamos.

La carta que escribí á mi madre quedaba encima de la mesa de mi cuarto.

Matilde estuvo en compañia de mi madre hasta que esta se recogió. Yo tambien, sin poder contenerme, la dí un abrazo y un beso, cosa que llamó su atencion, porque aunque la adorábamos todos, jamás habia yo acostumbrado á hacerlo al retirarme para recojerme.

A mi padre le besé la mano como hacia todas las noches. Al estampar mis lábios en aquella mano tan querida y respetable, un frio glacial discurrió por mis venas... y eso que no creia yo besarla por la última vez en mi vida!...

Mi hermana al dejar á mi madre y entrar en nuestra habitacion, traia impresa en su rostro la profunda conmocion que le causó el abandonarla. Parecia sobrenatural tanta resignacion y sufrimiento en una jóven de tan corta edad.

Sin embargo, al oir las doce, dos raudales de mudas y ardientes lágrimas brotaron de sus ojos.

Alberto llegó en la barca y dándome una pequeña escala de cuerdas la sujeté á la ventana.

Confieso que al poner el pié para bajar, mis piernas vacilaron.

Matilde fué la última. Antes de salir, dirigió una profunda y dolorosa mirada á la alcoba de mi madre... y no pudiendo contenerse esclamó con vehemente acento.

—Adios, madre mia!!

En seguida descendió á la barca.

Esta surcó rápidamente las aguas, y el molino desapareció de nuestra vista prontamente, con la distancia y la oscuridad.

Matilde no hablaba una palabra ni yo tampoco. Las dos sentadas en la popa del bajel y abrazadas fuertemente, parecíamos dos víctimas indefensas que conducian al sacrificio.

Media hora habríamos navegado cuando, la barca se

paró en una especie de ensenada.

—Monseñor, dijo el barquero á Alberto, este es el sitio que me indicásteis.

—Pues á tierra! contestó este secamente.

Lo hicimos así, y en seguida se nos presentan dos embozados.

Alberto se va á ellos, les habla en voz baja y parten. A los pocos momentos el ruido de un coche hirió nuestros oidos.

El carruage se detiene cerca de nosotros y Alberto nos dice.

—Vamos...

Nos dirigimos al coche y el lacayo que estaba al pié del estrivo nos hace al acercarnos una reverencia tan profunda como estraña. Despues le preguntó á Alberto con un respeto sin igual.

—Hácia dónde, monseño?r

—Beltran lo sabe.

El coche partió y á la hora se detuvo delante de un gran edificio.

La oscuridad no dejaba distinguir su construccion, pero al bajarnos y acercarnos á una puerta, notamos que estaba amurallado y que tenia el aspecto de una fortaleza.

Aquello despertó recelos en mi hermana.

La puerta que era pequeña se abrió al primer golpe que dió en ella Alberto. El que parecia el portero se inclinó al ver á este que iba delante guiándonos.

Esta puerta, hija amada, se ha cerrado eternamente para mí.

Al subir la escalera que conducia á las habitaciones principales, notamos una gran estátua en uno de sus tramos. Llegamos arriba y la suntuosidad de sus salas convenció á Matilde de que en todo aquello existia un arcano que ignorábamos, en una palabra, que habíamos sido engañadas. Así, no pudiendo contenerse, me dijo:

—Beatriz, Alberto es mas de lo que parece... ya lo verás.

Entramos por una puerta que conducia á un callejon. Pasamos dos cámaras amuebladas con elegancia y paramos en una sala con entalladuras de jaspe y una gran Aguila Negra en uno de sus estremos.

Varios hombres que parecian criados ó súbditos nos seguian con el mayor respeto.

Alberto habia revestido su fisonomia al llegar á aquel edificio de una severidad imponente.

—Aquí es donde vas á habitar, querida Beatriz, me dijo... Estos criados estarán pendientes de tus mas leves insinuaciones y caprichos... Mándalos sin embarazo ni recelo, pues ya están informados y te reconocerán por su dueña y señora.

Yo no me atreví á replicar una palabra.

—Mañana, prosiguió, recibirás dos criadas para tu servicio... Lejos de tí el temor ni la zozobra... Vive tranquila y goza de las comodidades que tu reconocimiento te proporcionan.

Matilde algo mas sobre sí que yo, prorrumpió:

—Tened la bondad de mandar que se retiren esos hombres.

No fué necesaria la órden de Alberto. Los criados nos hicieron un respetuoso acatamiento y salieron al instante de la habitacion.

Mi hermana cerró al punto la puerta.

—Tomad asiento Alberto, le dijo con resolucion y desembarazo.

Nosotras lo hicimos tambien.

—No creo que vuestra intencion, prosiguió Matilde habrá sido al conducirnos aquí proyectar una infamia, no solo agena de un caballero, pero indigna de un hombre que dice ama á una muger y á quien ha arrebatado todo lo mas digno y estimable que existe en la tierra para ella. Estas sospechas mias tienen un fundamento hasta cierto punto poderoso. Yo esperaba que nos hubieses conducido á una morada sencilla, aunque decente, segun la clase y posicion que habeis dicho teneis en la sociedad, pero todo me hace ver, que habeis mentido... que nos habeis en-

gañado... Si el fin conque lo haceis es noble y digno de un amante leal, eso os dará un doble realce á mis ojos... Pero si habeis querido poner un sello mas á la criminal conducta que usásteis con esta inocente alucinada, si vuestro objeto ha sido conducir aquí dos victimas para sacrificarlas á vuestro capricho y torpe voluptuosidad, si teneis en nada el engaño y atropellamiento que ejecutásteis con una doncella incauta, las lágrimas de su madre, y tal vez su muerte, el dolor de su hermano, la desesperacion, amargura y maldicion de un padre irritado... y sobre todo la mancha indigna que hechais sobre una familia honrada y respetable, aunque mi hermana muera á manos de su dolor y sentimiento, aunque el mundo nos desprecie, aunque acalleis nuestros clamores con una reclusion tan odiosa como vuestra conducta, el anatema de Dios, la cólera de su divina justicia caerá sobre vos, por mas que vuestro rango sea el mas elevado y brillante, porque las lágrimas de su madre, el eco doloroso y penetrante de un padre y la sombra de vuestras víctimas, alcanzarán una venganza que en vano procurareis burlar, y yo mientras exista, no cesaré de llamaros con los odiosos nombres de traidor, infame y asesino vil de mi pobre y desconsolada familia.

Un raudal de lágrimas corria de mis ojos al oir las palabras de mi hermana.

Alberto estaba absorto al escuchar lenguage tal en una jóven aldeana de quince años.

Trémulo, consternado, sin poder proferir una palabra tal impresion le causaron las de Matilde, la miraba Alberto sin acertar á comprender lo que le pasaba.

Al cabo contestó con el mayor sentimiento.

—Me habeis ofendido gratuitamente, Matilde... pero no condenaré jamás vuestras frases. Son tan justas como elocuentes y poderosas, porque lo delicado y espuesto de vuestra posicion os lo dictan... Pero sí os advertiré de paso, que al pretender yo villanamente burlar el amor de este ángel de hermosura é inocencia, de esta prenda idolatrada, único tesoro estimable para mí en la tierra, no

hubiera aguardado á hacerlo ahora. Despues de obtener de ella el favor mas grande y costoso para su virtud, la hubiera abandonado, y ocultado en la fuga y el disimulo mas inícuo, mi delito y mi bajeza. Tan lejos de eso, bien sabeis... y ella lo sabe tambien, que mas amante, mas enamorado, mas digno de ella cada vez, no le he dado el mas leve motivo de sospecha y desconfianza... y el cielo me abrume con su cólera interminable, mis dias sean malditos y errantes en el universo, si faltaré jamás á la fé que la he jurado Es cierto que en lo que habeis visto esta noche hay algo de estraño para vosotras, pero no me volveré á poner en tu presencia, Beatriz adorada, sin estar plenamente justificado de vuestras sospechas de ahora, y sin darte la última prueba de mi amor y de la seguridad que tu estado exige.

Y besando, con una sumision y amor sin igual la mano de mi hermana, salió de la habitacion dejándonos sumergidas en mayores dudas.

Un momento permanecimos las dos calladas y mirándonos atentamente.

—Su estilo parece franco y sincero, hermana mia, me dijo Matilde... Esperemos en el porvenir.

En seguida se levantó y registró las demas habitaciones.

En un hermoso camarin habia dos blandos lechos preparados con toda comodidad y elegancia. Matilde tiró del cordon de una campañilla, y al punto se presentó un criado el que con la mayor sumision contestó á nuestras preguntas, que fueron relativas á pedirle informes sobre las dependencias del terreno que ocupábamos.

Despues que nos las dió se retiró, participándonos que á cualquiera hora de la noche estaban dispuestos á nuestro servicio él y sus compañeros.

Nos retiramos al lecho, pero en vano, porque en toda la noche pudimos Matilde ni yo dormir un momento.

La venida del nuevo dia la esperábamos con un afan indecible... Deseábamos saber donde nos hallábamos y si podiamos encontrar alguna persona que nos informase

de quien era Alberto, porque ya para nosotras no era el sobrino del consegero Biling.

No nos habíamos desnudado y por consiguiente no tuvimos que vestirnos.

Matilde se puso delante de un espejo á arreglarse el cabello... Yo me sentia tan triste y desazonada que ni siquiera pensé en mi adorno.

Cuando Matilde concluyó, nos dirigimos á la puerta para salir, pero uno de los criados nos detuvo, diciéndonos con el respeto mas profundo:

—Señoritas, no podeis salir de estas habitaciones por ahora.

—Qué causa lo motiva? Le preguntó mi hermana con altivez.

—Que no creyendo monseñor que os levantárais tan temprano, no ha remitido aun los vestidos que debeis trocar por esos, segun corresponden á vuestra clase. Es órden espresa que no salgais de aquí hasta presentaros con otros trages.

—Pero vuestro amo, quién es?

Esta pregunta la estrañó el criado, el cual respondió:

—Cuando monseñor no se ha dignado participároslo, yo debo callar.

—Y os ha mandado, añadió Matilde, ocultarnos tambien donde nos hallamos?

—Oh! no: eso de ningun modo... Estais en el Castillo del Aguila Negra. No habeis visto la señal de ello en la testera del salon?

A estas palabras las dos dimos un grito involuntario de terror, que no pudo menos de hacer sonreir al doméstico.

Nuestra sorpresa dimanó de la fama misteriosa y terrible que se daba á aquella fortaleza.

Nuevas dudas y temores nos asaltaron. El Castillo del Aguila Negra era una posesion régia, y por mucho influjo que Alberto tuviese en la corte, nunca podia ser tanto como para conducir á él á su amada, estraida furtivamente de la casa paterna.

A las pocas horas se aumentaron nuestros recelos con la llegada de dos doncellas, con primorosos y ricos trages para Matilde y para mí.

Nosotras nos escusamos cuanto nos fué posible el vestirlos, pero las cariñosas y sumisas insinuaciones de las criadas nos decidieron á ello.

En vano con aquella cordial franqueza que el sécso inspira, procuramos examinar á las doncellas. Venian mejor prevenidas que los sirvientes, pues todo lo que sacamos de ellas fué, que nuestra felicidad por estar en aquel sitio habria muchas que la envidiarian.

Mudados ya nuestros vestidos, pudimos salir á pasear por la fortaleza, que en verdad no era digna de atencion.

Se conocia que el abandono y el descuido reinaban en ella. Pocos eran los habitantes que encerraba en su recinto, y los cuales, al pasar, nos rendian respeto y sumision.

Pero al subir á la muralla que dá vista al Ems, un objeto de tristeza y sobresalto nos sorprendió á las dos.

Dirigimos la vista hácia la campiña y divisamos nuestro molino.

El alma se nos cubrió de un luto mortal. Nuestros ojos se llenaron súbitamente de lágrimas y el corazon se nos queria salir del pecho.

—Matilde! Matilde! Esclamé echándome en sus brazos, sin poder articular de la congoja que esperimentaba. Qué hemos hecho, desgraciadas!... Cuál será á esta hora el estado de los habitantes de aquella inocente y pacífica morada, centro de la virtud y de las costumbres mas puras y recomendables!... Qué consternacion... cuánta amargura reinará ahora en ella!... Oh! huyamos de aquí, Matilde mia!... Escondamos nuestro criminal y detestable proceder de los ojos de todo el mundo!... La vista de aquella casa me confunde y me mata!... Me cubre de rubor y de espanto, despertando en mi pecho remordimientos acervos y dolores devoradores y terribles.

Y aterrada y despavorida bajé de la muralla, como sí huyese de alguno que me persiguiera para esterminarme.

Tres dias pasamos sin ver á nadie mas que á las criadas, pues Alberto no parecia y yo no quise salir de mi habitacion.

La noche del tercer dia, estando con Matilde entregada á los tristes recuerdos que nos ocupaban sin cesar, se presentó un criado anunciándonos que monseñor Alberto pedia permiso para entrar.

—Que pase: contestó Matilde.

Alberto llegó con semblante risueño y apacible. Nos miró, y despues abrazó á Matilde diciéndole:

—Os sienta perfectamente ese trage, hermana mia. Sois digna de llevar, no digo ese, sino otro mas rico y que revele una posicion mas alta en el mundo. Espero sin embargo que sea así, prosiguió. Desde luego se puede asegurar que vuestro profundo talento no os lo dió naturaleza, para que se ejercitase en un oscuro y retirado molino, sino en el brillante círculo de la alta sociedad. Espero que en breve nos entenderemos y que me agradezcais el dulce nombre que ya puedo daros desde esta noche.

En seguida me besó la mano añadiendo:

—Hermosa Beatriz, vengo aquí ahora á cumplir lo que te dije al despedirme la última vez que nos vimos. Te prometí darte la seguridad que tu estado exije, y no soy hombre que falto jamás á mi palabra. Mucho mas cuando mi amor es tan grande por tí, que no hay sacrificio posible que yo no emprenda para complacerte. Tu seguridad es un deber, un precepto que debo acatar, porque despues que tu constancia y fina correspondencia lo merece, el hijo mio que tienes en tus entrañas quiero que lleve, sin rubor ni vergüenza, algun dia, el nombre de su padre, con el esplendor y gloria que lo han hecho sus abuelos. Ven, amor mio, sígueme.

Diciendo esto me cogió de la mano, y yo le seguí sin proferir una palabra.

Salimos á la antesala, y sobre la izquierda habia una puerta: la abrió y un espectáculo estraño se ofreció á mi vista.

Era el tio de Alberto sentado en un bufete, en el

que acaba de estender un contrato de matrimonio.

Al punto que nos divisó se puso en pié.

Alberto lo leyó y dijo con satisfaccion.

—Está bien! Leed, Matilde... Vos haceis aquí, por vuestra cordura y discernimiento, los oficios de madre de vuestra hermana.

Mientras Matilde leia, observaba yo al tio de Alberto, que con los ojos bajos y semblante triste y meditabundo, no nos dirigia ni aun una mirada.

Advierto, dijo mi hermana, una cosa: que en este contrato matrimonial están sentados todos los nombres menos el del novio.

—Eso queda para despues, hermanita, respondió con gracia Alberto. Hay que hacer en ello una aclaracion que no puede ser hasta su tiempo. Por lo demás, qué os parece?

—Muy bien... Y quién son los que deben firmarlo? porque observo á vuestro tio harto frio é impasible en este momento.

—Oh! no será su firma la última! respondió sonriéndose Alberto... Algo se resistia á aprobar la dicha de su sobrino, pero se ha convencido que es en mí una deuda de amor y honor, y no quiere que mi nombre y la reputacion inocente de Beatriz padezcan... Iremos firmando para no demorarlo.

Y cogiendo la pluma firmó.

En seguida lo hicimos mi hermana y yo; el tio de Alberto fué el último.

—Acabado esto, Alberto se dirigió á otra puerta que se abrió al punto que sintieron un leve golpe que este dió en ella.

Nuestra admiracion fué grande, al observar una magnífica capilla iluminada completamente, y un sacerdote arrodillado delante de su altar.

Su elevada categoria se mostró á nuestros ojos al conocer por sus vestiduras que era un príncipe de la iglesia.

—Señor obispo de Munster, podeis empezar la ceremonia cuando gusteis; le dijo Alberto.

—Yo temblaba á la vista de tal aparato, no sé si de temor ó regocijo.

—Un momento, prorrumpió mi hermana, sin arredrarse por el imponente aspecto que presentaba aquella escena. Reconocida por mi futuro hermano, como representante de mis padres para con mi hermana, deseo saber... y creo que debo exigirlo, la verdadera clase que ocupa el hombre que va ha enlazarse con ella toda la vida.

—Hija mia, le contestó el prelado; no es de ninguna influencia ahora esa oficiosidad. Este enlace que vuestra hermana abraza por amor y necesidad, lo mismo que su amante, tiene por este, y aun para alguno de los que aquí nos hallamos, mas importancia de lo que os parece... Efectuado ya, vuestro hermano mostrará si lo tiene á bien su clase verdadera. Baste deciros que es noble y caballero, y al cumplir esta deuda de honor, se olvida de quién es, y atiendo solamente á llenar los deberes que Dios le prescribe. Y vos jóven sencilla é inocente, añadió dirigiándose á mí, no veais en él mas que el padre de vuestro hijo, y que ese ángel que saldrá dentro de poco á la luz, os reconvendria, solo con miraros, de haber desentendido la seguridad que exige su porvenir. Ante los preceptos divinos las preocupaciones y leyes de la sociedad ceden... y vos no podeis oir en esta ocasion mas que la de la religion y la conciencia.

Las palabras del pastor sagrado hicieron enmudecer á mi hermana y á mí me llenaron de una satisfaccion completa. *Es noble y caballero...* y esto se acreditaba en que me daba su mano cumpliendo su palabra... Qué podia importarme su clase bajo un principio y seguridad dados por tan respetable persona y en aquellos momentos? Esta reflexion le ocurrió á Matilde no á mí, porque mi regocijo no me dejaba ocuparme de otra cosa en aquel instante sino de que iba á unirme al que mi corazon amaba.

—Sueños dorados de felicidad y placer!... Imágenes seductoras de un porvenir sembrado de venturas y goces infinitos! Inmensos en la idea del desgraciado mortal, tanto como el espacio que mide el Océano!...

Grandes casi como la bondad divina que se los concede por qué desapareceis á lo mejor?... Qué luz brillante arrojais, qué aromático perfume despedís que tan pronto desaparece y se esparce, dejándonos la oscuridad mas triste y el fétido ambiente de la tumba?... Dónde se van aquellos momentos de una embriaguez venturosa, que se considera eterna, y solo pasa como un sueño... menos aun... como la idea remota y lúgubre que deja una abrumadora pesadilla?

Y sin embargo, hija adorada, el mísero mortal se considera algo en el mundo, y tiene la ignorante audacia de creer que este le guarda sus goces y placeres. Mas aun, que puede atraerlos así y encadenarlos á su capricho, porque tiene la probabilidad de disfrutarlos; y en medio de este beleño miserable y futil... de este enagenamiento lisonjero y traidor, la infabilidad del destino lo sigue do quier, y le presenta un desengaño amargo heciéndole ver, que cuando mas se imaginaba ser, cuando una aperiencia fascinadora lo eleva á la cumbre de la felicidad, cae, desmoronándose en su caida, y quedando reducido á nada... A un poco de polvo... á un miserable monton de barro amasado con lágrimas amargas y eternas.

Ah! perdóname esta interrupcion en consideracion á mi triste desengaño.

La circunstancia de ser nuestro himeneo celebrado por el obispo de Munster, uno de los principales del imperio, ni llamó la atencion ni despertó recelos en mi hermana. Es verdad que nuestra sencilla educacion, si bien fundada en el ejercicio de los mas austeros deberes, no pudo ser con aquella instruccion y conocimiento que la alta sociedad requiere, y á donde un capricho del destino nos arroja, á nosotras pobres y desvalidas criaturas, que no estábamos en estado de comprender la importancia donde se nos colocaba.

Pero si bien esta inocente ignorancia no nos dejó por aquellos momentos advertir esto, tampoco pudo prolongar tanto su influjo, como para no conocer todo el valor de las palabras que el obispo profirió al concluirse la ceremonia.

—Monseñor, dijo, dirigiéndose á Alberto: ya sois esposo de esta inocente niña á quien una triste flaqueza os hizo imprimir en ella un sello de ignominia pasagero. Esta ya se ha borrado por la mano de la religion, fuente perenne é inagotable de consuelo, perdon y esperanza. Ante Dios, que os vé y os escucha, habeis pronunciado voluntariamente un juramento, que yo su ministro, he admitido en su nombre, y que nada bastará ya á destruir. Tened en cuenta esto... Por lo tanto, la máscara con cuyo favor abusásteis del candor é inocencia de esta vírgen incauta, ha durado hasta este momento y ha caido á los piés de este altar sacrosanto. Othon de Ravensberg, hé aquí vuestra esposa... Inés Martelo, ved á vuestro consorte y dueño... El cielo prolongue la vida de vuestra alteza, señora, para felicidad del príncipe vuestro esposo, heredero de estos estados... y de los súbditos fieles que sois destinada á mandar algun dia.

Hija de mi vida, yo no pude acabar de entender las últimas palabras del prelado... dí un grito agudo y caí sin sentido en brazos de tu padre... Cuando volví en mí me encontré en el lecho, con mi hermana á la cabecera de él anegada en llanto, y Othon á los piés, profundamente pensativo, y sin quitar los ojos de mí.

La infeliz Matilde me confesó despues, que al verme caer desmayada solo pudo mal articular estas frases, ahogada en llanto:

—Ah! señor, qué habeis hecho? dijo á Othon... Habeis asesinado á la infeliz!!...

Entonces el consejero, abriendo sus lábios por la primera vez, se dirigió grave y mesurado al obispo, diciéndole:

—Se lo anuncié á vuestra alteza y se lo repito ahora. Las consecuencias de este enlace serán funestas.

—Aun cuando así sea, contestó el prelado, es fuerza legitimar á la criatura que nazca... Bien conoceis, señor consejero, que esto destruye las miras ambiciosas de los Médicis, y las tentativas ocultas del príncipe de Marck.

Pero mi hermana nada comprendia de esto... y solo

se ocupaba de su pesar y de mi estado.

Abrí los ojos, pero al encontrarse mis miradas con las de Othon, volví á cerrarlos de vergüenza y sentimiento.

Othon me cogió una mano, y llevándola contra su corazon, me la apretó fuertemente, esclamando:

—Siempre tuyo, Beatriz adorada! Bien Alberto, bien Othon de Ravensberg, mi vida es tuya, tesoro de perfeccion y hermosura... El rango á que te he elevado no te consideres indigna de él... Tu virtud y tu amor valen mucho mas... La alta clase á que pertenezco debe envanecerse de contarte en su número porque la ennoblece demasiado tu mérito, y algun dia la darás un realce positivo y verdadero... Perdóname el engaño con que me hize dueño de tu corazon... de otro modo me hubieras rechazado, Beatriz, y yo, en medio de mi grandeza, me hubiera considerado mas infeliz que el último de mis vasallos... porque te adoro, esposa mia. Imaginas tú que ese Dios que ha escuchado mi juramento al pié del altar, cuando ha permitido que lleguemos hasta aquí, no será porque habrá convenido así á su inmensa sabiduria? De otro modo no pudiéndole yo á él ocultar mi clase, al desaprobar nuestro amor, en sus manos tiene arbitrios sobrados para haberme castigado antes de consumar la obra de mi ventura. Esta persuacion debe bastarte, Beatriz... No somos nosotros, que nos vimos y nos amamos, lo que hemos hecho esto por nuestro dictámen, es la Omnipontencia divina la que ha dispuesto que el príncipe heredero de Ravensbeg se haya unido á la hija de un triste molinero de Ligen... y cuando lo ha hecho, algo de sublime habrá hallado en esta humilde hija del pueblo para elevarla tanto sobre el nivel de la sociedad... y que yo, cada vez mas satisfecho y tranquilo de ello, me crea el feliz, el venturoso, el favorecido con llamarte mia, y juzgue que el nombre y la corona que te ofrezco es poco aun para lo que tú mereces, mi bien... Qué vale todo á trueque de poseer tu corazon? Nada.

Mi hermana le contestó, haciéndole ver que sus espresiones eran los efectos de una amorosa exaltacion, que

nos habia perdido lo mismo que á mi familia, pues la desproporcion de aquel casamiento tenia que inclinar la balanza precisamente en nuestro daño.

Entonces advertí el horror que me inspiraba mi suerte, y el premio de mi flaqueza. Aunque no estaba versada en las inteligencias cortesanas, mi razon se sintió repentinamente iluminada de un resplandor tétrico que le puso de manifiesto lo crítico de mi posicion actual y el peligroso porvenir que me amenazaba. El gran duque llegaria algun dia á ser sabedor de este himeneo, y su saña no recaeria sobre su hijo que me habia engañado bajo el mejor fin, estimulado por su pasion, sino sobre mí que, flaca y débil, me dejé atropellar por un hombre... Y aun cuando no me castigase, mi enlace seria anulado, y yo públicamente deshonrada quedando cubierta de vilipendio y mengua.

Conocí que para mí no habia otro remedio que el sepulcro.

Othon y Matilde me consolaban, pero en vano. Mis ojos no se han secado, hija mia!... Y tanto que tu tia tuvo que encargarse de continuar estas memorias porque mi vista participó al fin de lo triste de mi situacion.

Sin embargo, yo me dirigiré á tí hasta pocos momentos antes de tu nacimiento... Despues lo hará tu tia, si como es probable, no sobrevivo á él, y si tiene, que sí tendrá, algo que comunicarte.

En tan incesante afliccion pasaban los dias de mi embarazo, y alguna vez procuraba sobreponerme á mí misma, pensando que era un deber sagrado darte la vida y que para ello necesitaba conservar la mia. Othon no dejaba un dia de visitarme y las noches lo mismo, siempre tan amante, tan fino... y sufriendo de ver mi estado, el cual mas de una vez me manifestó el deseo de mejorarlo aun á costa de abandonar su clase... todo el esplendor de ella.

Pero estaba determinado que mi suerte fuese cada vez mas infeliz.

Ya habia pasado cerca de un mes en que continua-

mente estaba suplicando á Othon que adquiriese, aunque fuese secretamente, noticias de mis padres. Efectivamente, él se habia presentado en mi casa á los tres dias de nuestra fuga, habia notado la consternacion de ella, y consolado á mis desgraciados padres sin que estos hubiesen sospechado que él era el autor de sus pesares.

Pero Othon no me lo habia dicho todo. Mi hermano Roberto lo insultó descaradamente con palabras embozadas, dándole á entender que él era nuestro raptor, y asegurándole que iba á hacer indagaciones prolijas para descubrirnos, y lavar con la sangre del infame que hubiese perpetrado tal crímen la afrenta que acababa de echar sobre su familia.

Othon viéndose ultrajado de este modo, se lo confesó todo á mi madre en una entrevista secreta que tuvo con ella, descubriéndole hasta su rango.

Aquello fué para la infeliz un golpe mortal. Convencida por mi carta de que mi fuga habia sido con mi esposo, porque estaba próxima á ser madre y que evitaba así el tener que declarárselo á la familia de Rantz, mientras no conocia á su yerno mantenia la esperanza consoladora de que estando yo casada volveria, aunque tarde, á sus brazos, mientras que con el tiempo conseguia ir templando á mi padre. Pero en cuanto supo que me hallaba unida al príncipe heredero de Ravensberg, se presentó de repente á su imaginacion los resultados de aquel casamiento clandestino, y cayó en una zozobra tan mortal, que acelerando el nacimiento de mi hermana Luisa, la condujo al cabo al sepulcro.

Sin embargo, de su puño recibí la carta en que anunciaba este natalicio y nos bendecia á mí y á mi hermana.

Esta madre querida, esta desgraciada víctima de mi desdichado amor!... Me bendijo á mí, causa principal de su dolor. Accedió tambien á los deseos que por Othon le manifesté de enviarme su retrato, el que este mandó hacer sin que mi padre se enterara, y me remitió su crucifijo de metal á quien tenia una devocion singular, y que no se apartará de mí sino despues de mi muerte.

Su estado de postracion no la permitió venir, aunque hubiese sido ocultamente á verme. Así me lo manifestó en otra carta que escribió antes de morir, segun conjeturé luego, y en la que, despues de sus amorosas quejas, me exortaba á la resignacion, porque me anunciaba una série de sufrimientos interminables, y cuya memoria me aseguraba que acabaria con ella.

Aquella carta adorada fué leida y besada mil veces, empapándola con lágrimas copiosas y dolorosas... y es seguro que me la arrancarán de junto al corazon cuando espire.

El dia que recibí su retrato y el crucifijo pensé volverme loca de alegria.

Pero débil consuelo!... Satisfaccion pasagera y fugaz!... Cuán pronto se desvaneció!!

Hija de mi corazon, ceso en la narracion de mis infortunios porque siento los síntomas para darte á luz. El cielo quiera que al nacer á este mundo falso y pernicioso, los padecimientos de tu madre sirvan de oblacion para que disfrutes la ventura que á ella le falta... y que pudiendo llegar á edad de leer estos renglones que te consagra antes de nacer, conozcas por ellos lo que ha pasado y lo que le cuesta darte la vida. Tu tia continuará estas memorias, corrigiéndolas al mismo tiempo, porque ha de haber que participarte aun.

XLV.

Continúa Matilde las memorias de Beatriz.

Tu madre al fin, sobrina querida, te dió á luz felizmente. Al tenerte en sus brazos, con una sonrisa amarga te contempló detenidamente, deseándote mejores dias que el cielo le habia proporcionado á ella.

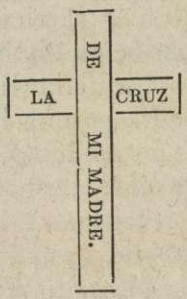
Despues quitándose una cruz de oro que llevaba al cuello, te la puso diciéndote:

«Esta enseña sagrada, hija mia, es la que llevan todos mis hermanos. Mi madre nos la ha colocado al nacer, como un distintivo religioso de fraternidad y amor entre nosotros. Por ella algun dia ocuparás el lugar que te pertenece entre mi familia... y ojalá te sirva tambien para preservarte del infortunio. Nosotros conservamos á este simbolo santo, una veneracion singular, porque basta que se esprese en él á quien á pertenecido.»

—Esta es la cruz que tienes al cuello, Joaquin, interrumpió la marquesa... la que llevamos todos.

La cruz tenia la misma forma que la estampada en la targeta de Pedro encontrada por el page Guarco.

Las cinco iniciales espresaban lo siguiente.



Solo que la marquesa las habia colocado en la targeta á los estremos de la cruz.

Sofia y el mariscal, por un impulso simultáneo, sacaron las que llevaban al cuello y las besaron con respeto y ternura.

Porque á tal recuerdo de una madre, se conserva una estimacion tan permanente, que se hace hasta hereditaria y trascedental en las familias.

El mariscal continuó la lectura:

«Sin embargo, las delicias de la maternidad hubieran dulcificado un poco los dolores de Beatriz: los inocentes encantos de tu infancia hubieran ofrecido intérvalos de olvido á su dolor, si un acontecimiento improvisto no hubiese puesto el colmo á su desventura.

Todavia se hallaba tu madre en cama cuando un dia, que estábamos en su compañia Othon y yo, escuchamos un rumor sostenido en la antesala, y voces como de dos personas que altercaban fuertemente.

De repente la puerta del camarin donde nos encontrábamos se abre, y se presenta nuestro hermano Roberto en el estado mas imponente.

Sus ojos, espantados, giraban convulsivamente bus-

cando un objeto... Su faz pálida... sus lábios livídos, sus cabellos erizados y sus facciones contraidas le daban un aspecto horroroso... Parecia la imágen de un desgraciado privado de la gracia divina y entregado á Satanás.

Fija la vista en mí hermana, y dice con un acento sombrio y desesperado.

—Os encuentro al fin, parricidas!... Os encuentro porque el cielo no permite mucho tiempo la impunidad del crímen. Ya hace dias que he llegado á este castillo, morada de la iniquidad... porque la habitais vosotras... y esos esbirros infames no me han querido permitir la entrada... He pasado los dias y las noches pegado á ese muro hasta conseguir mi intento... y hoy por último la desesperacion venció, y arrollé á esos satélites del vilipendio que me estorbaban el paso, sin duda porque leian en mi rostro que iba á vengar en vosotras la desolacion de mi familia! Oh! y á vuestro infame seductor yo le buscaré. Yo sabré quién es! Mi infeliz padre lo sabe porque su despecho me lo ha dado á entender... No ha querido decírmelo por mas que se lo he suplicado... mas lo sabe, mi madre se lo ha revelado!... Mi madre!! Esclamó con un sentimiento tan profundo que hacía estremecer... y como escitado por un acervo recuerdo! Mi desventurada madre!! Ay! pobre madre mia!! Mártir desgraciada!... Tu memoria me desgarra el alma!... Ella escita este llanto! Estas lágrimas de sangre que claman contra las de tus verdugos. Pero yo te vengaré... Sí... Te vengaré, madre adorada!... Madre de mi corazon!!!

Y con el mayor abatimiento, dejó caer la cabeza á los piés del lecho de tu madre llorando amargamente.

Aquel llanto consternó á Othon y nos sobresaltó á las dos en estremo.

Beatriz sin poder contenerse, esclamó:

—Roberto! Hermano mio!... qué significa ese llanto que derramas tan desconsoladamente? Y nuestro madre?... Qué es de ella? dilo pronto.

Tu madre al decir esto se incorporó repentinamente en el lecho, igual á aquel que encierran vivo en un se-

pulcro, y se penetra del horror de tan pavoroso lugar.

—Dinos, por Dios, que es de madre, hermano querido, añadí yo.

Roberto como si despertara de un sueño espantoso nos miró sin contestar.

—Habla, Roberto, habla... Qué le ha pasado á madre?... dijo de nuevo Beatriz.

—Me preguntas por nuestra madre? contestó con uu tono sombrío.

—Calla! Calla!... repuso Othon brevemente... te prohibo que hables de ella...

—Y yo te lo suplico, continuó Beatriz. Habla... dilo todo... Qué es de mi madre?

—Tu no tienes madre... desventurada, por que ya ha muerto!... La has asesinado!!!

—Muerto!! Dios mio! Dios de misericordia!! Esclamó tu madre, cubriéndose el rostro con las manos.

Pintarte aquella escena de consternacion y dolor, seria prolijo y aflictivo en demasia.

Roberto, sin advertirlo, habia herido mortalmente á Beatriz. Su enagenamiento no le hizo advertir el estado de su infeliz hermana, y aquella noticia infausta, su crítica y delicada situacion, fué el golpe de muerte.

—Miserable!! prorrumpió Othon fuera de sí... No pagas con tu vida el homicidio que acabas de cometer... porque eres mi hermano... el hermano de mi esposa... Pero considera lo que has hecho, y estremécete... Tu hermana hace pocos dias que es madre... y el golpe que le acabas de dar... deja huérfano á mi hijo y á tí sin hermana.

Roberto fijó la vista en Beatriz, y al persuadirse de lo que le espuso Othon, un temblor convulsivo se esparció por sus miembros.

Y era así... Una fuerte congoja se habia posesionado de tu madre.

Othon llamó inmediatamente á los dependientes del castillo, los que salieron en seguida á traer el médico, el que enterado de lo ocurrido declaró á Beatriz en un peligro estremo.

Una fiebre horrorosa la combatia.

El interés de Othon, los cuidados mios, y los de Roberto que no quiso separarse un punto de su lado, prodigándole las mayores caricias, ayudados de la ciencia del doctor, pudieron sacarla de las garras de la muerte. Ojalá entonces hubiera concluido sus dias, pues casi se hubiera ahorrado de padecer tormentos nuevos, ó mas fieros aun.

Roberto me contó la muerte de nuestra madre, á efetos de su sentimiento. Al dar á luz á mi hermana Luisa, no habia quedado completamente restablecida y espiró suplicando á mi padre que nos perdonase y deseándonos un porvenir de ventura y felicidad.

Este acontecimiento puso término á la constancia de mi padre... y mucho mas al ver que el despecho de Roberto le manifestó no volver mas á la casa paterna, hasta habernos encontrado y vengar la pérdida de la mejor de las madres... Mi padre quiso detenerlo, porque mi madre antes de morir le reveló que Beatriz estaba casada con el príncipe Othon, entregándole una copia legalizada de su matrimonio y firmada por el obispo de Munster, la que para satisfaccion de sus padres, habia Beatriz hecho á Othon que le entregase á nuestra madre.

Pero mi padre no queria de ningun modo presentarse á su yerno, antes al contrario, desapareció, abandonando el molino, donde no se ha vuelto á saber de él

Esta noticia la trajo Roberto un dia que, estando tu madre algo aliviada, fué al molino á participar á mi padre que nos habia encontrado, y con carta especial de Othon suplicándole se reuniese á nosotros.

Agustin era el único que quedaba en el molino acabando de vender los bienes que restaban, y debia juntarse con mi padre en Emdenl desde donde se proponia partir para la morada que habia elegido en cuanto realizase tambien los bienes que existian allí de mi madre.

Roberto recibió por mano de Agustin una cantidad suficiente para el viage pero mi hermano la rehusó, contándole lo que le habia pasado en el castillo del Aguila Negra, y encargándole le dijese á mi padre que no se se-

paraba de nosotras, pues á pesar de haber Beatriz contraido un enlace tan lisonjero, necesitábamos de él para que nos defendiese en caso necesario... Que le diese á mi padre parte de su residencia y que él iria alguna vez á visitarlo y consolarlo á la par.

Mi hermano tornó al castillo, y de mi padre no se volvió á saber mas.

A los pocos dias recibió Othon un paquete cerrado, dirigido desde Emden, con la escritura de posesion del molino y una carta que decia así:

«Cuando abrí á vuestra alteza las puertas de mi invulnerable morada, creí que la virtud que se encerraba en ella fuese respetada por el jóven caballero Alberto, mucho mas por el heredero de Ravensberg... Tan lejos de ser así no solo habeis otropellado un asilo que vos debeis ser el primero en dar ejemplo de respetar, sino que añadísteis al precio de vuestra infamia, disfrazado con la máscara de la munificencia y el beneficio... Esto es mas infame aun... Un delito puede cometerse por ignorancia ó inesperiencia pero pretender pagarlo por tan bajos medios, es unir á la ofensa el insulto.

«Sin embargo, yo creí en vuestra sinceridad y me vendíais... En vuestra probidad y me engañásteis... Sois llamado por la providencia á ceñir una corona... y yo, siendo pechero, puedo decir á mi señor que ha procedido infamemente conmigo, porque entró en mi casa á arruinarla, y dejarme sin honor, sin hijas, sin esposa... y sin la eterna tranquilidad que habia adquirido á costa de mi honradez... siguiendo la pauta que me abrieron mis abuelos.»

«Os devuelvo la donacion que me hicísteis del molino porque me envilece... Perdono á mis hijas, primero, porque su madre me lo exigió al morir, y segundo porque la una ha sido seducida por vos y la otra se ha visto obligada á seguir á su hermana... Pero á vos de ningun modo... A vos os maldigo... Al fruto de vuestro crímen jamás llamaré mi hijo... porque lo es vuestro... y su memoria me recordará siempre la conducta vil de su padre... y los tor-

mentos que yo padezca.

Othon me mostró esta carta dominado de un pesar profundo.

En ella se revela claramente, el sentimiento y el carácter rígido de tu abuelo.

Tu padre tomó posesion del molino y le mandó cerrar en seguida.

Algunos meses pasaron y tu madre no adelantaba en su enfermedad, al contrario se la veia consumirse lentamente. En vano las finezas y el amor de Othon, mas ciego y enamorado que nunca, tus gracias y hermosura, los desvelos de Roberto y mios, podian conseguir el aliviarla. Los médicos propusieron trasladar su morada á la campiña, cuyos aires salutíferos influirian mucho en su curacion. A todo se negó. Dias y dias se llevaba llorando, teniéndote colocada sobre sus piernas, ora contemplándote sin cesar, ó ya besando el crucifijo de metal de mi madre y dirigiéndose en seguida á su retrato que tenia colocado enfrente.

Algunas veces preguntaba á Roberto por mi padre, pero este le contestaba que seguia ya mas consolado.

Las lágrimas de tu madre fueron, hija mia, tu alimento, y creciste sin que al ver tu belleza y tus encantos la pudiesen mejorar.

Los médicos desconfiaron ya de su curacion y así se lo dijeron á tu padre.

La tristeza, el pesar de Alberto á esta noticia se trocó en desesperacion. Adoraba á Beatriz con estremo. Su pasion lejos de entibiarse se aumentaba mas... y el único consuelo que tenia, era cogerte en sus brazos y besándote con entusiasmo y ternura se complacia en mirarte... porque eres un traslado de la desgraciada que te dió el ser.

Un dia en que estábamos tu madre y yo sentadas en el salon del Aguila, se abren las puertas de él y se presenta tu padre, seguido del consejero Biling y otro caballero anciano.

Tu madre al fijar en ellos la vista bajó los ojos por un impulso involuntario.

La faz del caballero era severa en demasia, pero al clavar los ojos en tu madre y ver su juventud, su modestia y lo triste de su situacion, la compasion y la sensibilidad sustituyeron al furor que en vano pretendia disimular.

Alberto fué á hablarle, pero él que conoció sin duda lo que iba á decirle, le atajó añadiéndole:

—Omite toda disculpa. Su presencia y la candidez de su rostro me revelan demasiado la pureza de su alma. Su doliente estado es una prueba cierta y segura de que se sacrifica á tu ficcion y á tu criminal engaño... Ella es inocente y el delincuente solo lo eres tú... tú, que desoyendo la voz de tu deber te has conducido con esta desventurada como el mas humilde y bajo de la plebe.

Alberto, avergonzado, no contestó á estas reconvenciones.

—Hija mia, continuó el caballero dirigiéndose á tu madre, el saber quien soy no os cause ni sorpresa ni pesar. Os considero víctima de una pasion que os han hecho concebir, entre la ignorancia de un rango, que, no os creo tan nécia, que pretendiérais jamás aspirar á él, y la persuacion de que correspondíais á un hombre á quien podíais enlazaros algun dia. Es cierto que habeis cometido una flaqueza, pero la edad y la inesperiencia del vicio os sirven de descargo. Yo, en estas circunstancias, no puedo reconoceros públicamente; no me es dado realizar una union que reprueban mis deberes y la razon de estado, pero os trataré como á una hija, porque ya no es justo abandonaros á vuestra vergüenza y desesperacion.

—Confiad en el patrocinio de su alteza real, contestó el consejero Biling.

—Pues acaso, preguntó tu madre trémula, el que me habla es...

—El gran duque, hija mia, repuso el consejero.

—Vos? Ah!... señor, perdonadme!... perdonad á una infeliz á quien el cielo ha castigado demasiado... y que jamás ha pretendido ofenderos.

Tu madre, á pesar de su debilidad, se habia arrodillado á los piés del duque.

—Qué haces, hija querida? Le dijo este con una amabilidad estremada. Tú no tienes de que demandar perdon. Una inocente niña seducida, que abusan de su candidez no puede ser delincuente. Ven á mis brazos y sea esta la prueba mas segura que te doy de mi estimacion.

Tu madre ya mas tranquila, derramaba lágrimas de sensibilidad y reconocimiento.

El duque te cogió y colocándote sobre sus rodillas demostrándote toda la ternura de un padre.

—Yo considero, señor, dijo Beatriz mas animada por la afabilidad del duque, que no creereis en mi ambicion ni dolo. El engaño que vuestro hijo ha perpetrado conmigo se lo he perdonado... porque, permitidmelo decir, le amé simple Alberto, y ahora príncipe no he podido ya desecharlo de mi corazon. Yo hubiera querido aborrecerlo, olvidarlo, despues que he ccnocido su clase, tanto por evitaros el disgusto que debíais sentir al saberlo, cuanto porque no se me ocultan los desagradables resultados que este himeneo puede tener. Pero mi honor, el de mi anciano padre, exigian una reparacion ante Dios y los hombres. Esa inocente tiene vuestra sangre, señor, y no era justo que alguno en el mundo la señalase algun dia con el desprecio y el vilipendio. Por lo demás, mi pobre familia es la que ha escogido el cielo por víctima espiatoria de la vulneracion que se ha cometido á la potestad soberana. Mi familia se vé dividida, mi padre sumergido en el pesar, el abandono y la soledad... mi infeliz madre muerta del sentimiento... y su infortunada hija ansiando el momento de seguirla al sepulcro para no padecer mas.

Al decir esto, un llanto copioso inundaba las pálidas mejillas de tu madre.

—Hé aquí vuestra obra! Dijo el gran duque con severidad, dirigiéndose á Othon. He aquí el cuadro lisonjero que esta infortunada jóven me pinta, con colores tan ciertos como esactos... Imitais bien la conducta de vuestro soberano y vuestro padre. Cuando él procura en los

dominios que os ha de dejar á su muerte, aminorar el número de los desgraciados, vos parece que procurais aumentarlos á trueque de satisfacer vuestras pasiones. Cuando él, con paternal munificencia, anhela enjugar el llanto de los infelices, su hijo lo hace correr por lisonjear los voluptuosos goces de su depravada pasion... Bien, por vida mia, cuadra esa conducta al príncipe heredero de Ravensberg!... Sabeis duque Othon, que me están dando ganas de enseñaros lo que cumple á vuestro deber y el nombre que llevais? Ignorais que vuestro padre jamás ha hecho correr una lágrima al mas miserable y débil de sus súbditos?... Pues sí, estoy reflexionando que no os estaria de mas recibir una leccion en un encierro de este castillo por algunos meses.

—Señor!... prorrumpió Biling.

—He! callad vos tambien. De qué os ha servido vuestra autoridad sobre él como ayo y preceptor suyo?.. de dejarlo correr desbocado hácia donde le conducia su apetito desordenado? Dónde ha estado vuestro talento para no preveer los resultados de estas relaciones y procurar atajarlas con tiempo? Pero en todo ha sido fuerza dejarlo obrar arbitrariamente por sí, para acumular sobre esta desdichada los infinitos golpes mortales que le quedan aun que sufrir.

—Por piedad, padre mio, no se lo digais! prorrumpió Othon. Yo sufriré vuestras reconvenciones... vuestra cólera... la prision con que me amenazais... pero respetad la corta y triste vida que le queda tal vez á esa infeliz!

El duque volvió á mirar á tu madre y conoció efectivamente lo que su hijo le decia.

Mi triste hermana no comprendia bien lo que estaba pasando... Ella no hacia otra cosa que sollozar.

—La estamos afligiendo demasiado, prorrumpió el gran duque... y agravando su estado... Retirémonos ya. Hija mia, añadió á tu madre cogiéndola la mano, quisiera que las circunstancias se hubiesen combinado de otro modo á vuestro favor, para haceros tan feliz como mereceis y

el afecto que me habeis inspirado, pero vivid segura que siempre os miraré como á una hija desgraciada, y pronto os daré nuevas pruebas de mi afecto.

Beatriz y yo besamos la mano á su alteza real y todos se retiraron.

A los dos dias recibió tu madre el título de condesa de Lenepeck, y yo el de marquesa de Korvei, declarando noble á nuestra familia.

Por carta particular escrita del puño del gran duque á tu madre, se nos hacia esta fineza, pero con la condicion de que estuviese oculta tal elevacion hasta su dia.

Beatriz leyó con sin igual regocijo esta carta, y aun pareció aliviarse de su mal, pero otro pliego que venia adjunto con ella fué el que acabó de darla el golpe mortal.

Este contenia la anulacion del casamiento de Beatriz Martelo con Othon de Ravensberg, por renuncia voluntaria de la esposa, y que tu madre debia firmar para que Othon contrajese matrimonio con una princesa, proyectado y concertado anteriormente por los padres de ambos contrayentes, por exigirlo así la razon de estado y el bien público.

Tu madre al leerlo dejó caer el pliego de las manos y prorrumpió en un amargo llanto.

Yo lo cogí enseguida y enterada de él le preguntó qué pensaba hacer.

—Firmarlo, me contestó. Puedo negarme á ello cuando el gran duque, no me le manda, sino me lo suplica con tanta bondad y ternura. Asegura un porvenir brillante á mi hija, que la amará paternalmente, que cuidará de ella, que la reconoce por su nieta, pero que mi renuncia es necesaria por que es indispensable que Othon se una á esa princesa... intereses mayores que mi amor lo exigen.

—Intereses mayores que tu amor podrá haberlos, pero que tu honor, no; le contesté. La firma de esa renuncia te envilece y te deja reducida á una muger manchada y deshonrada. Ahora eres la esposa de Othon... entonces pasarias por su manceba... Tu hija es mirada como la hi-

ja del príncipe de Ravensberg, como presunta sucesora al trono de su padre, y entonces seria considerada como el fruto miserable de un crímen... y tratada algun dia como tal... En una palabra, tu hija ahora es algo, entonces quedaria reducida á nada... y esa inocente te acusaria algun dia, con razon, de tu debilidad y desmedida condescendencia... De ser una muger desnaturalizada y cobarde que no supistes sostener sus derechos y los tuyos, con la energia y valor que ellos mismos te infundian.

Y doblando el pliego lo guardé, resuelta á contestar al gran duque ó al mensajero que viniese por la respuesta.

Tu madre aunque calló y se sometió á mi determinacion, dió posesion en su alma á la nueva pena que le causó aquel acontecimiento. Tantos pesares repetidos ivan agravando su estado considerablemente. La reflexion de que Othon al cabo obedeceria, casándose con la muger que le habian destinado, que un nuevo amor reemplazaria al que le tenia y que por último se olvidaria de ella para entregarse á otra, no la dejaba un momento, y veia en esto un castigo de la Providencia por la muerte de mi madre y la aficcion causada á mi padre.

Othon tambien habia cesado de visitarnos, por mandato espreso del duque que se lo habia ordenado, y celaba los pasos de él para impedírselo.

Tu triste madre al fin cayó en el lecho para no levantarse mas... Los médicos me lo anunciaron una vez así, y yo deposité en lo profundo de mi corazon una pena, que ni aun á Roberto quise participar.

Beatriz conoció que se acercaba su último momento entre el sentimiento de no haber vuelto á ver á su esposo y recomendarle su hija... Me lo participó, y conociendo lo justo de su peticion partí inmediatamente á palacio sin decirle nada.

Los ugieres me impidieron la entrada en la cámara del gran duque, que era donde yo me dirigia, con la decision y energia que me inspiraba una hermana tan querida. Mi determinacion hubiera quedado sin efecto á no

haberse presentado el consejero Biling, el que conociéndome, me acompañó hasta la presencia del duque.

Este se hallaba con Othon y ambos se admiraron de verme. Othon sufrió doble al notar mi llanto y el trastorno de mi rostro, por las repetidas vigilias que habia sufrido á la cabecera de tu infeliz madre.

El duque, al escuchar el objeto que me conducia quedó profundamente pensativo, no así que Othon salió precipitadamente de la cámara.

—Qué hacemos Biling? preguntó á este el duque... Esa pobre niña se muere... No considero justo privarla de un consuelo tan natural como necesario... Exige ver al padre de su hija, y...

—A su marido, señor... porque lo que ha hecho Dios aunque los hombres pretendan movidos de sus intereses particulares, deshacerlo, siempre aparecerá como una profanacion á su inmensa sabiduria. El señor obispo de Munster me lo hizo ver antes y despues de haber celebrado esa union... y yo me he convencido hasta la evidencia.

El duque calló, y al cabo de un leve rato prorrumpió:

—Sí... sí... es cierto... Vamos allá... Avisad á Othon... Acompañadnos tambien, pero que sea con sigilo, que Ludomilia no se entere... La demora de su union con Othon ha llamado la atencion de su padre, y si supiese esa ocurrencia... Volved, hija mia, me dijo, al castillo, y asegurad á vuestra infortunada hermana que espere de mí todo el consuelo que su situacion exije.

Cuando volví al castillo, ya Othon se hallaba al lado de tu madre.

La impresion que le hizo á Beatriz la presencia de su esposo, sirvió para hacelerarla mas. Fijó en él una mirada dolorosa... derramó algunas lágrimas, le tendió una mano, que Othon estrechó y besó con ternura, y abrazándo con la otra el crucifijo de mi madre, cerró los ójos y no los volvió á abrir mas.

Tu infeliz madre acababa de recibir la corona de los martires en la morada de los justos al lado de tu abuela.

Cuando el gran duque llegó, solo presenció una escena de llanto y afliccion.

—Otra victima! Esclamó con pesar. Desgraciada inclinacion la vuestra, príncipe Othon... Sois el instrumento odioso que ha elegido el destino para maltratar á esta virtuosa familia... Quiera el cielo separar de vuestro reinado semejante fatalidad.

El duque reconoció allí mismo delante del consejero por esposa de su hijo Othon á Beatriz Martelo, condesa de Lenepeck, retificó su matrimonio, y te declaró heredera del trono de Ravensberg, á falta de los hijos varones que pudiera tener tu padre de su segundo matrimonio.

El acta fué estendida á continuacion por el consejero Biling, firmada por el duque, por Othon, por Roberto, por mí y el consejero, de la que se remitió copia tambien, firmada y sellada por el gran duque, el obispo de Munster.

El duque solo exigió que se guardase un profundo secreto sobre lo ocurrido, y la existencia de su nieta, hasta que él lo determinase.

Tu madre fué provisionalmente llevada á la capilla de este castillo, mientras en la misma habitacion que habia fallecido se le labraba un magnífico sepulcro por dictámen y gusto de tu padre.

Concluido que fué, se depositaron en él sus restos por una eternidad.»

La marquesa al llegar aquí se levantó, y abriendo una puerta le mostró á Otocaro un sepulcro de jaspe negro primorosamente construido. El mariscal, impulsado de una sensacion dolorosa, soltó el manuscrito, y arrodillándose precipitadamente delante de la urna, esclamó:

—Hermana mia! Mi infeliz y malograda hermana! perdóname la parte que yo pueda haber tenido en tu infausto y temprano fin. Los amantes cargos que me haces en tus memorias, serán un cáncer continuo que devorarán mi corazon. Y si me falta algun castigo y el cielo me lo tiene preparado, yo me resignaré por que conozco que he faltado á mis deberes.

Sofia arrancó de allí á su hermano y cerró la puerta.

Diremos de paso que la alcoba donde murió Beatriz habia sido transformada en una pequeña capilla. En medio estaba su sepulcro. Tenia dos puertas: una que caia á la sala, y la otra á aquella habitacion circular de jaspe negro, donde el mariscal se sorprendió al notar la escultura del águila negra, y en la que observó que el duque se descubrió al entrar, porque este al divisar la puerta de la capilla lo hacia, en muestra de veneracion y amor á los restos de su primera esposa.

Despues de una leve tregua, Otocaro continuó la lectura.

«Separada ya tu madre del número de los vivientes, caí en una tristeza tal que se temió tambien por mi vida. Pero la reflexion, y las palabras de tu madre el dia antes de morir, en las cuales me recomendaba tu orfandad, me hicieron conocer que debia vivir para tí.

Othon, que no dejó una noche de venir á visitarnos me lo repetia á menudo.

Su casamiento con Ludomilia de Médicis se habia ya efectuado, pero tu padre consecuente y amante de la memoria de tu madre en demasía, no podia convenirse á vivir con una muger que odiaba. Tu rostro, pues cada vez te parecias mas á tu madre, le recordaba su infortunado cariño, y se llevaba horas enteras llorando, teniéndote abrazada... Con la impresion y el entusiasmo del primer amor.

Una de las noches que vino á verme, me participó que deseaba estuviese á su lado en la córte, porque no tenia con quien hablar en ella de tu madre, ni quien le consolase en sus penas. Yo resistia separarme de tu lado, porque no podias salir del castillo donde nacistes hasta que la suerte lo dispusiese... Tu existencia tenia que ser y ha sido un misterio.

Othon me pintó el carácter orgulloso de su nueva esposa, tan en contraste con el de Beatriz, dulce y amable, y me aseguró que queria colocarme á su lado para que la espiara y observase. Me hizo presente que en ello iva

tu seguridad, pues él tenia determinado, en cuanto muriese su padre, otorgar su testamento, en el que te nombraba heredera absoluta de sus dominios, con preferencia á todos los hijos, tanto varones como hembras, qne pudiese haber de su segundo enlace... siendo así que lo dudaba, porque ofrecia no acercarse á su esposa, y manifestarle el disgusto de un himeneo que le habian hecho contraer contra su voluntad.

Ya entonces conocí que mi presencia en la córte era una necesidad marcada para velar por tu casa, y me decidí, presentándome como Sofia, marquesa de Korvei, elevada al grado de camarista mayor de su alteza real, Ludomilia de Médicis, por fallecimiento de mi antecesora. Entonces tu tio Roberto quedó encargado de tu guarda, lo que ha cumplido fielmente.

La duquesa ya prevenida por Othon me recibió con una satisfaccion indecible. Tuve la dicha de agradarle, y desde aquel momento me concedió su total confianza.

Muerto tu abuelo paterno ocupó tu padre el trono de Ravensberg. Entonces hizo construir en el molino de mis padres la magnífica quinta del Recuerdo. El banco donde vió á Beatriz la primera vez quedó, en el mismo sitio que está el jardin de la quinta, en una glorieta cerrada, y vedado el que se pueda entrar en ella. La alcoba donde dormíamos tu madre y yo, ha permanecido, para memoria, en su estado primitivo, con parte de los muebles que en ella habia, y además los retratos de tu madre y la mia que mandó colocar en ella. Allí ha ido tu padre varias veces á llorar en secreto delante de la copia de la única muger que ha amado.

Ese anillo que te ha dado Othon lo llevaba tu madre y cuando murió, tu padre se lo sacó del dedo para tí.

Lo que he practicado en la córte en tu obsequio, hija mia, en un círculo nuevo para mí, y donde tantos escollos y peligros hay que arrostrar, cuando tengas edad de comprenderlo, estoy segura que sabrás apreciarlo. Tu madre que te observa desde el cielo, vela por mí, me infunde valor para luchar, y estoy cierta que alcanzaré el triunfo por-

que mi causa es justa y sagrada.»

El mariscal terminó la lectura del manuscrito.

Su hermana le hizo una suscinta reseña de todo lo ocurrido hasta aquella fecha y del estado que se hallaban los asuntos de Ludomilia.

Otocaro sufrió en esta narracion mil afectos contradictorios. El envenenamiento del duque no dudó que era obra de la duquesa para confiar al hijo de Luitzpoldo al trono de Ravensberg.

Ya desde entonces vió unido al interés de su pátria el de su sobrina, el de Othon mismo á qnien escarnecian y burlaban. Por sí solo no podia defender tan caros intereses y necesitaba valerse de los conservadores, pero sin descubrirles la verdadera causa, porque Sofia se lo exigió bajo juramento.

Otocaro así que concluyó de leer las memorias, pidió abrazar á su hermano y su sobrina.

Roberto fué llamado por Sofia, al que al presentarse le dice la marquesa:

—Hermano mio, aquí tienes á nuestro Joaquin... este es!...

Roberto no acertaba á creerlo, pero al recordar la sensacion que esperimentó tambien al hablar con el mariscal en la sala de jaspe negro, y el aprecio que este le debia, no pudo menos de esclamar.

—Sí... sí... es mi hermano!... mi hermano querido!... Desde que lo ví me lo anunció el corazon!

—Y el mio, añadió el mariscal, no pudo ver y oir con indiferencia al ugier Pedro.

La marquesa fué entretanto á la habitacion donde estaban César y Eleonor y trayendo á esta de la mano, se la presentó al mariscal diciendo:

—Joaquin, de quién son las facciones de esta jóven?

—Ah! Ella es! Ella es! Prorrumpió Otocaro arrebatado, estrechando á Eleonor, besándola repetidas veces y contemplando su rostro con ternura y regocijo. Sí, he aquí sus facciones y el sello en ellas de aquella bondad angelical que las hacia doblemente hechiceras!... Este

es su cuerpo... su talle... Mírala, Roberto... y tú, Matilde... No es la misma Beatriz?... No es este su retrato tal como la dejé cuando me separé de vosotros?... Hasta casi la edad... Hija de mi vida!... Y qué parecida á tu infeliz madre te presenta el cielo á los ojos de tu tio!

—Mi tio! esclamó Eleonor. Oh! Dios mio!... Con que ya podré saber de mi familia!

—Sí, Eleonor mia, dijo Sofia; ya era tiempo... pero este acontecimiento lo ha adelantado. Esperábamos tu padre y yo, á que cumplieras los quince años... mas destruido este pensamiento por efectos de las circunstancias, toma, entregándole el manuscrito, aquí está consignada la referencia de tu nacimiento. Pero cuidado que á César ni á nadie confies lo que vas á leer.

Los tres se separaron de Eleonor, dejando la marquesa encargada á madama Kunegundis que no la interrumpieran, y á la Faledro y á César que se retirasen á sus habitaciones.

Este fin tuvo la visita del mariscal en el castillo del Aguila, cuando lo condujo á él desde la quinta del Recuerdo la marquesa de Korvei.

XLVI.

Se estrecha el círculo.

El nuevo sol alumbró el cuadro horroroso que se presentó á la vista de los habitantes de Ravensberg en los alrededores de la cárcel del crímen. La tropa de Pompeburg habia sufrido un descalabro atroz, porque los conservadores peleaban con un valor que rayaba en desesperacion, y las espadas del mariscal, Leonelo y Frugoni, habian causado una mortandad terrible.

Este contratiempo en los opresores del gran ducado y la noticia de su general herido de peligro, les causó un furor estraordinario. La venganza en un dominador es terrible. Los efectos que lamentan los desgraciados pueblos que, con sobradísima razon y justa ira, miran con ódio la intervencion estrangera, sufrieron los fieles y leales súbditos de avensberg, al dia siguiente de lo courrido en la cárcel del crímen.

Las tropas hannoverianas se esparcieron por la ciudad en el mayor desórden. Empezaron por los insultos de palabras, á los que se añadieron los de acciones, estimulados por la embriaguez, la ira y otros medios que se esceptuan lícitos y admitidos en esos casos, concluyendo por un saqueo disimulado.

Tales consecuencias no podian menos de pasar sobre los primitivos autores de ellas. Estos eran los conservadores y el mariscal que se habian propuesto librar á sus compañeros.

Algunos de los últimos lograron fugarse con la confusion de la pelea, entre ellos Balkan y Crefeldi, pero Brun, Stetin y los demás que prendieron fueron decapitados aquel mismo dia, y sus cabezas puestas en escarpias para escarmiento de traidores y enemigos del órden público.

La nueva de la herida del baron de Pompeburg, consternó é irritó al príncipe de Marck; así como la de no haber sido muerto Leonelo en la calle de Walffen casi desesperó á Ludomilia.

El príncipe furioso se dirigió á palacio despues de haber interrogado á los presos y visitado á Pompeburg, y presentándose á la gran duquesa le refirió todo lo ocurrido la noche pasada, diciéndole:

—Ya llegó el momento de poner coto á las consideraciones y al respeto. El mariscal ha caido en el lazo, como instrumento principal de tan horrible atentado... El baron de Pompeburg, lo conoció perfectamente y nos sobra con tal testigo. Él fué el que le disparó el tiro... Iba acompañado de una muger, y esta era la marquesa, no hay duda: ya podemos castigar á los dos.

—A la marquesa? Y por qué? Tiene ella culpa de lo que el mariscal ejecute? Puede ni debe ser responsable de su delito?...

—Pues entonces á qué se hallaba allí? Qué objeto la conducía á aquella hora á tal sitio? Sobre todo no fué movida por mí para que corriera la suerte del mariscal?

—Eso mismo os pregunto yo?... Quién puede asegurar que Sofia esté culpada, ni sea la muger que con manto negro vieron en medio de la pelea... Yo no creo que aun cuando la marquesa estuviese, que lo dudo, mezclada en ese asunto, se trasladase á un parage de horror y matanza, sino que aguardaria los resultados, tranquila en palacio, ó en otra parte. Esa tapada no podia ser la marquesa.

—A pesar del anónimo que se le envió á Leonelo delante de ella.

—Si señor.

—Entonces no estás porque nos libremos de su yugo.

—Qué quereis?... La aprecio aun.

—Ahora te convencerás de que estuvo anoche al lado del mariscal.

Y ordenó que entrase Ulrico.

—Ven acá, añadió el príncipe: La marquesa no digiste que salió anoche?

—Sí señor.

—Habló contigo anoche?

—Si señor.

—Estaba así... muy agitada?... azorosa...

El escudero vió en esta pregunta algun fondo de intencion, y no perdiendo de vista el aprecio que tenia á Sofia, contestó:

—No señor... Al contrario, tranquila.

El príncipe hizo una gesticulacion de desagrado, mandando retirar á Ulrico.

—No se puede con esta muger! esclamó. Es la única persona que ha conseguido perturbar mi sueño... escaparse de mis manos... No importa... Yo la arrancaré la máscara.

Y cogiendo la pluma escribió este decreto:

«Penetrada la regencia del gran ducado del enorme delito cometido en la noche de ayer en la cárcel del crímen, cuyas consecuencias funestas se han estendido hasta hallarse herido de muerte el muy ilustre baron de Pompe-

burg, general en gefe de las tropas auxiliares, y estando convencida de que la direccion y perpetracion del delito, se le debe al mariscal Otocaro, viene en declararlo traidor á la pátria, privándole de todos sus honores y grados, y mandando que donde se le vea sea prendido, considerándose esta captura por el que la ejecute, como un servicio hecho á la pátria y al gobierno de su alteza real.»

«Las personas que hayan cooperado con el mariscal á tal empresa, quedan comprendidas en esta soberana determinacion.—La regente del reino: Yo, la gran duquesa.»

—Firma, sobrina... Veremos los que se resienten de esta medida, justa en su esencia y de una necesidad innegable.

La duquesa firmó al punto.

El príncipe mandó que al son de clarines y con la ostentacion posible, se publicase aquel decreto y se fijase en las esquinas de Ravensberg.

En seguida mandó hacer pesquisas de donde residia el mariscal, mas fueron inútiles.

Pero Warlock le informó de que la marquesa habia entrado aquella noche antes en el castillo con dos hombres y que al amanecer salió acompañada solo de uno, pero que él no pudo conocer á la entrada ni á la salida á ninguno.

Ya no le cupo duda de que el mariscal se ocultaba en el castillo del Aguila Negra, porque pocas noches antes le vió entrar Warlock con Sofia en la fortaleza.

Esto fué cuando la lectura del manuscrito.

Ya con este indicio se propuso que el mariscal no escapase de sus manos.

Sofia ignorante de esta determinacion acababa de tener una conferencia con el doctor Orseolo. En ella, preguntándole por Leonelo, supo que se habia recogido bastante tarde acompañado de Frugoni y Venneti.

Tranquila la marquesa en parte, pues á su hermano Joaquin lo habia ella misma dejado seguro en el castillo del Aguila en compañia de Roberto, y de Leonelo acababa de saber tambien, se dirigió á la cámara de Ludomilia

con un pliego en la mano. La duquesa estrañó verla entrar tan temprano.

—Vengo á molestarte, le dijo, porque el doctor Orseolo acaba de hablarme suplicándome que yo me encargue de poner en tus manos este acuerdo de los médicos de cámara... Creo segun me han dicho, que es un dictámen sobre la curacion del gran duque; y aun es cierto que el doctor debió remitirlo por otro conducto á la regencia, me ha elegido á mí, sin duda porque cree favorecerme con la comision.

Estas últimas frases las dijo la marquesa con cierta risa irónica que no sentó bien á Ludomilia.

—Veamos, dijo esta disimulando.

Abrió el pliego, y despues de leerlo esclamó:

—Ah! sí... Es respectivo al parecer de los doctores, para enviar al duque al condado de Bassenheim á tomar los baños minerales de Pyrmont. Dicen que esto puede restituirle completamente la salud... Ya el doctor Kemp me habló el otro dia de ello: todo está preparado esperando este acuerdo general, y mañana partirá el duque.

Y quién es el encargado de acompañarle?

En la clase de doctores, Orseolo y Kemp, que parecen son los mas empeñados en su curacion, y el consejero Biling... Este me ha suplicado que lo destine para ir á su lado, y efectivamente, á ninguno mejor que al ayo de Othon corresponde, á falta mia, esta ocupacion.

Sofia terminó la conversacion y se retiró á su cámara.

El doctor Kemp habia contraido gran amistad con el doctor Orseolo, y estaba á par de este tan interesado en la curacion del gran duque, que aconsejó á su compañero mandar á Othon á los baños de Pyrmont porque conocia lo salutífero de sus aguas.

Convinieron además, en que á Ludomilia le indicara Kemp, así al descuido, que era una prueba que se iba á hacer con Othon á vida ó muerte, porque era fácil que de no curarse enteramente y sí que la salud del duque se agravese... pero en el estado que este se hallaba de impo-

sibilidad intelectual, nada se aventuraba con arriesgarse á ese estremo.

El objeto de lo doctores y de quien habia concebido aquel pensamiento, ya se esplicará.

Sofia retirada en sus habitaciones, esperaba los resultados de aquel dia, para ir á la noche al castillo á ver á sus hermanos cuando entró Richsa asustada, diciéndole:

—Ay señora! Qué maldad! Me lo acaba de contar Guarco. En la plaza de Adeltorfen acaban de poner en escarpias, las cabezas de unos pobrecitos que han cogido en un gran motin que hubo anoche en la cárcel del crímen!... Y, mirad que picardia!... dicen que con el mariscal Otocaro van á hacer lo mismo cuando lo prendan, porque él fué el gefe de esa asonada... Ya han dado la órden para ello, y añaden que pronto estará en poder de esos malditos soldados hannoverianos.

Sofia miró con asombro á Richsa, la que continuó sin ocuparse de la sorpresa de la marquesa.

—Ay señora, no lo permita Dios! Qué dolor seria que el mariscal cayese en manos de esos infames. Dicen, que de resultas de haber anoche muerto ó herido á su general, están furiosos, robando, saqueando y matando á todo el que siquiera los mira con algun interés. El pueblo está bramando de ira... pero dicen que como les falta un gefe!... Ay! si el mariscal pudiera!... Pero el infeliz harto hará que esconderse, no lo pillen esos malvados hannoverianos y lo sacrifiquen á su rábia. Qué mal hecho es traer tropas estrangeras! Siempre esa idea habrá sido del príncipe de Marck. Es preciso tener un alma tan negra como la de ese viejo, para oprimir á su pátria de tal modo por medio de una mano estraña. Bien que los que son como el príncipe, no tienen pátria, ni sentimientos, ni nada bueno... porque, Dios me perdone, pero á mí me debe el concepto de un hombre malo.

Sofia ni aun escuchaba lo que la doncella le estaba diciendo. Tal cúmulo de ideas germinaban en aquel momento en su mente.

—Dí á Guarco que mande poner mi coche.

—Cómo, señora! Estais en vos? prorrumpió Richsa. Vais á salir en el estado de efervescencia que se encuentra la ciudad, por los escesos que se están cometiendo por esos viles soldados?

—Obedece y calla.

—Jesus! Dios mio! Todo ha de ser hoy triste y desagradable para mí.

Richsa salió, y á los pocos momentos, Sofia, sola, bajó al átrio de palacio y se metió en el coche.

Efectivamente, ocho cabezas ensangrentadas de los infelices conservadores estaban pendientes de garfios en la plaza de Adeltorfen. Aquella mañana habian sido, sin otra fórmula que el hierro de una fuerza armada, degollados en la cárcel. Entre ellas se encontraban las de Brun y Stetin, mártires desgraciados, por defender los derechos de su pátria contra la ominosa dominacion de un advenedizo estrangero... De un amigo falso y fraudulento que no viene á otra cosa que á especular, á costa de la ignorancia estúpida y pérfida necesidad del que se vale de él.

La humanidad, el alma, el espíritu de nacionalidad de la marquesa, se resintió estremadamente á la vista de tan repugnante espectáculo. Doloroso es ver derramada la sangre de nuestros compatricios, pero lo es doble cuando esta la vierte un estraño, sin derecho, ley ni autoridad para disponer de ella.

La marquesa habia dicho al cochero que guiase fuera de la ciudad con direccion al Castillo del Aguila Negra.

Al torcer el coche una de las calles, se encontró detenido por la fuerza armada estrangera, que abria la marcha para el pregon que habia mandado publicar pocas horas antes el príncipe de Marck.

Sofia al oir prescribir la cabeza de su hermano Joaquin, sintió un estremecimiento interior de temor é indignacion. Conoció que no habia otro remedio para él que la fuga, pues el influjo de su favor no era ya de valor para Ludomilia, y el príncipe de Marck, estaba conoci-

do que no anhelaba otra cosa que vengarse del mariscal y de ella al mismo tiempo.

El pueblo al oir el pregon y ver los soldados hannoverianos, se metia despavorido en sus casas y cerraba las puertas. La ciudad presentaba el aspecto mas triste que puede imaginarse al escuchar que acusaban públicamente de traidor, á uno de sus hijos mas distinguidos, al que habia prodigado su sangre por defenderlo... Al que pocos meses antes habian recibido con un entusiasmo justo y una celebridad merecida, por sus triunfos en Hesse-Delmont.

Pero resignado y mudo, sufria no solo que vejaran y denigraran uno de sus ídolos, que mas orgullo y honor le daba, sino hasta que le privasen de él, sin advertir que un opresor infame se forma de la hez del pueblo, de su escoria, de lo mas bajo... y que un héroe, aun cuando salga del pueblo tambien, es una concepcion difícil, no comun, y por lo tanto estimable. Que por cada héroe se reproducen cien tiranos, lo que prueba que el pueblo no debia admitir el sacrificio pasivo de uno solo de los primeros, al paso que debia hacer una guerra incansable á los segundos.

Sofia, cerca ya de la fortaleza del Aguila, no advirtió lo que al pararse el carruage le dijo el cochero. Que las puertas estaban cerradas y varias patrullas de tropas discurrian por sus alrededores.

La marquesa se apeó y se dirigió á la poterna. Llama y se le presenta su hermano Roberto.

Sofia se sorprende al oirle decir:

—Hermana mia, en este momento iba á mandarte llamar. Estamos tocando una crísis espuesta en estremo. Me he negado á dar cumplimiento á una órden de la regente, en que me manda sea ocupada esta fortaleza por las tropas estrangeras.

Que siendo este castillo propiedad tuya, por donacion que te hizo de él el gran duque, no puedo, sin tu órden, admitir otra guarnicion dentro que la nacional y ecsistente.

—Te has conducido bien.

—Hay además otra circunstancia qne ha contribuido á esa negativa, Warlock, el guarda de la poterna, ha sido traidor. Ha permitido la entrada de noche en el castillo, por medio de inteligencias secretas con el príncipe de Marck, y valiéndose de una llave falsa, á personas estrañas. En ese número se cuentan los de la ocurrencia del baron de Colemberg.

—Y qué has hecho com Warlock?

—Está en los calabozos de por vida... Le he interrogado, y arrepentido lo ha confesado todo... La muerte del centinela del rastrillo fué ejecutada por el príncipe de Marck, la del ugier de la puerta de la escalera, por Colemberg. Esta traicion se ha descubierto por el vigilante de la poterna, que le vió noches pasadas abrir á deshoras, hablar con un embozado y este marcharse. El vigilante me dió aviso y he ejecutado lo que has oido.

—Todo está perfectamente: y Joaquin?

—Arriba.

—Vamos á verlo.

Los dos subieron la escalera.

Entraron en la sala del águila y vieron al mariscal que tenia á Eleonor sentada sobre sus rodillas, entretenido en contarle sus batallas y victorias, las que la jóven oia con gusto, porque su narracion la intermediaba Otocaro con tiernísimos besos á su sobrina, en quien se estaba mirando, como una joya inestimable que se pierde y se vuelve á encontrar.

Sin embargo, á pesar de la satisfaccion y el placer del mariscal, se dejaba traslucir en su semblante aquella opaca sombra que revela el pesar agudo que nos devora interiormente el alma.

—Tan temprano por aquí, hermana querida? le dijo Otocaro... Hay alguna novedad particular?

A esta pregunta miró la marquesa á Roberto, como preguntándole si le habia dicho al mariscal lo que acababa de contarle ella.

Roberto entendió la mirada y contestó á Sofia:

—No, no lo sabe todavia.

—Pues es fuerza decírselo, añadió la marquesa.

—El qué repuso sobresaltado el mariscal, soltando á Eleonor y poniéndose en pié. Decidme al punto lo que ocurre.

Sofia en breves palabras se lo refirió todo.

La cólera del mariscal se aumentaba á par que la marquesa le contaba lo ocurrido aquella mañana. Pero creció de todo punto al noticiarle que habian proscrito su cabeza por traidor.

—Viles! esclamó. Ellos son los traidores, los enemigos declarados del pueblo, que no pretenden otra cosa que oprimirlo y subyugarlo á su antojo, queriendo que los bienes y la sangre de los ciudadanos sirvan para satisfacer su codicia, sus comodidades, sus vicios, y cuantos estremos indignos y reprobados pueden afligir el estado. Adoptan la intervencion estrangera, porque escentos de popularidad, del aprecio de sus gobernados, de aquella fuerza moral, adquirida solo por la buena fé y las fuerzas cívicas, de esa áncora que no puede ser una farsa, un engaño, una apariencia, porque solo la engendra el acierto y la pureza en la administraccion de las leyes, recurren al hierro destructor y terrorífico, á la fuerza brutal, á ese estímulo violento, grosero, é inhumano, que amengua la opinion del que gobierna, porque demuestra evidentemente que necesita una falange de serviles siervos, de verdugos disfrazados, para hacer que prevalezcan sus determinaciones absurdas, sus medidas arbitrarias, sus despóticos antojos, sus inteligencias onerosas y su tráfico infame. Entretanto cualquiera que tenga ánimo, energia y conocimiento para combatirlo, es una sombra, un estorbo y es fuerza quitarlo de enmedio, apartarlo para que no se estraviase en esa carrera criminal de vilezas é iniquidades, y en ese número me cuentan á mí porque conocen que yo no puedo transigir jamás con la infamia, el dolo y la tirania.

El mariscal al pronunciar estas palabras parecia que brotaban fuego sus ojos.

—Pues bien, le contestó la marquesa. Por lo mis-

mo que conoces la traicion, que los opresores del pueblo te combaten con esas armas viles y vedadas que usan, que tu has llegado hasta donde has podido para contrastarlos, que has llevado tu deber mas allá quizá de lo que debias, y que tu conciencia y tu pátria nada pueden exigirte por ahora, para en su dia volver á reconquistar y hacer valer los derechos de esta pátria desgraciada y abatida, necesitas conservarte. Pero esto no lo puedes emprender sin huir y sin burlar la vigilancia de tus enemigos. Bien conocerás que no todo se consigue con el valor y el arrojo. Un ánimo decidido, es muy útil asistido y dirigido por la prudencia, pero si le acompaña la necedad y la ofuscacion es un perjucio manifiesto. Joaquin; Roberto y yo podemos presentarte un ejemplo cierto de esta verdad. Nuestro disimulo y tolerancia han podido solamente sostener el secreto que ya no ignoras, tan combatido por la curiosidad, las hablillas del vulgo, y los planes y la malicia cortesana. Sin haber adoptado los medios que te he insinuado, sin esta constante perseverancia mia, de nada hubiera servido el poder y la grandeza de Othon, para conservar á esta inocente, no la herencia que la pertenece solamente, sino hasta su vida, pues infinitos lazos habrian armado contra ella viéndose espuesta á cada paso á perderla. A pesar de todo ya ves los tristes sucesos que lamentamos, lo que he hecho y lo que me queda aun que combatir el dolo y las insidias de nuestros enemigos.

—Y bien, añadió el mariscal, qué partido debo adoptar?

—Y me lo preguntas? La fuga. Qué puede tu valor solo, en medio de esas turbas de viles esclavos que rodean á los opresores del pueblo? Nada. Serias aniquilado al momento, sin otro fruto que una muerte segura, y el eterno sentimiento que á todos nos acompañaria por tu perdida.

—Sí, tio mio, prorrumpió Eleonor, cogiendo las manos del mariscal y apretándolas contra las suyas. Yo tambien os seguiré, si mi tia quiere... y Roberto y ella y todos. Qué hacemos aquí? Sufrir zozobras y sinsabores?

Cuánto mas sencillo y mejor es amarse con tranquilidad y sosiego, aunque halla menos comodidad? La paz del alma lo recompensa todo. Qué, en el dia que encuentro á mi familia he de volver á perderla de nuevo? Por Dios, os suplico, que no me deis ese pesar! Acordaos de mi pobre madre!... Por su memoria os lo pido!... Ved que mi padre está imposibilitado de conocer ni amparar á su hija y que yo no tengo ya mas que á vosotros en el mundo.

Diciendo esto, dos raudales de hermosas é interesantes lágrimas corrian de sus ojos.

—Joaquin! dijo la marquesa enternecida... Mira que su llanto me parte el corazon... Me parece ver á Beatriz en los últimos dias de su vida!

El mariscal sin poder contenerse estrechó contra su seno á Eleonor, esclamando:

—Vamos, basta... no llores mas, prenda de mi vida... Quieres que nos vallamos de aquí? Pues bien, partiremos... y tú me acompañarás... y todos vosotros... Soy vuestro hermano mayor, añadió dirigiéndose á la marquesa, y en este momento he comprendido que á falta de mi padre soy el que debo protegeros y ampararos.

Sofia espuso otras razones tan lisonjeras al mariscal, que este se convenció al fin que debia marchar, llevándose á Eleonor y acompañándolos Roberto.

La partida se dispuso para aquella noche.

XLVII.

Preparativos de fuga.

La marcha del mariscal tenia dos objetos para Sofia. Librar la vida de este, y sacar á Eleonor del castillo del Aguila, donde no podia permanecer mas.

La marquesa se acordó en aquel momento de otra persona.

Este era César, á quien no convenia de ningun modo entregárselo á su padre todavia. No solo porque Ludomilia no descubriese que vivia, sino porque mientras existiese en poder de Sofia, Leonelo no dejaria la empresa que se habia propuesto.

Es cierto que el conde de Polesino no necesitaba ese estímulo para combatir á la duquesa y á sus amigos, pero nunca estaba demás.

La marquesa pensó volver á palacio para proporcionar algunas cantidades al mariscal para la marcha, pero fué informada por los soldados del castillo, que la fortale-

za estaba asediada, prendiendo á todo el que salia, sin dejar tampoco entrar en ella.

Efectivamente, Roberto se asomó á las murallas y se convenció del hecho.

El mariscal á esta noticia bajó á la plaza de armas y reuniendo á la guarnicion, la arengó; haciéndoles ver lo odioso de la mision de las tropas hannoverianas y la infamia que recaia sobre los militares del gran ducado, permitiendo que unos advenedizos se hiciesen dueños de Ravensberg, y que los arrojasen de las fortalezas y los castillos como de todos los puntos mas importantes, quedando ellos reducidos á ser unos miserables autómatas de la voluntad de sus opresores.

La guarnicion del castillo era toda del resto que, además de los suizos desertados, habian combatido ya con los hannoverianos en Hesse-Delmont. Por dictámen de su condesa, y creyendo esta el castillo mejor guarnecido así, habia pedido al duque una compañia de arcabuceros para el efecto, de modo que conociendo los soldados al mariscal y amándolo con entusiasmo, unido esto al ódio, que por naturaleza debe sentir contra todo estrangero el que ame verdaderamente á su pátria, la tropa y los oficiales juraron obedecer y seguir á su general en todo.

Este decidió hacer una salida del castillo y atacar á sus sitiadores.

Los soldados á esta noticia ardian en deseos de venir á las manos con los hannoverianos.

Pero la marquesa, consultando su prudencia, mandó llamar al mariscal, y despues de hacerle unos cargos fuertísimos, le manifestó que su desacertado arrojo, si no lo contenia, iba á envolverlos á todos en un caos funesto y lamentable.

—Entónces qué he de hacer? repuso abrumado el mariscal.

—Estraño tu pregunta, Joaquin. Podemos permanecer sitiados en esta fortaleza? No es fuerza salir? Y no será mas conveniente que esos soldados que tanta adhesion y fidelidad te muestran, nos sirvan para favorecernos en

nuestra fuga, sin esponerlos antes en una tentativa infructuosa? Ves, Joaquin, ves, y participales que yo parto tambien con vosotros, que necesito que me escolten hasta la frontera de Munster y que allí son dueños de seguirme ó de volverse á Ravensberg.

El mariscal obedeció á su hermana, y habiéndole participado á la guarnicion lo determinado por Sofia todos se ofrecieron gustosos á seguirla.

El coche de la marquesa habia permanecido en la poterna. Su nombre bastó al gefe de las tropas hannoverianas para no usar ningun atropellamiento con el cochero.

Sofia mandó decir á este que se volviese á la ciudad, y que entregase un billete que ella acababa de escribir, al enviado de Ferrara monseñor Leonelo.

Roberto con varios soldados, abrió la poterna y dió el encargo al cochero. Este partió al punto. Roberto advirtió que los sitiadores detuvieron el coche, que el cochero habló con el oficial que mandaba la tropa por aquella parte, y en seguida el carruage siguió su camino.

El coche fué detenido para examinarlo y viendo que no llevaba ninguna persona dentro, lo dejaron pasar.

El príncipe de Marck iba consiguiendo estrechar á Sofia cada vez mas. Noticioso de que aquella mañana habia entrado en la fortaleza, se convenció mas de que el mariscal estaba guarecido en ella. La negativa de Roberto á dar cumplimiento á la órden, lo indicaba tambien, y esta desobediencia, que él se esperaba de antemano, ponia al gobierno, por su propio honor, en el caso de hostilizar el castillo del Aguila, prender á los que estaban dentro, y declarar á su condesa cómplice y consorte del gefe rebelde que habia la noche antes atacado y escalado la cárcel del crímen, para librar á unos reos de estado, ocasionando una alarma en la ciudad, herido al general en gefe de las tropas auxiliares, cuando lo amparaba en su castillo atropellando las reales determinaciones.

Así se lo participó á Ludomilia, la que se irritó al saber lo conducta de Sofia.

El príncipe al cabo arrancó de la duquesa el ansiado permiso de proceder contra la marquesa de Korvei, segun, como él decia lo reclamaban las circunstancias.

Entretanto los sitiados del castillo del Aguila pensaban en la hora de la fuga. La fortaleza no estaba bloqueada por la parte del mar, pero en la ribera opuesta del rio transitaban varias patrullas de observacion, para impedir que el mariscal se fugase.

Desde las murallas del castillo se divisaban, pero el mariscal y el capitan de la guardia se reian, porque iban á habérselas con ellos al desembarcar.

Se prepararon dos barcas, una pequeña para la marquesa, Roberto, Eleonor y César, y otra mayor para el mariscal y la tropa.

Esta debia marchar delante protegiendo el desembarco.

El plan estaba militarmente bien combinado. César saltaba de gozo al pensar que iba á abandonar el castillo, y con Eleonor que era todo su deseo.

No así la señora Faledro y madama Kunegundis, que estaban desconsoladas al considerar que perderian á sus queridos hijos como ellas los llamaban.

Sofia les prometió que algun dia se reunirian con ellos y quizá en tiempos mas felices.

César pidió una espada y una daga, siéndole otorgada por el mariscal la peticion, mandándolas sacar de la armeria del castillo.

El resto del dia se pasó en los preparativos de la marcha, la cual se señaló para el toque de ánimas.

Aquella tarde se presentó en las puertas de la fortaleza un enviado con un pliego.

Roberto bajó á recibirlo.

Este era un billete de la gran duquesa para Sofia, en que le manifestaba su admiracion, no solo por haber guarecido al mariscal en el castillo, sino hasta haberse encerrado con él allí todo el dia. Además la aconsejaba, y aun le suplicaba en memoria de su amistad y aprecio, que abandonase la causa de un hombre soez é imprudente,

que no habiendo sabido comprender su posicion, se habia comprometido en términos que ya no habia remedio para él.

La marquesa contestó á Ludomilia de este modo:

«No es la causa del mariscal la que yo defiendo, porque jamás puedo patrocinar la rebelion. Es su vida la que me interesa estremadamente y la cual debo defender porque me lo prescriben los preceptos divinos y humanos. Si él ha delinquido, mi obligacion es lamentar su error, pero no ponerlo en manos de sus verdugos: vuestra alteza misma, si tuviera sentimientos filiales, conoceria que una hermana no puede entregar á su hermano para que lo asesinen, y al cabo de veinte años que la Providencia se lo devuelve.

«Escuso decir que desde hoy su suerte es la mia, y si Ludomilia se acuerda aun de lo que Sofia ha hecho por ella, deberia no vacilar en remitirle un salvo-conducto para que el mariscal llegase hasta la frontera y desapareciera del gran ducado. Casi estamos en derecho de exigirlo los dos. Él por los relevantes servicios que ha hecho á su pátria, y yo, porque pude en su dia ocasionar gravísimos pesares, á la que ahora solicita con tanto afan verter la sangre de mi hermano, despues de deshonrar su ilustre nombre y esclarecida fama.

«Pero confiando en la Providencia que nunca abandona la causa de la justicia, si ahora nos vemos proscriptos y aherrojados, si se pretende con el hierro opresor, los calabozos y la muerte ahogar la voz de la verdad, no está lejos el dia en que la nécia arrogancia, la menguada necedad de los opresores de Ravensberg, caiga desplomada desde su odioso y vacilante trono, porque la maldad se destruye por sí misma, como la piedra arrojada al mar busca el fondo.

«Ludomilia, te compadezco! El hombre con quien te has asociado causará tu eterna perdicion... no lo olvides.

«No por eso dejará de sentirlo—Sofia.»

Esta carta hizo una profunda sensacion en la duque-

sa. Al enterarse que el mariscal era hermano de Sofia, sintió haber procedido tan ligera en la confirmacion del decreto. Conoció que era efectivo en ella el deber de ampararlo, porque los vínculos que nos ligan á un hermano son mas respetables que lo que algunos imaginan.

Mas donde fijó mas su atencion fué en el párrafo en que hacia alusion al príncipe de Marck.

—Me anuncia que causará mi perdicion!!! repuso pensativa y cabizbaja. Y es verdad... Desde que he seguido sus consejos, aunque es cierto que me he vengado, aunque he satisfecho una pasion, tan dominante en mí como mezquina, tambien me he eslabonado una cadena de zozobras y azares que creo no tendrán fin sino con la muerte.

Y qué remedio ya?... Retroceder es cobardia. Al contrario: seguir, avanzar, revela ánimo, audacia, valor... Pues bien, sigamos, y caigan envueltas en este ensangrentado sudario las víctimas que el destino haya elegido.

Así en cuanto llegó el príncipe le presentó la carta de Sofia.

Este sonrió malignamente, diciendo:

—Frases inútiles... Sofismas vanos para defenderse é interesar al mismo tiempo. El mariscal es su hermano! Mejor! Miel sobre ojuelas!... Ya era tiempo que esa menguada molinera se convenciera que donde no hay principio no puede haber buen fin... y que debe ella volver donde salió. Cada cual con su cada cual.

Y se puso á estender la órden para que hostilizaran la fortaleza, mandando coger vivos ó muertos á los reos que se encerraban en ella, haciendo responsable al gobernador y al capitan de la guarnicion, del pronto cumplimiento de aquel mandato, declarándolos cómplices del mariscal y reos contra el estado, lo mismo que á la marquesa, sino abrian, al recibo de aquella órden, las puertas del castillo á las tropas protectoras.

La órden fué entregada á Roberto, el que al leerla se la mostró al mariscal, devolviéndola este hecha pedazos.

Aquel desprecio encolerizó tanto al príncipe de Marck que aunque no lo demostró, antes al contrario se sonrió de tal necedad, mandó reservadamente al gefe de la tropa que tomase el castillo á viva fuerza.

Esta era una de las fortalezas de mas consideracion de aquellos tiempos. Asaltarlo era por cierto empresa que necesitaba meditarse, pues los sitiados, aunque en corto número, podian oponer una resistencia costosa á los sitiadores y ventajosa para ellos.

Así, meditándolo nuevamente, acordó el príncipe estrechar el cerco y que se entregasen por necesidad.

De manera, que aquella noche la vigilancia que se estableció era estremada.

Al ponerse el sol se divisaba en la parte opuesta del Ems centinelas de caballeria esparcidos en la ribera.

Declaradas las hostilidades, mandó el mariscal hacer fuego, sobre los destacamentos que estaban, tanto al otro lado del rio, como en la parte de tierra.

Bien pronto los soldados hannoverianos tuvieron que retirarse con pérdida de algunos.

Otocaro determinó, en cuanto la noche tendiese su manto, partir, adelantando la hora marcada anteriormente.

El objeto del mariscal era ganar la selva de Roden, antes que los destacamentos, casi dispersos con el fuego de artilleria, pudiesen volver á colocar las centinelas en la orilla del rio y estorbar el desembarco.

Aquel adelanto inutilizaba en parte la idea que Sofia espresaba en el billete que remitió á Leonelo con el cochero, en el que, despues de participarle su marcha á Munster, le dejaba instrucciones sobre Othon. Le pedia además que le tuviese caballos aquella noche en la selva de Roden, á la espalda de una casa rústica que estaba á la falda del Harz, cuyas señas le daba bien exactas, encargándole fuese en casa del mariscal y á su criado Thuin le contase lo ocurrido y dijese el sitio donde habia de poner los caballos.

Sofia, á pesar de conocer que el cambio de hora podia

ser causa de alguna demora, se resignó á esperar en la selva, y que prevaleciese el dictámen de su hermano Joaquin.

Los que debian marchar bajaron por el rastrillo y entraron en las barcas.

Una persona, de las que debian quedarse en el castillo, se presentó en la rampa suplicando que le permitiesen esponer la vida por sus bienhechores.

Este era Warlock el escudero de la poterna, el que agradecido á Sofia de que le hubiese perdonado la vida cuando Roberto queria quitársela, cobró tanto afecto á la marquesa, que se decidió á no separarse de su lado.

Esta, Eleonor, el mariscal y Roberto, visitaron antes de marchar, la tumba de Beatriz y la regaron con sus lágrimas. Eleonor en particular, que no habia nunca salido de aquel castillo, fué la que sintió su corazon oprimido al separarse de las cenizas de su madre, delante de las que habia estado arrodillada casi todo aquel dia desde que supo que debia abandonar el lugar de su nacimiento.

De la capilla de Beatriz, de aquel lugar de veneracion y amor para la tierna doncella, tuvo la marquesa que arrancarla para conducirla á la barca.

Los ojos de Eleonor no se secaban.

Todos entraron en los barcos y en breves momentos favorecidos con la oscuridad y el sigilo, ganaron la orilla opuesta.

Desembarcaron en una ensenada oculta sin ser advertidos. Se dirigen á la selva de Roden; cuando ya próximos á su entrada tropiezan con una partida de tropa.

El mariscal, con un valor estraordinario, se adelanta pidiendo hablar con el gefe: este se aproxima á caballo, y Otocaro al verle cerca dice:

—A los infames estranjeros que vienen á oprimir y defraudar mi patria, los trato como á las fieras de los bosques.

Y descerrajándole un pistoletazo lo derribó muerto, del caballo.

Los soldados van á echarse sobre el mariscal, pero

retirándose este, reciben los hannoverianos una descarga de mosqueteria por las tropas de Otocaro que los puso en vergonzosa fuga.

El caballo del gefe muerto, dispuso el mariscal que sirviese para Sofia y Eleonor, metiéndose todos en seguida en la selva, pero estas contestaron á Otocaro que se valiese de él para que, en caso de ser perseguido, pudiera contribuir á su pronta fuga.

El mariscal no lo permitió, y tomó la direccion hácia la casa de Conrado.

Pronto la selva se vió ocupada por todas las fuerzas que sitiaban el castillo. La noticia del gefe muerto alarmó á los soldados, que no dudaron que la accion fué hecha por el mariscal, á quien conocian harto sobrado por su arrojo y denuedo.

Esto no pasó desapercibido para Otocaro, pero su objeto era pasar la casa, que internados en el Harz fácil les era burlar á sus perseguidores.

Pocos pasos estaban de la casa, cuando por el lado derecho, entre los pinos donde encontró Sofia á la duquesa con Luitzpoldo, una partida de caballeria, que pudo alcanzarlos, salia á cortarles el paso del monte.

El mariscal conoció el perjuicio que iba á ocasionarles esto en su fuga, y se decidió á disputarles el terreno palmo á palmo.

Manda que Sofia y Eleonor sean conducidas á la casa por Roberto, y que al llamar diga, para que le abran que es el mariscal Otocaro; y embosca sus soldados detrás de los árboles y entre el ramaje, dándoles por punto de reunion la espalda de la casa.

Todo se efectuó al pié de la letra. Roberto con su hermana y sobrina se encamina á la casa. Ve luz en las habitaciones y llama. Sale Brunon por la ventana alta y Roberto le contesta que es el mariscal Otocaro que viene con dos mugeres.

El criado se retira, y á poco se presentó Conrado con él pero al ver este á la luz de su linterna que no era el mariscal, vuelve la espalda diciendo:

—Siempre engaños y falsedades... aun en la cosa mas sencilla.

—Esperad, le repuso Sofia adelantándose y abriendo su manto... Y á mí me conoceis?

Conrado le aplicó la luz al rostro y contestó sobresaltado:

—Sí... creo haberos visto otra vez... No sois?...

—La marquesa de Korvei.

—Sí... Sí... la marquesa!... añadió balbuciente... vos sois la que la tarde de la caza...

—Os causó tanta impresion al ver mi cruz que...

—Basta!... y qué quereis?

—Vengo fugitiva... perseguida!... amparadme en vuestra casa.

—Fugitiva! Esclamó el anciano con una sensacion admirable. Perseguida!! Entrad, entrad al punto.

Y los condujo á la sala donde estuvieron el baron y el príncipe.

El anciano, trémulo, iba delante, pero al penetrar en la habitacion y ser iluminado su rostro, un grito unánime de sorpresa, que soltaron Roberto y Sofia, lo dejó mas anonadado.

Èl es! dijo Roberto á su hermana! Míralo bien, estas son sus facciones. Las conozco demasiado!

—Sí... Sí... es nuestro padre! Ah! padre de mi vida!!... padre adorado!!

Los dos se inclinaron, abrazando las rodillas de Conrado; y llorando amargamente.

A este grito penetrante acudió Gacela... Brunon en la puerta de la sala miraba inmóvil aquella escena.

—Pero quién sois?... añadió Conrado, sin acertar á hablar.

—Pues qué, repuso Sofia, no os ha dicho nuestro llanto que los que están á vuestros piés son vuestros hijos...

—Mis hijos!...

—Sí, Roberto y Matilde!! Ved el distintivo que nos colocó la mas querida de las madres! Reconocedlo, padre mio!

Mostrándole ambos la cruz que llevaban al cuello.

—Sí... sí... es igual á la mia, padre, añadió Gacela... No me habeis dicho que todos mis hermanos la llevan?

—Luisa!! añadió la marquesa arrebatada de placer! Sí, sí... tu eres! La misma edad. Las facciones de nuestra madre que veo retratadas en tí... Oh! buen Dios! que momento para mí tan ansiado! Y cómo deseaba estrecharte contra mi corazon y conocerte, hermana querida! Ah! tu nacimiento me recuerda la época mas triste de mi vida!

Y abrazando y estrechando á Gacela, bañaba su rostro con lágrimas de placer y sentimiento á la vez.

Conrado, á quien ya llamaremos Pedro Martelo, conociendo que sus fuerzas vacilaban se habia sentado en una silla, y ocultándose el rostro con las manos derramaba lágrimas de sensibilidad.

—Conque sois mi hermana, señora! decia Luisa... Qué placer tener por hermana una dama tan bella!!... porque vos lo sois... sí, lo sois!...

Sofia habia arrojado el manto y dejado ver perfectamente su semblante, en el que realzaban su hermosura las lágrimas y el dolor que sentia á la memoria de su madre.

Pedro al oir decir á Luisa que su hermana era hermosa, por un impulso involuntario alzó su vista y la fijó en Sofia.

—Llorais, padre mio! Ah! ese llanto me revela que rectificais el perdon que á ruegos de mi amada madre nos concedísteis!... Pero basta de lágrimas... Borre este momento los pesares de quince años. No hemos llorado bastante ya?... Pedidme mi sangre para satisfacer vuestra ofensa; pero no vea yo afligido mas ese rostro venerable. No quereis abrirme vuestros brazos aunque despues me mate el dolor por los pesares que os hemos causado?

Pedro estendió mudamente sus brazos hácia Sofia, y esta se arrojó en ellos con una vehemencia estraordinaria. Roberto hizo lo mismo, y los tres permanecieron estrechados algunos instantes.

Pedro miró á la marquesa y prorumpió:

Es verdad que estás hermosa, Matilde!... Bien podrias formar el orgullo de tu padre, si este no tuviese en el corazon un cáncer mortal que se lo corroe sin cesar!

—Hablad, padre querido, y si yo puedo...

—Tu grandeza me mata, hija mia!... me hace mal!

—Y por qué?... Pensais que no la llevo con honor? Qué he prostituido por ella mi virtud! Estais engañado, señor... Es debida á mis sufrimientos, á mi prudencia y al aprecio de Othon... Os juro por la sombra sagrada de mi madre, que vuestra hija Matilde no es indigna de vuestra estimacion y amor. Beatriz, mi desgraciada hermana, es cierto que cometió un desliz, pero la religion lo santificó despues, y borró la mancha pasajera que echó la inesperiencia en su opinion. Por lo demás, su nombre es repetido por su esposo con estimacion y respeto... el mio, con admiracion, entusiasmo y veneracion, conservando mi posicion con ventaja para amparar este ángel inocente, á quien revocareis el anatema que desde que estaba en la cuna lanzásteis sobre ella... Revocadlo, padre mio, y sea esta, noche de olvido y de perdon.

Diciendo esto, cogio á Eleonor de la mano, que se habia retirado con César á un rincon de la habitacion, y veia y escuchaba enternecida lo que pasaba.

—Pero esta jóven es?... preguntó Pedro.

—Necesitaré deciros que es la hija de Beatriz?

Eleonor se echó en seguida á los piés de su abuelo y besó sus manos.

Pedro la levantó á sus brazos, y le dió repetidas muestras de su paternal ternura.

Aquella sensible y cordial escena, fué interrumpida por varios tiros de arcabuces que sonaron cerca de la casa.

Brunon, que era Agustin el mozo del molino, abrió una ventana baja y esclamó:

—Señor, es una pelea... Se están batiendo tropas hácia la parte del pinar.

—Dios mio! esclamó la marquesa! que será de...

—Pero antes de concluir la frase las voces de «*padre!*

padre mio! abrid...» interrumpieron á la marquesa.

Esta, que conoció el eco, se precipita despavorida hácia la puerta de la casa seguida de su padre y Roberto.

La abre, y el mariscal se arroja en sus brazos bañado en su sangre.

—Joaquin!!! esclamó Sofia con un grito agudo... Estás herido?

—Sí.

—Joaquin!! añade Pedro! Mi hijo!!!

—El mismo, prosigue Sofia... Joaquin, hé aquí á nuestro padre!

—Mi padre! profirió Otocaro olvidándose de su herida... Ya mis presentimientos me lo dieron á conocer la primera vez que lo ví.

—Hijo amado! En qué estado te vuelve el cielo á los brazos de tu padre?

—De cualquier modo que sea, contestó el mariscal, siempre es grato para mí... Mi herida no es nada, padre mio... La he recibido en este brazo... Me lo han atravesado casi de un lanzazo, pero antes han conocido lo caro que les era el prenderme. Mis soldados siguen á los fugitivos y pronto ganaremos la frontera de Munster.

Pedro pidió aclaracion á sus hijos, y estos le hicieron una breve narracion de lo pasado.

—El cielo nos castiga á todos, hijos mios, esclamó. No hay que acusar á otro sino á la suerte que se ha ensañado con nosotros. Un crímen fué principio de esa peligrosa grandeza que os rodea, y un crímen quiere concluir con nosotros y con ella. Abandonadla, abandonadla, y ved que cuando mas ignorado vive el hombre es mas feliz y venturoso.

La herida del mariscal fué curada al momento por Agustin.

No habia acabado Pedro de decir esto y unos fuertes golpes sonaron en la puerta principal.

Agustin salió á asomarse á la ventana alta y volvió á poco diciendo:

—Son soldados que quieren entrar á registrar la casa.

—Esperad, añadió Pedro, aquí los conocidos sois tres; Joaquin, Sofia y Roberto: yo os ocultaré donde no puedan dar con vosotros... seguidme.

Y los llevó á un estremo de la casa.

Abrió una puerta fuertemente guarnecida con planchas de hierro por dentro.

—Esta, dijo, es la boca de una mina ó sea camino cubierto por debajo del Harz... Por aquí caminando como media hora se sale á una llanura en el centro del monte... Despues se sigue una senda que hay á la derecha y esa conduce á la carretera de Munster, fuera de la montaña. Despues os guiaré yo mismo en compañia de Agustin. Entrad que aquí estais seguros.

Pedro tornó á donde estaba Agustin y le mandó abrir.

Los soldados, que componian un destacamento de infanteria, penetraron atropelladamente en la casa. El gefe mandó bruscamente que la registrasen.

—Ignoro, dijo Pedro, el motivo de tal violencia.

—Tampoco os importa, buen viejo... Hola, y que dos chicas ocultais aquí!. Y esta añadió dirigiéndose á Eleonor, no víste el trage que la otra... Oh! Esta señorita será de los fugitivos, porque nos consta que además de la marquesa iba otra jóven en su compañia... y esta es bien linda por cierto.

—Todos los que veis contestó Pedro, son mis hijas: estais equivocado en que aquí se guarezca ningun proscripto.

—Eso lo veremos pronto.

Un fuerte altercado que se oyó entre Agustin y los soldados en lo interior de la casa llamó la atencion de Pedro y el oficial.

Desde luego conjeturó Pedro lo que era, y acompañado del hannoveriano se dirigió al sitio.

El oficial desde que vió á Eleonor habia proyectado una vileza, y así que dejó á Pedro en direccion hácia don-

de sonaba la disputa, se volvió á donde César, Eleonor y Luisa estaban esperando el resultado de lo que ocurria.

El despótico y engreido hannoveriano, revistiéndose del fuero de conquistador, se dirige á Eleonor, y con acciones y palabras indecorosas, se atrevió á la castidad de la tímida y afligida doncella.

—Señor oficial, le dice César, vuestra mision no os autoriza para faltar á los deberes que todo caballero de honor debe respetar; conteneos y sed mas prudente y comedido.

El oficial contestó con una carcajada de desprecio á las prudentes razones del mancebo y volvió á molestar á Eleonor.

La jóven lloraba amargamente, lo mismo que Luisa, al ver la avilantez de aquel hombre, hasta que César no pudiendo sufrir mas, se arroja sobre él, y sacando la daga, que habia ocultado bajo su almilla al entrar la tropa, la clavó, con una furia increible, dos veces en el pecho del oficial, el que cayó exámine al punto.

Los tres en seguida huyeron hácia dende estaba Pedro.

Otra escena mas funesta presenciaron los jóvenes.

Los soldados despues de haberlo registrado todo, llegaron á la puerta donde estaban ocultos Sofia, el mariscal y Roberto... Mandan franquearla y Agustin responde que aquella puerta jamás se ha abierto desde que su amo compró la casa á un leñador que vivia en ella, y que no tiene la llave ni sabe donde conduce.

Los soldados se obstinan y á ese altercado llegó Pedro.

Este trata de convencerlos, pero fué en vano... Se empeñan en entrar derribándola, pero el anciano que sabia lo fuerte de la puerta por el interior, accede y los soldados disparando sus arcabuces sobre ella, no lograron otra cosa que abrir algunos agujeros esteriormente y que las balas ni aun taladrasen.

Todos los esfuerzos que hicieron fueron inútiles.

—Por eso este villano, dijo un soldado á Pedro, con-

sintió en que la abrieramos, pero no te reiras de nosotros: y levantando su mosquete descargó un fuerte golpe sobre el anciano, el que cayó desplomado en los brazos del honrado Agustin.

—Asesinos!! esclamó lleno de ira el fiel criado... La venganza del cielo os confunda, malvados.

Eleonor y Luisa acudieron á su padre. Las dos niñas no hacian otra cosa que llorar, mientras los soldados reian y celebrabran aquel espectáculo aflictivo y doloroso.

Pero pronto su regocijo se tornó en luto y muerte.

Súbitamente entraron en la habitacion cuatro hombres enmascarados con espada en mano, y en un momento los soldados que habia en ella dejaron de existir.

Aquello fué tan veloz, tan inesperado, que ni aun quedó tiempo á los hannoverianos para defenderse.

—Y la marquesa de Korvei?... Preguntó el qne venia delante, que parecia ser el principal de ellos... Decidmelo por favor, buen hombre, añadió dirigiéndoso á Agustin... Nos han informado que se refugia en esta casa con su hermano el mariscal... Nada temais... Somos sus defensores... ya lo habeis visto.

—Bien, quitaos la máscara para que yo os vea el rostro.

Lo hizo el desconocido, y al mismo tiempo César se lanza á él, diciéndo:

—Mastropetro, favorécenos!

El enmascarado le miró con asombro, y esclamó:

—Hijo mio, tú aquí?

Leonelo acababa de abrazar á su hijo al cabo de tanto tiempo.

El amor paternal manifestó allí una de sus mayores afecciones: Leonelo casi se olvidó de la marquesa.

—Hola! eres tú, buena pieza! dijo otro de los cuatro á César... Me alegro de encontrarte... y con provecho... porque estos mandrias de hannoverianos han llevado una leccioncilla.

El que acababa de hablar era Frugoni.

—Vamos, acabad de decirnos si el mariscal está aquí que es lo que ahora importa... A mí creo que no me lo negareis.

Este tercero, era Thuin el suizo, criado de Otocaro.

—Tomad esta llave, añadió Agustin ya satisfecho, abrid esa puerta... Dad tres vueltas á la llave... Dentro están el mariscal y la marquesa.

Leonelo lo hizo al punto recibiendo á Sofia en sus brazos.

El placer que sintió la marquesa al ver á Leonelo, fué tan pasagero, que al punto le sostituyó la amargura y el dolor de notar á su padre moribundo.

Agustin les refirió brevemente lo acaecido.

—Noche de horror y lágrimas!! esclamó la marquesa sin consuelo. Terrible noche, en que el destino apura en mi familia toda la copa de su amargura!... Encontrar á un padre adorado al cabo de tanto tiempo para perderle por una eternidad!!...

El mariscal, Roberto, la marquesa, Luisa y Eleonor, rodeaban el fúnebre lecho del anciano. El estado de estos amantes hijos, imagínelo el lector.

Aquel cuadro de dolor y afliccion impuso hasta al feroz Frugoni.

Pedro abrió al fin los ojos, y reconociendo á sus hijos, esclamó con voz lánguida y apagada:

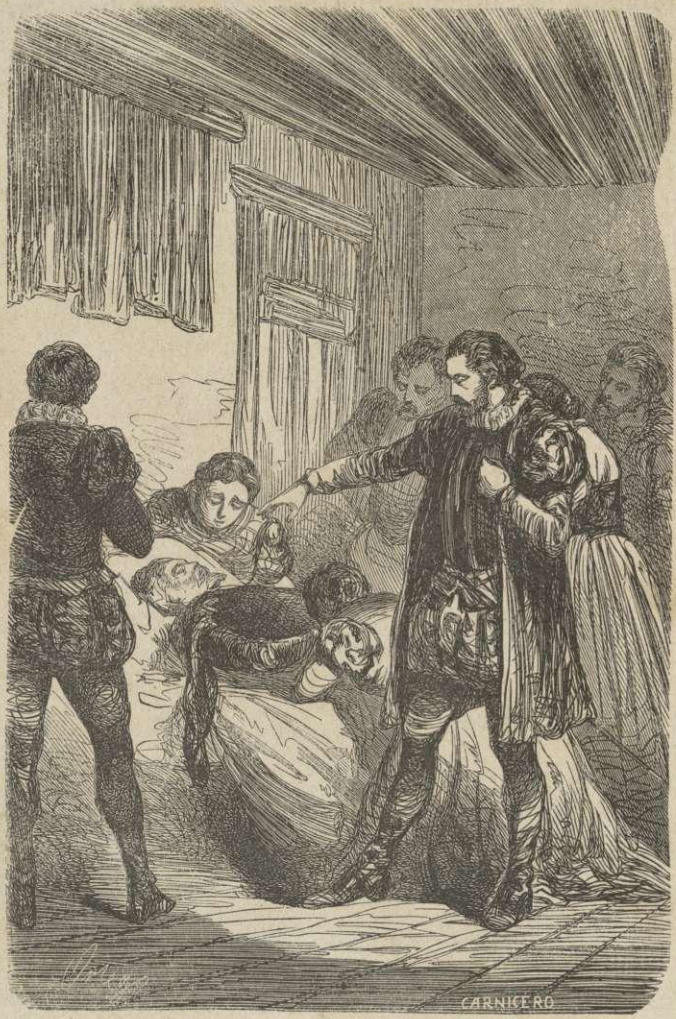
—Estais libres!... Bendita sea la bondad de Dios!... Matilde... Joaquin... Roberto... Eleonor... Luisa... os... bendigo... á todos... hijos... mi...

No pudo concluir la frase... El eco espiró en sus labios cortado por la formidable guadaña del ángel de la muerte.

La consternacion que se esparció entre aquellos cinco hijos desgraciados no bastaba á mitigarla la presencia de Leonelo.

El mariscal elevándose de repente sobre aquella escena de consternacion, prorrumpió con voz enérgica y decidida.

—Basta de lágrimas!... Venganza! Venganza!...



Yo te lo juro, padre mio...

es lo que necesita este crímen horrendo!... Yo te la juro padre mio!... Pide al Ser supremo en cuya presencia estarás, que me conserve la vida para aniquilar á los verdugos que te han asesinado. Concédedmela, Dios mio! Concédedmela, solo el tiempo necesario para que yo pueda esterminar á los infames que me han privado de mi padre!

Warlok que habia quedado fuera de la casa con la tropa que sacaron del castillo, entró diciendo que un grueso de fuerza armada se dirigia hácia allí, y que era preciso ganar el monte prontamente, segun el parecer del capitan de arcabuceros.

Leonelo algo mas sobre sí que los demás pudo, con trabajo, arrancar de allí á los hijos de Pedro, y encargando á Agustin que los acompañase, le ofreció quedarse guardando el cádaver del anciano hasta su vuelta.

Agustin los metió por el camino subterráneo á todos, inclusos los soldados de Otocaro, cerrando por dentro la puerta.

Leonelo mandó á Frugoni y á Venneti, los únicos que quedaron con él, que arrojasen al campo por una ventana al oficial y á los soldados muertos dentro de la casa, por si volvian á reconocerla.

Thuin siguió con los caballos, hasta el sitio en que Agustin les indicó que los esperase.

A los dos dias, la casa solitaria de Pedro estaba inhabitada y sus puertas cerradas.

XLVIII.

Un golpe inesperado.

Algunos meses habian transcurrido desde las ocurrencias pasadas en la solitaria casa del bosque.

Los fugitivos llegaron felizmente á Munster, donde su soberano les recibió con la atencion y aprecio que se merecian.

El mariscal pidió auxilio á este para venir á Ravensberg y vengar los ultrages que le habia hecho á su patria, á él y á su familia. Pero su hermana le contuvo diciéndo que no era tiempo pues esperaba instrucciones de Leonelo para coordinar sus operaciones y dar el golpe mas seguro.

Casi diariamente recibia cartas del conde de Polesino, á las que Sofia contestaba con un nombre supuesto para que no pudieran ser interceptadas.

Diremos algo sobre lo que habia ocurrido, desde la

noche de la salida de la marquesa y el mariscal, de Ravensberg.

El príncipe al saberlo no desesperó de prenderlos y aun se alegró, pues una fuga así les entregaba mas á disposicion de la justicia. Pero cuando á la mañana siguiente le pasaron el aviso de los sucesos de la casa de Pedro, y que se creia que los fugitivos habian escapado de las manos de sus perseguidores, el furor, la rabia que demostró casi llegó á asustar á la duquesa.

Otra sorpresa inesperada les quedaba que sufrir á los dos. Ludomilia manifestó al príncipe sus deseos de ir á examinar el Castillo del Aguilla.

El príncipe mandó poner el coche y partieron al punto.

La fortaleza habia quedado desierta. Un viejo clavero fué el único que se presentó á recibirlos, el que les informó que la guarnicion habia marchado con el mariscal.

—Y Warlock? preguntó sobresaltado el príncipe.

—Creo que fué descubierto por monseñor Pedro; y acusado de traicion iba á ser sentenciado á muerte, cuando la marquesa consiguió de su hermano el perdon. Warlock agradecido me parece que se ha ido con ellos.

—Y los demás dependientes?

—Esta mañana temprano salieron y no han vuelto. Hasta dos mugeres que habia en las habitaciones altas, y que yo ignoraba que viviesen en el castillo, han marchado.

Manifestemos como salieron la Faledro y madama Kunegundis.

A pesar de la consternacion que reinaba y la premura de la marquesa en abandonar el cadáver de su padre para partir, Leonelo, al despedirse, le preguntó si le ordenaba algo. Entonces ella le dijo que César debia seguirla y que la señora Faledro y madama Kunegundis quedaban en el castillo, pobres mugeres desvalidas que le recomendaba amparase.

Leonelo en cuanto rayó el dia mandó á Venneti al

castillo, el que pudo lograr introducirse, porque al saber la fuga del mariscal no se estorbó á nadie la entrada. Al salir las dos mugeres espusieron ser de la servidumbre interior y que se retiraban á sus casas.

La duquesa estrañó una adhesion tan ciega de las criadas por sus antiguos amos, pues en el momento que estos faltaron siguieron su ejemplo.

Ludomilia lo sintió porque no podia informarse como deseaba.

A pesar de todo, subió acompañada del clavero y del príncipe. Llegó á la sala circular de jaspe negro, entró por la puerta del águila, pasó el callejon de la trampa, recorrió y examinó la sala del águila, y desde luego, si ella hubiera sabido lo que aun existia dentro de aquella misteriosa escultura, que estuvo observando sin conocer ni advertir el secreto que encerraba, es seguro que la hubiera hecho trizas por arrancar de sus entrañas los documentos que guardaba en ella.

Penetra en una alcoba pequeña, despues de examinar todas las habitaciones, y observa sobre una mesa un abultado manuscrito.

Lo coje por curiosidad y vé que decia:

«Memorias de Beatriz Martelo, dirigidas á su hija.»

—Beatriz Martelo!! esclama el príncipe. Esa es la familia de la marquesa!... La misma de quien te he hablado! A ver, dame.

Ojea el manuscrito, y añade:

—Lo ves? mira el nombre de Othon... Aquí está el secreto que por tanto tiempo ha tenido ocupada á la corte y á todos absortos y confusos. Este manuscrito lo han dejado olvidado. Leamos.

Y fué así. Aquella era la alcoba de Eleonor, y esta habia suplicado á su tia que se lo dejase, para cada noche, antes de acostarse, leerlo y derramar algunas lágrimas á la memoria de su madre en las páginas mas interesantes de su vida.

La confusion en su partida del castillo y haberse llevado todo aquel dia junto al sepulcro de su medre, le

hizo no acordarse de entregárselo á la marquesa.

El príncipe no lo leyó, sino lo devoró con la vista; pero cuandó llegó á donde espresaba la legitimidad de Eleonor, el acta del casamiento legalizada en debida forma, reconocida y ratificada por el duque Gustavo, Ludomilia palideció y el príncipe no acertaba á hablar de furor y sorpresa.

—Tenia una hija!!... Una heredera!... prorrumpió la duquesa. Amaba la memoria de una esposa! Y yo, mísera de mí, he sido engañada por todos. El aprecio de Sofia ha sido una farsa ridícula. El consejero Biling, siervo vil de los vicios de su discípulo, tambien ha contribuido á engañarme! Hasta el padre de Othon! Oh! salgamos de aqui. Este castillo me abruma... Su atmósfera me ahoga... Partamos, pues, partamos, y no lo mando demoler, porque existen en él los restos de una infeliz muger, víctima triste de un perverso engaño, y á los que yacen en eterno descanso debemos respetarlos.

—Tranquilízate, añadió el príncipe, esa niña solo hereda á falta de varon y antes de ella los hay... No reinará, lo aseguro. La duquesa salió seguida del príncipe, pero sobre otra mesa que habia en la sala del águila, advierte una carta.

La coge, vé la letra y conoce que es la de la marquesa de Korvei. El sobre espresaba: «Para su alteza real la gran duquesa.»

La abre y lee estos breves renglones:

«Ludomilia, una combinacion criminal me arroja de Ravensberg... pero no tardaré en volver á el para arrancar el cetro de hierro á los déspotas, y la máscara á los tiranos.—Matilde Martelo, marquesa de Korvei.»

La duquesa volvió á tartamudear el billete, quedande sin saber lo que le pasaba.

—Amenazas vanas, dijo el príncipe. Recursos necios que no significan otra cosa que la desesperacion que le acompañaba al escribir eso.

—Ay, señor! Bien se vé que no conoceis á la marquesa!...

Salieron del castillo, y al llegar á palacio recibieron el aviso de que el duque habia partido aquella mañana para los baños de Pyrmont.

Desde aquel momento no pensó Ludomilia en otra cosa que en afirmar su autoridad en el gran ducado y la corona á su hijo. Para acallar la voz de Luitzpoldo procuró atraarlo á sí con halagos y promesas. Lo mandó sacar del encierro en que estaba, lo condujo á palacio, hizo renacer en él, con artificios y ardides, la antigua llama que abrigó el jóven en su pecho, y por último llegó á prometerle hasta que le daria la mano si el duque, como era probable, llegaba á fallecer.

Luitzpoldo seducido, fascinado por tan halagüeño porvenir, no dudó en aceptar el partido que le propuso su antigua amante, y olvidó á la infeliz Isabela, mientras esta gemia por Luitzpoldo en la prision de la ciudadela.

La debilidad en el carácter de Luitzpoldo se manifestó claramente, en lo fácil que cedió á los consejos de lo marquesa cuando estuvo en el calabozo. Entonces fué el temor de la muerte el que le hizo acceder, ahora la perspectiva seductora que Ludomilia le presentaba.

Lo primero que esta practicó en su obsequio fué hacerlo príncipe de Overissel. Para crearle un patrimonio correspondiente á su clase decretó subsidios é impuestos con que afligió al desgraciado pueblo, y no satisfecha aun, vendió los diamantes de la corona de Ravensberg y todas las alhajas de palacio para dar á su amante posesiones, riquezas y una grandeza régia.

Luitzpoldo nadaba en la opulencia, en los placeres, y se conceptuaba el hombre mas venturoso de la tierra.

El infeliz pueblo sufria los atroces atentados, la ferocidad brutal de la soldadesca hannoveriana, y las esacciones de la regente, pero no tenia otro arbitrio que callar y resignarse con la atroz conducta de sus opresores.

Desdichada y odiosa dependencia! Estremo pernicioso y repugnante que se santifica cual ley, precepto ú obligacion, á la vista del hierro opresor de los sectarios serviles de la esclavitud.

El príncipe veia esta elevacion de Luitzpoldo, y en la apariencia la celebraba, porque á su sombra estaba él concertando el plan encubierto que tenia, y que solo Leonelo descubrió por la carta que Frugoni sacó de la escarcela al soldado muerto en la calle de Walffen.

Era comunicacion del príncipe de Marck al baron de Pompeburg, de la que hablaremos á su tiempo.

El príncipe á par de aparentar servir á Ludomilia, iba procurando separar de su lado á sus amigos. Ya la indisponia con unos, ya á otros los esterminaba. De los primeros, fué la marquesa; de los segundos, el baron de Colemberg. Habia desterrado de la corte, con varios pretestos, á algunos nobles adictos á Ludomilia, estrechándola y aislándola para tenerla propicia en su dia.

A Luitzpoldo se lo permitia, cual á un chico le dejan un juguete para que se distraiga y no se acuerde de cosa mas esencial, pero para quitárselo á su tiempo.

Mas Leonelo por su parte, instruido por la marquesa, ejecutaba tan esactamente sus instrucciones, que referiremos aquí uno de los accidentes mas notables que efectuó.

Tanto per la carta que poseia Leonelo del príncipe á Pompeburg, por las espresiones de Inmegarda al duque en la quinta del Recuerdo, como por algunas palabras de Ulrico, habia conjeturado que este último estaba ligado al príncipe con algun secreto poderoso.

Otra circunstancia contribuyó mas á aumentar las sospechas de la marquesa. Refiriendo con Leonelo y Orseolo el envenenamiento del duque, el doctor, fiel observador y analizador de todo, vió que la copa del duque la escanció Ulrico, y luego en la declaracion de los demás pages que sirvieron el convite, juraron que este no se habia separado del sitio en que estaba la copa de Othon, ni aun despues que el duque se habia colocado en la mesa.

Estos cargos, recayendo sobre Ulrico, el príncipe habia salido á su defensa, y los desvaneció, combatiendo fuertemente la acusacion, y poniendo por garantia que

Ulrico estaba en la servidumbre de palacio por su recomendacion.

De manera que no quedó el menor recelo de que Ulrico era un agente disfrazado del príncipe.

El cómo descubrir esta complicidad era lo que discurrió la marquesa!

Mandó á Leonelo que con engaño citase á Ulrico una noche para un asunto que le interesaba, y entonces asegurarlo y no dejarlo ir, hasta que bajo su firma hubiese declarado lo del envenenamiento de Othon y todo lo que supiese.

Leonelo se lo participó á Frugoni, comisionando á este y á Venneti, los que lo efectuaron á su satisfaccion. Para el efecto arrendaron una casa en el arrabal de los saboyanos, casi á la salida del pueblo, cuyo local era á propósito para el caso, en una calle solitaria y estraviada. Venneti era astuto, y pronto logró trabar amistad con Ulrico.

Leonelo tenia cuidado cuando iba á palacio, pues el conde no dejó de ir nunca á cumplir, despues que faltó de él la marquesa, con las etiquetas que le prescribia su carácter de representante de Ferrara, de que le acompañase Venneti en calidad de escudero, y así el italiano pudo introducirse con Ulrico.

El resultado fué que una noche hizo Venneti que le acompañase, pretestando que era una cita amorosa y no queria ir solo porque tenia sus recelos. Condujo á Ulrico hasta la puerta de una casa de donde no volvió á salir del portal.

Al entrar los dos, Frugoni se presentó, y asiendo á Ulrico por un brazo lo arrojó hácia una puertecilla pequeña que este no habia advertido, diciéndole con su acento feroz:

—Entra ahí majadero, que otro tendrá el cuidado de sacarte.

En seguida cerró la puerta y se salió de la casa con Venneti para ir á anunciar al conde que ya estaba obedecido.

Lo habian encerrado en un sótano tan oscuro, glacial y hediondo, que el pobre mancebo creyó que se acercaba su última hora. La oscuridad, la atmósfera pestilente y fria, los insectos y reptiles asquerosos que habitaban en aquel lugar horroroso, fueron los que le hicieron compañia en noche tan cruel. Frugoni al meterse en cualquier empresa que le confiaban, la llevaba hasta el último punto, así no se contentó con asegurar al pobre escudero en una habitacion de la casa, sino en aquella especie de subterráneo donde lo consideró mas seguro.

Leonelo enterado por él donde lo habia depositado, le reprendió su crueldad, pero este le contestó:

—Ese escudero, cuando ha envenenado al duque Othon, es un bribon; y con los bribones no conozco compasion.

El conde se trasladó á la casa muy temprano y mandó que sacaran á Ulrico de tan detestable sitio.

Este oyó abrir la puertecilla del sótano y creyó que lo buscaban para conducirlo á la muerte. Su espíritu habia padecido aquella noche demasiado, y se encontraba en el mayor abatimiento.

Lo llevan á otra habitacion baja del edificio, y se sorprende en estremo al entrar en ella y ver al conde de Polesino, el que se quedó solo con él y cerró la puerta.

—Sin duda te parecerá maravilloso lo que te ha pasado desde anoche acá, le dice Leonelo, pero mas lo va á ser lo que escucharás ahora. El atentado horroroso del envenenamiento del gran duque, ha quedado sepultado entre el disimulo de su autor y el silencio de sus cómplices. Yo tengo necesidad de conocer á las personas que se hallan mezcladas en él. Estoy convencido de que tu eres una de ellas, y aun he llegado á imaginar que obedeces á un poder superior... que tu condescendencia es forzada. Si me dices la verdad, cuenta con mi perdon y amparo: si callas y niegas, la morada que has tenido esta noche será tu eterno sepulcro en vida, y ni el poder del príncipe de Marck, ni el de nadie podrá sacarte de él, porque así como vosotros asegurais con el secreto y el si-

lencio vuestros crímenes, yo os heriré con la misma arma, y el silencio y el secreto te labrarán una tumba, donde no penetrando en ella ni aun la luz, mal podrá hacerlo la mano de tu detestable protector.

—Monseñor, compadeceos de mí! dijo el escudero arrodillándose y con las manos cruzadas. Compadeceos de mi situacion que es mas angustiosa de lo que podeis imaginar.

—Habla, y habrá misericordia.

—Monseñor, no puedo...

—Entonces podrás morir encerrado, siendo pasto de insectos y reptiles inmundos.

—Moriré... pero se salvará mi padre... y habré cumplido mi deber.

—Tu padre!... Habla, Ulrico, habla, que no conoces aun el poder del hombre que te escucha.

—Os lo contaré... porque espero que os apiadareis de él y de mí.

—Adelante.

—Mi padre era conserje del castillo de Coimberk, posesion que pertenece al príncipe de Marck, á tres leguas de la ciudad de Ravensberg, fortaleza antigua, abandonada, que no puede servir de otra cosa que de guarida infame para los delitos. Mi padre vivia solo con mi hermana y conmigo... porque mi pobre madre habia muerto.

Nosotros éramos su consuelo y ventura, viviendo en aquel retiro en una feliz ignorancia, porque nadie se acordaba de nosotros.

Un dia se presentó inesperadamente el príncipe de Marck.

«Guillermo, le dice á mi padre, hace tiempo que deseaba premiarte la fidelidad que me has tenido por espacio de tantos años. Tú de nada puedes servir en el mundo mas que para el cargo pasivo que ejerces, pero tus hijos empiezan ahora la carrera de su vida. Voy á colocarlos en la corte, porque yo necesito en ella dos personas de mi confianza que asistan, una cerca de mi sobrino Othon, y la otra junto á su muger. Pero para que me

sean fieles y mañana no vendan la confianza que voy á depositar en ellos, es fuerza que me den una garantia poderosa, y esa eres tú... Es decir, que tus hijos van en la corte á asistir cerca de sus altezas, les daré una carrera que jamás pueden adquirir entre estas parduzcas ruinas, entre estos muros carcomidos por la mano destructora del tiempo, tú, hasta que sea el oportuno á mis miras, estarás asegurado en este castillo.»

Mi padre lo miró con asombro.

«Oh! no tienes que mirarme así porque no hay cosa mas natural, continuó el príncipe. Cada cual en este mundo debe mirar primero su negocio que el de los demás. Es un egoismo tan natural y admitido que toda contradicion es supuesta. Conque hijos mios, ya lo habeis oido, vuestro padre queda en rehenes de vuestro cumplimiento en las obligaciones que os impondré. Dentro de dos horas salimos para Ravensberg... preparaos á seguirme.»

Nosotros, cuando se retiró, nos arrojamos, llorando desconsoladamente, en los brazos de nuestro padre.

Su afliccion, imaginadla, monseñor. Considerad lo que pasa un padre cuando le arrebatan á sus hijos.

—Es cierto, contestó Leonelo conmovido.

—Por último, el príncipe nos arrancó del seno del mas cariñoso y amante padre. Por el camino nos dió algunas instrucciones, reservándose el derecho de ampliarlas cuando á él le conviniese.

Nosotros, infelices, que jamás habíamos salido del estrecho círculo de nuestro hogar, en aquel momento no nos penetramos de lo odiosa que era la mision para que se nos destinaba. Entonces solo veiamos la distancia que nos iba á separar de nuestro padre.

En fin, llegamos á palacio, y entonces conocimos que el príncipe nos habia destinado para espias y agentes mercenarios suyos.

Las exigencias que hemos sufrido de él, es harto repugnante su referencia.

Un dia me hizo acompañarlo al castillo á ver á mi

padre. Aquel rasgo de falsa bondad me regocijó: pero luego conocí que era para hacerme presenciar el estado á que habia sido reducido el infeliz anciano.

Mi padre desde nuestra ausencia estaba encerrado en una prision, si bien no faltaba nada á su asistencia.

Lloramos otra vez juntos y me despedí de él para tornar á la corte.

—«Señor, dige al príncipe. Qué culpa ha cometido mi padre para encerrarlo así?

—«Eso no lo entiendes tú, hijo mio, me respondió con estremada dulzura. Cuando una prenda interesa se le guarda. Tu padre responde con su cabeza del silencio y la prudencia de sus hijos en palacio. Es decir, que si teneis la debilidad de declarar á alguno las determinaciones que yo os comunique, ó la importancia de vuestro cometido, en seguida os quedais huérfanos... y no creo que querreis tan mal á vuestro padre, que lo espongais á no salir vivo de su encierro.»

Un frio mortal discurrió por mis venas á estas palabras.

Entonces conocí toda la enormidad del infernal lazo con que nos habia ligado el príncipe.

Ulrico calló al concluir esto, afligido sobremanera.

—Es decir, le repuso Leonelo, que ese hombre infernal ha comprado con el amor, la ternura filial, y escitando en vuestro corazon los temores mas acervos, dos humildes y resignados esclavos de sus maquinaciones... Dos siervos tristes y silenciosos á quien manda, subyuga y domina por un derecho detestable, reprobado por las divinas y humanas leyes. Tráfico vil é inícuo que liga á un hombre con otro, por el abuso tan pernicioso como irritante que se hace de la posicion triste de nuestros hermanos y del poder que se tiene sobre ellos. Ira de Dios! y qué modo tan vil de negociar! Desgraciada criatura, ya no dudo que quepan en tí toda clase de crímenes á la vista de esa dependencia forzada... de esa cadena eslabonada con tanta astucia como perversidad. Y esta es la sociedad!... Y este comercio indigno lo practica el hombre

para su engrandecimiento y elevacion... Llega á sujetar con sus maquinaciones hasta la misma naturaleza, violentándola á su antojo y haciéndola trastornar, salir de quicio en la especie humana!

Oh! pero eso no es posible que pueda permanecer así mucho tiempo, la mano del Hacedor Supremo llega á descargar en su dia el terrible golpe que reserva siempre á su tolerancia cansada. Ya lo has visto, infeliz jóven!... Mira como ha permitido ponerte á mi disposicion para descubrir este artificio horroroso y vengar á tu padre.

—Lo vengareis?

—Puedes dudarlo? Aunque no me obligasen á ello motivos que ignoras, es un deber de todo caballero, de todo noble, derrocar tan vil trama. Pero necesito que me cuentes cómo fué el emponzoñar al duque, porque aunque me lo niegues, estoy convencido que fuistes tú... Dímelo todo... y espéralo todo de mí...

—Pero la vida de mi padre no correrá peligro?

—Ay del príncipe si se atreve á él... Cómo fué envenenado Othon?

—Al ir á echar yo el vino en la copa, llevaba escondido en la mano un pomito de veneno que me entregó el príncipe, y lo vertí en ella en medio de la confusion que ocasionaba el festin.

—Y supístes si habia algunas personas mas mezcladas en ese atentado?

—Sospecho que la gran duquesa, porque mi hermana dice que ha cogido ciertas frases que lo indican cuando hablaba con el príncipe.

—Está bien... Adios.

—Pero y mi padre? Cuidad de mi padre!...

—Te aseguro que pronto lo abrazarás.

Leonelo salió, Frugoni cerró la puerta, y despues de dejar á Ulrico el alimento para aquel dia, se fué tambien.

Ya hemos indicado algo del castillo de Coimberk, con respecto á su estado. Era una pequeña fortaleza feudal, que el príncipe se habia cuidado muy poco de

ella, y en el dia mucho menos.

Toda la seguridad del anciano Guillermo consistia, en su avanzada edad y temer al príncipe, en la ignorancia en que todos estaban de que allí residiese un infeliz tal, en que sus hijos por ese mismo temor ni lo declararian ni harian ninguna tentativa, y en un conserje ó alcaide de la fortaleza, hombre tambien anciano, que habia sido criado de confianza del príncipe, y tres ó cuatro hombres que le acompañaban y que de noche alternaban en la ronda de los muros, durmiendo despues de dia á pierna suelta.

Venneti y Frugoni se vistieron de caballeros aventureros, y fueron á pedir hospitalidad aquella tarde en la puerta del castillo al ponerse el sol.

El conserje salió á ofrecérsela en nombre de su señor el príncipe de Marck.

Frugoni despues de la cena habló de su pátria con la mayor perfeccion, y contó hechos de armas imaginarios efectuados por él y su compañero, para embaucar al alcaide.

Despues se recogieron y la noche la pasaron en la mayor tranquilidad.

A la mañana siguiente muy temprano, hizo al alcaide que le enseñase todos los parajes de la fortaleza, así que vió que los de la ronda se habian ido á dormir.

Antes de salir de las habitaciones del conserje, observó Frugoni que junto á estas habia una escalera de cuerda y que los de la ronda habian subido por ella y entrado en una especie de torrecilla.

Preguntó al alcaide, y le contestó que en esa torre habia una habitacion que era la que servia de dormitorio á los de la guarnicion del castillo.

Una mirada de inteligencia que echó Frugoni á su compañero le advirtió de lo que debia hacer.

Salieron con el alcaide á visitar el castillo, pero á poco de haber bajado de las habitaciones, Venneti con un pretesto volvió á subir.

Ve la escala de cuerdas y trepa con sigilo por ella.

Escucha á la puerta de la habitacion y oye roncar á los de adentro... Entreabre la puerta y se confirma en ello... Vuelve á cerrar y notando la llave puesta por fuera, con mucho cuidado la tuerce y los deja encerrados, guardándosela.

Baja al punto y sacando la espada cortó la escala de cuerdas á toda la estension que se lo permitieron su brazo y su espada, y partió á reunirse con Frugoni y el alcaide.

A poca distancia de las habitaciones de este, cuando estaban seguros de que nadie podria escucharlos, dijo Frugoni.

—Conque, amigo mio, dejémonos de rodeos ni embelecos. Estamos sumamente agradecidos á la buena acogida que nos habeis dado, pero eso no impide nos entregueis un prisionero que está escondido en este viejo castillo, que nadie sabe de él, mas que vos y el príncipe de Marck.

El alcaide asombrado, quedó mirando á Frugoni sin saber qué responder.

—No quisimos anoche obligaros á que nos lo diérais, porque á mí me gusta hacer las cosas de dia... á la claridad. La noche es buena para los cobardes y traidores... Ea, despachad, pues ya supondreis que nosotros no habremos querido perder el tiempo en valde, y que al que nos envia hemos de llevarle una de dos cosas que nos ha encargado. El prisionero, ó vuestro pellejo. Elegid.

El tono, los ademanes y la cara de Frugoni dieron al conserje muy pocas esperanzas de conseguir nada bueno.

Trató de negar, pero Frugoni se insinuó dándole un golpe en el hombro con el pomo de su daga, anunciándole aquel saludo que con semejante gente no habia otro remedio que ceder.

Finalmente, el anciano Guillermo fué puesto en libertad, y colocado sobre el caballo en que iba Frugoni salieron de la fortaleza.

El alcaide en seguida fué á llamar á su gente, pero vió la escala rota y cerrada la puerta sin que se encontrase la llave.

Frugoni esperó que fuese de noche para entrar en Ravensberg con el padre de Ulrico, y mandó á Venneti que avisase á Leonelo el éxito de la espedicion.

En cuanto las tinieblas se esparcieron se dirigió Frugoni con su presa á la casa donde estaba Ulrico.

Leonelo los esperaba ya.

. . . . . .

Al otro dia muy temprano leia el príncipe de Marck este billete:

«Una mano poderosa y oculta me redime de la afrentosa é insoportable esclavitud en que supísteis, con tanta inhumanidad sujetarme. Cuando recibais este billete, ya estaré cerca de la frontera de Munster con mi padre, que ya no depende del cumplimiento de los crímenes que obligueis á cometer á sus hijos. No teneis que engañar á mi hermana, pues recibe tambien un aviso mio que se lo esplica todo.—Ulrico.»

La impresion que hizo este billete en el príncipe, es fácil de comprender. Parte en seguida para el castillo de Coimberk, y se convence de la verdad del hecho por la referencia del alcaide.

Pregunta si conocia á los libertadores, mas este en su atribulacion, le dice que no reparó con detencion en tales hombres.

Aquel era un accidente que el príncipe no podia consultar con Ludomilia, por cuanto que Inmegarda estaba al lado de esta para espiarla y contarle á él despues.

Forma sus conjeturas y vienen á recaer sus sospechas en la marquesa.

En haberle arrebatado á Ulrico existia un indicio marcado, de que sospechaban que el escudero estaba de inteligencias con él.

Aunque su autoridad habia llegado al penúltimo grado de su ambicion, conoció que la marquesa en medio de su proscripcion se habia procurado contra él un arma en Ulrico que no era tan fácil rechazar.

Todos sus trabajos estaban inutilizados, porque Ulrico con una sola palabra los destruia.

El alma del pobre escudero la habia destrozado desde el punto que lo arrancó de los brazos de su padre, y esta herida no la podia olvidar tan presto Ulrico para no desear tomar el desagravio.

Luego se hallaba iniciado en casi todos los pasos que el príncipe habia dado para llevar á cabo su intriga, y podia serle, no solo perjudicial con el pueblo, sino hasta con la misma Ludomilia, á quien habia engañado, vendido... y continuaba engañando.

Porque el anónimo que recibió Leonelo en palacio, en que le avisaban que Luitzpoldo pasaba la mayor parte de las noches con la gran duquesa en la quinta del Recuerdo, se lo mandó el príncipe de Marck escrito por Ulrico para que el conde no conociese la letra.

Por último, era tanta la confianza que el príncipe tenia en que Ulrico no revelaria á nadie lo mas leve, que el billete que recibió de este lo dejó confuso y anonadado.

—Esta marquesa!... Esta marquesa de Korvei!... Esclamó dando pasos acelerados en su habitacion en la mayor desesperacion. Siempre esta muger atravesada en mi camino! Cuando la creo mas lejos se me aparece mas cerca... Cuando imagino derrotarla, se eleva sobre sus mismas ruinas, mas imponente y terrible.

Y no me he de vengar de ella! Imposible! Callemos este acontecimiento, y esperemos, viendo venir los resultados.

Mas Sofia jugaba á su placer, con las creencias, la confianza, los afectos de sus antagonistas. Incansable esta muger heróica, discurria un proyecto, lo efectuaba, distraia á sus opositores, los consentia, y luego cuando lo consideraba oportuno les presentaba el desengaño.

Las leves derrotas que habia sufrido, no eran por cierto efecto de desacertado manejo y erradas deliberaciones. Se las debia á las personas con quien la unian vínculos harto sagrados, y á las que debia defender y preferir. Es mas que seguro, que si ella sola se las hubiese visto con el príncipe de Mark, este no habria realizado los débiles y pasajeros tríunfos obtenidos hasta allí.

Un acontecimiento, tan inesperado como feliz para el príncipe, vino á hacer desaparecer de su alma el triste desasosiego que habia engendrado Ulrico.

Un correo, ganando horas, acababa de llegar del condado de Bassenheim, el cual anunciaba la muerte de Othon.

El pliego enviado á la gran duquesa venia firmado y sellado por el conde de Bassenheim, certificado en debida forma por los doctores Orseolo y Kemp, y por el consejero Biling, notario mayor de su alteza real.

El gran duque decia la comunicacion, habia sido acometido otra vez del mismo accidente que la noche del festin, al salir del baño, y á las pocas horas espiró sin que toda la ciencia de los doctores pudiese sanarlo.

Su cadáver habia sido depositado en el panteon de los condes de Bassenheim, hasta que Ludomilia dispusiese su traslacion á Ravensberg.

Ludomilia aparentó sentirlo en estremo. Al momento mandó hacer unas suntuosas exequias, y se fijó el luto de la corte por un año. Se mandaron comunicaciones á todos los soberanos del Sacro Imperio anunciándoles la muerte del duque Othon, y dando á conocer por su sucesor á su hijo Pedro I.

Ernesto de Hannover apoyó el reconocimiento del hijo de Luitzpoldo, pero el príncipe de Osnabruck y en particular el obispo de Munster, protestaron contra esa determinacion.

Mas Ludomilia, fiada en el favor de Ernesto, desechó como imprudentes y groseras, las notas enviadas por el soberano de Munster.

El consejero Biling, Orseolo y Kem, se trasladaron á la corte de Ravensberg.

El primero de estos al saber la determinacion de la duquesa en proclamar soberano á su hijo, protestó decididamente en el consejo contra semejante acuerdo. Pero no recibió otra cosa que un desaire marcado á sus palabras.

El consejero se fué á ver á Ludomilia al momento.

—Señora, le dice: Cincuenta años hace que estoy ejerciendo el empleo de consejero de la corona, y otros tantos hace que ninguna mancha ignominiosa he procurado que emborrone las páginas de mi vida. El gran duque Gustavo me distinguia con su aprecio y confianza, porque seguro de mi sincero celo por el bien de estos dominios que la Providencia puso á su cargo, sabia que mis palabras habian de ir dirigidas siempre por el camino del honor y de la razon. Su hijo Othon heredó este mismo amor hácia mí, y yo he correspondido fielmente á la adhesion de mis malogrados soberanos.

Bajo estos principios, bien deberá considerar vuestra alteza que el sólio donde se han sentado tan ilustres y dignos príncipes, no lo he de ver profanado por un intruso que no tiene otro derecho á él, que el que le ha dado una farsa sumamente criminal.

—Consejero... qué osais hablar?...

—La verdad, señora. Y que os asombren mis palabras me admira demasiado. No estamos aquí en un paraje donde la etiqueta y las fórmulas palaciegas, revestidas de un falso esterior, son agenas á la realidad, estrañas á la verdad. Estamos hablando conociéndonos, y penetrados altamente de lo que cada cual somos. En una palabra, señora, ese niño no es hijo legítimo del duque Othon, y por consiguiente no debe reinar: mi conciencia no puede tampoco permitirlo, y me ofrezco á combatirlo y probar su procedencia.

—Ya... porque quereis reemplazarlo con esa Eleonor... La hija de esa miserable molinera. Le contestó Ludomilia, mal reprimiendo la ira.

—No, con la hija de la condesa de Lenepeck... con la hija de Othon... la sobrina de la marquesa de Korvei, y del mariscal Otocaro.

—Si... familia de mendigos y conspiradores.

—Pero no de adúlteros, señora!

—Consejero Biling... Qué pronunciais?...

—Nada... que pido mi retiro de la corte y mi salida de Ravensberg.

—Es claro... para reuniros en Munster con los proscriptos y traidores.

—No, para asistir á mi soberana, porque así como lo hice con el abuelo y el padre, mientras viva lo haré con ella igualmente.

Un momento de silencio hubo entre los dos.

—Bien, ese celo es muy laudable y desarma mi resentimiento, dijo al cabo la duquesa. Veo que sois un caballero de honor, y los preceptos de este son harto sagrados para que ninguno pueda reconveniros de querer conservarlos. Volved esta noche y os entregaré el salvoconducto que solicitais.

El consejero se retiró, sin advertir que Ludomilia disimulaba su enojo, no estinguido contra él.

El príncipe, que ya habia hecho por medio de sus agentes cundir la nueva de la muerte de Othon, y la inauguracion al trono del niño Pedro, escitó tambien el celo de los Ludomistas á favor de la duquesa. Como el príncipe no pertenecia á ningun partido mas que á su conveniencia propia, y esta se hallaba fundada en los hannoverianos, deseaba encontrar un pretesto de quitar á los conservadores toda esperanza, y el medio era que se opusiesen ocultamente á todo lo que fuese á favor de la duquesa y su hijo.

Pero los conservadores no pensaban en eso. Ellos, y el pueblo inocente y neutral, que no aspira á otra cosa que á mejorar sus desgracias, se habian cubierto de un luto amargo á la noticia de la muerte del gran duque. Todas sus ilusiones se acababan de perder en aquel momento. El mariscal proscripto, la marquesa guarecida en estraño pais, Othon muerto, y los principales gefes del partido, unos decapitados y los otros fugitivos... Hé aquí el bosquejo de cómo se encontraba en Ravensberg el partido verdaderamente amante de la prosperidad nacional.

El príncipe hacia tiempo que no tenia otro objeto que burlar á todos, encumbrándose sobre las ruinas tanto de los que confiaban en él, como de los que eran sus adversarios irreconciliables.

XLIX.

Un crímen mas.

BUNDANTES y dolorosas lágrimas vertia una jóven, cuya marchitada hermosura denotaba que ya hacia dias que el pesar mas agudo la consumia, en una sala de la ciudadela de Ravensberg.

Gracias á los cuidados y atenciones del gobernador de la fortaleza, que era un militar antiguo que habia hecho la campaña de la Suiza con Otocaro, y lo conocía y estimaba, la infortunada jóven no habia sucumbido á la fuerza de sus penas.

Este compasivo y honrado militar se conservaba en aquel destino, merced á un descuido del príncipe, que habia reemplazado á todos los empleados por el gobierno de Othon, con sus partidarios y amigos.

El general Brentz era un modelo de virtudes cívicas y morales.

Serian las once y media de la noche y el anciano se

acababa de separar de su afligida prisionera.

La jóven se echó en su lecho, no á dormir y descansar, sino á pensar, á sentir y á llorar, como se habia llevado todo el tiempo que permanecia allí.

La puerta la siente abrir, y dando un grito de sorpresa, prorrumpió:

—Luitzpoldo mio!... Ah! gracias al cielo que te veo en mis brazos!

Ya se habrá advertido que esta infortunada era Isabela de Montabourg, que no solo ignoraba todo lo que pasaba con su marido, sino que lo lloraba muerto, porque el gobernador no sabia otra cosa sino que por una órden superior, habia él salido de la ciudadala.

—Tú aquí!... A mi lado!... Contra mi corazon!... continuaba la infeliz enagenada de gozo. Y vives! vives para mi amor y mi ternura!... Luitzpoldo mio, déjame contemplarte, embriagarme en tu vista! Cuánto lo he deseado y cuántas lágrimas me cuesta!... Pero todas las doy por bien derramadas!... Todo lo olvido con tal de verte aquí ahora, amado de mi vida!

Isabela, colgada del cuello de su esposo, lo besaba con entusiasmo y amor.

Pero este no correspondia á aquella espresion, á aquel afecto tan puro y recomendable... El fuego que acompañaban las lágrimas de placer de la jóven, el ardor que sus besos despedian, iban á apagarse contra un alma de hielo para ella, contra un corazon de mármol, frio é impasible como la losa de un sepulcro.

Isabela que advirtio el estado de Luitzpoldo y como pagaba á sus caricias cuando debiera haber sentido aquella senacion tan rápida como natural que se esperimenta en estos casos, le preguntó sobresaltada:

—Luitzpoldo... qué tienes?... Esperimentas algun pesar?... ó es que no me amas ya como anteriormente?... Si es esto último, no me lo digas... Cállalo... cállalo... por piedad!... Si no, dáme la muerte, pero pronta, segura, y que no me deje tiempo para pensar siquiera que puedas olvidarme por otra.

El corazon de los desgraciados está á veces dotado de un impulso adivinador que augura, con una probabilidad casi cierta, lo que le va á suceder.

Luitzpoldo á las palabras de Isabela, fijó en ella una mirada de sorpresa y rubor.

—Ah!... esclamó esta con un sentimiento acerbo. Será cierto tal vez!... Oh! Dios mio! Dios mio! Tened piedad de esta infeliz!...

La palidez de Isabela se aumentó considerablemente. Sus lábios cárdenos, sus ojos hundidos y espantosos, tomaron una espresion horrorosa, igual al desgraciado que le acomete un acceso furioso de hidrofobia.

Pero sus miembros se debilitaron en estremo, porque el fuego que ardia en su pecho enervaba su fuerza de un modo estraño y maravilloso.

Su respiracion era ahogada y violenta, con todos los síntomas de una congoja mortal.

Cayó sobre un sillon porque no podia sostenerse en pié. La desventurada sufria el terrible efecto que ocasiona un desengaño insoportable que destruye una plácida esperanza, sentida profundamente de antemano, y desvanecida súbitamente por una causa maravillosa, inesperada é incomprensible.

Cuando pudo fijar su atencion en los objetos se encontró sola en su habitacion.

—Ah! no hay duda! Dijo, trémula, y sin acertar á proferir sus entrecortadas frases. Cuando me abandona es porque he adivinado la verdad!... Porque teme mis justas reconvenciones!... Y al ingrato ni siquiera le merece compasion mi estado y los dias de tormento que llevo por él entre estas sombrias paredes!... Ni aun tampoco una palabra! si no de consuelo, al menos de disculpa!... Solo olvido!... desprecio!... Ah! nécia de mí! Y que caro estoy pagando el yerro de mi inconsiderada pasion! Jamás debí enlazarme con un hombre que no me habia hecho dueña de su corazon... que era de otra... para que no me restase despues otro recurso que morir de dolor y desesperacion.

Sus ojos se dirigen hácia la mesa, y advierte con admiracion una carta cerrada y un pomo de oro.

Abre la carta con afan, y lée:

«Cuando me uní á tí no te amaba, pero en consideracion á tu afecto y mi peligro, pude llamarte mi esposa.

«Ya deberás conocer que mi corazon se resentiria algun dia de esta obligacion forzada, y sin embargo, hasta este momento no lo ha hecho.

«Pero si bien tu amor pudo proporcionarme entonces la vida y la felicidad, ahora se opone á que cumpla obligaciones mas sagradas y anteriores que la tuya. La muger que amé se encuentra viuda... me brinda con su mano... necesito unirme á ella... y tú estás colocada entre los dos, impidiendo que yo cumpla una deuda de honor y amor, que no ignoras su importancia.

«Los celos y el resentimiento de esta muger habian decidido inmolarte. Su poder es en estos momentos grande... pero eres mi esposa todavia y yo no habia de permitir que sus verdugos pusiesen en tí sus sacrílegas manos.

«Me tomé el cargo de anunciártelo, pero debes advertir que mi voz no podia hacerlo. Para ello te escribo... Considera lo que sufriré en este momento... perdóname tu sacrificio... Toda la culpa no es mia... es del destino que nos guarda para blanco de sus caprichos.

«Adios, víctima infortunada de un amor digno de mejor suerte... La grandeza que me halaga elevándome sobre tu tumba, no tardará en hacerme bajar á ella... porque la muger á quien voy á dar mi mano, mata con su amor, y ahoga con sus brazos.

«En ese pomo de oro tienes el consuelo cierto de los desgraciados... Adios, Isabela mia!... Tu memoria no se apartará de mí!»

El efeto que hizo esta carta en el alma de Isabela, es difícil de pintar.

—Todo acabó para mí, dijo con aquella triste resignacion que la víctima manifiesta al pié del ara donde van á sacrificarla. Su amor era mi esperanza antes de poseer-

lo... cuando lo gozaba, mi vida... y ahora que lo pierdo, nada me resta ya en la tierra!... Dice bien... me he colocado entre esa muger y él!... Soy la mas infeliz... y á mí me toca sucumbir!

Con una serenidad admirable se puso á escribir un billete para la marquesa de Korvei, su querida protectora como la llamaba.

Despues de cerrarlo, llamó al general Brentz, que aun permanecia levantado.

—Os ruego, general, le dijo, que mañana hagais poner esta carta en manos de la marquesa de Korvei. Si quereis, podeis leerla, para cercioraros que no es otra cosa que un asunto particular de las dos.

—Me basta que me lo asegureis, señorita, solo que no podrá leer vuestro billete tan pronto como creeis.

—Por qué? Le ha sucedido alguna desgracia?

—No... es que está en Munster.

—En Munster!

—Sí... asuntos de familia... yo creo que pronto volverá.

—Entonces la guardais y se la entregais en propia mano... Sentiria que se estraviase y no llegase á poder de la marquesa.

El general estrañó al pronto ver la serenidad de Isabela, cuando antes la encontraba siempre afligida y llorosa. Pero lo atribuyó á alguna nueva lisonjera que le trajo su esposo... sin embargo, que al salir no llevaba este muy buena cara, y le dijo que volveria al dia siguiente.

Brentz se retiró, y apenas habia entrado en su habitacion, un presentimiento secreto le hizo abrir la carta de Isabela, la cual decia:

«Amada protectora; cuando os escribo esto me quedan pocos momentos de vida... Me sacrifico á la felicidad de mi marido que se une á Ludomilia. Así me lo ha dicho Luitzpoldo en una carta. Y qué otra cosa he de hacer? Metida en una prision, sin verlo, sin hablarle desde que me encerraron en ella, se me presenta él al cabo, y cuando creí que me traia la felicidad... me anuncia la

muerte: Qué esperanza me resta? morir! Con la muerte se borra y olvida todo.

«Pensásteis hacer mi dicha... yo tambien lo creí, y solo me acompaña al morir la pena de lo sensible que os va á ser mi muerte, porque vuestro corazon es hermoso y compasivo.

«Pedid á Dios que el veneno que me ha traido Luitzpoldo sea activo y me haga sufrir poco. Qué bella es la muerte cuando con ella se cesa de sufrir!

«Para vos sola será el último recuerdo y el postrer suspiro de la infortunada, Isabela de Montabourg.»

El general, al punto que leyó esta carta, se precipitó al cuarto de Isabela, pero ya era tarde. El tósigo, como la desdichada mencionaba en la carta, fué tan activo que habia espirado ya.

Brentz advirtió que tenia un papel, que sin duda habia arrugado entre sus manos con las ansias mortales.

Se lo quitó con trabajo y se sorprende al leer el billete de Luitzpoldo.

El contenido de la carta y la vista de la víctima que acababan de inmolar, consternó á aquel guerrero envejecido en el horror y mortandad de los combates. Semejante espectáculo cubrió su alma de tan profundo sentimiento, que se apartó de aquel sitio de horror con los ojos arrasados de lágrimas.

Guardó el billete de la malograda Isabela y la carta que le sacó de las manos, y pasó aviso al príncipe.

El plan de este envenenamiento se habia combinado entre Ludomilia y Luitzpoldo

Por fortuna habia oficiado tan temprano al príncipe, que cuando su alteza llegó á la ciudadela se encontró con Luitzpoldo.

Este, no sabia que proferir.

El príncipe que lo advirtió, le dijo:

—No... no teneis que violentaros para participarme un asunto, de suyo desagradable y horroroso... La sensible y amable Isabela se ha envenenado... Era vuestra esposa, os habia salvado la vida, y era fuerza que le pa-

gárais con la muerte. Pero el general me referirá lo que ha pasado... Soy con vos, mi querido Brentz.

El general le manifestó la carta de Luitzpoldo á Isabela, añadiéndole que la habia sacado de las manos de esta despues de muerta, y que habia sabido la circunstancia de su muerte, porque despues que se retiró de hacerle la última visita, habiendo creido oir ruido en su habitacion volvió y la halló en aquel estado.

Brentz ocultó el billete de Isabela para Sofia, porque previó que el príncipe se apoderaria de él, inutilizando el que la marquesa poseyese un documento, que justificaba el suicidio de la jóven y la conducta de su marido.

El príncipe sonrió como tenia de costumbre á la lectura de la carta de Luitzpoldo, y ordenó al general que nada dijese á este ni á nadie de la existencia de tal papel, ni de la verdad de lo ocurrido.

Lo guardó, y se volvió donde estaba Luitzpoldo.

—Lo que era de esperar, le dijo el príncipe... Esta pobre muchacha ha sucumbido á la desesperacion... Por la referencia que me ha hecho el general Brentz, no ha sido otra la causa de su muerte... La efervescencia de las pasiones, cuando los estímulos de la sangre son tan imperiosos, bien por efecto de la edad ó de nuestra organizacion, dan por lo comun resultados violentos... Cómo ha de ser!... Ya sois libre, monseñor Luitzpoldo!... Ya sois libre!! Le repitió con socarroneria marcada. En mejor ocasion no podia habérsele ocurrido á esa inocente suicidarse!... Estais de suerte, príncipe de Overissel. Pedid á Dios que no se cause de favoreceros!...

Y despidiéndose salió pausadamente de la ciudadela.

Luitzpoldo en aquel momento, no reflexionó sobre las palabras que acababa de escuchar al príncipe.

Así, despues de mandar lo concerniente para que sepultaran á Isabela, se tornó á palacio á comunicar á Ludomilia que habia terminado aquel asunto.

L.

Sorpresa y temor.

La duquesa queriendo apresurar el momento de su union con Luitzpoldo y no permitiéndoselo el luto, pensó efectuar su casamiento en secreto, pero era fuerza combinarlo con el príncipe de Marck, haciéndole partícipe de tal determinacion.

Leonelo, que como hemos dicho, no dejaba de ir á palacio, habia puesto en manos de Inmegarda el billete de su hermano Ulrico. En él la hacia sabedora de la libertad de su padre, y del proceder del hombre generoso que los habia redimido de una dependencia tan afrentosa, recomendándole su estimacion y agradecimiento para Leonelo, aconsejándole de paso que se fiase de él en todo, porque su accion le hacia acreedor á ello.

De manera, que Inmegarda, desde este dia, comunicaba al conde de Polesino todo lo que sabia de Ludomilia,

el príncipe de Marck y Luitzpoldo.

Por ella supo la muerte de Isabela, la que le llenó de indignacion y horror contra sus asesinos.

Ya habia tenido varias conversaciones con la gran duquesa, pero separadas de sus asuntos particulares. Solamente diplomáticas y respectivas al estado del pueblo, á la propagacion de las doctrinas de Lutero, y á las medidas adoptadas por el emperador y el pontífice.

Parecia que no habia anteriormente pasado nada entre los dos, segun la indiferencia con que se trataban, y lo ageno que se mostraban ambos á lo ocurrido.

Una de las noches que el conde cruzaba la plaza de palacio, ya de vuelta para su morada, seguido de Frugoni y Venneti, vuelve la cabeza y escucha en una callejuela que habia pasado, ruido de espadas.

Retrocede, y oye á Frugoni que decia:

—No huyais, malandrines... Cuerpo de Cristo!... Sobre que el valor de estos hannoverianos avergonzaria á un chico de cinco ó seis años!

—Qué sucede, Frugoni? le preguntó Leonelo.

—Una hazaña de esos bribones!... Emparejábamos nosotros con esta callejuela, y dos hannoverianos acometieron de improviso á este pobre viejo... y sin duda lo han dejado mal parado, porque allí lo teneis caido. Si no llegamos, creo que lo rematan á satisfaccion, porque eso sí... á valientes con los vencidos no hay quien les iguale.

A favor de una luz que Venneti pidió en una casa contigua, se acercaron al herido.

Leonelo reconoció con asombro al respetable consejero Biling.

—Por la sombra de mi padre! esclamó el conde, que han querido asesinarlo, si no lo han conseguido... Cargad con él y vamos á nuestra casa que dista pocos pasos.

Venneti y Frugoni obedecieron y al punto se halló en cama el consejero y el doctor Orseolo á su cabecera.

Este le acababa de curar una herida en la cabeza, la que declaró ser de mucha gravedad.

Biling á los tres dias pudo, con mucho trabajo, con-

tar al conde las diferencias que tuvo con la gran duquesa, y que al salir de palacio aquella noche, despues de haber recogido su pase para la frontera, fué acometido por aquellos asesinos.

Leonelo vió claramente que atentado tan horroroso envolvia una intencion grave. El principal objeto era quitar de en medio á Biling, por la oposicion que habia mostrado en que se proclamase al hijo de Luitzpoldo.

Este disgusto del conde de Polesino lo aumentó el pesar de que el anciano consejero espiró al cabo, porque su herida no tuvo remedio.

Leonelo en aquellos momentos de furor que ocasiona en todo corazon magnánimo y generoso la persuacion de un crímen tal, no se descuidó en publicar tanto en palacio como en el pueblo, el asesinato del consejero. Hizo conducir el cadáver al lugar de su depósito con una pompa y suntuosidad estremada. El pueblo en tropel corria apresurado á acompañar el féretro de aquel verdadero padre de la patria, de aquel tipo de virtudes, de aquel ciudadano honrado y benemérito, sacrificado á la vil inteligencia de los tiranos de Ravensberg.

El espectáculo del ataud hacia hervir en ira los corazones de los buenos patricios. Tantas víctimas sacrificadas en el tiempo de la dominacion estranjera, las deportaciones, los encarcelamientos, las vejaciones, las violencias, los atropellamientos!! Tantas clases de sufrimientos tenian al pueblo en un estado tal, que esperaba solo una voz, un eco... la insinuacion mas leve del que se pusiese á su frente.

Ludomilia penetró la siniestra intencion de Leonelo. Al príncipe no le pasó desapercibida, pero si bien es cierto que á la duquesa la mas sencilla de estas ocurrencias le ocasionaba temores, el príncipe por el contrario, estaba tranquilo y satisfecho.

Algunos dias habian pasado y Ludomilia nada le habia insinuado de su proyectado enlace con Luitzpoldo.

El príncipe se decidio á hacerla romper el silencio.

—Acabo de hablar con el baron de Pompeburg, le

dice el príncipe un dia, y me ha indicado que es necesario formar el tratado de la cesion que se le hace á Ernesto, del principado de Hesse-Delmont. Entonces afirmaremos la estabilidad de las tropas hannoverianas en el gran ducado por diez años, hasta que se consolide el nuevo gobierno.

Ludomilia se mantuvo un momento callada á estas palabras.

—No me contestas? añadió el príncipe.

—Estoy pensando, querido tio, que no me parece oportuna esa cesion... ni tampoco justa.

—Por qué?...

—Porque tal novedad puede influir mucho en el ánimo del pueblo. Él está abrumado, y si se desmanda, ni las tropas hannoverianas ni nadie bastará á contenerlo y evitar que seamos víctimas de su furor.

—Te diré: en eso de causarle al pueblo impresiones y novedades... todos los dias se las estamos dando... y, es necesario ser francos, no muy gratas para él... No le tienes tú ninguna preparada?... El pueblo es como un chico á quien es fuerza arrojar un juguete de vez en cuando para que se distraiga. Conque de veras, no le tienes nada preparado?

El príncipe fijó una mirada escudriñadora en Ludomilia al decir esto.

—Por ahora, no. No basta con la muerte del consejero Biling?

—Sí... pero ignora el envenenamiento de Isabela... y es fuerza que lo sepa.

—Por qué?...

—Porque la muerte del consejero me la atribuyen á mí, y no es justo que yo solo sea el blanco del aborrecimiento del pueblo: debemos aparecer los dos.

—La muerte de Biling ha sido necesaria, indispensable. Enemigo mio encubierto desde antes de mi casamiento, coligado con mis enemigos, depositario de ese infernal secreto que, aun aclarado ya, abruma mi corazon como si fuera una losa de plomo, tal vez á los consejos que daba á Othon, debo la causa de todas mis desventuras...

Porque, vuelvo á decirlo, si Othon me hubiera demostrado cariño y sido para mí un tierno y amante esposo, me habria apartado de esta senda de crímenes, desaciertos y zozobras, yo no hubiera pensado sino en él, y no estaria como me encuentro, espuesta á que el mas humilde de mis súbditos me llame adúltera, y tenga que ahogar su voz con sangre... porque yo no he de permitir que me infamen públicamente.

—Es verdad... pero eso puede en la actualidad tener remedio.

—Ya lo he pensado... He hecho mas, voy á ponerlo en práctica.

—Sí?...

—He determinado unirme á Luitzpoldo.

—A quién?

—Al príncipe de Overissel.

—Oh! Eso no puede ser... de ningun modo.

—La causa!...

—Porque yo no debo permitir que su audacia llegue á tanto, como á enlazarse con la hija de los Médicis, la sobrina del pontífice, la viuda de mi sobrino y la duquesa regente de Ravensberg. Quién es ese hombre?... Un advenedizo, un miserable, un mendigo del favor? Qué méritos, qué antecedentes son los suyos? Cuál su nobleza?... Una tan humilde que no hay quien se baje á cojerla. Y sus servicios para ennoblecerse? Una cara regular y una presencia gallarda? Eso es todo lo que puede presentar esa pobre oruga, elevada del polvo de su abyeccion y olvido, solo porque los ojos del deleite reprobado, los de una muger liviana, vieron en él un objeto capaz de satisfacer su criminal apetito. Y el muy miserable, qué habia de hacer? aprovechar esa coyuntura que el capricho de la suerte le presentaba. Se le hizo instrumento de una venganza, de un antojo, del vicio... de lo que sea... pero no debe pasar de ahí. Mas encumbrarlo á tanta altura!... ponerlo al nivel mio, de la nobleza de Ravensberg... del mismo Othon. Eso, jamás! jamás!

A la duquesa le pareció un sueño lo que estaba escu-

chando. La sorpresa le embargó la voz de modo, que no acertaba á proferir una palabra.

—Con que desaprobais, dijo balbuciente, el que yo efectúe un casamiento de conciencia?

—La conciencia debe callar, y someterse á ciertas consideraciones... á la posicion que se ocupa en la sociedad. Por qué no la consultastes antes de cometer el adulterio?... Por qué no mirastes que elevada sobre el nivel de la sociedad, una falta tal, habia de aparecer en su dia mas visible y escandalosa que en cualquiera muger de la plebe?... Que el pueblo tiene infinitos ojos, y vé demasiado las faltas de sus gobernantes, por mas que estos pretendan encubrirlas, y que posee muchas lenguas para censurar y difamar lo que lo merece?

Ese casamiento, aun á mí me cubriria de oprobio, porque diria la nobleza, con sobrada razon, que por qué lo habia tolerado.

—Pues no lo he hecho príncipe de Overissel?... No lo he elevado?

—Pero cómo?... De un modo que si él tuviera pundonor y vergüenza no debia haberlo admitido. Adquirió por medio de un crímen el título de príncipe, y ahora por un asesinato pretende tu mano... Dos recomendaciones laudables y que le hacen mucho honor.

—Pues vos antes, no aprobábais mis relaciones con él?...

—Porque me convenia... porque entraba en mi combinacion... en mis planes. Pero ya es tiempo, sobrina mia, de que hablemos con claridad... Othon y su padre me desviaban del trono de mis abuelos, y yo debia procurar acercarme á él.

Ludomilia miró al príncipe con asombro.

—Así no es estraño, continuó, que mi objeto lo haya yo conducido á este punto. Era mi deber... estaba enmi derecho. Ahora voy á proponerte mis condiciones.

—A mi?

—Sí... pero ten presente que de la proposicion pasaré al precepto. Tú eres muger, eres duquesa soberana, y

no has de querer ser envilecida públicamente y bajar del sólio con precipitacion y escándalo.

La duquesa tembló al escuchar estas frases.

—Es cierto que debes casarte otra vez, unirte á otro hombre... pero ese hombre no es Luitzpoldo.

—Pues quién?...

—Yo.

—Vos!!...

—Sí... considera que muerto mi sobrino Othon, no hay otro heredero forzoso á la corona mas que yo.

—Estais engañado! Cuando yo no pueda hacer reconocer los derechos de mi hijo, olvidais que existe esa Eleonor?... La hija legítima de Othon?

—Oh! en cuanto á esa ya cuidaré de que no me estorbe. Mis derechos son mas grandes... mi influencia mayor... mi poder estenso. Es hija de una muger de la plebe, de unos amores insensatos y reprobados, y yo tengo sobrados medios para destruir las erradas pretensiones de la marquesa de Korvei y el mariscal en favor de su sobrina.

—Pero no podeis destruir las de mi hijo.

—Disparate!... Lee.

Y le mostró la segunda carta que Ludomilia mandó al pontífice, en la que solicitaba el voto de indulgencias por su adulterio.

La gran duquesa palideció al verla.

—Creo que esta es tu firma... estos tus caracteres... y bien claro dices aquí que llevas en tu seno la prueba de tu delito. Esta carta tiene dos destinos; si te niegas á darme la mano, á partir conmigo el trono y el lecho, será presentada mañana mismo á toda la corte y despues al pueblo. Te se juzgará por adúltera, recaerá sobre tí la muerte de tu marido, y se dará á Ravensberg y á la Europa este ejemplo ruidoso y de singular escarmiento. Tu hijo es probable que muera tambien ahogado, á par que el consejo, por mi dictámen, y con arreglo á las leyes, te mande cortar la cabeza en un cadalso.

—Oh!...

—Si te convences de lo crítico de tu situacion, en el momento que el sacerdote nos una, esta carta será quemada y desaparecerá semejante prueba; y si no tenemos hijos, aseguraré al tuyo la herencia del sólio de Ravensberg.

Ya ves que en medio de todo soy generoso... Yo pudiera efectuar mi plan sin brindarte con mi mano. Solo con delatarte al consejo, aparentando ignorancia de todo y que esta carta tenia ahora conocimiento de ella, no necesitaba mas. Tú no posees documentos para desmentirme, y los que pudieran probarme algo, están tan lejos que antes que llegáran aquí, yo procuraria ahogar sus voces.

Ludomilia vió de repente todo el horror de su suerte. Las palabras de la última carta de Sofia dirigida desde el castillo del Aguila, se reprodujeron en su mente con una fuerza estraordinaria.

«Ludomilia, te compadezco! El hombre con quien te has asociado causará tu eterna perdicion!... No lo olvides.»

Frases terribles que espresaban la importancia de su actual situacion.

Y qué hacer? No le quedaba mas arbitrio que ceder á la imperiosa y dura ley que le obligaba á ello.

El príncipe la estaba observando con cierta sonrisa, entre tanto que ella combatida de mil reflexiones sostenia en su mente una lucha mortal.

—Y no habeis contado con Luitzpoldo, señor. Le dijo Ludomilia, abatida, interrumpiendo sus meditaciones.

—Y qué podrá ese menguado?... Además que Luitzpoldo será juzgado y sentenciado á muerte.

—Cómo! por qué?

—Por asesino de su esposa... Esta carta de él lo demuestra claro. Indujo con ella á la desesperacion á la infeliz jóven, y se suicidó por su causa. Lee... lee.

Ludomilia la repasó rápidamente.

—Pero no veis, continuó, que aquí alude él á mí de una manera ignominiosa?

—En el interrogatorio, yo tomaré tu defensa, y ya verás. Luitzpoldo ha podido muy bien hacer alusion á tí, siendo falso todo lo que espone en su carta para obligar mas á su esposa á que se envenenase y asegurar su objeto. Tú puedes estar ignorante de todo... Hay cosa mas natural que el que va á cometer un crímen tal eche mano de todos los medios que le sean lícitos á su parecer?... Por otra parte, tu casamiento conmigo desmiente tambien el que tú á Luitzpoldo pudieras haberle dado ni aun la esperanza mas remota. Se le calificará de loco, de insensato, si él abrumado por su situacion, te acusa de adúltera... Se le piden además pruebas. Dónde están? Testigos? no existen.

—Uno hay... uno, terrible... El conde de Polesino. Ese Leonelo!

El príncipe quedó un momento pensativo.

—Maldito conde! Esclamó. Que no hubiese caido en la calle de Walffen!... Pero no importa!... ya veremos... se hará de otro modo. Entretanto, qué decides tú?

—Os contestaré mañana.

—Bien. Separado del conde ninguno mas hay que pueda hablar. Inmegarda, sola, aislada, callará. Qué tal si existiese el baron de Colemberg? Conque dices que mañana?

—Sí, mañana.

El príncipe en cuanto se separó de la cámara de la duquesa, espidió la órden al gefe de la guardia de palacio de que en el momento que entrara en él Luitzpoldo fuese preso.

Así se ejecutó, y á las pocas horas estaba el improvisado príncipe de Overissel, sepultado en un calabozo subterráneo del Castillo del Aguila Negra, bajo la estrecha responsabilidad y secreto del gobernador hannoveriano que mandaba la fortaleza.

Luitzpoldo no acertaba á comprender el motivo de su prision, pero mucho menos, el que sin forma de proceso, aquella misma noche á las nueve entrase el capellan del castillo á disponerlo, porque dentro de das horas dejaria

de existir. Aquel golpe inesperado lo aterró en términos, que casi estuvo á punto de desfallecer.

Preguntó su delito al capellan y este le indicó que era el de asesinato á su legítima consorte.

Mas creció el temor y el sentimiento de Luitzpoldo. Recordó que de aquel mismo calabozo lo habia sacado la munificencia de Othon y de la marquesa de Korvei, estando el duque mucho mas agraviado que los que lo sentenciaban inhumanamente ahora, dándole la vida, la libertad, un grado honroso y una muger bella y virtuosa. Entonces se convenció de que su detestable correspondencia á estas bondades era lo que lo sacrificaba entonces.

Lloró con dolor y arrepentimiento á los piés del ministro del Altísimo y se resignó con su destino.

El tiempo que transcurrió hasta su último momento, fué de agonia y de dolor para su alma. La imágen de Isabela, amante, inocente y desgraciada, se presentó únicamente á él. La memoria de lo terrible y horroroso de su delito, era una muerte mas insufrible que la material y verdadera. Haber muerto por su amor, por ella, hubiera sido mas laudable y honroso; ahora iba á morir tambien, pero como un asesino vil y cobarde.

A las dos horas todos las ideas y lúgubres pensamientos de Luitzpoldo habian terminado entre las manos de los sayones hannoverianos. Dos y el sacerdote entraron en la prision, y el hermoso amante de la duquesa de Ravensberg, espiró estrangulado entre horrorosas convulsiones.

El príncipe guardó un silencio profundo, presentándose á la noche siguiente á saber la respuesta de Ludomilia.

Esta al verlo entrar, se sintió acometida de un temblor convulsivo. El príncipe le exigió su definitiva respuesta, la que la duquesa trémula no acertaba á dar.

—Ya sé que una esperanza quimérica ocasiona tu indecision, pero voy á patentizarte toda la estension de mi poder.

Y abriendo la puerta de una estancia contigua, le

hizo ver un féretro enlutado y dentro de él el cadáver de Luitzpoldo.

La duquesa dió un grito de horror y se cubrió el rostro con las manos.

El príncipe cerró la puerta y continuó:

—Ya habrás conocido que no necesito mas que leves momentos para hacerme obedecer. Mis mas insignificantes insinuaciones son al punto ejecutadas... porque, desengáñate, la corona del gran ducado es mia. Un solo paso me queda que dar para colocarla en mis sienes, y ese lo daré, quieras ó no. Si te unes á mí seguiré mi camino en tu compañia, si te atraviesas en él, no me culpes de que te atropelle.

—Os equivocais. Las tropas hannoverianas han venido á sostener mi autoridad; y Ernesto...

—Se ha burlado de tí!... Yo he hecho con él el tratado, él me ayuda á recobrar el trono de mis antecesores, y yo le cedo el principado de Hesse-Delmont en recompensa de sus servicios. Tú no eres nada sin mí... menos que nada... porque te he conducido á faltar á tus deberes para esclavizarte á mi dependencia. A tu amante lo he inducido á ser asesino, para quitarlo de enmedio cuando me conviniese. A tu marido lo envenené porque no me estorbase, al mariscal lo precipité para perderlo... y así sucesivamente, unos despues de otros, os he ido atando al carro de mis combinaciones. Ahora bien; esta noche te decides á ser mia, ó de aquí sales para una prision, y te hago juzgar por adúltera y regicida, refiriéndome al envenenamiento de Othon.

—Y tendríais valor?...

—Para todo!... Lo tuve para matar al conductor que llevaba tu carta al papa y apoderarme de ella, y debes hacerte cargo que no seria para satisfacer un frívolo capricho, sino para hacerla valer en su dia. Te repito que me uno á tí por no dar armas al escándalo y la murmuracion... por no ridiculizarte ante la Europa. Yo solo quiero reinar mientras viva. Despues de mi muerte, dejo la herencia á tu hijo... y aun si quieres lo proclamare-

mos desde ahora duque soberano. Pero yo he de mandar solamente, como su tutor y regente absoluto del gran ducado.

—Haced lo que querais: contestó la duquesa. Me resigno á todo... á todo.

El príncipe se despidió de ella para ir á conferenciar con el baron de Pompeburg.

—Castigo del cielo es este: prorrumpió Ludomilia desesperada. No puede ser otra casa que la espiacion de los crímenes de que he sido cómplice con ese hombre. Dios ha dispuesto que el mismo que ha servido de instrumento á mi venganza, lo sea tambien para castigarme! Bien, Dios mio! Cúmplase tu soberano decreto.

El príncipe habia, segun su cálculo, llegado al último grado de elevacion, y los cabos de su trama los tenia tan bien cogidos, que á su parecer ninguno podia faltar.

Para distraer al obispo de Munster y vengarse de la proteccion que concedia á los proscriptos, habia en secreto dado impulso á las opiniones estravagantes de Muncer, que fué el fomento de la secta de los Anabatistas, y que ocasionó despues la escandalosa insurreccion de Munster.

De modo que al obispo le obligaba á ejercer una vigilancia estrema con estos fanáticos, teniéndolo así ocupado para que no pensase en los asuntos de Ravensberg hasta que él se afirmase en el trono.

Otra circunstancia le favorecia. Su primo Boberto de la Marck, protegido por el rey de Francia; acababa de declarar la guerra al emperador, podia conducir sus tropas á Wesfalia y sostenerlo tambien en caso que de algun príncipe del círculo quisiese derribarlo.

Ernesto entraba en esta confederacion: pero nada importa que el hombre débil calcule y combine, si hay otro poder mayor é invisible que dispone de los acontecimientos.

LI.

Resurreccion y venganza.

Por Inmegarda supo Leonelo lo que había pasado á la duquesa con el príncipe de Marck y hasta el infausto fin de Luitzpoldo. Ludomilia sola, abandonada, no tenia otro desahogo que lamentarse con esta que tan enterada estaba en todos sus asuntos.

El conde de Polesino, disfrutando el placer de la venganza, quiso de una vez poner el colmo al castigo que la duquesa estaba sufriendo. Fué á palacio y le pidió una audiencia.

Ludomilia al verlo entrar, lo miró con sentimiento, y derramó algunas lágrimas.

—Vengo á despedirme de vuestra alteza real, señora, le dijo el conde. Me ausento mañana de Ravensberg.

—Te vas, Leonelo?

—Acordaos que soy el representante de Ferrara, y hace mucho que dejé de ser Leonelo para vos.

—Oh! no... no dejes de serlo, ni te ausentes, por piedad! La funesta benda que cegaba mis ojos, ha caido desgarrada á mis piés... La hermosa verdad ha aparecido ante mí, y ahora conozco lo mal que he procedido contigo.

—Y bien... Esa verdad, qué te ha presentado?

—Lo primero tu amor, tus finezas y mi conducta.

—Tarde es por cierto.

—Ah! no, puede ser tiempo todavia. Si yo te digese que renuncio á mis pasados estravios, á mi esplendor, á todos los goces que este estado me puede proporcionar aun, y que reconociendo el mérito de tu amor, de lo que te he debido, estoy pronta á consagrarte mi existencia, á vivir para tí, á no respirar sino por tu dictámen, á ser tu esclava, en fin, qué me responderias?

—Que ahora que te ves aislada, muerto tu amante, abatida y amenazada por un hombre que te encadena y sujeta á sí con un lazo ominoso, recurres á mí como el único medio de salvacion, como el solo que puede redimirte en la tierra.

—Te engañas, Leonelo. Yo tengo valor para arrostrar mi suerte, y demasiado carácter para humillarme á demandar favor á otro qus no fueras tú... Pero contigo lo hago sin rubor, con sinceridad, y con todo mi corazon, porque este algun tiempo fué tuyo, y si un error, ó mejor dicho, la fatalidad, me hizo separarlo de tí, no me conceptuo envilecida en volverte á dar la posesion de él, porque tú, solo tú, has sabido apreciarlo en su justo valor. Esta confesion ya ves que te la hago sin temor ni vergüenza... A otro, me arrancaria primero la vida. Soy libre, puedo disponer de mi mano... y prefiero ser contigo condesa de Polesino, á llevar con otro la corona del imperio.

—Eso es imposible, Ludomilia!... Mas te diré... ni ese hombre que piensa darte su mano puede hacerlo. Todo enlace que contraigas seria nulo.

—Pues no ha muerto el duque Oton?

—Sí... pero tu mano está vedada para cualquier hombre todavia. Ten en cuenta alguna vez mis pala-

bras, porque la sincera confesion que me has hecho, me obliga ya á hablarte sin embozo y sin encono. Siempre miraré en tí á la madre de mi hijo... del hijo que adoro, y que he tenido el gusto de abrazar cuando lo creia muerto.

—Oh Dios! vive?

—Sí, vive... hermoso como su madre... y animoso como su padre. Con un corazon á prueba de valor, constancia y bizarria.

—Ves, Leonelo? Ves como todavia podemos ser felices? Nuestro hijo colocado aquí entre nosotros nos dirigirá tiernas miradas, y logrará borrar de nuestra mente lo pasado. Olvidémoslo todo... olvídalo tú tambien, Leonelo. Mira, el único obstáculo que puede existir para esta union, es mi hijo Pedro... ese hijo de reprobacion que el destino me ha dado. Pues bien, yo renuncio á él... procuraré dejarlo colocado donde no le falte lo necesario á su clase. Le trasmitiré los bienes y títulos de se padre, y nosotros partiremos para Ferrara, ó para donde quieras: ahora mismo... esta noche. Verás como soy venturosa á tu lado, como mi anhelo es complacerte, mi delicia amarte, mi solo pensamiento hacerte olvidar lo sufrido. Ese hijo querido que tenemos podrá legitimarse y llevar algun dia con orgullo el nombre de sus padres sin que una lengua atrevida y osada le diga en público, «tú eres un bastardo!!»

—Ah! esclamó Leonelo profundamente penetrado de este doloroso recuerdo. Qué has dicho, Ludomilia? Qué has dicho?

—Lo que á costa de mi vida, de mi sangre toda, quisiera poder borrar. Si me pidieran lo que me resta de existencia con tal de ver y abrazar á ese hijo adorado... de poderle llamar mio... de oirle pronunciar abrazado á mi cuello «madre mia!!...» la daba, dejándome ese solo momento de placer. Leonelo, cuando un desengaño fuerte ilumina la razon y abre en el corazon un raudal inagotable de ternura y sensibilidad... un manantial de arrepentimiento por los estravios anteriores, el hombre que

perdona se eleva hasta Dios, porque imita su misericordia y su bondad... así como el que se humilla lo hace con la confianza y la fé de que será perdonado. Pues bien, yo te pido tu perdon y tu amor, Leonelo... perdóname por la vida de nuestro hijo. Porque el cielo le conceda dias mas felices que á su infortunada madre.

La duquesa habia caido ante Leonelo, y ocultaba el rostro sobre sus rodillas llorando amargamente.

Aquellas lágrimas penetraron hasta el corazon del conde de Polesino.

Vió el arrepentimiento de la muger que tenia á sus piés, y su mente le representó á su vez á la Ludomilia de Ferrara.

Reprodujo sentimientos pasados y conoció que su alma se abria al perdon y al olvido.

Se acordó de su hijo César, de cuánto lo queria, y le parecia escuchar su voz que le pedia el indulto de us madre.

En una palabra, solo habia amado una vez y verdaderamente. Ludomilia era su primera ilusion y el fuego amortiguado de su pasion elevó su llama mas activa é imperiosa, comunicándola á su organizacion con una fuerza incontrastable.

Arrebatado, cogió la cabeza de Ludomilia entre sus manos, y diciendo «yo te perdono» estampó en su frente un beso de amor y reconciliacion.

La duquesa dió un grito de alegria, y colgándose del cuello de Leonelo, pegó su rostro al de este, y le manifestó toda la ternura de que es susceptible una muger sensible.

En fin, la Ludomilia y el Leonelo de Ferrara volvieron á encontrarse otra vez.

—Conoces Leonelo mio, que la felicidad no se ha estinguido todavia para nosotros?

Leonelo iba á contestar, pero Inmegarda anunció al príncipe de Marck.

Aquella inesperada visita disgustó en estremo á la duquesa.

Despues de los cumplimientos de costumbre, dijo el príncipe:

—No creia en verdad encontraros aquí, señor conde. Su alteza real el duque de Ferrara nos pasa una nota en que participa que retira á su representante... y lo siento por dos cosas. Primera, porque mis escrúpulos se alarman al temor de si se le habrá ofendido inocentemente, y segundo, porque no asistais á la proclamacion del príncipe Pedro y despues á mi enlace con su madre.

—Hola! os casais?

—Y qué he de hacer? Es el modo de asegurar la paz en estos estados y la corona á ese inocente niño... Además, que amo á su madre.

—Se conoce: por eso habeis combatido secretamente sus relaciones con Luitzpoldo. Hay quien dice que hasta este billete es vuestro: leed, señora.

Y le mostró el anónimo que le enviaron á él participándole que la duquesa recibia todas las noches á Luitzpoldo en la quinta del Recuerdo.

—Eh! eso seria de la marquesa de Korvei, contestó el príncipe con indiferencia.

—No necesitaba la marquesa valerse de esos medios conmigo, añadió Leonelo; me inclino á que es vuestro.

—Ya!... como os amábais... la defendeis y me culpais á mí.

—Nos estimamos... Mas ha sido admiracion y respeto, que amor, lo que le he conservado á la marquesa.

Ludomilia iba convenciéndose cada vez mas de la perfidia del príncipe de Marck.

A este le sentó tan mal la presentacion del billete, que á la mañana siguiente mandó á Leonelo este pliego:

«Habiéndoos retirado vuestro amo el duque de Ferrara los poderes, os doy veinticuatro horas para salir de Ravansberg y tres dias para abandonar el gran ducado. Pasado ese tiempo os conceptuaré como sospechoso, y vuestra cabeza no estará muy segura.

El príncipe de Marck.»

—Miserable asesino! esclamó el conde. Yo derriba-

ré el infame trono de tu tirania.

Y salió de Ravensberg al dia siguiente con Frugoni y Venneti, sin saberse donde se marcharon.

Antes escribió á Ludomilia su salida copiándole la órden del príncipe.

Poco á poco iba este dejándola sola, pues no pasó mucho tiempo sin que le quitase tambien á Inmegarda.

La duquesa no habia podido acabar de hablar con Leonelo y decidirlo á tomar un partido decisivo, porque hasta esto se lo habia estorbado el príncipe de Marck con su visita.

Leonelo despues que se separó de Ludomilia conoció que no debia acusarse solo á esta de los crímenes cometidos. La muerte de Colemberg y los del castillo, el envenenamiento del duque, la muerte de Biling la de Luitzpoldo, la de los conservadores, en fin, toda la sangre vertida, las calamidades que afligian á Ravensberg, eran obra del príncipe. La misma duquesa habia sacrificado en las aras de este hombre perjudicial sus mas caros intereses, su reputacion y aquellas dulces afecciones que embellecen y consuelan la existencia.

Ludomilia, una muger resentida del desvio y la indiferencia de Othon, conoció el príncipe era un objeto dispuesto á concederlo todo, á prestarse á todo para satisfacer su resentimiento!

De modo, que esta cadena de desaciertos, violencias, rigores y sangre, la forjó el príncipe de Marck.

Satisfecho y gozoso con sus triunfos, ya habia determinado el dia de su casamiento con Ludomilia. En un real decreto se le anunció al pueblo y á la corte. Los Ludomistas se manifestaron gozosos de esta nueva, no así los conservadores y el resto del pueblo, que veia con este himeneo entronizarse la tirania, el despotismo, la insolencia y la audacia mas refinada.

En la circular publicada con este objeto, se decia que el matrimonio de su alteza real se efectuaria cumplidos los seis meses de luto, si bien dentro de tres dias se firmarian los contratos, despues de proclamar soberano de

Ravensberg al príncipe Pedro, y al de Marck, tutor suyo y regente absoluto del gran imperio.

Se dieron las mas activas disposiciones para las fiestas que debian celebrarse en la proclamacion. Los parciales al nuevo regente y los Ludomistas vieron colmado su mayor deseo.

La ciudad en aquellos dias presentaba un aspecto de regocijo y animacion estraordinario. Los adictos á las nuevas reformas, los ignorantes, los bulliciosos, los curiosos, forman en estos casos la masa principal de ese cuerpo, dividido en tantas partes, y que parece sin embargo animarse á una voz, á un solo movimiento. Entretanto los que ven los males que acarrean á la patria esas celebridades, infaustas, lamentan y sufren, ocultos en sus moradas la persuacion casi cierta de un porvenir de calamidades y desventuras.

El príncipe de Marck calculó bien. Uniéndose á la gran duquesa, atraia á sí á los Ludomistas, partido que se habia formado de la aristocracia del pueblo, es decir, de la parte mejor acomodada, que es la que tiene en su mano el ramal de la subsistencia general. Por sí solo no podia contar mas que con las tropas hannoverianas y un cierto número de adictos, pero las tropas en su dia tendrian que tornarse á su pais, y sus amigos no bastaban á sostenerlo contra los Ludomistas, si estos descubrian su anterior conducta. Del niño Pedro pensaba él dar cuenta, habiendo jurado en secreto esterminarlo antes que tuviese edad para reinar.

Ludomilia desde la conversacion última que tuvo con Leonelo, no hacia otra cosa que llorar continuamente. El tedio y el pesar la consumian. Su cariño hácia Leonelo habia vuelto á brotar en su pecho, y su reflexion ocupada constantemente en analizar la conducta de este y los sucesos pasados, hallaba en cada accion, en cada palabra suya, un estímulo nuevo de admiracion y aprecio.

Habia conducido al duque á la quinta del Recuerdo, la noche que la sorprendió con Luitzpoldo, pero ella tuvo la culpa.

Le dió el pliego del pontífice delante de la corte y su marido, mas ella lo habia despreciado y humillado antes.

Por último, hasta habia atentado á su vida en la calle de Walffen, despues que él fué tan generoso con ella, que en union de la marquesa de Korvei habia intercedido con Othon, para que salvase la suya y la de Luitzpoldo, que debió inmolarlas el gran duque á su justo resentimiento.

Cada uno de estos recuerdos era un torcedor agudo para su alma. Pero mas le atormentaba la idea de que Leonelo habia salido de Ravensberg, y aunque la escribió prometiendo sacarla de las manos del príncipe de Marck, veia que se acercaba la hora de su eterna condenacion, porque á pesar de haber publicado que el casamiento seria pasados los seis meses de luto, el príncipe queria efectuarlo en secreto la noche del dia que proclamasen á su hijo.

Mas todo cambió en un momento.

Amaneció en fin este dia tan temido para Ludomilia. Toda la noche la habia pasado en un perpétuo insomnio, por lo que pudo, al rayar el dia, escuchar un confuso rumor que sonaba en la plaza de palacio.

Se asoma á una de las ventanas y advierte que el pueblo, reunido en la plaza, manifestaba agitacion y sorpresa producida por alguna novedad estraña.

De entre los corrillos sale un grupo considerable con direccion á palacio, y en el centro de él venia un hombre, portador al parecer de alguna nueva. Lo observa con atencion y era un soldado hannoveriano.

Hasta allí pudo ver la duquesa lo que pasaba.

La guardia de palacio detiene á los que acompañaban al soldado, y este subió hasta la primera antesala.

El príncipe de Marck, que se habia quedado en palacio aquella noche, recibió al mensagero, pero su sorpresa fué grande al saber, que un destacamento considerable de hannoverianos, establecido á la falda del Harz hácia la espalda de la casa de Pedro Martelo, habia la noche antes sido sorprendido y degollado, sin que se supiese quien lo habia hecho, pues este soldado, que faltó del destaca-

mento aquella noche por ir á una comision del gefe, en una casa inmediata al bosque, al volverse los encontró muertos á todos.

El príncipe aparentó no dar importancia á esta ocurrencia por no alarmar al pueblo, pero envió sus órdenes secretas al baron de Pompeburg, para que mandase tropas que examinasen el bosque.

La fiesta popular no fué interrumpida por tal circunstancia, si bien los corrillos, á favor de la celebridad del dia, se aumentaban.

Los conservadores parecian mas animados y satisfechos que anteriormente, y aun hubo algunos que insultaron á los hannoverianos hasta venir á las manos.

La plaza de palacio estaba ocupada por una muchedumbre inmensa, esperando la hora de la proclamacion. En medio de ella se habia elevado un tablado para el efecto, y el príncipe proclamado debia presentarse en él con su tutor, el baron de Pompeburg, heraldos y demás gefes y subalternos del real servicio.

Aun no habian pronunciado los heraldos la primera palabra de la proclamocion, cuando por cada una de las calles que daban á la plaza, hicieron una repentina descarga de mosqueteria sobre los que habia en el tablado, cayendo muerto el baron de Pompeburg, varios de su séquito, y entre ellos de una bala que le taladró la cabeza, el niño Pedro, que estaba en brazos del príncipe.

Un grito de consternacion, y quedar la plaza os la con los soldados, fué cosa de un momento.

El príncipe montó á caballo prontamente y se reunió á los hannoverianos.

Pero estos fueron atacados simultáneamente en todas direcciones por el mariscal Otocaro, que al frente de un cuerpo de tropas considerable, no daba cuartel ni aun á los vencidos.

En un momento la plaza quedó vacia y sembrada de cadáveres.

El príncipe de Marck, con el resto de los suyos, pudo fugarse y se dirigió al castillo del Aguila, pero este lo ha-

bia tomado la noche antes el mariscal y degollado tambien la guarnicion.

La sed de venganza de Otocaro no tenia límites. La imágen de su padre moribudo, la de sus amigos políticos Brun, Stetin y otros, los males que los hannoverianos habian causado á su patria, decia que no bastaba á calmar toda la sangre de los opresores de Ravensberg.

El príncipe viendo que no podia refujiarse en el castillo, se metió en la selva de Roden. Pero el mariscal habia previsto esto. La entrada del monte estaba tomada, y el príncipe no pudo llegar mas que hasta el pinar que estaba cerca de la casa de Pedro Martelo.

Esto era lo que Otocaro deseaba. Iba á los alcances del príncipe, con tanta actividad, con un escuadron de caballeria de Munster, que cuando el príncipe reparó en ellos, se encontró sin poder pasar adelante ni retroceder, quedando encerrado en el pinar.

El mariscal formó un círculo con la tropa y empezó á batirlo. Varios soldados hannoverianos que quedaban rezagados pedian la vida, pero el mariscal lo mandaba pasar al filo de la espada, diciéndoles que usaba con ellos la misma piedad que habian tenido con los patricios de Ravensberg.

El príncipe abatido de cansancio, fatiga y temor, parecíale un sueño lo que le estaba pasando. La esperanza de la vida estaba perdida con el mariscal, pues este sabia que no se la habia de conceder.

Por uno de aquellos casos incomprensibles, el príncipe y los pocos que le quedaron vinieron á parar á la corta llanura donde la marquesa sorprendió á Ludomilia con Luitzpoldo.

El mariscal deseaba entrar en Ravensberg con el príncipe atado á la cola de su caballo, pues ese era el castigo que correspondia á un hombre tan infame; pero temeroso de que alguna circunstancia imprevista influyese en su perdon, mandó pegar fuego al pinar, y que el príncipe y los suyos terminasen la carrera de sus crímenes.

La rapidez del fuego se comunicó pronto á donde es-

taban los sitiados, y Otocaro tuvo la horrorosa complacencia de ver salir al príncipe por entre las llamas de la manera mas espantosa, y venir á caer muerto á los piés de su caballo pidiendo socorro.

Entonces torciendo las riendas á este, se dirigió á galope á Ravensberg, llegando á la plaza de palacio á la entrada de la tarde.

El pueblo libre de los hannoverianos, pues unos fueron muertos por la plebe resentida, por los conservadores y otros desarmados, ocupó nuevamente la plaza y las calles. Ninguno se habia presentado en todo el dia desde que el mariscal entró por la mañana en la plaza, porque solamente quedó en ella y en palacio un crecido destacamento de las tropas que traia Otocaro.

Aquella noche el pueblo discurria por las calles preguntando, y en la mayor ansiedad deseando ver el desenlace de tales acontecimientos. Pero nadie sabia dar una razon cierta. El populacho en estos casos exagera y dá pábulo á mil patrañas á cual mas absurdas. Unos decian que el mariscal iba á proclamarse duque, otros que reinaria la marquesa de Korvei, ninguno sabia formar una conjetura razonable.

Ludomilia metida en su cámara sentia la muerte de su hijo, que en vano pretendió reclamar. El inocente fruto de su crímen fué enterrado entre los demás cadáveres, pues así lo hábia ordenado un poder saperior.

Sin embargo, la duquesa era madre, y la naturaleza habia de tener sus exigencias, justas en estos casos.

Varias patrullas que mandó el mariscal rondasen por la ciudan, hizo que la tranquilidad no se alterase un punto.

Todos esperaban la venida del nnevo dia con un deseo vehemente. Este llegó y cesó prontamente tal curiosidad.

Las tropas de Munster anunciaron su llegada á la plaza de palacio, al son de sus atambores y demás instrumentos militares. El mariscal las mandaba. Despues seguian el conde de Polesino, y detrás de este un guer-

rero con su visera calada, armado de punta en blanco. A su derecha venia una jóven como de quince años, y á la izquierda la marquesa de Korvei y otros, todos sobre arrogantes caballos.

Llegaron al tablado y el mariscal, la jóven y el guerrero subieron á él.

—Pueblo de Ravensverg: esclamó el mariscal, la mas infame traicion, revestida con la máscara odiosa de la hipocresia, ha dominado algun tiempo sobre vuestra sangre, vuestras haciendas y los mas estimados intereses. Empero su reinado ha sido muy corto. Hijos de este hermoso suelo, si la alevosia de nuestros enemigos pudo amagarme y hasta herirme, no ha conseguido esterminarme. Juré la defensa de mi patria, librarla de yugo tan ominoso, y lo he consegido. Mas no es mia solo toda la gloria de esta empresa. Una muger ha tenido parte tambien en esta grande obra, es mi hermana Matilde, marquesa de Korvei. Si yo os devuelvo vuestra libertad y vuestros derechos, ella lo hace con aquel que ha sabido granjearse vuestra estimacion como príncipe y soberano... Aquí lo teneis, reconocedlo.

Y levantando la visera del guerrero, conocieron todos con asombro al duque Othon.

El grito de sorpresa y regocijo que dieron los circunstantes, manifestó claramente la adhesion que tenian á su príncipe.

En un momento el pueblo atropelló á la tropa, y se lanzó al tablado á cerciorarse de que su sobereno existia, que era realmente Othon.

Convencidos de ello, se arrojaban á sus piés y besaban sus manos derramando lágrimas de gozo.

—Sí, hijos mios, dijo el duque, vivo para vosotros, para la felicidad de mis súbditos. Mi vida, el verme entre vosotros, se le debe á la marquesa de Korvei.

Todos cercaron á la marquesa, victoreándola, en términos que su caballo no podia dar un paso.

Sofia se vió obligada á saltar al tablado para que la viese el pueblo á su placer.

Los elogios que mereció fueron infinitos.

Subieron á palacio y el gran duque se presentó á su corte en el salon de los embajadores. Estos reconocieron con satisfaccion á su legítimo soberano.

En seguida se abrió una puerta del fondo entrando Leonelo con Ludomilia de la mano.

Esta, llorosa, se arrodilló á los piés de Othon.

—Basta, señora, le dijo este con dignidad. Vuestro remordimiento y rubor os sirvan de castigo. Atentásteis á mi honor y á mi vida, las dos cosas mas apreciables para un soberano. La vida me la salvó este ángel de beneficencia y bondad... el honor, lejos de tomarlo en cuenta... os perdono. Pero al daros mi gracia, quiero elevarme aun mas que vuestras ofensas. Príncipe de Marck, añadió cogiendo á César de la mano, abrazad á vuertra madre.

—Mi madre!... Señor!... Es mi madre la duquesa!

—Sí, hijo mio, añadió Leonelo.

—Ah! madre querida!

—Hijo adorado!... prorrumpió Ludomilia. Gracias, señor, gracias! dijo á Othon loca de alegria. Sois como Dios, benéfico y bondadoso!

La pobre madre sé deshacia en caricias hácia su hijo, viéndolo en sus brazos, y agraciado por el duque con los títulos del príncipe de Marck.

—Si, señores, vivo, continuó Othon dirigiéndose á los cortesanos. Mi muerte fué una farsa inventada y preparada por la marquesa de Korvei y practicada por los doctores Orseolo y Kemp que están presentes. Mi cuerpo bajó al panteon de los condes de Bassenheim. Un narcótico hizo que apareciese muerto, pero luego salí de allí, me trasladé á Munster, y pedí favor á su soberano para volver entre vosotros, libraros de vuestros opresores y presentaros á mi hija, la única heredera de mi corona y de mi trono. Aquí la teneis.

Eleonor, ruborizada, se adelantó, los nobles se inclinaron, y Ludomilia no pudiendo contenerse al ver su modestia y singular belleza, se lanzó á ella y abrazándola

la hizo partícipe de sus caricias á César.

El duque despidió la córte, anunciando para de allí á dos dias la aclaracion de todo lo que habia pasado y la legitimidad de Eleonor.

Quedándose solo con Ludomilia, Sofia y Leonelo, mandó retirar á los demás.

—Este es asunto, dijo, que se ha de tratar entre los cuatro. Conde de Polesino, entregad á Ludomilia de Médicis la carta que hallásteis al soldado muerto en la calle de Walffen.

Leonelo obedeció, y Ludomilia leyó un documento infame, dirigido al baron de Pompeburg por el príncipe, en que despues de retratarla con los colores mas odiosos, le pedia su auxilio para destronar á una adúltera y colocarse en el trono de Ravensberg.

—Aunque nada pudiese convenceros, señora, dijo Leonelo, esta carta bastaria á hacerlo.

—Ah! He sido vendida, vendida por todos. Esclamó Ludomilia con un profundo sentimiento.

—Menos por mí! Respondió la marquesa. Toma, Ludomilia, y convéncete de ello.

Y le entregó la carta que le escribia al Papa y que ella le quitó por el cuadro.

—Nunca he conspirado contra tu opinion ni contra tu honor, prosiguió Sofia; antes al contrario, he tenido pruebas como la presente, pero pensaba hacer uso de ellas en secreto y en pró de mi sobrina. Mas habiendo visto que te arrepientes de tus pasados errores, para mí vuelves á mi anterior estimacion. Tu perdicion ha estado en mi mano antes de ahora, y sin embargo, ya ves que he perdido hasta mi padre, á quien ha inmolado la saña del tirano que oprimia á mi patria y tu equivocada condescendencia, por no escitar á tiempo la saña de tu esposo y nuestro seberano.

—Esto ha tenido para vos, señora, interrumpió Othon dirigiéndose á Ludomilia, un término mas feliz que podiais desear. Tres estamos aquí ofendidos altamente por vos, y sin embargo, juramos un olvido á todo lo pasado.

Y para remuneraros de algun modo el secreto que os guardé al enlazarme con vos y la fria indiferencia que no podia vencer, ahí teneis el acta de divorcio, concedida por el Santo Padre, á instancias mias, y apoyada por su alteza el obispo de Munster. Su santidad os deja libre para que dispongais de vuestra persona, y podais cumplir las obligaciones sagradas que contragísteis antes de ser mi esposa.

—Ah! Sí... Sí... Exclamó Ludomilia arrojándose en brazos de Leonelo, y estrechando á César... Mi hijo y su padre nada mas.

Leonelo dirigió una mirada á Sofia, la que entendiendo sobradamente la marquesa, le contestó:

—Conde, soñábais con ilusiones que no podian realizarse... Yo bendigo á la Providencia que lo ha dispuesto así... para mí hubiera sido un pesar mas, no poder daros mi mano.

—Por qué?

—Porque un juramento sagrado, hecho á la hermana mas querida, me lo prohibia. Le ofrecí vivir eternamente soltera para su hija y su esposo, y en caso de unirme á un hombro, hacerlo con el padre de Eleonor, si este era libre. Beatriz murió en la confianza de que su hija no tendria en este mundo otra madre que yo.

. . . . . .

Este juramento se cumplió á los pocos dias.

La muchedumbre gozosa victoreaba á Othon y á su esposa, la gran duquesa Sofia, por las calles y plazas de Ravensberg.

Leonelo, unido tambien á Ludomilia, salió para Ferrara, dejando antes casados á César y Eleonor, y á esta proclamada princesa heredera del gran ducado, despues de haber publicado el matrimonio de Othon en el Castillo del Aguila Negra, con la malograda Beatriz, condesa de Lenepeck.

El mariscal, Roberto, Luisa y Agustin, formaron una especie de familia y se instalaron en la quinta del Recuerdo, que el mariscal no quiso abandonar, por lo inte-

resantes que eran algunos sitios de ella para su corazon.

Madama Kunegundis y la Faledro, no se quisieron apartar tampoco ya mas de sus queridos niños Eleonor y César, pasando al palacio donde estuvieron hasta terminar sus dias.

Por demás está advertir que Frugoni y Venneti se volvieron con Leonelo á Ferrara, donde el primero contaba con la mayor complacencia las cuchilladas que babia prodigado á los hannoverianos en Ravensberg.

La calma y la felicidad se habian cimentado en este desventurado pueblo, tan maltratado por el largo periodo que hemos mencionado.

Así el mariscal Otocaro, este honrado y fiel patricio, al recibir en los salones de palacio, las felicitaciones de sus amigos por su elevada grandeza, contestaba apretándoles la mano y llorando de gozo:

—No me hableis de grandeza... Habladme de la felicidad de mi patria. Al colocarme la suerte tan cerca de las gradas del trono, no fundaré mi orgullo mas que en hacer la ventura del pueblo, del pueblo á quien debo mi ser, mi existencia y todo lo que soy.

FIN.

PLANTILLA

para la colocacion de las láminas.

Portada . . . . . Pág. 2
El page levantó el tapiz que cubria la puerta . . 65
El anciano sacando una llave, se la entregó . . 103
Richsa, abrió con tiento 149
Estás herido? le preguntó 228
Y se marchó detrás del populacho 293
Sofia levantó la mano señalando al cielo . . . 336
Uno, embozado en su capa, salta en tierra . . 434
Le arrancó la máscara para ver si lo conocia . 498
Te ha pasado algo con esos hombres, hermana mia? 565
Yo te lo juro, padre mio... 661

Esta obra está aprobada por la Censura.